LOS RINCONES OSCUROS DEL CIELO
SOFÍA OLGUÍN

LOS
RINCONES
OSCUROS
DEL CIELO
SOFÍA OLGUÍN

Índice de contenido

Portadilla
Legales
Citas
Primera parte
Segunda parte
Cinco años más tarde
Epílogo
Agradecimientos

© 2019, Sofía Olguín
Sitio web: http://sofi-olguin.blogspot.com
Contacto: sofiaolguineditora@gmail.com
Facebook: Sofía Olguín (Nimphie Knox)

Digitalización a ePUB: Sofía Olguín
Corrección: Agustina Torres Mena

Los rincones oscuros del cielo

«De todas las cosas de la vida que nos prohibieron a los gays, la adolescencia es la más injusta. Quiero que me la devuelvan.»

Adolescencias robadas, Bruno Bimbi

My mother said
I must be a doctor
My father said
I must be a driver.
And listen, people.
This is my answer
(Yeah, baby).
I'm just a dancer.

I'm just a dancer, Kazaky

PRIMERA PARTE

There was a time I was one of a kind
Lost in the world out of me myself and I
Was lonely then, like an alien.

Alien, Britney Spears

A Gabriel lo habían echado de su casa. Ahora estaba allí, durmiendo en el suelo, en medio del desorden de mi habitación. Había llegado hacía una hora, con un bolso al hombro y la cara ya seca de las lágrimas.

El reloj de mi mesita de luz decía que eran las dos y cuarto de la madrugada. Debía dormirme, pero no podía. La presencia de Gabo (el sonido de su respiración, su pecho subiendo y bajando debajo de la sábana)…, su presencia me inquietaba. No sabía por qué. ¡Cuántas veces Gabo había pasado tardes enteras conmigo, en el ático! Pero entonces me di cuenta: jamás se había quedado a dormir. Me sentía extraño. Me sentía como si su presencia... ¿Cómo se llamaba esa rara inquietud? Era algo muy parecido a la culpa.

No había caso. Sabía que al día siguiente, por la mañana, cuando les explicara a mis viejos por qué Gabriel se había quedado a dormir, me mirarían con esa cara que odio, esa cara que me decía: *ya está, Santiago, ¿por qué no te conseguís una novia y te dejás de joder?* Mi papá desviaría la mirada. Y yo la bajaría, avergonzado, sintiéndome absurdamente culpable, como si hubiera cometido un delito.

Hacía una hora había sonado mi celular. Estaba en la cama, con los auriculares puestos, escuchando a Britney. La pantalla decía que era Gabriel. ¿Qué quería mi amigo a esa hora?

—Santito, estoy abajo —me dijo su voz entrecortada, cuando lo atendí.

—¿Qué pasa? —pregunté en vano.

—Bajá, dale, por favor…

Todos estaban durmiendo. La casa permanecía en un silencio absoluto. Solo un grillo chillaba en el jardincito y la canilla del baño de abajo, que siempre goteaba, lo acompañaba en su triste y solitaria melodía. Bajé las escaleras descalzo, para no hacer ruido. Desde ese momento, el momento en que le atendí el teléfono a mi amigo, comencé a actuar como un ladrón, como un intruso.

Mi casa era tipo PH, esas que consisten en muchas casas unidas por un largo corredor y a veces un jardín comunitario. Allí no había jardín y como tampoco había portero, todos los vecinos nos encargábamos de la limpieza del pasillo y la vereda, asunto que siempre generaba

discusiones en las asambleas de principio de año.

Caminé por el corredor y rogué que a nadie se le ocurriera entrar o salir de su casa a aquellas horas. ¿Por qué? ¿Por qué tenía miedo de que me vieran con Gabriel?

—¿Qué pasó, boludo? —le dije cuando lo vi todo despeinado, con la cara roja de rabia y con un bolso a los pies. Estaba desarreglado, cosa rara en él, que siempre andaba tan prolijo y arregladito. Ni siquiera se había puesto perfume.

—¿Puedo pasar?

Lo dejé, por supuesto. Entramos, subimos hasta mi ático y cuando le hube llevado un sándwich de jamón y queso y un vaso de jugo, Gabo me contó por fin que su mamá lo había echado.

Nora, la madre de Gabriel, había quedado embarazada a los quince años. Su cumpleaños de dieciséis coincidió exactamente con el día en que entró en trabajo de parto. Gabo nació a la madrugada, cuando la luna brillaba en lo alto de un cielo de agosto, una noche fría y triste, de esas en que la gente se queda en su casa calentita, con la estufa encendida y un termo lleno de agua para el mate. Nora había tenido la suerte de contar con unos padres que la apoyaron, aunque de eso yo ya no sabía gran cosa. Lo único que sabía era que los abuelos querían muchísimo a Gabriel. Él siempre festejaba sus cumpleaños en su casa de Quilmes.

Nora era bisexual y estaba en pareja con una mujer. Eso me había contado Gabo cuando lo conocí. Nora se había mudado a una casa en Belgrano que alquiló con Estefanía, su pareja. Estefanía tenía dos hijos, un chico y una chica, de siete y diez años respectivamente.

A Nora la había visto solo una vez y me pareció una mina común y corriente: en la fiesta de egresados de Gabo, en un boliche del barrio de Colegiales llamado *El Teatro*, que se llamó así hasta que el empresario Mario Pergolini lo compró y lo transformó en el actual Vorterix, sede de recitales y de fiestas de temática gay.

—Así que vos sos el famoso Santito —me saludó ella—. No sos tan lindo como te imaginaba.

Su comentario me tomó por sorpresa. Me reí, por pura educación. No vi ningún parecido entre ella y Gabriel, y de repente me encontré preguntándome de dónde habría sacado Gabo sus ojos miel y su pelo castaño. *Claro, el padre*, me dije. Ese padre que Gabo jamás conoció y que no le interesaba conocer.

Nora era una mujer chiquita y flacucha con aspecto de anoréxica. Y no, ella tampoco era tan linda como yo me la imaginaba. Esa noche, su pelo era rubio y muy lacio, pero se le notaban las raíces blancas, que contrastaban con sus cejas finísimas hasta el ridículo y su boca grande. Sus ojos también parecían demasiado grandes para su rostro y se veían medio hundidos, como si una mano de dedos ganchudos se

los hubiese empujado hacia el interior del cráneo.

Gabriel solo abría la boca para hablar mal de su madre. Decía que estaba loca de remate, que no la aguantaba, que habría preferido vivir en un hogar de huérfanos…

Nora lo había echado de la casa porque había terminado con Estefanía y, según ella, él era el causante de la ruptura.

—Me cerró la puerta en la cara y me dijo que me fuera. Le grité que me iba a ir, pero que me dejara sacar mis cosas. Pensé que eso la iba a hacer arrepentirse, pero no, empecé a guardar las cosas en el bolso y ella me miraba, no sé, por ahí pensaba que le iba a afanar guita. Tardé como diez minutos en llenar el bolso y ella seguía ahí y me preguntó si me faltaba mucho. Entonces me fui. Y no sé, vine acá, te juro que fue el primer lugar que se me ocurrió.

No me quiso decir que en realidad era el único lugar posible. Gabo no tenía más amigos que Pablo y yo, y sus abuelos vivían a tres horas de Capital. Demasiado para un viaje solitario a la medianoche.

Le dije que no se preocupara, que durmiera y que mañana arreglaríamos (o intentaríamos arreglar) la situación. Así que le improvisé una cama con sábanas y frazadas, y cuando le ofrecí mi almohada, me miró con una sonrisa agradecida y me dijo que no.

Fue una tarde de verano cuando por fin me di cuenta de lo aislado que estaba de mi familia. Dormía en el ático desde los diez años. Mi casa tenía tres pisos; en la planta baja estaban el comedor, la cocina, el baño principal, la habitación de mis papás y el dormitorio de Federico, mi hermano mayor. En el primer piso estaba la habitación de las chicas y un cuartito (un dormitorio diminuto, en realidad) donde guardábamos las cosas viejas. Y en el segundo piso estaba el ático, mi habitación. Había un tercer piso *no oficial*, una especie de terracita de cuatro metros por cuatro. Cuando era chico, a Federico le gustaba irse a leer o a estudiar ahí arriba. Ahora, era el escondite donde me refugiaba cuando no deseaba que nadie me encontrara y donde colgaba la ropa que no quería que me lavara mi mamá.

En el interior del ático (no sabíamos muy bien por qué) había un baño improvisado: un pequeño cuarto con un lavamanos, un inodoro y una ducha. Mi papá decía que ese baño había sido construido años después que el resto de la vivienda. Toda la casa parecía tener uno que otro retoque extraño, como una vieja pituca que no se cansa de ponerse collares de perlas, uno encima de otro.

El ático era la habitación más grande de la casa, pero a ninguno de mis hermanos se le habría ocurrido escogerla como dormitorio por el simple motivo de que era un ático. No era un lugar para dormir, era un lugar que la tradición ha pintado de claroscuros, era el lugar donde

se tiraban las cosas viejas para que se llenaran de polvo. Era el lugar de los portarretratos olvidados, de las arañas, de la mugre, de los fantasmas. Y allí instalé mi cama, mi ropero, mi escritorio y mi televisión de catorce pulgadas.

¿Quién se habría imaginado que en el último piso de esa casa vivía el hijo más pequeño de Susana y Roberto Kosman y que él a veces se imaginaba que todo ese ático era su casa y que en realidad vivía en un hotel repleto de desconocidos?

Mi ático poseía un ventanal con alféizar. Allí tenía una plantita: un rosal que había comprado en el vivero de la estación de tren. Siempre me habían gustado las flores y nuestros papás nunca nos habían dejado tener mascotas. Peor es nada.

Una tarde me quedé encerrado en el ático. Todavía no tenía el rosal, todavía no habían llegado ni Gabo ni Pablo a mi vida. La manija interior de la puerta estaba rota hacía meses. Por algún motivo, no les había dicho a mis papás y hasta ese momento no me pregunté por qué. Había arreglado la manija con una horquilla de pelo y esa tarde, cuando el picaporte se cayó al suelo y me quedé encerrado, me dije a mí mismo que si le hubiera pedido a mi papá que me la arreglara, seguramente lo habría hecho.

¿Por qué no le había dicho a mi padre que el picaporte de mi habitación estaba roto?

Quedarme encerrado no me puso nervioso. Recuerdo que suspiré y me dije: *bueno, ya se darán cuenta de que no bajo a cenar*. Pero algo en mi interior sospechaba que jamás me llamarían para cenar, que me quedaría ahí hasta que a alguien se le ocurriera acordarse de mí.

No quise ponerme a gritar para que me escucharan y me abrieran. Simplemente me tiré en la cama, puse el ventilador al máximo y dejé que el sueño me abrazara. Me arremoliné alrededor del recuerdo de Ezequiel, aquel chico que me había dado mi primer beso, mi primera caricia, mi primer contacto sexual, y me dormí oliendo su boca, saboreando el gusto acre de su lengua contra la mía.

Recuerdo que me desperté a las cuatro de la mañana en punto. Sentía un penetrante dolor de cabeza, seguramente por causa de haberme acostado sin cenar. Cuando abrí los ojos, me sentí desorientado. El ático todavía estaba a oscuras, ¿por qué, si era verano y cuando me despertaba ya había amanecido? Y recordé: el ruido seco de la manija cayéndose el piso, mis vanos intentos por colocarla de nuevo en su lugar, mis pocas ganas de pedir ayuda. Cuatro de la mañana. Y nadie había reparado en mi ausencia.

Entonces, de repente, me sentí desesperado. ¿Cómo podía ser que nadie hubiese venido hasta mi habitación para ver por qué no había bajado a cenar? Podía haberme muerto y no se habrían enterado. En ese momento aterrizó sobre mi cabeza, por primera vez, la idea del

suicidio. Si mis padres no se preocupaban por mí, mis hermanos tampoco, si no tenía amigos que me llamaran para salir, si tampoco tenía un novio que quisiera abrazarme o darme un beso o que yo lo besara… Si tener novio era para mí una posibilidad remotísima, algo inalcanzable… Si miraba a mi alrededor y no había nada que quisiera llevarme a una isla desierta…, entonces mejor me valía estar muerto.

Me largué a llorar. El picaporte estaba tirado en el piso de madera, tal como lo había dejado. La puerta seguía cerrada. Mi corazón estaba roto, mis ilusiones también. Ezequiel se había encargado de reventarlos en mil pedazos y ahora yo estaba ahí, ahogándome en mi depresión, sin comprender aún que, si bien yo le había gustado y él había disfrutado conmigo, mi afeminamiento le repelía. Que mis sonrisas avergonzadas y el rubor de mis mejillas le causaban risa. Que había visto mis CD y la música que escuchaba le parecía música de chicas y a él no le gustaban las chicas. Que al fin de cuentas él tenía catorce o quince años y estaba tan confundido y desesperado como yo. Pero ¿no habría sido lindo descubrirnos juntos? ¿No habría sido hermoso ese verano si hubiésemos podido escaparnos por ahí, a una plaza, a besuquearnos entre los árboles, a andar en bicicleta, a inventarnos en la noche un misterio sin resolver y jugar a los detectives con nuestros cuerpos recién aterrizados en la adolescencia?

No se puede forzar la atracción, tampoco se puede imponer el amor. Pero ¿no estaba su pija tan dura como la mía cuando nos masturbamos en el río? ¿No rugió en mi hombro mientras se la sacudía y le besaba el cuello, ocultos por las rocas?

Me levanté de la cama, encendí la luz y agarré el picaporte mutilado. Me moría de hambre. La angustia se había transformado en rabia. ¿Cómo era posible que no me hubiesen venido a buscar? ¿¡No se habían dado cuenta, hijos de puta, de que no había bajado a cenar?!

Aquella madrugada comencé a divorciarme de mi familia. Sin papeles, sin abogados, sin división de patrimonio… Tan solo con mi soledad, la desesperación de sentirme el más chico de cuatro hermanos, mi insatisfecha necesidad de ser escuchado y la homosexualidad que me angustiaba tanto.

Entonces la solución se encendió en mi cabeza. Busqué una nueva horquilla y le abrí las patas. Metí el picaporte en su lugar, atravesé con una de las patas uno de los extremos del hueco que unía el picaporte con la puerta, lo hundí, y con la otra pata di la vuelta y lo ajusté. Giré el picaporte hasta que quedó duro. Y entonces, mágicamente, la puerta se abrió.

Bajé a la cocina.

Me hice una chocolatada fría, puse un montón de galletitas en un plato y volví al ático.

—Santiago, no se puede quedar acá ese chico —dijo Federico, ni bien entré en la cocina.

Federico, al contrario de mi pobre persona, había heredado la altura y la contextura fuerte y robusta de mi padre. Yo me había quedado flaco y, sinceramente, no me importaba demasiado.

—Hola, ¿no?

Acababa de llegar del colegio. Dejé la mochila a un costado y me senté a la mesa. Federico no dijo nada, entrecerró los ojos y frunció más el ceño. Mamá estaba de espaldas a nosotros, frente a la olla de la comida. No se giró para saludarme y lo interpreté como una mala señal.

—Hola, Santiago —dijo Federico, como si le estuviera hablando a un retrasado mental—. Ese chico no se puede quedar más acá.

—*Ese chico* tiene nombre. Y solo se quedó una noche, para que lo sepas.

—No me importa. Lo echaron de la casa y no tiene a dónde ir. Acá no se puede quedar, andá a saber por qué lo echaron de la casa, qué cagada se habrá mandado.

—La madre es una loca de mierda —exclamé levantando la voz, apoyando los puños sobre la mesa. Los cubiertos saltaron sobre mi plato vacío—. Si te pensás que todos los padres aman a sus hijos y les dan casa y comida hasta que vuelan del nido estás muy equivocado. Ignorante.

Mi hermano frunció los labios, cosa que hacía cuando estaba muy enojado. Odiaba que le dijeran *ignorante,* era lo peor que le podías decir, peor que *hijo de puta,* que al fin de cuentas es un insulto indirecto. Abrió la boca para contestar, pero en ese momento la olla de mamá lo interrumpió aterrizando de golpe sobre el centro de la mesa.

—A ver —dijo ella, con un tono que decía muy claramente que nuestra discusión le chupaba un huevo y que no pensaba intervenir.

Me incliné sobre la olla y me serví guiso de lentejas.

—Esta es mi casa también —dijo Federico—. Y yo también decido quién se puede quedar acá.

¡Otra que me venía el conchudo con su democracia de mierda!

—¿Qué querés? ¿Que lo votemos en asamblea? —me burlé, furioso —. COMPAÑEROS, COMPAÑERAS, LEVANTEN LA MANO QUIÉNES ESTÁN A FAVOR DE QUE GABRIEL VÁZQUEZ SE QUEDE EN ESTA CASA. ¡A FAVOR… EN CONTRA… ABSTENCIONES!

—¡Ah, vos sí que sos un pelotudo! —chilló Federico, con la comida volándole de la boca.

Me reí de mi propio chiste y creo que hasta vi sonreír a mamá.

—Mirá, Federico, yo no digo nada cuando te encerrás con tus amigos en tu habitación o cuando Florencia se queda a dormir acá, así

que no me vengás con que Gabo no se puede quedar porque no tenés derecho. Que Gabo te caiga mal no es asunto nuestro. Arreglá vos tus propios asuntos.

—¡¿QUÉ ME QUERÉS DECIR CON ESO, PENDEJO DE MIERDA?!

—¡Bueno, bueno! —interrumpió mamá por fin—. ¿Ya terminaron?

—¡NO! —gritó Federico—. ¡Mamá, decile que ese chabón no se puede quedar acá!

A Federico nunca le había caído bien Gabriel. Gabo era demasiado rebelde para su gusto; Federico, aunque a veces llevara una remera que gritaba lo rebelde que era, era lo más estructurado del mundo: estudiaba a la mañana, trabajaba a la tarde, volvía a casa a la noche y se emborrachaba un poco los fines de semana. Estudiaba para sus parciales, para sus finales, y se estresaba (textuales palabras) cuando tenía dos exámenes la misma semana o, por Dios, el mismo día.

Por el mismo motivo por el que Federico lo odiaba, a Gabriel no le caía bien mi hermano. Decía que era más aburrido que una planta de interior.

Gabriel no soportaba ver la vida de niño mimado que llevaba Federico, pero también comprendía que le tenía un poco (o mucha) envidia. Gabo apenas había podido terminar la secundaria a tiempo. Cuando estaba en cuarto año tuvo que empezar a trabajar para pagar la cuota del colegio, ya que en aquellos tiempos su madre comenzó a desentenderse de él. Veía que su hijo se las arreglaba bastante bien solito. Gabo había hecho un par de changas como modelo y después empezó a trabajar en el McDonald's donde estaba ahora.

—¿En qué te molesta Gabriel exactamente, Federico? —preguntó mamá, tan tranquila y seria como siempre. Mi hermano no supo qué responder. Ella aprovechó y siguió hablando—. Vos casi no estás acá, volvés tarde a la noche —dijo como si nada, en un tono calculadamente despreocupado—. Gabriel también trabaja. Y se está quedando con Santiago, no con vos.

En ese preciso instante, por fin comprendí que mamá estaba segura de que Gabo era mi novio. ¿Qué podía hacer para negarlo? Es más, ¿era necesario que lo negara? Ella pensaba que la actitud de Federico era una reacción homofóbica y estaba defendiendo a su hijo gay.

—El tema no es que me moleste, ¡el tema es que no sabemos hasta cuándo se va a quedar! ¡Esto no es un hotel! ¿¡Se va a quedar a vivir acá!? —Federico se aferró de su última esperanza.

Ella se encogió de hombros, tan parca ella.

—Donde comen seis comen siete —dijo zanjando el asunto.

Federico se levantó de la mesa de un salto y dijo muy serio:

—Mamá, más tarde quiero hablar con vos.

Meses después, cuando la situación se tranquilizara, sería el propio Gabriel quien me explicaría por qué mi hermano había actuado de esa

forma. Federico también pensaba que Gabo era mi novio y no le gustaba. Era homofobia, pero también era miedo, mucho miedo. Porque a Gabo le gustaba la joda, salir de noche, ir por ahí; Gabo no tenía reglas. Y en nuestra casa esas reglas sí existían. Además, Gabo era más grande que yo. Federico, que veía a Gabo tan arreglado y prolijo, tan metrosexual, dejando una estela de perfume a su paso… Federico pensaba que Gabo era homosexual y promiscuo. Tenía miedo de que mi novio me arrastrara en su promiscuidad.

Y supongo que todo eso habrá hablado con mamá ese día, más tarde.

Sufrí mi primer desengaño amoroso cuando tenía trece años, durante el viaje de egresados de séptimo grado. Esa experiencia fue el desencadenante de la depresión que sufrí hasta que conocí a Gabo y a Pablo, mis mejores amigos.

Yo ya sabía que era gay, pero el saberlo no me dejaba más tranquilo. En realidad, no podía calificarlo como certeza. Tenía el vago conocimiento de que me sentía atraído por los hombres, pero también sentía algo por las mujeres, una cosa extraña que no sabía identificar. Luego supe que eso que sentía por ellas no tenía nada que ver con la atracción física, con la posibilidad de enamorarme, con las ganas de estar con alguien. Por las mujeres sentía, a falta de otra palabra, una especie de admiración, algo que era puramente estético y que a veces rozaba la envidia sana, un fútil deseo de ser tan hermoso como ellas.

Por los hombres sentía todo lo demás.

A Ezequiel lo conocí en el micro que nos llevó a Córdoba. Me pasé la mayor parte del viaje recostado en mi asiento, con los auriculares puestos. Tenía un discman y toda la discografía de Britney Spears, Christina Aguilera y Bandana. Creo que me gustaban las cantantes mujeres porque me identificaba más con sus letras. Ellas les cantaban a los hombres, amaban a los hombres y sufrían por ellos..., tal como me pasó a mí ese verano, cuando aquel chico inauguró mi adolescencia.

Fui uno de los primeros en elegir asiento y ponerme cómodo. Abajo, fuera del micro, estaban los familiares y amigos de mis compañeros, aguardando excitados el momento en que el ómnibus se pusiera en marcha. Algunas madres lloraban emocionadas. Mis padres me habían despedido con un abrazo, pidiéndome disculpas por que no pudieran aguardar la partida. Mi mamá tenía una operación y mi papá tenía que entrar a la guardia del hospital. Mis padres eran médicos; mi mamá era ginecóloga y mi papá era clínico. Mis hermanas estaban en el colegio y mi hermano tenía un parcial en el CBC, así que me quedé

solo hasta que el chofer decidió, por fin, ponerse en marcha rumbo a Córdoba.

A eso del mediodía me quedé dormido con *I'm a slave 4U* en los oídos. El micro se había parado en alguna provincia anónima y todos se bajaban para almorzar.

—Ey, ¡despertate!

Abrí los ojos. Un chico desconocido me zamarreaba por el hombro. Era alto, de pelo negro, ojos cafés y labios gruesos. Enseguida me gustó.

—Tenemos que bajar a comer.

—Ah, gracias —le dije, confundido.

No lo conocía. Era *del otro colegio*, el Beata Imelda, que pertenecía a la misma congregación de monjas.

—¿Cómo te llamás? —me preguntó mientras bajábamos.

—Santiago.

Ezequiel se apresuró a decirme que era mayor que sus compañeros (tenía catorce años) porque cuando era chiquito le habían tenido que hacer un trasplante y había perdido un año escolar entero. Yo no supe qué contestarle. Le dije que mis papás eran médicos y que nunca tenían tiempo para mí. Además, tenía tres hermanos y era el más chico.

—Los padres nunca tienen tiempo para sus hijos —dijo con un gesto de desprecio.

Comimos en un parador. A nuestro alrededor todo era desierto y sobre nosotros se extendía un cielo del celeste más puro. Nos dieron a todos una hamburguesa con lechuga y tomate, un conito de papas fritas y un vaso de una bebida que intentaba, sin mucho éxito, pasar por Coca-Cola. Yo quedé satisfecho, pero Ezequiel no y cuando le preguntó a la profesora que los acompañaba si podía repetir, la mujer le dijo que tendría que pagarlo. Ezequiel se encogió de hombros y cuando volvió a mi lado traía una enorme hamburguesa que chorreaba queso y un cono de papas fritas el doble de grande que el anterior.

—Comé si querés —me dijo pasándome el cono.

Llegamos a Córdoba a la medianoche, pero la excitación que sentíamos le ganaba al sueño y al cansancio. Cuando bajamos del micro, nos separaron en cuatro grupos: Colegio Conservación de la Fe turno mañana y turno tarde, y sus correspondientes del Beata Imelda. Estábamos en Villa María, Carlos Paz, Provincia de Córdoba. El lugar donde nos quedaríamos se llamaba Estancia Padre Luis y pertenecía a la misma congregación de monjas.

Estaba planeado que el viaje durara siete días, pero un mes antes fue acortado a cinco. La crisis del 2001 había pegado fuerte en los bolsillos de la clase media y si podían reducir el costo, los chicos que

no podrían ir quizá ahora pudieran. Recuerdo que leer ese comunicado me enojó bastante, pero solo cuando volvía del viaje me di cuenta del motivo: no quería quedarme en Córdoba, solo quería estar lejos de mi familia el mayor tiempo posible. Me daba igual que fuera en Córdoba, Kuala-Lumpur o Marte.

Dije que a partir de ese desengaño amoroso comenzó mi depresión. Y así fue. Porque aquella primera experiencia me sirvió para darme cuenta de que yo no era ni sería el tipo de chico que les gusta a los hombres.

Las cuatro noches dormimos todos en una habitación enorme. Los días se pasaron volando, como se pasa el tiempo cuando uno se divierte. Al tercer día ya nos habían llevado a Peko's, el parque de diversiones, a comprar alfajores y a nadar en las montañas. En la estancia había pileta, pero a mí nunca me gustó demasiado el sol. Con Ezequiel nos pasábamos el tiempo jugando al metegol en una salita de juego chiquita y oscura que había en medio de la enorme estancia, rodeada de árboles. Cuando se nos cansaban los brazos, nos tirábamos al piso a comer helado o las frutillas que comprábamos en el bufete.

Como Ezequiel era más grande, tenía el cuerpo más desarrollado. Nunca supe por qué eligió pasar el tiempo conmigo (un pibe al que a acababa de conocer) a que estar con sus compañeros. Pero en aquel entonces no me hice esa pregunta. Su sola presencia bastaba para conformarme, para eclipsar y borrar de mi mente cualquier atisbo de pensamiento crítico. Ahora que lo pienso, quizá Ezequiel me mintió. Tal vez tenía quince años o dieciséis. O por ahí nunca existió y fue la fantasía que atormentó mi verano, el primer verano que me veía como un adolescente, tímido, retraído, asustado y diferente.

Una de esas tardes, Ezequiel se sacó la camiseta y se quedó en cueros. Una cicatriz profunda le surcaba el costado derecho del abdomen. Con tan solo dos tardes bajo el sol su piel había adquirido un bronceado suave, sensual. Una gota de sudor le caía por el pecho y suavemente se fue deslizando por su vientre. Llegó a la cicatriz, y la atravesó como si fuese un sendero, para perderse por fin entre el vello castaño de su pubis y metérsele bajo el traje de baño. Sin darme cuenta, por puro instinto animal, por puro deseo, me relamí los labios. Mis ojos, me imagino, debían estar cargados de ese dolor y esa desesperación insoportable que nos llena el alma cuando algo que anhelamos está al alcance de nuestra mano y que, sin embargo, tenemos prohibido tocar. Pero Ezequiel no me había prohibido nada. Y en su rostro pude apreciar un leve rictus de impaciencia… Y a sus labios se asomó la sombra de una sonrisa. Dijo que tenía calor, abandonó el metegol y se sentó en una de las bolsas con arena que había en el fondo del cuartito. Cuando se recostó, me sentí demasiado pequeño, demasiado indefenso, demasiado pálido, demasiado flaco.

Me senté a su lado, casi dándole la espalda, y sus brazos fuertes me rodearon la cintura y sentí en mi hombro la caricia tibia de su respiración agitada. Solo necesité eso. Al segundo ya nos besábamos con anhelo, ansiosos e inexpertos, temerosos de lo que pudiese ocurrir a continuación.

No hicimos más que besos, solo una vez nos masturbamos juntos. Fue la última tarde que pasamos en Córdoba, en un río, ocultos por unas piedras y el agua fría que se llevaba, al menos por un momento, nuestros temores, nuestras inquietudes, nuestras ganas de cerrar los ojos y gritar de rabia cuando veíamos que nuestros compañeros salían con chicas y que nosotros ni siquiera teníamos el valor para preguntarles a nuestros padres por qué éramos como éramos.

Recuerdo el cuerpo caliente y sudoroso de Ezequiel sobre el mío, recuerdo mi palidez extrema contra su piel morena, recuerdo el perfume de su cuello contra mi boca ansiosa, recuerdo que de repente me vi cubierto, atrapado, sometido…, pero al mismo tiempo, protegido. Recuerdo que rodeé a Ezequiel con las piernas y que, sin saber por qué, corcoveé sobre nuestro lecho improvisado. Entonces nuestras pijas se rozaron a través de las telas y el mundo en mis sentidos (detrás de mis párpados, en mis oídos momentáneamente bloqueados, en mi boca que saboreaba su sudor)… Mi mundo se sacudió y explotó como una madrugada llena de fuegos artificiales.

Ezequiel me pidió que le hiciera un chupón en el cuello. El pedido me asustó y me excitó a la vez. Él se tumbó boca arriba y me encaramé sobre su cintura y me incliné hacia su cuello totalmente expuesto. Hacer el chupón me costó: exigía chupar un solo lugar y yo quería recorrerle todo el cuello, el pecho, las axilas, todo, absolutamente todo. Me conformé con abrir los brazos, encontrar los suyos y entrelazar sus dedos con los míos.

Ahora que rememoro, puedo ver la escena desde afuera, como un espectador, y ver en mi yo de trece años ese afeminamiento inconsciente que tanta inquietud causaba en mi familia. Puedo verme mordiéndome los labios con exageración, puedo oírme gimiendo claro y agudo, sin temores ni pudores ni remordimientos. Y puedo ver que ese afeminamiento no le gustaba a Ezequiel.

Nos pasamos nuestros mails, nos prometimos chatear todas las noches. Pero aunque lo esperé con ansias y el corazón y el cuerpo dispuestos a todo, nunca más lo volví a ver.

Federico se fue distanciando de mí. No recuerdo muy bien cuándo. Supongo que fue cuando comenzó su adolescencia y yo todavía era un niño. Vivimos en la misma casa, desayunábamos y cenábamos juntos, pero ya no era ese hermano mayor con el que compartía tardes

enteras de dibujitos animados y leche chocolatada.

Él empezó a meterse en cosas de política, a interesarse por temas sociale, y yo me estanqué. O quizá todavía no había sufrido una experiencia lo suficientemente fuerte como para dejar que mi burbuja estallara.

Era sábado por la tarde y Gabo no trabajaba. Estábamos en mi ático, escuchando a Madonna y tomando Coca-Cola. Hacía una semana que Gabriel vivía conmigo y había advertido que era muy fácil, demasiado fácil. Y que me gustaba vivir con él.

Su prolijidad contrastaba con mi desorden, pero descubrí que yo no era una persona desordenada por naturaleza propia. Mi dejadez se debía al desgano. Me gustaban el orden y la limpieza, y Gabo me ayudó a limpiar mi ático y dejarlo reluciente. Enceramos el piso y cambiamos de lugar los pósters: Christina quedó junto a la ventana, Kylie en la puerta del ropero y Britney junto a mi cama, porque es a la que más quiero. Desde las paredes del ático, todas mis diosas me sonreían. Shakira hasta parecía más tetona. Gabriel limpió la ventana y acomodó los stickers de goma. Después hasta me ordenó el ropero.

—¿Me acompañás a comprarme una remera? —le pregunté a eso de las seis, cuando ya empezaba a caer el sol—. Tengo cincuenta mangos para gastarme en cualquier cosa. Y después nos tomamos un helado.

—Bueno, dale, ¿dónde te la querés comprar?

—En Scombro.

Gabriel largó una carcajada.

—¿En Scombro? ¿Te vas a comprar una remera de mina?

—Es que son más lindas —le contesté, bajando la mirada.

Él dejó el vaso en el piso recién encerado, se acercó a mí (yo estaba sentado en la cama) y me dijo, agarrándome de la cabeza:

—Chupame la pija, nena.

Me reí y lo agarré del cinturón… Y en ese momento, mi viejo abrió la puerta. Di un salto sobre la cama y Gabo se alejó como disparado. Mi papá cerró la puerta de un fuerte golpe. Tenía el corazón en la boca y a la vez unas ganas tremendas de morirme.

—Dale, si ya sabe que sos puto —dijo Gabo, cuando nos tranquilizamos. Salió de la habitación, se asomó por el hueco de las escaleras y el muy descarado le gritó a mi viejo—: ¿Qué pasa, don Rober? ¿Qué quería?

Me tiré en la cama y hundí la cara en la almohada.

—Dice que no pasa nada. Ey, ¿qué te…?

—¡Sos un tarado! —le grité revoleándole la almohada—. ¡No hagas más eso!

—¿Hacer qué?

No respondí. ¿Hacer qué? ¿Jugar conmigo a que le hacía un pete? ¿Encarar a mi viejo? ¿Decirme *puto*? No tenía idea. Y mientras esas preguntas me flotaban en la cabeza, me horroricé al darme cuenta de que habría estado dispuesto a chuparle la pija.

—Bueno, ¿querés que te acompañe a comprarte esa remera o no?

Nos cambiamos y bajamos. Mi viejo apenas levantó la mirada de sus papeles cuando pasamos de largo por la cocina.

—Pa, salimos un rato —le dije.

No contestó.

Papá nunca tuvo tiempo para mí. Siempre fue una figura autoritaria cuya voz solo escuchaba cuando tenía algo importante para decirme: los hombres no lloran; nos vamos de vacaciones a Mar del Plata; no, no podés tener un perro, un gato menos. El amor que no me dio intentó dármelo en regalos y dinero, pero, obviamente, nunca fue suficiente.

Fui el hijo inesperado. Mis hermanos, en cambio, sí recibieron la estricta educación que mi padre tenía planeada. Cuando yo llegué, papá y mamá ya estaban cansados de levantarse a calentar mamaderas y cambiar pañales. Por eso caí en manos de mi abuelita, que durmió en el cuartito del primer piso hasta que cumplí cinco años. Ella se llama Ivonne y vive en Luján con una amiga suya que también se quedó viuda hace unos años.

Mis hermanas estaban reprimidas hasta el asco. Mi hermana mayor nunca tuvo novio y siempre fue la fea del curso. Pero hay mujeres feas y… mujeres feas. Julieta no se arreglaba, se vestía mal y nunca la vi pintarse los labios, la boca, ni los ojos. Sabrina era más linda, pero estaba atrapada en esa conservadora casa de clase media junto con su pobre hermano puto.

—¿Qué te da más miedo? ¿Que me preocupe o que me enoje? —le dijo papá a Juli un día que salió con una amiga y llegó… a las ocho de la noche. Papá la esperó en la puerta de calle, cruzado de brazos y con una cara de orto horrible. Juli ya tenía veinte años.

—¿En qué pensás, Santito? —me preguntó Gabo mientras pasábamos por la plaza Echeverría, que queda a una cuadra de casa.

—No lo encarés a mi papá así —respondí—. Él dejó que te quedaras, pero vos sabés que no le caés bien y si no dijo nada fue porque mamá habló con él.

—¿Y qué le dijo?

—No sé, algo le habrá dicho, porque Federico no quería que te quedaras, tampoco.

—Tu hermano es un tarado.

—Sí, ya sé.

—¿Vos querés que me vaya de tu casa? Todavía no encontré ningún

lugar, la pensión que…

—No quiero que te vayas —le dije, deteniéndome—. Y menos si te vas a ir a una pensión…

Ahora estábamos en medio de la plaza, debajo de uno de esos árboles enormes que en el verano largan unas flores amarillas perfumadas. Me senté en un banco y Gabo me siguió.

—No quiero que te vayas, me re gusta que estés conmigo. Vos sabés que siempre estoy solo. Pero no te sarpés como hoy, porque mi viejo está esperando que nos mandemos alguna cagada para echarte a la mierda.

La plaza estaba llena de chicos y los gritos de los pibes que jugaban a la pelota casi no nos dejaban escuchar lo que nos decíamos.

—Entonces mejor me valdría irme.

—¡No, no! —exclamé, y Gabo abrió al máximo sus ojos de miel—. No, porque mi viejo quiere que te vayas porque piensa que sos mi novio y… quiero que vaya haciéndose la idea. De que soy gay.

Gabriel me sonrió… y enseguida me contagió su sonrisa.

—Ojalá fuéramos novios —susurró—. Así estaríamos menos solos. Digo, así estaríamos juntos de verdad.

Sus palabras me dejaron extrañado. Jamás había pensado que para dejar de sentirse solas, dos personas tenían que ser pareja y compartir otro tipo de intimidad. Comprendí que Gabriel hablaba de tipos de soledad diferentes y que yo no había advertido esa diferencia. Me habría gustado estar con él. En el ático, en la cama, en la ducha, en el río detrás de las rocas.

Gabriel tenía razón: los tenía a él y a Pablín, pero por las noches seguía sintiendo un vacío en mi cuerpo, en mi corazón y en mi cama.

Fuimos hasta Scombro y miré la vidriera. Había una musculosa que me gustaba: era rosa pastel y tenía un conejo estampado. Con unos jeans celestes combinaría a la perfección.

—¿Tenés la musculosa rosa en un talle como para mí? —le pregunté a la chica que nos atendió.

Ella parpadeó, confundida, y con una sonrisa divertida dijo que sí, que como yo era tan flaquito…

—Nunca vienen los chicos a comprarse la ropa acá —dijo la señora que estaba en la caja y con una sonrisita cómplice me guiñó un ojo.

Bajamos hasta los probadores. Gabo me siguió y escuchamos la risa de las mujeres que venía desde arriba.

—Piensan que somos novios —susurró Gabo, pícaro.

No tuve tiempo para contestar. Gabriel me empujó contra el espejo y me besó. Me tomó tan de sorpresa que solté un gritito, un sonido entre un chillido de horror y un gemido de excitación. Me quedé duro, sintiéndolo moverse en mi boca, con la mente en blanco. Pasados dos segundos, los pensamientos comenzaron a fluir todos juntos como en

una cadena: *qué está haciendo estamos tranzándome estoy tranzando a Gabo…*

Entonces, mis oídos despertaron y escuché todo el ruido que nuestras bocas hacían en medio del beso. Gabo solo quería hacer una escenita, un espectáculo.

—Dale, soltame —le dije empujándolo para sacármelo de encima —. Ya está.

En silencio, me miró mientras me cambiaba la remera.

—Y, ¿cómo te fue? —preguntó la empleada, toda colorada.

—Bien, me la llevo.

Pagué y nos fuimos.

Villa Urquiza es un lindo barrio de clase media, aunque también tiene su sector de clase media alta. Yo vivía cerca del centro del barrio, a unas cinco cuadras. La estación del tren Suárez-Retiro divide el barrio en dos partes. Del lado que va a Suárez está la plaza de Urquiza, la plaza Echeverría. Es la plaza principal y hasta el día de hoy sufrió montones de cambios. Cuando era chiquito, la plaza todavía no tenía ni calesita ni juegos inflables. Solo tenía dos areneros, dos toboganes, las hamacas para los chicos grandes, las hamacas para los nenes chiquitos y una gigante bola de fierro peligrosísima de la que siempre, sin excepción, se caía un chico todos los días. Hace unos años la sacaron y pusieron en su lugar una especie de juego raro al que jamás me acerqué.

Lo que más lamenté fue que cercaron el enorme monumento de los chicos desnudos. De un lado tiene una estatua gigante de dos hombres y dos mujeres desnudas que hace recordar a los dioses egipcios. Cuando era chico, siempre me quedaba mirándoles el pene y el culo a las figuras masculinas. Del otro lado tiene el bajorrelieve de algún prócer a caballo (no sé cuál será) que lleva una antorcha. Los otros dos lados son fuentes, pero en toda mi vida las habré visto funcionando solo tres o cuatro veces.

La plaza tiene una casita que funciona como centro de jubilados, dos canchas de bochas y un espacio con mesas y bancos de piedra. Conocí muchas plazas a lo largo de los años, pero la plaza Echeverría siempre será, para mí, la más perfecta de todas.

Se dice que la plaza Marcos Sastre, ubicada del otro lado de la estación, fue un cementerio hace mucho tiempo. Tiene, repartidas por sus espacios verdes, unas lápidas de piedra gris, carcomidas por las décadas y las lluvias. No sé si es una leyenda urbana (y las lápidas son simplemente conmemorativas) o si en verdad esa plaza fue un cementerio. Quizá sea solo un cuento de abuelas para asustar a los chicos. Esa plaza siempre me pareció más acogedora que la

Echeverría: es más pequeña, va menos gente, y no exige tantos cuidados. Por eso los árboles y las flores pueden crecer tranquilos: no hay espacio para que los chicos grandes jueguen al fútbol.

Cuando salimos del local de Scombro, ubicado sobre Monroe, cruzamos hasta la esquina y caminamos por Triunvirato. En la disquería Lef estaban pasando todo *Blackout*, el último CD de Britney.

—¡Uy, *Gimme more*! —chillé emocionado—. ¡Quedémonos a escuchar!

Gabriel se rio de lo marica que había sonado. Un brillo felino le encendió la mirada y... me preparé para una de sus escenitas. A veces me sentía cohibido cuando Gabo hacía este tipo de cosas. Sabía que no le importa nada, que todo le chupaba un huevo. No le importaba lo que dijeran de su pelo teñido de colores ni de sus *piercings* ni de su ropa, ni de cómo hablaba, ni de lo que hacía, ni de lo que comía, ni de nada. A Gabo le divertía que la gente se divirtiera a su costa. Le divertía que lo miraran por la calle, le divertía que murmuraran cuando lo veían pasar… Y esa tarde le divirtió mi cara de horror cuando se acercó a mí y me empezó a bailar encima.

—¿Qué hacés, tarado? —le dije entre dientes.

¡Estábamos en la calle!

—Dale, ¡bailá!

Me agarró por atrás, se me apoyó, y se empezó a menear contra mi cola.

—¿No decís que querés ser bailarín y te da vergüenza bailar en la calle? —me susurró al oído.

Gabo es así, desafiante.

Así que acepté.

Todo terminó cuando el policía que estaba en la esquina se nos acercó y nos miró de arriba abajo. Por supuesto, Gabo no se acobardó, pero supo que debía detenerse.

Los ídolos de la mayoría de los varones son sus padres, así que desde que aprendés a hablar te enseñan a gritar GOOOL y a no llorar. Jamás grité un gol y lo único interesante que veo en un partido de fútbol son las piernas de los jugadores.

Cuando era chiquito, en mi barrio estaba de moda que todos los chicos fuéramos a alguna actividad en el Instituto Coronel Olavarría, un colegio del Estado que a la tarde funcionaba como escuela de música. Se daban (y se siguen dando) cursos de instrumentos: flauta, guitarra, piano, violín, lenguaje musical, coro… y una clase medio extraña que se llamaba Expresión Corporal. De todas esas clases, yo fui a cuatro: Flauta, Lenguaje Musical, Coro y… Expresión Corporal.

Los primeros recuerdos que tengo del Olavarría son de esas clases.

Estaban a cargo de dos profesoras (o “señoritas”): Beatriz y Diana. Beatriz tendría unos cuarenta años; era alta, de complexión robusta, pelo corto teñido de castaño y labios siempre pintados de bordó. Diana era más joven, quizá tenía treinta años, y era un poco más regordeta de Beatriz. Siempre llevaba el pelo negro atado en una cola alta.

Las clases consistían en escuchar música y bailar. Como todos los chicos teníamos entre cinco y diez años, nos divertíamos. A veces nos ponían una consigna para la clase siguiente: traer un pañuelo, por ejemplo. Y al otro miércoles nos hacían inventar una danza con el pañuelo y todos los pendejos chillábamos revoleando el pañuelo por todo el salón.

Recuerdo que una vez la consigna fue llevar un muñeco articulado. Aquel miércoles por la tarde, antes de que la abuela nos llevara a todos juntos al Olavarría, me senté en la sala a revolver entre los juguetes para buscar alguno que me sirviera. Después de desordenar el canasto de los juguetes y dejar la sala hecha un desastre, tuve que decidirme entre dos. Por un lado tenía una tortuga ninja y por el otro lado, una *barbie*.

La tortuga ninja tenía un aspecto feroz: miraba encolerizada con sus ojos negros, mostrando los dientes, y con las manos abiertas en garras. La *barbie* me conquistó con su sonrisa dulce y su pelo rubio tan parecido al mío, con sus ojos celestes y su piel pálida. La abracé y le dije con la mente que me la llevaría a dar un paseo. Pero entonces, me surgió la duda. Y de un momento a otro, decidí no ir a la clase de Expresión Corporal de esa tarde.

Cuando la abuela me gritó que bajara, me escondí en el baño y le dije que no quería ir. Entonces me largué a llorar. Federico abrió la puerta y me preguntó qué me pasaba. Le dije que teníamos que llevar a la clase un muñeco articulado. Salí del baño y Federico me extendió la tortuga ninja. Yo miré a la *barbie*, que me sonreía desde la alfombra de la sala, y le pedí perdón con la mente. Entre mocos y lágrimas, me llevaron al Olavarría.

Recupero estos recuerdos porque descubrí que en aquellas clases surgió mi amor por la danza. El cuerpo es la herramienta más pura que poseemos para expresarnos, más que la voz, más que las palabras, más que cualquier arte que haya surgido por invención humana. El cuerpo es poder, es fuerza, es vigor. Pero a la vez es la sensualidad más bruta. El cuerpo es todas las magias del mundo. Y “expresión corporal” era el nombre más apropiado para una clase en la que podíamos conectarnos con la esencia de nuestros cuerpos infantiles y transmutar esa magia en movimientos. “Danza” no habría sido apropiado. “Danza” habría llevado connotaciones profesionales. Expresión corporal. La magia del cuerpo. Gracias a ese nombre neutro

y extraño, descubrí lo que verdaderamente quería hacer de mi vida.

En las navidades anteriores a mi ingreso a segundo año de la secundaria, me regalaron la primera computadora que sería solo para mí. Casi todas las casas de clase media ya tenían Internet y de un día para el otro me encontré con una pantalla iluminada que encendía nuevas oportunidades a mi vida. Estaba la pornografía. Y estaban los chats.

A lo primero que me animé fue a la pornografía. Ya no tendría que aguardar a los martes ni aguantarme el sueño para descifrar, entre la lluvia de colores, los penes erectos de los hombres. Primero comencé a descargarlos mediante los programas de intercambio de archivos, pero luego encontré sitios web especialmente dedicados a la belleza masculina y lo que encontré ahí bastaba para hacerme delirar durante noches enteras.

Sin embargo, algo andaba mal. Buscaba videos donde hubiese un hombre masculino cogiéndose a un pibe como yo: más flaco, más chico, un poco afeminado, tal vez. Y lo que encontré no me gustó. En esos cuerpos delgados como el mío vi el maltrato, vi el sometimiento. Vi que esos hombres fuertes y musculosos los trataban como basura, que no se preocupaban por el dolor del otro y les daban con toda su fuerza, como si se odiaran por disfrutar penetrándolos. Vi que los ponían en cuatro como a perros y nunca los miraban a los ojos. Vi que nunca les daban un beso. Vi que les golpeaban las nalgas hasta dejárselas rojas, vi que les cacheteaban las mejillas como si estuvieran en medio de una pelea. Y vi cómo esos chicos escuálidos y pálidos se quedaban quietos, sin decir nada, sin quejarse, sin devolver el golpe, tan horrorosamente pasivos como el acto les exigía que fueran.

Cuando me animé a entrar en un chat, conocí a un hombre español y, luego de varias noches de charla, le conté cómo me sentía. Se llamaba Xavier. Le dije la verdad: tenía catorce años, era de Argentina, vivía con mis papás, era el menor de cuatro hermanos y me sentía terriblemente solo. Usualmente, cuando los hombres se enteraban de que al menos una ciudad me separaba de sus casas y sus camas, me decían chau educadamente y me dejaban pagando. También cuando les decía que tenía catorce años y era virgen. Entonces apareció Xavier.

El problema es, mi niño…, me dijo cuando le conté lo mal que me sentía cuando los hombres me cortaban el rostro, y al leer ese “mi niño” se me sacudió todo el estómago…

El problema es, mi niño, que los tíos aquí solo buscan alguien con quien follar y me parece que tú estás buscando un novio, o un amigo. Aquí siempre te llevarás desilusiones.

Xavi tenía veintiún años, vivía en Barcelona y estudiaba psicología. Vivía con sus padres y se moría por todo lo relacionado con los juegos de rol y los animés de ciencia ficción. Era fanático de Star Wars, Stephen King, Orson Scott Card y demás escritores que nunca había escuchado (ni leído) en mi vida.

Ojalá estuvieras aquí o yo allí… solía decirme, y yo suspiraba al leer sus palabras, porque no había nada en el mundo que deseara más que eso.

Me pidió que le mandara una foto y lo hice. Yo estaba en la plaza Marcos Sastre, sentado en una de las lápidas, sonriéndole a la cámara.

Eres monísimo, me dijo, y me pregunté por qué me había llamado *monísimo* y no *guapísimo*.

Siempre me han gustado los chicos menores que yo. Más delgados, pequeños, no lo sé…

Cuando le dije si le gustaba ser el macho, me respondió que sí, pero que jamás maltrataría a su novio, como hacían los activos de mis videos: *lo haría sentirse el niño más especial del mundo, me lo follaría dulcemente hasta que llegara al mejor orgasmo de su vida.* Sus palabras me excitaron tanto que esa noche me masturbé pensando en él. Habría matado por que Xavi me follara dulcemente. No pensé que la diferencia de edad era demasiada, al menos en aquel momento, y que si Xavi se aparecía en mi habitación y me follaba, aunque lo hiciera dulcemente, podía terminar en la cárcel.

Cuando le confesé que era virgen (antes le había dicho que tenía "muy poca experiencia") la cosa cambió entre nosotros. Comenzó a decirme "mi niño" más seguido y otros apodos más: cariño, bonito, mi vida. Me gustaba que me llamara así, pero también me angustiaba porque me daba cuenta de que me estaba enamorando de él. Y él también comenzó a sentir algo por mí.

Me pone tanto que seas virgen, mi niño, entraría en tu cuerpo suave y lentamente, y te haría gozar tanto y gozaríamos tanto juntos…Y jamás te maltrataría o te golpearía, ¿sabes? Te mostraría que los chicos pasivos también pueden llevar el control muy bien…

Le pregunté cómo.

Me recostaría boca arriba y dejaría que te sentaras sobre mi polla y me cabalgaras. Así podría ver todo tu cuerpo desde abajo y tú me verías desde arriba.

Me confesó que también se pajeaba pensando en mí, mirando mis fotos, imaginándose que me chupaba el culo y me *follaba*. Me pidió que le mandara una foto donde estuviera desnudo y entonces algo hizo *clic* en mi cabeza y todo se fue a la mierda. Pablo me decía (no le había contado a Gabo) que esa relación no tenía sentido ni futuro, que no era necesario que me fuera a España para conocer a un chico que gustara de mí y me quisiera, que en Argentina había montones de

chicos que se morirían por encamarse conmigo o por darme un beso o ser mis novios. Que Xavier no tenía nada que ofrecerme más que angustia y soledad. Y que tenía veintiún años, por Dios, ¿qué hacía chateando con un pibe de quince?

Le dije a Xavi que no podía chatear más con él, que sentía que me estaba enamorando y que no podía permitirme sufrir más. Él me entendió perfectamente (o al menos lo fingió) y me dijo que también estaba enamorado de mí. Y que ojalá la vida hubiese planeado las cosas mejor y me hubiese hecho nacer en Barcelona o a él en Buenos Aires.

Estoy seguro de que encontrarás un chico que te amará mucho, Santi. Siempre te recordaré. Al menos podemos enviarnos mails de vez en cuando, ¿verdad?

Hablamos más esa noche, incapaces de decirnos adiós. Pero finalmente nos venció el sueño.

Last night was so bright, I saw your eyes
You came to my mind,
But you wouldn't go out…

Last Night, Kazaky

El único sonido que se escuchaba era el zumbido del ventilador. Yo no solía bajar las persianas de mi ventana por las noches, pero Gabo no podía dormir si el ático permanecía tan iluminado. Así que me acostumbré a dormir casi a oscuras y descubrí que era mucho más relajante, que se dormía mejor. Aquella noche, después de un largo rato mirando la oscuridad del ático, sentí que Gabriel se metía en mi cama.

—Epah… —ronroneó en mi oído, mientras se ajustaba a mi cuerpo en la posición de la cucharita y me rodeaba con un brazo—. ¿Vas a dormir así? ¿Desnudito?

Me tensé al instante. Yo no estaba desnudo. Tenía puestos los bóxers y una camiseta vieja.

—No estoy desnudo —susurré muy quieto, con voz temblorosa.

Gabo apoyó la mano en mi cintura y bajó hasta el muslo. Sentí su respiración tibia en mi cuello y un relámpago de excitación sexual me subió por la columna vertebral hasta llegar a las fibras más oscuras de mi cerebro.

—¿Qué pasa, Gabo? —le pregunté. Mi voz temblaba, impregnada de la preocupación de no entender qué estaba ocurriendo.

—Pensé que por ahí podíamos dormir juntos —respondió él—. ¿No querés? —Su voz era suave. No encontré en ella ninguna provocación, ningún intento de ir más allá de su propuesta. Pero ya dormíamos juntos, éramos amigos. Hacía dos semanas que compartíamos la misma habitación, el mismo baño, la misma pasta de dientes, el mismo aire. ¿Por qué ahora teníamos que compartir la cama?

Me volteé.

—¿Por qué? —quise saber y lo miré a los ojos, intenté buscar en la oscuridad el brillo de sus iris de miel—. ¿Es incómodo el colchón…?

Lo que vi me asustó. En sus ojos, en sus labios entreabiertos, en su respiración tibia, en todos sus poros… había deseo. Parpadeó y bajó la mirada, sin saber qué decir. Después, como no encontraba las palabras adecuadas para responderme, decidió contestarme con su cuerpo: alzó la mano y me apartó el pelo de la cara, me acarició la mejilla, el cuello y subió de nuevo. Yo, estremecido, había cerrado los ojos. Y a pesar de que lo sentí acercarse, no me moví. Gabo se inclinó apenas y

me dio un beso en los labios, apenas una caricia, un aleteo de su boca contra la mía.

—Qué lindo que sos, Santi —susurró en voz muy baja.

—¿Te gusto?

Soltó una risita, que le salió ronca y con olor a tabaco.

—¿Y qué te parece…? —dijo acercándome más a él—. Te quiero, te quiero un montón, pero no sé… no me imagino cogiendo con vos o…

—¿Pero durmiendo conmigo y besándome sí? —dije, entre asustado y confundido.

—Sí.

Lo miré a los ojos de nuevo y supe que no podría darme ninguna respuesta satisfactoria: estaba tan asustado y confundido como yo. A mí también me gustaba él, pero la diferencia entre nosotros era que a mí me faltaba toda la impulsividad que él tenía de sobra. Él no se guardaba nada, ni los besos, ni los insultos, ni el sarcasmo, ni los gritos. Y yo, que acumulaba en mi interior un amasijo caliente de miedos, preguntas y deseos insatisfechos, de repente me encontraba junto a un hombre que no podía controlar su calentura y se metía en mi cama.

—No entiendo cómo podés… dormir con alguien y besarlo y no querer…

No pude seguir.

—¿Coger? —dijo en voz más alta de lo necesario, como mostrándome que él sí podía decirlo.

Pero yo no había querido decir "coger", había querido decir "hacer el amor". Jamás, hasta ese momento, me había dado cuenta de que eran dos cosas diferentes. Siempre las había pensado como sinónimos.

Gabriel me besó de nuevo, con más ansia, con más avidez. En mi interior sentía dos cosas: un río caliente que se abría paso por mi sangre y mi cerebro que me impedía detenerlo, y un grito mudo que me suplicaba que lo sacara de mi cama de un empujón, porque nuestra amistad corría peligro de irse a la mierda. Aquel río era puro deseo y el grito mudo era mi raciocinio. Cuando Gabriel arrastró los dientes por mi cuello, haciendo que una corriente eléctrica me recorriera todo el cuerpo, me pregunté si él sentía lo mismo que yo y por cuál de aquellas terribles fuerzas se estaba dejando llevar.

—Santi, Santi, Santi… —gemía en mi cuello, mientras me agarraba y me ponía boca arriba sobre el colchón—. Cómo te quiero, Santi…

Quedé echado sobre la cama con él encima, con mis brazos rodeándole la espalda desnuda, tan ancha, tan fuerte, y mis piernas separadas, intentando abrazarlo desde la inconsciencia. Cuando me di cuenta, quise cerrarlas, pero su cuerpo me lo impidió. Lo miré desesperado y sus ojos me devolvieron mi desesperación quintuplicada. Antes de que pudiera tomar aire, todo el cuerpo de

Gabriel se derrumbó sobre el mío.

—¿Qué te pasa, Gabo? —le pregunté—. Contame, hablemos… por favor.

—Ya te dije cómo me siento —contestó, con la cara hundida en la almohada. Alargué la mano hasta su cabeza y le acaricié el pelo.

—¿Por qué pensás que te sentís así? —Lo escuché tragar saliva.

—No sé.

Evidentemente, no quería colaborar. Nos quedamos en silencio un par de minutos. Yo, con todo su peso sobre mí, comencé a sentir que me hundía en el colchón y que, si me dormía, a la mañana siguiente me despertaría en medio de un pozo.

—Dejame que esté con vos.

—¿Eh?

—Pablo me cuenta cómo te sentís a veces… Eso no lo hablás conmigo, con él sos más confidente… quiero estar con vos, que me cuentes tus cosas.

Era cierto. Y le dije que no se debía a la falta de confianza. Pablín sabía escuchar, sabía analizar, sabía quedarse en silencio cuando era necesario. Y lo más importante: sabía aconsejar.

—Te quiero, Santi —repitió por tercera vez.

—¿Y decís que no querés hacer el amor conmigo? —dije con una risita. Él levantó la mirada y me sonrió apenas.

—Por ahí es que todavía no me acepto —susurró con humildad, pensativo—. Por ahí me cuesta reconocer que me gustan los hombres y que también quiero estar con hombres…

Le dije que me costaba difícil de creer, dado que estábamos en la cama medio desnudos y acabábamos de besarnos.

—No lo entendés porque, qué sé yo, vos naciste así, gay… nadie te tuvo que explicar que te gustan los hombres. Pero no todas las personas se dan cuenta así de una. A mí también me gustan las minas… entendé… y no sé, no entiendo cómo podría estar con hombres y mujeres, y coger con hombres y mujeres y enamorarme de los dos…

Entonces se atrevió a preguntarme cómo me sentía yo con respecto a él. Y quiso que le respondiera con la verdad, porque yo no lo había echado de mi cama, le había correspondido el beso, me había dejado hacer todo lo que me había hecho. La respuesta me dio vergüenza. Pero se la tuve que dar, porque era mi amigo y no se merecía que le mintiera.

—Nunca estuve con un chico. Esa vez sola, con ese pibe en el viaje de egresados. Vos sabés… Hacía cuatro años que no me daban un beso o me tocaban.

A sus ojos volvió el brillo malicioso.

—¿Querés decir que andás necesitado? —La respuesta era obvia—.

Entonces… ¿No te gusto?

¿Y ahora? ¿Qué podía responderle si mi cuerpo reaccionaba a su contacto de una manera tan evidente?

—Sí que me parecés lindo…

Sonrió complacido y me besó en la mejilla.

—Por ahí yo también ando necesitado… Digo, de un hombre.

Qué mala suerte, le dije, querer un hombre y tener que meterse conmigo. Él se irguió de nuevo y me contempló con franca confusión.

—Vos sos hombre —sentenció.

—Sí, pero a los hombres no les gustan los pibes como yo.

—¿Como vos?

Sí, como yo: locas. Él se rio fuerte y temí que despertara a toda mi familia. Lo callé con una patada y nuestras piernas se enredaron entre las sábanas. Me abrazó y rodamos por la cama, jugando, con nuestros cuerpos calientes temiendo lo que pudieran provocar en el del otro.

—Sos hermoso, Santi —dijo jadeando y me dio un beso en la frente —. Y estoy seguro de que muchos hombres se van a enamorar de vos. Y les va a encantar que seas así como sos.

Me tembló la panza y se me llenaron los ojos de lágrimas. Él se dio cuenta y no dijo nada. Me acordé de Xavi. Gabo observó en silencio, en medio de la penumbra, cómo una única lágrima me bajaba por las mejillas y se quedaba entre mis labios.

Lo que menos le gustaba a mi familia de Gabo era que fumaba. Al principio intentó ocultarlo (salía a fumar a la calle o subía a la terracita del tanque de agua), pero el olor a tabaco siempre se impregnaba en su ropa o peor, en la mía. Una vez lo encontré sentado en el alféizar de la ventana, con las piernas colgando hacia la nada. Lo primero que pensé fue que se quería suicidar, porque la noche pasada mi mamá había hablado por teléfono con la suya y Nora le había gritado que nadie le había pedido que se hiciera cargo de *ese sinvergüenza* y que le importaba un carajo donde estuviese viviendo.

Pero Gabo solo estaba fumando uno de sus Viceroys (los más baratos) y cuando me vio entrar me sonrió, como pidiéndome disculpas. Moría diciembre, eran los últimos días de clases. Tiré la mochila al piso y me acerqué. Gabo tenía los ojos rojos de tanto llorar. Sin decir nada, me acerqué y lo abracé. Quizá sí hubiese pensando en suicidarse, me dije cuando la tibieza de su cuerpo ancho y fuerte se encontró con la temblorosa flacura del mío.

—No quiero irme a una pensión, Santi —dijo de la nada.

Lo apreté más contra mí. El cigarrillo se había caído al piso y una estela de humo gris me acariciaba los tobillos.

—Y no tengo plata para pagarme un lugar mejor…

—No te vayas, entonces. Quiero que te quedes, ya hablamos de eso.

—Gracias —susurró y me dio un beso suave en los labios. Yo abrí la boca, esperando un beso más profundo, pero no se concretó.

Nos sentamos en el piso. Desde la cocina nos llegaba el aroma de la comida: mamá estaba preparando pescado frito.

—Escuché a tu vieja que decía que tu ropa tiene olor a cigarrillo, tiene miedo de que hayas empezado a fumar…

A Gabo le gustaba fumar en la cama y la noche pasada lo había dejado fumarse un cigarrillo mientras charlábamos. No sé, pero pienso que fumar es, culturalmente, un hábito más masculino que femenino. Al estar en la cama junto a él, verlo apoyado sobre su costado derecho, desnudo de la cintura para arriba y observar las siluetas de humo volando hacia el techo, de repente me sentí excitado, me sentí como si estuviese en presencia de la masculinidad en su estado más puro y vital. Y me dormí en medio de este torrente de virilidad desatada, entre el humo del cigarrillo y sus brazos poderosos.

—Mi vieja tiene miedo de todo —contesté de mal humor—. Tiene miedo de que me contagie sífilis, miedo de que me violen cuando salgo de noche, miedo de que nunca encuentre pareja y me muera solo como un perro. Pero no hace nada para sacarse esos miedos, ¿entendés? Se queda callada, como si vivir con eso la dejara más cómoda… No habla conmigo, no me pregunta cómo me siento… Ni siquiera me preguntó si somos novios de verdad.

Gabo se arrastró por el piso de madera (que el día anterior habíamos encerado y lustrado de nuevo) y recuperó su cigarrillo. Le dio una calada y mi mirada se quedó en su boca, en el gesto que hicieron sus labios al chupar la punta. Esa mañana no se había afeitado y una sombra de barba le oscurecía el mentón y las mejillas. Me gustaba cómo le quedaba, le hacía verse más grande, más adulto, más hombre.

—Debe estar esperando que se lo digas vos, que estés preparado, por ahí no sabe cómo encarar el tema... No debe querer meterse en tu vida —contestó pensativo.

Y entonces solté eso que me carcomía por dentro desde hacía ¿cuánto tiempo? ¿tres años? ¿cinco? ¿diez? No lo recordaba…:

—*Quiero* que se meta en mi vida, *necesito* que se meta.

Gabriel no dijo nada por un rato. Él, que no tenía padre y que tenía una madre ausente, no comprendía del todo cómo me sentía, pero al menos lo intentaba. Él solo entendía de independencia. Más que de independencia, de supervivencia. No soportaba que los demás le dieran instrucciones de cómo vivir su vida y detestaba no poder vivirla como se le antojaba. Gabo quería alquilarse un departamento chiquito, un monoambiente, nada de lujos ni excentricidades; quería trabajar de lo que le gustaba: ser actor, aparecer en revistas, subirse a

escenarios a hacer que la gente se meara de risa. No quería vivir de prestado en una casa con una familia que le recordaba lo que nunca había podido tener. El calor familiar le parecía superficial, absurdo e innecesario. Y yo quería poder hablar con mi mamá de mis sentimientos por Gabo y de las inquietudes y los miedos que me embargaban por culpa de mi homosexualidad. El problema era que no podría dejarla tranquila. Lo más probable era que la llenara de nuevos miedos.

—No le caigo bien a tu vieja —susurró Gabo, recostándose en el piso. Me acerqué a él y contemplé su pelo: esa mañana se había teñido de nuevo y su color se asemejaba mucho a la madera del suelo, una tonalidad como la del dulce de leche.

—A ninguna madre le cae bien su nuera —dije medio en broma medio en serio. Nos reímos, un poco avergonzados.

—Y sí… —susurró—. Debe pensar… lo tuve en la panza… ¡y ahora este se lo está cogiendo!

Nos reímos de nuevo, más avergonzados que antes, si era posible. Cuando dejamos de reírnos, pensé en lo que acababa de decir: *se lo está cogiendo*. ¿Tan claro estaba que yo sería pasivo en mis futuras relaciones sexuales? Eso me molestaba, me avergonzaba.

—No entiendo eso…

—¿Qué cosa?

—Que los padres a veces odien a las parejas de sus hijos. O sea, es la persona que amamos y la persona que nos ama, la que nos hace más felices, ¿cómo pueden odiarla…?

La respuesta de mi amigo fue inmediata:

—Porque es la persona que puede hacernos más daño que ninguna.

Y eso era lo que temía mi mamá de Gabo, de los hombres en general. Y también lo que temía mi papá, porque él, siendo varón, conocía a los ejemplares de su sexo y creía saber a lo que yo tendría que atenerme. Mi padre pensaba que solo conocía a los hombres heterosexuales y los gays para él eran un enigma irresoluble. Pero el miedo de mi papá era el mismo que el de mi mamá: los dos habían crecido en una sociedad donde la homosexualidad estaba al nivel de la peor de las promiscuidades y no entendían cómo era posible que un hombre pudiese amar a otro. Entendían el sexo: era placer, diversión, morbo, pero nada más. Era el amor lo que los intrigaba. Y para qué mentir, también me intrigaba un poco a mí. ¿Cómo sería el amor de los hombres? A veces, tanto mis padres como yo olvidábamos que yo también era hombre.

Me avergonzaba devolverle los besos a Gabo. Me avergonzaba devolverle los besos, tener ganas de besarlo, de abrazarlo, de mirarlo mientras se desnudaba, de querer bañarme con él, de tener ganas de hacer las cosas que habría hecho con un novio. Y me avergonzaba

porque, en realidad, no éramos novios. Gabriel aún no tenía clara su bisexualidad y yo, que no albergaba dudas de ningún tipo, no podía lanzarme a sus brazos esperando que me besara, me tocara y me satisficiera. No dudo que lo hubiese hecho: me habría recibido con los brazos abiertos y el cuerpo dispuesto, pero yo no me atrevía a tomar la iniciativa de nada. Me avergonzaba desearlo tanto y que él no fuese gay como yo.

Take a pen, write it down
Please don't feel ashamed
Can I get your number?
Can I get your name?

Name & Numbers, Bombay Rockers

Fue en la Marcha del Orgullo. Yo acababa de cumplir los quince y estaba, digamos, un poco más confundido que ahora. No es que todavía no supiese que me gustaban los chicos. Eso siempre lo supe. Pero una cosa es saberlo y otra cosa muy diferente es aceptarlo. La aceptación es todo un proceso que requiere un poco de soledad, un poco de desconexión, un poco de olvidarse de los demás y cerrar los ojos hacia el interior. Yo vi en mi interior…y ¿qué vi? Vi miedo… pero, por sobre todas las cosas, me vi solo, demasiado solo.

Y así, ese sábado, fui a la marcha del orgullo con mi miedo y mi soledad sobre los hombros. Me tomé el 71 en la esquina de mi casa, me bajé en la estación del subte B de Los Incas e hice un par de combinaciones que ya no me acuerdo. Sabía que la marcha comenzaba en Plaza de Mayo, pero me causaba pánico preguntar en mi casa qué podía tomarme para llegar hasta allí. ¿A dónde vas, Santito, a la marcha del orgullo gay?

Caí a eso de las cuatro de la tarde. Tenía puestas unas bermudas de jean y una musculosita blanca sin dibujos.

A mi alrededor todo era fiesta, color, magia. Chicas de la mano, chicos de la mano, chicas besándose, chicos besándose. Las travestis (a las que yo todavía trataba de los travestis porque no sabía que se identifican totalmente con el género femenino) eran las reinas de las cámaras de fotos. Si hay algo que me marcó para siempre, fue ver por primera vez a las travestis. Vestían disfraces de la mujer maravilla, diablitas, policías, y todas eran hermosas.

Me sentí aturdido, emocionado, con ganas de gritar y reírme a los gritos. Pero me di cuenta de que, a pesar de sentirme tan a gusto ahí, entre los putos y las tortas, seguía estando solo. Estaba parado en medio de la Plaza de Mayo, al lado del escenario, mirando para todos lados con la boca abierta y el corazón latiendo a mil por hora.

—Yo a vos te conozco…

Me di vuelta. Era un chico unos años más grande que yo, le calculé unos dieciocho. El corazón se me subió hasta la garganta. ¡Ese pibe me quería levantar!

—¿Vas al Pirán, no?

El Pirán, mi colegio. Lo miré, nervioso. Su cara no me sonaba de nada. Tenía el pelo castaño, los ojos miel y la piel blanca. Tenía las dos orejas agujereadas.

—Sí.

El chico me alargó la mano.

—Creo que estabas en mi equipo el año pasado, en la fiesta de los colores, ¿sos azul, no?

—Sí…

En mi colegio, cuando empezás la primaria o la secundaria, te asignan un color: verde, rojo, amarillo o azul. A fin de año, el Departamento de Educación Física organiza torneos de fútbol, voley, handbal y carreras. Los equipos se tienen que armar según los colores. La fiestita dura una semana y el viernes se anuncia al color ganador. No hay premios, pero si a uno le gusta el deporte, el evento está bueno. Lástima que no haya competencias de la única actividad física que de verdad me apasiona: la danza.

El chico alargó la mano y dijo:

—Me llamo Gabriel, Gabo, ¿viniste solo o esperás a alguien?

—No… Vine solo.

—Yo también.

Lo primero que Gabriel me preguntó era si yo era gay. Le dije que sí y él me contó que era bisexual. Le gustaban los chicos y las chicas. Me contó que su mamá también era bisexual y vivía con su pareja y sus dos hijos. Eran cinco en la casa. La pareja de su madre lo odiaba y por eso quería irse de su casa lo más pronto posible, el problema era que no tenía un mango.

—A mí también me gustaría irme de mi casa —le dije.

Nos sentamos en el pasto, bajo un árbol, y de repente la música, las risas y todos los sonidos de la fiesta desaparecieron. En Plaza de Mayo quedamos solo él y yo.

—Mi mamá me tuvo a los quince años, no conozco a mi viejo y a él tampoco le interesa conocerme.

—¿Y a vos te gustaría conocerlo?

—No. ¿Para qué? —Gabo hablaba desde el resentimiento, pude oírlo en su voz.

Me contó que quería ser actor (había hecho un par de changas como modelo) y que la semana siguiente tenía entrevista para trabajar en un McDonald’s. Que cuando saliese del secundario (así lo dijo, como si el secundario fuese una cárcel), estudiaría actuación.

La repentina intimidad con Gabo afectó nuestra amistad con Pablo. Pablín escribía poesía y era de esos artistas que necesitan la soledad para crear. Como él nunca nos invitaba a su casa, siempre nos

juntábamos los tres en la mía. Ese verano, Pablín se notaba triste y preocupado. Él siempre había sido muy callado, más de escuchar que de hablar. De repente, nos dimos cuenta de que se había callado completamente. Y que hasta había dejado de escuchar.

Por diciembre, en el recreo, me crucé de edificio y fui al salón de quinto año. Pablín estaba solo, sentado en su banco de la primera fila, donde siempre ponían a los chicos que usaban anteojos. En realidad no le era necesario, es decir, que si usás anteojos, por algo los tenés. Pero Pablín no se sentaba en la primera fila porque usara anteojos. Se sentaba allí porque no soportaba que los murmullos del fondo del salón no le dejaran escuchar a los profesores. Si no podía oír bien, se ponía de un mal humor que le duraba todo el día. De manera que lo encontré ahí sentado, con unas hojas de papel en la mano. Nos saludamos y le pregunté qué estaba haciendo.

—Es la inscripción al CBC —dijo seriamente.

Y entonces, para mi horror, vi que había hecho una cruz en la carrera de Ingeniería en Informática. Extrañado, le pregunté de quién eran los formularios. Más serio que antes, me dijo que eran suyos.

—Pero… ¿Te parece…? —Pablo era una persona a la que me resulta muy difícil replicarle las cosas.

Él se encogió de hombros. ¿Dónde estaba la carrera de Poesía?, me preguntó.

—Bueno, pero tenés Letras, ¿no? Eso es literatura, creo… O Periodismo…

—No hay Periodismo en la UBA, hay Ciencias de la Comunicación.

Le pregunté si estaba seguro de lo que estaba haciendo y me dijo que no. Que tenía terror de estarse equivocando, pero que nada le gustaba lo suficiente y no sabía qué hacer. Le dije que se tomara un año sabático y me miró como si le estuviese proponiendo que se hiciera cura.

—Bueno, supongo que te va a ir bien en Ingeniería —dije al fin—. A vos te va bien en todo. —Me sonrió, agradecido y orgulloso, y me preguntó si quería leer sus nuevos poemas.

Mi ático era excesivamente sensible a la temperatura. En el techo con forma de pirámide se veían los ladrillos y las vigas de madera, un detalle que nunca me había gustado. Las paredes eran de ladrillo esmaltado, de manera que allí adentro reinaba una paleta de colores bastante agresiva. Gabo decía que era mal feng shui o algo así, y me decía que si quería pintar las paredes, él no tenía problema en ayudarme. Cuando le dije a papá me sacó cagando y me gritó que si el ático no me gustaba, me fuera al dormitorio del segundo piso. Como ni loco habría dejado la enorme comodidad de mi ático, decidí dejarlo

como estaba.

—¿Qué te pasa, chabón? —le preguntó Gabo a Pablín aquella noche calurosísima. Mi pobre ventilador de pie hacía sus últimos esfuerzos por disipar el vaho caliente que bajaba del techo.

Estábamos los tres en mi ático, comentando la película que acabábamos de ver, una peli de terror muy rara que trataba de unas ovejas asesinas que se tiraban de un acantilado. A Gabo le encantaban las pelis de terror y aprovechábamos el Internet de mi laptop para bajarnos películas coreanas de fantasmas y pornografía gay de BelAmi.

Pablo suspiró y dijo que no le pasaba nada. Se estiró hacia su mochila y sacó su cuaderno.

—Estos días me lo paso escribiendo —susurró con una sonrisa cansada—. ¿Quieren leer algo?

Gabo le arrebató el cuaderno, cerró los ojos y lo abrió en una página al azar.

—Pozo ciego es… —comenzó a leer.

Pozo ciego es la neblina que me arranca de la cama,
y con el hilo de mis sueños te rescato del aljibe inundado.
Pozo ciego es tu garganta roja bañada en cenizas,
mientras el rojo de tus piernas brilla bajo la espuma.
Si suelto el hilo te caes y mis sueños explotan,
y con tu pelo de fuego los arrastro y los ato,
les hago un nudo, te los meto en la boca,
quiero que el sabor de la carne te burbujee en la lengua.
Quiero tu lengua enroscada en la mía,
quiero tu espina dorsal pinchando el colchón de plumas.
Pozo ciego es la palabra que brilla en tus labios y que flota en tu copa si le digo ¿por qué no me bebes?
Pozo ciego es la última vértebra en tu cuello blanco,
acariciada por mis dedos como a un animal salvaje.
Salvaje te encuentro dormida en la esquina, te busco pero te quiero ahora salvaje…
Si me miras salvaje te llamo,
si me miras salvaje vienes conmigo…
Pozo ciego es mi billetera que miras con tus dos pozos ciegos,
pozo ciego es la noche sucia que nos aplasta esta noche.
Quiero lamerte y chuparte tus dos pozos ciegos,
quiero que finjas que te ahogas si no te rescato.
Busco en tu pecho el manual de instrucciones,
solo encuentro en tu axila el olor del verano,
busco en tu espalda la estructura de algo más simple,
tus piernas celestes me abrazan al más infinito…
Infinita es la función de tu cintura inconclusa,

y si busco en tu profundidad encuentro un río infinito.
Y si me ahogo me lanzas al mar
y si te ahogas en mí te invento una almohada…
Pozo ciego es tu risa de mil pozos ciegos,
que llegó hasta a mi orilla
para arrastrarte conmigo.

El poema me dejó confundido y perturbado. No entendía la poesía de Pablín, simplemente me limitaba a admirarla. Cuando Gabo terminó de leer, pude ver en sus ojos de miel la misma confusión que sentía yo. Miré a Pablín y me sorprendí de que algo tan poderoso y terrible hubiese salido de esa mente, de ese cuerpo delgado, de esos ojos castaños que me transmitían tanta quietud, tanta paz. La poesía me había parecido brutal, gráfica, cargada de una sexualidad furiosa, de un amor obsesivo y enfermo.

—¿De qué trata? —me atreví a preguntarle.

Esa noche Pablín vestía de negro. En realidad, Pablín siempre estaba vestido de negro. No era amigo de arreglarse ni producirse, cosa que lo diferenciaba infinitamente de Gabo, y su atuendo consistía en una camiseta y unas bermudas negras. Pero, aprecié, ambas prendas eran de marca: Bensimon y Levi's. Gabo, en cambio, no tenía plata para gastar en marcas chetas, cosa que en verdad lo amargaba.

—Ya sabés que no me gusta explicar mis poemas, la poesía no se explica —dijo Pablín con una sonrisa. Se sacó los lentes y se frotó los ojos—, me gusta que cada uno le dé la interpretación que más le parezca…

Era cierto, no le gustaba. Pero no era porque quisiera darle libertad al lector o algo así. Era porque deseaba ponerse a la altura de sus poetas consagrados favoritos, que estaban todos muertos y que no podían levantarse de la tumba para rendir cuentas de sus versos ante los críticos literarios que se devanaban los sesos intentando interpretarlos. En realidad, no le gustaba que sus lectores interpretaran mal sus poemas:

—Para mí que trata sobre la prostitución —dijo Gabriel—. Te encuentro dormido en la esquina… Pozo ciego es mi billetera… ¿No?

Pablín meneó la cabeza, con una sonrisa. Le satisfacía que intentáramos descifrar sus palabras, que nos zambulléramos en sus laberintos de versos y nos perdiéramos en ellos.

—En realidad —admitió por fin, satisfecho con nuestras vanas tentativas—, se trata de un necrofílico. El tipo de día es profesor de matemáticas y de noche levanta mujeres en la calle y las mata. Es un femicida necrofílico.

—¿Un necroqué? —dije yo.

—Un tipo que coge con muertos —dijo Gabo, boquiabierto, y volvió la mirada al cuaderno—: claro, pozos ciegos son los ojos del muerto… El rojo de tus piernas brilla bajo la espuma… ¿La metió en la bañera toda ensangrentada? Y… ¿por qué no me bebes…? ¡Claro, si está muerta no puede beber nada! Si busco en tu profundidad encuentro un río infinito… ¡La está desmembrando…!

Pablín se mataba de risa. Gabo estaba lleno de un asombro terrible y horrorizado.

—Y vos vas a estudiar Ingeniería en Informática, bobo —dijo Gabo burlándose, tirándole el cuaderno a Pablín por la cabeza. Pablín lo esquivó y el cuaderno cayó a su lado, con las tapas hacia arriba. Se lo quedó mirando serio, molesto por las palabras de Gabriel que habían querido elogiarlo y sin querer lo habían herido.

Gabo y yo nos miramos. Le hice un gesto: me mordí los labios, como diciéndole *sos un pelotudo*. Realmente no sabíamos por qué Pablo quería estudiar esa carrera tan larga y difícil. Él decía que le gustaban las computadoras, y era cierto, pero sus poemas gritaban que su pasión no eran las pantallas ni los teclados. También decía que siendo poeta se iba a morir de hambre y entonces yo recordaba que no sabía nada de su familia. Sabía que vivía con su mamá y su papá, pero jamás los había visto y solo unas pocas veces había oído sus voces a través del teléfono. Su madre tenía una voz ronca de fumadora; la voz de su padre, en cambio, era suave, y hablaba muy lento, como pensando las palabras antes decidirse a pronunciarlas. Pero ¿qué podía decir yo de ellos si apenas conocía sus voces distorsionadas por el cable del teléfono y que no los habría reconocido si me los cruzaba por la calle? No tenía idea de su posición económica, pero sospechaba que no estaban nada mal. Pablín siempre llevaba plata en la billetera, tenía un celular de los caros y vestía ropa de marca, pero era hijo único y, obviamente, sus padres tenían menos gastos con él que los míos con nosotros cuatro.

Gabo dijo que tenía ganas de fumar y nos fuimos los tres a la terracita. Un par de horas más tarde, pasada la medianoche, Pablo se fue y nos quedamos solos Gabo y yo.

Nunca me había gustado ir a bailar con mis compañeros de clase. El ambiente de los boliches me parecía, ¿cómo decirlo? ¿Demasiado heterosexual? Me agobiaba ver que los chicos se comían chicas y que no hubiese nadie que quisiera apretar conmigo. Me sentía solo, solo rodeado de gente, de su transpiración y su aliento. Además, había otro motivo: me avergonzaba bailar con ellos. Los pibes no bailaban, se movían maquinalmente como robots, sin la sensualidad de las chicas, sensualidad que a mí me sobraba y que me moría por dejar libre. Me

sentía atrapado por mi vergüenza, porque pensaba que si me ponía a bailar en medio de la pista, solo podía esperarme risas y burlas. Era un verdadero sufrimiento no poder desatar la pasión que me llenaba el cuerpo cuando la música a todo volumen me invitaba a ella.

—Deberíamos ir a un boliche gay —dijo Gabo una de esas noches de verano, mientras Daddy Yankee gritaba ¡rompe! ¡rompe! desde mi netbook. Todavía estábamos en la terracita y ya eran más de las dos de la mañana.

—No sé… —dije yo—. No creo que me dejen pasar siendo menor.

Gabo no sabía que me causaba culpa salir de noche, eso solo se lo había contado a Pablo. Sentía culpa, me causaba miedo lo que pensaran mis padres de mí si me iba a la medianoche y volvía al otro día. ¿Se iría con un tipo? ¿Con dos? ¿Tendría sexo con *ese sinvergüenza*? No quería que mis papás pensaran esas cosas, quería que supieran que tenían un buen hijo que nunca les daría problemas… pero esa noche me di cuenta de que si seguía así, preocupándome por esos miedos que se negaban a enfrentar, se me iría la adolescencia a la mierda y no la habría disfrutado. Me quedaban dos años de adolescencia… y no había vivido nada. Quería tener novio, salir con él, besuquearme, hacer el amor…

Gabo agarró una botella con agua y se la echó encima. Yo me lo quedé mirando embobado. El agua le chorreó por el cuello, por el pecho desnudo y se perdió por entre sus pantalones cortos. Se me llenó la boca de insultos: hijo de puta, cogeme ¿por qué hacés esto, no ves que me tenés re caliente? Te voy a chupar la pija, te voy a exprimir toda la leche… Y creo que mi cara y mis ojos expresaron parte de esa calentura rabiosa, porque Gabo se giró de repente y me dio la espalda por un buen rato.

No pude calmarme. En los últimos días la espalda de Gabo había adquirido un tono bronceado que me volvía loco. Sus omóplatos marcados, la curva de su cintura, el hueso de su cadera, sus piernas fuertes. Quedó envuelto por la luz de la noche. Mi casa estaba rodeada de edificios y en los balcones y las ventanas se veían luces navideñas de todos los colores. Quise poder enviar un soplido tan fuerte que apagara todas aquellas luces…

Cuando comenzó la nueva canción, Gabo se giró por fin. Sonaba *Si no le contesto*, de Plan B. En Argentina había pegado fuerte la onda del reggaeton.

Gabo se sentó en el suelo de la terracita, a mi lado.

—Si no le contesto se desespera —canté distraído— piensa que con otra estoy, haciendo lo que le hacía a ella… Ea, ea, ea…

Subí el volumen de la laptop y Gabo sonrió.

—Si no podemos ir a un boliche, hagamos el boliche acá.

Yo le devolví la sonrisa. Ya teníamos la luz, la música y la

oscuridad. Pero nos quedamos sentados, mirándonos las caras, intentando descubrir qué nos pasaba y de paso, saber qué le pasaba al otro. Lo mío lo tenía claro: quería a Gabo y me moría por tener sexo con él, pero no estaba seguro de si lo amaba.

Lo que me ocurría era que necesitaba tener sexo, con Gabo o con quien fuera. Y también quería tener un novio y no me habría importado no estar enamorado. Solo necesitaba que me gustara y, claro, que gustara de mí.

Todavía no lo tenía claro. O quizá el miedo aún fuera demasiado grande.

Una de aquellas calurosas tardes de diciembre (se acercaba la Navidad y yo me preguntaba con quién las pasaría mi amigo), el susodicho llegó a casa a eso de las siete, con el pelo teñido de negro y chorreando felicidad por sus cuatro costados. Mi papá estaba en la sala, leyendo algo (un libro, creo recordar) y yo me arrastraba por toda la casa con la laptop en las manos, buscando la mejor señal para el nuevo wifi que habían puesto mis papás por insistencia de mi hermano (no se puede hacer la revolución con menos de 1 mega).

Miré a Gabo... y me quedé sin aliento. Estaba hecho un bombón: el pelo negro y lacio (se lo habían planchado, aprecié) contrastaba con sus ojos claros y su piel blanca. Además, le habían hecho un corte de moda: tenía más cortito el pelo de ambos costados, pero le habían dejado más largo el de las partes frontal y posterior, que lucían un despeinado perfecto.

¡Estás re lindo!, quise decirle, pero la presencia de mi papá hizo que me callara.

Gabo me saludó con un casto beso en la mejilla y fue directo hacia él.

—¡Mire, don Rober! —le dijo con una sonrisa que se le salía de la cara.

Papá, que apenas había levantado la vista del libro, frunció el ceño al ver el nuevo *look* de Gabo y luego dirigió su perturbada atención hacia las fotos.

—¡A ver, a ver! —exclamé yo, emocionado, sin preguntarme (todavía) por qué mi amigo se las había querido mostrar primero a mi padre.

—No están retocadas todavía, pero la fotógrafa me las imprimió.

Eran fotos para una cadena de peluquerías y en total habría como diez. En algunas, Gabo estaba con una camisa negra abierta mostrando parte del pecho, mirando serio hacia la cámara. En otras lucía remeras con escote en V y en el resto, solo su piel blanca. Le habían hecho varios peinados y cortes progresivos hasta dejarle su

look actual. Papá las miró sin mucho interés, haciendo un par de preguntas banales como ¿cuánto tardaron en sacártelas? o ¿y acá te maquillaron? Finalmente preguntó, mientras se las devolvía:

—¿Y te pagaron bien, che?

La sonrisa de Gabo se esfumó. Con un encogimiento de hombros dijo que le habían pagado más o menos, que no era la gran cosa pero que ahora tenía algo más para agregar al currículum y a su *portfolio*. Ah, y no había que olvidarse que las peluquerías llevarían su cara durante toda la temporada.

Yo saltaba de emoción y si papá no hubiese estado ahí, flor de beso le habría dado a Gabo. Nuestros ojos se devolvieron la felicidad en un guiño, pero la mirada de papá, en un instante, pasó de indiferente a volverse evaluadora. De repente, quiso hallar en mi mirada las respuestas de todo lo que no se atrevía a preguntar con palabras. Y de repente, también, me sentí muy cansado…

Sí, papá, soy homosexual, quise escupirle en la cara. *Sí, me gusta Gabo, pero no es mi novio, es solo mi amigo, un amigo con derecho de roce. Y sí, dormimos juntos a veces, pero no tuvimos relaciones… Desde hace mucho, papá, desde hace mucho que me siento así… Desde siempre, si te interesa saberlo, y no, no me interesa probar con mujeres, ¿a vos te interesa probar con hombres? ¿Te puedo hacer una pregunta? En la clínica donde trabajan mamá y vos, ¿no hay ningún psicólogo que pueda atenderlos para que de una vez por todas rompan este silencio de mierda que me está quemando los oídos?*

—¿Vamos para arriba? —le dije a Gabo. Rápidamente papá devolvió toda su atención al libro. Ya habíamos desaparecido para él. Pero mientras subía las escaleras, vi que sus ojos no se movían.

¿Vamos para arriba, Gabo, a ese lugar que es solo para los dos, donde podemos ser nosotros mismos y no necesitamos la aprobación de nadie?

Cuando era chico me daba vergüenza exigir intimidad, me sentía culpable. Me masturbaba pensando en hombres y algo en mi interior me decía que era incorrecto, que no debía hacerlo y mucho menos enojarme porque me abrieran la puerta del ático sin golpear y me sorprendieran en medio de mis fantasías. Afortunadamente, nunca me pasó, pero si me hubiese pasado, la tonta voz de mi consciencia me habría convencido de que me lo merecía.

Cuando llegamos al ático le pedí a Gabo las fotos de vuelta. Me tiré en la cama y me dediqué a contemplarlas y admirarlas una por una. Los ángulos de su rostro, los efectos de luz y sombra sobre su piel pálida, el brillo que la cámara le había dado a sus ojos de miel.

—Estás re lindo —le dije por fin—. ¿Me vas a regalar una, no?

Él se hinchó de felicidad, orgulloso por mi pedido.

—Obvio, ¿cuál querés? —Se recostó a mi lado y me pasó el brazo

por los hombros.

—Mnnn… —Era tan difícil decidirse—. No sé, ¡me gustan todas!

Él se rio y se apretó contra mí, hundiendo la cara en mi cuello. Hasta olía a perfume nuevo, ¿lo habrían perfumado para las fotos, también?

—Me regalaron un bono para ir a cortarme el pelo cuando quiera, si querés lo podés usar, te lo regalo —dijo revolviendo su mochila—. Y también me regalaron… ¡Esto!

Eran unos lentes oscuros bastante facheros, de esos que estaban de última moda. Creo que eran de Dolce&Gabanna o Luis Vuitton. Me los dio y me los puse, y de repente todo mi ático se volvió negro.

—Veo lo sucio de tu alma —le dije.

—Parecés una mosca tsé-tsé —dijo él, arrancándomelos de la cara —. ¡Fuera bicho!

Gabo se puso los lentes y fue a admirarse al espejo del ropero. Yo me tiré de espaldas a la cama, pasé los brazos por detrás del cuello y me lo quedé mirando. *Quiso agradarle a papá*, dijo una voz en mi cabeza. *Por eso le mostró las fotos primero, quiere agradarle, mostrarle que no es un vago ni un sinvergüenza, que es bueno en lo que hace, que puede ser un hombre tan respetable como él…*

Hasta ese momento no había pensado que esa rivalidad pudiese existir entre mi padre y Gabriel. Y, sin embargo, allí estaba, era evidente. Tampoco había pensado en Gabo como un hombre… es decir, nunca lo había comparado con papá. ¿Qué veía papá en Gabriel? me pregunté con cierta inquietud. La respuesta que me di me entristeció.

¿Y de Pablín? ¿Qué pensaría papá de Pablín? Supuse que le habría gustado más que Gabo: un estudiante de ingeniería, poeta en sus ratos de ocio, responsable, sin aros, sin piercings, sin peinados raros… Un futuro hombre de bien.

Que se queden las minas con los hombres de bien, pensé. Porque para mi cama yo quiero un hombre de mal.

Music is my life, cos my life is music
The beat of the drum in your heart...
Let's dance!

Let's dance, Five

Crecí pensando, como todo el mundo, que la danza es cosa de chicas. ¿Quién no recuerda ese capítulo de *Los Simpson* en el que Bart se hace bailarín de ballet y los malos del colegio se la pasan burlándose de él?

Me daba vergüenza bailar, porque mis movimientos siempre tuvieron ese nosequé femenino, esa sensualidad que no es propia del cuerpo del hombre, todo ángulos y planos, sino de las curvas de una mujer. Desde chico sentí fascinación por las danzas árabes, creo yo, porque la primera película que vi en un cine fue *Aladdin*, cuando tenía tres años. La vi en ese cine de Villa Urquiza que estaba en frente de mi colegio, que después se hizo cine porno.

Descubrí mi pasión por las danzas árabes cuando Shakira sacó su tema "Ojos así". El video me volvía loco, me moría por tener esas caderas y poder sacudirlas como ella, por que mi panza chata pudiese ondear como la suya, por lograr expresar con mis brazos, mis piernas y mi cuello ese huracán de fuerza sensual y femenina, pero a la vez tan apasionada y brutal.

Tenía diez años cuando salió a la venta ¿Dónde están los ladrones? y vi por primera vez el video clip de *Ojos así*. Ya me había asentado en el ático y mi abuelita me había regalado un *walkman* para que escuchara los casetes de las canciones que grababa de la radio. Grabar de la radio era un bajón. Las locutoras empezaban a hablar antes de que terminara la canción y eso me ponía furioso.

A pocos metros de la estación de tren había una pequeña disquería (después llegó Lef y la tendrían que cerrar) y ahí vi a Shakira, con su pelo rojo ondeando al viento y el micrófono muy cerca de su boca, como reclamándole un beso. Era el casete del MTV Unplugged y tenía una versión en vivo de *Ojos así*. Valía quince pesos, más o menos. Durante dos semanas me ahorré los dos pesos que mi papá me daba para comer en la escuela y el viernes, a la salida de clases, corrí las tres cuadras que me separaban de la disquería y me lo compré. Me atendió un tipo alto, de pelo negro, lindo. Me dio vergüenza pedirle el casete de Shakira y le dije que sí cuando me preguntó si quería que me lo envolviera para regalo.

Llegué a mi casa excitadísimo. Apenas comí. Me encerré en el ático y me puse a escuchar el casete. Tuve que adelantarlo, porque *Ojos así*

era la última canción del lado 2. Lo mejor para el final, claro.

Por las noches, comenzaba mi danza interminable, mi transformación: me sacaba la remera y me ponía un pañuelo alrededor de las caderas, sobre el pantalón, para simular el caderín de monedas que llevaba Shakira en el video. Con témperas negras me pintaba las serpientes a lo largo de los brazos y me delineaba los ojos con una sombra que le había robado a mi abuela. Lo único que no me gustaba era mi pelo, tan rubio y corto: yo quería que fuese largo y rojo como el de Shakira.

Comencé a imitar a Shakira y en un mes ya había logrado controlar los músculos del vientre. Podía hundir la parte superior y la parte inferior y sacudir la zona del ombligo. Al segundo mes ya podía ondular la panza: ese movimiento tan sexy que hacen las odaliscas que hace que su vientre parezca hecho de arenas movedizas.

Por supuesto, no me proponía transformarme en un odalisco amateur. Solo me encerraba en el ático a bailar y mi cuerpo respondía a la música como mejor le parecía. Pero todo lo hacía a escondidas, a la noche, oculto y cobijado por la semioscuridad de mi ático, mi refugio. Aún hoy, después de tantos años, veo el video clip de *Ojos así* y se me sigue poniendo la piel de gallina. Años más tarde conocí a Tarkan, Haifa Wehbe, Nancy Ajram, Azis y demás cantantes árabes u orientales, y su música me apasionó, pero la sensación de éxtasis que me invadió al escuchar por primera vez a Shakira, a esa música que me llamaba, que me invitaba a bailarla susurrándome al oído… esa sensación es inigualable.

Mis papás no sabían de mi pasión por la danza. Mi vergüenza por bailar creció junto a la vergüenza que me causaba mi cuerpo. La adolescencia me estiró hasta el metro setenta y cinco, pero me dejó igual de flaco. Cuando era chico y veía a los hombres musculosos, estaba seguro de que sería igual que ellos y eso me inquietaba. Esperaba que de un día para el otro me crecieran los músculos de los brazos y mi espalda se volviera ancha y fuerte, pero eso nunca pasó. Me quedé delgado, sin un gramo de grasa, con la panza chata, las piernas y los brazos largos y los huesos de las caderas marcados profundamente sobre la carne.

Mi cuerpo me gustaba. Pensaba que había algo extraño en él, pero no sabía exactamente qué. Mis compañeros de clase no eran tan delgados, sus cuellos no eran tan esbeltos, ni sus piernas tan largas, ni sus cinturas tan estrechas… y claro, ninguno se pasaba los recreos con los auriculares del walkman clavados en las orejas, con Shakira como única compañía. Obviamente, mis compañeros sí eran delgados y tenían dedos largos y cuellos esbeltos, pero algo me impedía verme igual que ellos. Me sentía raro, distinto.

Entonces apareció el cuerpo de Britney Spears y me cambió la vida.

Ya la conocía, tenía su casete *Oops, I did it again* y mi canción favorita era *Crazy*. Pero Britney, hasta que decidió dejar esa imagen de lolita-colegiala, no había significado mucho para mí. Fue cuando vi el video de *I'm a slave 4U* cuando llegó el terremoto Spears y me sacudió por completo. El maquillaje sucio de su cara me fascinó y deseé maquillarme los ojos de negro y que mis labios se vieran tan húmedos y sensuales como los suyos. Su pelo rubio, con ese aspecto entre mojado y grasiento, me enamoró. Pero entonces vi su cuerpo delgadísimo y lo comprendí todo. Yo no era un hombre común y corriente: yo tenía el cuerpo de Britney Spears.

—Estabas medio loco, ¿no? —dijo Gabo muerto de risa, con su poco tacto característico, cuando decidí contarle por qué no quería cambiar el viejo póster de Britney por uno más reciente.

—Con ella logré aceptar mi cuerpo —intenté explicarle.

—¿Aceptar qué? —replicó Gabriel, como si hubiese dicho algo ridículo.

Me quedé en silencio, pensando en cómo hacerle entender, si valdría la pena intentarlo.

—Que no quiero ser musculoso y grandote... Que prefiero ser flaco, así como soy.

—¿Tuviste que aceptarlo? —preguntó Gabo, que de repente se había puesto serio. Estábamos en la terracita. Él estaba apoyado contra el tanque del agua y yo le daba la espalda a la ciudad. Anochecía.

—Obvio. ¿Vos no tuviste una edad en que te mirabas el cuerpo e intentabas ver qué carajo pasaba, que estabas cambiando, que te crecían los pelos y eso?

Él meneó la cabeza.

—Sí, creo —admitió—. Pero nunca le di mucha importancia.

Mis papás nunca compraban fuegos artificiales para las Fiestas. Cuando era chico, me acuerdo de que me moría por jugar con las estrellitas y las bengalitas que vendían en la plaza. Una vez, a escondidas, mi abuela me compró un paquete de estrellitas. Todavía me acuerdo de la emoción que sentí cuando las prendí, cuando las chispas comenzaron a volar a mi alrededor, como un enjambre de luciérnagas diminutas.

Todos los años, mi papá nos recordaba la cantidad de gente que llegaba al hospital con quemaduras en las manos, en la cara, en todo el cuerpo. Y nosotros cuatro nos moríamos de miedo, pero cuando veíamos por la ventana el espectáculo de los fuegos artificiales nos sentíamos, no sé, como ajenos al festejo. Como si no estuviésemos festejando nada. No queríamos que papá nos comprara ninguno de

aquellos cohetes que volaban por el cielo, nos habríamos conformado con unas bengalitas pedorras.

Por eso, cuando Gabo llegó la tarde del 24 de diciembre con un cohete del tamaño de su brazo, papá abrió los ojos como platos y lo miró con cara de quererlo ahorcar con el estetoscopio. Agarré a Gabo y me lo llevé al ático.

—Boludo, a mis viejos no les caben estas cosas —le expliqué, nervioso, rogando que papá no hubiese encontrado la excusa perfecta para poner a mi amigo de patitas en la calle—. Nunca compramos pirotecnia.

Gabo se sentó en la cama y miró el cohete, que reposaba junto a la almohada.

—Era un regalo… Pensé que les iba a gustar. No sabía qué comprarles y no tenía plata para regalarles algo a todos… No sabía y compré esto… —Gabo suspiró—. Siempre hago todo mal, ¿no?

Gabriel levantó la mirada y me miró. Era Navidad, fiestas de fin de año, épocas para pasar en familia. Y Gabo no tenía una familia con la que estar. Su papá no existía y su mamá no se llevaba muy bien con los abuelos. Ahora que había echado a su hijo de su casa, la habían crucificado. No la querían ver ni dibujada. De manera que Gabo se quedaría con nosotros, en nuestra casa, y yo estaba contento de que pudiera estar conmigo y hacer mis días (y mis noches) más felices. Pero él no estaba feliz, porque mi familia no terminaba de aceptarlo. Les parecía sospechoso que un chico no estuviera con sus padres la noche de Navidad, lo veían como una amenaza.

Me senté a su lado y apoyé la cabeza en su hombro desnudo, tibio, salpicado de pelusas rubias. Suspiró de nuevo y me agarró del mentón.

—Gracias —susurró y me dio un suave beso en los labios—. A vos sí te compré algo. Espero que te guste.

Agarró su mochila… y sacó una bolsa de Scombro. Me empecé a reír a carcajadas. Era una musculosita blanca de tirantes, sin ningún tipo de adorno con excepción de un detalle de encaje en el escote.

—¡Me encanta! —exclamé.

Me saqué la remera que llevaba puesta y me la puse. Me quedaba un poco apretada, lo justo para marcarme la cintura. Me levanté de la cama de un salto y fui hasta el espejo. Me giré para verme de costado. Los vaqueros me llegaban hasta las rodillas y eran un poco anchos; la musculosa apenas alcanzaba a cubrirme toda la panza. Me coloqué de frente y mi ombligo me miró desde el centro de mi vientre. En ese momento pensé lo bien que vería mi panza con un piercing.

Gabo se acercó y me rodeó la cintura con los brazos.

—Mnn, qué bien que te queda —me dijo al oído, haciéndome estremecer con su aliento húmedo.

Nos miramos a través del espejo y pensé que hacíamos una linda

pareja.

A eso de las siete de la tarde fueron llegando mis tíos, mis primos y mi abuela con su mejor amiga, una señora italiana viuda que no tenía hijos. No sabía por qué, pero a mis padres Nina no les caía muy bien.

—¿Y quién es este chico tan lindo? —preguntó mi abuela cuando vio a Gabo.

—Gabriel, mi mejor amigo —le dije.

Pero al parecer ella comprendió que había algo más entre él y yo, porque asintió, mirándonos con una sonrisa, y en sus ojos brilló un destello de reconocimiento. ¿Sabía ella, la mujer que me había criado, que me gustaban los hombres? ¿Sabía que me gustaba Gabo?

Los grandes se sentaron a la mesa, los jóvenes se fueron a la habitación de las chicas y los más chiquitos revoloteaban un poco por todos lados. Gabo y yo nos sentamos en las escaleras y él aprovechó para fumar, ya que a alguien le habían regalado un paquete de habanos y una nube de humo flotaba por encima de la mesa.

—Santiago vení un segundo. —Era mi viejo y se notaba muy serio.

Una punzada de miedo me revolvió el estómago. Me llevó hasta su habitación y, confirmando mis peores sospechas, cerró la puerta.

—Sentate —dijo señalándome la cama matrimonial, como queriéndome recordar que yo nunca podría dormir en una cama así porque nunca podría casarme.

Obedecí, pero él no se sentó. Solo había hecho que yo me sentara para poder mirar hacia abajo cuando me hablara, para imaginarse que seguía teniendo alguna clase de poder sobre mí. Qué equivocado que estaba.

—¿Qué es eso que tenés puesto, me querés decir?

—Zapatillas, jeans y una musculosa blanca.

Apretó los dientes.

—¿Por qué te pusiste eso? ¿De dónde lo sacaste, es de tus hermanas?

—No, me lo compré en Scombro.

—¿En Scombro? —exclamó levantando la voz, escandalizado—. ¿Ahora te comprás ropa de mujer?

Bajé la mirada.

—La vi y me gustó —susurré en voz muy baja, casi temblorosa, mirando el piso con mis ojos que se empezaban a mojar.

—Andá, sacatelá y vestite como Dios manda, haceme el favor. Cuando no te vea podés ponértela cuando quieras, pero ahora sacátela, ¿no te das cuenta de cómo te miran tus tíos?

Me levanté, pasé delante de él, abrí la puerta de golpe y subí las escaleras tan rápido que casi atropellé a Gabo. Todos en el salón se quedaron en silencio. No me giré para ver a nadie.

En la terraza estaba fresquito, no era una noche muy calurosa. Se

escuchaban los primeros cohetes aislados y a mi alrededor los enormes edificios de departamentos estaban casi a oscuras. Claro, eran demasiado pequeños para albergar a las enormes familias argentinas: abuelos, padres, tíos, sobrinos, hijos, nietos… amigos.

Me senté al lado del tanque del agua, me abracé las rodillas y me largué a llorar.

—Santi —era Gabo. Traía el cohete en la mano.

No dijo ni preguntó nada. Se sentó junto a mí, me pasó el brazo por los hombros y me dio lo que necesitaba: su compañía y un hombro donde llorar tranquilo. Después de un rato, hizo que me sentara entre sus piernas y apoyé la espalda sobre su pecho.

—Me retó por la musculosa. No le dije que me la regalaste vos, pero me dijo que me la sacara, que le daba vergüenza.

—¿Eso te dijo?

Me sequé las lágrimas.

—Me dijo que mis tíos me miran mal…

Gabo chasqueó la lengua.

—Ya van a ser las doce —dijo mirando su reloj. Se puso de pie y agarró el cohete—. ¡Lo tenemos que encender!

Me limpié la cara y le sonreí.

—¿Dale? ¿Lo encendemos?

—¡Sí!

Me paré de un salto y seguí las órdenes de Gabo. Yo, que no tenía experiencia con pirotecnia, me mantendría alejado mientras él, con el encendedor, prendería la cola del cohete y luego vendría corriendo hasta donde estaba yo, junto al tanque del agua. La tristeza que sentía se evaporó. Agarré el cohete y lo miré emocionado, antes de que remontara vuelo en el aire. Tenía forma de flecha, la cabeza gris plateada y el cuerpo forrado con un papel de estrellas de colores. Gabo lo agarró y lo colocó sobre un soporte plástico de tres patas. Sacó del bolsillo el encendedor y, agachándose a su lado, encendió la mecha.

Un silbido comenzó a sonar en la base del cohete, mientras el suelo de la terraza a su alrededor se llenaba de humo. Gabo corrió hacia mí y yo, excitado, lo abracé mientras veía al cohete lanzarse hacia el cielo con un chiflido gatuno, dejando a su paso una estela de humo gris. En medio del vuelo, el cohete se fue encendiendo hasta transformarse en un insecto brillante, en una especie de espermatozoide gigante hecho de fuego. Creo que gemí de emoción. Apreté con fuerza las manos de Gabo y entonces… sonó el estallido. La bola de fuego explotó y se abrió en montones de chispas doradas que dejaron en el cielo todos los deseos que me embargaban el alma.

Me reí, emocionado, dividido entre la alegría y el llanto.

—¡Gracias! —exclamé en el hombro de Gabo, abrazándolo con todas mis ansias.

Él me agarró de la cintura y me acercó a su cuerpo de un golpe. Nuestros pechos se tocaron y sus rodillas me acariciaron los muslos. Una de sus manos subió por mi espalda hasta llegar a mi nuca. Ahí se quedó, revolviéndome el pelo… hasta que, separándome apenas de él y mirándolo a los ojos, le di permiso para que me besara, se lo supliqué, se lo exigí…

Nuestras bocas se encontraron, ya abiertas, ya desesperadas por llenarse del aliento del otro. Gabo tenía ese sabor a cigarrillo que me asqueaba y me fascinaba a la vez, y chupé su lengua caliente entre mis labios cuando me la ofreció. Le di la mía cuando me la pidió, quizá buscando en el interior de mi boca las palabras que no me animaba a decir… Mi espalda resbaló por la pared de la terraza y caímos al suelo suavemente. Las manos de Gabo se metieron bajo mi remera y las mías le rodearon la espalda, desesperadas. Había tanta piel, tanto Gabo que mis manos querían tocar, que mis diez dedos me parecían escasos… Y mi boca, ¿había manera de que pudiera saborear todos los rincones de su cuerpo a la vez? Su pelvis chocó contra mis caderas y su entrepierna se encontró con la mía. Ahogué un grito de placer al sentir su sexo hacer presión contra mi muslo… y mis manos, ¿dónde estaban mis manos? Me sentí como si mis miembros se hubiesen desconectado de mi cerebro, como si no hubiera manera de que pudiese coordinar los movimientos de mis brazos y mis piernas a la vez. La lengua de Gabo se deslizó por mi mejilla y mi cerebro trató de decirle a mis manos, a cualquiera de ellas, que por favor se la tocara, que intentara alcanzarla… Gabo me mordió la oreja con delicadeza y giré la cabeza para ofrecerle todo el cuello… Entonces… entonces vi los ojos asustados de mi mamá desaparecer por la puerta de la terraza.

—¿Qué? —dijo Gabo, cuando me lo saqué de encima con un empujón.

Miramos hacia la puerta, pero allí no había nadie.

—Mi… mi vieja… —susurré, con la respiración agitada y el corazón latiendo furioso—. Nos vio…

Gabo, que estaba tan excitado como yo, soltó un bufido de disgusto y se recostó sobre el suelo con los brazos abiertos, mirando hacia el cielo que comenzaba a llenarse de fuegos artificiales.

Me levanté y caminé hasta la puerta, y en ese momento las voces de mis papás me detuvieron en seco.

—¿No piensa venir a brindar? —decía mi papá.

—Dejalo —respondía mi mamá.

—¿Qué pasa? ¡Dejá de defenderlo, por favor! ¡No viste lo que se puso! ¡Decile que no sea maleducado y que baje a brindar!

—Dejalo, están arriba…

—¡Ya sé que están arriba!

La voz de mi mamá intentó detenerlo, hecha una súplica:

—Dejalos, Roberto. Se están besando… por favor… —y su tono se hizo más lastimero—: dejalos, por favor... ¡DEJALOS!

El grito de mi mamá se escuchó por encima de los estallidos de los fuegos artificiales. Escuché el ruido de su cuerpo chocando contra las escaleras y el grito de mi papá se sumó al suyo. Salí de la terraza y observé cómo el cuerpo de mi mamá se detenía entre los escalones del segundo piso. Mi papá corrió hacia ella y yo lo aparté de un empujón.

—¡Soltala! —le dije, con la voz temblorosa. Él intentó hacerme a un lado y entonces, el hombre que tanto quería ver en mí emergió de mi interior y le arrojó en la cara el grito más furioso que jamás había dado en mi vida—: ¡SOLTALA, HIJO DE PUTA, SOLTALA!

—¡Susa! —decían mis tíos y mis primos.

Entre los ojos desesperados de mis familiares, vi los de Gabo, pero no logro recordar en qué momento bajó de la terraza.

—Santi… —gimió ella.

—¿Qué? —sollocé yo, intentando ayudarla a levantarse—. Dejalo, dale…

Miré a mi papá. Su cara era una masa informe de rabia, dolor y desesperación. Se acercó a mamá y me escupió:

—Esto es todo tu culpa. —Su tono de voz cambió cuando se dirigió hacia ella, con los brazos extendidos para que pudiera incorporarse—. Susa, ¿estás bien, Susa?

Pero mi mamá no aceptó sus brazos. Levantó la mirada y sus ojos fulminaron a mi papá como si quisieran atravesarlo y hacerlo explotar. Alargó un brazo hacia él… y con la mano sana le estampó una cachetada tan fuerte que pensé que la carne de su cara se había desprendido. Mi papá se quedó duro, con la mejilla izquierda encendida y los ojos húmedos, llenándose de lágrimas. Lo vi tragar saliva, lo vi dejar de respirar y abrir los ojos al máximo para que las lágrimas no se atrevieran a salir. En ese momento sentí lástima por él, mucha más lástima de la había sentido por mí mismo en aquellos diecisiete años que llevaba vivo.

—Santi, Gabo…

Corrimos a ayudarla. Gabriel, que era más alto y tenía más fuerza, pasó un brazo alrededor de su cintura y la llevó hasta el dormitorio.

Mi familia no entendía qué había pasado, pero sabían que tenía algo que ver conmigo. Mi papá los convenció para que no se fueran, pero mis primos, que se morían de ganas de salvarse de la reunión familiar, aprovecharon para despedirse educadamente e irse a bailar. Un par de tíos se fueron y los que no tenían auto se quedaron en la sala, tomando café y hablando en voz muy baja.

Mamá se había esguinzado la muñeca, se había raspado el hombro contra la pared y se había golpeado la cabeza. Papá la revisó y me pidió que no dejara que se durmiera.

Nos quedamos los tres en el dormitorio: mamá, Gabo y yo.

Cuando lavé mis dos remeras de mujer, las colgué por mi cuenta en la terracita, para que no se mezclaran con las prendas de mis hermanos ni las de mis papás. Gabo clavó un clavito en la pared y ahí atamos la cuerda donde colgaríamos nuestra ropa. Un extremo de la cuerda estaba en el clavo; el otro, en la vieja antena de televisión que ya no usábamos hacía años, desde que papá había puesto televisión por cable. Un jean de Gabo y mis dos musculosas inauguraron la cuerda de aquella extraña pareja que éramos.

Esa tarde, mi abuela llamó por teléfono para invitarme a pasar unos días en su casa, en Luján. Estuve a punto de decirle que sí, pero entonces levanté la mirada y lo vi a Gabriel, que estaba en la cocina revolviendo mi jarro de leche con cinco cucharadas de chocolate en polvo. Si yo me iba, ¿a dónde se iría él? ¿Tendría que quedarse solo con mi familia?

—Lo podés traer a tu amigo si querés —dijo ella, al notar que yo dudaba.

—¿En serio? —chillé contento, y Gabo me miró y me sonrió, a pesar de que no sabía qué pasaba.

Del otro lado del teléfono, mi abuela se rio.

Armamos los bolsos esa misma noche. Gabo también estaba feliz de poder irse al carajo unos días, fuera de las miradas acusadoras y odiosas de mi papá y mi hermano. A la mañana siguiente nos tomamos el 71 hasta Once y ahí pagamos siete pesos nuestros boletos en el micro que salía a las diez y media de la mañana. Eran las nueve, teníamos una hora y media de espera, así que comenzamos a recorrer los negocios de Once, la mayoría locales de ropa barata. Gabo compró dos chipás con forma de rosca y me ofreció uno.

—Mirá —dijo, señalándome un negocio en la vereda de enfrente.

Era un local de ropa hindú. Mi amigo me señalaba un maniquí de mujer que tenía puesto un caderín alrededor de la cintura. Era negro, con cinco hileras de monedas plateadas. Me agarró de la mano y cruzamos la calle corriendo.

La vidriera estaba llena de vestidos bordados, babuchas, incluso trajes de odalisca. Suspiré, fascinado con aquel paisaje de hilos de colores, lentejuelas y piedras de fantasía.

—¿Cuánto vale eso? —le preguntó Gabo a la empleada que se acercó a nosotros.

—¿El caderín negro? Veinticinco pesos.

Gabo sacó la billetera, pagó lo dicho y, cuando salimos del local, me entregó la bolsa con una sonrisa. Yo no lo podía creer.

—Para que muevas un poco las caderas —dijo.

—¡Pero no…! —repliqué—. ¡No tenías que gastar plata en esto!

Se encogió de hombros y dijo que era mi regalo de Reyes. Que me agradecía todo lo que estaba haciendo por él y no tenía idea de cómo pagarme. Desvié la mirada, porque yo sí sabía muy bien cómo.

A las once menos veinte salió el micro para Luján. El sol ya comenzaba a calentar pero, por suerte, el micro tenía aire acondicionado. Elegimos los asientos del fondo y como habíamos dormido pocas horas (nos habíamos quedado hasta tarde mirando televisión) aprovechamos el tiempo y nos dormimos un rato. Gabo había agarrado el asiento del lado de la ventanilla y yo me tiré sobre sus rodillas, sin que me importara nada lo que pensara el tipo que estaba al lado mío o las monjas que estaban en los asientos de adelante. A veces me pasaba eso: me chupaba un huevo lo que dijeran los demás, pero me importaba demasiado lo que pensara mi familia. Había momentos, ratos en que quería gritarles en la cara que era gay y me moría por coger con Gabo y ratos en que temblaba de miedo de que abrieran la puerta del ático y nos encontraran besándonos.

Cuando me desperté, Gabo ya se había despertado hacía rato. Tenía los auriculares de mi celular en las orejas. Estaba escuchando mi música. Abrí los ojos lentamente y me di cuenta de que tenía su brazo alrededor de mi cuerpo y que sus dedos me acariciaban el pelo. Ese fue uno de los muchos momentos en que me pregunté qué sentía Gabo por mí. Pero tenía demasiado miedo como para preguntarle. Temía que mis sentimientos echaran a perder nuestra amistad o lo que fuera que existiese entre nosotros. Así que callaba, disfrutaba de él y, claro, también sufría un poco.

—Estoy escuchando a Shakira —dijo Gabo con tono gracioso, abriendo mucho los ojos y con un gesto con la mano derecha. Recuperando su tono de voz, dijo—: siempre tenés este tema en el celu, cambiás el resto de la música, pero este nunca lo sacás.

Era, obviamente, *Ojos así*.

—Más tarde cuando lleguemos a lo de la abuela le pongo algo que te guste a vos, así podés escuchar también. Traje la laptop.

Él frunció el entrecejo, un poco extrañado. Y, de repente, yo también me di cuenta de que acababa de decir algo raro: ¿de verdad iba a poner en mi celular algo de la música de Gabo? ¿Acaso éramos una especie de matrimonio…? Pero, pensándolo bien, ¿qué éramos exactamente?

—Es muy importante para mí esa canción —susurré, para cambiar el tema—. Con ella descubrí la música árabe.

Miré por la ventanilla. Se veían casas bajas, pasto y más pasto. Faltaba poco para llegar. Me incorporé y me estiré, golpeando sin querer al señor que estaba al lado mío, que también se había quedado dormido. No dijimos nada por un momento. Entonces, cuando

pasábamos frente a un rebaño de ovejas muy lanudas y grises, a mi amigo se le ocurrió romper el silencio con algo que me venía comiendo la cabeza desde hacía mucho tiempo:

—¿Por qué no vas clases de baile, Santiago? —cuando él me llamaba por mi nombre completo, significaba que estaba hablando en serio. Quería una respuesta sincera.

—Me gustaría, pero… —suspiré— no puedo ir y decirle a mi viejo que quiero ir a clases de baile, imaginate cómo se va a poner.

—¿Qué, por la plata decís?

—Y sí… Son caras, las academias… Y a mí me gustaría algo serio, no para pasar el rato.

Gabo sonrió.

—Podés conseguirte un laburo. No necesitás el permiso de tus viejos para hacer lo que te gusta. Yo sé que… bueno, que es jodido, ¿no? Porque lo verían como cosa de minas… pero, no sé… decía nomás. Creo que te haría bien disfrutar de algo que te gusta. Y vos bailás muy bien.

El micro nos dejó a un par de cuadras de la basílica, de manera que nos tomamos un taxi hasta la casa de mi abuela, que pagué yo, en retribución por el regalo. La abuela ya nos tenía el almuerzo preparado: una fuente de pescado frito con papas y aros de cebolla. Ni bien entramos, dejamos los bolsos en la sala y nos sentamos a comer. Nos moríamos de hambre.

Mi abuela tenía setenta y dos años, y hacía más de veinte se había quedado viuda. Antonina, su amiga italiana siete años menor, había enviudado y hacía varios años vivían juntas en aquella casa. No era una casa muy grande: constaba de un solo piso con una sala comedor, dos dormitorios, un baño y una cocina. Saliendo por la cocina estaba el jardín, y pasando el jardín había otra habitación y un baño de servicio.

—Les preparé el dormitorio del fondo, ¿no les molesta? —dijo la abuela. Le aseguramos que no, que estaba bien—. Nina tiene el taller de costura en el otro. Les preparé dos camas porque no sabía… bueno, ustedes verán. —Y se rio.

Nina, que si bien era más joven, era mucho más bajita (mi abuela siempre había sido una mujer alta), se encorvó bajo toda su estatura y compartió con ella las risas en silencio.

Me puse colorado y Gabo me miró sorprendido. Nos sonreímos. Aunque yo, sinceramente, no tenía idea de si íbamos a dormir juntos o separados. Habría preferido que la abuela hubiese preparado una sola cama y listo.

Miré a Nina y a la abuela mientras lavaban los platos y comíamos el helado. Mi abuela, aunque mayor, seguía luciendo imponente y altiva, como siempre había sido.

—¿Vos sos compañero del cole de Santi? —preguntó Nina, sentándose y sirviéndose más helado.

—No, yo egresé el año pasado. Santi ahora pasó a quinto.

—Ah, se llevan dos años, ¿y te fuiste de viaje de egresados?

Gabo, un poco triste, dijo que no. Contestó con la verdad: que tenía que trabajar porque su mamá no se hacía cargo de él. Que su mamá había estado en pareja con otra mujer y que la relación que tenían nunca le había gustado. No porque tuviera algo en contra de las lesbianas, se apresuró a aclarar, nada que ver, sino porque… eso mismo, no le gustaba aquella relación. La novia de su madre era demasiado celosa y posesiva, no aceptaba el hecho de que su pareja tuviese un hijo del que hacerse cargo, a pesar de que ella misma tenía dos. La relación llegó a ser tan enfermiza que su madre lo echó de la casa, culpándolo de la definitiva ruptura y la consecuente separación.

—Ahora me estoy quedando con Santi… pero bueno, me parece que me voy a ir a vivir con mis abuelos si no consigo otro lugar rápido.

Se me cayó la cuchara al plato. Gabo no me había dicho eso. No tenía idea de que se sintiera tan mal con mi familia como para querer irse tan pronto.

Para disimular mi incomodidad, Nina le preguntó a Gabo si trabajaba, si estudiaba, qué hacía de su vida.

—Empecé a estudiar teatro a principio de año, pero no pude seguir porque era muy cara la universidad. Y no me daba tiempo para laburar tampoco. Ahora estoy buscando otro trabajo, hago changas como modelo…

Nina y la abuela dijeron ¡modelo! al mismo tiempo, todas sonrientes y maravilladas. Gabo se rio y asintió. La abuela lo hizo parar, le dijo que diera una vueltita y él, chocho de la vida como siempre que hacía gala de su belleza, giró suavemente sobre las puntas de sus pies y se pasó la mano por el pelo, haciéndose el coqueto.

Nos reímos los cuatro, y la abuela, diciendo que un chico tan lindo se merecía estar bien alimentado, sacó de la heladera una torta de manzana y nos sirvió dos porciones enormes.

Después del almuerzo fuimos a instalarnos en la que sería nuestra habitación durante toda esa semana. No era ni la mitad de grande que mi ático, pero estaba limpia, ordenada y tenía una muy linda vista de todo el jardín: los dos limoneros, la morera y la parra que colgaba por encima de una mesa con sus dos sillas, donde seguramente Nina y la abuela se sentaban por las tardes a tomar mate. La habitación estaba justo debajo de la higuera y, cuando había brisa, un par de ramas se asomaban por la ventana, con sus diminutos higos colgando.

Pensé que quizá la abuela se había decidido por esa habitación para darnos algo de intimidad. Sin embargo, como era una habitación que

no se usaba a menudo, el abandono se hacía notar: el techo estaba cortajeado y en uno de los rincones había una amplia mancha de humedad de color negro con vetas de amarillo. En las esquinas había restos de telarañas que el plumero no había podido alcanzar. El suelo de cerámica no brillaba tanto como en el resto de la casa y, si bien los enchufes funcionaban, las abuelas, por su edad, no habían podido poner las bombitas en el plafón.

—Divinas las viejas, eh —dijo Gabo, dejando su bolso en el piso.

—Sí —afirmé yo, feliz de estar libre de mi familia por siete maravillosos días.

Quizá pudiéramos quedarnos más tiempo. ¡Estaría solo con Gabo toda una semana! Sentí remordimiento por Pablín. Lo había traicionado al no invitarlo a venir con nosotros. Pero, Dios mío, ¿podría culparme? Yo quería estar solo con Gabo, ¿eso me hacía un mal amigo? Intenté no pensar en Pablín, pero no lo logré.

Lo primero que hice fue correr la mesita de luz, subirme de un salto y poner la bombita de luz. Después saqué la ropa del bolso y la ordené en el ropero. Finalmente, puse la laptop en la mesa de luz y me puse a buscar un enchufe.

—¿En cuál vas a dormir? —dijo la voz de Gabo a mis espaldas.

Se me cayó el alma a los pies.

—¿Eh?

—¿En qué cama vas a dormir?

No sé si Gabo notó mi voz afectada o mis ojos tristes… Le dije que quería la cama que estaba debajo de la ventana.

—Te van a comer los mosquitos —respondió con una risa que no compartí.

Salimos a pasear sin las abuelas. Hacía mucho calor: el cielo estaba completamente despejado, de un celeste brillante que hería las retinas.

Pasamos por detrás de la Basílica de Luján y vimos los arbolitos de manzanas verdes que crecían en el jardín. Cuando cruzamos la calle, pasó un cartonero arriba de un carro tirado por un caballo y nos preguntó si no teníamos unas monedas. Gabo le dio un peso y yo le acaricié la cabeza al caballo, que me lamió los dedos con una lengua enorme y rosada.

—¿Me puedo sacar una foto con él?

El cartonero me miró como si hubiese dicho una pelotudez y dijo que sí. Le pasé mi cámara a Gabo y apoyé la cabeza contra la del caballo.

—¡Gracias!

El cartonero nos preguntó si éramos turistas y le dijimos que no, que éramos de Buenos Aires, pero que estábamos de visita en la casa de unos familiares.

Cruzamos una plaza donde había una feria. Vendían flores

artificiales, imágenes de santos, velas, rosarios, gorras, de todo. Nos compramos una bolsa de pochoclos y seguimos caminando. Mientras paseábamos, me pregunté si de verdad parecíamos dos novios, como habían pensado las abuelas. Me dije que no, porque éramos dos varones y nunca nadie al ver dos chicos por la calle piensa que puedan ser pareja. En cambio, cuando vemos un chico y una chica… En ese momento deseé ser mujer solo para que las personas que nos veían pensaran que éramos novios.

Llegamos a un camping. Como nadie nos detuvo, nos imaginamos que era gratuito. No teníamos carpa, ni siquiera una manta, pero no nos importó. Nos tiramos en el pasto, a oler el perfume de la hierba y ver el cielo.

—¿Sabés lo que leí hace un montón? —dijo Gabo. No esperó mi respuesta—: que el cielo no es celeste en realidad, que es medio violeta, pero que como no vemos todos los colores que existen lo vemos celeste.

—Sí, ya lo sé. —Yo estaba un poco de mal humor—. Los colores no existen en realidad, todo es luz. La luz está formada por radiaciones ultravioletas de diferentes longitudes de onda y nosotros solo vemos desde el rojo al violeta.

Gabo me miró sorprendido.

—Qué loco que existan colores que no conocemos, ¿no?

—Sí, es como que... no sé, no me los podría imaginar.

Se giró y quedó de costado, muy cerca de mí.

—¿Estás bien, Santi?

—Sí, ¿por?

—Estás re callado…

Me giré. ¿Y ahora? ¿Parecía que había algo entre nosotros? Estábamos cerca, muy cerca. Demasiado cerca para ser solo amigos. Él no se sentía incómodo y yo tampoco. Nunca me sentía incómodo entre desconocidos, por extraño que eso pudiera parecer. Pero claro, había límites. Gabo me apoyó la mano en la cintura y me pasó un dedo por debajo de la remera. Suavemente, fue dibujando círculos sobre mi piel desnuda. Creo que cerré los ojos. Los volví a abrir cuando el cuerpo de Gabriel se incorporó y vi que se sacaba la remera (una camiseta negra de Rammstein) y la tiraba al pasto.

—¡Me quiero broncear! —exclamó—. Sacate la remera, boludo.

—No, no me gusta broncearme… Bah, no le veo el chiste en realidad.

Como era muy blanco de piel, simplemente me enrojecía como un tomate y jamás tomaba color.

—Pero si es re linda la piel bronceada…

Le sonreí y me saqué la remera, solo para darle el gusto. Estábamos rodeados de árboles, eucaliptos altos llenos de hojas verdes con forma

de lágrima. Cuando me volví a acostar sobre el pasto, cerré los ojos y olí su aroma, fresco y medicinal. Más allá había un palo borracho repleto de flores rosadas. A lo lejos vi un grupo de chicos jugando al fútbol y más lejos… el Río Luján. Me levanté de un salto.

—¡El río! —exclamé—. ¡No sabía que estábamos tan cerca del río!

Nos atamos las remeras a la cintura y corrimos cuesta abajo entre los árboles. Por aquí y por allá había familias instaladas con sus carpas, chicos y chicas tomando sol, nenes chiquitos jugando con bombitas de agua.

Cuando llegamos a la orilla del río, la escena nos desanimó un poco. El agua era muy turbia y botellas de gaseosa y latas de cerveza flotaban sobre la superficie, mecidas suavemente por la brisa casi inexistente. Unos nenitos de aspecto mugriento jugaban en el agua con una pelota gigante. Buscamos un lugar con pasto abundante y volvimos a echarnos a tomar sol. Saqué el celular y puse música: el pop-folk del búlgaro Azis.

—Santi —susurró Gabo—. ¿Qué vas a hacer cuando termines el colegio? ¿Vas a estudiar?

Suspiré. La verdad era que intentaba no pensar en eso, porque no tenía idea de lo que iba a hacer. Lo único que me gustaba de verdad era bailar y nunca había ido a clases de baile.

—Pero sos chico todavía, tenés diecisiete años, podés empezar cuando quieras… y además bailás re bien, no tendrías problema con eso. —Abrí la boca para replicar—. Ahora, si el problema es tu familia… Viví tu vida, Santito, en serio te lo digo.

Gabo se incorporó y se sentó con las piernas cruzadas. Yo estaba junto a él, con la cabeza entre sus rodillas. A lo lejos oíamos los gritos de los chicos y el suave susurro del río. Un leve olor a tierra y pasto mojado nos llegaba desde la orilla.

—Tu viejo no te merece —dijo Gabriel, de pronto—. Tu mamá es buena… pero parece como si le tuviera miedo a tu papá, miedo de enfrentarlo y mandarlo a la mierda, miedo de defenderte.

Me puse de costado, de espaldas al río, de espaldas a la gente sentada sobre sus mantas que tomaba mate y reía, despreocupada. ¿Cómo era eso de que mi papá no me merecía? ¡Había crecido creyendo todo lo contrario! Había crecido con el terror de decepcionarlo, escondido detrás de la sombra de mi hermano mayor. Cuando era chico, mi papá vivía enojado conmigo y yo no sabía por qué. No me daba cuenta de que era un varoncito y que no debía juntarme con las nenas… o que los varoncitos no jugaban con los lápices labiales de sus mamás. Era un niño gay y no lo sabía, pero mi papá sí. Y me detestaba por eso.

—Sos una ternura, Santi —susurró Gabo—. No entiendo cómo tu papá te desprecia de esa manera… te juro, no sé cómo le sale. Siento

que vos, no sé… fuiste hecho para que te quieran.

Me puse boca abajo sobre el pasto, apretando la boca con fuerza para no tragarme la tierra, cerrando los ojos hasta que me dolieron para que las lágrimas no se me escaparan. El pasto me pinchaba la piel, los párpados, las mejillas…

—A veces quisiera no ser gay —sollocé, con la frente contra la tierra—. Quisiera ser bien macho y salir con muchas minas y que mis papás me quisieran… Pero a veces no, porque detesto a esos hombres que le hacen daño a las mujeres. A veces quisiera que me amaran como soy, porque yo nací así, no tengo la culpa de ser como soy… Y tampoco le hago mal a nadie.

—Obvio que no tenés la culpa, nadie tiene la culpa. Y obvio que no le hacés mal nadie, son ellos los que te hacen mal a vos. Santi…

Me giré y lo miré. Gabo tenía la mirada fija en el frente, sus ojos miel brillaban y tenía las cejas juntas y la boca tiesa.

—Siempre voy a estar con vos, pase lo que pase. Si alguna vez tus viejos… no sé, si alguna vez pasa algo… sabelo que yo te voy a defender.

A eso de las siete y media empezó a caer el sol. Recorrimos los caminos de tierra y llegamos a una feria de artesanías. Hippies de pelo largo y con rastas vendían velas, sahumerios, ropa tejida, aros y pulseras.

Sentada arriba de una manta, una señora con un largo vestido celeste semi transparente fabricaba unos aros con mostacillas de colores. Pasamos junto a una casa rodante que tenía puesto un cartel que decía “peluquería”. Un muchacho alto le hacía trenzas a una nena; a su lado, un hombre un poco gordito les cebaba mate y leía un libro enorme.

En el lugar reinaba un curioso aroma a hierbas. Mirando a nuestro alrededor, vimos a un hombre negro pelado sentado en el suelo. Había encendido una fogata y quemaba en una especie de sartén una extraña mezcla de hojas, flores y otras sustancias. De la sartén manaba un humo azulado y pronto la fragancia se elevó sobre nuestras cabezas, llenando todo el aire que nos rodeaba. El hombre era muy fornido y estaba desnudo de la cintura para arriba. Vestía unos pantalones largos muy blancos e iba descalzo. Tenía tatuajes en los dos brazos y cuando se giró vi que un dragón le ocupaba toda la espalda. Cada un par de segundos sacudía la sartén y agregaba a la mezcla nuevos ingredientes que chisporroteaban en la superficie y hacían que el humo se avivara. La gente se amontonaba a su alrededor y cuando nos dimos cuenta, ya había anochecido.

El hombre sacó la sartén del fuego, agarró un pequeño frasco de vidrio y lo llenó con la mezcla, que era de un intenso color amarillo dorado veteado de naranja. Se puso de pie y, con una pequeña sonrisa,

miró a su público, que de un momento a otro irrumpió en aplausos. Me sumé a la ovación, aunque no sabía muy bien por qué lo estaba aplaudiendo. Ahora que se había parado y que el fuego no desfiguraba sus rasgos, pude ver su rostro con claridad. No era un hombre viejo, debía tener más o menos veinticinco años. Tenía la cabeza rapada y dos grandes aros en las orejas, de esos que perforan el lóbulo completamente. No llevaba más *piercings* que aquellos. El hombre rodeó su pequeña fogata, dio unos pasos y me di cuenta de que me estaba mirando. Me puse nervioso. Se acercó a nosotros, hizo un movimiento con su frasco y, alargando el dedo índice, me dio dos rápidos toques en el cuello. Me sobresalté. El dedo del hombre estaba caliente.

—¿No lo quieres?

Di un respingo. Me ofrecía el frasco, que ahora estaba tapado con un pequeño corcho. Lo agarré, dudoso.

—¿Cuánto vale…?

Él sacudió la cabeza.

—Te lo regalo. —Su voz era grave y profunda. Tenía un acento extraño, como si le costara pronunciar la letra erre. Sus ojos eran claros, de un verde diáfano, casi transparente. Creo que me sonrojé.

Me sonrió y se giró, y rápidamente fue abordado por un grupito de chicas.

—¡Andá! ¡Te lo levantaste! —chilló Gabo, muerto de risa.

—¿Eh? ¡Si no hice nada!

Me toqué el cuello y olí mis dedos. Nunca había olido un perfume tan rico y raro. Olía a cítrico —una mezcla de naranja y limón—, a hierbas y algo más que no pude identificar.

Seguimos mirando los puestos ambulantes. Ahora toda la feria brillaba bajo una enredadera de lucecitas navideñas que colgaban alrededor de las ramas de los árboles. Nos detuvimos al ver una chica que escribía los nombres de las personas en un grano de arroz y Gabo le pidió que escribiera el suyo y el mío. Me giré para mirar al hombre de los perfumes… había vuelto a su fogata y al parecer estaba fabricando una nueva fragancia.

—Se llama Buyit, dicen que es africano —nos dijo la chica de los arroces.

—¿Africano?

—Sí, y que los perfumes que hace son aceites que usan en su pueblo en los rituales de sus dioses.

Gabo y yo nos miramos, perplejos. La chica seguía escribiendo el arroz con una lapicera que tenía la punta tan fina como un pelo de gato.

—Todas las tardes está acá en la feria —dijo—. Vende perfumes y se pone a hacerlos ahí en la fogatita... Para la gente es un espectáculo,

los turistas se sacan fotos con él. Cuando está por anochecer, a esa hora justa, le regala el perfume que termina a la persona más linda que haya en el público.

—¿Eh? —Me quedé de piedra. Había dicho *¿la persona más linda?*

Entonces la chica vio el frasco que tenía en la mano, lleno de aquel perfume todavía tibio, y soltó una pequeña risa. Me miró y se encogió de hombros.

—Dicen que está medio loco —comentó, metiendo el grano de arroz en una diminuta botellita de plástico.

—¿No le deberíamos llevar uno a Pablín? —dijo Gabo, cuando ya habíamos dejado atrás a la chica de los arroces.

Volvimos y ella pintó rápidamente "Pablo" en un nuevo arroz. Me sentí lleno de un alivio falso, me sentí traicionando a Pablo, que también era mi mejor amigo. Su nombre, que habíamos intentado no pronunciar, flotaba por encima de nuestras cabezas. Y ahora estaba dibujado en un grano de arroz. Eso era Pablo en ese momento para nosotros: un grano de arroz. Guardé el colgante en el bolsillo y le dirigí una última mirada al hombre llamado Buyit, que sacudía la sartén con la mano derecha.

—¿No querés ir a hablar con él? —susurró Gabo, al ver que lo miraba. En ese instante, Buyit levantó la vista y sus ojos se encontraron con los míos.

—¿Eh? No… no, vámonos.

Y nos fuimos. Tuvimos que tomarnos un taxi para poder llegar, porque nos habíamos desorientado y la oscuridad no ayudaba. Además, estábamos muertos de hambre. Las abuelas habían preparado atún con ensalada rusa y licuado de frutas para el postre.

—¿Cómo les fue en el paseíto? —preguntó Nina.

—Bien —respondió Gabo, siempre tan conversador—. A Santi le regaló un perfume un tipo en la feria.

—Ay, ¿el loco de los perfumes? —dijo la nona, con tono preocupado.

Gabo y yo nos miramos.

—¿Qué tiene…?

—No me gusta ese tipo. ¿No lo vieron, con todos esos tatuajes? Tiene una cara de loco… Y eso que hace, de regalar un perfume a una persona… no sé, no me gusta nada, che. A veces voy a la feria y lo veo, ahí, tan concentrado, parece que estuviera haciendo una brujería, andá a saber las porquerías que le pone a eso que vende.

Decidí cambiar el tema, porque estaba seguro de que la abuela me diría que tirara el perfume a la basura. Por suerte, Nina se me adelantó:

—¿Y fueron a la basílica, chicos?

—No… —respondí dudando, porque sabía que Nina era muy

católica.

A mí eso de Dios ya me había cansado.

—¿No quieren que vayamos los cuatro a la misa mañana? —ofreció Nina.

No pudimos decirle que no.

—¡La concha de la lora, Santi! —se quejó Gabo, cerrando la puerta del dormitorio de un golpe—. ¡Nos tenemos que levantar a las siete de la mañana para ir… A MISA! ¡No te lo puedo creer!

Se tiró a la cama de cabeza y las tablas crujieron bajo su peso. Gabriel odiaba levantarse temprano. Yo estaba acostumbrado a dormir poco, cinco o seis horas. Él podía seguir de largo hasta el mediodía sin ningún problema. Suspiré.

—Me voy a bañar —susurré.

Gabo dijo algo que no llegué a escuchar (tenía la cara contra la almohada y la voz le salió ahogada) y yo saqué del bolso una toalla limpia y salí para el baño, dejándolo quejándose tranquilo.

La noche estaba fresca y a mi alrededor se escuchaba el canto de los grillos. Todo en el jardín eran sombras y un ligero aroma a pasto. Levanté la cabeza. La luna no estaba a la vista. El cielo era un gran lienzo negro, salpicado por dos o tres estrellas adormiladas. Me sorprendí de que hubiera tan pocas, pero entonces, mientras la noche y sus sonidos se iban revelando ante mis sentidos extasiados, las estrellas más débiles comenzaron a hacerse visibles para mis ojos. Comencé a oír el suave chasquido de las ramas de los árboles, ese eco que se asemeja al agua cayendo de una cascada lejana.

Entré en el pequeño baño. No había bañera ni bidet, tan solo un lavamanos, un inodoro y una ducha de la que solo salía agua fría, sin cortinas ni nada que la apartara de la vista. Una bombita de veinticinco watts colgaba del techo y se balanceaba con la brisa que entraba por la ventana, de manera que mi sombra se movía de un lado para el otro por las estrechas paredes, agrandándose y achicándose.

Abrí la canilla y dejé que el agua me empapara. Un escalofrío me recorrió al sentir el torrente de agua helada azotarme el cuerpo y boqueé en busca de aire, como ahogado. Cerré la canilla y tirité de frío. Pero no me acobardé. La abrí de nuevo y me bañé lo más rápido que pude: cabeza, cuello, orejas, pecho, entrepierna, culo, piernas, pies… Agarré la toalla y me sequé a toda prisa. Cuando salí del baño, me sentí fresco y extrañamente, no volví a tener frío. Me até la toalla a la cintura y volví a la habitación.

Para mi sorpresa, la luz estaba apagada, cosa que solo podía significar que Gabo ya se había acostado. ¿Cuánto tiempo había tardado en bañarme? ¿Diez minutos? ¿Quince? ¿Veinte?

—¿Gabo? —susurré.

La oscuridad en la habitación era total, no había sitio posible de

donde pudiese llegar luz. Era una noche sin luna y en la casa y a los alrededores las luces estaban apagadas. ¿Dónde estaba el interruptor? ¿A la derecha de la puerta… o a la izquierda? Manoteé la pared y entonces…

—¡BUUU!

…Entonces pegué el grito más agudo que había dado jamás en mi vida.

—¡La concha de tu madre! —le grité a Gabo, golpeándolo en la espalda y los hombros—. ¡Te voy a matar! ¡¿Cómo… se te ocurre… asustarme… así?!

Él se reía y aceptaba los golpes pasivamente.

—Ay, ¡ay, cortala! —decía, entre risas—. ¡Dale, Santito!

Largó un gruñido y me agarró de la cintura. En medio de la oscuridad, lo único que sentí fue que su tremenda fuerza me ponía cabeza abajo y que todo mi escaso peso se derrumbaba contra el colchón de una de las camas. Gabo cayó sobre mí y chillé de dolor cuando me incrustó un codo en las costillas.

—Ay, perdón…

Nos reímos, no pude evitar contagiarme su risa. Pero entonces me callé. En algún momento del forcejeo había perdido la toalla. ¿Se había dado cuenta?

Nos quedamos en silencio unos instantes.

—Estás mojado —dijo en voz muy baja, como con miedo.

Sí. Y desnudo, además.

—Me acabo de bañar… —susurré.

Gabo se acomodó sobre mí y apoyó la frente contra mi cabeza. Lo sentí respirar profundamente el olor a champú de mi pelo. Luego fue bajando y el cosquilleo de su nariz contra mi piel me hizo estremecer. Se detuvo en mi cuello y sus labios se abrieron, cálidos y mojados, sobre mi piel tibia. Me besó el cuello, las clavículas y cuando su boca me rozó una tetilla, gemí y mi espalda se arqueó contra el colchón, en busca de más contacto. Mis manos se movieron solas hasta su cabeza, mis dedos se ensortijaron alrededor de su cabello. Miré hacia el techo y descubrí que mis ojos se habían acostumbrado a la oscuridad. Podía distinguir la otra cama, junto a la pared, la mesa de luz, las puertas del ropero abierto… y podía ver la silueta de Gabo, ondulando sobre mi cuerpo como un nadador en un río poco profundo. Me moví en su búsqueda y lo aferré de las mejillas, busqué su boca y nos besamos en la penumbra, con la oscuridad encendiendo al máximo el alcance de nuestros otros sentidos. Podía oler el aroma a tabaco de sus manos, la sal de su piel… y ese perfume que me volvía loco: el sudor de sus axilas mezclado con el desodorante. Lo olí como intensificado cinco veces por la excitación y el deseo… y un mareo caliente se derramó en la base de mi cabeza y tironeó de mis ojos y mi cuello. Gemí. Gocé de

su lengua viva y ciega vagabundeando desesperada por mi boca, por entre mis dientes, arrastré la yema de los dedos por la carne tirante de su espalda desnuda, apreté su cuerpo entre mis piernas abiertas… y volví a jadear cuando la tela áspera de sus pantalones me rozó la verga, dura y erecta.

—Santi… —susurró él. Nunca mi nombre me había parecido tan bello—. Santi...

Decilo de nuevo, decí mi nombre otra vez. Una, cien, mil veces más. Rodamos por la cama y mi espalda tocó la pared. Vi sus ojos claros mirarme en medio de la oscuridad. Vi su boca mojada por los besos.

—Estaba pensando… —comenzó, y la voz le salió ahogada. Yo no atinaba a oír lo que decía, estaba demasiado excitado y no podía creer que justo en ese momento le hubiesen entrado ganas de charlar—. ¿No te gustaría vivir conmigo?

Temblé. Una brisa entró por la ventana y me estremecí.

—¿Qué?

—Eso. Podríamos trabajar los dos… y alquilar un departamento chiquito. Vos podrías ir a clases de baile… y no tendrías que darle explicaciones a nadie.

Tragué saliva. Lo que Gabo decía sonaba muy bien, pero…

—Nunca lo había pensado —musité—. Pero todavía tengo que terminar el secundario…

—Sería cuando egreses. Por ahí este año podrías buscar un laburo de medio tiempo, para ir ahorrando plata. Y yo estoy viendo si consigo un laburo mejor que McDonald's. Por ahí en algún local de ropa…

Noté que hablaba en serio. Gabo no era de hacer planes, pero cuando los hacía, eran ley. ¿En verdad quería vivir conmigo y que yo fuera a clases de baile y…? Era demasiado para que mi mente abrumada pudiese digerirlo.

—Lo tengo que pensar…

—¿Qué tenés que pensar? —replicó—. Si en tu casa… tu viejo te trata como a un perro y tu vieja no hace nada. Tus hermanos están en la luna.

Bajé la mirada, pero al instante la alcé de nuevo. Los ojos miel de Gabo se estaban volviendo más brillantes. Se habían llenado de lágrimas.

—Quiero que seas feliz, Santi —dijo.

Me estrechó contra su pecho y volvió a besarme, y de repente quedé atrapado entre la pared áspera y su cuerpo ardiente.

—Estás desnudo —jadeó en mi oído con una risita. Le devolví la risa.

—Ajá —gemí, mordiéndole suavemente el mentón.

—Te quiero.

—Yo también.

Como pude, pasé un brazo a su alrededor. Mis dedos se encontraron con las primeras vértebras de su cuello; mi desnudez gritaba por la suya y mi mano fue bajando por su espalda hasta encontrar el elástico de sus pantalones.

—Estoy muy caliente —sollocé exagerando un poco la voz, solo para provocarle.

—Yo también —lo oí tragar saliva—. ¿Qué hacemos?

Metí el dedo bajo el elástico y tironeé suavemente.

—¿Puedo…?

—Sí.

Pero Gabriel no me había dejado terminar. La frase quedó incompleta, mi pedido también. ¿Puedo sacarte los pantalones? ¿Puedo tocártela? ¿Puedo chupártela? ¿Puedo ponerme boca arriba, para que hagamos el amor más cómodos? ¿Puedo gritar que te quiero mientras estemos haciendo el amor? ¿Puedo llorar de felicidad mientras estemos haciendo el amor?

Pero como él me interrumpió, no dije nada. Bajé la mano por sus pantalones y aferré su sexo por encima de la tela. Él bufó y dijo "Santi, Santi". Yo no sabía si responderle "¿qué?" o si simplemente sus palabras eran una expresión de su placer.

Santiago se durmió, pero Gabriel permaneció despierto hasta bien entrada la madrugada. Fue sintiendo cómo el aire se hacía más frío a su alrededor, cómo la temperatura del jardín iba bajando lentamente hasta volverse… agradable. Santiago dormía acurrucado a su lado, con el rostro tranquilo, suavemente atravesado por una débil sonrisa. Gabriel le acarició la frente con la punta de los dedos. Luego se levantó con cuidado, rescató los pantalones del suelo, buscó los cigarrillos que había dejado en el bolso y salió al jardín.

Un viento fresco le despeinó el flequillo. Se pasó la mano por el pelo. Le estaban creciendo las raíces castañas, así que pronto debería teñirse de nuevo. Quería volver a su color natural, no tenía plata para gastar en peluquerías, tampoco en tinturas para teñirse él mismo, aunque fueran baratas.

Caminó descalzo por el pasto húmedo, sintiendo la agradable sensación de frescura bajo sus pies, intentando recordar cuándo había sido la última vez que había pisado pasto mojado. Cuando era chico, seguro. No lo recordaba.

La sillas del jardín estaban salpicadas por unas gotas de rocío, pero a Gabriel no le importó. Sacó los cigarrillos, encendió uno y dio una profunda calada, una calada que valía por todas las que no había podido disfrutar en la casa de Santiago bajo la odiosa mirada de

Roberto.

Se preguntó cuándo podría volver a la universidad, cuánto tiempo tendría que ahorrar, no solo para pagar la matrícula y las cuotas, sino también para los libros y los materiales necesarios. Una noche, exhausto, le había contado a su madre lo bien que lo había pasado en la clase de improvisación. Habían tenido que formar grupos de tres y mostrar, frente a toda la clase, una pelea en un idioma inventado.

—¿No te interesa lo que te estoy contando, no? —le preguntó a su madre, que tenía la mirada fija en la televisión.

—No, la verdad que no —sentenció ella.

Gabriel echó la cabeza hacia atrás y miró el cielo. Entonces abrió la boca, soltó el humo y se largó a llorar.

Me desperté a la madrugada. Lo primero de lo que fui consciente fue de que tenía frío. Segundo, seguía desnudo. Tercero, me dolía la cabeza. Un mosquito zumbaba en mi oído y, después de despertarme y chuparme sangre suficiente, remontó vuelo y se paró en el techo. Cuarto, Gabo no estaba a mi lado. Me erguí sobre los codos. Sentía el cuerpo pesado y flojo. Gabo tampoco estaba en la otra cama.

Los recuerdos recientes me volvieron de golpe. No habíamos hecho el amor, ni siquiera había alcanzado a tocársela. Solo lo había masturbado con torpeza por encima de la ropa y cuando él comprendió que no me animaba a meterle la mano en los pantalones, metió la suya y terminó de masturbarse solo. Yo hice lo mismo. ¿Por qué no me había atrevido a tocarlo?

Miré por la ventana y lo vi. Estaba sentado en una de las sillas del jardín, fumando, seguramente. Le encantaba fumar de noche. Me levanté, me puse unos calzoncillos y salí de la habitación.

Afuera estaba mucho más fresco que hacía unas horas y, pude apreciar, más húmedo. Quizá lloviese a lo largo del día. Me detuve en seco. ¿Gabo estaba hablando con alguien? No era posible. Recordaba haber visto los celulares de ambos en la mesita de luz. ¿Se estaba riendo? Me acerqué un par de pasos más… y me di cuenta de que mi amigo estaba llorando.

—Gabo —susurré, atónito, yendo a su encuentro.

Él se sobresaltó y el cigarrillo se le resbaló de entre los dedos. No supe si pisarlo o recogerlo, pero él lo dejó allí, agonizando lentamente hasta que se consumió por completo.

—¿Qué pasa, Gabo?

Acerqué la otra silla y me senté a su lado. Él se limpió la cara y se pasó la mano por la nariz.

—Nada, nada… pensaba nomás. —Intentó sonreír, pero no lo logró del todo—. ¿A dónde vamos hoy? Después de la basílica, digo…

No dije nada. Lo miré a los ojos, para que no intentara cambiarme el tema, para que no me tratara de tonto.

—¿Te pasa algo? Decime, por favor…

Sus manos descansaban sobre sus piernas separadas, una en cada rodilla. Las tomé y las cobijé entre las mías. Eran un poco ásperas, de dedos largos y planos, a diferencia de los míos, que eran esbeltos y redondeados.

Se encogió de hombros y suspiró.

—Nada… lo de siempre. Pienso en mi vieja, qué sé yo… no sé, pavadas.

—No, no son pavadas.

—Vos tenés suerte de tener mamá y papá.

Alcé las cejas. Hacía horas me había dicho que mis padres no me merecían. Hacía menos horas me había pedido que me fuera de mi casa y que alquilara con él un departamento.

—No me refiero a eso —contestó—. Tus papás son una mierda, pero por lo menos te dan un techo y comida… eso digo.

Ahora me tocó a mí suspirar. Amargado, solté sus manos y me toqué el hombro. Una diminuta gota de agua resbalaba por mi espalda. Estaba por llover.

—No creo que a mi papá se le ocurra echarme de casa. Pero no sé, a veces siento que ni siquiera lo conozco bien, que no sé qué me puedo esperar de él. No me esperaba lo que me hizo en Navidad… y cómo trató a mamá…

Lo que en realidad quería decir es que no podía concebir cómo era posible tener un hijo y no amarlo: hetero, gay, travesti, negro, blanco, feo, gordo, inteligente, vago…

Gabo emitió una risa suave.

—Eso es porque sos tan bueno que no comprendés que la gente a tu alrededor pueda ser mala.

Levanté la mirada. Sus ojos seguían brillantes de lágrimas y cuando parpadeó, una gota quedó colgando de sus pestañas, como una extraña piedra preciosa. Nos miramos a través de la penumbra.

—No sé… no puedo entender que me rechacen así. Empiezan a comer sin mí o a veces ni me despiertan para ir al colegio… No sé, es que no entiendo. No me saco malas notas, hasta fui escolta en la bandera en el 25 de Mayo. Intento hacer las cosas bien, no sé qué más puedo hacer para gustarles.

Gabo alargó los brazos hacia mí. Yo me levanté de la silla y, dudoso, me senté sobre sus rodillas. Nos miramos a los ojos en silencio. Él me rodeó la espalda con un brazo y el otro lo apoyó sobre mis piernas desnudas.

—No pesás nada —dijo con una sonrisa.

Le pasé los brazos alrededor del cuello y apoyé la cabeza contra la

suya.

—Vamos a dormir, dale —le dije al oído.

Cuando volvimos a la habitación, me tiré en la cama que estaba debajo de la ventana pero, aunque esperé que él viniera junto a mí, se acostó en la otra y me dio la espalda. No podía dejar de pensar que había algo que no me había dicho.

Fuimos a la basílica caminando. El día estaba muy pesado; caliente y húmedo como un beso con lengua. Gabo estaba de mal humor porque había dormido poco y bajo la reprobatoria mirada de Nina, sacó un cigarrillo y se puso a fumar, mientras el cielo sobre nosotros se volvía más gris y turbio. Con toda seguridad, iba a llover.

—¿Desde qué edad fumás vos? —le preguntó Nina.

Gabo contestó sin dudar:

—Desde los catorce.

Nina soltó una exclamación de horrorizada sorpresa y le dijo que su marido había muerto por culpa del cigarrillo, de un cáncer de pulmón que se le había extendido por todo el cuerpo. Gabo frunció el ceño y no le hizo caso. Disminuyó el paso y comenzó a caminar a la par mía.

—Qué vieja hinchabolas —se quejó, tirando el cigarrillo al piso—. Ya me cortó el momento.

Atravesamos la Plaza Belgrano y llegamos a la Basílica de Luján. Alta, imponente, la basílica me parecía demasiado grande, demasiado soberbia para ser la morada de un dios humilde y bueno.

La entrada estaba llena de indigentes. En un costado había un señor con la pierna cortada, apoyado sobre una muleta vieja. Toda su ropa estaba gris y sucia, hasta su piel se veía de un color ocre, con vetas de marrón. Un ciego sostenía una bandeja, que movía cuando oía pasar las personas a su lado. Cuando sacudía la bandeja, montones de monedas de diez centavos bailoteaban en su interior. Más allá, en la entrada, había una señora con un bebé en brazos.

Nina pasó por delante de los indigentes sin dirigirles la mirada. Mi abuela le dio una moneda al ciego. Metí las manos en los bolsillos. No sabía cuál de todas aquellas personas me causaba más lástima. Sin mirar, repartí mis monedas entre el ciego, el viejito de la muleta y la señora del bebé.

Entramos en la basílica. Recordaba haberla recorrido cuando era más chico, en mis antiguas visitas a la casa de la abuela, pero sus detalles, sus colores y sus rincones me seguían maravillando. Los altares dorados; sus santos de mirada seria, triste y compasiva; sus vírgenes de rasgos adolescentes. Me sentía como perdido en el tiempo. Las cámaras digitales y los celulares que llevaban los turistas me parecían fuera de lugar. Yo mismo estaba fuera de lugar con mis

bermudas de jean y mis zapatillas de lona. Todo en ese sitio había sido hecho para ser admirado, pero cuando miré hacia la entrada principal, en lo único que pensé fue en los indigentes que se habían quedado con mis monedas…

Nina eligió los asientos de la primera fila. Gabo chasqueó la lengua; tenía sueño e inevitablemente empezaría a cabecear bajo la mirada del sacerdote y los monaguillos. Además, no sabía las palabras que debían responderse a las exhortaciones que hacía el cura y mucho menos las canciones. Yo me acordaba más o menos. El Credo lo recordaba a medias, así que me quedé callado. Cuando llegó el momento de la Comunión, Nina se colocó primera, seguida de mi abuela y las demás personas del asiento de atrás.

—¿No vienen a comulgar, chicos? —nos preguntó.

—No, cometí varios pecados esta semana —respondió Gabo.

Nina lo miró con los ojos entornados y le devolvió una sonrisa extraña. A nuestro alrededor, los fieles cantaban *Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo, ten piedad de nosotros.*

—¿Qué pecados cometiste? —le pregunté a Gabo, burlándome.

Él se rio y sus hombros se agitaron. Comenzó a contar con los dedos:

—Masturbación, homosexualidad, pensamientos impuros, hurto…

—¿Hurto? —repliqué. Lo otro me constaba, pero…—. ¿Qué te robaste?

Acercó su cara a la mía y, antes de que me diera cuenta de lo que pretendía hacer, me encajó…

—Un beso.

Me quedé duro. Miré a mi alrededor, asustado. El cura, que entregaba las hostias a pocos metros de nosotros, no se había dado cuenta. Los monaguillos tampoco.

—¡Mami, mami, se dieron un beso!

Me volteé, nervioso, con el corazón en la garganta. Una nenita muy bien vestida, con un solero blanco de encaje y unas sandalias rosadas, nos señalaba con el dedo desde la hilera de atrás. La madre le decía que se callara y luchaba para bajarla del asiento.

—Son dos nenes, ¿no? —nos preguntó.

Yo estaba mudo, no podía contestar.

—Sí, pero nos queremos muchísimo —le aseguró Gabriel.

La nena soltó una risita y pegó un par de saltos arriba del asiento. Habíamos acaparado la atención de las personas que estaban en la fila y, poco a poco, nuestro alrededor comenzaba a llenarse de silencio.

—¡Entonces está bien! —chilló ella, para el horror de la madre—. ¿Vinieron a casarse?

Ahogué un grito y quise taparme la cara, pero, al mismo tiempo, me entraron ganas de reírme a carcajadas.

—No, todavía somos muy chiquitos. Pero cuando seamos grandes nos vamos a casar y te vamos a invitar.

—Ay, por favor —dijo alguien.

—Basta —dijo la madre de la nena, entre dientes.

Si no se iba de ahí corriendo, me dije, era porque no quería quedar mal en la mismísima casa del Señor.

—Vos sos lindo —siguió la nena, con su vocecita infantil tierna y dulce, señalando a Gabriel—, pero él es más lindo que vos.

Suspiré y sonreí. Gabo emitió una risotada.

—Ah, ¿te gustan los rubios? —le preguntó inclinándose hacia ella y agarrándole una mano. Ella se deshizo en risitas y se tapó la cara con la otra mano. La madre la agarró de la cintura, alerta—. Mirá, yo tengo el pelo negro —dijo él, agachando la cabeza— pero es teñido, también soy medio rubio, castaño en realidad. Pero Santi sí es rubio natural.

—¡Santi!

—Basta, por favor, insolente —interrumpió la madre de la nena—. ¿No ves que es una criatura?

Era una mujer alta, flaca y de cuello largo. Tenía el pelo corto como un hombre y los ojos de un verde intenso, saltones y muy redondos. Ojos de sapo, pensé. Vestía un solero muy parecido al de su hija, pero de color crema y sin la exagerada cantidad de encajes y volados.

Gabriel no respondió. Le dirigió una última sonrisa a la nena y se giró. Yo lo imité, temblando. Estaba nervioso y tenía ganas de llorar. Bajé la cabeza, para que la gente que nos miraba no notara mis lágrimas. Gabo, que sí las notó, se acercó y me pasó un brazo por los hombros. Me acercó hacia él con delicadeza y me besó la sien. Quise sacármelo de encima y decirle que era un tarado, que todo eso era por su culpa… pero no pude. ¿Era cierto? ¿Era culpa de Gabo?

¡NO! gritó una voz en mi interior y levanté la cabeza de golpe, me sequé los ojos con la mano y miré hacia el frente.

Cuando salíamos de la basílica, Nina nos apartó a un lado, diciendo que quería charlar unas palabras con nosotros. La abuela se sentó en un escalón, a esperar. Nos cobijamos detrás de la estatua de un santo, fuera del alcance del sol que se había hecho visible entre las nubes cargadas de agua de lluvia.

—Chicos, no les hagan caso a esa gente que dice esas cosas —dijo Nina. Nos quedamos callados. Yo parpadeé—. Yo sé que ustedes, si se quieren y lo que sienten es un sentimiento puro, a Dios no le importa que sean dos hombres, él los ama igual y está feliz de que se quieran.

Tragué saliva, sin saber muy bien qué responder… porque no creía en lo que Nina decía. Pero ella siguió hablando:

—Y amarse no es un pecado, así que pueden ir a comulgar tranquilos la próxima vez, yo les aseguro que sí.

Nina nos sonrió abiertamente y, por respeto, le devolvimos la sonrisa y asentimos con la cabeza. La abuela dijo que no tenía ganas de cocinar, así que compramos dos docenas de empanadas en una rotisería. Gabo preguntó por qué no comíamos directamente en algún barcito, pero la abuela le dijo que después de comer no iba a tener ninguna gana de volver caminando a casa y no quería gastar plata en taxi. Gabo no replicó, porque tampoco tenía plata para derrochar en gastos innecesarios.

Comimos tranquilos en casa, jugamos un rato a las cartas con las abuelas y a eso de las tres de la tarde se largó la lluvia. Nina dijo que era un buen momento para hacer tortas fritas y se puso a amasar. Mientras devorábamos las tortas fritas hechas por Nina, la abuela sacó un álbum de fotos y nos mostró fotografías de cuando yo era chiquito, de cuando mis hermanos eran chiquitos, de cuando mis padres eran más jóvenes y de cuando mi abuelo Moritz vivía. Las fotos más viejas eran en blanco y negro o sepia: fotos de su casamiento, de los bautismos, fotos familiares donde el único sentado era el hombre y la mujer y los hijos se repartían a su alrededor, en orden de importancia…

—Nina no nos mostró fotos —dijo Gabriel, cuando por fin nos fuimos a nuestra habitación bajo la higuera. Él árbol tenía una ramas nudosas y sus hojas de color verde oscuro me hacían pensar en las patas de un dinosaurio. Pequeños higos todavía muy verdes se repartían por allí y por allá, a merced de las moscas y las abejas.

—La nona dice que no tiene mucha familia —le conté, mientras encendía la computadora para revisar los mails y él se desnudaba—. Se casó por poder con un argentino, ella es italiana… Parece que ella no se quería casar, la obligó la familia. Y además creo que el matrimonio no iba bien porque ella no pudo tener hijos… No sé mucho de eso, la verdad.

—Fah, qué jodido —susurró Gabo.

Me tiré en la cama y agarré la cámara de fotos. Le quedaba poca pila y me había olvidado de llevar el cargador, así que tendría que comprarle dos pilas comunes. Gabo se acostó en su cama y pasó los brazos por detrás de la cabeza.

—Santi —dijo después de un rato—. ¿Vos creés en eso que dijo Nina en la iglesia? Lo de que a Dios no le importa…

Esperé a que terminara la frase, pero no lo hizo. Guardé la cámara en el estuche. La luz estaba prendida y podía ver el rostro de Gabo, pero cuando giré la mirada hacia él, su cara me pareció inexpresiva, vacía.

—Sí.

—¿Creés en Dios? —preguntó—. Yo pensaba que eras ateo.

—Creo que existe algo, pero no es el dios que adoran en las iglesias. Y sí, al dios que exista estoy seguro de que le importa un carajo que seamos gays, lesbianas, travas. O sea, pienso que no le importamos un carajo, si no, se habría hecho un poco cargo de nosotros, ¿no te parece?

Gabo tardó en responder, pero finalmente dijo:

—Sí. Yo creo que la gente no entiende a las religiones. Nina no las entiende, por ejemplo. Porque todos están seguros de que su religión es la verdadera y la adaptan a sí mismos. Ponele, Nina es católica pero dice que… los gays pueden ir a comulgar. Eso es cualquiera, porque su religión rechaza expresamente la homosexualidad. O sea, las religiones tienen normas, algunas más importantes que otras, y si no las cumplís entonces no sos parte de la religión porque significa que algo no te cuadra, que esa religión no es para vos.

Meneé la cabeza. Lo que Gabo decía tenía mucho sentido.

—Pero hoy te zarpaste en la basílica, eh —lo reprendí.

Él se rio. Alargó la mano hasta la mesa de luz para agarrar los cigarrillos, pero se arrepintió a medio camino. Estuve a punto de decirle que no me molestaba que fumara, pero me contuve, porque en realidad sí me molestaba.

—La mina me quería matar —dijo suspirando.

Como llovió tres días seguidos, al llegar el cuarto día estábamos desesperados por salir. A la mañana preparamos las mochilas y nos repartimos lo que llevaríamos: una manta, repelente para los mosquitos, sándwiches, un par de manzanas y una botella de agua congelada. Íbamos a ir de nuevo al camping, pero esta vez teníamos pensado pasear más por el campo y sacar fotos.

Después de desayunar, nos despedimos de las abuelas e hicimos hasta el camping el mismo recorrido. La tierra estaba húmeda, había charcos repletos de mosquitos y el río estaba a punto de desbordarse. Sin embargo, eso no significaba que el paisaje estuviese exento de belleza, más bien todo lo contrario. Las flores y los árboles parecían haber revivido y los rayos del sol, en lo alto de sus ramas, hacían brillar las gotas de agua que resbalaban por sus hojas como si estuviesen repletas de joyas. Arriba de un tocón vimos un benteveo empapado arreglándose las plumas. Tenía el pechito amarillo todo despeinado. Desesperado, el pajarito se acicalaba, como si le causara vergüenza estar así, desarreglado y mojado; como si tuviese una cita en algún lugar de ese enorme campo y lo esperaran todo peinadito y producido. Saqué la cámara del estuche pero, en cuanto nos vio, remontó vuelo.

—Ufa —dije mientras lo miraba desaparecer entre las copas de los árboles.

—Lo asustamos —dijo Gabo con una pequeña sonrisa.

No nos encontramos con nadie mientras nos adentrábamos en la profundidad del campo. Solo la naturaleza estaba allí, mojada, brillante y perfumada para nosotros, descansando bajo el sol y abriéndose ante el verano.

—Me gustaría tener una casa en un árbol —le dije a Gabo, mirando para arriba para admirar aquellas ramas inmensas, entre las que se asomaban pedacitos de cielo celeste. Él lanzó una carcajada al aire.

—Yo quisiera tener una casa… en un árbol, en un agujero… en cualquier lado —susurró.

Me sentí incómodo y no dije nada. Seguimos caminando.

A eso del mediodía volvimos a encontrar el río, pero este no se comparaba con el río del camping, que estaba hecho un asco. El Río Luján nace de la unión de los arroyos de El Durazno y de Los Leones, en el partido de Suipacha. Recorre, además, los partidos de Mercedes, Luján, Pilar, Exaltación de la Cruz, Escobar, Campana, Tigre y San Fernando, y desemboca en las aguas de Río de la Plata, a ciento veintiocho kilómetros de sus nacientes. Las abuelas nos habían contado que las fábricas echaban sus residuos industriales al río y que sus aguas además recibían los desechos cloacales. La gente también tiraba su basura allí y en los últimos tiempos se había comenzado a construir sobre sus zonas inundables. Resultaba terrible y penoso, nos decían, que un río en el que hacía cuarenta años la gente podía bañarse, estuviese en ese estado…

—¿Nos metemos? —exclamó Gabo, dejando la mochila sobre el pasto.

—No sé…

Las aguas no eran claras, tenían ese tono amarronado verdoso de los ríos de montaña, pero bajo el sol su superficie parecía como bañada por una cortina de brillantina.

—¿Y si nos intoxicamos?

Gabo chasqueó la lengua y se sacó la remera y las ojotas. Se acercó a la orilla del río, metió un pie y, tras verificar que la temperatura era agradable, se sacó los pantalones, los tiró junto a su mochila y se metió hasta la cintura.

—¡Dale, metete! —me gritó.

Dejé la mochila junto a la suya, me saqué la ropa y fui a su encuentro.

—No voy a meterme todo —le advertí, recordando las palabras de las abuelas.

En respuesta, él se sumergió por completo en el agua y al instante surgió de ellas completamente empapado, con el pelo negro pegado a

la cara y un collar de gotas bajándole por el rostro, el cuello y el torso. Me mordí el labio. Lo deseaba con locura. Gabo saltó sobre mí, para intentar zambullirme en el agua y yo comencé a correr por el río, tambaleándome por la extraña gravedad y el desagrado que me causaban sus aguas mugrientas.

Me tropecé con una piedra que estaba en el fondo del río y él me atrapó. Me agarró de la cintura con sus brazos poderosos y nos sumergimos por completo en el agua. Chillé y pataleé, pero finalmente, cuando me di por vencido, cerré los ojos y la boca para evitar tragar agua sucia. Gabo me soltó, muerto de risa.

—¡Tarado! —grité, empujándolo. Se tambaleó, pero no se cayó.

—Dale, Santi…

Pero cuando una brisa sopló sobre nosotros, el agua que me empapaba comenzó a secarse sobre mi cuerpo y me llenó de una agradable sensación de frescura.

—¿No estarás enojado, no?

Sonreí.

—No… no.

Sonreí más. Gabo se veía tan sexy, con el pelo mojado, su pecho lampiño perlado de gotitas diminutas, sus ojos miel atravesados por la luz del sol… Me lo quedé mirando y pensé que él me estaba sosteniendo la mirada, pero cuando quise encontrar sus ojos, vi que tenía la vista clavada en el vacío, en el agua verde que estaba detrás de mí...

Ardía en deseos de besarlo y no aguanté más. Me acerqué a él, apoyé las manos en sus hombros y lo guié suavemente hasta la margen del río, flotando a través del agua. Me senté en la orilla y le pasé los brazos alrededor del cuello. Creo que hasta temblaba por el deseo, respiraba entrecortado y no pensaba con claridad; mis pensamientos volaban todos juntos, se superponían, se atropellaban. Él se inclinó y nuestras cabezas se rozaron; su mejilla me acarició la frente. Alargué las piernas hacia él, lo rodeé con ellas con fuerza, crucé los pies y lo empujé hacia delante para acercarlo más. Jadeó de sorpresa y me abrazó, y todo el peso de su cuerpo tiró de mí hacia atrás hasta que quedé con la espalda apoyada sobre la tierra. Ambos seguíamos con la mitad del cuerpo en el agua; nos debatíamos entre salir del río para besarnos con desesperación o quedarnos allí, elevando ese instante para que se hiciera eterno. Nuestros pechos mojados se encontraron y él trepó por la orilla del río y cayó sobre mí pesadamente. Solté un gemido de dolor y placer; saqué las piernas del agua y acaricié sus pantorrillas con los pies.

Me besó con delicadeza, con besos cortos y profundos. Me desesperaba, quería que se quedara más tiempo en mi boca, quería saborearlo…

Pero entonces unos ruidos nos pusieron en alerta y nos quedamos duros, solo sintiendo la respiración agitada del otro, tibia, sobre la piel de nuestros rostros. Alguien se acercaba. Nos separamos y nos pusimos de pie.

—¡Hey! ¡No se puede pescar acá! —gritó el hombre.

Era un tipo de mediana edad, vestido con unas bermudas caqui y una camiseta blanca que no disimulaba para nada su panza.

—No estamos pescando, señor —le dije.

—¿Ah, no? ¿Y qué están haciendo entonces?

Nos quedamos callados. Nos estábamos besando, señor, nada más.

—Nada… tomábamos sol nomás. Ni siquiera tenemos cañas, mire. —Gabo, de mal humor, le señaló nuestras mochilas.

El hombre relajó el semblante, pero seguía en guardia.

—Bueno, váyanse de acá, pibes, que esto es propiedad privada. Siempre se saltan la valla, se saltan la valla y se vienen para acá como si esto fuera un camping, ¡esto no es un camping!

—No saltamos ninguna valla… —comenzó a decir Gabo, pero el tipo no lo dejó hablar. Agarré la mochila y me até la camiseta a la cintura.

—¡…Se saltan la valla y se pasan para acá y me dejan su mugre acá como si esto fuera un camping! ¡Y se ponen a pescar en el río como si esto fuera el río del pueblo…!

Gabo se puso la mochila al hombro, le dio la espalda al hombre y gritó:

—¡Bah! ¡Váyase a la mierda, quedesé con su río mugriento!

Comenzamos a caminar en dirección contraria, dejando al tipo despotricar solo gritando *no vuelvan más, mocosos* y *si los veo de nuevo acá en mi río…*

Caminamos rápido hasta que lo perdimos de vista. En un momento nos detuvimos y con un suspiro, me di cuenta de que estábamos perdidos. No teníamos ni idea del camino que habíamos hecho para llegar allí o si seguíamos en “propiedad privada”, como había dicho el tipo.

—¿Vos viste alguna valla? —preguntó Gabo.

—No…

Se encogió de hombros. Nos apoyamos en un árbol para descansar. Dejamos las mochilas en el piso y, tras mirarnos por un instante, nos largamos a reír.

—¡Si los veo de nuevo en mi río…! —exclamó Gabriel, imitando el tono ronco del tipo.

Me recosté entre las raíces del árbol, muerto de risa, y Gabo se sentó a mi lado.

—¡¿Qué están haciendo entonces!? —me gritó en el oído y me retorcí entre las hojas secas que me servían de lecho. Me dolía la

panza de tanto reírme.

Me arrastré hacia Gabo, apoyé las manos en sus rodillas y le dije con un puchero:

—Nada, señor, nos dábamos unos besos nomás.

Apartó la mirada y lo sentí tensarse. Entonces me di cuenta de que había sonado demasiado provocativo, demasiado femenino. Tal como me había comportado con aquel chico en Córdoba, con Ezequiel. Gabo alargó un brazo hacia mí y me despeinó el pelo. Se recostó entre las hojas secas y yo me acurruqué a su lado, en silencio.

¿Me había rechazado? ¿Acaso era la primera vez que veía mi lado femenino? No, no lo era. Pero sí era la primera vez que esa feminidad surgía especialmente para seducirlo. Esa feminidad era parte de mí y cada vez que podía liberarla me sentía pleno, auténtico, feliz. Y me dolía en el alma que algo que formaba parte de mí fuera la causa del rechazo de mi familia… Lo era y lo había sido desde que tenía memoria.

Cuando era chico era muy cariñoso. Abrazaba a todo el mundo y mi papá le echaba la culpa a la abuela. Ella había enviudado y mi mamá no quería que se quedara sola en su casa. Mi papá accedió a que fuera a vivir con ellos y por aquellos tiempos nací yo, justo a tiempo para recibir sus cuidados y su amor. Ella me daba de comer, me bañaba, me llevaba al médico. Tengo un claro recuerdo del pediatra que me atendía cuando me enfermaba: era un hombre joven, de pelo negro y anteojos. Le tenía mucho cariño y cada vez que iba a su consulta me le colgaba del cuello y él me tenía que regalar varios chupetines para convencerme de que lo soltara. Cuando me tenía que ir, me ponía a llorar.

Un día me llevó papá y se quedó helado cuando vio que yo saltaba a los brazos del médico y le estampaba un beso en la mejilla. Esa fue la última vez que vi a ese doctor.

Con un gemido, froté la cabeza contra el costado de Gabo, para apartar esos tristes recuerdos de mi cabeza.

—¿Qué pasa? —rio él.

Escondí la cabeza en el recoveco de su axila e inspiré hondamente su aroma. Volvió a tensarse y me di cuenta de que no me importaba. Lo quería, lo deseaba. Lo amaba.

—¿Tengo olor a chivo? —preguntó. Me reí.

—Mnnn… no…

Hundí la nariz en su vello castaño y le mordí con delicadeza la tierna piel de la axila. Él emitió un jadeó y se levantó de un salto, haciendo crujir nuestro lecho de hojas secas.

Me sentí morir. Un nudo de angustia se apretó en mi estómago y fue subiendo hasta mi garganta. Se me llenaron los ojos de lágrimas. Miré a mi alrededor, desesperado… ¡Me habían rechazado de nuevo!

Me sentí terriblemente solo, abandonado, traicionado. Sentí que todo el odio del mundo se cerraba alrededor de mí, me ataba de pies y manos… ¿Qué pasaba? ¡Si hasta habíamos estado en la cama besándonos y acariciándonos, sintiendo el placer del otro en la piel, respirando de nuestras bocas…! Si habíamos dormido juntos por más de un mes. ¿Qué pasaba, por Dios?

Me daba la espalda. Estaba de pie sobre la tierra húmeda, con el sol sobre la cabeza. Lo sentí lejano, como si su rechazo me hubiera arrastrado cien mil kilómetros de él…

Se giró y dejó caer una risa nerviosa disfrazada de suspiro. Bajé la mirada, no quería que se diera cuenta de que estaba a punto de largarme a llorar.

—Ey, ¿qué pasa? ¿Santi?

Se acercó y se agachó al lado mío. Cuando quiso levantarme el rostro, me solté de él con rabia.

—¿Qué te pasa? —insistió.

—Pasa que te molesta que sea así de puto, ¿no? Me comprás una remera de mujer, un caderín árabe… pero es porque te sentís en deuda conmigo porque te estás quedando en mi casa, no porque me aceptes como soy.

—¿Qué?

—Ya es la segunda vez que me rechazan porque soy afeminado.

Levanté la mirada y enfrenté sus ojos. En su expresión vi sufrimiento, una tristeza tan honda como la mía. Vi dolor… pero no alcancé a comprenderlo del todo porque él no se proponía explicármelo. Quería que Gabriel abriera sus sentimientos, que fuera sincero… ¿Por qué? ¿Por qué no podía contarme qué sentía?

Alargó una mano y me acarició la mejilla. Sus manos eran ásperas, pero estaban tibias.

—Estoy confundido, Santi —susurró con la voz entrecortada—. Tengo muchas cosas en la cabeza. No tengo casa, tengo un trabajo de mierda… no tengo familia, mis abuelos son viejos. No sé qué hacer con mi vida. A veces pienso que habría sido mejor que mi mamá me matara antes de que naciera…

—¡No! —gemí, y apoyé la mano sobre sus labios, para callarlo. Si seguía hablando, me taparía los oídos para no oírlo. Sus palabras me dolían demasiado, eran más de lo que podía soportar—. ¿Qué estás diciendo?

Mi mano quedó apretando su boca y él, con el ceño fruncido en una expresión de dolor, la besó y me agarró de la muñeca. Llevó mi mano hasta su pecho desnudo, hasta su corazón, y al sentir sobre mis dedos el temblor de sus latidos, cerré los ojos con fuerza y dejé que mis lágrimas salieran. Cuando abrí los ojos, él me miraba. Los suyos también estaban húmedos y… ¿qué más había en ellos? ¿Sufrimiento?

¿Amor? No supe descifrarlo. Quise decir algo, pero lo que vi en su mirada me calló. No intentaría ahondar en sus sentimientos, eso era lo único que sus ojos me pedían.

Seguimos caminando por un rato, en silencio, sacando fotos de insectos y flores silvestres. Gabo estaba muy callado, triste, y yo no sabía qué hacer para alegrarlo, para subirle el ánimo.

—¿Qué es ese árbol? —dije, haciéndome sombra sobre los ojos con la mano.

—¿Cuál?

Le señalé un solitario árbol que crecía en medio de unos arbustos. Era de tronco flaco, de él salían tres troncos menores que se abrían en una copa de brillantes hojas verdes. Sus frutos a lo lejos parecían negros.

—¡Es un ciruelo! —exclamé emocionado.

Empecé a correr, pero Gabriel me agarró de la camiseta, que me había atado a la cintura, y casi me caí de cara a la tierra.

—Boludo, debemos estar en otra estancia —dijo, mirando a nuestro alrededor—. ¿No ves? El pasto está demasiado cuidado…

—Ay, pero… por unas ciruelas. Mirá, están maduras, se van a pudrir si nadie se las come. ¿No te gustan las ciruelas?

Mi cara debió parecerle graciosa, porque de repente sonrió.

—Sí, me gustan, pero… —chasqueó la lengua—. Bueno, vos agarralas y yo vigilo.

Corrimos hasta el árbol y saqué el tupper vacío de los sándwiches. Comencé por los frutos que tenía a mi alcance, pero eran demasiado pocos. A los pies del árbol, las ciruelas podridas tenían un olor ácido y dulzón. Un par de abejas zumbaban sobre ellas.

—Me voy a tener que subir, están muy arriba.

Gabo me miró como si estuviera loco.

—¿Cuánto vale un kilo de ciruelas, Santi? Te las compro en la verdulería…

Me reí y le dije que nunca había visto un ciruelo y que subirse a un árbol para comer la fruta recién arrancada me parecía emocionante. Me colgué del tronco más grueso y me abracé a él con manos y piernas. A mi alrededor había tres grandes racimos de ciruelas maduras. Me impulsé hacia arriba y me senté sobre una rama.

—¿No querés subir? —le dije en broma.

—No, me quedo acá abajo esperando que venga Dios a condenarnos.

—Ay, no… voy a parir con dolor.

—¿Qué?

—Nada, nada…

Cuando hube sacado todas las ciruelas que estaban a mi alcance, me paré sobre la rama para conseguir las de las ramas más altas.

Mientras las arrancaba, las iba metiendo en la mochila, que pronto se volvió bastante más pesada.

—¡Te tengo! —dijo Gabo cuando me bajé, agarrándome de la cintura.

Me sacudí las hojas que me habían quedado entre la ropa y vi que Gabo me miraba fijamente. No, no me estaba mirando a mí. Miraba algo que estaba detrás de mí. Asustado, me giré y… grité. A menos de un metro había ¡un caballo!

—¡La concha de la lora!

—Qué hijo de puta, de dónde habrá salido…

El caballo era marrón como el dulce de leche. Tenía una manchita blanca en la frente y los ojos muy negros, enmarcados por unas pestañas finísimas. No se comparaba con el caballo del cartonero, que estaba todo flaquito, este animal estaba muy bien cuidado y alimentado. Tenía el pelo negro, muy brillante, y un flequillito cortado a lo rollinga que me dio mucha risa.

—*Hija* —corregí, señalando unas cintitas rosas que tenía en el pelo —. Es nena, parece.

—Salió como de la nada…

—Debía estar ahí entre los arbustos —susurré, acariciándole el pelo.

Gabo soltó un suspiro de exasperación.

—¡Viste que te dije que estábamos en una estancia! ¡Dale, boludo, vámonos de acá!

Me agarró del brazo y me alejó del lugar a rastras. Como estábamos perdidos, no teníamos idea de cómo volver al camping en el que habíamos pasado el primer día. Eran casi las cuatro de la tarde. Gabo parecía de mal humor y yo ya estaba bastante cansado de caminar.

Llegamos agotados a la casa de las abuelas. Mamá había llamado para ver cómo estábamos y si teníamos pensado volver el viernes, tal como habíamos acordado. Todavía no lo habíamos decidido.

A la mañana siguiente, encontramos el diario de Luján arriba de la mesa de la cocina. La abuela había recortado unos cupones de descuentos: 20% en tortas y sándwiches de miga, 15% en helado artesanal, dos por uno en una confitería elegante. Gabo empezó a hojear el diario y de repente se le iluminó la cara:

—¿Sabías que hay un boliche cerca de la peatonal? —me preguntó.

—No…

El boliche se llamaba Oxymoron y quedaba a unas doce cuadras de allí. La entrada general valía treinta pesos e incluía una consumición. Abrían miércoles, viernes y sábados. Según el afiche, que ocupaba la mitad de la página, había dos pistas: una de cumbia y reggaeton, y

otra de electrónica. Decidimos ir esa misma noche.

Nos pasamos la tarde boludeando. En la tele pasaban las películas de *Harry Potter* una detrás de la otra y Nina hizo una olla gigante de pochoclos. Gabo se quedó dormido en el sofá y yo, a eso de las siete, ya me había aburrido. La abuela estaba leyendo en el jardín bajo la última luz del día y Nina cosía en su taller, que antes había sido la habitación de invitados. Tenía la puerta entreabierta y me animé a entrar.

—Ah, Santi —dijo cuando se giró para ver quién había entrado. Nina estaba sentada, inclinada sobre una máquina de coser Florencia Singer y con unos anteojos enormes que le agrandaban cinco veces el tamaño de sus ojos.

—¿Te molesta que me quede acá un ratito, Nina? —le pregunté.

—No, mi amor, cómo me va a molestar —respondió ella con una sonrisa, levantando apenas la mirada por encima de sus telescopios.

Miré a mi alrededor. El taller estaba un poco desordenado, pero limpio. Nina tenía su máquina de coser junto a la ventana y en el centro de la habitación había una mesa llena de alfileres, hilos y retazos. Alcancé a distinguir una especie de catálogo de telas y otro de botones. En un rincón de la habitación había un maniquí de mujer, de esos que solo tienen torso, sin piernas ni cabeza; el fondo estaba ocupado por un perchero como los que tienen en los locales de ropa. El piso estaba lleno de hilitos de colores.

—Es medio tímido tu novio, ¿no? —comentó como si nada.

—¿Tímido, Gabo? No, todo lo contrario… a veces es re payaso, te juro.

—Me refería a que, bueno… como nunca se dan un beso frente a nosotras, parece que por ahí les da vergüenza.

Nina volvió a mirarme por encima de los anteojos, con una sonrisita pícara. Me senté arriba de una caja.

—No sé si somos novios en realidad, él me gusta y yo le gusto, pero… no sé, es una relación rara. Él está teniendo miles de quilombos y… qué sé yo… Lo conocí en la Marcha del Orgullo hace dos años. Me dijo que era bisexual y a mí, no sé, como que me cuesta entender eso de ser bisexual…

—¿No era que iban al mismo colegio?

Sí, le dije, pero, extrañamente, fue en la Marcha donde habíamos hablado por primera vez. Nina puso a funcionar la máquina de coser y calló por un momento.

—Suena bueno eso de ser bisexual —dijo.

La miré sin comprender. A mí me parecía todo lo contrario. La indecisión de Gabo me estaba matando.

—Suena como que uno puede enamorarse de todo el mundo, sin importar su sexo, ¿te imaginás si todos fuéramos así, Santi? ¡El doble

de posibilidades de ser felices! —Y soltó una carcajada.

Le sonreí por cordialidad. No era tan fácil como pensaba Nina. ¿Y Gabriel? ¿Qué le gustaba a él de mí? Una vez había chateado con un hombre supuestamente bisexual. Me dijo que le gustaban las mujeres y los hombres que parecían mujeres. Entonces en realidad te gustan las mujeres, le dije. Me empezó a hablar de la construcción cultural y social de lo que era femenino, de lo que era masculino… hasta que me hartó de su parrafada intelectual y le dije que tenía sueño y me iba a dormir.

—¿Qué estás haciendo, Nina? —le pregunté para cambiar el tema.

—Unos trajecitos para los chicos de la murga. Yo les hago el traje y las levitas y ellos les ponen las lentejuelas.

—Qué lindo, la murga… A mi viejo no le gusta el carnaval. Una vez cuando la murga del barrio se quedó enfrente de casa y cortó la calle, viste que estamos a dos cuadras de la plaza, llamó a la policía para que los echaran…

Nina paró la máquina y me dijo, con su sonrisa pícara:

—Me vas a perdonar lo que te voy a decir, Santi, pero tu padre es un amargado insoportable.

Sus palabras me sorprendieron. Por un lado le daba la razón, pero por otro, no sé, me molestó un poquito que hablara de mi papá con tanta libertad. Al fin y al cabo, era el hijo de su mejor amiga. Le devolví la sonrisa.

—Sí —bostecé y me estiré—. Tenés razón.

—Después de lo que pasó en Navidad, ¡Dios me libre…! —Sacudió la cabeza y comenzó a cambiarle el hilo a la máquina—. Te quedaba hermosa esa blusita.

Creo que hasta me puse colorado. Miré la puerta. ¿Qué se suponía que tenía que contestarle?

—Me la regaló Gabo.

Ella me miró sorprendida. Luego se echó a reír.

—¡Qué regalito! —exclamó. Después se puso seria—. ¿A vos te gusta vestirte de mujer, Santi? —me preguntó en voz baja.

Fruncí el ceño.

—No… bah…—chasqueé la lengua—. No. No, en serio. O sea, una musculosita sí, qué sé yo, me gustan, son lindas, sexies… Pero de ahí a ponerme un vestido, no, posta.

Nina se rio entre dientes y volvió a sentarse frente a la máquina de coser.

Partimos rumbo al boliche a eso de la una de la madrugada. Yo estaba emocionado y ansioso. La última vez que había pisado un boliche había sido en Capital, en la fiesta de egresados de los chicos de quinto.

Es decir, en la fiesta de Pablín. Su curso soñaba con una fiesta en Pachá, Mint, Sunset… pero al final tuvieron que hacerla en La City, el lugar donde se hacía la fiesta Sinergy, un evento para frikis del animé. El boliche me gustó bastante. Lo recordaba de un azul eléctrico, con dos pistas (una en la planta baja y otra más chica en el primer piso) y una música aceptable.

Con Pablín y Gabo nos emborrachamos y nos subimos arriba de un parlante, con Calle 13 gritando: Atrevete-te-te, salte del clóset, destápate, quítate el esmalte… Lo agarré a Pablo de la cintura, me apoyé contra su culo y le canté al oído: señorita intelectual, ya sé que tiene el área abdominal que va a explotar, como fiesta patronal… Gabo se quejó de que lo estábamos dejando de lado y me agarró por detrás. De repente Pablín se giró y quedé en medio de los dos, con Gabo apoyado contra mi espalda (y mi culo) y Pablo riéndose a carcajadas.

Gabriel se dio cuenta de que nos miraban: no éramos tres heterosexuales jugando a los gays. Y cuando me agarró del mentón y me metió la lengua hasta la garganta, quiso dejarlo bien en claro. Creo que sentí los labios de Pablo en el cuello, pero en ese momento mis recuerdos se entremezclan.

También, cuando estaba en segundo y tercer año, había ido a las fiestas que los últimos cursos del Instituto Saint Jean hacían en el colegio para juntar plata para sus fiestas de egresados. Comenzaban a eso de la nueve de la noche y terminaban a la doce, una como máximo. En aquellas fiestas, en segundo año, mis compañeras comenzaban a tranzar por primera vez. Por los rincones se veían chicas contra la pared con los brazos alrededor de los cuellos de los varones. Las manos de ellos se quedaban en las cinturas de ellas. En silencio, yo espiaba de costado y envidiaba a aquellas pibas. Quería que algún hada madrina me convirtiera en mujer por una noche, en una chica rubia y bonita, y que algún pibe me llevara al fondo del salón y me metiera la mano por debajo de la minifalda de jean.

—¡Qué linda noche! —exclamó Gabo, abriendo los brazos.

Me pasó un brazo por los hombros y me dio un sonoro beso en la mejilla. Decidí seguirle el juego. Me acerqué a él y lo agarré de la cintura. Fuimos caminando así por la peatonal, con nuestros cuerpos más cerca de lo heterosexualmente recomendado. Los negocios estaban cerrados y ya no había vendedores ambulantes, pero por aquí y por allá había algún bar chiquito donde los hombres se amontonaban frente a un televisor diminuto que pasaba algún partido de fútbol o algún restaurante elegante donde había shows de tango.

Llegamos a Oxymoron. La entrada estaba repleta de chicos y chicas; chicos que miraban a su alrededor en busca de sus amigos; chicas que llamaban por teléfono a sus novios; chicas y chicos pasándose botellas

de cerveza. Pagamos nuestras dos entradas e ingresamos al boliche. Estaban pasando reggaeton: *Temblor*, de Daddy Yankee. Mi primera impresión fue que era bastante chico para mi gusto. Prefería los salones grandes. Gabo en cambio, prefería los salones pequeños para poder sentirse rodeado de gente.

Otra cosa mala que tenía la pista principal: desniveles en el piso, escalones. En verdad, un mal sitio para una discoteca. La barra principal estaba a un costado, a la izquierda de la entrada. A la derecha estaba el pasillo de los baños. Frente a la barra, en el otro extremo del salón, había una pantalla gigante en la que pasaban videos musicales que no tenían nada que ver con la música que sonaba. Y en el otro extremo del salón… había un pequeño escenario. Cuando Gabo lo vio, le brillaron los ojos.

Bailamos un rato los dos solos. Miré a mi alrededor, deseando poder estar en un boliche gay y no en un terreno de levante cien por ciento heterosexual. A Gabo no le incomodaba que estuviéramos bailando sin compañía femenina, y que se me escaparan de vez en cuando un par movimientos un poco maricas. No podía evitarlo.

Tanto Gabriel como yo nos habíamos puesto remeras blancas, para que resaltaran bajo la luz negra. Él se había puesto una bermudas negras y yo, unos vaqueros que había cortado un poco más arriba de la rodilla.

No hay duda: los chicos que bailan bien tienen levante, especialmente los que bailan de forma masculina. Como no nos acercábamos demasiado (no estábamos lo suficiente encima del otro como parecer una pareja) unas pibas se habían puesto a bailar al lado nuestro y con cada canción que acababa, se acercaban más. Yo estaba verde de celos. ¡Fuera, perras!, quise gritarles, ¡este es *mi chico*! No podía imaginarme que alguna de ellas pudiese sentirse atraída por mí.

Entonces comenzó una canción que ni Gabo ni yo pudimos pasar por alto. Les dimos codazos a un par de flacos para abrirnos paso hasta el medio del escenario, justo enfrente de todo el boliche.

Frente a frente, actuábamos. Yo meneaba y Gabo me respondía y me agarraba de la cintura. Me atreví a ir por más: le pasé los brazos alrededor del cuello y me apoyé contra él. Se agachó apenas, doblando un poco las rodillas, y con movimientos ondulantes al ritmo del reggaeton comenzó a responder a mi meneo. Me calentaba tanto bailar así, de esa forma tan provocativa. En un momento giré la cabeza para verificar si nos estaban mirando. Y sí, claro. Era un boliche hetero. La chica de la barra miraba con una pequeña sonrisa, como si le gustara lo que veía. Y los hombres nos dedicaban miradas inquietas o divertidas.

Gabo se inclinó por encima de mi hombro y me dio una lamida en la mejilla seguida por una mordida suave. Se estaba sarpando un

poquito, pero no me importó. Me tenía a mil. Con un poco de vergüenza acepté su lengua en mi boca, pensando que ay, Dios, ojalá no se me notara mucho la calentura.

Cuando abrí los ojos, en medio del beso, miré hacia la barra y… me quedé sin aliento. Ahí estaba el hombre de la feria, el tal Buyit que supuestamente estaba loco y que le regalaba uno de sus perfumes a la persona más linda de su público. Me miraba sin ninguna expresión en particular. Pero me miraba. Y sus ojos verdes casi transparentes sobre mí me excitaron aún más.

Cuando terminó la canción, Gabo me dijo al oído si quería que fuéramos a la barra a tomar algo. Le dije que sí antes de pensarlo. Quería estar cerca de Buyit, pero al mismo tiempo no quería…

Gabo pidió dos fernet y le dije que iría al baño. Corrí entre la multitud, casi me tropecé en los escalones, y entré en el baño de chicos. Fui derecho a un cubículo, me bajé los pantalones y los calzoncillos, le puse la tapa al inodoro y comencé a masturbarme. No tardé en llegar. Me limpié con un pañuelito descartable y lo tiré al inodoro.

—¿Por qué tardaste tanto, Santi? —preguntó cuando me vio—. ¿Te estabas pajeando?

—Sí —respondí mecánicamente, siguiéndole el juego.

La chica de la barra y él se rieron. Yo también me reí, aunque mi risa sonó forzada. Miré a la mina. No era muy linda de cara, pero tenía buen cuerpo. Nunca voy a entender a los hombres que no les miran la cara a las mujeres. Tenía los ojos cafés un poco saltones, la nariz un poco chata y un mentón pronunciado, como las barbitas de chivo de las momias egipcias. Llevaba el pelo a lo rollinga, con un flequillo recto cortado por la mitad de la frente. Decididamente era fea. Pero el escote que se le asomaba por la blusa era generoso y cuando se giró para agarrar una botella le vi el culo, enorme. Suspiré. Y entonces dirigí la mirada más allá de la mujer: en el otro extremo de la barra, Buyit me contemplaba. Tenía aspecto como de felino. Su piel tostada, ni negra ni blanca, parecía dorada en medio de la oscuridad y la tormenta de luces. Sus ojos brillaban; quizá estuviera borracho. Vestía una camiseta azul marino, con un escote en forma de V atado con un cordón cruzado.

—El tipo del perfume —dijo Gabo como si nada, sin mirarlo.

—Sí, lo vi.

—Te está mirando. —Dio un sorbo de fernet—. No te dejó de mirar en toda la noche.

Me encogí de hombros. La presencia del hombre me inquietaba. No había pensado que lo encontraría en un sitio tan vulgar como ese. Me lo imaginaba bailando desnudo alrededor de una fogata, rindiéndoles culto a los dioses de su pueblo. Sin embargo, ahí estaba. Y cuando vio

que lo miraba, me sonrió. Apuré el fernet.

—¿Qué te pasa? —se rio Gabo, al ver que me había terminado el vaso. El suyo estaba por la mitad. Comencé a sentirme un poco mareado. No estaba acostumbrado a tomar—. Mirá, viene para acá…

Ahogué un grito y quise salir de ahí corriendo. No sabía qué hacer. No sabía qué iba a pasar.

—Hola —dijo el hombre con una inclinación de cabeza, sentándose en el taburete vacío de mi izquierda.

Tragué saliva. No recordaba que fuese tan alto o que sus labios fuesen tan carnosos. De repente sentí un escalofrío: me había puesto el perfume que me había regalado. ¿Habría sido por eso que me lo había encontrado allí, en ese boliche? ¿Era una especie de atadura mágica?

—Hola —le respondí.

Gabo no contestó, dando por sentado que el saludo había sido para mí.

—¿Quieres bailar?

No supe qué responder. Miré a Gabo, pero estaba demasiado concentrado en su fernet y en el culo de la bartender.

—Sí, dale.

Fuimos hasta el centro de la pista y empezamos a bailar. Yo, obviamente, no me sentía tan libre como con Gabo. No iba a empezar a menearme y a frotarme contra Buyit, aunque ganas no me faltaban, sinceramente.

—¿Cómo te llamas? —me preguntó inclinándose hacia mí. Tenía aliento a chicle de menta y su piel olía a cítrico, una fragancia muy parecida a la que me había regalado, pero ligeramente diferente. La mía era más dulce, la de él, más herbática.

—Santiago —le respondí—. ¿Vos?

—Buyit —dijo, pronunciándolo “buuit”—. Soy de Panamá —explicó, como si su extraño nombre precisara una explicación.

—¡Ah! —exclamé sorprendido, porque estaba convencido de que era africano, como me había dicho la mina de los arroces.

Me sonrió y se animó a agarrarme de la cintura, suavemente, como tanteando el terreno. Lo dejé.

Me ponía nervioso estar bailando con un hombre desconocido, con un hombre que no era Gabo. En mi mente, yo era de Gabriel, pero lo cierto era que no le pertenecía a nadie. Gabo tampoco me pertenecía. Estaba bien claro.

Y Buyit me ponía más nervioso aún porque en verdad me atraía. Tenía una complexión bastante más robusta que Gabo, los brazos gruesos llenos de tatuajes y una apariencia imponente. ¿De verdad le gustaba a semejante pedazo de hombre? ¿Qué me había visto? Lo único que no me terminaba de gustar era que tuviese la cabeza totalmente rapada. De repente, con ese pensamiento navegando en mi

incipiente borrachera, me empecé a reír.

—¿Es tu novio el chico que está contigo?

—No. No es mi novio. —Y como un boludo agregué—: ¿Por?

Se relamió los labios y me respondió con una de sus sonrisas.

—¿Quieres ir a tomar un poco de aire?

Acepté, por supuesto.

Pensaba que Buyit me llevaría a la otra pista, donde pasaban electrónica y que estaba al aire libre, y me recorrió un escalofrío de miedo y excitación cuando me agarró de la mano y comprendí que estábamos saliendo del boliche. No miré hacia la barra. Afuera seguía habiendo gente tomando, fumando, hablando, cantando. Un auto tenía la música a todo volumen, con esa canción horrible de Intoxicados llamada “Una vela”.

La temperatura había bajado considerablemente y en el cielo se veía una luna finita como una uña mordida.

Buyit, que no me había soltado la mano, me llevó hasta detrás del boliche. Había unos edificios, una especie de plazoleta con bancas de piedra y un par de árboles. Tres pibes fumaban faso en el umbral de un local de Musimundo con las persianas totalmente bajas. Buyit me agarró de la cintura y guio mi cuerpo hasta que quedé apoyado contra un muro. Mi espalda golpeó contra la dura pared y al instante sentí todo su enorme cuerpo cerniéndose sobre el mío. Me besó con violencia. Su agresividad me dejó helado por un momento; helado y asustado, pero no tardé en ceder ante ella y dejarme llevar. Me colgué de su cuello y casi tuve que ponerme en puntas de pie para besarlo con comodidad.

—Qué rico estás —dijo, lamiéndome y chupándome el cuello. Me agarró del culo con fuerza, por encima del jean, y me separó las nalgas. Eché la cabeza hacia atrás y emití un jadeo ronco—. Estás riquísimo…

Entonces se apartó unos centímetros de mí y lo dijo:

—¿Quieres venir a mi casa?

Boqueé desesperado. No sabía qué hacer. Quería gritar ¡sí!, pero… Aparté la mirada.

—No… no puedo…

Buyit me besó de nuevo con pasión y me apretó contra él.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Por qué…?

—Es que… mi amigo…

—¿Pero no has dicho que no es tu novio?

—Sí, pero… —Me miró con el ceño fruncido y los ojos verdes aguados de deseo—. Soy virgen —dije en susurro.

Levantó las cejas. Sonrió.

—¿Esperas que te crea eso?

—Es verdad —repliqué casi ofendido como una doncella—. No cogí

nunca. Te vas a aburrir…

La cabeza me daba vueltas. Por un lado, me moría de ganas de acostarme con él. Pero, por el otro, ni siquiera lo conocía y no sabía si sería bruto conmigo. Lo más probable era que buscara un culo disponible para divertirse, no tener que preocuparse por un agujero virgen.

Buyit suspiró y se apartó de mí. Se sentó en el banco que estaba a unos pocos metros y sacó una caja de Marlboros. Me ofreció uno, que yo interpreté como una invitación para sentarme a su lado.

—No fumo.

Meneó la cabeza y guardó los cigarrillos.

—¿De verdad que el chico ese no es tu novio? —preguntó fríamente, por tercera vez.

—Sí, de verdad —volví a contestar—. Él me gusta, yo lo quiero pero… no sé, él no quiere estar conmigo.

Frunció las cejas negras, perfectamente perfiladas.

—¿Quieres decir que no quiere *tener sexo* contigo?

Asentí con la cabeza. Él soltó una pequeña carcajada, junto con el humo. De repente, toda su pasión se había transformado en una fría cordialidad.

—¡Lo que se pierde! —comentó, sonriendo de medio lado y dirigiéndome una mirada ávida—. Entonces, ¿te manosea y te besa, pero no quiere acostarse contigo?

—Ajá.

—Le gusta calentar la pava y no tomar el mate, como decís los argentinos. —Dio una profunda calada a su cigarrillo—. Déjalo. No te hagas ilusiones con él. Le gusta histeriquear y no hacerse cargo de lo que hace. Hazme caso, déjalo.

—Es mi amigo. —Me molestaba que ese desconocido me diera consejos. Y más que hablara de Gabo de esa forma. ¡Qué sabía él de nosotros!

—Si sabe que tú lo quieres y sigue comportándose así, no creo que sea un buen amigo.

Sus palabras se me clavaron en el alma. Tenía razón.

—Lo siento —susurró—. Te has puesto triste.

—No…

—Sí… si eres transparente como el agua, se te nota en la cara, bebé.

Me encogí de hombros.

—¿Eres de por aquí?

—No, soy de Capital. Mi abuela vive acá en Luján, vinimos a visitarla.

—Ah, qué pena.

Levanté la mirada.

—Pensaba que por ahí —se explicó— nos podríamos conocer mejor. Yo vivo aquí hace cinco años. Estoy todas las tardes en la feria, menos cuando llueve, claro. —Sonrió.

Miró la hora y se puso de pie.

—Bueno, Santiago, me tengo que ir. —Me apoyó una de sus enormes manos en el hombro y me dio un beso en la comisura de la boca—. Que tengas suerte.

—Chau, vos también.

Y se fue sin mirar atrás, con su larga sombra acompañándolo hasta que dobló en una esquina y lo perdí de vista.

Suspiré. ¿Me arrepentía de no haberme ido con él? Un poco. Pero, por otro lado, también me sentía aliviado de que se hubiese ido. Sus palabras me habían lastimado, pero lo peor de todo era que me habían herido porque eran ciertas. ¿Gabo no podía imaginarse que yo sufría por culpa de su indecisión, de mi amor correspondido a medias… y a veces ni eso?

Se me llenaron los ojos de lágrimas. Todavía estaba caliente, todavía sentía la manos de Buyit en mi cuerpo, todavía podía saborear su saliva en mi boca y oler su perfume… pero me sentía el ser más patético y miserable del mundo y ahí estaba, rogando que Buyit volviera sobre sus pasos y me ofreciera llevarme a su casa de nuevo. Obviamente, no volvió.

Miré el reloj. Eran las cinco y cuarto de la mañana y estaba por amanecer. Me puse de pie y en ese mismo instante sonó mi celular. Era un mensaje de Gabo y me preguntaba dónde me había metido. *Estoy a la vuelta del boliche; saliendo, a la derecha. Vení a buscarme.*

Me senté de nuevo en el banco y entonces lo oí. ¿Era un llanto? No, era un maullido. Entre las raíces de un árbol y una montaña de hojas secas había un tembloroso bultito gris. Cuando me vio, el gatito quiso escaparse, pero se tambaleó un poco sobre sus patitas escuálidas y se cayó.

—Mish —le susurré, acariciándole la cabeza—. Mish, mish…

Estaba herido, tenía una pata quebrada. Era bebé y estaba muy flaco. Si lo dejaba ahí, no sobreviviría.

—Santi —exclamó Gabo—. ¿Qué…?

—Un gatito —le dije—. Tiene una pata rota…

Gabo me miró con cara de nada.

—Lo tenemos que llevar al veterinario.

—Santi, son las cinco de la mañana, ¿qué veterinario va a estar abierto a esta hora?

Me saqué la remera y arropé al gato en ella. Lo acuné como a un bebé y se quedó tranquilo, rendido.

—Lo llevamos a lo de las abuelas y esperamos a que abra alguna veterinaria.

Amanecía mientras caminábamos, de regreso a la casa. El gatito parecía haberse dormido y la temperatura subía poco a poco. Cada tanto, nos deteníamos y yo verificaba que el gatito seguía respirando. Tenía miedo de que se me muriera en los brazos.

—Nunca tuve un gato —dije mientras esperábamos que cambiara el semáforo.

—Yo tuve varios —respondió Gabo, con una risa. Aparentemente, había seguido tomando.

Su comentario me cayó mal, me hirió, me hizo hervir la sangre. Y deseé estar en la cama de Buyit, gimiendo como una perra…

Cuando llegamos a casa eran las seis de la mañana. La abuela dormía, pero Nina estaba amasando pan en la cocina. Le mostramos al gatito herido y se compadeció: le sirvió agua y una lata de atún.

Para nuestro alivio, el gato comenzó a comer. Lloraba bajito por el dolor de su pata, pero al parecer tener la panza llena le hizo olvidar el dolor.

—Acá a dos cuadras hay una veterinaria —dijo Nina—. No sé si será muy cara.

Nos sirvió café con leche y tostadas con mermelada y manteca. Cuando terminamos de comer y nos íbamos de la cocina, el gatito intentó seguirnos.

—Quiere venir con nosotros —le dije a Gabo—. Traele el tacho con agua.

Agarré al gatito y lo llevé en brazos hasta nuestra habitación. Lo dejé en un rincón; hice un bollo con la remera y le puse el agua al lado, por si le agarraba sed. Se tiró ahí arriba y se quedó tranquilo.

Estábamos reventados y muertos de sueño. Sentía todo el cuerpo pegajoso, pero no tenía ganas de bañarme. Gabo prendió el ventilador de pie y se echó pesadamente sobre su cama. Me pidió que bajara las persianas, porque ya era de día, y yo obedecí.

Me acosté, le di la espalda, y cuando estaba a punto de irme al mundo de los sueños, sentí que Gabo se metía en la cama conmigo.

—Te extraño —me dijo en un susurro.

—¿Eh? Si estamos todo el tiempo juntos.

—Extraño tu cuerpo...

Tragué saliva.

—¿Entonces por qué… no querés hacer el amor conmigo?

Gabo tardó en contestar, pero finalmente dijo:

—Porque te amo.

Y me dormí.

Sus palabras se diluyeron entre mis sueños. Al final, no sabía si las había soñado o si en verdad Gabo me había dicho que me amaba. Nos

levantamos como a las tres de la tarde. Me senté sobre la cama y me froté los ojos. Gabo estaba sentado en la otra cama, mirándome mientras me desperezaba. Me sonrió.

—¿Qué?

Me señaló con la cabeza el rincón donde había dejado al gatito. Se había hecho caca y pis, y toda la pequeña habitación estaba llena de un olor nauseabundo.

—¡Qué gato de mierda! —grité.

—Tendríamos que haberle dejado la puerta abierta.

Fui a la cocina a buscar un diario viejo para levantar la caca, lavandina y limpiapisos. Entre los dos limpiamos el regalo, intentando no respirar y no tocar la porquería con las manos. Mientras, el gato se había subido a mi cama.

—¿Cómo llegó ahí con la pata rota?

Me senté en la cama y le acaricié la cabecita.

—Creo que es gata —dijo Gabo.

—Ay, ¿ya la anduviste mirando, atrevido?

Él se rio.

—¿Le vas a poner nombre?

La gatita maulló y se quedó en mi regazo.

—No sé, tenemos que conseguirle casa.

—Tu abuela me dijo que es alérgica al pelo de animal.

—Sí, es verdad. Antes tenían un loro, pero se les murió. De viejito. Decía un montón de insultos el loro: ¡levantate, hijo de puta!, gritaba a la mañana. Era de una familia que se mudó a Capital y no se lo pudieron llevar.

Gabo me pasó un paquete de galletitas. Evidentemente, cuando yo me había despertado, él ya llevaba tiempo levantado. Qué raro. Entonces me di cuenta de que tenía cara de cansado, ojeras por la falta de sueño. Y advertí que las ojeras no eran nuevas. Dos meses atrás, cuando todavía vivía con su madre, Gabo no tenía esas ojeras. ¿Tenía problemas para conciliar el sueño? ¿Dormía mal? Tuve deseos de acercarme a él y abrazarlo, pero entonces recordé las palabras que me había dicho antes de que me durmiera…

—Britney —susurré.

—No, Gabriel.

—Britney se va a llamar.

En ese momento escuchamos que la abuela nos llamaba desde la casa.

—Teléfono, Santi, es tu mamá.

—Hola, ma.

—Hola, amor, ¿cómo andan?

Le dije que bien, que mejor que bien. Era imposible no estar bien lejos de toda mi familia y de las miradas odiosas que le dedicaban a

mi amigo.

—Llamó Pablo… ¿Por qué no lo invitaste a que fuera también?

Le metí la excusa de que no quería darles mucho gasto a las abuelas. Que ya era bastante con nosotros dos y que gracias me habían dejado traer a Gabo. Creo que mamá no me creyó, pero no dijo nada.

—Ya van dos veces que llama. Vuelvan el sábado, chicos…

Tenía razón. Aunque lo dijera porque le incomodase la libertad que gozaba con Gabo lejos de ellos, no podía hacerle eso a Pablo. Sabía que luego tendría que darle explicaciones y eso me hacía sentir mal, muy mal.

Llevamos a Britney a la veterinaria y una doctora nos dijo que, en efecto, era hembra. No tenía la pata quebrada, pero de todas formas tenían que arreglársela y medicarla para el dolor. Le dijimos que no era nuestra, que la habíamos encontrado en la calle a la salida de un boliche y que queríamos encontrarle casa porque no podíamos quedarnos con ella. La veterinaria nos dijo que habíamos hecho bien en llevarla, pero se apresuró a señalarnos la jaulita que tenía en la sala de espera, donde había tres gatitos esperando ser adoptados.

—Pueden poner un cartel en la cartelera —propuso—. Tienen que hacerlo grande, con una foto de ella mirando al frente, eso sensibiliza a la gente. ¿Le pusieron nombre?

—Britney —le dije yo.

—Britney… —repitió ella con una sonrisa, acariciándole la cabeza —. Debe tener un mes y medio más o menos.

Volvimos a casa con Britney en brazos y la dejamos en el jardín. Fui a buscar la cámara y le dije a Gabo que pusiera a la gata entre las flores.

—¿Entre las flores? Tu abuela me va a cagar a palos…

—No importa, hacé lo que te digo.

Perseguimos a Britney por todo el jardín, hasta que se cansó y por fin miró para la cámara. Salió con los ojos azules grandes y llorosos, como si no entendiera qué le estábamos haciendo. Pasé la foto a la compu y abrí el Photoshop para hacer el cartel.

Urgente: busco familia

Soy una gatita de un mes y medio y estoy buscando casa. Soy gris atigrada y relinda y mimosa!!! Tengo una patita herida, pero ya me la curaron. Adoptame!!! Llamame o mandame un mensajito…

—Vamos a imprimirlo a un cyber —le dije a Gabo cuando lo terminé. Estábamos en la cocina y él se tomaba su tercer café del día —. Y le sacamos fotocopias.

Gabo se acercó y miró la pantalla por encima de mi hombro. Se rio

en voz baja y, acercándose más, me dio un fugaz beso en el cuello.

Pusimos mi teléfono celular. Había decidido que, si no le encontrábamos casa en esos dos días que nos quedaban en Luján, la llevaríamos a Capital e intentaríamos encontrarle hogar allí. No me importaba lo que dijeran o pensaran mis padres.

—No creo que mis abuelos se la puedan quedar —dijo Gabo—. Viste que tienen dos ovejeros…

Así que fuimos a recorrer Luján con una pila de carteles fotocopiados. Recorrimos veterinarias, pero pronto nos dimos cuenta de lo rápido que pasaba el tiempo y que no alcanzaríamos a pegarlos todos. Acordamos separarnos y encontrarnos en la esquina de casa a las nueve de la noche.

Gabo se fue para el lado de la basílica y yo me fui para el lado del camping. Pegué carteles en árboles, postes de luz y paredes. Lentamente, advertí que estaba pisando terreno conocido: me acercaba a la feria. La feria donde seguramente estaría Buyit. ¿Qué haría si me lo encontraba? ¿Le preguntaría si se quería quedar con Britney?

—No, pibe, ahí no pegués nada —oí por encima de la voz de Andrea, que sonaba en mis auriculares.

Me giré. El tipo del bufete de la feria había salido del local.

—Pero si hay carteles…

—Sí, pero me pagan por pegarlos, ¿vos me vas a pagar?

Lo miré con el ceño fruncido y le dediqué mi mejor cara de orto. Sin responderle, pasé por delante de él y seguí mi camino.

Cuando me encontré con Buyit, me quedé petrificado por la sorpresa. Estaba tan enojado por lo que me había dicho el tipo del bufete, que me había olvidado por completo de él. Quise dar media vuelta y salir corriendo, pero habría sido una pendejada hacer eso y él ya me había visto.

Estaba sentado entre sus perfumes, fumando un cigarrillo. De nuevo estaba sin camiseta y llevaba unas babuchas azules. Ya era de noche, así que seguramente ya habría regalado el perfume del día. Me saludó con una sonrisita y una inclinación de cabeza. Dudé en acercarme o seguir de largo.

—¿Estás vendiendo algo? —dijo mirando la pila de papeles.

—Hola… no, le estoy buscando casa a esta gatita.

Buyit vio la foto, leyó el texto y sonrió.

—La encontré a la salida del boliche.

—Si pudiera me la quedaría —exclamó—, pero tenía uno y me lo envenenaron los vecinos.

—Qué forros…

—Sí.

Me invitó a sentarme a su lado y me cebó un mate frío con cáscara

de naranja. Le dije que si no le encontraba casa me la tendría que llevar a Capital.

—¿Tienes jaula? —No entendí a lo que se refería—. Jaula, no la llevarás en la mano en el micro…

Le dije que no lo había pensado. De hecho, no me había planteado si nos dejarían subir al micro con un animal.

—Yo te puedo dar mi transportador, es como un bolso, no es una jaula. Si no se pone a gritar no se darán cuenta.

Le devolví el mate y me quedé callado. Él me miraba con los ojos atentos, esperando mi reacción, mi respuesta. Yo no sabía qué decir. Finalmente le dije que no sabía cuándo podría volver a Luján para devolvérsela.

—Te la regalo —respondió, como si eso estuviera fuera del tema—. Ya no la necesito. Tú la necesitas más que yo.

Lo miré. Seguía sonriendo. Qué nervioso me ponía su sonrisa.

Buyit levantó las cosas y nos fuimos. Guardó sus frascos y la sartén en una caja y la ató a un carrito con ruedas.

—¿Vivís muy lejos? —le pregunté cuando salíamos de la feria—. Porque a las nueve tengo que encontrarme con mi amigo…

—¿Con tu amigo con derecho de roce? —comentó, burlándose—. Vamos en auto, no te preocupes.

Buyit tenía un Fiat 600 pintado de verde aceituna. El interior tenía un fuerte olor a sahumerio y perfume cítrico. Sin darme cuenta, me senté atrás. Estaba demasiado acostumbrado a apretujarme en los asientos traseros junto a mis tres hermanos, mientras mi mamá se acomodaba adelante, junto a mi papá.

—¿Y cómo es la gatita? —preguntó Buyit, con sonsonete.

—Es linda —le contesté—. Gris atigrada, con el cuellito blanco.

—Qué bonita —susurró con una media sonrisa. Por algún motivo, me sentí como si se estuviera burlando de mí.

No sabía de qué hablarle, estaba como con las ideas bloqueadas. Así que me quedé callado, con la cabeza girada hacia la ventanilla.

Llegamos en poco más de cinco minutos. Buyit vivía en un viejo edificio de tres pisos, una construcción que me hizo acordar a la humilde casa de Thalía en una de sus novelas románticas pedorras. El lugar tenía una especie de patio comunitario y las viviendas se repartían a su alrededor, en la planta baja y el primer piso. El patio estaba lleno de plantas; había un par de mesas y sillas de plástico, una pelopincho y montones de juguetes tanto de nena como de nene.

Buyit me guio por una escalera lateral y desembocamos en algún lugar del primer piso. Miré el reloj. Eran las ocho menos veinte. Rogaba que me diera la jaula rápido.

La vivienda era pequeña, llena de perfume y colores. Las paredes estaban llenas de tapices de paisajes y dioses desconocidos. En un

rincón vi el de un mono vestido con un gorro y un cetro. Me pregunté si mi anfitrión pertenecía a alguna secta extraña. Otra cosa que me llamó la atención fueron las alfombras. Parecía haber alfombras por todos lados; en total conté cinco. Todas eran muy elaboradas, con detalles bordados y dibujos de flores. Me gustaba la casa de Buyit. Del techo colgaba una especie de lámpara que me recordó a una cadena de ADN. Cuando me acerqué, vi que estaba formada por pequeños estantes que sostenían velas redondas. Quise verlas encendidas…

—¿Te gusta? —me preguntó, tomándome por sorpresa—. Lo hice yo.

—¿Sí? Es re lindo...

—Gracias.

Me ofreció un vaso de jugo de naranja y me giré para que no me viera sonrojado. El departamento solo tenía sala, cocina y baño. La cama de Buyit, de una plaza, estaba separada de la vista por un biombo de madera con unos pájaros pintados. En un rincón había una colchoneta con montones de almohadones. Al lado, en el piso, había un equipo de música. Seguramente usaba ese rincón para practicar yoga, pensé. La mesa, redonda, estaba en el centro de la sala, llena de frasquitos con fragancias, velas y herramientas que Buyit seguramente usaba para fabricar sus raros inventos.

—Tenés balcón…

—Ajá.

Descubrí que el balcón, raramente, daba a la calle. Tantas vueltas que habíamos dado en el edificio me habían desorientado. Ocultado por unas cortinas azules, el balcón mostraba una calle angosta y un pequeño parque. El cielo se había vuelto de un azul vaporoso. Oscurecía. El balcón estaba lleno de plantas: alegrías del hogar, un rosal blanco, pensamientos y hasta un cactus con una flor rosada que parecía de porcelana. Sobre una reposera descansaba una regadera.

Me sobresalté. Buyit me había agarrado por detrás. Me pasó los brazos alrededor de la cintura, me quitó el vaso suavemente y lo dejó en la reposera. Me quedé muy quieto, hecho un manojo de nervios. Él se inclinó y me besó el hombro, una, dos, tres veces. Apoyó la mano en mi mejilla e hizo que volteara el rostro para besarme.

Me giré, le rodeé el cuello con los brazos y le devolví el beso. En mi interior, aunque me lo negara, sabía que había venido para eso.

Así, entrelazados, volvimos a la sala y Buyit abrió el biombo de una patada. Su cama estaba prolijamente hecha. Caí sentado sobre el colchón, con el rostro acalorado y todo mi cuerpo tenso de miedo y excitación. Él se sacó la camiseta (se la había puesto antes de subir al auto) y la dejó tirada en el suelo, arriba de una alfombra celeste con flores doradas. Miré para arriba y sentí que un relámpago de horror me sacudía todo el cuerpo. ¿Buyit siempre había sido así de grandote?

¡Me iba a destrozar!

Se lanzó hacía mí y me eché para atrás, aterrorizado. Él no se dio cuenta de mi reacción, solo me vio subirme más a la cama para hacerle espacio; me acercó a él de golpe y su boca apremiante volvió a devorarme los labios, el mentón, las mejillas, el cuello. Me sacó la camiseta y me tiró de espaldas contra la almohada. Desde toda su magnífica altura, me contempló, entre confundido y excitado. Después se rio.

—¿Qué…? —le pregunté.

—¡Sí eres virgen! —exclamó, mordiéndose los labios.

Sentí que caía por un túnel estrecho y sin fondo.

—Te lo dije…

Se encogió de hombros y volvió a inclinarse en mi búsqueda.

—No te creí, supongo… —me susurró, lamiéndome los labios, algo que me excitaba horrores y Gabo no solía hacer—. No estés nervioso, anda. Disfruta. Que te va a gustar, te lo prometo…

Y de repente, vi el tremendo hombre que tenía encima y me dije: *tiene razón*. Disfrutá, gozá. Liberate de tus miedos, de tus pudores, olvidate de todo por un rato… Olvidate absolutamente de todo…

Alargué el brazo y le agarré el pene por encima del pantalón. Buyit se dio cuenta de lo que quería hacer y, complacido por mi iniciativa, se tendió boca arriba en la pequeña cama, con la piernas abiertas para hacerme lugar. Se bajó los pantalones un poco y yo le bajé el resto. Su verga saltó del bóxer. Me acomodé entre sus piernas, temblando de nervios, y la aferré con la mano.

Tragué saliva. Miré a Buyit a los ojos. Esperaba, ansioso, con sus ojos verdes abiertos y las aletas de la nariz dilatadas. ¿Qué iba a hacer? Tenía miedo de decirlo… ¿Y si se negaba? ¿Y si se enojaba? ¿Y si…?

—¿Qué pasa? —dijo, impaciente.

Abrí la boca, pero no me salieron las palabras. Buyit me miró como si no entendiera lo que me pasaba.

Con un suspiro, la voz temblorosa y muy serio, le dije:

—¿Tenés forros?

Alzó las cejas.

—Sí…

Debí haberle parecido ridículo ahí, el pibe virgen con su verga en la mano, pidiéndole que se pusiera un preservativo para chupársela. Con una sonrisa burlona, se inclinó hacia la mesita de luz, agarró un forro y me lo pasó.

Me sentí incómodo, casi humillado. Nunca había tenido un preservativo entre las manos. Nunca lo había necesitado. Jamás se me había ocurrido, ni siquiera por curiosidad, comprar una cajita de forros para ver cómo eran. Tardé en abrirlo. Rompí el paquetito con

los dientes, pero nunca terminaba de abrirse. Finalmente, lo logré. Con los dedos temblorosos y la cara rojísima de la vergüenza, le puse el forro en la punta y lo deslicé por toda su verga. Él me miraba atentamente, con los brazos detrás de la cabeza, entre divertido y burlón.

Se irguió, me agarró del cuello y volvió a besarme, esta vez lentamente, casi con la ternura de Gabo. Me agarró y rodamos por la cama… me hizo abrir los brazos y me los sostuvo con una mano por encima de la cabeza. Solté un grito cuando me lamió las axilas y comencé a revolverme y chillar por las cosquillas.

Cuando paró, yo tenía los ojos llenos de lágrimas y me dolía la panza de tanto reírme. Él se acercó y me miró a los ojos fijamente, con una pequeña sonrisa en los labios. Su respiración caliente me mojó los labios y abrí la boca para recibir su aliento.

—¿Quieres seguir, Santi? —me preguntó en voz baja.

Me tomó completamente por sorpresa. Quería gritar ¡sí!, pero no estaba seguro. Deseaba preguntarle si me iba a tratar con cuidado, si me iba a doler mucho… Y también quería preguntarle si me hacía esa pregunta porque temía aburrirse conmigo y prefería que me fuera.

En ese momento, desde el bolsillo de mis pantalones, sonó mi celular. Me quedé quieto por la sorpresa, la culpa y el miedo. Cuando sonó de vuelta, me incliné, lo agarré y, sin mirare el mensaje, lo apagué.

—¿Vos querés? —susurré tímido, sin mirarlo.

Su sonrisa se ensanchó más y se apretó contra mi cuerpo, haciendo que su pija se clavara contra la mía. Gemí de placer y deseo.

—Ay, qué pregunta que haces —exclamó con una risotada, besándome el cuello—. Claro que quiero.

Mi pecho se hinchó con un suspiro y lo rodeé con los brazos.

—Entonces seguí, dale…

Decidí entregarme por completo, intentando no hacer caso a los nervios, al miedo, al pudor. No entendía qué veía ese hombre en mí, no comprendía cómo podía gustarle yo, un chico flaco, con un cuerpo sin músculos ni ningún atractivo sugerente. Mientras Buyit me giraba, me besaba la espalda y bajaba hasta mi culo, pensé que simplemente le había parecido un objetivo fácil. Y seguramente así fue, porque yo no había mostrado mucha resistencia…

Creo que esa fue la peor parte: cuando me dio la vuelta para penetrarme. Pensé que lo haría de golpe, pero, para mi sorpresa, comenzó a prepararme con los dedos y su propia saliva. Casi grité de placer. Abrí más las piernas, para sentir la tirantez, quebré la espalda, arañé las sábanas… y me descubrí disfrutando, olvidando los confusos sentimientos que me embargaban. Ninguno era fácil, nadie se estaba aprovechando de nadie. Éramos simplemente dos hombres disfrutando

del sexo. Él, adulto y con experiencia. Y yo, un adolescente inexperto, pero dispuesto a aprender y a gozar…

Por momentos pensé que el dolor sería más fuerte que el placer, pero Buyit supo detenerse a tiempo y supo cuándo debía seguir. Me penetró lentamente y, cuando entró por completo, se quedó quieto, esperando que me acostumbrara. Respiré, me tranquilicé… y descubrí que me moría por sentirlo moviéndose dentro de mí.

Cogimos durante casi una hora. Yo sentía una sacudida de nervios cada vez que él me cambiaba de postura; él sonreía y jadeaba mientras me veía cerrar los ojos con fuerza cada vez que me penetraba.

Cuando acabó por primera vez, comprendí algo: me quería hacer gozar, no estaba buscado solo satisfacerse a sí mismo. Me besaba, me acariciaba, me besaba de nuevo. Eso me inquietó un poco; había estado preparado para ser sometido brutalmente de la peor forma posible. Me sentí afortunado… y quise poder retribuirle sus atenciones, a mi modo, dentro de mis posibilidades…

Nos quedamos tirados en la cama, exhaustos, empapados de sudor, con la satisfacción aleteando sobre nuestras pieles desnudas. Por el balconcito abierto entraba una brisa fresca que lentamente nos iba secando el cuerpo.

—Me tengo que ir —dije después de un rato, una eternidad o tal vez quince minutos.

—Ya sé, te espera tu amigo…

Me agarró y me apretó contra él, como si quisiera que me quedara a su lado, cosa que me inquietó. En ese momento pensé: *no te quiero*. Estoy enamorado de Gabo y nada va a cambiar eso, aunque me des la mejor cogida de mi vida.

Me levanté de un salto, me vestí, le di un beso en los labios y me dirigí hacia la puerta.

—Espera… —me detuvo él.

Me giré y vi que guardaba algo en una bolsa.

—¿No la quieres?

Era el transportador para la gata.

—Gracias —le dije avergonzado. Claro, se suponía que había ido para eso. Y se me ocurrió que quizá Buyit me había hecho que se la pagara con mi cuerpo.

Se me acercó, me dio otro beso en la boca y dejó que me fuera.

Sentía una sensación extraña allí atrás. Me sentía mojado y como gelatinoso. Aun así, recorrí las calles de Luján en busca de Gabriel. En un momento me perdí. Ya estaba oscuro y tuve que preguntar el camino. Eran las diez menos veinte y tenía que haber estado en la esquina de casa a las nueve. Encendí el celular: tres mensajes más y siete llamadas perdidas.

Cuando doblé en la esquina, Gabo estaba parado al lado del semáforo, mirando para todos lados.

—¡Santi! —gritó cuando me vio llegar—. ¡Boludo, ¿dónde te habías metido?!

El primer impulso que tuve fue abrazarlo. Me colgué de su cuerpo fuerte y cálido, de su piel que ya conocía, de su cuello suave y su pelo sedoso. ¡Su pelo! Qué sensación maravillosa era la de acariciarle el pelo a Gabriel… Lo empecé a besar y él, en medio de la confusión, dejó caer un gemido de sorpresa y finalmente aceptó el beso, agarrándome de la cintura, sin molestarse en apartarme o mirar a los costados por si pasaba gente.

—¿Qué pasó, Santi? —preguntó por fin, agarrándome de la cara y apartándome de su boca con delicadeza—. ¿Dónde estabas?

—Nada, mirá, ¡me lo regaló una viejita! —le dije, mostrándole el bolso transportador de Buyit—. Vivía pasando la feria, por eso tardé. Y me quedé sin crédito para llamarte. No sabía que iba a tardar tanto, pero cuando volvía me perdí…

—¡Zarpado! —exclamó contento, agarrando el bolso y abriéndolo para examinarlo. Suspiré de puro alivio—. Así no se va a notar que llevamos un gato.

Nos sonreímos.

Juntos y contentos, dimos la vuelta y caminamos rumbo a la casa de las abuelas.

Mis papás comenzarían a pagar el viaje de egresados. Viajaríamos por Snow, después de meses de discusiones que se llevaban los recreos y las horas libres. No me gustaban esos momentos. Permanecía callado, con el pelo sobre las orejas para que no se me notaran los auriculares. No me importaba por qué empresa se decidieran, si Travel Rock o Snow Travel o Poronga Travel. No me entusiasmaba el viaje de egresados. Ya conocía Bariloche (había ido de vacaciones con mi familia cuando tenía diez años) y la perspectiva de ir todas las noches a bailar a un boliche heterosexual no me atraía. ¿Podría levantar algo ahí? Seguro, me decía una y otra vez. Pero ¿qué dirían mis compañeros? ¿Se burlarían…?

Y después estaba lo otro… Luego del viaje de egresados, tenía que ponerme a pensar qué iba a hacer de mi vida y eso me angustiaba. Tendría que elegir una carrera, porque mis tres hermanos estudiaban en la universidad y mis papás ya me habían preguntado qué haría luego de egresar. Y yo no sabía. Les mentí: les dije que quería estudiar Psicología y a mi papá le brillaron los ojos de entusiasmo. Me sonrió, orgulloso, y me dijo que le parecía excelente, que contara con su apoyo, que no era necesario que trabajara durante el CBC, pero que

cuando comenzara la carrera…

Yo quería encontrarme un trabajo lo más rápido posible. Quería independizarme ya. No soportaba pedirles plata para mis gastos personales, no soportaba que mi mamá me pasara la lista del supermercado y anotarle “crema de afeitar”, “desodorante Axe”, “gel para el pelo”. Deseaba comprarme mis propias cosas, tener mi propio dinero. Quería dejar de necesitarlos, porque era evidente que ellos no me necesitaban, que nunca me habían necesitado y que jamás me habían deseado.

Gabriel se fue de casa los últimos días de febrero. Se quedaría en la casa de sus abuelos y viajaría más de una hora todos los días rumbo al Musimundo del centro, donde había encontrado laburo.

Me puse muy contento cuando me enteré de su nuevo trabajo, pero me quise morir cuando me dijo que se iría de mi lado…

—No puedo seguir estorbando acá, Santi, en serio, me siento mal.

Yo me daba cuenta de que no estaba bien. Le costaba dormir y se había vuelto muy taciturno. Hablaba poco, comía menos y ya no limpiaba el ático con el entusiasmo de siempre. Acepté su partida con resignación, porque lo quería y solo deseaba su bien.

Una tarde, antes de que se fuera, nos llamó Pablín y nos invitó a salir. Cuando le pregunté a dónde, dijo que a cualquier lado, que le daba igual; no quería quedarse en su casa en pleno Carnaval.

—¡Cierto, es Carnaval! —grité—. Che, ¿y habrá murga por el barrio?

—Seguro —dijo Pablín, desde su celular—, hace un rato pasamos con mis viejos por Triunvirato y están las calles cortadas.

Miré la hora. Eran las cinco de la tarde en punto. Acordamos encontrarnos en diez minutos en la esquina de mi casa.

Me emocionaba la murga, aunque mi padre no aceptara mi emoción. Me encantaban los disfraces estrambóticos con lentejuelas y canutillos, las máscaras y antifaces de colores, la espuma enlatada y el ambiente festivo que se respiraba en el aire durante los Carnavales. Empecé a revolver el ropero a dos manos.

—¿Qué hacés? —me preguntó Gabo.

—¡Busco algo para ponerme!

Se sentó en la cama (nuestra cama) y se rio bajito. Se quedó ahí, como un espectador que mira una escena divertida, quizá intentando saber por qué algo como el Carnaval me ponía tan feliz.

Encontré la musculosa blanca con encaje y el caderín árabe que me había regalado. Me puse los jeans recortados por las rodillas, unas alpargatas, me arreglé el pelo con un poco de gel y saqué un par de billetes de veinte de mis ahorros.

—¡Para comprar espuma! —exclamé.

—¿Espuma? Dale, ¿cuántos años tenés? —se rio él.

—Cuando era chiquito mis viejos no me dejaban jugar con espuma. Tampoco con bombitas de agua…

Gabriel se empezó a descostillar de risa. Me hizo un puchero.

—Cuando era chiquito… —se burló, con voz infantil.

—¡Dale, boludo! —le revoleé el caderín por la cabeza—. Vamos, que Pablo nos debe estar esperando.

Gabo se abalanzó sobre mí y me tiró a la cama. Caímos sobre el colchón haciendo mucho ruido, yo de espaldas, él encima mío. Me besó el cuello, diciendo cosas con voz infantil que en su mayoría no entendí.

—*Shosh un nenito, Shanti* —me dijo al oído, con mi mejilla caliente pegada a la suya.

Lo rodeé con brazos y piernas y lo apreté contra mi cuerpo, para que no se me escapara, para que no se fuera nunca de mi lado, para que nos quedáramos ahí en la cama para siempre. Le agarré la cara con las manos y lo besé con hambre, mientras mi cuerpo se frotaba desesperadamente contra el suyo en busca de más contacto. En un momento, sentí que se quedaba quieto. Nos separamos un poco. Me miraba con el rostro completamente sonrojado, sorprendido por mi pasión, por el hecho de que no me hubiese quedado inmóvil bajo su cuerpo, temblando de deseo.

Yo siempre había pensado que después de mi primera experiencia sexual me quedaría tranquilo. Que mis ansias quedarían satisfechas y mis ganas de perder la virginidad, olvidadas, dejarían de comerme la cabeza. Pero me pasó todo lo contrario. Quería tener sexo todo el tiempo, en todo lugar, con Gabriel o con quien fuera, no me importaba. Todos los hombres a mi alrededor se volvieron cogidas potenciales, hasta los amigos barbudos de mi hermano, que iban a casa a la tarde y se ponían a discutir asuntos de política en la sala. Obviamente, no me acosté con ninguno de ellos.

Nos levantamos de la cama, bajamos las escaleras y salimos sin saludar a nadie.

Pablín estaba en la esquina donde habíamos quedado, sentado en el cantero de un árbol. Como siempre, vestía de negro; una remera lisa, unas bermudas y unas zapatillas de aspecto caro. Alrededor del cuello llevaba el grano de arroz que le habíamos traído de Luján. Se lo había dado yo una mañana, cuando Gabo tenía una entrevista de trabajo y yo aproveché para estar a solas con él. Lo invité a casa y le conté todo lo que había pasado en Luján, absolutamente todo, sin guardarme nada. Le hablé de Buyit y de todo lo que había sentido mientras teníamos sexo y cómo me moría de ganas de acostarme con Gabo cada vez que se metía en la cama conmigo. Pablo escuchó todo en silencio y ni siquiera se enojó cuando le pedí perdón por que no lo hubiese invitado a Luján con nosotros.

Me dijo que comprendía que yo quisiera pasar tiempo a solas con Gabriel y que lamentaba que las cosas no hubiesen salido como yo esperaba. Tenía razón. Las cosas no habían salido como yo había esperado… y no me había dado cuenta. Había viajado a Luján para poder intimar con Gabo de una vez por todas… y había terminado en la cama de un desconocido.

Nos saludamos con besos y abrazos. Pablín me palmeó la espalda y olí su perfume a desodorante masculino. Para mi horror, mi cabeza se llenó de imágenes eróticas; Pablo me tiraba a la cama de un brusco empujón… serio, con el entrecejo fruncido y una sonrisa macabra, se desabrochaba su camisa negra y se sacaba el cinturón.

Así me lo imaginaba: muy bruto, muy violento, todo un macho cabrío... Pero ¿cómo sería Pablín en la cama realmente?, me pregunté mientras caminábamos rumbo al centro del barrio, donde se juntarían las murgas para bailar y festejar el Carnaval. Él nunca hablaba de mujeres o de hombres y jamás decía si alguna persona le resultaba atractiva. Nunca le habíamos conocido novia o novio. Eso me inquietaba. A veces sentía que, a pesar de los dos años que habíamos pasado juntos, todavía no lo conocía del todo. Gabo pensaba que nuestro amigo era asexual, es decir, que no sentía deseo ni por hombres ni por mujeres. Yo me imaginaba que eso era imposible, pero no me atrevía a preguntárselo porque intuía que no era algo de lo que Pablo quisiese hablar.

Eran las cinco y media y hacía un calor de morirse. La Plaza Echeverría estaba llena de chicos que jugaban a la pelota y los areneros rebosaban de nenes y nenas jugando a armar castillos. Un vendedor de helados pasaba junto a los juegos infantiles, arrastrando su carrito. Cuando levanté la mirada hacia los árboles, los vi llenos de flores y de hojas verdes. Abrí los brazos, respiré profundamente y solté un largo suspiro…

—¿Qué pasa? —preguntó Pablín, con una sonrisa.

—Me encanta el verano —exclamé, mirando a mi alrededor.

Los muchachos más grandes que jugaban al fútbol se habían sentado en el pasto y se pasaban una botella de Pepsi de dos litros.

—¡Hay tantos chicos lindos en cueros!

Gabriel se rio y Pablo dirigió la mirada a los muchachos. En ese momento, presté atención a su rostro; sin embargo, no hallé nada en él. Ni un parpadeo, ni un rictus de impaciencia, ni un destello de deseo. Nada.

Gabriel se paró en medio de la plaza.

—¿Querés que me saque la remera? —dijo, y en su voz percibí, quizá, una leve nota de celos.

—Dale, sacate —le provoqué.

—No, mejor sacámela vos.

Pablo se cruzó de brazos, entre fastidiado y divertido. Miró el semáforo, que estaba en rojo y que aún no nos permitía cruzar la calle.

—¿No te animás?

—Claro que me animo.

Gabriel tenía puesta su remera negra de Rammstein, que le quedaba un poco ajustada. Me acerqué, metí las manos bajo la tela y tiré hacia arriba. El corazón me latía fuerte en el pecho. Me di cuenta de algo: a pesar de que ya no era virgen, jamás había desnudado a un hombre; Buyit se había sacado él mismo toda la ropa porque yo estaba demasiado nervioso. En cámara lenta, fui viendo todo el cuerpo de Gabriel: su panza chata, su pecho bronceado con dos pinceladas de color carne y el vello castaño de sus axilas. Cuando terminé, le tiré la remera en la cabeza. Él se reía.

—¿Viste que me animé? —le dije, mirando a nuestro alrededor para ver si la gente nos observaba. En los bancos había unas abuelitas jugando a las cartas y un par de ellas nos miraban entre curiosas y risueñas.

—Sí, andás medio lanzado últimamente… —comentó él, meneando la cabeza. Agarró la remera y se la ató a la cintura.

Me puse nervioso. Pablo se aclaró la garganta y nos dijo que el semáforo había cortado y que cruzáramos la calle.

Caminamos. Pablo, haciendo gala de su sabiduría, nos contó que las fiestas de Carnaval se remontaban hacía milenios atrás y que mezclaban variados elementos de muchas culturas, entre ellas las romanas, griegas y afroamericanas. Para mí, sinceramente, el Carnaval era solo disfraces, música, baile, espuma y mujeres en tanga.

—Cuando era chiquito quería meterme en una murga, pero mis papás no me dejaron.

—¿Por qué? —preguntó Pablo.

Yo me encogí de hombros, porque no recordaba la respuesta que me habían dado.

—No sé, porque son unos ortibas de mierda, por eso…

—Seguramente piensan que es cosa de trolos —dijo Gabo, y yo tuve que darle la razón. La imagen masculina del Carnaval era un tipo todo maquillado bailando en zunga. La visión me arrancó una sonrisa pícara.

—¿De qué te reís?

—Nada, boludeces…

Cuando pasábamos junto a la iglesia del Carmen, Pablo me preguntó si ya había decidido qué haría cuando terminara el secundario.

—Le dije a mi viejo que iba a estudiar psicología —dije, medio en broma, medio en serio—. Se lo creyó, a veces me pregunto si de

verdad es mi papá, no puedo creer que me conozca tan poco…

—¿Psicología? —replicó Pablo.

Le pedí que cambiáramos el tema, porque realmente me amargaba pensar en lo que haría después de egresar. A regañadientes, Pablo aceptó mi negativa.

Llegamos a Triunvirato y Olazábal. El ambiente festivo planeaba sobre nosotros, era imposible no sonreír y no morirse de ganas de bailar. En medio de la calle, delante de un local de informática, habían preparado un escenario con dos enormes parlantes. La gente comenzaba a amontonarse en la calle y algunos se acercaban a curiosear, con un helado o un juguito congelado en las manos. Cuando miré para arriba, vi que habían colgado guirnaldas alrededor de los postes de luz y las ramas de los árboles.

—¿Dónde hay un cotillón por acá? ¡Quiero comprar espuma y serpentinas!

Pablo se rio y fuimos hasta la galería de Triunvirato y Blanco Encalada. Ahí había un local de disfraces, pero resultó que no vendían nada de cotillón.

—¡Ufaaa! —me quejé, y la mina del negocio me miró como a un bicho raro. Pablo puso los ojos en blanco.

—Dale, vamos, criaturita de Dios —dijo Gabo, sacándome del negocio, aguantándose la risa.

Volvimos junto a la muchedumbre. Ya había llegado una de las murgas y los chicos se maquillaban la cara con purpurina de colores.

—¡Ay, yo también quiero purpurina! —chillé, excitado, mirando a los murgueros con envidia.

—Dale, Santiago, por favor, que ya está todo cerrado a esta hora —dijo Pablo, impaciente.

Gabriel me abrazó por detrás y me dio una mordida juguetona en el cuello. Pablo se alejó un poco y, antes de que nos diéramos cuenta, ya lo habíamos perdido de vista.

—Me encanta cuando te ponés así de infantil —me susurró Gabo al oído.

No dije nada. Me quedé quieto. Sí, ya me había dado cuenta de que le excitaba que me comportara de manera infantil. No entendía el motivo, pero me hacía sentir bien que le gustara mi forma de ser porque en mi familia mi comportamiento solo era recibido con miradas de desprecio. Sin embargo, en ese momento no sentí felicidad, sino bronca. Ya estaba harto de que Gabriel jugara conmigo, de que me tratara como si fuera su novio y que no lo fuera. ¿No se daba cuenta de que me hacía sufrir? ¿Cómo era posible que yo le gustara y que no quisiera tener sexo conmigo? ¿Es posible amar a una persona y no querer hacer el amor con ella?

Tuve ganas de sacármelo de encima de un empujón. ¿Cómo había

soportado dos meses junto a él sin mandarlo a la mierda?

—Soltame que tengo calor —dije, escapándome de sus brazos.

Unos chicos que pasaban por la calle nos miraron y se rieron. Gabriel me miró serio y yo aparté la mirada, fingiendo que buscaba a Pablín entre la gente.

—¡Mirá lo que te compré! —exclamó Pablo, agarrándome de golpe por la cintura. Grité del susto y miré la bolsita que sacudía frente a mis ojos.

—¿Qué es?

Me pasó la bolsita. ¡Era un brillo labial! Nos empezamos a reír a carcajadas.

—¿Dónde lo compraste?

—En el Todo Moda de ahí enfrente.

—Dale, entre este tarado que me compra una remera de mujer y vos que me comprás un brillo labial… ¿Qué me quieren hacer?

—Yo nada —respondió Pablín, sonriendo, encogiéndose de hombros.

Gabriel se quedó callado, con la mirada baja. Me sentía como la chica del grupo y, de alguna manera, lo era. Me había dado cuenta de que mis dos amigos siempre me dejaban subir primero al colectivo y que, quizá inconscientemente, se ocupaban de cuidarme. No me sentía incómodo, al contrario, pensaba que era afortunado de tenerlos, porque estaba seguro de que muchos chicos y chicas atravesaban mi misma situación familiar y no tenían amigos con quienes estar a gusto. De repente, como no podía ser de otra manera, me imaginé en una habitación de hotel junto a ellos dos. Yo estaba arrodillado en una enorme cama y Pablo y Gabo se quitaban sus remeras y se acercaban a mí, con la misma expresión de deseo en sus ojos… Sus cuatro brazos me rodeaban y yo sentía sus bocas calientes y mojadas en mi cuello…

—Santiago, te estoy hablando.

—¿Eh? ¿Qué?

—Nada, que ya vacunamos a la gata…

Los padres de Pablín habían aceptado quedarse con Britney. Mi amigo se había mudado a un edificio nuevo que estaba a la vuelta de su antigua casa, pero seguía manteniendo a su familia en secreto y no nos había invitado a que fuéramos a conocer el nuevo departamento.

—Mi mamá se re encariñó con ella. —Y al mencionar a su mamá, me miró a los ojos. Yo le mantuve la mirada y le sonreí; él, cauteloso, me devolvió la sonrisa—. Le quería cambiar el nombre, pero no la dejé.

—Y no, ya se llama Britney.

—Sí, pero como todavía no responde al nombre…

—Los gatos no responden al nombre —dijo Gabo.

Siguió una conversación banal y sin importancia acerca de los gatos

y los perros. A eso de las siete y cuarto el lugar ya se había llenado de gente; los chicos de las murgas estaban listos para bailar y los sonidos de bombos, platillos y trompetas aturdían al sonar todos al mismo tiempo sin ningún orden. Los murgueros vestían levitas de colores con enormes sombreros de copa. Algunos llevaban báculos que sacudían en medio de sus coreografías y las personas se alejaban, con miedo de que les arrancaran un ojo. Por el lugar pasaban vendedores de cerveza y palitos helados.

Al rato llegó un grupito de chicas medio en bolas. Vestían unas polleras cortísimas verdes y unos tops amarillos que apenas les tapaban las tetas. Cuando me acerqué un poco, vi que las polleritas tenían estampada la bandera de Brasil. Al rato se unió un muchacho al grupo. No era lindo de cara, pero tenía un cuerpo envidiable: una espalda ancha, pectorales marcados, brazos musculosos y piel bronceadísima. Vestía unos pantalones que simulaban la bandera de Brasil y unas pulseras de cuentas alrededor del cuello.

—¡Bienvenidooos, damas y caballeros, niños y niñas… a este festival de Carnaval de aquí del barrio de Villa Urquiza…!

Nos giramos hacia el escenario. El muchacho de los pantalones de Brasil estaba ahí arriba, con un micrófono en la mano. La multitud aplaudía y las chicas le silbaban. El sonido de los bombos se oía por encima de los gritos.

—¡En primer lugaaar, aquí tenemos a la Murga de los Villurqueros… liderados por Carola Marinooo!

Las murgas se ubicaban al costado del escenario, prudentemente separadas una de las otras. Se diferenciaban por los colores de sus trajes y por sus accesorios. Algunos llevaban cintas, como las que usan las bailarinas de ballet. Los Villurqueros, al oírse nombrados, comenzaron a saltar y a hacer sonar sus instrumentos. El muchacho fue presentando a todas las murgas, que en total eran seis, hasta que finalmente le llegó el turno a las bailarinas de brasilero. Los hombres cabeceaban entre la multitud para mirar a las chicas y ellas sonrieron y sacaron pecho, todas coquetas y orgullosas.

Y empezó la joda. Una por una, las murgas comenzaron a interpretar sus coreografías. La multitud se trasladó hacia un costado, para dejarles toda la calle libre. Yo me moría de emoción. Tenía ganas de estar ahí con ellos, bailando metido en un traje de lentejuelas y con la cara pintada con purpurina…

Emocionado, saqué el brillo labial del bolsillo y me pinté la boca. Gabo me agarró la cara con las dos manos y me miró.

—Me gusta cómo te queda —dijo. Y los tres nos matamos a carcajadas.

Las bailarinas de brasilero eran las últimas. Cuando su canción comenzó a sonar, me enloquecí. Habían elegido el tema *Beijo na boca*,

de Axé Bahía, y la música me sonaba en los oídos como si saliera del interior de mi cuerpo. Por todos lados chisporroteaban los flashes de las cámaras y los curiosos sacaban sus celulares para filmar a las bonitas muchachas en medio de su actuación.

Eran siete chicas y bailaban en hilera una al lado de la otra. Cuando sacudían la cola, se les veían los cachetes embadurnados de brillantina, con una tanguita minúscula en el medio. Los hombres estaban desesperados, con la mirada fija en las catorce nalgas femeninas. Bailaban descalzas, arriba de una especie de alfombra verde que habían puesto para no lastimarse los pies con el asfalto caliente de la calle. Las miré a las siete y busqué a la más linda. Era una morocha alta, sin demasiadas tetas, con una cabellera negra larga hasta la cintura que sacudía cuando movía la cabeza. Tenía un piercing en el ombligo, uno de esos aros, demasiado grotescos para mi gusto, que tienen motivos colgantes. Le seguía una rubia teñida un poco rellenita, pero con unas tetas enormes. La más feúcha era una chica pálida de rastas, flaquísima y demasiado tetona, una combinación para nada estética.

Comenzó el estribillo y las chicas se atrevieron a romper su hilera, salir de la alfombra y acercarse a nosotros. Ninguna vino para nuestro lado y cuando terminó la canción volvieron a juntarse: posaron mostrando la cola y sonrieron para las cámaras, mientras los flashes de las cámaras las acribillaban y los silbidos de los chicos les llenaban los oídos de guarangadas. Miré a Pablín con cautela, para descubrir en su mirada algo que me dijera si a mi amigo le gustaban las mujeres… pero sus ojos no estaban en las chicas. Estaban… se perdían entre la multitud de personas, quizá buscando a alguien que nunca aparecería…

Siguió la música y los espectadores se sumaron al baile. Los murgueros y las bailarinas se sacaban fotos con la gente o tomaban una bebida fría, sentados en la vereda. Pablo dijo que tenía hambre y decidimos ir al McDonald’s a comer alguna porquería. El lugar estaba lleno y en la fila identifiqué a un par de murgueros, con su levita y sus caras maquilladas con purpurina.

Pedimos la comida, nos fuimos al piso de arriba y nos sentamos junto a la ventana.

—Falta poco para que empiecen las clases —dijo Pablo—. ¿Cuándo empezás, Santi?

—El cinco de marzo, creo.

—Yo empiezo a laburar la semana que viene —dijo Gabriel.

—Yo empiezo el CBC el veintidós de marzo —dijo Pablo—. ¿Y qué onda el viaje de egresados?

Tragué mi pedazo de McPollo y suspiré. Mis amigos me miraban atentos. Gabo alzó las cejas.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—No sé si voy a ir —dije por fin.

Miré a mi alrededor. El salón estaba lleno de gente; chicos, chicas, mamás con nenes chiquitos que correteaban por todo el lugar… Mis amigos esperaban una explicación; Gabo se aclaró la garganta.

—O sea, no creo que lo pase bien. No voy a estar con ustedes y no me llevo mucho con mis compañeros… —Miré a Pablo, que había ido al viaje, en busca de apoyo moral.

—Santi, si no querés ir, no vayas. Yo fui, la verdad es que lo pasé bien, pero al tercer día ya me había aburrido de ir todas las noches a bailar. Me habría gustado poder ir a hacer turismo solo, conocer lugares culturales, no solo boliches y andar en los autitos esos. La verdad, la diversión está en poder ir con los amigos. Vayas a donde vayas, aunque vayas al desierto del Sahara, si vas con amigos te vas a divertir.

—Me gustaría poder ir con ustedes…

Gabo callaba. Pablo dio un sorbo de Coca-Cola y sonrió.

—Algún día vamos a ir.

Algo me tocó el pie. Era una pelota de colores, seguramente algún juguete de una cajita feliz. Un nene se me acercó, con su papá detrás. Me incliné, agarré la pelota y se la di al nene. Los miré a ambos, padre e hijo. Tenían los mismos ojos celestes, clarísimos, preciosos. Me puse colorado.

—No solo eso… —retomé—. Quiero quedarme con la plata… Quiero anotarme en una academia de baile cuando termine el secundario.

Me miraron sorprendidos. Luego… comenzaron a sonreír.

—¡Me parece muy bien! —alabó Gabo.

Pablo estuvo de acuerdo, pero finalmente dijo:

—¿Y qué les vas a decir a tus viejos? ¿Qué excusa les vas a meter?

—No sé, les voy a decir que me quiero comprar una Playstation, qué sé yo, una televisión de cincuenta pulgadas…

Gabo soltó una carcajada.

—¿Les parece una buena idea?

—Buenísima —dijo Pablo, serio—. De verdad, me alegra mucho que vayas a hacer lo que te gusta.

—¿Y ya pensaste en qué academia? —quiso saber Gabo.

Les dije que todavía no, que tenía todo un año para decidirme. Y para ahorrar, porque la plata no me alcanzarían para costearme los estudios eternamente. Luego podría empezar a trabajar. No les dije lo que de verdad me preocupaba: que tarde o temprano mi papá se enteraría de que no iba a ser el psicólogo que él soñaba. Mis amigos notaron mi preocupación, pero no quisieron remover la llaga. En vez de eso, Gabo nos invitó un helado a cada uno, para festejar una de las

decisiones más importantes de mi vida.

Pablo se despidió de Santiago y Gabriel en la esquina de Nahuel Huapí y Colodrero. Caminando rumbo a su edificio, pensó que ya todo había terminado: ya había egresado del secundario y no tenía motivos para mantener a su familia en secreto. Pero el secreto se había convertido en una costumbre y no sabía cómo enfrentarlo. ¿Cómo contarles a sus amigos que era adoptado y que legalmente solo tenía padre? Mientras subía por el ascensor, sintió envidia de su amigo. Santi, que siempre había acudido a él cuando quería consejo o protección, había decidido por su cuenta rebelarse de su familia y hacer lo que en verdad deseaba.

Pero a él nadie lo había obligado a meterse en Ingeniería en Informática, reflexionó mientras abría la puerta y la cerraba con cuidado, para no despertar a sus padres. (Entró en la cocina y vio la mesa vacía. Cierto, le había dicho a su mamá que comería afuera). Su padre no era como el de Santiago y su madre… definitivamente no era como Susana. ¿Entonces? ¿Por qué me estoy arriesgando a hacer algo que no me gusta?

Entró en su dormitorio y se sacó la ropa. Luego, encendió el ventilador y se tiró en la cama. Quizá deseaba ser un hombre exitoso como su papá, quizá quería que se sintiera orgulloso de él… pero su padre siempre había estado orgulloso de que su hijo le pidiera dinero para comprarse libros y nunca le había exigido que fuera el mejor de la clase… Quizá quería que su padre se sintiera orgulloso y que no se arrepintiera de haberlo adoptado…

No era por sus padres. Era por sí mismo. No tenía futuro como poeta, como escritor, como artista. El arte estaba devaluada, el arte era una mercancía como cualquier otra y solo servía para llenarles los bolsillos a la oligarquía. Estaba al servicio del capital y de las masas.

Pablo agarró el libro que estaba en la mesa de luz. Era *El inglés de los güesos*, de Benito Lynch, su novela romántica favorita. Pablo se avergonzaba de que le gustaran las novelas románticas y cada vez que se compraba una en la librería del barrio pedía que se la envolvieran para regalo. Sin embargo, no le gustaba el romance común y corriente: las mujeres de sus novelas eran prostitutas, mujeres pobres, ancianas, viudas, ciegas, enfermas mentales, adolescentes violadas. En aquellos personajes desamparados, buscaba alguna mujer de la que quisiera enamorarse, pero nunca la encontraba.

Dejó el libro. Estaba cansado y no tenía ganas de leer. Se sacó los anteojos, los dejó en la ventana y cerró los ojos. Pensó en su madre… ¿Y si escribía la vida de su madre? ¿Y si dibujaba en sus versos a una mujer transexual alta y hermosa que se enamoraba de uno de sus

clientes ricos… y el cliente rico se enamoraba de ella… y el cliente rico le decía que quería tener un hijo?

Pablo sonrió con picardía y aguzó el oído. Años atrás, en noches como aquella, había permanecido despierto leyendo sus novelas románticas y lo habían despertado de su ensueño los susurros de sus padres haciendo el amor. Le pareció lo más natural del mundo. Se sintió feliz de saber que sus padres se amaban, porque en la novela que estaba leyendo los padres de la protagonista vivían matándose a golpes. Sin embargo, esa noche no había ruidos.

Pablo suspiró y se quedó sentado en la cama, a oscuras. Decidido, encendió la notebook y mientras esperaba se preguntó si algún día encontraría alguien a quien amar…

—*If you want to watch me fucking, why don't you join?*

La chica transexual del video se abrió de piernas y miró a la cámara. Tenía la piel muy blanca y limpia, sin ninguna mancha o imperfección juvenil. Su cabello era castaño, largo, muy lacio, y se desplegaba sobre su cuerpo como una cortina de seda. Vestía una musculosa blanca y por el escote se asomaba el encaje del corpiño, que ocultaba unos pechos pequeños y deliciosos. No llevaba bombacha, tan solo unas largas medias blancas semitransparentes que le llegaban hasta los muslos. Lo único que revelaba que había nacido varón era su pene.

Pablo se mordió el labio y se acarició por encima de la ropa interior. Ya se sabía el video de memoria, duraba solo tres minutos con treinta y dos segundos. La chica se levantaba la remera y mostraba sus pechos pequeñísimos. Pablo se moría por besarlos, por morderlos. La chica se lamía dos dedos y se acariciaba los pezones rosados. Abierta de piernas, mostraba su pene erguido, sus testículos firmes. Sonreía pícara, sensual, juguetona, imaginándose a todos los hombres (y mujeres, tal vez) que se imaginaban en aquella cama junto a ella. Pablo se imaginaba allí.

—*If you want to watch me fucking, why don't you join?*

Pero me deprimí de nuevo. Ya no podía encontrarme con Pablo en los recreos y mi cama estaba vacía otra vez. No sé qué me dolía más. O sí, sí sé… Quería a Gabo de vuelta conmigo. Cuando sentía que la desesperación me ganaba, sentía que si me daban a elegir entre Gabriel y Pablo, habría elegido a Gabriel sin dudar. Pero después, cuando recapacitaba, me decía a mí mismo que eso era una tontería, una estupidez. Pablo nunca me había hecho daño. En mis noches de soledad, cuando la casa dormía en silencio, las paredes de mi ático, tan grande para una sola cama, para una sola persona… las paredes se me venían encima, me ahogaban, me asfixiaban.

De la mano de marzo llegaron las noches frías. Tuve que cerrar la ventana y sacar la colcha del ropero. Estaba un poco sucia, con un poco de polvo, pero no quería pedirle a mi mamá que me la llevara al lavadero. No quería pedirle nada. Estaba enojado con mis padres porque habían dejado que Gabo se fuera así sin más, porque su partida les había importado una mierda, porque ni siquiera le habían dicho que le deseaban suerte en su nuevo trabajo.

No entendía. ¿Acaso no se habían dado cuenta de que en esos meses yo había sido feliz? ¿Es que ni siquiera se molestaban en mirarme de vez en cuando y advertir el vacío que sentía en mi interior?

Nunca me había sentido tan solo. Y en el colegio las cosas no estaban mejor. En el salón de quinto año reinaba una atmósfera de excitación permanente. Cada vez faltaba menos para el viaje de egresados y no sabía cómo decirles a mis compañeros que no iba a ir. Que tenía mejores cosas en mente. Sabía que no les importaría que no fuera y eso me dolía. En ningún lugar me sentía querido.

Empecé a buscar trabajo, pero en todos lados pedían experiencia. Hasta para la caja de un mercado chino. Quería pasar el menor tiempo posible en casa, porque el ático vacío me deprimía más de lo que estaba. Lo único que fue de ayuda fue la música, esa diosa que nunca me abandonaba, que siempre me sería fiel. Me pasaba tardes enteras mirando videos en YouTube, copiando las coreografías e inventando propias, mientras mi corazón latía desesperado y el sudor me humedecía las axilas y cuello. Cuando bailaba, me imaginaba en medio de un escenario, solo, con una constelación de luces de colores encima de mi cabeza, iluminándome. Todavía no tenía público. No me sentía preparado para que me observaran. Quizá, algún día…

La pornografía volvió a ser otro de mis pasatiempos, pero me di cuenta de que ya no era lo mismo de antes. Me deprimía que esos hombres cogieran y yo no. *Todo* me deprimía. Hasta el frío. Cuando se lo conté a Pablo, me contó que eso se llamaba *trastorno afectivo estacional*: estaban disminuyendo las horas de sol y, además, me pasaba demasiado tiempo encerrado. Me dijo que por ahí me haría bien ir a un psicólogo y cuando escuché la palabra me estremecí.

Tampoco podía ver a Gabo muy seguido, a lo sumo una vez por semana, los sábados o los domingos. Íbamos a caminar por el centro, al cine, a escuchar música a un bar y, si Pablo venía con nosotros, por ahí íbamos a un boliche.

Algo cambió entre Gabriel y yo. Como no pudimos recuperar la intimidad que habíamos tenido antes, la relación se enfrío. O, mejor dicho, pasó de caliente a tibia. Nunca dejamos de ser cariñosos con el otro, pero había una gran distancia entre darnos un abrazo y sonreírnos… y estar juntos en una cama, respirando de la boca del

otro, con el calor de las sábanas enredado entre nuestras piernas desnudas. Eso fue lo que más me dolió.

A veces soñaba que dormía con él a mi lado. Era una locura… ¡soñaba que soñaba! Soñaba que me despertaba con el sol del verano derramado en el suelo del ático recién encerado, que me giraba y veía sus ojos cerrados, su boca entreabierta… y de repente, sus ojos se abrían y el sol le iluminaba las pupilas, los iris, las pestañas. Me sonreía. Yo sonreía… y entonces, me despertaba de nuevo en la mitad del invierno, completamente a oscuras. A veces lloraba, porque el salto del sueño a la realidad me resultaba demasiado doloroso. Habría preferido dormir eternamente.

El piso del ático se llenó de polvo. Una tarde fría, agarré la escoba y lo barrí. Debajo de la cama, entre las cajas que tenían los libros viejos del colegio, encontré una pastilla. No era una aspirina, ni un paracetamol, ni un ibuprofeno. Era alargada y de color amarillo. Estaba dividida en dos partes por una raya. De un lado tenía escrita la palabra «Gador», en el otro solo decía "RI 3". No había duda de que era de Gabo y yo no tenía idea de qué podía ser esta pastilla. ¿Gabo estaba enfermo? ¿Acaso se estaba drogando?

En Internet averigüé que «Gador» era el laboratorio que había fabricado la pastilla, pero el "RI 3" no me decía nada. Y de ninguna manera le iba a preguntar a mis padres. Si antes pensaban que Gabriel era una mala influencia, ahora no me dejarían ni contestarle las llamadas.

No supe qué pensar. Y tenía miedo de preguntarle, porque si no me había contado nada, por algo debía ser. Tampoco le dije a Pablo. Si mi amigo necesitaba mantenerlo en secreto, así sería. Sin embargo, me propuse observarlo con más atención e intentar descubrir lo que fuera que esa pastilla significara. Si pasado un tiempo no lo lograba, hablaría con él y le pediría que me lo contara.

Era mi mejor amigo, algo más que un amigo. Sentía que era el amor de mi vida.

Y si el amor de mi vida estaba enfermo, yo necesitaba saberlo. Debía saberlo para poder ayudarlo, para aliviar su dolor, para hacerle compañía, para que supiera que nunca dejaría de quererlo. Aunque Gabo no supiera que yo conocía su secreto, me propuse que él sí supiera que yo nunca me iría de su lado.

Entonces pensé… ¿y si Gabo tenía una enfermedad crónica? ¿Una enfermedad de esas incurables, terribles…? Me lo imaginé acostado en una cama, pálido, con los ojos hundidos… y me desesperé. ¿Me quedaría toda la vida cuidando a un hombre que no quería compartir *su* vida conmigo? Cuando estábamos en Luján, ¿por qué no había querido que hiciéramos el amor? ¿Por qué me había rechazado? ¿Por qué no me había pedido que fuéramos novios?

Entonces me acordé de que Gabo alardeaba de ser bisexual. De que también le gustaban las minas…

Acostado en mi cama, mientras las horas nocturnas se alargaban más y el frío entraba por las rendijas de la ventana entreabierta, sentí que el mundo era demasiado grande y la vida demasiado corta, demasiado difícil, demasiado triste, demasiado absurda… Que nada tenía sentido. Y pensé que Gabriel seguramente se casaría con una linda mujer que le daría tres o cuatro hijos y que yo me quedaría solo, solo para siempre. Sin nadie que quisiera un poco del amor de esa marica llena de sueños frustrados, sin nadie que quisiera darle un poquito de amor.

Una etapa de mi vida estaba terminando y no sabía qué hacer. Hasta ese momento, los demás habían decidido por mí. Mis padres habían elegido mi nombre, mi colegio… las normas me habían encerrado doce años en salones cuadrados y fríos, mientras escuchaba las palabras que otros deseaban que oyera y memorizaba solo lo que ellos querían que memorizara.

¿Y ahora qué? Estaba por terminar el secundario. Mis padres eran médicos. Federico sería historiador. Julieta sería diseñadora gráfica. Sabrina sería maestra jardinera. ¿Y yo? Yo era el puto de la familia y no tenía ni puta idea de lo que sería. Quería ser bailarín. ¿Cómo podría enfrentarme a mis padres y decirles que quería ser bailarín en vez de ser psicólogo?

Una tarde de viernes fuimos con Pablín al Musimundo a buscar a Gabo. Iríamos a un bar que acababan de inaugurar por la zona hacía poco tiempo y que, decían los rumores, estaba muy bueno, con música en vivo y tragos extravagantes. A las siete me encontré con Pablo en la plaza y caminamos juntos por Triunvirato hasta la parada del 140. Ya estaba completamente oscuro.

—Me parece que estás más alto —me dijo Pablo, apoyándome la palma de la mano en la cabeza.

—¿De verdad? Ni idea, la última vez medía un metro setenta y ocho, creo.

—No me vayas a pasar, eh —bromeó él, tironeándome de la bufanda.

Pablo se había hecho lentes de contacto. Los usaba poco, porque decía que pasadas unas horas le empezaban a arder los ojos. Sin embargo, se los ponía cada vez que salíamos de noche. Me resultaba raro verlo sin sus eternos anteojos de marco negro; ahora me había dado cuenta de que tenía ojos muy lindos, redondeados y un poco alargados, y las pestañas largas y arqueadas.

—¿Por qué no te hiciste lentes azules? —le dije en joda. Él me miró

como si hubiese dicho una pelotudez. Se rio.

—Ni loco. No me gusta cómo quedan los lentes de color… parecen extraterrestres la gente que se los pone, con los ojos así saltones.

Le pregunté cuánto medía y me dijo que un metro ochenta y cinco.

—Igual Gabo nos pasa a los dos —comentó.

Pasamos por la Parroquia Nuestra Señora del Carmen. Antes, cuando era chiquito, tenía la costumbre de persignarme.

—Toda religión es una cárcel —exclamó Pablo, al ver que yo desviaba la mirada hacia el interior de la Iglesia. Una misa acababa de terminar y el sacerdote estaba ante las puertas, hablando con los feligreses, en su mayoría gente mayor—. Nos imponen sus reglas morales absurdas, nos hacen creer qué es bueno y qué es malo… Y ni hablar de la Iglesia Católica, la peor mierda que existe. Quisiera vivir para ver el momento en que desaparezca, pero sé que ya voy a estar muerto…

Pablo solía hablar mucho de la muerte y eso me inquietaba un poco. Sus poemas estaban llenos de alegorías a la muerte, a las vidas pasadas, al infierno. También había poemas que hablaban de sexo y de amor no correspondido.

Ojalá que Nina nunca lo escuche decir eso, pensé. Entonces recordé que Nina no conocía a Pablo.

Triunvirato estaba completamente iluminada. Los negocios todavía no habían cerrado y los restaurantes comenzaban a llenarse. Los carteles de neón relucían por encima de las vidrieras y las calles hervían de autos amontonados esperando que los semáforos cambiaran de color. Los colectivos zumbaban al doblar en las esquinas, con sus ventanas empañadas por el frío. Las mujeres llevaban a sus hijos de la mano, nenas con gorros rosados y nenes con bufandas azules.

—Yo quisiera vivir en un mundo donde ser gay no fuera tan malo… —dije con un suspiro.

Pablo me miró sonriendo, con las cejas levantadas. Meneó la cabeza.

—Fue el cristianismo el que impulsó todas esas ideas pedorras acerca de la homosexualidad, así que cuando el mundo se olvide de Jesús, vas a poder ser gay tranquilo —me dijo.

Atravesamos las vías del tren y nos detuvimos en la esquina de Monroe a esperar que el semáforo nos dejara cruzar. El 140 tenía parada mucho antes, pero Pablo debía pasar a la joyería que estaba al lado del McDonald’s a buscar el reloj de su papá.

—¿Y vos? —me atreví a decirle mientras cruzábamos la calle.

Pablo caminó con la mirada fija en el frente y las manos en los bolsillos, imperturbable. ¿Cómo era posible que las chicas no se fijaran en él? Y, sin embargo, así parecía ser. Pablo no era hermoso, pero

tampoco era un hombre lobo. Y era prolijo, educado, inteligente, siempre iba bien vestido… ¿Cómo era que nadie parecía fijarse en él? ¿Cómo podía ser que él no se fijara en nadie?

—¿Yo qué? —replicó, en voz baja, mientras pasábamos por al lado de la confitería *El Pindal.*

—¿Vos sos gay, Pablo?

Tardó en contestar. Lo miré, pero en su rostro no vi nada, como siempre. Ni duda, ni incomodidad, ni dolor. ¿Cómo era posible que fuese tan inexpresivo? ¿Cómo alguien así podía escribir esos poemas tan perturbadores? A veces sentía que Pablo necesitaba la poesía para poder expresar lo que sus ojos, sus gestos y su boca no podían transmitir.

—No, no creo. Bah, qué sé yo… Quisiera conocer a alguien, no me importa si es hombre, mujer, travesti…

Cuando dijo *travesti,* casi ahogué un grito. Me mordí el labio. Entonces era eso. Me arrepentí de haberle hecho la pregunta, pero… ¿por qué Pablo también quería guardarse lo que le pasaba? ¿Por qué no se animaba a contarnos nada de su familia? ¿Es que acaso yo era el único que necesitaba contarles a mis amigos cómo me sentía?

—Bueno, estoy seguro de que vas a encontrar a alguien —le dije, incómodo.

Él me sonrió y se detuvo.

—Voy a buscar el reloj de mi viejo —respondió.

Nos subimos al 140 y nos sentamos en los asientos del fondo. Pablo, todo un caballero, me cedió el asiento de la ventanilla. Sus palabras me retumbaban en la cabeza: *no me importa si es hombre, mujer, travesti.* ¿Eso significaba que mi amigo era bisexual?, me pregunté mientras el colectivo serpenteaba en medio de la noche, con todas las luces de la ciudad a su alrededor. A mi derecha, las luces se licuaban sobre la ventana empañada. Pero él había dicho *travesti*…

Me giré. Pablo me miraba con curiosidad.

—¿Qué pensás que te colgaste? —me preguntó.

—Nada —susurré—. Pensaba que quiero conseguir un laburo…

—¿No te llamaron de ningún lado?

—No…

Pablo inspiró y soltó el aire lentamente, por la nariz. Cerró los ojos con fuerza y susurró que le molestaban los lentes de contacto.

—Voy a preguntarle a mi viejo si sabe de algo. No sé, o sea, le pregunté si algún amigo de él necesitaba un secretario o algo… pero ellos toman estudiantes de Derecho para eso, ¿viste?

—Y sí…

—¿Tus viejos qué dicen?

—Nada, no saben que estoy buscando trabajo.

Pablo asintió, comprensivo. Estaba al tanto de que mis padres no

sabían nada de mí y que lo preferían así. ¿Para qué? Si ya tenían un futuro historiador, una futura diseñadora gráfica y una futura maestra jardinera de quienes estar orgullosos.

—Por ahí te pueden conseguir algo ellos. En la clínica, digo… Por ahí algún médico necesita un secretario —comentó con cautela, mirándome a los ojos, y pude verle los círculos grises alrededor de las pupilas, única evidencia de sus lentes de contacto.

Desvié la mirada, porque entendía lo que Pablo me estaba diciendo. Debajo de sus palabras, había más preguntas.

—Santi, ¿por qué no tratás de mejorar la relación con tus viejos?

—Van a querer saber por qué quiero laburar —dije en voz baja.

Pablo suspiró de nuevo y se acomodó en el asiento. Miró el pasillo del colectivo, levantó los ojos hacia el techo, se tronó los dedos.

No había mucha gente arriba del 140 que iba al centro. Todos éramos jóvenes o adultos de mediana edad. No había ancianos, ni niños. Una parejita, un chico y una chica, se besuqueaban en los asientos de adelante. Cuando se levantaron, vi que los dos llevaban el uniforme de un colegio privado. Ella, la acostumbrada pollera de tablas. Él, la camisa, los pantalones y la corbata. Los envidié. Envidié a la chica, que debía tener mi edad, que podía besarse con su novio en medio del colectivo sin que nadie dijera nada. Que tenía un novio.

—No vas a poder ocultarles lo de la academia para siempre —dijo Pablo en voz baja, apoyándome la mano en el muslo.

Lo miré. Se había dado cuenta de que había estado observando a la parejita. Me rodeó los hombros con el brazo y me acercó a él.

—Me tenés muy preocupado, ¿sabés?

Me mordí el labio, conmovido, y me apoyé contra su cuerpo. Tenía ganas de llorar… últimamente tenía ganas de llorar todo el tiempo.

—Es que… —susurré en su hombro—… me siento muy solo. Me siento perdido, desorientado, siento que… no sé, que me quiero morir.

El colectivo frenó de golpe cuando un auto se le cruzó a toda velocidad en una curva. Alguien dijo *carajo* y el chofer gritó una sarta de guarangadas por la ventanilla. Comenzaba a llover con más fuerza. Las gotas de lluvia chocaban contra la ventana y sentí que esas gotas, tan gruesas, tan frías, eran mis propias lágrimas, las lágrimas que no me animaba a derramar delante de mis padres. No quería llorar frente a ellos. No quería que vieran que era infeliz porque sabía que iban a echar la culpa de esa infelicidad a mi homosexualidad. Si intentaras ser un chico normal, los oía diciéndome, no tendrías tantos problemas. Tendrías una novia linda, muchos amigos, irías al viaje de egresados y lo pasarías bien, como todos tus compañeros. No entendían que mi desesperación era porque no me aceptaban como era. No hay nada más lindo que ser lo uno quiere ser. Y no hay nada más terrible que te obliguen a ser algo que no sos.

Pablo me miró triste y sentí que se me llenaban los ojos de lágrimas. Podía llorar, sí. No había ningún problema con que llorara delante de Pablo, junto a Pablo. Me abrazó. Yo me acurruqué contra él y escondí la cabeza en su pecho. Estábamos en un colectivo, pero no me importaba. Y al parecer, a él tampoco.

—Ahora no puedo verlo seguido —continué—, y a vos tampoco te veo muy seguido. Me siento muy solo…

Era verdad. Pablo había empezado el CBC para ingeniería y tenía que estudiar mucho. Estaba cursando Sociedad y Estado, Física y Análisis Matemático. Se pasaba las tardes enteras encerrado en su casa, resolviendo problemas y memorizando fórmulas.

—Es jodido el CBC —susurró, frotándome la espalda.

Tragué saliva.

—¿Muy jodido? —le pregunté. ¿Qué tan difíciles serían las materias de Psicología?, pensé. Últimamente, el arrepentimiento quería ganarme la partida.

—Ni se te ocurra —exclamó Pablo, cortante. Yo apreté los dientes. Había entendido. Pablo se daba cuenta de lo que sentía. Me apartó y me miró a los ojos, serio—: vos vas a ser bailarín, Santi, ¿sabés? —dijo con rudeza—. Tenés que vivir la vida que vos querés para vos, no la vida que quieren los demás. Tus viejos ya vivieron su vida, hicieron su camino. Vos tenés que hacer el tuyo. Si a ellos les da vergüenza que seas bailarín, bueno, problema de ellos. Si llega el día en que tengas que irte de tu casa o separarte de tu familia porque no te aceptan, te vas y punto, porque no puede ser que te sacrifiques para dejarlos contentos.

Me quedé helado. Pablo, siempre tan tranquilo, parco, sobrio… había hecho que todos los ojos de los pasajeros se clavaran en nosotros. Me puse colorado, pero a él pareció no importarle mucho.

—Tenés razón… —susurré.

—Obvio que tengo razón —replicó él, interrumpiéndome—. ¿Tan mal están las cosas con tus viejos?

—No es que estén mal…

El colectivo pasó por una plaza adornada con una fuente y siguió de largo hasta las primeras calles del centro de Buenos Aires, estrechas, húmedas, repletas de viejos edificios coronados por cúpulas.

—No es que estén mal… no están, simplemente. No hay relación. Hola, chau, todo bien… dame veinte pesos para tomar algo… Nada más.

—¿Con los dos es igual?

—Sí. Y además los veo poco. Y mis hermanos lo mismo. Tienen sus amigos, sus cosas, sus propios problemas.

—Qué loco —dijo Pablo.

—¿Eh?

—Qué loco que en una familia tan grande te sientas tan solo.

I keep forgetting I should let you go
But when you look at me
The only memory
is us kissing in the moonlight.

I can't remember to forget you, Shakira & Rihanna

Llegamos al Obelisco a eso de las ocho y cuarto. Gabo nos esperaba en la puerta del McDonald's que estaba al lado de la salida de la boca del subte B y, cuando lo vi, toda la tristeza que sentía se esfumó de repente. Vestía unos pantalones negros medio chupines, zapatillas Converse grises, un tapado azul marino y un gorrito negro que le protegía las orejas del frío. En cuanto nos vio, sus ojos se encontraron inmediatamente con los míos. Pablo podría haber sido invisible.

Me adelanté y nos abrazamos. En ese momento, me sentí pleno, feliz. Toda la angustia que había acumulado durante la semana se evaporó de golpe. ¿Había manera de que pudiera permanecer toda la noche en sus brazos? Entonces ocurrió algo: suspiré profundamente y oí, para mi consternación, que Gabriel suspiraba al mismo tiempo que yo. Sentí su pecho hincharse contra el mío, luego relajarse; sus dedos subieron desde mi espalda hasta mi cuello, me hicieron cosquillas en la nuca y tironearon suavemente de mi pelo. Después nos separamos y me dio un beso en el cachete. Un beso de verdad, no como hace la gente, que solo choca las mejillas. Nos miramos y… nos sonreímos. Todo ocurrió en pocos segundos, pero para mí pareció que el tiempo se licuaba, se mezclaba, se estiraba y nos alejaba del resto del mundo. Que podríamos seguir allí, abrazados, por miles de años y que cuando nos separáramos seguiría siendo viernes por la noche…

—¿Cómo estás? —me preguntó.

—Y… acá ando. —Esa era mi respuesta para decir *mal, estaba muy mal hasta ahora, hasta que me abrazaste*.

Y solo después de todo eso, Pablo se materializó junto a nosotros. Gabo lo saludó con otro abrazo, un poco menos efusivo, y también le preguntó cómo estaba. No oí qué le respondió, pero, por la respuesta de Gabo, supongo que fue algo relacionado con el estudio. Que estaba cansado de estudiar, o algo así.

—Y… un poeta estudiando ingeniería… —exclamó Gabo, chasqueando la lengua y meneando la cabeza.

Esta vez, Pablo no se ofendió ni se molestó. Al contrario, sonrió complacido cuando Gabo lo llamó *poeta*. No pensé que quizá Gabriel sentía un poco de envidia por que Pablín pudiese ir a la facultad,

mientras que él tenía que bancarse a sí mismo y trabajar todos los días en un Musimundo.

—Es un poco temprano para ir al bar —dije, mirando el reloj.

Entramos al McDonald's y pedimos unos cafés para llevar. A pesar del frío, decidimos ir a sentarnos a la placita del Obelisco.

—Estuve encerrado todo el día —argumentó Gabo—. Necesito tomar aire aunque haga frío. —No hizo mención a que detestaba McDonald's por haber trabajado allí durante casi dos años.

Estuvimos de acuerdo, de manera que cruzamos la calle, tomados del brazo, como tres extraños animales de una raza desconocida para el resto de la gente.

Nos sentamos en los canteros de la plaza, frente al Obelisco. Nuestros cafés, que la chica del McDonald's nos había entregado en tres bolsitas de papel madera, largaron un aromático vaho tibio cuando les sacamos las tapas para ponerle el azúcar.

—Parecemos cartoneros tomando café acá en el frío —comentó Gabo con una risita.

Pablo miró a su alrededor y asintió. Por la plaza y las calles de enfrente (Cerrito y 9 de Julio) iba y venía mucha gente. La mayoría eran personas de clase media que volvían a casa luego de la jornada de trabajo. Bajaban corriendo las escaleras del subte, para meterse en algún vagón calentito y ponerse los auriculares del celular o el reproductor de música, impacientes por llegar a sus hogares. Pero, al mirar mejor, se advertían otras clases de persona, muy diferentes del resto.

—Está habiendo más indigentes que hace unos años —exclamó Pablín, como leyéndome el pensamiento—. La semana pasada vine con mi mamá y mi tío… —se detuvo, quizá pensando cuánta información podía darnos sin sacar a relucir el tema de su mamá—… Y mi vieja se asustó cuando pasamos por Lavalle. Ella no es de salir mucho. Y decía que antes esto no era así, treinta años atrás les hablo, obvio. Pero incluso ahora uno se da cuenta. Hay más indigentes, cartoneros, se nota. Y no solo acá, en todos lados. En Urquiza también. Vieron que a eso de las diez de la noche pasa el tren de los cartoneros, que los trae a todos y ellos se bajan con los carritos y van por todo el barrio a buscar cartones…

—¿Qué viniste a hacer al centro? —le preguntó Gabo.

Pablo cruzó las piernas y tomó un sorbo de café.

—Mi tío va comprar un barcito…

—¿Sí? ¡Qué copado! ¿Y no necesitará mozos?

Pablo esbozó una pequeña sonrisa.

—Sí, yo creo que sí. —Y me miró—. Lo hablé con él y me dijo que sí, que no tiene problema en darnos laburo. Lo único que no va a ser un bar así elegante… O sea, el otro día fuimos y es lindo, tampoco es

un bar propiamente dicho... Se llama *Chichilo*. Es como un local de jugos y licuados, también venden tortas, postres... Tiene un salón adelante y uno atrás, y un escenario chiquito, pero ahora no lo están usando. Mi tío no lo quiere cambiar, porque les iba bastante bien a los dueños anteriores. Además no hay otro local así en toda Lavalle. Y tampoco es caro, va todo el mundo… desde turistas hasta gente humilde… Pasa que los dueños tenían muchas deudas y ya no daban más.

—¿Cómo se llama tu tío? —preguntó Gabo.

—Ernesto —respondió Pablín, alzando las cejas.

—Mirá, no sabías que tenías al tío Ernesto —bromeó Gabo, palmeándole la espalda.

—No es mi tío en realidad, le digo *tío* porque es el mejor amigo de mi viejo y es como si fuera de la familia. Cuando era chico siempre me decía *saludalo al tío Ernesto* y le quedó lo de tío.

Oímos el sonido de una ambulancia. En los semáforos se apiñaban autos de todos los modelos y colores, viejos y nuevos, y cuando la ambulancia se fue acercando a la esquina de Carlos Pellegrini y 9 de Julio, comenzaron a adelantarse para poder darle el paso. En las esquinas, la gente se amontonaba, aguardando para cruzar la calle, aunque el semáforo estaba en verde.

—Estaría buenísimo que pudiéramos laburar los tres juntos —comenté—. Pero ¿está confirmado?

—Todavía no —respondió Pablo—. Por eso no te quise decir nada, para que no te hicieras ilusiones. Ahora el local está cerrado porque debían impuestos y los dueños tuvieron que vender un montón de cosas… está medio vacío el lugar. No sé para cuándo sería. Por ahí a Ernesto le agarra la loca y se le ocurre alquilarlo o poner una boutique, andá a saber…

—¿Dónde es? —pregunté.

Pablo se giró hacia su izquierda y señaló la peatonal Lavalle con el dedo.

—Serán cinco cuadras, más o menos…

Casi me levanté de un salto.

—¿Cinco nomás? Y vamos, dale… A ver qué onda.

Pablo y Gabriel se miraron y se llevaron sus cafés a la boca al mismo tiempo.

—Santi… —dijo Pablín—. No te hagás ilusiones. Mi tío es medio colgado, por ahí compra el lugar y lo deja ahí tirado…

Mi amigo tenía razón. Qué bien me conocía. Habían pasado menos de diez minutos y ya me estaba poniendo el uniforme de mozo.

—Para verlo nomás —susurré—. Y así caminamos un poco, que me está dando frío…

Gabo se encogió de hombros.

—Y bueno, vamos —exclamó—. ¿Qué mal nos va a hacer?

Pablo suspiró y asintió, resignado.

Volvimos sobre nuestros pasos y cruzamos la calle de nuevo, rumbo a la Avenida Carlos Pellegrini. Tiramos los vasos de café vacíos en un tacho y Gabo dijo que nos tenía unos regalos, pero que nos los daría después, en el bar.

—¿Qué es? —dije, emocionado, apoyándome sobre sus hombros—. ¡Dale, decime!

Él se rio y, sabiendo que yo insistiría hasta que cediera, dijo encogiéndose de hombros:

—Son unos pendrives. Me nombraron empleado del mes y me dieron una orden de compra…

Caminamos hasta Lavalle y nos introdujimos en la peatonal. Los negocios ya habían cerrado hacía rato y solo se oía el sonido de los enormes carros que los cartoneros arrastraban, repletos de papeles, botellas y cartón. Ya no había vendedores ambulantes, ni estatuas vivientes, ni músicos. Lavalle era como una anciana rica: de día se ponía sus mejores galas, sus joyas más lindas… pero, por la noche, cuando se iba a dormir… se desnudaba y quedaba hecha una ranita lánguida, triste y mustia. Lavalle ahora estaba sucia y sus únicos transeúntes no eran turistas, eran argentinos en busca de las bolsas de comida que los restaurantes tiraban a la calle.

—No te la hubieras gastado en nosotros, boludo… —se quejó Pablín.

Gabo se encogió de hombros.

—Ya le perdí el gusto a la tecnología. En serio. No había nada que quisiera tener.

En ese momento, no reflexioné sobre aquellas palabras. Pero después, cuando las recordé mientras llenaba el pendrive de música, me resultaron extrañas. Gabriel no era así. Era una persona materialista y hasta un poco superficial. ¿En verdad no había nada que deseara en todo un local de música y aparatos electrónicos? Me acordé de la pastilla amarilla que había descubierto debajo de la cama.

—Este es el bar, Santito… —exclamó Pablín, deteniéndose junto a un local pequeño que tenía las persianas bajadas.

Me llevé una tremenda decepción. El bar *Chichilo* estaba junto a una agencia de viajes y un negocio de chocolates y caramelos. No se podía ver hacia el interior. Las persianas, que habían sido de color gris, estaban todas pintarrajeadas con grafitis mal hechos. Lo único que se podía apreciar eran los muros exteriores del bar, pintados de celeste chillón. Con el paso del tiempo, la pintura se había descascarado, dándole a las paredes el aspecto de un planisferio de un planeta desconocido

—Adentro es lindo —dijo Pablín, aunque no sonó muy convencido —. Está pintado de celeste y tiene cuadros de paisajes… Es medio caribeño.

—¿Y es grande?

—No es enorme, pero tampoco es muy chico. Y tiene cocina, baño de mujeres, de hombres y una especie de sótano al fondo.

Yo miraba las persianas viejas como si fueran transparentes. Me imaginaba en el interior de ese bar, vestido con un delantal rosado y recorriendo las mesas en patines, como la chica rubia de una película que había visto cuando era chiquito.

—¿Vamos, Santi? —dijo Pablín, rodeándome los hombros con los brazos, sacudiéndome un poquito.

Suspiré y de mi boca salió una nubecita de vapor. Y sí. No había mucho para ver, realmente.

El bar se llamaba Ikebana y estaba ubicado sobre la Avenida Santa Fe. Su logo era una flor de loto roja, que adornaba las puertas de entrada y las camisetas de los patovicas que recibían a las personas. Pagamos los cincuenta pesos cada uno, nos sellaron la mano y entramos.

El salón permanecía en penumbras. Del techo colgaban unas lámparas redondas de luz roja que iluminaban las paredes de ladrillo esmaltado y daban el aspecto de que estábamos en un horno gigante. Sin embargo, la temperatura era agradable. Ni calor, ni frío. En el fondo del salón había un escenario con los instrumentos preparados (una guitarra eléctrica, un bajo, un sintetizador y una batería) y arriba del escenario había una pantalla gigante. Estaban pasando el video *Thriller*, de Michael Jackson.

Elegimos una mesa cerca de la pared, nos sacamos los abrigos y los colgamos del respaldo de nuestras sillas.

—Está lindo, ¿no? —comentó Gabriel.

—Sí —aprobó Pablo.

—¿Qué banda toca? —pregunté. Ni Pablo ni Gabo sabían. De hecho, ni siquiera estaban enterados de que tocaría alguna banda.

Algo me distrajo: un muchacho alto, de pelo largo, bajaba por la escalera que estaba en el otro extremo del salón. Llevaba una guitarra colgada del hombro. No pude distinguir el color de sus ojos, de hecho, apenas pude apreciar sus rasgos: tenía la nariz larga y respingada y una barba espesa le ocultaba la boca. Bajó la escalera casi corriendo, como si quisiera alejarse de allí a toda prisa.

—¿Y para qué querés saber si seguro que no te va a gustar? —la voz cortante de Gabo me trajo de vuelta a la realidad.

Nos devolvimos la mirada. Por suerte, en ese instante se nos acercó una moza y nos dejó la carta.

Pedimos dos pizzas de jamón y morrones y una cerveza de litro. Pablo contó que quería hacerse vegetariano y Gabriel soltó una carcajada que se escuchó en todo el bar.

—¡Estás loco! —exclamó.

Pablo lo miró con cara de pocos amigos. Hizo un gesto con la mano, un gesto que decía claramente: ¿para qué voy a intentar explicarte algo a vos? Y tenía razón. Muchas veces me sentía así con Gabriel. Como si le fuera imposible ponerse en el lugar de otro o intentar esforzarse para comprender lo que siente la persona que está a su lado.

—Nunca me gustó mucho la carne. Y la verdad que es horrible cómo tratan a los animales. ¿Sabían que a los pollos les cortan los picos para que no se coman entre ellos? Y a las vacas les dan maíz para comer y por eso tienen más bacterias en la panza y dicen que a la carne hay que cocinarla bien, porque puede tener enfermedades.

—Sí, algo escuché de eso…

—Mi vieja cuando hace hamburguesas las quema casi —comenté—. Me dijo que una paciente de ella trabaja en una funeraria y que un nene se había muerto por comer carne de McDonald's.

—Ay, cambiemos de tema, por favor… —pidió Gabo, pero yo no le hice caso.

—¿Y qué comen los vegetarianos? —le pregunté a Pablo.

—Vas a desaparecer, boludo —se quejó Gabriel, refiriéndose a que Pablín estaba muy flaco.

—Milanesas de soja, pastas, tofu… hay muchas cosas —respondió mi amigo haciendo caso omiso de Gabo—. Hasta hay leche y yogures de soja.

En el escenario, un muchacho alto y medio gordito comenzó a darle golpecitos al micrófono.

—¿Los vegetarianos tampoco toman leche?

Pablo se frotó los ojos: le molestaban los lentes de contacto. Gabo me miró con cara de preocupación.

—Los vegetarianos completos, no. O sea, los veganos. No comen huevo, ni leche, yogures, miel… nada que salga de un animal.

—¿Miel? —replicó Gabriel, incrédulo.

—Las abejas están esclavizadas. Los que fabrican miel matan a la reina y la sustituyen por la abeja que ellos quieren. Y las alimentan con otras cosas. No respetan el flujo natural de la colmena, no respetan nada. Chicos, a las vacas las tienen viviendo en su propia bosta hasta que las matan y a las que producen leche las llevan al matadero a los cinco años…

Ahora yo miré a Gabriel de costado. Lo que decía Pablo tenía sentido, pero, por algún motivo, no terminaba de importarme o parecerme tan grave.

—Pero la carne y la leche tienen vitaminas re necesarias… o sea, ¿no te empezarían a faltar nutrientes o algo? —dije tímidamente, porque me costaba mucho replicarle las cosas a Pablo o contradecirlo. Raramente tenía que hacerlo.

—Estuve investigando —contestó—. El único problema es la vitamina B12, pero tranquilamente puedo reemplazarla con suplementos vitamínicos.

Gabriel tomó aire hinchando el pecho, como siempre cuando se preparaba para dar un discurso:

—Eso no es natural —planteó—. Vos hablás de lo natural en la colmena, pero tomarte una pastilla tampoco es natural. Es natural que matemos animales para comerlos y así nutrirnos.

Pablín frunció el ceño y por un momento pensé que no tenía respuesta para Gabriel.

—No —sentenció Pablo—. Sería natural si matáramos un venado en medio la jungla, pero a las vacas les dan hormonas para que den más leche, las matan antes de tiempo, a los pollos los alimentan con drogas para que crezcan más gordos… nada es natural en el mundo en que vivimos, Gabriel. Lo natural se acabó hace siglos.

Lo que parecía estar a punto de convertirse en una pelea, se detuvo a tiempo, interrumpido por un agudo rasgueo de la guitarra eléctrica. Nos giramos hacia el escenario. La banda ya estaba lista para comenzar su presentación. Eran, en total, cinco muchachos de entre veinte y treinta años. Gabo tenía razón, era probable que su música no me gustara. Di un sorbito de cerveza y suspiré…

Disimula el cielo,
De lo bien que te veo,
No disimules tu sonrisa,
Niña recién nacida al amor.
Enciende una vela
Para todos los muertos
De mi cabeza.
Susurra el silencio
Una súplica
Para que no olvide
Lo rápido que pasa el tiempo…

La banda finalizó su presentación con una canción reggae bastante aburrida. No era necesario saber mucho de música para darse cuenta de que no eran muy buenos. Sus letras eran insulsas y la voz del cantante no tenía nada de especial, un tenor del montón.

Decidimos subir a seguir la ronda en la terraza. Allí había un sector

bajo techo, pobremente calefaccionado por unas estrambóticas estufas de pie, y otro sector al aire libre. Pensé que en verano ese lugar sería perfecto para pasar una noche agradable. En cambio, esa noche de invierno habría preferido quedarme en mi ático, con Pablo leyendo sus poesías y Gabriel quejándose de lo patético que era el mundo…

—Un daikiri de frutilla —le pedí al barman, un chico alto, de pelo negro, bastante carilindo.

—Cómo no —exclamó él, con el acento de algún país latinoamericano que no supe identificar. Gabriel y Pablo habían elegido la mesa más cercana a la cornisa, cosa que me puso de peor humor.

—Aquí tienes —me dijo el barman.

—¿De dónde sos? —me atreví a preguntarle, mientras le extendía un billete de cincuenta pesos.

—De Locombia —respondió él, con una sonrisa divertida—. ¿Sabes dónde queda eso?

—¿Cerca de Colombia?

El barman se rio y siguió atendiendo a la gente. Yo, más animado, caminé hasta la mesa que habían elegido los chicos. Cuando llegué, Gabo y Pablín se quedaron en silencio.

—¿De qué hablaban? —pregunté, disimulando.

—Nada… —suspiró Pablo, confirmando mis sospechas. Miré a Gabo. Tenía el ceño fruncido y los labios apretados. ¿Acaso habían estado discutiendo? ¿Acerca de qué? ¿Por qué no querían que los escuchara?

—¿Daikiri? —preguntó Gabriel. Asentí en silencio—. Dame un sorbito.

Pablín se levantó y apoyó los brazos en la cornisa. Desde la terraza se veía toda la Avenida 9 de Julio, interminable, tenuemente acariciada por las luces de los faroles, los semáforos, los autos. En el horizonte, el esmog se arremolinaba en torno a los edificios, abrazándolos como una mortaja.

Gabo sacó un cigarrillo y se acercó a Pablo para fumar y que el humo no me molestara. Ese era otro gesto de la distancia que ahora nos separaba, otra vez. Cuando Gabo vivía conmigo y dormía en mi misma cama, me pedía permiso para fumar y yo nunca me había atrevido a negárselo. Ahora, simplemente se alejaba…

—Voy a dejar Ingeniería —exclamó Pablo, mirando a Gabriel—. Me voy a pasar a Letras.

Gabo estaba de brazos cruzados, con la espalda apoyada contra la baranda; serio, ceñudo, pensativo. Al oír a Pablo, su expresión no varió un ápice. Apenas parpadeó y se llevó el cigarrillo a los labios.

—¿De verdad? —exclamé yo, aturdido—. Pero… ¿No era que te estaba yendo bien?

—Sí, pero no me gusta —masculló Pablo con amargura, pisoteando con la punta de la zapatilla un cigarrillo que estaba en el suelo, como si la nicotina de su interior fuese la culpable de todas nuestras desgracias—. Y no quiero pasarme la vida haciendo algo que no me gusta.

—Qué bien —exclamó Gabriel, con sarcasmo, sin relajar el ceño ni descruzar los brazos.

—¿Qué pasa, Gabo? —repliqué. Él me miró como si no entendiera la pregunta—. ¿Qué pasa que están de mal humor? ¿Pasó algo?

Pablo se mordió el labio y Gabo agachó la cabeza. Claramente, ninguno diría nada.

Cuando yo estaba por terminar cuarto año (Gabo todavía no se había instalado en mi ático), terminó de construirse el edificio más caro de la zona. Si no recuerdo mal, tardó casi dos años en estar terminado. Tenía alrededor de quince pisos y entre las elegantes y sobrias rejas negras se veía la enorme pileta de natación. Hasta corría el rumor de que tenía gimnasio y salón de fiestas. En Villa Urquiza no había edificios así y si los había, estaban del otro lado de la estación de tren. El auge en la construcción había comenzado hacía un par de años y las chicas se escandalizaban cuando los obreros les silbaban al verlas pasar con sus polleritas escocesas.

Una tarde, Pablín me llamó para pasarme su nuevo número de teléfono.

—¿QUÉ? —exclamé. ¡Se había mudado y no me había dicho nada! —. ¿A dónde te mudaste?

—Nah, a la vuelta de donde vivía —dijo, sin dar detalles.

—¿A la vuelta…? ¿A una casa?

—No… —suspiró—. A un… al edificio nuevo —reveló por fin.

—¿Al edificio nuevo? —repliqué yo, perplejo—. ¡Wow! ¡Qué genial!

Él no se notaba muy entusiasmado. De hecho, era evidente que si no hubiese tenido que pasarme su nuevo número, ni me habría contado que se había mudado.

El misterio que rodeaba a Pablín me inquietaba. Esa tarde me tiré en la cama, pensando en lo raro que me sonaba todo. Nunca había entrado en la casa de Pablo, siempre llegaba hasta la entrada del edificio, tocaba timbre y él bajaba. Era un edificio de departamentos de cuatro pisos, normal, de clase media. Pero el edificio nuevo que se acababa de construir… era una excentricidad. Ahora podía estar seguro de algo: la familia de Pablo tenía plata. ¿Y entonces? ¿A qué se debía tanto secretismo? Al principio había pensado que eran pobres y que le daba vergüenza que conociéramos su casa. Obviamente, no era

el caso.

Pasaron uno, dos, tres meses, y yo seguía esperando en la entrada del lujoso edificio a que mi amigo bajara, esta vez del noveno piso.

Hasta que una tarde, el misterio se vino abajo. Se destruyó, estalló en mil pedazos, y los pedazos me empaparon la cara y me dejaron muerto del estupor.

Pablín me iba a prestar un libro que yo tenía que leer para el colegio, creo que *Fuenteovejuna*. Como él ya lo había leído el año pasado, en cuarto, me lo prestó sin objetar ni poner fecha de devolución. Me dijo que lo pasara a buscar por su casa, porque él saldría tarde de la clase de gimnasia.

—O si no le digo a Lidia que te lo baje —dijo. Lidia era una nueva voz que había aparecido del otro lado del teléfono. Era la mucama, la señora que hacía la limpieza.

Fui hasta el edificio y toqué el timbre. Una voz distorsionada dijo *ya bajo* y me di cuenta de que una cámara de seguridad me estaba observando desde lo alto del techo de la entrada. Sin embargo, cuando la puerta del ascensor se abrió, de ahí no salió ninguna mucama. Aquel metro setenta y cinco, aquellas piernas largas, aquel pelo castaño tan lacio y brillante, aquella elegancia felina al caminar… todo eso no podía pertenecerle a una mucama. La mujer vestía un solero de verano estampado y unas sandalias de cuero marrón. Tenía un aspecto majestuoso y noble; sofisticada, pero a la vez sencilla. Era una de esas mujeres que pueden verse estupendas hasta con la prenda más simple. Tenía las uñas pintadas de rojo y no llevaba joyas, tan solo el anillo de casada. Y traía un libro entre las manos. Vanina abrió la puerta de entrada y exclamó:

—Hola, Santi, ¡un gusto conocerte por fin!

Me agarró de los hombros y me estampó un beso en cada mejilla.

Me quedé helado. La mujer era una mujer transexual. Lo único que lo delataba era la nuez de Adán. Lo único. Sus pechos eran de un tamaño normal —grandes pero sin llegar a ser enormes— sus caderas, sus piernas, incluso sus manos y los rasgos de su cara… Todo era de mujer. Su forma de caminar, de moverse, de hablar. Su voz era un poco gruesa, pero no habría sido posible confundirla con la de un hombre. Pablo me diría, años más tarde, que ella siempre llevaba un pañuelo al cuello o prendas de cuello alto y que se sintió muy turbada esa tarde cuando subió al departamento y vio el pañuelo olvidado sobre un sillón.

—¡Hola, señora! —le dije, con una sincera sonrisa de admiración. Así me sentí, genuinamente admirado por aquella mujer tan hermosa (quise decirle ¡es hermosa, señora!, pero me contuve) y vagamente conmovido por el deseo de poseer, al menos, un poquito de su delicada feminidad.

Vanina notó mi emoción y se llevó la mano al cuello en busca del pañuelo olvidado, pero no lo halló. Se puso un poco nerviosa.

—¿Este es el libro, no?

—Sí —contesté sin mirarlo siquiera, demasiado concentrado en la curva perfecta de sus labios, en la sedosa suavidad de su piel ni blanca ni oscura.

Nos despedimos y yo, sin darme cuenta de lo que hacía, me la quedé mirando fascinado hasta que volvió al ascensor.

Regresé a casa demasiado excitado para poder leer las barbaridades que hacía el comendador de Fuenteovejuna. Mi memoria estaba llena de piernas de mujer, de escotes sensuales, de labios rojos. Así que ese era el secreto de Pablín. Pero, esa mujer que era su madre, ¿sería su padre? ¿Acaso Pablín era adoptado? ¿Era su padre su verdadero padre? Me sentí enojado con mi amigo, porque ahora todo había cobrado sentido: ¿le daba vergüenza que su mamá fuese una mujer trans? Y en medio del enojo, me di cuenta, había algo más. Me lo estaba tomando como algo personal.

Años más tarde, cuando Pablo por fin nos habló de Vanina, nos explicó todo. Jamás se había sentido avergonzado de su mamá. Vanina tenía veinte años cuando conoció a José Luis y ya era toda una mujer. Se enamoraron, se fueron a vivir juntos… y años más tarde, José Luis adoptó solo un chico. Muy pocos sabían de la existencia de Vanina. Pablo amaba tanto a su madre que, desde que tuvo conciencia de que era diferente, había renunciado a llevar amigos a la casa. Me explicó que ella era muy sensible, que sufría de depresión, y que le afectaban mucho los actos de discriminación que sufría, por ejemplo, cuando tenía que ir al médico. Por eso en el colegio nadie conocía a la madre de Pablo y muy pocos conocían a su padre. Por eso yo no la había conocido hasta esa tarde y si la conocí, digamos, fue tan solo por accidente. Pablo no quería que sus compañeros hablaran, que les contaran cosas a sus padres, que sus padres hablaran con las monjas del colegio… Pablo solo quería proteger a su madre tanto como ella lo había protegido a él. Y lo logró.

—Se lo hubieras dicho, que es hermosa —me dijo Pablo, riendo, cuando le conté lo que había sentido al ver a Vanina por primera vez. Y con una pequeña sonrisa, agregó, como para sí mismo—: Sí, es hermosa.

Poco a poco, el momento se iba a acercando… y aún no sabía en qué lugar estudiaría mi carrera de coreografía. Comencé a tener miedo. Jamás había tomado clases de baile, ¿en verdad podría estar preparado para afrontar la danza como una carrera universitaria? ¿Realmente era eso lo que quería para mi vida? La respuesta me llegó

al toque, desde los rincones más profundos de mi cerebro: *sí*. Quería bailar. Quería bailar para siempre, morirme bailando. Y lo demás… los miedos, la indecisión, la falta de iniciativa… eran excusas. Me causaba pánico imaginarme lo que diría mi papá cuando se enterara de que su hijo menor no sería psicólogo. *Pero es mi vida*, me respondía siempre. Y sí, obvio que era mi vida. ¿Y entonces? ¿De dónde salía ese miedo? ¿A quién temía defraudar? ¿A mi padre… o a mí mismo?

En agosto, decidí buscar algún gimnasio de la zona donde dieran clases de algo: danza jazz, hip hop, reggaetón, lo que fuera. Pasé una tarde entera recorriendo el barrio, y finalmente encontré uno enfrente de la estación de tren. No tuve que caminar mucho. Ahí estaba el lugar, quieto, mudo…

Danza jazz
tango
danzas árabes
brasilero…

Subí unas estrechas escaleras y me encontré en un salón lleno de máquinas: cintas de correr, bicicletas, almohadones de boxeo. En el fondo del salón, contra una larga pared, un grupo de chicas en shorts y musculosa elongaban al compás de una canción que yo conocía muy bien. Cerré los ojos y suspiré. Tenía que ser una señal. Con una sonrisa, me acerqué al mostrador. Las chicas elongaban mientras Shakira cantaba *Ojos así*.

SEGUNDA PARTE

Denme a mi princesa venenosa,
Denme sus colmillos
para tatuarme en los ojos
El ondular de sus caderas
Y morir
Cuando su vientre se llene
del néctar del mundo.

Denme sus escamas de terciopelo,
Denme la muda del invierno
para disfrazarme de príncipe
Y engañarla
Cuando salga al balcón
A lamer las estrellas.

Denme el cascabel de su cola de fuego,
denme el hechizo de su mirada
para petrificar al cazador
Que persigue su rastro…
y encerrarla en mi cuerpo
Cuando su danza me aniquile.

Pablo conoció a Evelyn en una esquina de Constitución. Esa noche, Pablo se había decidido a ponerle fin a su celibato. El deseo de poseer un cuerpo lo estaba consumiendo, la testosterona era insoportable y eso lo ponía de mal humor, sumamente irritable. Quería descargarse, pero había sido educado para nunca tratar a una mujer como a un objeto. Con el detalle de que esa noche Pablín no estaba interesado en las mujeres. Ni tampoco en los hombres…

Pablo buscaba una chica trans joven y bonita, tierna, dulce, no demasiado exuberante. El paisaje de la Constitución nocturna lucía amenazante, como si entre sus calles lo aguardaran todas las tragedias de las que se había salvado de adolescente. Se había salvado de que sus compañeros lo (mal)trataran de homosexual, por ejemplo. Bajó la ventanilla del auto y disminuyó la velocidad. Cuando le puso play al reproductor de CD, una voz desconocida comenzó a cantar, suave y aguda. Alguno de los discos raros de Santiago, pensó, cerrando los ojos e imaginándose a la dueña de esa voz. Pablo no lo sabía, pero la cantante era Andrea, una búlgara demasiado pulposa como para que él deseara pasar la noche con ella. Sin embargo, le gustó su voz y se dijo que, cuando viera a su chica de esa noche, seguramente su voz sería grave, quizá más que la suya. Ese era uno de los miedos de Pablo: que la voz de su amante no le gustara. El otro miedo, el que encabezaba la lista, era el VIH.

Mientras miraba por la ventanilla a las mujeres transexuales, ellas se le ofrecían mostrándole sus pechos, tirándole besos y guiñándole los ojos provocativamente. Eran demasiado altas, demasiado tetonas, demasiado culonas… pensaba Pablo. Y demasiado trolas, le dijo una voz. ¿Y cómo no van a ser trolas si son prostitutas?, le contestó su raciocinio. Tienen que ofrecerse, tienen que comer. Es su laburo. Ese pensamiento lo entristeció. Esas chicas trans lo entristecían. Pablo sabía que hacía poco se había aprobado la Ley de Identidad de Género, pero ahí seguían todas las trabajadoras sexuales… porque ninguna ley podría, de un día para el otro, darles un trabajo a todas aquellas mujeres que en su mayoría ni siquiera habrían podido terminar el colegio secundario.

Pablo sabía que su padre había conocido a su madre en un lugar muy similar. Sin embargo, a sus ojos, Vanina siempre había estado muy lejos de aquellas mujeres que soportaban el frío de Buenos Aires con apenas unas minifaldas y unas medias de red. Con un suspiro, Pablo sintió una tristeza aguda y profunda. Se imaginaba a su madre entre aquellas mujeres, se imaginaba que Vanina jamás habría conocido a su padre… ¿Dónde estaría ella ahora?

Andrea seguía cantando con su voz de ángel, de mujer, de paraísos encantados… Y Pablo no encontraba a la chica con la que quería acostarse… Pasó varias veces por las mismas calles, mirando disimuladamente las largas piernas femeninas, los largos cabellos teñidos, los profundos escotes…

Hasta que vio a Evelyn. Estaba en una esquina, abrazándose para protegerse del frío; vestía un tapado largo que dejaba a la vista sus piernas torneadas y el taco aguja de sus zapatos. Era bajita, menuda y tenía el pelo teñido de rubio y largo hasta los hombros. Pablo sintió una punzada de anhelo, sintió que el deseo le subía en espiral desde la entrepierna hasta el pecho. ¿Qué edad tendría? Porque él lo sabía: mientras más joven fuera, mejor.

Se detuvo en la esquina, olvidado de la música y de la voz de Andrea. La chica se dio cuenta y le sonrió. Le guiñó un ojo, se abrió apenas el tapado y mostró su minifalda y su panza chata, adornada con un piercing falso. Pablo supo que tenía que comportarse como un cliente y eso le hacía sentirse incómodo, como un actor en un papel que le desagrada.

—Hola —la saludó con una media sonrisa. Ella se acercó y su rostro pálido se hizo más nítido. Pablo se regocijó al observar sus ojos grandes, de un gris verdoso medio acuático, sus labios llenos y su nariz chiquita, respingada. Era bonita. Entonces llegó el momento de la verdad y Pablo aguantó la respiración:

—Hola, lindo —respondió la joven, apoyándose en la ventanilla abierta—. ¿Querés fiestita?

Pablo se sintió burlado cuando le dijo *lindo*. Por eso, porque sabía que de lindo no tenía nada. El corazón le latía a mil por hora. Su chica tenía una voz andrógina, una voz que no era de hombre ni de mujer, o que parecía de hombre y mujer a la vez. No era el soprano de la cantante de Santi, pero tampoco tenía el timbre grave de una voz masculina. La voz le gustó.

Le dijo que subiera, le pagó la tarifa por adelantado y ella le comentó que conocía un albergue transitorio muy agradable.

—Tengo departamento —dijo Pablo, como si eso zanjara la cuestión—. Vivo solo.

Demasiado solo.

Ella se puso seria. Jamás iba a las casas de los clientes. Pablo no se dio cuenta, pero Evelyn comenzó a tener miedo. Todavía era demasiado inexperta y tímida para imponerse, para pararle los carros a un tipo. Pabló arrancó el auto.

—¿Cómo te llamás?

—Evelyn.

—Yo me llamo Pablo. Che… ¿cuántos años tenés?

La respuesta fue automática, como si Evelyn la tuviese grabada:

—Dieciocho.

Pablo la miró y le sonrió con complicidad, como diciéndole: *no me tratés de boludo*.

—Mentira —susurró, relamiéndose los labios—. Se te nota que sos más pendeja.

Evelyn tuvo miedo de que la hubiese levantado un policía.

—¿Cana yo? Estás loca. ¿De verdad te parezco cana? —replicó Pablo, entre divertido y ofendido. No sabía para dónde mirar. Sabía que tenía que mantener los ojos en el frente y las manos en el volante, pero Evelyn se había sacado el tapado y Pablo quería mirarle todo el cuerpo y comenzar a tocarla en ese mismo momento.

—Qué linda música —dijo ella, sacudiendo los hombros con coquetería—. Me gusta.

Pablo la miró y se tragó el suspiro más largo de su vida.

—Es de un amigo, después te lo regalo si querés.

Evelyn lanzó una risotada agudísima.

—¿Me vas a regalar el CD de tu amigo? —chilló, sin dejar de bailar, deslizando la mano izquierda por el muslo de Pablo, peligrosamente cerca de su entrepierna.

—Tiene un montón, son grabados. Y siempre se los olvida acá, que se joda.

Pararon en un semáforo y Pablo se reclinó contra el asiento y se giró hacia ella. Evelyn lo miraba con sus grandes ojos de gato y una sonrisita entre ansiosa y sensual. Pablo no lo sabía pero, entre el torbellino de emociones que Evelyn sentía, estaba la felicidad de poder acostarse con un hombre tan joven. El alivio. Además, ella había comenzado a notar que su cliente no tenía experiencia levantando prostitutas.

Pablo la contempló largamente y Evelyn sintió que se derretía por dentro. Nunca la habían mirado así, de esa manera tan extraña, tan profunda, como si quisieran desnudarle el alma. En realidad, Pablo solo se había imaginado que su padre, haría unos veintisiete años, había levantado de la calle a una mujer transexual y había pasado con ella el resto de su vida. Él simplemente se preguntaba si eso podía ser posible de nuevo. Pablo amaba la soledad, pero también le temía.

Evelyn bajó la mirada y se puso colorada. Entonces Pabló se acercó a ella, la acercó a su cuerpo con brusquedad, la aferró del cuello y la besó profundamente en la boca.

Evelyn se sentía incómoda cuando la besaban. La última vez que la habían besado había sido un tipo de unos cuarenta años, ni lindo ni feo, amable, aunque un poco agresivo en el sexo. El tipo parecía que tenía un taladro en la lengua y Evelyn detestó sus besos, agresivos hasta el dolor. Pero Pablo era distinto: aunque se notaba que estaba caliente, era delicado, suave, tranquilo… Cuando ella bajó la mano

hasta su pantalón, notó que su cliente la tenía dura como la piedra.

—Cumplí diecisiete la semana pasada —reveló Evelyn, mientras Pablo arrastraba la lengua por la piel de su cuello.

—Sos hermosa —respondió él, excitado.

Alguien les tocó bocina y Pabló saltó de encima de Evelyn y se golpeó la cabeza contra el techo del auto. Se rieron y siguieron su camino.

Pablo superó el límite de velocidad y se pasó un par de semáforos en rojo. En el GPS tenía un programa que le avisaba cuando pasaban cerca de alguna cámara. Evelyn se reía bajito y Pablo le echaba constantes miradas de soslayo, como si aquella pequeña diosa arrancada de sus fantasías no fuese real y de un momento a otro pudiera transformarse en humo.

Parecía que Evelyn no se había hecho las lolas. Era posible, todavía era chica. Pablo se horrorizó al pensar que si hubiese acudido a Constitución la semana anterior, su chica aún habría tenido dieciséis años. Los pechos de Evelyn, había notado por encima de la ropa, eran apenas unos limoncitos tiernos y tibios… y a Pablo le gustaban así. No sabía por qué y estaba cansado de tratar de explicarse las cosas. Había tardado años en decidirse a dejar de hacerse preguntas y vivir su sexualidad sin cuestionarla, sin estigmatizarla. Y había tardado más aún en dejar de querer vivir como los demás esperaban que viviera.

Llegaron al edificio de Caballito y Pablo dejó el auto en el estacionamiento. Evelyn estaba cada vez más nerviosa y preocupada.

—¿Qué edad tenés? —se atrevió a preguntarle cuando entraron en el ascensor. Pablo le dijo que vivía en el décimo piso.

—Veintiuno… la semana que viene cumplo veintidós.

—¿Tenés novia? —siguió Evelyn con su interrogatorio, muerta de curiosidad. Pablo frunció el ceño, extrañado por la pregunta.

—No… —Y suspiró—. No me gustan *mucho* las mujeres.

La respuesta fue como una puñalada para Evelyn.

—Ah.

—No —se apresuró a aclarar él—. No es eso… Es que… —Se pasó la mano por el pelo, sabiendo que había metido la pata—. Vení, ahora te cuento todo.

Entraron al departamento y Pablo encendió la luz. Evelyn suspiró al ver que no había nadie allí y se dijo que no tenía que tener miedo. Que ese tal Pablo era raro, pero no parecía peligroso. *Tonta*, le dijo una voz. *Tenés que tener miedo, estás obligada a tener miedo. Tené miedo, porque si no lo tenés, estás jodida, estás muerta*.

—¿Querés algo para tomar? —ofreció Pablo.

Evelyn le aceptó un vaso de jugo. El departamento era grande y sobrio, demasiado sobrio como para pertenecerle a un muchacho que acababa de despedirse de la adolescencia. En la sala solo había un par

de sillones, un sofá, una mesa de vidrio y un aparador con un televisor plasma y un reproductor de DVD. Todas las paredes estaban desnudas menos una: un enorme cuadro que representaba un hombre y una mujer en un bosque, junto a un lago, adornaba la pared que estaba frente a los sillones. La mujer tenía un pie metido en el agua y se apoyaba contra una roca; abrazaba al hombre por la cintura, pero él parecía despreciarla; su rostro se veía severo y no le correspondía el gesto de afecto. Su capa roja y su carcaj de flechas reposaban en la rama de un árbol.

Pablo la guio hasta el dormitorio. Allí reinaba la misma sobriedad que en la sala: solo había una cama de dos plazas, una mesa de luz y una cajonera. Evelyn no lo sabía, pero Pablo se había mudado hacía menos de tres meses y todavía no había terminado de amueblar su casa. De hecho, no tenía ningún interés en hacerlo.

Pablo se sacó el suéter y la camisa, y Evelyn miró su torso desnudo. Era delgado, pero fibroso, y a ella le extrañó que no tuviera pelo en el pecho, tan solo un sendero muy oscuro de vellos que le nacían en el ombligo y bajaban por su ingle. Pablo se echó en la cama, todavía con los pantalones puestos, y cruzó las manos por detrás de la cabeza.

—Mi mamá es trans —dijo.

—¿Qué? —replicó ella, totalmente tomada por sorpresa.

Evelyn se sacó los tacos y la blusita. Se había olvidado de que Pablo le debía una explicación.

—Mi mamá es una mujer trans. Se llama Vanina.

Evelyn se sentó en el borde de la cama y solo se subió cuando Pablo la invitó con un gesto.

—¿Tu mamá? Pero ¿cómo? ¿Es tu papá en realidad…? —replicó, perpleja.

—No, ella y mi papá me adoptaron. Mi papá me adoptó, como hombre soltero. En realidad ella legalmente no es nada mío, pero me crio y es mi mamá. Ahora con esto de la Ley de Identidad de Género va a sacar su documento de mujer y yo quiero que hagamos el trámite de la adopción.

A Evelyn le pareció raro eso de la adopción. Pablo vivía solo, tenía casi veintidós años, ¿no era un poco tarde…?

—Querés que sea tu mamá.

—Sí —contestó él con una pequeña sonrisa—. Vení, acostate.

Cierto. No estaban ahí para hablar de sus vidas. Evelyn, que todavía tenía la mayor parte de la ropa puesta, obedeció sumisa. Pablo no podía quitar los ojos de ella y cuando tuvo su rostro cerca, por primera vez totalmente iluminado, apreció que tenía una franja de pecas de color té con leche a lo largo de los pómulos y la nariz. El nuevo descubrimiento le fascinó.

—¿De qué te reís? —preguntó ella.

Él negó con la cabeza, pero finalmente cedió:

—Me gustan las chicas con pecas —le dijo con un guiño.

Ella se rio de pura vergüenza, porque odiaba sus pecas y se las maquillaba con kilos de base para ocultarlas.

—¿No decías que no te gustan las chicas?

Se miraron por un instante, confundidos y excitados, y una extraña fuerza los acopló en un abrazo feroz, en un beso furioso que los dejó sin aliento. Evelyn quedó sentada sobre los muslos de Pablo y él llevó las manos a su espalda para desabrocharle el corpiño. Desconocía el mecanismo (el corpiño tenía esa especie de ruedita que se abotona); desesperado, enterró el rostro en su pecho y lamió el escote inexistente, la suave piel tibia y perfumada. Evelyn, olvidándose de la timidez que le causaba saber que apenas tenía tetas, se arrancó el corpiño y dejó que Pablo los besara y chupara.

Él la tumbó boca arriba sobre la cama y se lanzó hacia su cuerpo. Los pezones estaban más calientes que el resto de su piel y Pablo los apretó entre sus labios, imaginándose que de ellos podría brotar un manantial blanco y dulce que saciaría su hambre y su sed…

Pablo siempre se había sentido diferente de los demás hombres. Detestaba su machismo exacerbado, la manera en que trataban a las mujeres y la manera en que las mujeres dejaban que las trataran. *Los hombres son unos pelotudos*, solía decir, *y yo también, porque también soy hombre.* Lo aceptaba como un hecho biológico irremediable, tal como lo eran tener dos ojos y una boca. Le desagradaban las portadas de las revistas *Hombre*, en la que las mujeres aparecían abiertas de piernas y con las tetas al aire, pero no podía evitar excitarse con ellas.

La penetró de frente y Evelyn cerró los ojos con fuerza. Pablo se dio cuenta, dejó de moverse y le preguntó qué le pasaba, si acaso le había dolido. Ella abrió los ojos, la boca, y de entre sus labios brotó una especie de gemido agudo, casi animal.

—Nunca… nunca me… Siempre…

Evelyn quería disculparse porque nunca había tenido sexo de frente. Siempre se la habían cogido de espaldas. Pero, en el fondo, sabía que lo que sentía no tenía nada que ver con la vergüenza de la inexperiencia.

Más tarde, luego de acabar, Pablo se deslizó entre sus piernas y se llevó su pene a la boca. Estaba circuncidado. Era pequeño y rosado, y al verlo reposar entre los testículos igual de pequeños, a Pablo le pareció una especie de capullo de rosa que podía florecer bajo su lengua, entre sus labios, si lo chupaba con el esmero suficiente.

—No se me va a parar… —gimió Evelyn, nerviosa, porque estaba segura de que Pablo le pediría que lo penetrara. Y cuando ella le dijera que no podía, ¿qué iba a pasar? Pablo no le hizo caso y siguió chupando—. Por las hormonas… aah…

—No importa —dijo él—. Solo te la quería chupar, ¿te molesta?

Evelyn sacudió la cabeza. No le molestaba, pero la incomodaba. Y la avergonzaba. Y de repente, estar en la cama con un hombre que se la había cogido y ahora se la chupaba…

Pablo sacó de su boca el pequeño botoncito y le besó la punta, el diminuto orificio que coronaba el glande. Evelyn se estremeció.

—Qué raro que sos —susurró en voz baja cuando Pablo se tendió a su lado, satisfecho.

—Gracias —respondió él. Ella se rio—. En serio, gracias.

Pablo le contó lo extraño que se había sentido toda su vida, como un extraterrestre en su propio planeta, como si perteneciera a otra raza. Le contó la extrañeza que lo había embargado al descubrir que le gustaban tanto los hombres como las mujeres, y que las transexuales simplemente le encantaban.

Evelyn se quedó callada. Habría querido contarle a Pablo sus inquietudes, sus miedos, sus pesadillas… pero el poco tiempo que había pasado en las calles había sido suficiente para cerrar sus sentimientos ante los demás. Quizá si…

—¿De dónde sos? No sos del interior —le preguntó Pablo, al ver que ella no decía nada. Evelyn tenía el pelo rubio desatado, desplegado a lo largo de la almohada. Sus mejillas seguían teñidas del rubor rosa del sexo y sobre sus labios todavía brillaban unas gotas de sudor.

Pablo sabía que muchas trans huían de sus provincias para probar suerte en Buenos Aires, pero Evelyn tenía acento porteño, así que ese no debía ser el caso. De repente, la realidad se estrelló contra su cabeza: estaba en la cama con una menor de edad, con *un* menor de edad, para ser más exactos. Porque en el documento de Evelyn todavía aparecía su nombre masculino… y si tenía diecisiete años recién cumplidos, seguramente no habría sacado el documento definitivo. Estaba en la cama con una indocumentada que seguramente se había escapado de su casa con un bolso de ropa y dos billetes en los bolsillos. ¿Y su familia? ¿Estarían buscando a ese chico que Evelyn había sido alguna vez? ¿Sabían que Evelyn era Evelyn?

Pablo pensaba todas esas cosas y le acariciaba el pelo, tan lacio como una muñeca barbie. Tenía unos ojos tan grandes y lindos, unas pestañas tan largas, una nariz tan respingada, una boca tan besable. Pablo suspiró y Evelyn al oírlo, se giró hacia él, entre sorprendida y muerta de miedo. Pablo le sonrió y ella le devolvió la sonrisa.

—¿Querés… querés una segunda vuelta? —preguntó ella, interpretando mal esa sonrisa.

A Pablo le sorprendió la pregunta. Tenía tan poca experiencia sexual que no se le había ocurrido y aún no había desarrollado esas exigencias.

—No… no tengo ganas —respondió, sintiéndose incómodo por primera vez en la noche.

Evelyn se sintió aliviada, porque tampoco tenía muchas ganas. Y tampoco tenía ganas de que su cliente la despachara como a un perro viejo, como siempre sucedía. No quería volver a las calles frías. Quería quedarse ahí imaginando que ese chico desconocido era su novio y que acababan de hacer el amor y que ahora dormirían y mañana se despertarían juntos de nuevo… Quizá hasta pudiera levantarse antes y prepararle el desayuno.

Pablo le preguntó si quería dormir un rato y después comer o si prefería al revés. A él le daba igual. Evelyn habría querido mantenerse despierta para siempre, pero estaba tan agotada que eligió dormir. De manera que Pablo se inclinó hasta la mesa de luz y apagó la lámpara.

Tardaron en dormirse. Permanecieron despiertos un largo rato, conscientes de que estaban compartiendo una cama matrimonial, de que acababan de tener sexo, de que eran una prostituta y su cliente... En un momento de la noche, Evelyn se levantó en silencio de la cama y entró al baño. Pablo se despertó y observó una delgada línea de luz por debajo de la puerta. Frunció el ceño y se irguió, para poder escuchar mejor. Evelyn estaba llorando.

Por la mañana, Pablo se despertó antes que ella. Nunca había necesitado dormir demasiado. Había leído que las personas que dormían menos de ocho horas morían antes, pero qué remedio. Sin embargo, esa mañana no se levantó de inmediato. Y aunque hubiese querido hacerlo, no habría podido: una pequeña cabeza rubia subía junto a su pecho, cada vez que respiraba. No sentía los brazos. Cuando quiso moverlos, descubrió que estaban alrededor del cuerpo de Evelyn, aferrándola con fuerza, como si algún poder desconocido amenazara con arrancarla de esa cama y devolverla a las calles de Constitución.

Pero, entonces… ¿a dónde volvería Evelyn esa noche? No le había contado dónde vivía. Seguramente, como la mayoría de las travestis, alquilaba alguna habitación diminuta en algún hotel de la zona y le entregaba a su jefa travesti parte del dinero recaudado, el tributo que debía pagar para poder seguir trabajando allí.

Pablo hundió la nariz en el pelo de Evelyn, sorprendiéndose de lo finos que eran sus cabellos. Se dio cuenta de que era rubia natural y que su piel era blanca como la leche. Entonces, las piezas del rompecabezas encajaron: su pene circuncidado, sus ojos tan claros, su piel de nieve. Evelyn debía ser judía. Pablo sabía que muchas de las familias judías que había en Buenos Aires eran alemanas y tenían un buen pasar económico, ¿habría sido Evelyn parte de una de aquellas

familias judías que vivían en Once, Flores, Núñez...? ¿Habría sido desterrada del hogar paterno cuando descubrieron que su hijo nunca sería el hombre que deseaban que fuera? ¿Estarían buscando a aquel chico? ¿Aparecería su foto en las bases de datos de la policía o Missing Children?

Pablo no era tonto. Se daba cuenta de que si se involucraba con esa chica, lo esperaban los problemas. Que fuera menor de edad ya era un problema. Evelyn todavía no podría solicitar por cuenta propia un cambio de documento. De repente, Pablo se dijo que estaba desvariando. Suspiró. Lo más probable era que Evelyn se levantara, le dijera adiós y saliera por la misma puerta por la que había entrado, rumbo a Constitución. Ella era hermosa, podía tener a quien quisiera. Y Pablo estaba muy lejos de ser hermoso. Sus anteojos cada año eran más gruesos y estaba flaco. No era atractivo, ni hacía chistes ingeniosos y se ponía nervioso cuando tenía que hablar en público. Lo único que tenía era su poesía y una habitación llena de libros. Se preguntó si a Evelyn le gustaba leer, se preguntó a qué edad habría dejado el colegio…

—¿Estás despierto? —susurró ella.

—Sí, hace rato —respondió él, acariciándole el pelo rubio—. Qué lindo pelo que tenés.

Evelyn soltó un pequeño suspiro.

—Antes lo tenía largo hasta la mitad de la espalda —dijo triste.

—¿Y por qué te lo cortaste? —dijo Pablo, imaginándose a Evelyn con el pelo largo, una muñeca sin lugar a dudas.

—Me lo cortaron… me agarraron entre tres travas, me pegaron y me cortaron el pelo… Siempre se la agarran conmigo. Yo les doy parte de la plata que gano, pero siempre quieren más…

—Te tienen envidia —sentenció Pablo, porque en algunas ocasiones muy contadas, cuando observaba a su madre con los ojos velados por el pasado, él le pedía que se vaciara de esos recuerdos y le contara cómo era su vida antes de conocer a su padre. Sabía que las travestis se envidiaban a muerte la belleza y la juventud, en ese orden—. Porque sos demasiado linda.

Evelyn volvió a suspirar. Sabía que Pablo tenía razón.

—Me envidian la cara nomás. Porque soy re enana y todavía no me operé nada… Solo tomo hormonas.

—Te tienen envidia porque sos hermosa sin haberte operado nada —resaltó Pablo—. ¿Te pegaron mucho?

—Me pegaron en la cara… No pude trabajar por tres días, casi me muero de hambre…

Pablo sintió un aguijonazo de angustia y la estrechó entre sus brazos con más fuerza. La meció así, suavemente, y sin detenerse a pensarlo, le dio un beso en la frente pálida, enmarcada por un

flequillo recto.

Evelyn se dejó llevar. Hacía tanto tiempo que nadie la abrazaba o le mostraba esa clase de afecto. Se acurrucó junto al pecho de Pablo, como un pequeño animalito en busca de protección y calor. Como un hijo junto a su madre.

Evelyn se incorporó apenas. El sol que entraba por la ventana le iluminaba el pelo rubio y hacía que sus ojos claros brillaran como dos extraños diamantes en el fondo del mar.

—¿Te pasó algo anoche? —preguntó Pablo—. Te escuché llorar…

Evelyn apretó los labios. No quería decirle que había llorado porque tenía una imaginación demasiado poderosa, porque le habría gustado nacer mujer y haber podido conocer a Pablo en un boliche o en una plaza o en el zoológico o en un teatro o en una biblioteca o en el colegio… Y no haber conocido al chico de sus sueños vestida de puta, en una calle de Constitución.

—Es por las hormonas, me siento como sensible… lloro por cualquier cosa.

—¿Y por qué llorabas?

Evelyn bajó la mirada. Tenía ganas de llorar de nuevo y Pablo se dio cuenta. Ella se encogió de hombros.

—Por todo… No me gusta la vida que llevo.

Pablo le acarició el pelo. No dijo nada. Por un lado, las palabras de Evelyn lo entristecieron, pero, por otro, lo alegraron. Le alegraba que Evelyn no se engañara a sí misma para hacerse creer que la prostitución le gustaba, que pudiera ser sincera con sus sentimientos. Eso la ayudaría a salir adelante, eso la ayudaría a no caer aunque el resto de las personas a su alrededor solo se detuvieran para ponerle zancadillas.

—Mnn, hoy es domingo —ronroneó Pablo después de un rato, estirando los brazos—. ¿Qué tenés pensado hacer hoy?

Evelyn se encogió de hombros otra vez.

—Nada. No salgo mucho de día… además hace frío.

Pablo pensó triste que las noches eran mucho más frías que los días.

—Pero si hay un sol re lindo —dijo él, mirando por la ventana.

El departamento no daba a la calle, por la ventaba solo podía ver los jardines de las casas y los patios, pero el sol de agosto, como un insecto de oro y luz, se escabullía por entre los árboles y los altos edificios para recibirlo todas las mañanas. O los mediodías. Cuando miró el reloj, Pablo vio que eran casi las doce.

Evelyn le dijo que la deprimía salir de día. No le gustaba ver a las parejas heterosexuales caminar de la mano porque eso le recordaba lo que nunca podría tener. No le gustaba ver a los padres arrastrando carritos con bebés porque sabía que nunca podría ser madre. No le

gustaba ver a las familias porque le recordaba que había perdido la suya. Pero, dijo, una de las cosas que más le molestaban era que los hombres la miraran con deseo y saber que la despreciarían cuando supieran que era una chica trans.

Pablo se quedó de piedra ante semejante expresión de sinceridad. Evelyn lo miró con una sonrisa mitad triste mitad divertida.

—Bueno, si querés podemos ir a tomar un poco de aire a la terraza.

Evelyn bajó la mirada y Pablo comprendió que estaba observando su ropa. Su ropa de prostituta. No podía salir a ningún lado con esa ropa, no a esas horas. Pablo sonrió con comprensión. Se puso de pie, abrió el ropero y sacó una camisa blanca de mangas largas. Abrió el cajón de las corbatas y sacó una cinta negra. Agarró a Evelyn por los hombros, le puso la camisa, le cerró los botones, ató la cinta alrededor de su cintura y le hizo un moño.

—Listo. Tenés un vestido nuevo.

Subieron a la terraza por el ascensor. Pablo llevaba una bolsa de galletitas y un frasco con café. Evelyn dijo que no tomaba leche ni ningún lácteo porque era intolerante a la lactosa y Pablo se alegró porque desde que se había vuelto vegano no compraba nada de origen animal. Hasta había cambiado la marca del champú que usaba, porque el Sedal que siempre habían comprado en su casa era de Unilever, una de las multinacionales que experimentaba sus productos en animales.

La terraza del edificio de Pablo era comunitaria. Tenía reposeras para tomar sol, sombrillas y mesas. Había una cocina compartida donde se guardaban platos y vasos de plástico, pero, por lo general, las personas llevaban su propia vajilla. Entraron en la cocina. Cuando vio todo aquello, Evelyn le preguntó a Pablo si no se robaban las cosas.

—A mi vieja le robaron un mate. Lo dejó acá pensando que no iba a pasar nada y desapareció. O sea, las cosas que están acá son de todos, pero fijate que no son cosas muy caras. Además, en las expensas todos ponemos treinta pesos para comprar encendedores, las antorchas, vasos descartables, broches para colgar la ropa. Así que es como un poco robarse a sí mismo. Igual, yo acá ya no dejo nada.

Y le contó que una vez, a propósito, había dejado un libro suyo. Al otro día, el libro seguía allí, en la reposera, caliente por el sol.

—¿Escribiste un libro? —preguntó Evelyn, interesada.

—Sí, de poesía. Salió hace dos meses, después te lo muestro.

—Wow, qué copado. A mí me gusta la poesía, me gustaba mucho Bécquer.

Pablo sonrió.

—¿Qué es poesía?, dices mientras clavas en mi pupila tu pupila azul. ¿Qué es poesía? ¿Y tú me lo preguntas? Poesía... eres tú.

Evelyn se mordió el labio y bajó la mirada.

—Había uno que me encantaba —dijo, mirando cómo el agua de la pava comenzaba a burbujear—, que hablaba de la muerte. No me acuerdo cómo era.

Pablo hinchó el pecho de gozo. Era el poema de Bécquer que más le gustaba.

—¡Dios mío, qué solos se quedan los muertos! —recitó.

—¡Sí, ese! —chilló Evelyn, emocionada—. ¿Es de Bécquer, no?

—Ajá. Es una maravilla —susurro Pablo, con una mezcla de respeto y envidia, metiendo dos cucharadas de café en cada jarro.

—Hace mucho que no puedo leer nada. No puedo tener libros… En realidad no puedo tener nada. Hasta las pelucas me robaron.

—¿Pelucas? —replicó Pablo. No podía imaginarse por qué Evelyn, con un pelo tan lindo, podía necesitar una peluca.

—Sí… las usaba a veces para que no me reconocieran. En especial la policía.

Salieron de la cocina y arrastraron dos reposeras hasta una mesa. Se sentaron juntos en silencio, un poco incómodos por el tema que nuevamente acababa de surgir. El sol estaba en el medio del cielo celeste, totalmente limpio y despejado. Era un agradable y fresco mediodía de agosto.

—¿Te llevás bien con tus papás? —preguntó ella, mordiendo una galletita.

Pablo sonrió y observó las piernas de Evelyn, blancas y bien torneadas. Por la pollera del improvisado vestido blanco se le asomaban las rodillas, dos pequeños capullos rosados.

—Sí. Siempre supe que era adoptado, pero no me acuerdo mucho del orfanato. El primer recuerdo que tengo es de una calesita de Villa Urquiza. Yo antes vivía en Villa Urquiza con mis viejos. Cuando empecé la carrera me mudé para acá porque me quedaba medio lejos. Igual, hay gente que viene de más lejos…

—¿Qué estudiás?

—Letras, acá en la Facultad de Filosofía y Letras.

—Qué lindo —susurró Evelyn, dando un sorbo de café—. Yo no pude terminar el secundario, lo dejé en tercer año. Quisiera seguir estudiando, pero es muy difícil…

—Hay un bachillerato popular para gente trans… No me acuerdo el nombre, lo vi en Facebook.

—¿Vos sos militante en algo de eso?

—No, pero me gustaría, eh. Mis viejos están muy alejados de todo eso, no sé por qué. Me gustaría que dejaran de ocultarse, que contaran su historia, no sé…

—¿Se ocultan? —replicó Evelyn. Adoptar un hijo no le parecía la mejor manera de ocultarse. Pablo chasqueó la lengua.

—Bueno, no sé si *se ocultan*, pero tampoco hacen nada para ayudar

a que se termine la discriminación, un granito de arena, digo, ¿no? Podrían contar su historia en una revista, en un diario… o qué sé yo, subirla a Facebook para que lo vea todo el mundo y se den cuenta de que ser puto, torta o trava no te hace un enfermo, un anormal… que podés tener una familia y cuidar un hijo… Eso nomás. Tampoco les pido que salgan a la calle con carteles, pero no hablar de su vida también es una postura frente a las cosas. Yo lo veo como una decisión política. Callarse frente al sufrimiento de los demás. Yo los quiero un montón a mis viejos, pero eso de ellos no me gusta. Igual no pierdo las esperanzas, me gustaría poder convencerlos algún día.

Evelyn escuchaba en silencio. Como no dijo nada, Pablo prosiguió:

—Sé que es difícil. Mi vieja sufrió un montón, sufrió lo que vos estás sufriendo ahora. Pero no hablar del tema me parece una forma de seguir escondiendo ese sufrimiento.

—Por ahí no lo superó todavía —dijo Evelyn en voz baja. De repente, sentía unas enormes ganas de conocer esa mujer trans que había criado a ese hombre que estaba ahora a su lado.

—Puede ser. Además… —Pablo dejó caer los hombros—, mi papá es abogado. Y bueno…

—Ah, claro. Tiene plata tu familia.

—Sí, hay apariencias que mantener. Igual, no sé… siempre que iba gente a cenar a casa… No sé, era raro. Porque yo me daba cuenta de que ellos sabían, pero se hacían los tontos, ¿entendés? Como que sabían pero no hablaban de eso. A mí mamá la trataban de señora, con mucho respeto… Pero no sé, para mí que se sentían obligados, que era mi papá a quien respetaban en realidad.

—Puede ser —asintió Evelyn, muy interesada en el testimonio de Pablo—. Y nunca tuvo problemas para ir al médico ni nada de eso, ¿no?

—Y no... Tiene una doctora que la atiende siempre, en un consultorio particular. Pero cuando tiene que hacerse análisis en la clínica es un bajón. Lo que se complicaba erab los viajes. Íbamos siempre en auto y casi no salíamos del país.

—Claro.

—¿Y tu familia? —se animó a preguntar Pablo—. Sos de familia judía, ¿no?

Evelyn bajó la mirada. Sus ojos quedaron ocultos bajo el lacio flequillo rubio. Asintió en silencio. Pablo la contempló, un poco arrepentido por su atrevimiento. Evelyn se quedó callada un rato, pero luego alzó los ojos, miró el cielo y dejó que el sol la cegara por un instante…

Mi primer recuerdo es del taller de encuadernación. Mi familia fabrica libros artesanales cosidos. Hacen tiradas cortas de libros de lujo para editoriales argentinas, pero la mayoría de los pedidos que llegan son de Europa. El taller de encuadernación huele a cuero y a cola vinílica. Es grande, como toda esta terraza, y tiene el techo muy alto, las ventanas de vitreaux, el piso de madera y las paredes de color crema. Está enfrente de mi casa, pero ahora quiero contarte acerca del taller. Como dije, allí siempre había (hay) olor a cuero. Los libros vienen ya impresos en cuadernillos que luego habrá que coser, pero también se fabrican cuadernos en blanco y agendas. Los cuadernos en blanco se hacen a mano. En realidad, casi todo se hace a mano, excepto el cosido, que se hace de forma semimanual. El taller de mi familia es el único que hace estos trabajos en toda Buenos Aires. Hay gente que hace encuadernación, obvio, pero no tiene un taller tan grande, ni tiene tantos clientes, ni trabaja con material tan fino.

En mi primer recuerdo, estoy sentada (sentado, tal vez) en el piso del taller, en un rincón, jugando con un pedazo de cuero rojo que me regaló mi abuelo. Hay gente en el taller, unas cinco o seis personas, todos empleados. Hablan acerca de algo, papel, creo escuchar. Están alrededor de una mesa enorme, donde están desperdigadas todas sus herramientas de trabajo: dobladeras de hueso, hilo encerado, agujas, punzones, frascos de plasticola, pinceles…

Yo juego con el pedazo de cuero. Lo agarro, lo tiro al aire, lo estiro… finalmente, lo doblo y me lo coloco alrededor de la cintura, como si fuese una pollera. Por algún motivo que desconozco, me siento muy feliz. Camino por el taller con el trozo de cuero en la cintura. Esquivo la guillotina trilateral (una máquina que puede cortar los tres lados de un libro al mismo tiempo), los estantes llenos de telas de colores (desde los cueros hasta peluche), los prensalibros (unas herramientas que se encargan de que los libros queden chatitos) y llego hasta donde está mi abuelo con el resto de los empleados. Me aferro de la tela de su pantalón y balbuceo, porque todavía no sé hablar muy bien. Cuando me ven, los hombres comienzan a reírse y yo me rio con ellos. Pero entonces, mi abuelo me arranca el cuero de la cintura y comienza a gritarme. No recuerdo qué dice. Solo sé que está muy enojado, que me azota las piernas con el pedazo de cuero y que me largo a llorar.

Esa fue la primera vez que mi familia condenó mi identidad. Y no sería la última…

Me fui corriendo del taller, tropezándome con las máquinas que encontraba en mi camino. Crucé la calle y un par de autos me tocaron

bocina. Entré en mi casa y me tiré en el sofá. Era la hora de la siesta, no había nadie despierto a esas horas. Los hombres estaban en el taller y mi mamá y mi abuela dormían en los pisos superiores, en sus respectivas camas. De manera que pude llorar tranquilo… no por los golpes, sino porque no entendía lo que había pasado. No hay nada más terrible que un dolor que no se comprende. Es como sentir un agujero en medio del pecho, sentir el aire frío penetrar en tu corazón, sentir que los demás ven tu herida y que nadie hace nada para ayudarte. Así me sentía.

Mirame, ahí estoy. Imaginate un impecable piso de cerámica blanca, unas paredes celestes, un techo bajo, una enorme araña colgando del techo y estanterías en los cuatro costados. Los tesoros de mi familia dormían (duermen) en esas estanterías, en esas vitrinas. Son libros antiguos, muy antiguos, reliquias que atravesaron los océanos en barco, escondidas entre las ropas de los judíos exiliados. Son el orgullo de mi familia, porque muchos judíos recién llegados al país vendieron las pocas posesiones que traían para comprar un pedazo de pan con el que saciar el hambre de semanas y semanas de viaje… Imaginame ahí, acurrucado arriba del sofá, rodeado de todos esos tesoros…

—Iván —dijo una voz.

Abrí los ojos. Era mi tío Uriel. No sabía por qué, pero mis padres no sentían mucho afecto por él. Decían que había traicionado a la familia, porque en vez dedicarse al negocio familiar se dedicó a la medicina… Pero yo creo que en realidad mi padre le tenía un poco de envidia. Uriel había decidido vivir su vida, cumplir su sueño de ser médico. Mi bisabuelo había visto morir a mucha gente en ese barco. Siempre que rememoraba el pasado, siempre que sus ojos se velaban con la bruma de aquel sufrimiento insoportable… decía que le habría gustado ser doctor en vez de un idiota que se dedicaba a los libros. Creo que por eso mi tío eligió una profesión que le permitiera salvar vidas. Y mi papá lo envidiaba por eso.

—Ivancito, ¿qué pasó ahora?

Yo, de alguna manera, sabía que mi tío entendía lo que me pasaba. No sé, no puedo explicarlo… solo sé que él lo supo mucho antes que yo. Mi tío Uriel se sentó a mi lado y me miró con sus insondables ojos azules. En sus ojos vi afecto, vi tristeza, vi comprensión… y creo que vi algo más, pero en ese momento no supe bien qué. Ahora comprendo que vi complicidad.

—El *zeide* me pegó… —lloriqueé, mostrándole mis piernas enrojecidas.

—¿Por qué? ¿Qué pasó?

Un sollozo profundo y lleno de angustia me nació del pecho.

—¡NO SÉ!

Tío Uriel me abrazó y me palmeó la espalda. Entonces me dijo algo que me sorprendió, que me sorprende y que nunca me va a dejar de sorprender: me dijo que llorara. Sí, que llorara. Yo tenía cinco años y estaba llena de desesperación y mi tío, que sabía bien lo que me pasaba, me incitó a que me liberara de ese dolor, a que lo dejara salir. A ese llanto le siguieron muchos, por supuesto, muchos llantos muchísimo más dolorosos. Pero siempre que lloro, aquella tarde me vuelve a la memoria y es como… no sé, como si parte del dolor ya se hubiese ido.

De alguna manera, esa tarde comencé una extraña amistad con mi tío. Sí, él fue quien se dio cuenta de que yo era transexual y que nunca sería el Iván que vestían de saco y corbata para ir al colegio. Odiaba el uniforme. No entendía por qué tenía que vestirme de manera diferente que las chicas y tampoco sabía por qué, en vez de regalarme muñecas y peines de colores, me regalaban pelotas de fútbol, autos, aviones. Odiaba que me regalaran cosas, porque me recordaban que algo no estaba bien conmigo y no sabía qué.

—Soy una nena —le dije a mi tío Iván una tarde, cuando salía del colegio. Yo tenía siete años y estaba, creo, en primer grado—. Me visten como nene, pero soy nena. ¿Por qué?

Recuerdo muy bien esa tarde. Acababan de comenzar las clases, estábamos en abril, más o menos. Todavía no había llegado el frío y los jardines de las casas seguían llenos de flores. Me encantaba oler los jazmines enormes, llenos de flores blancas, ver las abejas meterse entre los pétalos. Mi papá se había ido de viaje para concretar un negocio y mi mamá nunca iba a buscarme al colegio porque era (es) profesora de piano en el Teatro Colón. Los que me iban a buscar al colegio usualmente eran mi abuela o mi tío.

Recuerdo que no fuimos a casa de inmediato. Caminamos un rato por la avenida Cabildo, bajo el tibio sol del verano y mi tío me llevó a una heladería y me dijo que eligiera lo que quisiera. Me compró un cono de frutilla y dulce de leche; y para él compró un vasito de helado de chocolate. Yo no me daba cuenta, pero las mujeres lo miraban mucho. Mi tío es diez años menor que mi papá, así que en ese entonces debía tener treinta y dos, más o menos. Alto, blanco, rubio, de profundos ojos azules… Un bombón para cualquier mujer que se nos cruzara. Sin embargo, mi tío no las miraba. De hecho, jamás se le había visto novia alguna. Cuando fui creciendo, comprendí que Uriel era homosexual, pero en ese momento, claro, yo no tenía idea de nada.

—Ya sé que sos una nena, Ivi —me dijo cuando nos sentamos en un banco, afuera de la heladería.

Yo abrí los ojos como platos.

—¿De verdad? —le dije, sorprendida. Él sonrió con tristeza y

asintió.

—Sí, pero los demás no lo saben —susurró suspirando. Se mordió el labio, tal vez pensando qué decir a continuación o cómo decirlo—. Sin querer, naciste con cuerpo de nene. Por eso nadie se da cuenta de que sos una nena y te tratan como a un nene.

—¿Y por qué me pasó eso?

Mi tío suspiró de nuevo.

—No sé.

Se me cayó el alma a los pies. ¡Mi tío no lo sabía!

—¿Y entonces? ¿Qué voy a hacer? ¡Soy una nena y nadie lo sabe!

—Yo lo sé —dijo él—. Yo si querés te puedo tratar como a una nena.

Pasamos por una juguetería y me compró una muñeca. Después fuimos a un local de ropa, compró una remera rosa y pidió que la envolvieran para regalo.

Mi tío no vivía en la casa de mis padres, tenía un departamento ahí cerca, en Belgrano, a unas cuadras del Barrio Chino. Recuerdo que me llevó a su casa y ahí, con mi muñeca y mi remera rosa, fui por primera vez la nena que siempre había sido.

Fui creciendo y comprendiendo lo que me ocurría. Una tarde, mi tío me dijo que eso que me pasaba tenía un nombre: transexualidad. Que no era la única en el mundo. Había hombres que nacían en cuerpos de mujer y mujeres que nacían en cuerpos de hombre. Que todos sufrían como yo sufría, pero que yo debía agradecer que por lo menos lo tenía a él. Me dijo que muchos consideraban la transexualidad una enfermedad mental, la disforia de género, pero que yo nunca debía dejar que me trataran como a un enfermo. Eso me confundió. Tener una enfermedad mental, de alguna manera, podría justificar lo que me pasaba, y así se lo dije. Podría pararme ante mis padres y decir que mi comportamiento y mis maneras afeminadas eran culpa de una enfermedad. Mi tío se enfureció. No me gritó, ni nada por el estilo, pero sus ojos azules se incendiaron de rabia y su voz, cuando habló, sonó como hueca, como si no saliera de su garganta, sino de un lugar más profundo…

—Nunca dejés que te traten como a una enferma, Ivi —repitió—. Nunca. Te van a querer curar, pero no de la forma que vos esperás. Te van a querer hacer hombre, porque para ellos esa es la única cura posible. Nunca te van a dejar ser quien sos.

Me miré el cuerpo. Tenía once años y ya me habían aparecido los primeros pelos. Sabía que en un par de años, los cambios serían terribles y no estaba segura de poder soportarlos.

—Te va a cambiar la voz, te va a crecer la espalda, te va a empezar a salir la barba…

Eso me desesperaba.

—¿No se puede evitar? —pregunté, desmoralizada.

Para mi sorpresa, mi tío me dijo que sí. Pero sería complicado, porque tendría que someterme a tratamientos médicos. Me contó que deberían suministrarme algo llamado antiandrógenos, unos fármacos que evitarían las transformaciones de la adolescencia. Los antiandrógenos bloquearían las hormonas que se despiertan en el cerebro a los trece años, más o menos, las que le envían información al cuerpo para que empiece a cambiar.

—¿Y voy a poder ser mujer de verdad?

—Ya sos una mujer de verdad.

Me miré la ropa. Tenía puesta una pollera de jean y una musculosa blanca. Me miré los brazos. Eran delgados, largos, esbeltos. Me miré las manos… Tenía las uñas cortas porque mi mamá detestaba "esa manía mía de dejarme las uñas como garras". Me miré las piernas… Odiaba que me salieran pelos, aunque fuesen rubios. A veces mi tío me compraba una crema especial que me depilaba sin dolor, pero mis padres se habían dado cuenta y habían puesto el grito en el cielo.

—Pero sigo teniendo este tumor —escupí con rabia, refiriéndome a mi pene.

Mi tío abrió los ojos y me miró serio.

—Estás decidida —susurró—. Yo te voy a ayudar, pero no va a ser fácil. Vamos a tener que hablar con tus papás.

Eso me aterraba, porque desde siempre había sentido de parte de ellos un rechazo que me abría el alma. Había tardado tanto en comprender por qué mi mamá me tiraba del brazo cuando me quedaba mirando las muñecas de las vidrieras de las jugueterías, o la mirada de asco de mi papá cuando me descubría disfrazado con los vestidos de la *bobe*… Sin embargo, lo que más me sorprendía era que no se dieran cuenta de que no tenían un hijo, sino una hija. ¿No era obvio? ¿Tan importante era ese pedazo de carne que me colgaba entre las piernas?

Me mandaron a una psicóloga. Solo eso, ese primer paso, fue un bardo tremendo. Mi tío quería que me atendiera una psicóloga que él conocía, una mujer que trabajaba en una organización de personas homosexuales y trans, pero mis padres se negaron rotundamente. Así que me mandaron a una consulta en la clínica privada donde me atendían siempre. Por suerte, dejaron que mi tío nos acompañara. Cuando me llamaron por nombre y apellido (Iván Askenzansky), entramos los cuatro al consultorio.

—Soy mujer —le dije a la psicóloga, luego de las debidas presentaciones, una señora alta y gorda, con unos anteojos enormes que le cubrían la mitad de la cara—. Pero nací con cuerpo de hombre.

Siempre me sentí mujer, siempre quise jugar con muñecas, ponerme vestidos… y me angustia mucho que me traten de varón. En el colegio me cargan, me molestan… Es muy feo. Por eso quiero empezar un tratamiento para ser mujer de verdad.

Si se sorprendió, la psicóloga no lo demostró. Por un momento no dijo nada. Hizo salir a mi familia y se quedó a solas conmigo. Me hizo preguntas, me hizo repasar mi infancia, me preguntó desde cuándo me sentía así… y yo le dije que desde siempre. Que estaba atrapada en un cuerpo equivocado.

La psicóloga me derivó a un psiquiatra. Solo tuve tres consultas con él. No sé qué les dijo a mis padres, simplemente dejaron de llevarme. No vi más médicos hasta un par de años después.

Mis papás ya casi no me hablaban. Bueno, en realidad nunca habíamos tenido una relación de madre e hijo o de padre e hijo. Pero entonces, mi mamá dio la noticia: estaba embarazada. Para mí fue un alivio. Ser hija única era una carga terrible.

Se desentendieron de mí casi por completo y comencé a pasar mucho más tiempo con mi tío. Su departamento era mi casa más que la mía propia. No tenía una habitación para mí sola, pero mi tío me había hecho espacio en su placard para que guardara mi ropa de mujer.

Él me puso Evelyn. Siempre me había llamado «Ivi» y el diminutivo me gustaba. Una tarde, me trajo de regalo un vestido. Era rosa, corto, bastante sexy. La bolsa tenía el nombre «Evelyn» escrito en un *hotstamping* dorado. ¿No sabés lo que es un *hotstamping*? Es una técnica de impresión por calor, como su nombre lo dice. Hace detalles muy lindos, a la vista y al tacto.

—En cuanto la vi… —dijo mi tío, con una sonrisa—. No sé, me llamó, enseguida supe que era para vos.

Evelyn era mi nombre. El sonido de sus letras me acarició la piel, por primera vez en mucho tiempo me sentí como en casa. Imaginate, Pablo, vivir toda tu niñez con un nombre que no es el tuyo, con un nombre equivocado.

El vestido… bueno, todos los vestidos que me compraba Uriel, tenían un problema: el escote, claro. Él me decía que no me preocupara, que tarde o temprano iba a poder llenarlos y que sería una de las chicas más hermosas del mundo.

—Ivi, el mes que viene me voy a Francia —anunció. En los últimos cinco años mi tío había viajado muchísimo—. Es por un congreso, siete días nomás voy a estar, no me voy a quedar más de lo necesario, ¿sabés?

Me miré al espejo y me giré, para apreciar cómo me quedaba el vestido. Lo que vi no me disgustó del todo.

—Últimamente vivís de viaje, pasás más tiempo con las azafatas

que conmigo —le dije en broma. Él se puso serio de golpe, pero enseguida se relajó.

—Es importante —susurró en voz baja. Me sonrió a través del espejo—. Es un congreso de algo que te puede interesar…

—¿Transexualidad? —exclamé, dándome vuelta tan rápido que casi me caí de cabeza a la cama. Su sonrisa se ensanchó.

—Sí, tratamientos hormonales en transexualidad femenina.

Fruncí las cejas.

—Entonces… todos esos viajes, esos cursos… —Lo miré a los ojos. Ahora estaba serio de nuevo, pero ¿qué me decían sus ojos? Solo una palabra: Evelyn.

¿Qué pensás, Pablo? ¿Qué pensás que pasó a continuación? No, no me mirés así, que de eso no pasó nada. Faltarían tres años para que nos atreviéramos a hacer el amor por primera vez. No pasó nada. Uriel me contó que se había especializado en endocrinología, pero que en la especialización había aprendido poco acerca de la transexualidad, no lo necesario para llevar adelante el tratamiento de una persona. Por eso había tenido que ir a Estados Unidos, China, Japón, España. Me dijo que ahora estaba listo para guiar él mismo mi tratamiento, que era el momento adecuado, pero que primero tendría que hablarlo con mis padres y hacerles entrar en razón, cosa que no sería fácil. La sola mención de mis padres fue suficiente para enfurecerme.

—¿¡Mis viejos?! —grité—. ¡Ellos gracias que se acuerdan de que existo! ¡Ahora dentro de dos meses voy a dejar de existir por completo! ¿Y sabés qué? ¡No me importa! Estoy feliz. ¡Ojalá que ese pendejo les salga bien y que no sea un monstruo como yo!

Cegado por la rabia, Uriel se levantó de la cama, caminó hasta el espejo y me dio una tremenda cachetada.

—¡¿Qué te pasa la reconcha de tu madre?! —bramé con la voz masculina que ya se me comenzaba a desarrollar.

—Nunca más… —susurró con la voz quebrada y la mirada encendida—… Si querés que te ayude, nunca más, nunca más… te refieras a vos de esa forma, ¿¡me entendiste?!

No sé por qué se puso así. O sí, sí sé. O lo sospecho, al menos. Él también había pasado por algo similar a lo mío. Menos dramático, menos terrible, menos peligroso, pero complicado al fin de cuentas. Él había tenido que aceptar su homosexualidad y que yo me plantara ahí, enfrente de él, tratándome de monstruo, no le hacía ninguna gracia. Me largué a llorar.

—¡A ellos no les importo! ¡Se avergüenzan de mí! ¡Ya no me hablan, no me esperan para comer! ¡Ni siquiera me llevaron con ellos a la sinagoga para *Iom Kippur*!

—¿Qué? —replicó él—. ¿No te quisieron llevar?

—¡Se fueron sin mí! ¡No me despertaron! Y cuando les pregunté

por qué me dijeron que pensaron que no quería ir…

Iom Kippur, como quizá sepas, Pablo, es el famoso Día del Perdón. Se celebra diez días después de *Rosh Hashana*, que es el comienzo del año judío y cae en septiembre, más o menos. *Iom Kippur* es como una especie de confesión con Dios, para que te perdone por todos los pecados y males que cometiste en el año que pasó. Se va a la sinagoga y se reza, y se ayuna todo el día. Solo ayunan los adultos sanos; los enfermos, niños y ancianos están exentos. Para el judaísmo yo todavía era un niño porque aún no había tenido mi *bar mitzva*. Sin embargo, las familias más ortodoxas hacen que sus niños ayunen igual. Mi familia nunca fue demasiado ortodoxa, pero yo siempre ayunaba porque pensaba que de esa manera mis padres me querrían. Siempre se debe romper el ayuno con algo dulce y luego líquido, para que no sea tan fuerte el impacto en el estómago.

Mi tío se sentó en la cama de golpe y se agarró la cabeza. Susurró algo que no entendí, un insulto dirigido a mis padres, tal vez. Yo seguía llorando, con la cara ardiendo de dolor, llena de mocos y lágrimas.

—Ayuné en casa, sola. Oré, medité… Pero no fue lo mismo.

—Eso no se hace… —masculló Uriel para sí mismo, indignado—… Qué hijos de puta, ¡eso no se hace!

Me senté a su lado en la cama, apoyé la cabeza en su hombro.

—¿Qué hora es? —susurré. Ya era tarde, más de las once de la noche.

—Hoy te quedás acá —dijo él—. Comé algo ya mismo y si mañana te levantás antes que yo, no desayunes. Te voy a llevar al hospital, vamos a empezar con un análisis de sangre y tenés que estar con ocho horas de ayuno.

Mi tío podía perder su licencia médica por lo que iba a hacer. No solo eso: podía ir a la cárcel, porque yo todavía era una menor de edad.

En el colegio me iba mal. Me iba mal en todo menos en Literatura y Artes plásticas. Lo demás, un desastre. Estaba cansada de ser el bicho raro de la clase, cansada de que me trataran de maricón, puto, tragalache, monstruito, anormal. Cansada de que me llamaran Iván. No te creas, no era que no entendiera los problemas de matemáticas o las leyes de Newton… lo que me pasaba era que no tenía ganas de estudiar. No tenía ganas de nada. Quería pasarme las tardes encerrada leyendo novelas románticas o dibujando duendes o viendo la televisión.

En el hospital, luego de que una enfermera me sacara sangre, vi por primera vez el sello de mi tío: decía Uriel Askenzansky, Especialista en Endocrinología. Me puse a llorar. ¿De verdad mi tío había decidido estudiar durante todos esos años solo por mí? Entonces, un

pensamiento me inundó por completo, de repente… y ese pensamiento era: ojalá no fuera mi tío. Y sí, como ya es más que evidente para vos, en ese momento me di cuenta de que me había enamorado de él. Darme cuenta fue, no sé, sentir que el mundo se partía en dos. Me senté en la camilla y me abracé las rodillas, muerta de miedo. ¿Qué iba a hacer? Mi tío era homosexual, no le gustaban las mujeres. Y yo era una mujer.

Miré a mi alrededor. El consultorio era pequeño, de paredes blancas, muy sobrio. No estaba decorado porque no pertenecía exclusivamente a mi tío, lo usaban los endocrinólogos y los nutricionistas. Uriel me contaba que quería poner su propio consultorio privado, pero que tenía miedo de no poder distribuirse bien el tiempo. En realidad, él quería seguir trabajando en el hospital público porque así podía ayudar más a las personas.

—Le tuve que mentir al bioquímico —dijo luego, mientras comíamos en un McDonald’s que estaba a unas cuadras de allí—. El lunes van a estar los resultados y ahí vamos a saber cómo seguir.

—¿Va a ser difícil conseguir los medicamentos?

—No… —Uriel se mordió el labio y yo sabía en qué pensaba. Que las recetas deberían tener su sello, con su nombre, apellido y matrícula. Aunque tal vez, pensé, mi tío pudiera conseguirlas a través de otros medios no tan tradicionales.

Un mes después, empezó mi tratamiento. Tomaba dos pastillas por día, una cada doce horas. Nadie se dio cuenta. Mis padres estaban demasiado ocupados con Malena, mi hermana recién nacida, y sus llantos, de un día para el otro, transformaron por completo la rutina de todos. La peor parte era que ahora siempre había alguien en la casa. O mi mamá, o mi papá, o mi *bobe*, o dos de ellos… O lo que era peor: los tres. Por ese motivo, y por el hecho de que los llantos de Malena me ponían enferma, prácticamente me mudé por completo a la casa de mi tío.

—Me está ayudando con el colegio —mentí una mañana, en el desayuno, cuando mi *bobe* me preguntó por qué pasaba tanto tiempo en lo de *su otro hijo*. Claro estaba, aunque Uriel fuese médico, ella siempre estaría orgullosa de mi padre, el único que se había atrevido a aceptar el reto de perpetuar en el negocio, las tradiciones y el nombre de la familia.

—¿Y cuándo te vas a cortar el pelo, Iván?

—Ahora se usa así, *bobe*.

—¡Ay, *beitzume!*

Mi mamá no dijo nada, pero tampoco le gustaba que estuviera todo el tiempo con la oveja negra de los Askenzansky. La relación entre mi

madre y Uriel siempre había sido muy tensa. Creo que se debía a que, en realidad, la familia de ella había querido que contrajera matrimonio con el médico. Además, valga la aclaración, mi tío tenía todo el atractivo que a mi padre le faltaba. No eran muy diferentes físicamente, la verdad. Los dos eran altos, rubios y de ojos claros, pero… el porte, la actitud, ¿entendés? Mi padre se pasaba las tardes encorvado sobre los libros y las máquinas, mientras que mi tío iba dos veces por semana al gimnasio para liberarse de la tensión de todos esos pacientes desesperados que veía a diario. Mi padre se vestía con camisas, pantalones y zapatos cerrados. A Uriel, en cambio, podías verle el pelo del pecho los días de verano, cuando se ponía camisetas sin mangas, pescadoras y sandalias. Y otro detalle: los dos usaban anteojos. Los de mi papá eran de vidrio, redondos y de marco dorado. Los de mi tío eran orgánicos, cosa que evitaba que las lentes le agrandaran los ojos, y el marco era cuadrado y negro, muy a la moda.

—En el hospital saben que soy gay —me comentó una tarde de lluvia, mientras comíamos papas fritas arriba de su cama y de fondo sonaba *Made in Heaven*, el último disco de Queen.

—¿Tenés muchas chicas atrás? —le pregunté, con una sonrisita casual.

Él asintió con la cabeza.

—Pero ninguna tan linda como vos, Eve —dijo, medio en broma, medio en serio.

—¿En serio? ¿Ninguna judía rubia sin tetas y con pene?

Soltó una carcajada y casi se ahoga con una papa frita. Yo me sorprendí de lo que acababa de decir: era la primera vez que hablaba tan relajadamente de mi condición de transexual.

—¿Cómo va eso? —preguntó después, un poco más serio.

—¿Eso qué?

—Las… los… los senos, Eve.

Me reí de que le avergonzara preguntarme acerca de mis tetas, usando una palabra tan anticuada como *senos*. Pero entonces comprendí que, para él, yo ya comenzaba a ser la mujer que siempre había sido. Sin pensarlo, me levanté la camiseta y le mostré los pequeños botoncitos que habían comenzado a crecer tímidamente a lo largo de los pasados tres meses. Para mi sorpresa, su primera reacción fue apartar la mirada.

—¿Bien, no? —dije. Él no respondió—. ¿A vos qué te parece? Creo que la derecha está un poco más grande que la izquierda… ¿Tío?

—El desarrollo mamario no es uniforme, primero va creciendo una glándula y después la otra…

Uriel estaba incómodo.

—¿Te pasa algo?

—No… bueno… Eve, todos estos cambios… Los estudié, pero…,

qué sé yo, verlos en vos que sos mi sobrina, es… es fuerte.

Levantó la mirada y observó mis diminutos pechos. Entonces, sonrió abiertamente, feliz de ser él mismo quien estaba rescatándome del infierno de vivir en un cuerpo equivocado.

Me bajé la camiseta de golpe, muerta de vergüenza. El hombre que amaba acababa de verme los pechos. Bueno, «pechos» es una forma de decir, ¿no? Porque parecían picaduras de mosquito, la verdad. Suspiré.

—¿Qué pasa? ¿No estás contenta? Todavía no terminaron de crecer…

Suspiré de nuevo. Sí, estaba contenta, obvio que sí. Lo que me amargaba era saber que con cada pastilla que tomaba, con cada hormona femenina que ingresaba a mi metabolismo, me alejaba cada vez más del cuerpo que Uriel deseaba en su vida y en su cama. Cada vez era menos Iván y era más Evelyn. Y no había vuelta atrás.

Uriel se acercó y me abrazó, confundiendo mi tristeza: él pensaba que yo me sentía mal porque todavía mi cuerpo no era lo suficientemente femenino, pero en realidad, mi amargura era porque, por primera vez en mi vida, experimentaba el amor. Y dolía.

Lo abracé con las pocas fuerzas que la terapia hormonal me estaba dejando y sentí una oleada de desesperación tan terrible, tan repentina… Mientras abrazaba la espalda fuerte de mi tío, sentí que deseaba que él me amara, sentí que, si él deseaba un hombre, yo tenía que ser hombre y estaba haciendo todo mal… Me largué a llorar y él se asustó tanto que corrió a buscar el aparato para tomarme la presión arterial.

—Estoy bien —le dije. Sonreí. Sonaba la canción *I was born to love you*—. *I was born to love you with every single beat of my heart…* —canté, mientras él se sentaba en la cama, todavía nervioso.

—*Yes, I was born to take care of you, honey, every single day of my life…* ¿Qué pasa, Eve? —susurró.

Lo miré directamente a los ojos.

—Vos sabés bien lo que me pasa.

Y él apartó la mirada.

Pasaba casi todas las noches con Uriel. Antes dormía en el sofá del living, pero después, cuando llegó el invierno, me dejó que durmiera con él en su cama. Era una cama chica, de soltero, y al principio no entrábamos cómodamente. Yo me despertaba todas las mañanas con dolor de espalda y tenía que darme una ducha caliente para desentumecerme. Además, Uriel se movía mucho. Una madrugada, me desperté abrazada a él. Nunca me voy a olvidar. Y él me devolvía el abrazo; tenía el brazo izquierdo debajo de mi cuello y el derecho

alrededor de mi espalda. Me sorprendí, porque, por primera vez, me sentí absolutamente cómoda en esa cama tan pequeña…

Mi tío era muy solitario, siempre se había refugiado en su carrera. Nunca le conocí un novio, y solo tenía un amigo, un doctor de más o menos su edad, casado. El teléfono de su departamento no sonaba casi nunca, y cuando lo hacía, siempre eran de algún call center intentando vendernos algo. Mientras crecía, iba descubriendo más cosas acerca de él. Por ejemplo, me di cuenta de que, a pesar de que aceptaba su homosexualidad, no la vivía. Era célibe. Creo que estaba decepcionado de los hombres, quizá alguien lo decepcionó, nunca lo supe. También descubrí que le gustaba mi compañía, que de alguna manera yo había llenado un enorme vacío en su vida.

Esa noche, permanecí despierta largo rato, mirándolo dormir. Tenía un sueño bastante tranquilo. Yo, en cambio, él me contaba que hablaba y hasta me reía dormida. Me acerqué suavemente a su rostro y rocé sus labios con los míos. Sonrió. Sí, sonrió dormido. Me causó gracia y me empecé a reír, y entonces se despertó. Me soltó delicadamente, se refregó los ojos y miró hacia el techo en penumbras.

—¿Qué hora es? —susurró con la voz ronca.

—No sé, temprano —le dije.

Suspiró y me miró, y sentí que me derretía por dentro. Que estaba en la cama con el amor de mi vida y no podía ni abrazarlo, ni besarlo, ni acariciarlo.

—Soñaba con vos, soñaba que eras bebé de nuevo… —Alcé las cejas, sin saber qué decir—. Me puse muy contento cuando supe que ibas a nacer. Como sabía que yo nunca le iba a poder dar nietos a la *bobe*, me sacaste un peso de encima…

Nos reímos bajito, como compartiendo un secreto. Yo tampoco podría darle nietos a mi madre.

—Ojalá fueras mi hija —dijo, suspirando de nuevo—. Si fueras mi hija no estarías sufriendo todo lo que sufrís.

Yo pensé que habría sido un horror enamorarme de mi padre, pero entonces me imaginé que, si él hubiese sido mi padre, seguramente no me habría enamorado de él.

—Sos mi papá —le respondí, acercándome y acurrucándome contra su pecho—. Sos más padre que ellos dos juntos.

Me apretó contra él y me meció con suavidad… y cuando sentí sus hombros estremecerse me di cuenta de que estaba llorando.

—Lo que daría para que pudieran entenderlo…

Me solté de él con delicadeza y lo contemplé a los ojos, a través de la oscuridad de la habitación.

—Sos el amor de mi vida, ¿sabías, no? —le susurré.

Dos gruesas lágrimas atravesaron sus pestañas y se perdieron por sus sienes rubias.

—Vos también, Eve. Sos el gran amor de mi vida. Gracias a vos soy la persona que soy hoy. Te debo mucho, muchísimo…

Me incorporé sobre los codos. Él me miraba en silencio, sin decir nada. Me incliné hacia él y, sin atreverme a levantar la vista, le acaricié los hombros, el cuello, la cara, el pelo… Me tomó suavemente del mentón y me acarició el contorno de los labios, la piel de las mejillas. Entonces me incliné más y lo besé. Sí, era mi primer beso. Nunca nadie me había besado o tocado.

Separó los labios y abrazó los míos entre los suyos, tan suaves. Intenté meter la lengua en su boca y al principio no me dejó, pero luego cedió. Yo jamás había sentido la textura de una lengua que no fuera la mía, era tan distinto y se sentía tan caliente, tan mojado. Deslicé la mano por su vientre por encima de la ropa y quise llegar hasta su sexo, pero él me lo impidió en el último instante. Estaba erecto. Apoyó las manos en mi pecho para apartarme, pero entonces se dio cuenta de que estaba tocándome las tetas y me soltó.

—No… —farfulló—. No, Eve…

—Te amo —repliqué—. Y sé que vos me querés también…

—Sos la hija de mi hermano. Y sos menor de edad.

—Soy huérfana. Desde hace varios años que dejé de tener padres.

Y Uriel no respondió nada, porque sabía que yo tenía razón.

—A mí nunca nadie me va a querer así como soy… Nunca nadie va querer hacer el amor conmigo. Solo vos querés.

—Ya hablamos de todo eso, Eve. Si alguna vez te rechazan por ser transexual —susurró—, seguro que el pibe es un pelotudo.

Me estrechó suavemente entre sus brazos y me acarició el pelo. Medité sus palabras, ¿acaso él no me estaba rechazando porque fuera una mujer? Yo lo excitaba, eso acababa de comprobarlo. Sus palabras me dieron algo de esperanza. Quizá, algún día, cuando yo fuera más grande…

Mi hermana murió de muerte súbita cuatro meses después de que yo cumpliera dieciséis años. Justo el catorce agosto. Yo estaba en mi casa y me despertó el grito desgarrador de mi madre. Recuerdo que era una noche muy fría y que me había costado mucho dormirme, tan lejos de los brazos cálidos y cariñosos de Uriel. Me levanté, tropecé un par de veces, y salí al pasillo, medio dormida.

El llanto y los gritos venían de la habitación de mis padres, del primer piso. No podía imaginarme qué había pasado, porque jamás había oído gritar a mi mamá. Aunque Malena tenía un dormitorio para ella sola, la cuna todavía estaba en la habitación de mis padres.

Toda la familia estaba amontonada en la habitación, sin saber qué hacer. Mi abuela intentaba llamar al SAME, pero los brazos le

temblaban y el teléfono se le resbalaba de las manos. Su pequeño cuerpo se convulsionaba con el llanto. Mi mamá sostenía el cuerpo sin vida de Malena contra su pecho y le gritaba algo a mi papá: que era su culpa, que todas las noches salía a fumar al balcón y el humo le había hecho mal a la beba, que nunca estaba en casa, que tenía que cuidar a su hija sola, que la *bobe* era muy mayor y no podía ayudarla, que era su culpa, que era un asesino, que había matado a su propia hija…

Cuando me vio allí en la puerta, pálida como un muerto y temblando de horror, gritó:

—¡PRIMERO IVÁN Y AHORA… AHORA…!

No entendí qué quería decir. Pero entonces, sus palabras se derramaron sobre mi alma… y la atravesaron. La agujerearon, la partieron, la despedazaron. Para ellos yo estaba muerta. Tan muerta como Malena.

Corrí hacia mi habitación, me cambié rápido, agarré la mochila del colegio, guardé algunas cosas más y me fui volando de esa casa de locos. Caminé por las calles de Núñez como una sonámbula, con el frío glacial de agosto arañándome la piel. En mi desesperación, había salido demasiado desabrigada. Me solté el pelo para que me cubriera un poco la cara. Ya lo tenía largo hasta lo hombros.

La casa de mi tío quedaba del otro lado de Cabildo, así que tenía que llegar a la avenida. Caminé, con la cabeza dándome vueltas por la desesperación y la angustia. Eran las cuatro y media de la mañana. En mi apuro, me había olvidado las llaves. Uriel tardó en abrirme porque estaba cansado y no escuchaba el portero eléctrico. Solo cuando lo llamé al celular pude despertarlo.

—¿Qué pasó? —preguntó, medio dormido, cuando me vio atravesar la puerta del departamento.

Lo miré y abrí la boca para hablar, pero no me salieron las palabras. Lo único que escuché fue un gemido ronco, profundo, animal… y entonces me di cuenta de que era yo la que gritaba. Uriel cerró la puerta, me llevó al sofá y me dio un vaso de agua.

—¡Eve, decime, por favor!

—M-Malena… —articulé entre sollozos—. Malena mu-murió…

Le conté lo que había pasado. El pequeño cuerpo de mi hermana, blanco como una piedra; el llanto convulso de mi abuela; la desesperación de mi padre; los gritos de mi madre.

—Estoy muerta para ellos… mamá lo dijo…

—Eve, Eve… —me consoló él—. No quiso decir eso, quiso decir…

—¿¡QUÉ MIERDA QUISO DECIR!? ¡ESTOY HARTA DE QUE INTENTÉS DEFENDERLOS! ¡¿NO TE DAS CUENTA DE QUE SON DOS PELOTUDOS IGNORANTES!? ¡TRES PELOTUDOS IGNORANTES! ¿¡NO VES QUE A VOS TAMBIÉN TE TRATAN COMO SI FUERAS UNA BASURA?! ¿¡QUÉ TE PASA?! ¡¿ESTÁS CIEGO O SOS PELOTUDO VOS

TAMBIÉN?!

Mi tío se tensó. Frunció el ceño, apretó los labios. Por un momento pensé que me abofetearía de nuevo, pero no lo hizo. Solo se puso de pie, se apartó de mí y se sentó en el sillón que estaba junto a la ventana.

—No soy un pelotudo, Evelyn. No te voy a permitir que me faltés más el respeto de esa forma. Ya te permití demasiado.

Se me puso la piel de gallina, ¿qué quería decir con eso de que me había permitido demasiado? ¿No me dejaría dormir más con él? La sola idea me hizo sentir ganas de morirme en ese mismo instante.

—P-perdoname —sollocé, levantándome y yendo hacia él. Me arrodillé a sus pies y apoyé la cabeza contra sus piernas—. Perdoname, no pensé… lo dije sin pensar…

Uriel suspiró y me acarició el pelo, señal inequívoca de que ya me había perdonado.

—Ya sé, Eve. Ya sé. Levantate.

Le agarré la mano y le besé los dedos, los nudillos, la palma. Él me soltó suavemente y apoyó los dedos en mi rostro. Me acarició las mejillas. Se inclinó hacia mí, con el ceño fruncido y los ojos brillantes.

—Tu piel —musitó—… está… muy suave.

Sí, ese era uno de los primeros cambios que habían ocurrido. La piel, el pelo, la voz, los pechos, la fuerza física. También me sentía más… no sé, más sensible, débil, vulnerable. Supongo que eso es sentirse una mujer, ¿no?

Él volvió a la cama y yo me calenté en el microondas un vaso de yogur.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó—. ¿Cuándo vas a volver?

—No sé…

—Tengo que salir temprano para el hospital, si encuentro alguna cerrajería te hago otro juego de llaves, pero si no… Vas a tener que volver a tu casa, Eve.

—No quiero volver.

—¿No vas a ir al velatorio de tu hermana?

Me costaba decirlo. Me costaba siquiera admitirlo y aceptarlo, pero tuve que confesarle que no estaba triste por la muerte de Malena. Me importaba un carajo que se hubiera muerto. En realidad, sentía una extraña fascinación al ver a mis padres y a mi abuela sufrir de esa manera. Pensaba que, de alguna forma, estaban recibiendo su castigo por todo el maltrato al que me habían sometido todos esos años.

—Tampoco fui al del *zeide* —dije encogiéndome de hombros—. El *zeide* me odiaba…

—Malena no alcanzó a poder odiar a nadie —dijo Uriel, más para sí mismo que para mí.

En realidad, Uriel tampoco estaba triste. Éramos las ovejas negras de la familia. Nadie había llamado para comunicarle la noticia, cosa que lo hizo sentirse triste, confundido y humillado. ¿Qué iba a hacer? Decidió ir a trabajar, como todos los días, y yo estuve a punto de salir a las siete de la mañana hasta que me di cuenta de que no tenía colegio porque era sábado. Me tomé la pastilla de las ocho con un poco de agua de la canilla y me eché a la cama de nuevo.

Me desperté al mediodía. Mi tío llegaría a las cuatro de la tarde, así que decidí recibirlo con algo para comer. Primero, me deshice de mis ropas masculinas y abrí el placard: elegí una camiseta de mangas largas, una pollera de jean, calzas negras y me calcé las mismas zapatillas Converse con las que había llegado. Después saqué el bolsito del maquillaje y me dirigí hacia el baño.

Lo que vi en el espejo me asustó: realmente mi rostro se había transformado por completo. ¿Cómo era posible que mis padres no lo notaran? Ya casi no tenía músculos y el vello corporal había comenzado a disminuir. Además, sentía distinta la forma de mi cuerpo, Uriel me había dicho que con el paso del tiempo, la grasa corporal se me iría acumulando en las caderas y la cola.

Con los dedos temblorosos, agarré el delineador negro y me dibujé una delgadísima raya sobre los párpados superiores. Me gustaba el efecto que daba el negro en contraste con mis ojos claros. Como tenía el pelo lacio, mis pestañas eran cortas y poco curvas. El rímel las hacía más espesas, más largas y onduladas. El espejo me sonrió. Realmente era linda, sí, era un chica muy linda. Increíble lo que el pelo largo y el maquillaje podían hacer. ¿Qué haría con la boca? ¿La pintaría o la dejaría así, al natural? Me decidí por un poco de brillo, nada más. Realmente, no había nada que festejar y tenía miedo de lo que dijera mi tío cuando me viera vestida y maquillada, a pocas horas de la muerte de mi hermana.

El teléfono del departamento no había sonado, lo cual demostraba el poco interés que mi padre tenía por su hermano y por su hija. A menos que lo hubiesen llamado al celular.

Mientras tostaba el pan para la merienda, comencé a sentirme intranquila. En verdad, la muerte de Malena era una desgracia. Tal vez mis padres de repente recordaran que hacía dieciséis años habían tenido otro hijo.

Cuando mi tío llegó, apenas probó bocado.

—No me llamaron —dijo—. ¿Vos? ¿No llamaste?

Negué con la cabeza. Ya eran las seis de la tarde y el cielo estaba casi completamente oscuro. Saqué del placard la buclera, ya sabés, esa máquina para hacerse rulos, y le pedí a mi tío que me peinara. Él, un poco ido, aceptó.

—Cuando era chico siempre quise tener una barbie —dijo.

—¿Ya existían las barbies?

—Sí, Eve, la barbie es del sesenta —replicó, en tono ofendido, aunque yo sabía que bromeaba.

Mi tío había nacido en el setenta y cinco.

—Bueno, ahora tenés una barbie de carne y hueso toda para vos.

Me di vuelta y le rodeé el cuello con los brazos. Él sonrió y aceptó que lo besara. Me acarició los hombros, la cintura y se atrevió a meter la mano por debajo de mi camiseta. Se me puso la piel de gallina y me pegué a su cuerpo, desesperada, anhelando que me tocara, que me besara, que me hiciera el amor. Quería sentirlo, quería saber cómo era sentirse amada de esa forma, en cuerpo y alma. Quería entregarme a él, porque lo amaba y porque él había entregado por mí los mejores años de su vida. Ahora pienso que quizá éramos dos seres demasiado solitarios destinados a necesitarse. Uriel me recostó en la cama con delicadeza y me levantó la camiseta. Me besó el vientre, ese vientre que jamás podría albergar vida en su interior, y deslizó sus labios hasta mis pechos. No creía que se atreviera a hacerlo. Pensaba que a él, al ser un hombre gay, le disgustaría acostarse con una mujer transexual, aunque tuviera pene. Pero uno no se enamora de un pene, se enamora de un ser humano. Uriel recorrió mis pezones con sus labios tibios, los lamió, y yo sentía que me moría. Nunca había usado un corpiño porque no tenía manera de conseguirlo. Resultaba un poco raro que un hombre adulto entrara en una lencería y pidiera un talle tan chico; y a mí me daba vergüenza intentar obtenerlo por mis propios medios…

Me incliné hacia él y le saqué la camiseta. Su cuerpo, a pesar de que ya rozaba los cuarenta años, me parecía perfecto. Fornido, recio, viril, con vello pero no demasiado. Me recosté completamente sobre la cama y separé tímidamente las piernas, para hacerle lugar entre ellas. Él aceptó la invitación y repartió el peso sobre las suyas, para no hacerme daño.

Imaginalo, Pablo. No, no se parece en nada a lo que hicimos anoche vos y yo. Anoche vos y yo tuvimos sexo; yo con Uriel hice el amor. Imaginate dos cuerpos que se acoplan suavemente, con delicadeza, casi con miedo. Imaginate esos cuerpos acariciándose en cámara lenta, muertos de anhelo y a la vez, muertos de temor.

No usamos preservativo. Yo era virgen y él no tenía sexo hacía más de dos años. Además, quería sentirlo, quería sentir su carne contra la mía sin que nada nos separara…

—¿Te sentís culpable? —le pregunté después.

—Mucho —respondió, luego de meditarlo unos instantes—. Pero también me siento feliz.

—Yo también.

Nos quedamos un rato así, en silencio. Él me acariciaba el pelo y yo

recorría los músculos de sus brazos con la yema de los dedos. Uriel me preguntó si quería operarme cuando cumpliera dieciocho años. Le respondí que sí sin dudarlo.

—Hay un cirujano español muy conocido, es especialista en cirugías de reasignación genital. Lo conocí en Francia hace dos años y tiene muy buenas referencias.

Mi tío era un poco soñador, es verdad. Con el detalle de que sus sueños se hacían realidad. Esa noche, sin embargo… fue la última en que pudimos soñar juntos.

A la medianoche, alguien tocó el timbre del departamento. Nos despertamos sobresaltados. Estábamos desnudos, abrazados, el cuerpo del uno fundido contra el cuerpo del otro. Uriel se levantó de un salto y se puso los pantalones.

—¿Quién será a esta hora?

—¿Es el portero eléctrico…?

—No, es la puerta de acá.

Uriel fue a ver quién era y yo me quedé en la cama, desnuda, alerta. Agarré el celular por si de repente tenía que llamar a la policía. Entonces, horrorizada, escuché los gritos de mi padre.

—¡SÉ QUE LO TENÉS ACÁ! —vociferaba con la voz ronca—. ¿¡QUÉ TE PASA?! ¿¡ME ROBASTE A MI HIJO PORQUE NO PUDISTE TENER HIJOS TUYOS, PUTO DE MIERDA!? ¿¡DÓNDE ESTÁ?! ¡DECIME DÓNDE ESTÁ, CARAJO!

Me levanté de la cama de un salto y corrí a cerrar la puerta del dormitorio, pero ya era demasiado tarde. Mi padre empujó la puerta con todas sus fuerzas y yo caí al suelo, aturdida y desesperada.

—¿¡QUÉ…?!

Me llegó a la nariz un potente olor a alcohol. Mi padre estaba borracho, muy borracho. Gemí de puro horror y me arrastré por el piso, para lograr escapar, para que no viera mi cuerpo femenino desnudo. Entonces mi padre lanzó un grito de horror, un grito como de animal herido, un grito que me heló la sangre y que todavía, cuando lo recuerdo, me eriza la piel.

—¿¡Qué es esto, por Dios?! ¿¡QUÉ ES ESTO?!

—¡José, calmate, por favor! —gritó mi tío.

—¡Señor, cálmese! —suplicó otra voz.

Levanté la mirada. Era el encargado del edificio. Seguramente era quien había dejado entrar a mi padre, porque él no tenía llaves.

—¡MIRÁ, MIRÁ LO QUE ES, POR DIOS! —bramó mi padre, señalándome y cubriéndose el rostro—. ¡MIRÁ LO QUE LE HICISTE, DEGENERADO HIJO DE PUTA! ¡A MI HIJO, TU SOBRINO! ¡TE VOY A MATAR, PUTO DE MIERDA! ¡MIRÁ, HECHO UN MONSTRUO ESTÁS, UN MAMARRACHO…! ¿¡QUÉ…?! —Solté un aullido de desesperación. Intenté meterme debajo de la cama, pero mi padre me

aferró del brazo y expuso ante los tres mi cuerpo desnudo. Me había visto los pechos—. ¿¡QUÉ LE HICISTE?!

Pataleé, muerta de vergüenza y desconsuelo. Mi padre se inclinó sobre mí y…

—¿¡QUÉ LE HICISTE, BESTIA!? —…Me aferró los pechos con las dos manos.

Me salí de control. Aullé con toda la fuerza de mis pulmones y lancé una patada al aire. Le alcancé la cara. Él trastabilló hacia atrás y cayó al suelo, y entonces aproveché para levantarme y salir de la habitación. Antes de huir del departamento, agarré el guardapolvo blanco de mi tío y resguardé con él mi desnudez.

Mi abuela me abrió la puerta de la casa. Ni siquiera la saludé. Subí corriendo las escaleras, entré en mi habitación y llené un bolso con todas las cosas que necesitaría para sobrevivir en el mundo exterior. No eran muchas, realmente. Lo más importante eran las pastillas. Después, había un poco de ropa, algo de plata… y creo que nada más. Esa habitación no pertenecía a Evelyn, esa habitación era de Iván.

Pasé la noche en una estación de tren y el día siguiente, en un McDonald's. Quería ir a buscar a mi tío, pero no me atrevía a ir al departamento. Además, no tenía las llaves. Así que el lunes por la mañana fui a buscarlo al hospital y me hice pasar por una paciente.

Me dijeron que mi tío había muerto. Que se había suicidado y que no sabían nada más. Que el entierro había sido esa mañana y que… ¿sabía yo? Ese doctor era un tipo medio raro. Era, ¿cómo decirlo? Homosexual, sí, eso era. Homosexual. Era muy solitario, además, y muy serio. ¿No lo había notado yo? No estaba casado…

Sentí que la tierra se abría bajo mis pies y tuve que aferrarme de una pared para no caerme. Los rostros de los médicos se difuminaron en mis ojos y el mundo a mi alrededor empezó a dar vueltas… De repente, sentí que una extraña fuerza me azotaba el cuerpo, como un poderoso viento oscuro, una energía maligna que presagiaba un sinfín de desgracias…

—Para mí que sufría de depresión, pobre muchacho —dijo un doctor mayor con tono dolido. En su pecho decía *Luis Serluca, Médico Psiquiatra.*

Salí del hospital corriendo, llorando a gritos. Corrí sin rumbo gritando y llorando, y los transeúntes se apartaban de mi camino cuando pasaba cerca de ellos. Se giraban y se quedaban mirándome, murmurando entre ellos. Pasé un montón de semáforos en rojo, creo que fue un milagro que no me atropellara un auto.

Nunca más volví a mi casa.

—¿Lo mataron? —preguntó Pablo, con la boca seca.

No podía decir lo que estaba pensando: que el tío Uriel le parecía, sencillamente, un pedófilo y un abusador. Un lobo con piel de cordero. Aunque no hubiera aceptado la identidad de género de su hija, el personaje más sensato de todo el relato era, sin duda, el padre de Evelyn. A Pablo le inquietaba que ella parecía no pensar lo mismo.

Evelyn suspiró y miró el cielo. Quizá su tío la estuviese mirando desde ahí arriba, desde alguna estrella.

—No creo. Mi papá era muy autoritario, pero de ahí a matar a alguien…

Evelyn se bebió de un sorbo el café que quedaba, ya frío. Pablo estaba callado, pensativo.

—¿Y después? —preguntó—. ¿Cómo… cómo terminaste en la calle?

Evelyn soltó un pequeño *mngh* acompañado de un encogimiento de hombros.

—Llegué una noche a Constitución y empecé a trabajar. Así.

—Pero todo esto no fue hace tanto tiempo…

—Fue hace cuatro meses, pero para mí pareciera que hubiesen pasado años.

—Me imagino.

Pablo se despertó entre los delicados agudos de Andrea. Evelyn le había pedido que pusiera ese disco que habían escuchado en el auto y luego se recostaron en la cama, muy juntos, quizá tratando de adivinar a quién le declaraba su amor aquella femenina y exótica voz… ¿A un hombre? ¿A una mujer, tal vez? ¿A alguna persona que se debatía entre ambos géneros?

Pablo sonrió al escuchar a la búlgara cantar en español. De repente, se sobresaltó. Se incorporó sobre la cama y observó, a su lado, una pequeña hoja de cuaderno garabateada. Con el corazón en un puño, la leyó:

Gracias por todo, Pablo, lo pasé muy bien con vos.

Perdoname que me vaya, justo hoy tengo que pagar el alquiler, si no lo pago me echan. Me da pena despertarte…

Llamame, te dejo mi celu: 153342-3650. Llamame cuando quieras!!!

Eve

Pablo sonrió y contempló los grandes y redondos trazos de Evelyn. Era, sin lugar a dudas, letra de mujer. Siempre le había sorprendido ese enorme contraste entre la caligrafía de los varones (ganchuda, estrecha como las patas de un insecto) y la de las mujeres (delicada, redondeada, estilizada). En la infancia, la diferencia no se notaba. Durante los recreos, Pablo se paseaba entre las mesas de los chicos que hacían los deberes en la biblioteca y observaba sus pequeños dedos empuñados contra la lapicera y el papel. Le gustaba ver cómo sus manos se deslizaban sobre la hoja y cómo la tinta se desparramaba en los renglones, como un río azul brillante sobre un desierto de arena blanca.

Se apresuró a grabar el número en el celular y guardó la nota en la mesita de luz. Iría a buscar Evelyn esa misma noche, antes de que la levantara cualquier otro tipo. Se sentía feliz, pleno, como si pudiera atravesar el mundo de un salto y aparecer en China o en Bulgaria, junto a las cantantes de Santi. ¡Santi! Tenía que llamarlo, tenía que contarle que había conocido a una chica. Pablo se mordió el labio. ¿Qué diría Santiago? ¿Se sorprendería? ¿Se alegraría? Sonrió, pícaro… ¿se pondría celoso, quizás?

—Ahora no voy a estar todo el tiempo para vos, mi amor —dijo Pablo en voz alta.

Como vivía solo (su madre se había querido quedar con la gata y, en realidad, Britney siempre se había llevado mejor con ella que con Pablo o José Luis), tenía la costumbre de largar extensos monólogos

que solo él escuchaba, que se perdían entre los recovecos de su departamento, entre las páginas de sus libros abiertos.

—Ahora voy a tener novia y que te consuele tu vieja cuando algún pelotudo te deje tirado como el tarado de Gabriel.

En soledad, Pablo se transformaba. En sus monólogos, no tenía delicadezas para con nadie. Le decía a Santiago todas sus verdades: que pensaba que se había transformado en una puta que se cogía a todo tipo que se pusiera delante suyo, que le molestaba que fuese tan puto, que le molestaba que se enamorara de esos tipos y que después el pelotudo que tenía que consolarlo fuese él, Pablo, porque el tarado de Gabriel era eso mismo, un tarado, y ustedes dos (o sea, Santi y Gabo), ya podrían llevar cuatro años de novios si no fuesen tan pero tan pelotudos, los dos, eh, los dos son unos pelotudos…

—… Y yo bueno, si estoy acostumbrado a estar solo, si ni a Luján me invitaste, forro, porque te querías coger a Gabriel y al final te terminaste cogiendo un negro que te partió el culo al medio. Ahora jodete. Nah, no te preocupes, yo ya te perdoné, cómo no te voy a perdonar… Si a vos te perdono todo, vos sabés, mi amor. —Pablo suspiró—. Lo que no le voy a perdonar a Gabriel nunca en su vida es que te haya hecho sufrir tanto… Y que te siga haciendo sufrir. No entiendo, pendejo. ¿Por qué no te enamoraste de mí? ¿Por qué…?

Su madre y su padre también eran víctimas de aquella aplastante sinceridad:

—Y bueno, ahora cásense, ¿no? Aprovechen que otros pelearon para que saliera la Ley de Matrimonio Igualitario y cásense. No me van a decir que les da vergüenza, por favor…

A sus padres jamás los insultaba. Solo les decía las cosas tal como le hubiese gustado decírselas y, obviamente, nunca lo haría.

Cuando fue a la sala, Pablo observó el cielo. Eran más de las seis de la tarde y ya había oscurecido, pero el firmamento estaba de color naranja grisáceo, como una especie de pus encendida. Iba a llover. Abrió un poco el ventanal y respiró profundamente el aire del exterior. Sí, no cabía duda, el aire estaba cargado de la pesada humedad que presagia una lluvia torrencial. ¿Y Evelyn? ¿Saldría a trabajar con esa lluvia? O mejor dicho, ¿saldría a trabajar… luego de haber pasado casi un día entero con él? ¿Se habría dado cuenta de que Pablo quería tener algo con ella? Tal vez no quería hacerse ilusiones. ¿Cuántas veces la habrían ilusionado?

Eran la siete en punto, Santi y Gabo seguramente ya estaban por llegar al bar. Pablo revisó sus mails (invitaciones a eventos literarios; lanzamiento del libro de algún poeta desconocido; algún mail elogioso de un lector; actualizaciones de sus usuarias favoritas de Poringa) y se fue a duchar. Mientras se lavaba el pelo, pensó que si comenzaba a salir con Evelyn, debería cancelar su suscripción a Poringa. No

deseaba que su novia se pusiera celosa. Aunque, sinceramente, Pablo jamás había visto en Poringa a una chica trans tan linda como ella.

—*When I close my eyes only see is you. You set my heart on fire…* —cantó Pablo, junto con Andrea. Y luego se rio, porque si Santi lo escuchaba cantar al compás de *esa música pedorra,* tal como él la llamaba, lo cargaría durante el resto de la semana. Pero Santi no estaba ahí—: *Quiero un momento, mi amor… Quiero sentir tu calor… Quiero un momento, mi amor… ¡Amor, amor, amor…!*

Eligió la ropa cuidadosamente, se pondría lo mejor que tenía. Cuando se miró al espejo, se vio diferente. Un poco lindo, quizá. No se consideraba atractivo, pero… ¿Acaso no tenía la nariz proporcionada, los labios finos pero bien delineados, los ojos un poco alargados y achinados, dándole una eterna expresión de picardía cuando esbozaba una sonrisa…? Y tenía la piel limpia, por suerte no tenía demasiadas cicatrices de acné. Se puso los lentes de contacto. Si quería verse bien, lo mejor sería dejar de lado esos gruesos armatostes. Sonrió y se refregó los ojos con cuidado para quitar todo rastro de humedad. No era un adonis, pero tampoco estaba tan mal.

Como siempre, se vistió de negro, pero eligió una bufanda de color verde botella para cortar un poco la pinta de velorio. Antes de irse, rescató del armario del baño ese frasquito de perfume que le había regalado Santi para su cumpleaños, un Hugo Boss. ¿Sabías que Hugo Boss apoyó el gobierno de Hitler?, casi le espetó en la cara al pobre de Santi, cuando abrió el dichoso paquetito. Pero entonces, al observar los ojos expectantes de su amigo (esos ojos tan claros, tan tiernos) y su sonrisa de alegría (ay, esa sonrisa)… Pablo se relajó, abrazó a Santi y le dijo que gracias, que no tendría que haber gastado tanto, que ese perfume era muy caro, che. Y Santi dio un par de saltitos entre sus brazos y le dijo que estaba muy feliz de poder regalarle algo, porque le habían pagado muy bien por el show que habían dado en un cumpleaños de quince y además, Pablo se merecía todo eso y muchísimo más…

—Qué vas a saber vos de historia, mi amor… —susurró Pablo, echándose unas gotitas de Hugo Boss en el cuello y las muñecas—. Pero qué importa… si así estás perfecto.

Mientras manejaba rumbo al centro, Pablo construía palacios en el aire. Era uno de sus defectos y, en realidad, jamás había intentado superarlo. Se hacía ilusiones muy rápido, era soñador hasta el delirio y hasta había intentado varias técnicas antes de dormirse para hacer sus sueños más vívidos y reales. Por ese motivo, le gustaban las drogas y en sus noches de soledad, cuando estaba seguro de que nadie irrumpiría en su departamento ni en su teléfono (a veces lo desconectaba), se tomaba una pastilla y comenzaba a escribir tétricos poemas de mundos multicolores y paisajes envenenados. Solo tomaba

pastillas, sentía un desprecio inexplicable por cualquier droga que se fumara o inyectara. Fumar le parecía poco elegante y las inyecciones, el abismo del adicto. Lo suyo no era una adicción, tan solo una llave que le abría las puertas de otras dimensiones, de aquellos rincones de la naturaleza humana a los que no se podía acceder con la conciencia limpia. Mejor metáfora, imposible. Hacía una semana, su transa le había regalado un porro con cocaína. Un obsequio de la casa. Por cortesía, Pablo lo aceptó, aunque no pensaba fumárselo. Se lo regaló a Gabriel, quien le agradeció con una sonrisa en el rostro, como si Pablo le hubiese entregado la salvación eterna envuelta en papel de arroz. Con los ojos entornados, Pablo observó el rostro de su amigo mientras guardaba el nevado en un marcador sin cartucho. Lucía extraño. Lucía como cuando era adolescente y veía a Santiago acercarse a lo lejos. Entonces, Pablo lo supo: Gabriel se estaba hundiendo en su propia miseria.

—Che, posta, gracias —repitió Gabriel. Pablo alzó las cejas y sonrió de medio lado, en un gesto casi burlón.

Los mejores poemas de Pablo eran los que escribía drogado, ya lo sabía. Todos *los poemas de los viajes*, tal como él los llamaba, tenían un aire trágico y soporífero, un espíritu a la vez fatigado y lleno de esperanza. Hablaban de las nuevas enfermedades y de aquellas que mutaban con el paso del tiempo, como la gripe y la avaricia humana; de las máquinas que transformaban el mundo, que facilitaban la vida esclavizando al hombre y transformando su manera de pensar; de las nuevas genitalidades que comenzaban a hacerse visibles y las infinitas maneras de penetrar un cuerpo durante el acto amoroso…

Dejó el auto en el estacionamiento de enfrente del Obelisco, donde el empleado ya lo conocía y lo saludaba con una inclinación de cabeza cada vez que lo veía a través de los vidrios del Ford Focus negro.

—¿Cómo anda, muchacho? —le decía, cuando salía del auto.

Pablo sacó el paraguas y caminó por la peatonal Lavalle. La lluvia podía sorprenderlo en cualquier momento. La peatonal estaba casi desierta, no era una noche agradable para hacer turismo. ¿Sería una noche agradable para tener sexo?, pensó, acordándose de Evelyn otra vez. Los negocios estaban abiertos, Pablo ya se los sabía de memoria: Musimundo, McDonald’s, el cine Multiplex Lavalle, Ona Saez, Ricky Sarkany…

Askenzansky, recordó. Ese era el apellido de Evelyn. Dios mío, ¿la estarían buscando? ¿Habrían hecho la denuncia? ¿Se habrían suicidado sus padres, tal como su tío? Ese tipo de cosas se preguntaba mientras caminaba en medio de la peatonal Lavalle casi desierta, con las luces iluminando la humedad que hacía brillar el suelo…

Santi y Gabo estaban en el bar, sentados detrás de la barra. En el *Chichilo* sonaba alguna canción de Lady Gaga, Kazaky o Azis y el televisor estaba sintonizado en MTV. A Pablo le parecía ridículo que la televisión estuviese prendida con el volumen al mínimo, pero nunca decía nada.

—¿Qué hacen, maricas? —saludó. Un hombre que estaba tomando un café junto a la barra levantó la mirada con curiosidad.

Se saludaron. El abrazo que le daba a Santi era delicado; Pablo deslizaba con suavidad sus manos alrededor de su cintura y entrelazaba los dedos en su espalda; el abrazo que le daba a Gabo, en cambio, era fuerte, varonil, sin delicadezas y con algún ruido seco.

—Poca gente hoy —dijo Gabriel, meneando la cabeza—. Aye está jugando abajo —dijo, señalando el salón con la cabeza.

—Conocí a una chica —soltó Pablo de golpe. La verdad era que se moría por contarles y ver qué cara ponían.

Ambos amigos se quedaron callados. Santi parpadeó, como si no hubiese procesado por completo la información.

—¿Una chica? —replicó Gabo, porque estaba seguro de que Pablo era cien por ciento asexual.

—Bien ahí… —dijo Santi, intentando mostrar entusiasmo, aunque se notaba que estaba tan confundido como Gabriel.

—Sí, una chica. Se llama Evelyn.

Pablo arrastró un taburete y se sentó junto a ellos.

—Anoche la conocí, en Constitución.

—¿En Constitución…? —replicó Santi. En su rostro ya comenzaban a dibujarse las débiles señales del entendimiento.

—Es transexual.

Gabriel abrió los ojos como platos.

—¿No me digas…? Ay, boludo…

—¿Qué? —refutó Pablo. Pero entonces Gabriel relajó el gesto, acordándose, muy seguramente, de que la madre de su amigo era una mujer trans y que era muchísimo más dama que su propia madre.

—No, nada… ¿y es linda?

—Es hermosa. Cuando la vean se van a caer de culo, posta —dijo, con una sonrisa divertida—. Parece una muñequita.

—Debe estar re operada… —soltó Gabriel, con su característica poca delicadeza.

—No tiene *nada* operado.

—¿Nada de nada? —insistió Gabo—. Debe ser un monstruito, entonces.

Pablo se hartó. Dejo caer un suspiro de exasperación, se levantó del taburete y fue hasta la máquina de café expresso para prepararse un cappuccino.

—Che, Pablín, no te enojés —se disculpó Gabo, pero justo en ese

momento entró un grupo de chicas y tuvo que ir a atenderlas.

Pablo espolvoreó la canela sobre la espuma de la leche caliente. Había sido un tarado al pensar que el idiota de Gabriel podía sentirse feliz por él. A Gabriel solo le interesaban los detalles morbosos: si Evelyn se había operado las tetas, la cola, cuán grande era su pene, si se le paraba, si podía penetrarse a sí misma…

—No le hagas caso —susurró Santi, apoyándose junto a la heladera de Pepsi—. Sabés que él es así. —Y se encogió de hombros.

—Sí, pero no se le puede contar nada.

—¿Cómo es? —preguntó Santi en voz baja, con una sonrisita—. Lo importante es que sea buena y que te quiera, nada más.

Pablo sonrió. En realidad, le dijo, la había conocido anoche, así que no podía saber ninguna de las dos cosas. No estaba de novio, solo la había conocido. La había levantado en el auto, habían ido al departamento y habían tenido sexo. A la mañana siguiente, habían desayunado juntos y ella le había contado parte de su vida.

—Está bien para empezar —dijo Santi—. Me alegro un montón por vos.

—Gracias —respondió Pablo, bajando la mirada.

Se sonrieron un momento y luego Santiago dijo:

—Voy a atender, que hay gente.

La lluvia se desató a eso de las nueve. A las nueve y cuarto llegó el padre a buscar a Ayelén y les agradeció a los chicos por haberla cuidado. Se alejaron por la peatonal, cobijados bajo una enorme bolsa de residuos negra que Santi les prestó para que no se mojaran.

—Me acuerdo cuando en MTV pasaban música —dijo Pablo, con el cuello alzado hacia el televisor—. Cada vez más mierda este canal.

Santiago estaba sentado a la barra, otra vez, tomándose una lágrima con miel. Nuevamente el bar estaba desierto. Gabriel se había resguardado en el salón de abajo. Aprovechaba el tiempo para estudiar el libreto de una obra en la que iba actuar junto con el taller de teatro.

—Me ofrecieron unirme a un grupo de baile nuevo —le comentó Santi a Pablo, revolviendo con una cuchara la miel que se acumulaba en el fondo de la taza.

—No estás muy entusiasmado, por lo que veo.

Santiago miró hacia fuera. La lluvia difuminaba y vestía de gris la peatonal Lavalle. Un perro vagabundo se resguardaba en el portal de un negocio de ropa.

—Me gusta la idea. Sería un grupo solo de hombres, el estilo de Kazaky, ¿viste? A mí me encanta Kazaky. Bailaríamos canciones de Britney Spears, Madonna, Lady Gaga… y tendríamos una imagen bien

provocativa… Me re gusta la idea.

—¿Y entonces? —Pablo buscó los ojos de su amigo, pero los ojos de Santi no estaban allí, en el salón del bar… los ojos de Santi estaban depositados en el fondo de la taza, junto con la miel… O quizá volaban entre los recuerdos de algún hombre que lo había ilusionado y luego lo había abandonado. Santiago ya tenía veinte años.

—Adiviná quién fue el de la idea.

—¿Álvaro?

—Ajá.

Pablo se quedó callado, pensativo. Álvaro era uno de los muchos profesores que había tenido Santi en su formación de bailarín: un hombre alto, atlético, simpático, de pelo y ojos oscuros. Era coreógrafo profesional y desde el primer momento había sentido predilección por los movimientos de ese chico rubio de ojos azules. A veces, cuando se sentía triste, Santiago pensaba que Álvaro solo lo había seducido por eso: porque bailaba bien y era bello. Porque con él podría engrosar su grupo de bailarines y obtener más dinero de sus shows, sus presentaciones y sus performances. Santiago sabía que Álvaro, al ser el coreógrafo y el líder del grupo, se quedaba con más plata que el resto de sus bailarines. Cosa que le había parecido razonable hasta el momento en que el tipo había dejado de darle bola.

—¿Te dejó de llamar? —preguntó Pablo.

—No… me llama a veces. Me etiqueta en Facebook, me manda mensajes… Pero no sé, a veces pasa una semana que ni me habla.

—Y… debe tener sus asuntos también.

Pablo se mordió la lengua. Otra vez, otra vez lo mismo. Estaba cansado de justificar a todos esos tipos para que Santi no sufriera. Y lo peor era que lo hacía a conciencia, sabiendo que los tipos eran unos pelotudos que no se merecían ni un pelo de la cabeza de su amigo. Lo contempló en silencio. Tan lindo. Tan frágil. ¿Acaso no había sobre la faz de la tierra un hombre capaz de amar sin reservas a esa criatura divina… Un hombre que no lo hiciera sufrir, que respirara por y para él hasta el día en que sus vidas se extinguieran?

—Sí, yo —exclamó Pablo en voz alta, sin querer.

—¿Eh? —susurró Santi, distraído.

—Eso. ¿Vas aceptar unirte al grupo?

—No sé, lo tengo que pensar… me encanta la idea. Pero ¿viste? Justo cuando quiero olvidarme de él, no verlo tan seguido…

—¿No lo ves en las clases o en los ensayos?

—A veces. Ahora estoy haciendo un seminario de *femme style* con una profesora…

—¿No vino más por acá?

—El miércoles vino, con los chicos. —Santi se encogió de hombros —. Como si nada… ¿Y vos? ¿Cuándo salís con tu chica?

Cierto, Evelyn.

—No sé, la llamé hace un rato y no contesta. No creo que salga hoy a trabajar.

Santi se giró en el taburete y quedó frente a Pablo.

—¿Hace mucho que se prostituye? —preguntó con cuidado.

—Unos meses. Se fue de la casa, tuvo un montón de quilombos con su familia. Son judíos.

—Uh, qué jodido.

—Sí. Me contó que los gays, las lesbianas, los trans… los que se casan con gente no judía… Todos son como expulsados de la familia. Desaparecen del árbol familiar.

—Pobre piba.

—Y sí…

A las diez y media de la noche llegó el médico. Los chicos lo identificaban como tal porque siempre vestía los característicos pantalones verdes. Cuando se sacaba los abrigos, la camiseta a juego afirmaba lo supuesto. Sin embargo, ese sábado por la noche no vestía su uniforme. Era la primera vez que Pablo lo veía con una campera de cuero, unos vaqueros y unas Converse de moda. Pablo se había dado cuenta: al tipo le gustaba Santiago, pero este no lo había advertido. Para Pablo, el más observador de los tres, era evidente que el hombre solo iba ahí para ver a su amigo. Siempre se sentaba en la misma mesa, que le correspondía atender a Santi, y cuando el chico se paraba frente a él le dedicaba una tímida y perpleja mirada de profundo deseo. Cuando, por algunas de esas casualidades, lo atendía Gabriel, el médico lo miraba con una expresión decepcionada y cuando se iba no dejaba propina.

Pablo estaba convencido de que tenía una especie de sexto sentido con las personas: sabía cuando alguien valía la pena o no. En su caso, que alguien valiese la pena significaba, sencillamente, que tuviese el corazón noble, alguien de buenas intenciones. Por ejemplo, sabía que Santiago era el mejor ser humano que había conocido hasta ahora. También sabía que Gabriel era bueno, pero que a veces se hundía en sus propios problemas y allí se quedaba, estancado.

Esa noche, Pablo se dedicó, otra vez, a estudiar a ese hombre. A veces sacaba un libro o un cuaderno y fingía que leía (a veces leía en serio, subrayando con un resaltador celeste), y le echaba a Santiago ansiosas miradas por encima de la barra. No era un tipo atractivo, pero tampoco estaba muy mal. A Pablo le inquietó que el hombre hubiese acudido esa noche, seguramente una de las pocas noches que podría descansar de su trabajo. ¿Querría acercarse, por fin, a Santi? ¿Querría invitarlo a salir? Pablo sonrió para su interior y le dijo al

médico:

—Te doy permiso.

—¿Cómo? —preguntó Gabriel, que salía de la cocina con un nuevo budín de limón—. ¿Con quién hablás?

Pablo chasqueó la lengua. Otra vez esa costumbre de mierda de pensar en voz alta.

—Nada, que voy a llamar a Evelyn.

—Decile que se venga para acá, así la conocemos.

Pablo miró a Gabriel con cara de desconfianza y agarró el celular. Si Evelyn lo atendía, ni loco la invitaría al bar. Al menos no por el momento. Nada. Evelyn no contestaba.

—Tengo hambre —susurró Pablo, mirando el mostrador. Allí solo había tortas y budines dulces—. Me parece que me voy a ir a cenar al Lilium.

—Traeme algo —dijo Santiago, sentándose en el taburete de un saltito.

El médico lo miraba con atención desde su mesa, aguardando ansioso que fuera a atenderlo. Santi aún no se había percatado de su presencia.

—¿Qué querés? No te voy a comprar carne, eh.

—¡Qué malo! —chilló Santi, con un puchero—. ¡Mirá lo flaquito que estoy por tu culpa! —dijo, entallándose la cintura.

Pablo miró al médico: sonreía y le brillaban los ojos. Sí, quizá fuera un buen partido para su amigo. ¿Le daría bola Santi? ¿Sentiría rechazo por él por el hecho de que fuese doctor, como su padre y su madre?

—Dejá de coger tanto a ver si engordás —susurró Pablo en voz baja, para que solo Gabo y Santi lo oyeran. El rostro de Gabriel se crispó en una mueca. Bajó los ojos. Santi solo hizo un mohín pícaro y apartó la mirada.

Pablo decidió que ya era hora de irse. Iría caminando hasta el Lilium, tenía su paraguas. La peatonal Lavalle seguía pareciéndole hermosa a pesar de la lluvia, a pesar de que ya los negocios estaban cerrados.

Era sábado, así que quizá se encontrara con el tío Ernesto en el restaurante, o tal vez con Flavio, su marido, o por ahí con ambos. Era extraño pero, a pesar de que cenaba casi todos los fines de semana en el restaurante, casi nunca se encontraba con el tío Ernesto. Siempre veía a Flavio detrás de la barra, sonriendo y hablando en inglés o francés con algún grupo de turistas. Cuando Flavio veía a Pablo entrar al restaurante, se excusaba educadamente e iba a saludarlo. A veces se tomaban una copa de vino juntos y Pablo le leía alguno de sus nuevos poemas.

Esa noche de tormenta, Flavio estaba tomándose un whisky en el piso superior del restaurante, sentado junto al piano. Lilium estaba

casi vacío. Pablo subió.

—Cancelaron todas las reservas —dijo el hombre, de mal humor, a modo de saludo. Nunca saludaba cuando estaba de malas. Flavio tenía cincuenta y seis años. Era algo obeso y bajo de estatura, y siempre se lo veía con un cigarrillo en la mano. A pesar de su edad, no padecía de calvicie, tenía una abundante cabellera castaña que hacía juego con sus ojos, pequeños y siempre atentos.

—Qué mal —susurró Pablo con una pequeña sonrisa, porque ya sabía que Flavio no lo saludaría con su característica rimbombancia. A veces, Pablo pensaba que Flavio se preocupaba por el restaurante mucho más que Ernesto, que era el dueño. Se sentó junto a él a la mesa y dejó que el hombre se desquitara de su mal talante.

Lilium era uno de los restaurantes más lujosos y célebres de la peatonal. En la entrada, recibía a sus clientes una fuente con una sirena: una doncella sentada sobre una roca se peinaba la larga cabellera rizada y su larga cola de pez se perdía entre una enredadera de flores marinas. En el interior, todo el local estaba lleno de fuentes. Por la noche, las fuentes se iluminaban y el restaurante era un verdadero espectáculo. En ocasiones, Pablo oía a los mozos bromear diciendo que las fuentes recibían más propinas que ellos. Obviamente, la especialidad del lugar era el pescado, las delicias salidas del mar.

—Y para colmo, la pianista se enfermó…

—¿Gloria? Qué bajón…

—Y no es que se resfrió o le agarró una tocecita, eh. La tienen que operar de nuevo —susurró el hombre gravemente, tocándose el pecho.

Al principio, Pablo no entendió. ¿La operarían del corazón? Pero entonces recordó que a Gloria, una señora alta y delgada, de unos cuarenta años, que lucía largos vestidos de tubo cada fin de semana que tocaba el piano y que siempre se cubría el escote con un chal… Pablo recordó con pena que a Gloria le faltaba un seno por culpa del cáncer.

—Pobre… —susurró. Gloria le caía bien porque siempre accedía a tocar las canciones que le pedía. Hasta se había aprendido *River Flows In You*, una canción del pianista japonés Yiruma, porque Pablo le había comentado lo mucho que le gustaba. Gloria era feliz complaciendo a su público y le gustaba saberse las canciones de memoria para no tener la mirada fija en la partitura y contemplar a su público mientras actuaba.

—¿Ya la internaron?

—Se interna la semana que viene.

—Después decime dónde está, así la voy a ver.

—Sí, bueno —accedió Flavio—. Ahora tengo que conseguir otra pianista.

Eso era lo único que a Pablo no le gustaba del marido de su tío. Era

demasiado insensible, lo cual se compensaba con su habilidad para los negocios. A veces Pablo pensaba que esas características se daban en los seres humanos en par, que una no podía existir sin la otra.

Comió en el piso de arriba, prudentemente alejado de las pocas personas que reían alegremente en la planta baja. Le pidió a Flavio que le envolviera algún plato de su elección para Santiago y Gabriel, y cuando se fue, le dijo que saludara al tío Ernesto de su parte.

—A ver cuándo me presentás una noviecita vos —le dijo Flavio, con un guiño descarado—. O noviecito…

Pablo le respondió con una sonrisa divertida.

—Quizá más pronto de lo que pensás —le dijo a la noche, cuando salió del restaurante.

Horas más tarde, mientras caminaba rumbo al estacionamiento, Pablo vio al médico caminando por Carlos Pellegrini. Sin Santi, claro.

—¿Qué pasó, macho? —susurró Pablo con un poco de maldad y un poco de picardía.

Iban en dirección contraria, así que en unos segundos se encontrarían, quizá hasta intercambiaran una mirada. El médico iba absorto en sus pensamientos, con las manos en los bolsillos para protegerlas del frío nocturno. Miraba el suelo, con los hombros tensos en esa postura que la mayoría de las personas adoptan en medio del frío. ¿Qué estaría pensando? En Santi, quizá. O en el último paciente que había atendido. O en la última persona que se le había muerto, sin que él pudiese hacer nada para salvarla. Pablo pensó que tal vez el hombre aún era estudiante, puesto que era joven y recordaba haberlo visto subrayando sus libros fotocopiados. Aun así, el médico le daba la impresión de un hombre que no estaba conforme su vida. Seguramente era así, pensó Pablo. Un hombre gay que va casi todos los días a un bar para ver un pibe y no se anima a hablarle…

—¿Por qué no le hablás? —exclamó Pablo, cuando el médico pasaba junto a él. Esta vez lo hizo consciente de que el hombre lo escucharía. Quería que el hombre lo escuchara.

El médico se paró en seco. Miró a Pablo confundido, pero entonces… sus ojos lo reconocieron.

—¿Eh…?

—A mi amigo. Vas todo el tiempo al bar a verlo… pero nunca le decís nada. —Pablo habló suavemente, intentando no sonar avasallante, burlón o amenazante. Quería mantener una conversación con ese hombre, quería conocerlo un poco y saber si era posible que hiciera feliz a Santi, al menos por un tiempo.

El médico esbozó una sonrisa tímida y Pablo supo que no lo evadiría. El tipo podía decirle «no sé de lo que estás hablando», pero

no lo haría.

—¿Tanto se nota? —preguntó, avergonzado como un adolescente.

Pablo sonrió.

—La verdad que sí.

—¿El otro chico es el novio?

Ah, el dedo en la tecla, pensó Pabló, y no pudo evitar acordarse brevemente de Gloria. Miró a su alrededor. Estaban junto a una heladería (cerrada a esas horas de la medianoche) que tenía bancos en la entrada. Pablo sacó su pañuelo e invitó al médico a sentarse con un gesto. Limpió el banco y dijo:

—El otro chico se llama Gabriel. El que te gusta es Santiago.

—Santiago —repitió el hombre en voz baja, como saboreando las letras del nombre, como acariciándolas con la lengua.

—Nunca fueron novios, pero tuvieron una historia. Santi sufrió mucho por eso. Ahora cada uno anda en la suya. Santi sale con chicos de vez en cuando y Gabriel… no sé. Creo que tiene una mina, pero nunca nos dijo nada.

Allí, bajo la luz del cartel de la heladería, Pablo pudo ver mejor su rostro. Tendría entre veinticinco y treinta años, y las primeras patas de gallo ya le habían aparecido al costado de los ojos. Su piel era blanca, sus ojos de un color marrón bastante corriente, y una barba castaña de tres días le rodeaba la barbilla y parte de las mejillas. No era alto, Pablo calculó que no llegaba al metro ochenta. Además, no tenía un cuerpo escultural como los que Santi veía a diario en sus clases y ensayos, y como el que él mismo había comenzado a desarrollar por culpa de su rutina diaria. Quizá no se sintiera atraído por un hombre como él.

—¿Tiene novio Santiago? —preguntó el médico.

—No —respondió Pablo—. Santi es bailarín, está estudiando danza. Ahora anda atrás de uno de sus profesores. Es un forro el tipo.

Pablo sacó un cigarrillo y le ofreció uno. El hombre lo rechazó y Pablo vio que sus ojos habían adoptado una expresión triste, quizá imaginándose que él nunca estaría a la altura de un bailarín profesional.

—¿Por qué…?

—¿Por qué es un forro? Porque a Santiago lo usa. Santi es lindo, ¿viste? Y además baila muy bien. Al tipo le gusta, bah, le calienta. Y además eso del baile profesional es todo una mafia, como todo. Es un ambiente muy competitivo. El tipo gana plata por las coreografías que hace, gana una comisión cuando los contratan… y a los bailarines les da monedas. El tipo seduce a los chicos que le gustan, los recluta para su harén de bailarines y así gana plata. Es conocido, eh. Hace musicales y todo eso…

—¿Cómo se llama?

—Álvaro. Álvaro García Acosta.

—No lo conozco.

Pablo le dio una calada a su cigarrillo y sonrió. El médico se veía preocupado. Se quedaron en silencio unos instantes, en medio de la noche, mirando los escasos autos que pasaban por la 9 de Julio a toda velocidad.

—Te voy a decir algo, pero no lo tomés a mal —susurró Pablo. El médico lo contempló, expectante—: Santi se acuesta con hombres que lo tratan para la mierda.

El hombre le devolvió una expresión de horror contenido y acongojada sorpresa. Por un momento no dijo nada.

—¿Siempre fue así?

Pabló lo meditó por un momento.

—Sí. No te voy a contar cosas íntimas porque eso solo te lo puede contar él. Pero sí. Gabriel lo hizo sufrir mucho. Un par de tipos con los que salió o intentó salir. Y ahora Álvaro.

El médico sacó un paquete de chicles de menta y se metió uno en la boca. Le ofreció uno a Pablo y este, al igual que el hombre había hecho con su cigarrillo, lo rechazó.

—Parece como si le gustara sufrir, porque siempre se enamora de las personas equivocadas. O sea, tipos que vos los ves y a simple vista te das cuenta que no son para él. Ni para nadie. Tipos… no sé, desagradables. Machistas. Incluso homofóbicos.

—¿Gays homofóbicos? —replicó el médico, sorprendido.

Pablo soltó una profunda bocanada de humo y asintió con vehemencia.

—Álvaro es así. Si algún día lo ves te vas a dar cuenta. Al chabón le gusta portarse bien macho…, pero es bailarín, es una profesión que culturalmente está más asociada a la mujer. Y parece que eso le molestara. Santi es afeminado y a Álvaro no le gusta que sea así. Cuando se porta muy femenino lo reta, le dice que deje de hacer el ridículo. Y Santi se siente mal, porque él ya es así, es su forma de ser. Eso es homofobia.

—Sí —susurró el médico con tristeza. Y después, raramente, sonrió.

—¿Qué? —dijo Pablo, sonriéndole también, para animarlo a hablar. Ah, la sonrisa: una técnica que rara vez fallaba.

—Nada… Que a mí me gusta cómo es él. —Pablo se alegró de que por fin el médico se animara a decir algo más que preguntas y monosílabos—. La primera vez que fui, hace dos meses, lo vi y él estaba de muy buen humor. No sé por qué. Se reía, hacía chistes a la gente. Y la gente se reía. Entonces lo empecé a mirar… y me gustó. Empecé a ir más seguido al bar y me di cuenta de que me gustaba cada vez más… Pero no sé qué hacer para encararlo.

Sin pensarlo, Pablo le preguntó:

—¿Qué edad tenés?

—Veintiocho… —respondió el médico, algo intimidado. Pablo se dio cuenta de que acababa de meter la pata—. ¿Y Santiago?

—Veinte… Vos, ¿sos bisexual?

El médico suspiró y Pablo pensó que nuevamente había dicho las palabras equivocadas.

—Tengo una hija —reveló.

Evelyn no contestaba el celular. Por primera vez, Pablo pensó que quizá lo hubiese engañado. Tal vez ese número no era su celular, tal vez ese número ni siquiera existía. O quizá lo tenía apagado porque estaba durmiendo, o por ahí sus compañeras se lo hubiesen robado. Nuevamente, mientras manejaba, Pablo tejía en su cabeza millones de hipótesis para explicarse por qué Evelyn no le contestaba las llamadas. Por ahí no quería verlo más.

Sin embargo, las palabras del médico, quien se presentó como Juan Manuel (Juanma) cuando se despidieron, todavía reverberaban en su cabeza: *tengo una hija*.

Juanma nunca se había casado, dijo, pero había vivido con su novia desde hacía tres años, desde el nacimiento de Paula, su única hija. Se había separado hacía seis meses porque ya no soportaba que su mujer le dijera lo que tenía que hacer, le recordara lo mal padre que era y hasta le echara en cara la patética vida sexual que estaban teniendo. Que Juanma era un pelotudo por no aprovechar el talento que tenía para la cirugía y querer ser psiquiatra en vez de ganar mucha plata siendo médico cirujano. Que Juanma era un pelotudo por no haber reservado el departamento que querían una semana antes y por su culpa se habían tenido que mudar a esa ratonera. Que Juanma era un pelotudo por no haber sacado la tarjeta SUBE cuando era gratis y ahora había tenido que comprarla. Que Juanma era un pelotudo porque se le habían quemado los fideos.

—Pero es mi culpa también —se lamentó—. Porque yo desde el principio me dejé manipular. Era más fácil. Que ella decidiera qué comer o a dónde salir…

Pablo le había preguntado cuándo había descubierto que le gustaban los hombres. Y Juanma le dijo que se había dado cuenta en la adolescencia, más o menos a los quince años, pero que como también le gustaban las mujeres, no se había preocupado demasiado. Que seguramente se le pasaría algún día. No se había imaginado que estaría años junto a una mujer que un día le diría que estaba embarazada y que su vida, lentamente, se iría transformando en un abismo. No se imaginaba que esa mujer le quitaría todas las ganas de conocer nuevas mujeres y que un día conocería a un chico que le

despertaría los deseos de probar suerte con un hombre.

—Por ahí lo que necesitás es un descanso —había opinado Pablo, con cuidado, porque tenía tanta experiencia en relaciones de pareja como el médico en relaciones homosexuales.

—Sí, lo necesitaba. Llevo ya seis meses solo… Ahora quiero empezar de nuevo.

Pablo recorrió las mojadas calles de Constitución. Volvía a llover y un trueno resonó por encima de los edificios, estremeciendo el pequeño y olvidado barrio. Quizá las travestis pararan en algún bar los días de lluvia. Era posible que estuviesen en alguna discoteca de la zona, aguardando que algún cliente las levantara. ¿Estaría Evelyn allí, a la espera de algún cliente? Pablo se puso histérico de solo imaginarlo.

Decidió volver a casa. Ya la encontraría otro día. La seguiría llamando y, si en una semana no volvía a saber de ella, volvería a estar solo de nuevo y seguiría al acecho de una nueva compañera.

—Contame de Santi —le había pedido Juanma.

Pablo meditó lo que diría.

—Es un amor de persona, estoy seguro de que si lo conocés te vas a enamorar más de él —le dijo. Y era cierto. Juanma lo miró con una enorme sonrisa, quizá bendiciendo su suerte de haberse cruzado con Pablo, o de que Pablo se hubiese cruzado con él y le hubiese hablado —. Desde siempre le gustó bailar y estudia danzas hace más de dos años. Baila de todo. Él tiene tres hermanos y a la familia no le gusta mucho que sea gay. Para que te des una idea, Santi sacrificó su viaje de egresados para poder pagarse las clases de baile. Los padres son médicos —Juanma alzó las cejas, sorprendido— y están bien de plata, o sea, no les falta nada y tampoco es que les sobre mucho, pero igual el padre jamás le dio un peso para que se pagara nada. Santi empezó a bailar y él mismo se paga sus cursos con la plata que hace bailando en eventos y con la plata del bar. Ahora con las propinas que le dejás se va a poner su propia escuela de danzas… —Juanma se rio, un poco abochornado.

Había abordado al médico para saber si sería un buen partido para Santi. Ahora, mientras se metía en la cama, Pablo meditaba si Santi sería un buen partido para el médico.

El hombre llegó una mañana al bar, de la mano de su hijita de cinco años. Se notaba que eran pobres, muy pobres, y que seguramente no tendrían plata ni para pagarse un jugo exprimido en un vaso chico. Él vestía unos jeans gastados con manchas de grasa, unas zapatillas Nike sucias y una camiseta negra con el logo de Adidas todo descosido. La nena vestía una remerita rosa y una pollera haciendo juego, pero el rosa estaba desteñido, como si hubiese pasado tardes enteras bajo el sol de enero. La nena estaba más limpia que su papá.

El hombre, aprecié cuando me acerqué a la mesa, tendría entre treinta y cuarenta años. Era morocho, de piel un poco oscura, rasgos aindiados y labios gruesos. Le dijo a su hija que eligiera lo que quisiera y ella, con sus manos diminutas, agarró la carta y señaló el dibujo del batido de frutas más caro. El hombre no pareció echarse atrás. Volví al mostrador y le dije a Gabo que preparara el especial batido primavera. Gabo soltó un bufido y entró en la cocina.

No era una mañana muy concurrida, pero hacía bastante calor. Me molestaba el flequillo. Me senté al mostrador y saqué de mi mochila un espejito, las horquillas de colores y el peine. Entonces me di cuenta de que el hombre me miraba. Cuando lo miré, desvió la vista y fingió que toda su atención estaba en su hija. Pero lo descubrí mirándome varias veces más y cuando les llevé el batido recién preparado, me dio las gracias y me dirigió una sonrisa inquieta.

Más inquieto quedé yo, porque nunca me había sonreído un hombre tan grande y menos uno que tuviese hijos.

El hombre volvió al otro día, y al otro día, siempre acompañado por su hijita. Me miraba mientras atendía a la gente, me decía gracias sonriéndome y cuando se iba, siempre miraba hacia atrás, como si se hubiese olvidado algo.

Una tarde me pidió si podía cuidarle a la nena un rato mientras él iba a hacer una llamada al locutorio que estaba dos cuadras subiendo Lavalle. Le dije que sí, un poco incómodo porque el salón se estaba llenando. Me traje a la nena detrás del mostrador y Pablo le dio unas hojas de su cuaderno y una lapicera para que se entretuviera.

—Ya pasaron más de veinte minutos, Santiago —me dijo Gabo en voz baja, preocupado porque el hombre no volvía—. ¿A dónde se fue a llamar por teléfono?

La nena había hecho unos barquitos de papel medio deformes.

—Ay, qué lindos tus barquitos —le dije—, pero no tienen agua.

Fui a la cocina, llené un plato con agua y ella metió sus barquitos allí. Le pedí que no mojara el mostrador y ella obedeció.

El padre apareció a los veinticinco minutos y nos pidió perdón

diciendo que se había quedado sin monedas y en el locutorio no le querían aceptar billetes. Le dijimos que estaba todo bien y él se fue con su hija, sin olvidar mirar hacia atrás para encontrarse con mis ojos.

Todas las tardes, a eso de las tres, el hombre nos pedía que le cuidáramos a Ayelén un ratito. Siempre volvía y siempre tardaba un par de minutos más. Ayelén se quedaba con nosotros detrás del mostrador, jugando a los barquitos, que cada vez eran más grandes. Él nunca habló conmigo más de cinco o seis palabras, no me preguntó mi nombre, ni mi edad, ni dónde vivía, y yo tampoco le pregunté nada a él. Si no hubiera pasado lo que pasó, seguramente su recuerdo se habría desvanecido de mi memoria así sin más, como se desvanecieron los rostros de todos hombres que alguna vez me miraron o me sonrieron…

Una tarde, el hombre no llegó. Se hicieron las cuatro, las cinco, y no llegaba. El salón estaba lleno y no podíamos cuidar a Ayelén. Ella no estaba preocupada por que su papá no llegara, parecía como si estuviese acostumbrada a su ausencia o como si en verdad hubiese estado esperando que desapareciera para siempre.

—¿Qué hacemos? ¿Llamamos a la policía? —preguntaba Gabo, con sus pelos recién teñidos parados en todas direcciones. Pronto estrenaría otra obra de teatro y su personaje era un científico loco.

—¿Lo voy a buscar? —decía Pablín. Pero no teníamos idea de en dónde pudiese estar ni mucho menos, vivir.

—¿Dónde vivís con tu papi, Aye? —le pregunté a la nena—. ¿Sabés tu teléfono?

Ella siguió jugando con sus barquitos.

—Cerca pasa el tren ahí —balbuceó—. Cerca pasa el tren hace ¡chu, chu, chu!

Hablaba medio mal, medio entrecortado, con una voz demasiado aguda incluso para una nena de cinco años.

Llegó un grupo de chicas y a los apurones les hicimos sus cinco licuados de banana.

—Ni idea de dónde puede ser eso —les dije a los chicos.

Podía ser cualquier estación de tren: Urquiza, Drago, Belgrano, qué sé yo. Podía ser cualquiera de los montones de trenes que atravesaban la ciudad. Pero Gabo nos miraba con una expresión sombría, como sabiendo a qué lugar se refería Ayelén.

—Viven en la Villa 31 —sentenció.

—¿Te parece…? —replicó Pablo—. Boludo, qué prejuicioso que sos…

Entonces escuchamos los gritos y la sirena de la policía. Primero pensamos que algo pasaba en el bar, porque de repente todos se quedaron en silencio. Vimos que las personas que estaban cerca de la

calle se asomaban para ver qué ocurría. Afuera, las personas se arremolinaban y estiraban sus cuellos como jirafas.

—¿Qué pasa? —dijo Gabo en voz alta.

Él y Pablo salieron, dejándome a mí con Aye. Me asomé por encima del mostrador y se perdieron de mi vista. Muerto de curiosidad, me olvidé de Ayelén y salí a la calle. Como ya empezaba a anochecer, la luz del patrullero me dio de lleno en la cara y me obligó a cerrar los ojos.

El hombre estaba con la cara pegada a una pared, inmovilizado por dos policías que lo doblaban en tamaño y estatura. Cuando intentó zafarse, uno le dio una patada en las canillas, haciéndole aullar de dolor.

—¡Me robó, me robó, me robó! —chillaba una mujer escuálida de unos cincuenta años, vestida con un tapado de piel y unos tacos como de treinta centímetros—. ¡Me robó, me robó!

Me giré hacia el salón y vi que Ayelén salía, con el helado que le habíamos regalado chorreándole por la manito hasta el codo. Corrí hacia ella y, con el corazón en la garganta y sin saber qué decirle, la hice entrar.

Su papá era un ladrón, un chorro. Cada tarde, cuando nos dejaba a su hija para que la cuidáramos *un ratito*, él se iba a robar billeteras entre las multitudes que se apiñaban en las avenidas más concurridas del centro de Buenos Aires, en los negocios caros, en las peatonales repletas de turistas.

Gabo habló con la policía y tuvimos que cerrar el bar. Nos llevaron a la comisaría, nos tomaron declaración y a eso de las dos de la mañana nos largaron. Volvimos al *Chichilo*, limpiamos todo en silencio y llamamos a Ernesto para explicarle que estábamos muy cansados y que al otro día abriríamos un par de horas más tarde. Ernesto no lo podía creer y dejó que nos quedáramos a dormir ahí otra vez, porque le dijimos que no teníamos ni fuerza ni ganas para dar un paso más, ni para decir una palabra más.

Fuimos al cuarto del fondo, sacamos un colchón, corrimos las mesas de abajo y como pudimos nos acomodamos los tres en el pequeño lecho improvisado.

Cuando me acosté entre Pablo y Gabriel, me di cuenta de que estaba desvelado y que no podría dormirme. Recordé la mirada del hombre, sus sonrisas, los grititos de Ayelén, su boquita toda sucia de chocolate…

Me levanté con cuidado para no despertar a los chicos y me fui al baño de mujeres. Entré en un cubículo, me senté en el inodoro y me largué a llorar.

Evelyn cruzó la calle y entró en el mercado chino de la esquina de Constitución y Cochabamba. Era el único negocio abierto a esas horas de la noche y tenía demasiada hambre como para caminar hasta el quiosco. El mercado era más barato, pero evitaba ir a comprar allí para no cruzarse con Liu. Desde aquella noche, cuando el chico se había dado cuenta de que Evelyn era trans, abandonaba la caja para no tener que atenderla. Apenas la veía entrar, gritaba algo al aire y de la puerta que estaba junto a las heladeras de la cerveza salía un joven chino con aspecto malhumorado que se sentaba en la caja hasta que ella se iba.

Evelyn jamás se habría imaginado que el pibe fuera tan pelotudo. ¿Acaso no se había dado cuenta de que Evelyn tenía nuez? ¿De que su voz era forzada? ¿De que no tenía tetas? Nunca había intentado engañarlo y aquella noche en ese barcito, cuando le comentó al chico que estaba cansada de ser prostituta y el chico se dio cuenta de que era trans… Aquella noche había sido terrible para Evelyn. No sabía con qué intenciones el chico chino la había invitado a tomar algo (¿sexo? ¿amistad? ¿ambas?), pero había aceptado por el simple hecho de que casi nunca rechazaba una invitación…

Para Evelyn era raro haberse acostado toda la semana con el mismo hombre. Además, notaba que Pablo no tenía mucha experiencia sexual. Sus movimientos eran torpes pero tiernos, y no era para nada exigente. Eso le gustaba, porque por primera vez sentía que podía disfrutar del sexo y dejarse llevar. No, no se estaba enamorando, pero no podía evitar sentir por Pablo una especie de cariño levemente mezclado con lástima. Cualquier hombre que necesitara los servicios de una prostituta le inspiraba lástima. Y, por ahora, Evelyn no había dejado de ser en esa cama una trabajadora sexual.

—¿Qué querés comer? —le preguntaba Pablo después de que terminaran.

A veces Evelyn se sentía incómoda con él, porque se daba cuenta de Pablo la trataba como a una novia. Eso también le gustaba, pero a la vez le causaba miedo. Si Pablo quería que fuesen novios, tal vez querría que dejara de prostituirse. ¿Y de qué viviría entonces?

En la caja había una chica que no conocía. Antes de levantarse e irse, Liu le había contado que lo habían obligado a dejar China, que extrañaba mucho su país y que no tenía amigos argentinos. Además, se había dado cuenta de que las mujeres consideraban a los asiáticos feos. Y los hombres en general tampoco tenían preferencia por las chicas de ojos rasgados, a menos que fueran actrices porno de Playboy. Su hermana, que en China era hermosa, en Argentina era una

chinita más del montón, tan fea como las demás inmigrantes de su país…

—Seis con treinta —dijo la chica, con su español atravesado.

Evelyn le extendió un billete de diez pesos, agarró el yogur y rechazó la bolsa.

Caminó tranquila por las calles de Constitución, aquel desolado paisaje que ya le era tan desgraciadamente familiar. Los carros de los cartoneros que revolvían la basura, los jóvenes fumando sus pipas de pasta base y las primeras trabajadoras sexuales que madrugaban a aquellas horas de la noche para comenzar su jornada de trabajo. Las calles estaban húmedas y en el aire se respiraba la lluvia junto con el hedor de los desperdicios.

Le dolía la cabeza y solo quería encerrarse en su habitación, comerse el yogur y echarse a dormir. Lo único que lamentaba era que no vería a Pablo. Luego le mandaría un mensaje de texto, avisándole que se sentía mal.

—Eh, pendeja, ¿y los cincuenta de la otra vez? —le dijo una voz rasposa cuando cruzaba la calle, hasta la esquina de San José y 15 de Noviembre.

Evelyn se volteó, de mal humor. Era La Beibi, una mujer trans jujeña a la que le había pedido un favor la semana pasada. El favor en sí solo era que le avisara si veía pasar un Ford Focus de color negro mientras ella iba al baño del bar a orinar, que el auto era de un cliente y que ni se molestara en intentar seducir a su dueño, porque era un cliente fijo. La Beibi había aprovechado la situación y le había pedido cincuenta pesos a cambio. Y como Evelyn prefería ver a Pablo a que perder esos cincuenta pesos, aceptó el trato.

—Ya te los di, nena, no me rompás las pelotas —dijo Evelyn, sin hacer caso, siguiendo su camino.

—Eh, ¿qué le pasa a la rusita? —prepoteó la otra, con sorna. Y agregó alzando la voz—: ¿Ahora porque tiene un chonguito que se la coge todos los días se cree mejor que nosotras?

Evelyn se alarmó y miró a sus costados. Si había alguna mina cerca y escuchaba lo que decía La Beibi podía tener problemas. Evelyn sabía que debía tener cuidado y que las demás no la querían. Le decían *la rusita* por ser rubia natural y tener los ojos claros. Por supuesto, ellas no tenían idea de que el apodo le venía como anillo al dedo.

—¡Eh, pendeja! —gritó La Beibi.

Evelyn apuró el paso. La Beibi tenía alrededor de veinticinco años y era una prostituta con experiencia. Ya se había hecho las lolas, la cola, las piernas y los labios. Las lolas se las habían fabricado con aceite de avión, pero para la boca había ahorrado para pagarse un profesional. Sin embargo, Evelyn sabía que La Beibi, a pesar de ser una de las más antiguas y tener una figura despampanante, no tenía demasiado peso

entre las prostitutas. Era temperamental, pero para llevar las riendas se necesitaba alguien que fuera inteligente, además de violenta. Y Evelyn sabía que la llamaban, en secreto, *la retrasada*.

—Beibi, ya te di la plata, en serio, basta… —se lamentó Evelyn, girándose y encarándola—. Me siento mal, me quiero ir a dormir…

—Me siento mal, me siento mal —se burló La Beibi, fingiendo la voz de bebé por la que se había ganado su apodo—. ¡Tarada!

—¿Qué pasa acá?

Evelyn se sobresaltó. Una travesti alta y delgada se materializó desde detrás de una parada de colectivo. Llevaba puesto un ajustado y cortísimo vestido rojo y sus enormes pechos se escurrían por el atrevido escote. Con tacos y todo, la travesti debía medir casi dos metros. Tenía las manos y el cuello repletos de joyería de fantasía. A Evelyn le hizo pensar en un insecto grande y jugoso.

—¡Pasa que esta bobita no me quiere dar una plata que le presté! —gritó La Beibi.

—¡Mentira! —chilló Evelyn—. ¡Me pidió plata por un favor que le pedí y ya le pa…!

—¡Y ahora se hace la linda, Sandra! ¡Dice que tiene un maridito que se la coge y por eso se cree mejor que nosotras! ¡Pobrecita la rusita!

—Dale la plata, nena —exclamó Sandra, con los brazos en la cintura.

—¡No le voy a dar nada a esta retrasada de mierda!

El golpe la hizo caer al suelo. Soltó el yogur, que se deslizó por la vereda húmeda hasta el asfalto de la calle. Quiso ponerse de pie, pero un taco aguja se le clavó en la palma de la mano como en una extraña escena sacada del Nuevo Testamento. Sus huesos crujieron y un relámpago de dolor se extendió desde la punta de sus dedos hasta la masa más profunda de su cerebro. En ese momento pasó un auto y, mientras chillaba otra vez, la luz la cegó justo cuando una patada la tiraba de nuevo sobre la vereda sucia.

—¡HIJA DE PUTA! —gritaba La Beibi—. ¿QUÉ TE CREÉS PORQUE TENÉS ESA PELUQUITA MUGRIENTA?

—¡SOLTAME, FORRA DE MIERDA! —gritaba Evelyn, dando patadas y manotazos al aire.

—¡RETRASADA DEL ORTO Y LA RECONCHA DE TU HERMANA PUTA!

Evelyn logró ponerse de pie y se lanzó hacia su agresora. La agarró de los pelos, le arrancó la peluca, le arañó la cara, le mordió la mano con la que intentaba taparle la boca…

La Beibi se soltó y sacó un cuchillo. Evelyn miró a su alrededor en busca de algo que pudiese utilizar como arma, pero no halló nada. Era un milagro que no hubiera una botella vacía en medio de la calle. Ni

siquiera una piedra o un pedazo de baldosa floja. Sin embargo, no dejó que el miedo le ganara. Había descubierto que las riñas la llenaban de adrenalina, tanto verlas como ser parte de ellas.

—¿Qué me vas a hacer con ese cuchillito, retrasada? —jadeó, escupiendo al piso la sangre que le llenaba la boca. Sabía que estaba herida, pero estaba tan subida que no sentía dolor.

—¡TE LO VOY A HACER COMER, FORRITA!

La Beibi se avalanzó hacia ella con el cuchillo en alto, Evelyn se agachó y le dio un puñetazo en los testículos. Por algún motivo, Evelyn nunca había visto que una trans golpeara a otra en los genitales. La Beibi cayó de costado al suelo, aullando de dolor como un animal herido.

—¡TOMÁ PARA QUE TENGAS, MOGÓLICA DE MIER...!

Evelyn no advirtió las sombras que se acercaban a ella por detrás. En menos de un segundo, otra persona la había agarrado de la cintura, mientras otra le sostenía la cabeza con una mano. En la otra mano tenía una tijera.

—Mirá, mariconcito de mierda, agradecé que te tenemos acá porque nos das lástima, pero no te vamos a permitir que vengás a jodernos la paciencia, ¿entendiste? —le dijo Sandra entre dientes. Evelyn se estremeció al sentir el caliente aliento en su oreja. Todo en Sandra olía a alcohol.

Al ver la tijera, Evelyn sintió más miedo que al ver el cuchillo de La Beibi. Las puntas brillaban como un maleficio, acariciadas por las luces de los postes de luz. Los dedos de Sandra eran largos y ganchudos y sus uñas, afiladas como las garras de un buitre. Evelyn no sabía quién era la otra que la sostenía, pero no le importaba. Lo único que deseaba en ese momento era que esas tijeras no hicieran lo que amenazaban hacer…

—Nena, eh… nena…

Evelyn abrió los ojos. Estaba en el Parque España, ¿cómo había llegado allí? Lanzó un jadeo de horror y se tocó la cabeza… y entonces… soltó un aullido fuerte y profundo que espantó a las aves nocturnas que paseaban entre el camino de piedras rojas.

—Shhh… tranquila. Dale…, dale, ¿cómo te sentís?

Evelyn gritó de rabia. Golpeó el pasto con sus puños heridos y el dolor le sacudió todos los nervios del cuerpo, como si sus huesos se estuviesen quemando desde adentro. Le habían cortado el pelo otra vez.

—Eh, eh… Tranquila.

Levantó la mirada. Sonia la miraba desde sus ojos maquillados, desde su rostro que todavía conservaba los restos de su pasado

masculino. Evelyn sabía que Sonia no se prostituía, que a veces merodeaba cuidadosamente las zonas rojas en busca de alguien con quien tener sexo. Solía sentarse en algún bar a aguardar que algún hombre la abordara. Si alguna prostituta iba y se quejaba, Sonia le invitaba una cerveza o un whisky y terminaban amigas. Evelyn la conocía de vista y sabía los rumores que pululaban acerca de ella. Algunas decían que era un político que se vestía de mujer para tener sexo con hombres; que era un escritor documentándose para una novela; que era una travesti de Francia que había hecho carrera en Europa y había vuelto, llena de plata y de joyas. Porque Sonia siempre iba muy bien vestida. Para Evelyn, esa travesti era simplemente un misterio.

—Mirá cómo te dejaron, pobrecita…

—¡Llevame con Pablo! —sollozó Evelyn.

Se sentó en el pasto. El parque estaba desierto a esas horas de la madrugada, ni siquiera un vago fumando paco en algún rincón o algún vagabundo durmiendo bajo alguna de las estatuas, ni siquiera un auto estacionado en una esquina, con dos o más personas teniendo sexo en su interior. Solo las aves, los grillos, el pasto húmedo y las dos mujeres.

—¿Quién es Pablo?

Evelyn estuvo a punto de decir *mi novio*, pero se mordió la lengua. Pablo no era su novio. Pablo era justo lo que había dicho La Beibi: un chonguito que se la cogía todas las noches. Nada más.

—Un amigo.

Sonia se mordió el labio y miró a su alrededor.

—Vení, vamos.

Evelyn intentó ponerse de pie sola, pero le fallaron las piernas. Sonia la agarró de la cintura. En medio de la oscuridad, cruzaron la calle y caminaron hasta el Hospital Británico.

—¡NO! —chilló Evelyn, al ver la imponente fachada del hospital.

—Shh… tranquila. Vamos a mi auto, mirá, ahí está… —susurró Sonia, señalándole un Volkswagen Gol. El auto estaba estacionado frente al hospital, junto a una farmacia—. Ese, el rojo…

Evelyn se acomodó en los asientos traseros y se inspeccionó el cuerpo. Estaba hecha un desastre: tenía las rodillas y los codos rotos, los dedos magullados, el labio partido y golpes diseminados en todo el abdomen y la espalda. La peor herida era la de su mano, la que el taco de La Beibi le había hecho cuando la había pisado.

—¿Dónde vive tu amigo? —le preguntó Sonia. Evelyn sollozaba en silencio.

—En Caballito.

—¿En qué parte, más o menos?

Evelyn soltó un suspiro de desesperación y se dejó caer sobre el

asiento.

—No sé —chilló—. Cerca de la Facultad de Letras…

—Cerca de Filo, mnn… —susurró Sonia, con tono casual.

—¿Conocés? —le preguntó Evelyn.

—Yo estudio ahí —le dijo Sonia, sonriéndole por el espejo retrovisor.

—Mi novio también —exclamó Evelyn. Algo parecido al alivio comenzaba a abrirse paso en su interior.

Se pusieron en marcha. Pasaron por la estación Constitución, atravesaron el centro, saludaron la Avenida 9 de Julio, siguieron por San Cristóbal, Balvanera, Almagro y finalmente llegaron a Caballito.

—Así que es tu novio, eh —susurró Sonia—. Y se llama Pablo…

—¿Por?

—Yo también me llamo Pablo. A veces. —reveló Sonia, dejando de fingir la voz.

Evelyn sintió un sacudón en sus entrañas. Ninguna mujer trans le había revelado jamás el nombre que le habían colocado sus padres al nacer.

—*Iván*.

—¿Qué?

—Que a mí me pusieron *Iván*.

Sonia le sonrió de nuevo.

—*Evelyn* me gusta más.

Evelyn e Iván tenían ganas de largarse a llorar de nuevo. ¿Qué diría Pablo cuando la viera? ¿Estaría en su casa? Por ahí había salido anoche. Quizá ni siquiera hubiese ido a buscarla, tal vez había preferido ir a los lagos de Palermo, y como tenía auto… ¿Qué le hacía pensar que Pablo la recibiría en el estado en que estaba? Así lastimada y dolorida no podría tener sexo con él.

—Bueno, esa es la Facultad de Filosofía y Letras —anunció Sonia, mostrándole un lúgubre edificio de color mostaza—. ¿Dónde vive tu novio?

—Acá a tres cuadras.

Evelyn se bajó del auto seguida por Sonia. Cuando se acercó al portero eléctrico, se dio cuenta de que no sabía la letra del departamento.

—¿No sabés qué departamento es?

—Es el décimo piso, pero…

—¿Da a la calle?

Evelyn le explicó la disposición del departamento de Pablo

—Entonces tiene que ser el E o el F —dijo Sonia.

Evelyn, no muy convencida, tocó el timbre del departamento E.

—Es muy temprano, nena —se lamentó Sonia, mirando su reloj. Evelyn sabía identificar un reloj caro y el de Sonia tenía toda la pinta

de ser importado. Nada que ver con las baratijas de plástico que usaban algunas de sus compañeras de calle.

—¿Hola? —dijo una voz masculina en el portero eléctrico.

—¡Pau! —chilló Evelyn, acercando la oreja al auricular—. ¡Soy Eve! ¿Podés bajar?

—¿Pasó algo…? Sí, sí ya bajo…

Evelyn tiritó de frío y se sobresaltó cuando Sonia se le acercó por detrás y la rodeó con un cálido abrazo.

Una pastilla
Dos pastillas
Un agujero en tu cráneo
por donde se escapan
todos tus sueños
tres pastillas
cuatro pastillas
cinco pastillas y un poco de humo
seiscientas sesenta y seis hormigas
que te comen
el intestino delgado
seis pastillas
ocho pastillas
un eructo atragantado
en medio de tu hígado roto
nueve pastillas
diez pastillas
once pastillas y un poco de vodka
un laberinto de espejos
te traga, te agranda, te multiplica,
te sacude desde los huesos
hasta las náuseas
doce pastillas
once pastillas
trece pastillas y un crucifijo enterrado
novecientos cadáveres vivos
con moscas en vez de ojos
catorce pastillas
quince pastillas
mil millones de vueltas
alrededor de tu sombra
tienen un año y tres primaveras
dieciséis pastillas
diecisiete pastillas
veinte pastillas y más cerca el vómito
treinta pastillas y más cerca la muerte.

Pablo estaba escribiendo cuando sonó el portero eléctrico. Sabía que sería Evelyn. También sabía que si Evelyn le tocaba el timbre algún día a esas horas de la madrugada, sería porque algo no andaba bien. En el poco tiempo que habían pasado juntos (en la cama, frente a la televisión, en la ducha) se había dado cuenta de que era orgullosa, aunque a veces intentara ocultarlo. Y que ella misma fuese a buscarlo a su casa… era señal de que lo que sucedía en ese momento, fuera lo que fuese, era más fuerte que su orgullo femenino.

Bajó corriendo por las escaleras, porque el ascensor estaba en el tercer piso y la espera lo impacientaba. Cuando llegó a la planta baja, se detuvo en seco. Había dos sombras allí, bajo las precarias luces de la entrada, acariciadas por la oscuridad de la noche y el débil brillo de la luna. Pero lo que más le asustó fue la presencia de Evelyn.

Se le cayeron las llaves al suelo. Evelyn sollozaba, con su labio hinchado y la sangre manchándole su piel de muñeca de porcelana... los ojos de Evelyn eran apenas dos pinchazos en medio de su rostro… y su pelo, no era necesario imaginarse qué le habían hecho a su pelo…

—¡Pau! —chilló Evelyn echándose en sus brazos.

Pablo sintió que todo su peso se derrumbaba sobre él. Evelyn olía a sangre, a tierra húmeda, a transpiración. Sin embargo, la recibió en sus brazos como al regalo más precioso que el cielo se hubiese decidido a darle.

—¡Me pegaron…! —sollozó.

—Shh… —le susurró al oído—. Tranquila, dale, vamos a casa que acá hace frío.

Sonia se dio cuenta de que a Pablo le temblaba la voz, pero no pudo saber si era de pena o rabia.

—¿Vos la trajiste?

—Sí. —Sonia se adelantó unos pasos y alargó una delgada mano pálida—. Sonia —susurró, algo cohibida.

—Pablo. Gracias, Sonia. ¿Querés subir? ¿Tomar algo caliente? —Pablo no sabía si se lo imaginaba, pero los rasgos de Sonia le sonaban de algún lado. ¿Era posible que la hubiese visto por las calles de Constitución? Seguramente. Sin embargo…

—No, no…, gracias. Tengo que dormir porque mañana tengo parcial.

Pablo alzó las cejas. Una mujer trans que estudiaba. Se sintió contento por ella. Quizá hasta pudieran ser amigos y ella podría convencer a Evelyn de terminar el colegio.

Se saludaron, y Pablo y Evelyn subieron al departamento. Evelyn se lanzó al sofá y se largó a llorar con tanta fuerza que Pablo tuvo que pedirle que bajara el volumen, porque alarmaría a los vecinos.

—¡Mirá cómo me dejaron, Pablo! —repetía ella sin cesar, tironeándose de las mechas puntiagudas en las que había quedado convertida su hermosa cabellera rubia.

—Tonta, el pelo te va a crecer —la reprendía Pablo una y otra vez, mientras le limpiaba las heridas con agua oxigenada—. Agradecé que no te partieron una costilla o no te sacaron un diente.

Evelyn tuvo que aceptar que tenía razón, pero que eso no hacía que se sintiera menos desgraciada.

—¿A ver esa mano? —exclamó Pablo, al observar la horrible herida de la palma derecha—. Me parece que tendríamos que ir al hospital por esto…

—¡NO! —gritó Evelyn, y Pablo volvió a mirarla nervioso—. Perdón… —se disculpó, bajando la voz—. No quiero, ahí me van a hacer un montón de preguntas y… me van a pedir el documento.

Pablo le curó las heridas en silencio, mientras Evelyn sollozaba bajito y la piel blanca de su rostro se empapaba de lágrimas y mocos. Después le sirvió un vaso de jugo de naranja y galletitas de salvado. La alzó en brazos y la llevó hasta el dormitorio, donde la depositó con cuidado en la cama.

—¿Qué pensás hacer? —le preguntó Pablo.

Evelyn lo contempló con desasosiego. Pablo estaba de mal humor porque se había enganchado con una prostituta y eso solo le estaba trayendo problemas. No podían salir de día porque ella se pasaba las horas diurnas durmiendo. No podían ir a un boliche porque tal vez a ella le pidieran el documento. No podían viajar… Mientras Evelyn le devolvía una mirada cargada de tristeza, Pablo pensó que quizá su padre pudiera contarle cómo había hecho para que su relación con Vanina prosperara. Pero Pablo se olvidaba de un detalle: su padre estaba enamorado de Vanina.

—¿Con qué? —sollozó Evelyn.

—O sea… ¿vas a volver allá, qué onda?

Evelyn bajó la mirada y comenzó a retorcerse las manos. Se encogió de hombros. Pablo se preguntó cómo era posible que así, con el ojo hinchado, el pelo hecho un desastre y el labio roto, le siguiera pareciendo tan hermosa.

—¿Te querés quedar acá conmigo?

Evelyn lo miró con los ojos llorosos. Soltó un quejido agudo y su pecho se sacudió, al compás de su llanto. Pablo se mordió el labio. No estaba seguro de querer vivir con ella, no estaba seguro de querer vivir con nadie, en realidad. Pero ¿quién estaba seguro de las cosas? Y de repente, la etérea presencia de un alma femenina en su cama le pareció atractiva, le pareció la perfecta cura para la soledad a la que se había acostumbrado desde chico, cuando comprendió que no podría tener un hermano.

—¿Te parece? —replicó Evelyn, incómoda. Y le dijo que lo más probable era que fuera una molestia, una carga, un gasto, porque ella no tenía plata para ayudarlo con el alquiler, ni con los servicios, ni con la comida…

—Eh, eh —la consoló Pablo, tomándola entre sus brazos—. El departamento es mío, no pago alquiler. Y los servicios… bueno, qué sé yo… Los pago yo, no te preocupés por ahora. No podés volver allá… —Suspiró. Evelyn lo miraba con atención, pero seguía llorando—. Sos chica, Eve, no tenés que estar en la calle prostituyéndote. Tenés que estudiar o qué sé yo, hacer algo que te guste, tener amigos, salir… todavía sos adolescente. Esa vida… esa vida no es vida.

Evelyn se mordió el labio herido y apretó los ojos. Dos gruesas lágrimas le bajaron por las mejillas y se perdieron por entre las comisuras de sus labios. Pablo sintió que ese nudo que le oprimía el pecho desde la noche en que la había conocido por fin se deshacía. Había querido decirle eso hacía tantos días, tantas noches…

—¿Cómo? ¿Cómo puedo hacer todo eso si ni siquiera tengo documento? ¿En dónde voy a poder estudiar?

Evelyn no sabía si la estaban buscando. Pablo entró en el sitio web de *Missing Children* y no halló nada. Buscó en Internet el nombre de Iván Askenzansky y tampoco. Aunque la verdad era que no tenía ni idea de cómo enterarse si los padres de Evelyn habrían hecho la denuncia.

—No creo que hayan denunciado nada —dijo ella, desde la cama—. Deben estar contentos por que desaparecí, así dejo de avergonzarlos frente a la familia, con sus amigos, en el colegio…

—¿Con qué excusa? —replicó Pablo, no muy convencido—. No es tan fácil, nena.

—Que me mandaron a estudiar al extranjero, qué sé yo. Ellos querían que yo estudiara música como mi mamá. Ella hizo un intercambio en Viena, es profesora en el Colón.

—¿Música?

—Sí, decían que era lo único que yo hacía bien, tocar el piano, porque en el colegio me iba para el orto.

Pablo alzó las cejas, sorprendido.

—¿Sabés tocar el piano?

—Piano y violín. También sé un poco de guitarra, pero prefiero el violín. ¿Por qué? ¿Qué pasa?

Pablo esbozó una sonrisa entusiasmada.

—Creo que ya te encontré trabajo.

Pasaron las últimas horas de la madrugada charlando. Evelyn le explicó por qué había surgido la pelea con La Beibi: el yogur, el favor,

las puteadas. Ella sabía que, para no tener problemas, debía doblegarse a todo lo que le dijeran y pidieran, pero jamás había estado dispuesta a eso. No era su naturaleza. Así se lo había explicado Romina, una prostituta trans con la que se llevaba bien y que le había salvado el pellejo en varias ocasiones. Pero Evelyn nunca se había arrodillado ante nada ni nadie y no iba a hacerlo ahora, en su nueva vida como mujer. Para ella, sus años de sometimiento a los demás se habían terminado. No quería volver a empezar ahora.

Pablo le leyó un par de poemas, le preparó un té de tilo para que se tranquilizara, le dio un ibuprofeno para el dolor, hielo para la herida de la cabeza y le dijo que, bueno, que la cama era grande. Ella le sonrió y sus ojos se llenaron de lágrimas otra vez. Se echó en sus brazos. Permanecieron así largo rato, acunados junto al cuerpo del otro, mientras el amanecer teñía el pequeño balcón primero de naranja, luego de dorado.

Pablo se despertó a las ocho de la mañana en punto, como siempre. Con un sobresalto, pensó que llegaría tarde al instituto. Pero entonces recordó que estaban en vacaciones de invierno y que no estaba obligado a ir al colegio en esas fechas porque ya tenía toda la biblioteca en orden: los libros organizados en las estanterías, el registro de alumnos actualizado, incluso había hecho una base de datos de todos los libros disponibles, cosa que la anterior bibliotecaria, una mujer ya mayor que apenas sabía usar una computadora, jamás habría podido hacer.

Se levantó y fue a la cocina a prepararse un té verde solo con galletitas veganas. ¿Qué haría ese día? Con un suspiro, pensó que la herida que Evelyn tenía en la mano necesitaba atención médica. Pero sabía que era inútil intentar llevarla a un hospital.

—Pau.

Pablo dio un respingo. Evelyn estaba parada en el marco de la puerta. La herida de su ojo ya se había desinflamado un poco. En su labio comenzaba a formarse una costra.

—Hey… Qué temprano que te levantaste —le dijo Pablo—. Vení, sentate.

La cocina de Pablo era pequeña, angosta y larga. Allí solo entraban la heladera y una mesa muy chica, solo para dos personas.

—¿Sabés que no me había dado cuenta de que tenías balcón? —comentó Evelyn mordisqueando una galletita—. Pero lo tenés re triste, ni una plantita hay.

—No soy muy bueno como amo de casa. Si querés podés comprar una planta para decorarlo —le propuso él con una sonrisa casual.

Evelyn le devolvió la sonrisa de puro compromiso, porque no tenía ni siquiera una moneda para pagarse un boleto de tren.

—¿Cuándo… cuándo podría empezar a laburar en lo de tu tío?

Pablo le explicó que en realidad no era su tío, que era amigo de su padre… y entonces se dio cuenta de que no podía presentarse con Evelyn así, en el estado en que ella estaba. Por lo menos debían esperar a que se le curaran las heridas de la cara. Con respecto al pelo, le ofreció llevarla a una peluquería esa misma mañana, cuando terminaran de desayunar.

Cerrito Mix era la primera bailanta gay de Buenos Aires, incluso quizá la primera de toda la Argentina. Muchas personas despreciaban el lugar diciendo que allí había un mucho *wachiturro*, mucho *pibito chorro*… y se iban con sus tacos a bailar a lugares más sofisticados, más elegantes, a esos boliches donde no te dejaban pasar con gorra o zapatillas.

Pero a mí me encantaba Cerrito Mix y me daba por las bolas que lo criticaran. Cuando conocía a alguien, enseguida le preguntaba si le gustaba Cerrito Mix. A Álvaro no le gustaba, pero cuando sus amigos insistían, se la bancaba. Sin embargo, hoy no lo habían invitado. Hoy éramos solo los bailarines. Quería olvidarme de él aunque fuera por un rato, porque el lunes tendría que volver a verlo en los ensayos.

Nunca había pensado que diría esto… pero estaba cansado de bailar. Estaba cansado del ambiente en el que me movía todos los días. Si era delgado y me gustaba mi cuerpo tal como era, ¿por qué tenía que torturarme todos los días con dos horas de pilates para sacar músculos?

Miré el cielo, estaba negro como el ala de un cuervo y la luna se ocultaba entre los árboles de las plazoletas de la 9 de Julio. Cerrito Mix aún no abría, pero la fila se hacía cada vez más larga, a pesar del frío nocturno.

Me llegó un mensaje de texto: era La Marilyn y me decvía que estaba por llegar. La Marilyn era lo más parecido a un amigo que tenía en la Escuela. Cuando había ingresado pensaba que allí podría hacer muchos amigos que compartirían mi pasión por bailar, pero en un par de meses comprendí que las cosas no eran tan color de rosa como me había imaginado. Cuando me veían bailar, los varones me contemplaban con los ojos entornados, prestando atención a cada uno de mis movimientos para apreciar en qué parte de la coreografía me equivocaba. Se miraban entre ellos con el cejo fruncido. Y al final, algunos ni siquiera aplaudían. Tardé en comprender que sentían envidia.

—¿Dónde te teñís? Te lo dejan re bien el pelo —me preguntó un chico una vez.

La pregunta me sorprendió y al principio no comprendí qué quería decir. Balbuceando, le dije que era mi pelo natural, que mi papá era

rubio de ojos claros porque era hijo de alemanes.

El ambiente del baile profesional es sumamente competitivo. Y no alcanza con bailar bien. Hay que ser excelente, hay que ser perfecto. Y tampoco con ser perfecto alcanza. Hay que ser hermoso. Todos los días estoy rodeado de gente bella. Mujeres con extensiones de pelo, chicas con lentes de contacto azules o verdes, muchachos bronceados artificialmente por las artes de las camas solares. Detestaba el color de zanahoria quemada que queda en la piel luego del bronceado artificial. Me parecía tan poco natural, tan plástico, tan antiestético que me daba náuseas…

Me llegó otro mensaje. Era de Luli y decía que no iría, que se sentía mal. Luli era algo así como una amiga y era lesbiana. Era muy femenina y era bailarina de danzas árabes. La semana anterior me había dicho que tenía pensado abandonar árabes para dedicarse a un estilo más moderno. Quizá pasarse a danza jazz. Luli me contó esto un poco triste, un poco alegre. Le pregunté por qué quería dejar árabes, si siempre había sido su pasión, si ahí nos habíamos conocido y yo sabía cuánto disfrutaba bailando al compás de los derbakes… Me sentí acongojado por su respuesta:

—Quieren que me opere las lolas.

—¿¡QUÉ?! —chillé. Suerte que el salón estaba vacío. Aun así, mi grito rebotó contra los espejos.

Luli me contó que estaba cansada de que bromearan a costa de sus pechos. Sus compañeras no lo hacían con maldad ni mala intención (muchas de ellas lucían lolas grandes gracias a las siliconas), pero los chistes ya la estaban hartando. Que a fin de año harían una vaquita para pagarle la operación, que esto, que lo otro. Y además, dijo, ya casi no podía disfrutarlo. Me contó que para las presentaciones le compraban un corpiño dos talles más grande y que lo rellenaban con push-up. Luego se lo ataban con tanta fuerza que, después de un par de horas, siempre le quedaba en el cuello una horrible y dolorosa marca roja. La última vez había sido el colmo. Le había quedado el cuello lastimado, había sangrado, había llorado, y su padre le había gritado y había llamado a la escuela de danzas furioso como un toro.

—Ya no sé si quiero seguir bailando árabes…

Todos teníamos problemas por alguna cosa u otra. Todos estábamos disconformes por algo. Todos, en algún momento, nos preguntábamos por qué nos apasionaba bailar. ¿No podía gustarnos algo más sencillo, como cocinar, hacer cálculos matemáticos o enseñarles a leer a los nenes chiquitos? ¿Algo que no nos obligara a someter nuestros cuerpos a dolorosos y costosos tratamientos de belleza?

—¿Qué pasa que estamos así pensativos? —me saludó La Marilyn, sacándome de mis ensoñaciones.

Nos saludamos con un beso en la mejilla y él me contó todo lo que

había hecho para poder llegar. Que el colectivo no pasaba y entonces se había tomado el tren, que no había sacado boleto y para su sorpresa, en la estación de Retiro estaban los guardias, inspeccionando que todos los pasajeros hubiesen pagado para viajar. Que había simulado un acento extranjero para zafar de la situación, fingiendo que no entendía nada de lo que los hombres decían… y que ellos mismos le habían dicho qué colectivo tenía que tomarse para llegar hasta Cerrito y 9 de Julio. Nos matábamos de risa. La Marilyn era un personaje.

—¿No viene Álvaro, no? —le pregunté… tal vez un poco ilusionado.

—No. Yo al Forro Mayor no lo invité. A menos que alguno de los boludos lo haya invitado…

Álvaro tenía muchos apodos: Forro Mayor, El Sargento Marica, La Soldadota, El Ken Arrepentido. Mi preferido era La Soldadota.

El nombre verdadero de La Marilyn era Diego. Le decían así porque en un musical él había interpretado a Marilyn Monroe y, en vez de elegir llevar la correspondiente peluca, se tiñó el pelo de rubio platinado. Ahora lucía su color verdadero, castaño oscuro, pero el apodo prevaleció y a él no le molestaba que lo llamaran así.

Diego era el que mejor me caía de todo el grupo. No me parecía tan superficial o envidioso como los demás, quizá porque él no tenía pensado dedicar su vida a la danza, como el resto de nosotros. Él estudiaba para ser profesor de Biología. Y yo, a mi manera, lo envidiaba de la misma forma en que mis compañeros me envidian a mí.

—Ese tipo se tiene que ir de la Escuela. No puede seguir haciendo lo que hace —susurró Diego, apoyándose contra la pared. La fila para entrar a Cerrito Mix se hacía cada vez más larga y la noche, cada vez más fría—. ¿Sabías que parece que se queda con plata de los trajes? Tiene acuerdos con las modistas y se reparten lo que sobra.

Me quedé callado, porque sabía todo lo que se decía de Álvaro. Que se acostaba con los mejores bailarines para tenerlos de su lado y que no bailaran para otros; que vendía a Estados Unidos las coreografías que hacíamos los estudiantes como trabajos prácticos; que era el culpable de que las cuotas y matrículas hubieran aumentado casi un cincuenta por ciento en dos años porque había chantajeado a la directora; y que aprovechaba cualquier oportunidad para quedarse con más plata de la que le correspondía.

—Si siguen aumentando voy a tener que dejar alguna clase —dijo Diego, pensativo.

Diego vivía con su padre, su abuela y sus dos hermanos. Su papá siempre lo había apoyado en todo (hasta en su sexualidad) y trabajaba casi doce horas por día para que a sus tres hijos no les faltara nada.

Diego, sabiendo que hablar de Álvaro me hacía sentir mal, cambió rápido el tema.

—Pero no importa, ya se va a ir algún día. ¡Ay, te pusiste la remera que te regalé!

Le sonreí, agradecido. La remera era blanca, como las que siempre usaba para ir a bailar. Era una musculosa con una especie de abertura en la espalda con forma de triángulo. La había diseñado la hermana de Diego, Lorena, que apenas iba a cumplir quince años y ya era toda una modista. A veces sentía envidia de la familia de Diego. Parecían tan unidos, nada que ver con la mía.

—Lore quería venir la tarada. Como si la fueran a dejar pasar con esa cara de nena que tiene.

Yo no decía nada porque a pesar de que ya tenía veintiún años, en todos los lugares a los que iba me pedían el documento.

Pasaron los minutos y llegaron Danilo y Javier. Dani y Javi eran novios desde la adolescencia y tenían pensado casarse. Esas cosas que solo le pueden pasar a una de cada mil parejas gays. Eran paraguayos y ambos habían estudiado danza en su país, pero habían decidido venir a la Argentina cuando se aprobó el Matrimonio Igualitario, atraídos por todo la movida gay de Buenos Aires.

—Bueno, ya están dejando entrar —dijo Javi, con su acento paraguayo. Me encantaba el acento de los chicos, me gustaba cómo pronunciaban la letra erre, haciendo que silbara entre sus dientes.

En Cerrito nos recibe el reggaeton y sentí que me cosquilleaba todo el cuerpo, la sangre me hervía de ganas de bailar. ¡Esto es disfrutar de la música! ¡Que se vayan a la mierda los bailarines que venden el culo por un papel en un musical! ¡Que se vayan a la mierda los coreógrafos que se cogen a los bailarines para ganar plata con ellos! ¡Que se vayan a la mierda todos los que hacen negocios sucios con nuestra pasión!

—¡Por la danza! —invité a brindar, con nuestras cervezas en alto.

—¡POR LA DANZA! —repitieron mis amigos.

—¡Y por que La Soldadota se vaya pronto de la Escuela, *carrrajo*! —chilló Javier.

—¡Por que se vaya La Soldadota!

Hicimos fondo con nuestras cervezas. El boliche ya se estaba llenando y a nuestro alrededor solo había cuerpos masculinos sudorosos, pieles blancas, morenas, negras. Ojos de todos los colores y todo los tamaños, ojos agrandados por el maquillaje, la sorpresa o las drogas. Bocas abiertas sobre los vasos de los tragos, entre los compases de las canciones, o entre las lenguas de los hombres.

—¡Vamo a rompeer la discotecaaaaa! —cantaba Diego junto con el reggaeton.

Un chico me agarró por detrás, vi sus manos grandes y fuertes cerrándose alrededor de mi cintura. Me apoyé y me reí. No sabía de

quién se trataba, pero me gustaba que me agarraran para bailar así de sorpresa, sin pedirme permiso. La música tiene que liberarte de todas tus vergüenzas, de todos tus problemas, tiene que drenarte la sangre, tiene que lavarte las heridas del pasado… Miré a los chicos. Habían dejado de bailar y me miraban serios.

—¿QUÉ PASAAA? —les grité, sin dejar de bailar.

Sentí el pecho caliente del chico contra mi espalda. Uy, parecía que está sin camiseta. Agarré a Diego del brazo para que viniera a bailar conmigo y, para mi sorpresa, me soltó de un violento tirón.

—¿Qué le pasa a este boludo? —dijo la voz del chico desconocido en mi oído.

Entonces, un relámpago de horror me recorrió desde la punta de los dedos de los pies hasta los abismos más oscuros de mi cerebro, adormilado por el alcohol… Cuando me di vuelta, vi la inconfundible y perversa sonrisa de Álvaro.

Now you think I don't know
What's going on.
But I know with you I'd just
be wasting my time

Wasting my time, Spice Girls

Entramos al dormitorio a tropezones. Álvaro me tiró a la cama y me sacó los pantalones de un tirón. Me subió la remera y se lanzó hacia mi cuerpo como un nadador al océano. Me estremecí de placer al sentir sus labios en mis pezones, sus dientes… aah… arqueé la espalda y escuché el primer gemido de la noche atravesándome la garganta. Quería que Álvaro me atravesara, quería sentirlo adentro mío, necesitaba sentirlo… Alargué los brazos y le saqué la camiseta. Su pecho dorado por el sudor, su cuello fuerte, sus pectorales duros… todo su cuerpo me enloquecía.

¿Qué sentía en ese instante? Me sentía humillado y derrotado, pero no me importaba: quería olvidarme de todo y disfrutar.

Álvaro se sentó sobre mí y frotó su entrepierna contra la mía. Estaba al palo y él también. Por lo menos seguía excitándolo. Por lo menos sabía que me deseaba. Tiré de sus jeans y le bajé la bragueta. Rodamos por la cama y le saqué las zapatillas y los pantalones. Me incliné sobre él y pasé las manos por sus piernas fuertes, suaves como una seda. Como la gran mayoría de los bailarines, Álvaro tenía las piernas depiladas. Levantó la mirada y me contempló con atención, como preguntándome qué tenía pensado hacer. Disfrutarte, nada más. Tampoco quiero hablarte más de lo necesario. Solo voy a darte órdenes y vos vas a cumplirlas. ¿Mis sentimientos? Acá no hay sentimientos. Porque vos no tenés nada más que ofrecerme más que un buen rato de sexo. Y tengo pensado aprovecharlo.

Pasó los brazos por detrás de la cabeza y separó las piernas. Quería que se la chupara. Me hice lugar entre sus piernas y acerqué la cara al bulto. Me mataba el perfume a sudor de su entrepierna, ese ácido olor a sexo que te hace dar vueltas la cabeza. Le masajeé la pija por encima de la tela con la mano derecha… mientras me tocaba con la izquierda.

—Chupala, dale —me dijo.

Le sonreí, lascivo. Saqué la lengua y lo lamí por encima de la tela, desde la base de los testículos hasta la punta. Entonces, le bajé el slip de golpe y su pene, asfixiado, dio un salto hacia fuera en busca de aire, en busca de mi boca, en busca de mi garganta que quería tragárselo entero.

—¿Me vas a coger? —le pregunté, agarrándole la verga de la base y dándole golpecitos con la lengua a su glande, brillante por mi saliva y sus primeros jugos. Mientras se la chupaba, no dejaba de mirarlo a los ojos ni un solo instante.

—Te voy a reventar el culo —me dijo, irguiéndose y agarrándome de la cintura.

A Álvaro le gustaba tener el control. Le incomodaba no llevar las riendas de la situación y no toleraba que su pasivo de turno quisiera estar al mando. Pero yo, que ya lo conocía, ya había aprendido cómo manejarlo sin que él mismo lo advierta…

—Dale, chupame —jadeé, poniéndome en cuatro patas sobre la cama.

Mi pecho tocaba las sábanas, mi mejilla se clavaba en la almohada y levanté el culo como a él le volvía loco. Porque ya había aprendido qué cosas lo volvían loco.

Le encantaba hacer el beso negro y siempre decía que mi agujero le fascinaba porque era…

—Ah, qué rosadito, bebé, qué cosita rica…

Chillé, gemí, grité. En la cama podía ser la puta que era, puedo ser la loca que él detestaba en la calle. En la cama podía ser todo lo femenino, pasivo y puto del mundo porque sabía que a él le encantaba. Le encantaba que gimiera como nena, que hablara como nena, que abriera las piernas como nena y que le mostrara el culo como nena… Así era Álvaro. Tan contradictorio. Y me fascinaba.

Siempre me metía los dedos para dilatarme, cosa que le agradecía, pero que jamás le había agradecido con palabras…

—Dale, cogeme, metémela toda… la quiero toda…

Álvaro obedeció. Se rio, jadeó entre dientes, y se puso el preservativo.

—Mnn… —dijo, acariciándome las nalgas—. ¡Cómo te voy a coger!

—¡Dale, cogeme!

Le gustaba empezar bien lento, disfrutando la penetración. De costado, miré el éxtasis en su rostro. Tenía los ojos cerrados, la boca abierta… se mordía el labio, fruncía las cejas… Y yo sentía que mi interior le daba la bienvenida, que se abría para él sin reservas, que toda mi carne se acomodaba para darle todo el espacio que reclamara…

Sonrió y abrió los ojos. Disfrutaba coger conmigo, ¿no? ¿Estaba fingiendo?

Y yo sentía que me derritía entre sus sábanas. No puede ser que me coja tan bien, no puede ser tan hijo de puta.

Hubo un tiempo en el que me había ilusionado de verdad con Álvaro.

Me trataba tan bien que llegué a pensar que podría vivir con él en ese departamento, levantarme por las mañanas para hacer el desayuno y ducharme, y despertarlo con un beso.

Ese día, sin embargo, me levanté para vestirme, agarrar las llaves de la mesa de la cocina y salir a toda prisa. Cuando salí a la calle, tiré las llaves al balcón, como él me había indicado que hiciera hacía ya varios meses.

De verdad había pensado que podríamos tener una linda relación. Pagar los gastos a medias, bañarnos con música, ir al supermercado juntos, mezclar nuestros vaqueros y camisetas en el lavarropas, ir al cine de vez en cuando…

No sabía por qué seguía ilusionándome tanto, si ellos no hacían nada para ilusionarme, solo me cogían y me decían al oído un par de palabras sucias. Pero Álvaro parecía disfrutar tanto el sexo conmigo… que en verdad había pensado que sentía algo por mí.

Ahora, arriba de ese colectivo que iba a devolverme a mi ático, pensaba que quizá el culpable de todo eso fuera Gabriel. Que en los ojos de los hombres con los que me acostaba buscaba a Gabriel: sus gestos, sus actitudes, sus palabras, hasta sus pequeños vicios. Quizá hasta me gustaba que me hicieran daño, porque Pablo siempre me decía que parecía que lo hacía a propósito, que me esforzaba por enamorarme de los peores hombres de la tierra. Pero Gabriel no era una mala persona… ¿o sí?

Mi hermano decía que Gabriel me había usado para tener un lugar donde vivir cuando lo echaron de su casa. Que me había enamorado para no quedarse en la calle. Pero eso no era verdad, porque cuando Gabriel se fue para mi casa yo ya estaba enamorado de él. Sin embargo… Sin embargo, no podía creer en las palabras de alguien que solo abría la boca para hacerme daño.

Mi hermano era la persona más falsa que pisaba este mundo. Con sus remeras políticas, sus discursos acerca de obreros y burgueses, sus palabras absurdas acerca de la igualdad entre los hombres y las mujeres… Ya me tenía hasta los huevos de toda esa basura. Si en verdad creía en sus palabras, mi hermano habría dejado de comprarse ropa de marca (esa ropa que hacen los inmigrantes bolivianos en los talleres clandestinos a cambio de un par de monedas) y habría defendido a su hermano homosexual frente a la homofobia de nuestro padre.

Ya llegábamos a Villa Urquiza. Cuando bajé del colectivo, el sol me dio de lleno en la cara. Me dolía todo el cuerpo. No sabía por qué, pero siempre que dormía con Álvaro me despertaba todo dolorido. Con la espalda y el cuello duros y las manos entumecidas. No creía que tuviera nada que ver con el sexo. Quizá era psicológico.

Las calles estaban casi desiertas. Algunos abuelos estaban en la

plaza, con sus nietos o sus perros, y algunos jóvenes (esos que no se habían ido de joda anoche) hacían ejercicio en el pasto o andaban en rollers. Los árboles estaban desnudos, tan desnudos como yo había estado anoche entre los brazos de Álvaro, mientras él arremetía con fuerza en mi interior…

Me refregué la cara y dejé que el viento frío me refrescara las mejillas. Era un hermoso mediodía de domingo. Un hermoso mediodía para encerrarse en un ático oscuro y llorar de rabia por haber caído de nuevo en la vieja trampa de siempre; un hermoso mediodía para llorar y lamentarse por ser tan estúpido, por tener tanta mala suerte con los hombres y ser parte de una familia para la que no existía. Quería subir a mi ático y dormir para siempre, dormir todo lo que restaba del domingo, dormir todo el lunes, dormir hasta que se acabara el mundo. Pero no podía, porque al día siguiente tenía ensayo. Porque el lunes iba a tener que enfrentarme a las caras largas de los chicos. «¿Otra vez, Santiago?», me dirían mal humor, ¿otra vez acabaste entre los tentáculos de La Venenosa? ¿No tuviste suficiente ya? ¿Tan bien te coge? *La Venenosa* era otro de los muchos apodos de Álvaro y era el que mejor le quedaba. Álvaro era venenoso. Un veneno adictivo y letal.

—¡Santi!

Levanté la mirada de golpe, aturdido. Gabriel estaba ahí, en la puerta de mi casa, más fresco que una lechuga. Fruncí el ceño. ¿Qué hacía allí?

—¿Qué…?

—Te olvidaste… —susurró.

Gabo tenía el pelo limpio, brillante… sin embargo, noté algo en su rostro: tenía ojeras. ¿Cuándo había empezaado a tener ojeras de nuevo?

—Hoy íbamos a ir al Tigre con Pablo y Eve, ¿te olvidaste? ¿Qué pasa? ¿Te comieron la lengua los ratones? Jodeme que saliste anoche… ¿Recién llegás? ¡No te puedo creer!

Se rio. La voz de Gabriel me retumbaba en los oídos. ¿Por qué se reía? ¿Se reía de que me enredaba entre las sábanas de hombres que no querían de mí nada más que sexo? ¿Se reía de que mis ilusiones acabaran adentro de un forro, junto con el semen de esos tipos? Sin embargo, cuando le hablé, no lo hice con rencor.

—Jaja, sí, boludo, qué zarpado, ¡cómo me pude olvidar!

Gabo me dio un pequeño abrazo y un beso en la mejilla. Me olió el pelo, que apestaba a cigarrillo a pesar de que no fumaba.

—¿Cerrito?

—Ajá. —Pero no le dije que me había acostado con Álvaro. Jamás le decía que me acostaba con nadie. Jamás le había dicho que, desde mi primera vez con Buyit, no había dejado de coger. Jamás le había

dicho que en esos hombres buscaba desesperadamente eso que él nunca me había dado. Y él hacía lo mismo. Si Gabriel cogía, no lo sabía. Y prefería no saberlo, sinceramente.

—Bueno… ¿Venís?

—Sí, perame que me doy una ducha y me cambio. Pasá.

Qué risa me daba que ahora tenía que invitarlo a entrar. Parecía como si esos meses que había pasado allí se le habían borrado de la memoria. ¿Te olvidaste, Gabo?, le dije con la mente mientras caminábamos por el pasillo. ¿Te olvidaste de que la llave de la calle es la redonda, de que esa baldosa que acabás de pisar está floja, de que esa planta que ves ahí era re chiquita cuando vos llegaste? ¿Te olvidaste de cómo te miraba cuando te cambiabas de ropa, de que a veces yo mismo te lavaba las camisas porque mi papá se quejaba de que ahora gastábamos más jabón en polvo, de que había dejado de prender la estufa por las noches porque tu cuerpo me daba todo el calor que necesitaba? ¿Te olvidaste de que cuando dormíamos juntos yo aún era virgen y esperaba perder la virginidad con vos, que me la arrebataras con ternura, delicadeza y paciencia, pero al mismo tiempo con amor y pasión? ¿Te olvidaste del niño que era este hombre que ahora camina, guiándote, como si no hubieses entrado en esta casa cientos de veces?

De la sala nos llegaron voces. Cuando abrí la puerta, vi a mi hermano sentado en el sofá, rodeado de sus compañeros militantes.

—Hola —les dije, les dijo Gabo.

—Él es Santiago, mi hermano. Es gay.

Me paré en seco, pasmado. El pecho de Gabriel chocó contra mi espalda.

—Estamos trabajando en un proyecto de diversidad sexual —explicó Federico—. Por ahí te interesa.

Miré a los chicos. Eran tres varones y una mujer. Conocía a dos de los varones, pero…

—Alexis —dijo uno de ellos. Se levantó y me dio la mano. Se la estreché, un poco confundido. Para los compañeros militantes de mi hermano siempre era invisible, para mi hermano siempre había sido invisible. El chico era alto, delgado y tenía pinta de intelectual. Tenía los ojos claros, como de una mezcla entre azul y verde, y el pelo castaño—. Si sos gay por ahí te interesa… —susurró suavemente.

Le sonreí. Tenía un piercing en la nariz, una bolita. Diego tenía una teoría acerca de los tatuajes y los piercings en los hombres. Que los tatuajes en la zona pélvica o las nalgas, así como los piercings en el ombligo y la bolita de la nariz, son de gay.

—No, no me interesa lo que hace mi hermano —le respondí, tajante. Alexis me miró alzando las cejas—. Es muy hipócrita en todo.

—¿Qué dijiste? —replicó Federico. Sus compañeros bajaron la

mirada. Gabriel me agarró del brazo, para pedirme que me callara—. Bueno, vos andá a dormir mientras otros luchan por tus derechos.

Sentí que me hervía la sangre. ¿Justo este pelotudo homofóbico me venía a hablar de derechos, la reconcha de su hermana?

—¿Qué venís a hablar de derechos gays vos, imbécil? —exclamó Gabriel, adelantándoseme—. Si no moviste ni un dedo para defender a tu hermano cuando tu papá lo quiso obligar a que dejara danza. Si nunca moviste un dedo por tu hermano, por tu hermano gay como lo presentás ahora. Sos un farsante y un pelotudo, y no te cago a trompadas porque sos el hermano de mi amigo, que si no te rompo esa cara de payaso que tenés, sorete.

Federico se puso de pie de un salto, hecho una furia.

—¡¿VOS ME VAS A PEGAR A MÍ, PUTO DE MIERDA?!

Y se hizo el silencio. El chico llamado Alexis miró a mi hermano boquiabierto. La chica, que tenía toda la pinta de ser lesbiana, alzó las cejas, estupefacta. Los dos amigos de mi hermano bajaron la mirada, avergonzados. Y Federico se dio cuenta de lo que había dicho y se quedó callado, sabiendo que se acababa de delatar, sabiendo que había metido la pata y hasta el fondo.

Gabriel lo contempló con una pequeña sonrisa, un gesto que mezclaba el desprecio y la lástima.

—Vamos, Gabo —susurré, agarrándolo del brazo—. Vamos a mi cuarto. —Pero Gabo no se movía.

—¿Sabían que vive en el ático? —exclamó Gabriel alzando la voz, para que los cuatro extraños lo escucharan. Lo miré, horrorizado. Le temblaba la voz. ¿Qué estaba haciendo? ¿Qué estaba diciendo?—. El ático es la última habitación, arriba del todo. Desde chico que Santi vive ahí. Es la habitación más oscura de la casa. Los padres saben que es gay y prefieren hacer que no saben nada. Los hermanos también, porque le tienen miedo al padre. El padre cree que sus hijos y su mujer son de su propiedad, que Santi es de su propiedad… Santi vive en ese ático, aislado. Pero ¿saben qué? Él fue el único con los huevos suficientes para plantarse ante el padre y mandarlo a la reputa madre que lo re mil parió.

Subí las escaleras corriendo, abrí la puerta y me tiré a la cama. El pecho me estalló en un llanto descontrolado, el llanto que me venía aguantando desde que me había despertado de nuevo en la cama de Álvaro.

«Siempre voy a estar con vos, pase lo que pase. Si alguna vez tus viejos… no sé, si alguna vez pasa algo… sabelo que yo te voy a defender».

Gabriel entró y cerró la puerta despacio. Sin decir nada, se sentó en la cama. Sí, Gabo, es la misma cama donde dormíamos juntos, donde vos fumabas a la noche, donde nos besábamos en medio de la

oscuridad, donde nos tocábamos entre las sábanas. Donde yo soñaba mientras vos dormías.

—¿Estás bien, Santi? —susurró bajito, acariciándome el pelo.

—¿Por qué dijiste todo eso? —grité, irguiéndome. Gabriel se mordió el labio.

—Quería mostrarles con la clase de persona que quieren hacer un proyecto de diversidad sexual. Que a tu hermano solo le interesa tener una carrera política y que se caga en todos y todas.

—¿¡Pero tenías que decir todo eso?! ¡No quiero que ningún pelotudito me tenga lástima!

Gabriel bajó la mirada.

—Perdoname si me sarpé. ¿Me perdonás?

Miré sus ojos miel y su pelo negro revuelto, quebradizo. Me recordaba a esa foto que todavía tenía pegada en la pared…

—Sí, obvio que te perdono, tarado.

Me abrazó. De repente, sentí que tenía dieciséis años de nuevo, que era virgen de nuevo y que estaba aguardando que mi amigo aceptara su bisexualidad y que estaba enamorado de mí.

—Me voy a bañar —dije, soltándome.

—Dale, te espero.

Saqué la ropa limpia (que ahora mandaba al lavadero, para que nadie se horrorizara al ver la ropa que usaba este puto), una toalla y me metí en el baño. El agua caliente me purificaba, me quitaba el sudor de Álvaro y los recuerdos de la noche pasada.

¿Cómo me había podido olvidar de la salida al Tigre? No recordaba cuándo nos habíamos puesto de acuerdo. Saqué el celular de los pantalones sucios y revisé los mensajes. Ahí estaba el mensaje de Pablo: «Chicos, Eve ya está mejor y el domingo quiero que salgamos a algún lado para conocerlos, ¿les parece bien si vamos al Tigre?». Me debía haber llegado en un ensayo, por eso no lo había respondido. Y después… después se me había olvidado.

Cuando Pablo empezó la carrera de Letras, había pensado que se haría de muchos amigos con sus mismos gustos y aficiones. Sin embargo, no fue así. No comprendía por qué. Con el correr de los cuatrimestres, le resultó evidente que había gente que sí había hecho amigos. Se habían formado grupos, pequeños grupos de tres, cuatro o cinco personas que siempre se anotaban en las mismas materias y se cebaban mate mutuamente durante las clases. Él, que siempre había sido tímido y muy cortado con las relaciones, por primera vez se veía a sí mismo hablando libremente con otras personas acerca de las vanguardias rusas, de la biopolítica foucaultiana, de los enigmáticos cuentos de Borges. Conocía el nombre de esas personas y esas personas sabían el

suyo. Pero nunca lograba encarnarse en su grupo, jamás le pedían su celular o su facebook para mantenerse en contacto con él. Pablo no entendía por qué.

Y ahora, dos años después de haberse mudado al barrio de Caballito para estar cerca de la Facultad (se había imaginado que vivir cerca sería una ventaja: seguramente sus nuevos amigos querrían juntarse a estudiar con él), se arrepentía. Y se arrepentía porque extrañaba a Santiago. Pablo manejaba media hora hasta Villa Urquiza todas las mañanas para trabajar en la biblioteca del colegio donde los tres habían estudiado, pero a las dos de la tarde, cuando salía del trabajo, Santi todavía estaba en el centro de Buenos Aires, en una de las escuela de danza más prestigiosas de la ciudad.

Santi sí había hecho amigos, él no la tenía para nada difícil: era simpático, alegre, gracioso, era una personalidad magnética para cualquiera que lo conociera. Era imposible no querer ser amigo de Santiago.

Gabriel… Bueno, Gabriel era todo un caso. Un caso perdido, mejor dicho. Era buena persona, pero tenía cosas que a Pablo no le gustaban…

—¿Cómo qué? —preguntó Evelyn.

Pablo frunció las cejas, sin apartar la mirada del frente. El semáforo de Triunvirato y Olazábal los detuvo frente a una antigua estación de servicio.

—Le hizo mucho daño a Santi cuando éramos chicos. Y… no sé… a veces me da la sensación de que no es una buena persona, pero… qué sé yo, por ahí son cosas que me imagino a veces… Él es mi amigo, yo lo acepto como es.

Evelyn sacó su espejo de la cartera y contempló su reflejo.

—Estás hermosa —le dijo Pablo.

Evelyn lucía un corte carré con un flequillo al costado. Pablo aceptaba que no podía compararse con la larga cabellera dorada al estilo muñeca Barbie, pero le gustaba cómo le quedaba. Ya te va a crecer, le repetía cada vez que Evelyn se miraba al espejo y ponía cara triste.

—Me gusta… pero más me gustaba como lo tenía.

Santiago y Gabriel estaban sentados en un banco de la Plaza Echeverría. Cuando Santi vio el Ford Focus negro, se puso de pie de y dio un par de saltitos de alegría.

—El del gorrito con orejas es Santi —rio Pablo, mientras estacionaba el auto junto a la reja que cercaba la plaza desde hacía ya varios años. Bajó la ventanilla—. ¡Suban, che, que hace frío!

—Es tal cual me lo describiste —exclamó Evelyn, divertida, observando a los dos muchachos acercarse.

—¡Hola! —exclamó Santi, entusiasmado. Saludó primero a Evelyn,

luego a Pablo. Gabriel lo imitó.

—Santiago, Evelyn. Evelyn, Santiago. Gabriel, Evelyn. Evelyn, Gabriel.

Los cuatro se rieron. La risa más escandalosa fue la de Santi, mientras que la de Gabriel pasó casi inadvertida.

—Sos más linda de lo que me contaron —exclamó Santiago, con retintín. Evelyn bajó la mirada con pudor. Santi se puso serio—. ¿Cómo estás de…?

—Mejor —respondió ella—. Por lo menos ya no tengo moretones. Voy a estar mejor cuando me vuelva a crecer el pelo…

—Ay, si te queda re lindo, nena, ¿de qué te quejás? Mirá, por lo menos no tenés que teñirte el pelo como este boludo —señaló a Gabriel—, que todo el tiempo le hacen cada cosa rara en la cabeza…

Pablo arrancó el auto.

—Soy modelo de peluquerías —explicó Gabriel—. Bah, hago changas de eso hace unos años. Está bueno, te cortan el pelo gratis y te regalan alguna pavada cara, champús, baños de crema…

—¿Y te pagan?

—Sí, obvio.

Pablo decidió no hablar. Le costaba concentrarse en la conversación y seguir las órdenes del GPS al mismo tiempo. Por el espejo espiaba de vez en cuando las miradas de sus amigos, y a veces contemplaba a Evelyn por el rabillo del ojo. Todo parecía estar saliendo bien. Aunque, pensándolo mejor, ¿qué podía salir mal? Si Santi era gay y Gabriel presumía de ser bisexual, no podría parecerles raro que tuviera una novia trans, ¿no?

—Yo parece que voy a tocar el piano en el restorán del tío de Pau —exclamó Evelyn, entusiasmada.

—¿En el Lilium? ¡Bien ahí! Pero mirá que el tío Ernesto es re codito, eh —advirtió Gabo.

Se hizo el primer silencio de la tarde.

—¿Es verdad? —le preguntó Evelyn a Pablo.

—¿Eh? ¿Qué?

—Que Ernesto es amarrete.

Pablo chasqueó la lengua. No sabía cuál de sus dos amigos había dicho eso, pero estaba seguro de que se trataba de Gabo. Era el único con la cara suficiente para quejarse de Ernesto frente a su propio sobrino.

—No es que sea amarrete… es… qué sé yo, no le gusta andar regalando plata ni derrochando al pedo.

—O sea que es amarrete, Pau.

—¿De dónde salió el *Pau*? —intervino Santi.

Pablo y Evelyn se rieron en voz baja. Callaron, compartiendo un instante de tibia intimidad. Pablo dejó que Evelyn ideara la mentira;

no les dirían a su amigos que, cuando hacían el amor, Evelyn gemía su nombre y sus gemidos se escapaban de sus labios como los maullidos de una gata: Pau, Pau, Pau…

—Es que no se me ocurrió otro diminutivo para Pablo…

—Nosotros le decimos *Pablín* a veces.

—Pero *Pablín* es más largo que *Pablo*.

Y siguieron hablando acerca de sus nombres y sus apodos, hasta que Evelyn reveló que su nombre masculino era Iván y los tres hombres callaron, sin saber muy bien qué decir. En realidad, Gabo y Santi ya lo sabían, pero ninguno de los tres se habría imaginado que ella haría alusión a su transexualidad con tanta naturalidad y tan pronto. Apenas habían pasado cuarenta minutos arriba del auto.

El día se había nublado un poco. Por entre las algodonosas nubes se vislumbraba un celeste tan intenso que hería las retinas. Las calles del Tigre estaban repletas de familias y parejas que disfrutaban de su fin de semana. A lo lejos, se vislumbraba el antiguo Mercado de Frutos, convertido ahora en un glamoroso y pequeño centro comercial donde lo único que no se vendía era comida. A su alrededor, rebosaban los puestos ambulantes, tanto de artesanías como de pochoclos y maní inflado.

Decidieron ir a almorzar. Santiago confesó que no había desayunado y Gabriel carraspeó con tono acusador.

—Así que anoche salimos —canturreó Pablo, comprendiendo.

—Sí, pero volví antes —mintió Santi.

—¡Qué mentiroso! ¡Yo llegué a su casa antes que él! —acusó Gabriel.

Se rieron. Evelyn se rio de puro compromiso, recordando lo que Pablo le había dicho de Gabo.

Decidieron comer en una parrilla familiar, aunque Pablo solo pidió una ensalada.

—Vas a tener que ir a todos lados con tu tuppercito, boludo —dijo Santi.

—Ya lo hago —afirmó Pablo—. No como en el bufete del colegio, siempre me llevo mi comida o como en el restaurante de ahí enfrente. Además ahí no venden nada comestible, la verdad. Un asco todo.

—Callate, que comíamos ahí todos los días cuando íbamos al colegio.

—Y sí… no nos quedaba otra.

Santi le contó a Evelyn que los tres habían ido al mismo secundario, aunque ella, que había mantenido eternas conversaciones nocturnas con Pablo, ya sabía todo eso.

—Yo empecé teatro, pero tuve que dejar porque no me daba el alma para trabajar y estudiar al mismo tiempo. Por varios motivos, eh. O sea, el tiempo me alcanzaba justo para ir a las clases y el trabajo,

pero también tenía que estudiar, hacer tareas, juntarme para hacer trabajos prácticos… Y además… —Gabo se limpió la boca con la servilleta de papel y dio un trago de cerveza—… Además la guita, era una universidad privada y se me iba toda la plata en la matrícula, la cuota, los apuntes… Y el viaje. Que aunque a veces parezcan unas monedas, a fin de mes todo cuenta. Y yo ni a fin de mes podía llegar… Por suerte ahora voy a talleres de teatro.

Santi, por su parte, contó lo difícil que la había tenido para dejar de traicionarse a sí mismo y ponerse a hacer lo que le gustaba:

—Mi viejo armó un escándalo tremendo cuando se enteró de que yo estaba estudiando danza. O sea, se enteró por casualidad, ¿sabés? —Evelyn alzó las cejas—. Mis viejos nunca me habían prestado mucha atención con el tema de las salidas, la verdad es que conmigo fueron un poco más permisivos que con mis hermanas y con mi hermano. Yo soy el último, así que supongo que ya debían estar cansados de todo eso… Bueno, cuando empecé quinto año empecé a buscar lugares donde hacer danza. Yo nunca había hecho danza, solo me gustaba mucho bailar. Entonces empecé a hacer reggaeton y árabe en un estudio de ahí del barrio. Todo bien, iba todo re bien. Tenía todas las tardes ocupadas menos los viernes. A veces iba los sábados a unas jornadas de baile que hacíamos, estaba re bueno. A veces hacíamos coreos, lo pasábamos bárbaro. Bueno, pero viste que en árabe se baila con cosas, ¿no? Con bastones, caderines… —Santiago le hablaba a Evelyn y en ocasiones miraba a sus dos amigos varones—. La cuestión es que a mi viejo un día se le ocurrió entrar en mi habitación y vio el bastón de *saidi*. Yo no escondía nada, eh. Nadie entra en mi habitación. —Los ojos de Santi se apagaron un instante. Pablo cayó en la cuenta de que ese *entra* era el primer verbo que su amigo decía en presente—. Y obvio, que iba a pensar que a mi viejo se le iba a ocurrir entrar una tarde… Me preguntó qué carajo era eso, yo le dije que me lo había comprado para boludear, porque me gustaba… yo tenía caderines árabes porque me gustaban… Y entonces, no sé, viste… —Santi tomó una cucharada de su helado y lo saboreó en su boca, como si el dulce hiciera menos amargo aquel recuerdo—, le grité que sí, que estaba yendo a clases de danzas árabes, que también bailaba reggaeton, y que me encantaba y que ni se le ocurriera decirme que quería él para mi vida…

—¿No te da vergüenza andar con esto por la calle? ¿No sabés que esto lo bailan las putas? —exclamó Roberto, revoleando el bastón de *saidi* como la cachiporra de un policía. Santi había ahorrado dos semanas enteras para poder comprárselo.

—¡Entonces debo ser una puta! —chilló él, con toda la fuerza de

sus pulmones.

El rostro de Roberto se contorsionó en una mueca de rabia. Aferró el bastón con ambas manos y lo partió en dos. Santi abrió la boca y de sus labios se escapó un gemido ahogado. Sintió que algo en su interior se rompía. Sintió que su padre no solo había roto el bastón que usaba para bailar y ser un poco más feliz: sintió que, mientras caían al piso, los escasos restos de amor que le quedaban por ese hombre alto y rubio tan parecido a él y a la vez tan diferente… Sintió que esos restos de amor se evaporaban de su corazón.

Los ojos de Santi se llenaron de lágrimas, pero no le dio vergüenza. Se agachó, tomó los pedazos del bastón mutilado y se sentó en la cama. Su padre lo miraba, temblando de furia. Santi suspiró y las lágrimas se asomaron por entre sus pestañas. Cuando levantó la mirada, advirtió que su madre observaba la escena desde las escaleras, sin decir nada.

—Podés romperme el bastón, los caderines, los velos… pero no voy a volverme heterosexual, papá. Lo único que vas a lograr va a ser que te odie. —La voz de Santi se quebró y las lágrimas le resbalaron por las mejillas—. ¿Querés que te odie? ¿Eso querés? Si querés eso, mirá… los velos están en ese cajón. Ahí arriba del escritorio tenés la tijera.

Roberto se mordió el labio y se agarró la cabeza.

—¿Por qué, Dios mío? ¿Qué hice mal, Santiago, por favor? Decime qué hice mal y te juro que…

—¿Querés que te diga qué hiciste mal? —le preguntó Santiago, mostrándole los pedazos del bastón—. Mirá dónde duermo, mirá dónde vivo. Fijate cómo te enteraste de lo que estoy estudiando… —Santi se secó las lágrimas y se encogió de hombros.

—¿No fui un buen padre, Santiago? ¿Eso es lo que me estás diciendo?

Santi frunció el ceño al darse cuenta de que su padre hablaba en pasado: ¿no *fui* un buen padre?

—¿Cuándo dejé de ser tu hijo? —preguntó. Roberto lo miró sin comprender—. ¿Cuándo dejaste de ser mi padre?

—¿Qué…?

—No *fuiste*, papá. *Sos* un mal padre.

—Roberto —intervino Susana. El hombre dio un respingo. Santiago suspiró de nuevo y se frotó los ojos—. Vamos…

Roberto miró a su hijo, a su esposa, nuevamente a su hijo… y luego contempló el bastón que él mismo había destruido.

—¿Cuánto te costó? —Santiago levantó la mirada—. El bastón ese, ¿cuánto te costó?

—Roberto, vamos.

—Andá, Roberto.

—¿Cien? ¿Cien está bien?

—¡Andate, papá! ¡Dejame en paz, por favor! —estalló Santiago, lanzando los pedazos del bastón por el aire.

—Te dejo acá la plata…

—No me dejés nada, no necesito tu plata. La semana que viene empiezo a trabajar.

Santiago se encogió de hombros y suspiró. Evelyn lo observaba con tanta atención que su copa de helado había comenzado a derretirse.

—¿Como que recapacitó un poco, no? —susurró.

Santi chasqueó la lengua.

—Quiso arreglar la cagada con plata, algo muy típico de él. No te creas que a partir de ese momento quiso mejorar o portarse mejor conmigo. Todo siguió igual.

Salieron del restaurante y fueron a averiguar cuánto salía el paseo en barco. Les dijeron que una pequeña embarcación saldría en una hora y que costaba cincuenta pesos por persona. Pagaron (Pablo pagó por Evelyn) y fueron a dar una vuelta para hacer tiempo. Evelyn se detuvo en un puesto callejero y se quedó mirando los hornitos de arcilla para quemar aceites de fragancias. Al advertirlo, Pablo se adelantó sin preguntarle nada y le compró uno, un paquete de velas y tres frasquitos de aceite.

—Parecen una pareja, ¿no? —le susurró Gabo a Santiago, solo para que él oyera.

—Son una pareja —repuso Santi.

—Sí, pero… espero que no se esté aprovechando de él. Viste que él le paga todo.

—No tiene laburo, boludo, si es trans, ¿quién le va a dar laburo? Y además es menor…

—Sí, no sé, pero tengo miedo de que se aproveche de que Pablo tiene plata. Sabés que él nunca estuvo con nadie.

—Eso no lo sabemos.

—¿Eh? Si él nunca tuvo novia… o novio…

—Sí, pero eso no lo hace pelotudo.

Gabo se mordió el labio y contempló a Evelyn. Aceptaba que era bonita, sí, aunque fuera completamente chata de adelante. Era baja de estatura, menos de un metro setenta, delgada. Y no era como las travestis que Gabo solía ver en las Marchas del Orgullo: Evelyn era delicada, para nada provocativa. Vestía unos chupines de jean azules, unas Converse rosas y un pulóver negro. En las orejas solo llevaba unos pequeños aros con forma de corazón. Gabo se había dado cuenta de que era rubia natural y de que solo tenía maquillados los ojos: apenas una línea negra sobre los párpados, para realzar el azul de su mirada. Un detalle que le había parecido simpático: las pecas. Evelyn

tenía un gracioso sendero de pecas a lo largo de las mejillas y la nariz. Gabo sonrió con picardía. Sí que estaba bastante linda la chica de Pablo, aunque no fuera muy sexy… ¿Qué le habría visto a su amigo, además del auto y la billetera?

Fueron a sentarse un rato sobre el césped, a esperar que se hiciera la hora del paseo en barco. Santi comentó que había ido al Tigre cuando era chico, con su abuela y su amiga Nina. Pablo y Evelyn también. El único que no conocía el Tigre era Gabo, a quien su madre nunca había llevado a pasear a ningún sitio.

—¿Qué onda tu vieja? —le preguntó Pablo.

—Me parece que está viviendo con un tipo.

—¿Qué? —dijeron Santi y Pablo al mismo tiempo.

Gabriel se encogió de hombros, sin darle mucha importancia. No le gustaba hablar de su madre.

El barco los llevó a visitar las casas más lujosas del lugar, aunque Pablo dijo que allí solo les mostrarían los lugares más bonitos, apenas un pequeño porcentaje de lo que era la realidad del lugar. Una mujer les explicaba a los tripulantes que todas las provisiones se enviaban en lancha y que toda esa zona se inundaba con los temporales. También comentaba que el agua de esa zona no estaba contaminada y que el color oscuro que veían era producto del propio suelo. El río por el que navegaban tenía una profundidad de dos metros, más o menos.

—Y esta casa que ven allí pertenece a uno de los músicos de Pappo. Para los que no lo saben, Pappo fue un cantante de rock argentino…

Santiago cerró los ojos y dejó que el viento frío le empapara la cara. Mañana tenía ensayo y no tenía ganas de ir.

Pablo miró el cielo y sonrió. Se acordaría siempre de esa tarde. Ya en casa, se encargaría de dedicarle algún poema.

Evelyn miró las hermosas casas que se levantaban en las orillas del río. Ojalá algún día pudiera tener una casa tan hermosa como aquellas donde vivir con su pareja, con un perro, un gato y… quizá un hijo.

Gabriel miró el agua marrón que los rodeaba… ¿Qué se sentiría morir ahogado?

—Álvaro no quiere que Luli se una al grupo. Solo quiere una *boyband* —dijo Javier.

—Ni que fuéramos a ser N'Sync —replicó ella—. Yo le dije que me quiero vestir de hombre. O sea, estaría re bueno que ustedes cuatro sean bien femeninos y que yo tenga una imagen más masculina. Se me hace más provocativo, más irreverente.

A los cuatro varones les encantaba la idea.

—Pero el forro no quiere —recordó Diego.

—¿Y él no va a ser parte del grupo? —preguntó Danilo.

—No, solo quiere ser el representante y el coreógrafo. Aunque seguro que al final vamos a terminar haciendo las coreos nosotros porque él no va a tener tiempo —replicó Santiago.

Los cinco amigos estaban en el piso superior del Starbucks de Callao y Corrientes, a pocas cuadras de la escuela de danzas. Dani y Javi respiraban el aire caliente de sus capuchinos, Diego miraba a sus amigos por encima de un chocolate, Luli lamía el sorbete de su café con mocca y Santi daba lentos sorbitos a su lágrima doble con miel.

Hacía un rato habían tenido una reunión con Álvaro y él había sido bien claro en sus condiciones: quería un grupo de cinco bailarines varones, no un grupo mixto. Si querían su patrocinio, su representación y su apoyo, deberían buscar un quinto integrante masculino. Había muchos bailarines en la academia que aceptarían unirse gustosos… Gustavo, Charlie, Martín. ¿Por qué querían que el quinto integrante fuese una mujer? ¿No les parecía que eso rompería la imagen y el equilibrio del grupo?

Santi expuso que Luli había dejado árabes porque la atosigaban con su imagen. Denayira no quería en su grupo de profesionales a una odalisca chata.

La respuesta de Álvaro los dejó perplejo: a ver, cada danza exigía ciertos atributos de parte de su ejecutante, explicó el hombre, con una sonrisa entre divertida y hastiada. Todas las danzas exigían que sus bailarines tuvieran dos brazos, dos piernas, manos, dedos… ¿no? Las danzas árabes, en todas sus variantes, exigían que las odaliscas tuvieran pechos grandes. ¿Les parecía estético una bailarina de ballet a la que le faltaba un brazo?

Los cuatro chicos (Luli no había presenciado la discusión) se quedaron mudos de horror.

—Disculpame, Álvaro —dijo Santi, el único con la confianza necesaria para discutirle algo a *La Venenosa*—, pero me parece re de mal gusto que compares a Lucrecia con una discapacitada solo porque no tiene las tetas de Luciana Salazar, o mejor dicho, las siliconas de

Luciana Salazar.

—No estoy diciendo que sea discapacitada —exclamó Álvaro, de mal humor—, estoy diciendo que no se ve lindo, estético a la vista, ¿entendés?

—A mí no me parece —discutió Santi—. Luli es linda, flaca, tiene re linda cintura, lindas caderas… buena cola.

—Bueno, entonces que se quede en árabes y listo, ¿o no?

Los cinco amigos bebieron sus infusiones al mismo tiempo. Santi suspiró.

—¿Entonces? ¿Qué hacemos? —exclamó Danilo para romper el silencio.

Javier se frotó los ojos, pero luego decidió sacar de su mochila las gotitas para lubricar los lentes de contacto. Ni bien puso su primer pie en la academia, le dijeron que de ninguna manera podría bailar con anteojos.

—A mí se me ocurre algo… —dijo Santi, con una sonrisita, lamiéndose los labios para quitarse la espuma de la leche.

—¿Qué?

—Que nos mandemos. —Sus compañeros lo miraron, incómodos—. Hagámoslo sin él. Si ya de una sabemos que no nos va ayudar con las coreografías ni con la plata de los trajes ni de los viáticos… Mandémonos nosotros solos, los cinco.

—Pero… ¿Y el patrocinio? —replicó Diego—. Nos costaría un huevo todo… Aunque sea un forro, Álvaro tiene todos los contactos y con él tenemos el éxito asegurado.

Santi dejó caer un suspiro.

—Sí, tenés razón —aceptó—. Pero si no nos arriesgamos, siempre vamos a estar a su merced. —Bajó la mirada, muy consciente de que él mismo era el bailarín que más a merced estaba de *La Venenosa*—. Y la verdad es que cansa estar bajo las órdenes de un tipo así.

—Sí, ¿no? —susurró Danilo, con una evidente doble intención.

—Sí —respondió Santi, aceptando la estocada—. Podemos hacernos publicidad en Facebook, contactar boliches, hacer *flashmobs* en la calle…

—¡Me gusta la idea! —chilló Luli.

—Quizá podríamos… darle como una dimensión política, ¿no? —opinó Diego con cautela, ya que sabía que sus amigos sabían tanto de Preciado y Butler como de física cuántica. Y se explicó de la siguiente manera, muy cuidadosamente y eligiendo las palabras correctas para intentar entusiasmarlos: ya que tenían en mente ese concepto tan atrevido, el de poner en escena cuatro varones femeninos y una mujer más bien masculina, era muy fácil pensar en una crítica hacia las construcciones sociales de lo que era aceptado como femenino y masculino. Si Santi se ponía unos tacos y se pintaba la boca, no dejaba

de ser varón. Y si Luli se ponía unos bóxers y se cortaba el pelo al rape, no dejaba de ser una hembra. Eso mostraba que los géneros, lo masculino y lo femenino, eran simplemente invenciones, inventos que nada tenían que ver con lo que el hombre y la mujer llevaban entre las piernas. Y no solo eso: todos los días, en todo momento, hasta con los gestos más insignificantes, las mujeres afirmaban su feminidad y los hombres ponían sobre la mesa su masculinidad. Los géneros eran, al fin y al cabo, una lista de pasos que cumplir. Eso, eso era lo que podían criticar con su estética, con sus bailes, con sus movimientos. Que un par de siliconas no hacían más mujer a una mujer. Que pintarse la boca no hacía a un hombre menos hombre. Y que todos eran seres humanos, sin importar su sexo biológico, su género, su orientación sexual.

—Estaría buenísimo —susurró Javier, y enseguida tuvo que sacar de nuevo las lágrimas artificiales, porque se había quedado mirando a Diego tan fijamente que se le habían secado los ojos otra vez.

—Sí —admitió Luli.

—Genial —exclamó Danilo, con un bigote de café sobre el labio superior.

—Bárbaro —alabó Santi, pensando en su hermano, en Federico.

Esa sería la oportunidad perfecta para demostrarle que no era una loca cualquiera: que hasta bailando se podía hacer política.

A veces me preguntaba, no sé… si no estaba loco. Bueno, estar enamorado es estar un poco loco. El amor es la locura más dulce del mundo.

A veces me preguntaba si era normal que amara tanto a Santiago. Porque sentía que lo amaba demasiado. Sí, ya sé. El amor nunca es demasiado. Pero cuando nos referimos al amor, no hablamos de cantidad, hablamos de calidad. De cómo es ese amor. Y sentía que mi amor estaba enfermo, desequilibrado, loco. Cuando me despertaba pensaba en él; cuando me iba a dormir, lo imaginaba al lado mío. Su voz era la única que escuchaba en mis sueños, su boca era la única que besaba.

Ahora ni siquiera quería despertarme. Quería dormir para siempre, para poder sentirlo a mi lado, para poder tocarlo, acariciarlo, besarlo. Cada vez tenía menos sentido que me despertara, porque dormido era mucho más feliz. ¿No es eso estar loco?

Habría hecho cualquier cosa por Santiago. Y eso me daba miedo. Si me pedían mi vida, la habría dado. Si me pedían la vida a cambio de la felicidad de Santi, la habría entregado gustoso. Mi vida no valía tanto. Cada día valía menos. ¿Cuánto puede valer la vida de un hombre que vive en sueños?

Quería decirle todo lo que sentía, pero ya era tarde. Si no se lo había dicho aquella noche, en Luján, cuando podía acercarme a él y acariciar su piel, besarlo en la boca, meterme en su cama y sentirlo acurrucarse al lado mío… ¿Para qué se lo iba a decir ahora, que por fin estaba cumpliendo sus sueños, que ya se había olvidado del amor de este hombre patético?

A veces quería retroceder el tiempo, congelarlo. Detenerlo en algún instante de aquel verano, cuando Santi todavía era mío. ¿Qué habría hecho si hubiese podido vivir de nuevo cualquier minuto de aquellos tiempos tan hermosos?

Me habría acercado a él y le habría dicho: «te amo, Santi. Y te lo tengo que decir, porque si no te lo digo, me voy a arrepentir toda la vida. Porque van a pasar más de dos años y nunca te voy a haber dicho lo que sos para mí. Sos todo. ¿Querés ser mi novio? Si pudiera me casaría con vos. Sos todo, todo lo que podría querer en un ser humano, en un hombre. Me gusta que seas femenino y sensible. De eso me enamoré, de tu ternura, de esa ternura que tenés que se te sale por los poros, que te brilla en la mirada. No me da vergüenza que seas una loca, como decís vos ahora. Dale, Santi, si vos sabés que a mí nada me da vergüenza. Yo puedo besarte en medio de la calle sin que se me mueva un pelo. No es porque me guste hacer espectáculo. Es

porque esto que siento me llena, me llena el alma, el corazón, la cabeza… y si no te doy un poquito, voy a explotar. No me da vergüenza estar enamorado de vos. ¡Es tan lindo estar enamorado y que todos lo sepan…! Venite a vivir conmigo, dale…».

Y la fantasía se desvanecía. Porque le acababa decir a Santi «venite a vivir conmigo» y hacía dos años yo no vivía en este departamento.

«No te dije nada porque tenía miedo, Santi. Porque la depresión me sacaba el sueño, pero ahora me está matando. Me mata de a poco, me saca las ganas de levantarme, de comer, de ir a trabajar, de ir a correr, de ir al gimnasio. Vivo cansado. Vivo en mis sueños, porque son el único lugar en donde puedo tenerte».

Sometimes, I can taste your kiss on my tongue.
Sometimes, I'm afraid and I start to come undone.
If you ever think that you would want me again
I will wait for you until the end.

Until the End, Matthew Duffy

Noche cerrada, noche abierta, que se abre, se cierra, explota, se desparrama. No era la primera vez que Gabriel fumaba, pero usualmente las drogas se las suministraba Pablo y sabía que podía confiar en lo que le daba su amigo. *Ni una palabra a Santi,* le decía Pablo cada vez que le pasaba algo. *No le gustan las drogas, tiene miedo de volverse adicto.*

Pero ahora Gabriel estaba completamente solo y estar drogado solo le parecía deprimente. Nadie se le acercaba. ¿Acaso se daban cuenta de que cualquiera que se juntara con él terminaba herido? Había lastimado a Santi, aunque Santi nunca se lo reprochara, aunque le siguiera sonriendo, aunque siguiera devolviéndole los abrazos con la misma fuerza. A veces, Gabriel quería que Santi le gritara, lo insultara, le dijera que era un hijo de puta y que no quería verlo nunca más. Porque se lo merecía.

Gabriel se alimentaba de recuerdos. Y mientras estaba ahí sentado en el sofá del bar, mirando sin mirar los cuerpos que se deslizaban a su alrededor, su mente estaba muy lejos de allí… Su mente estaba en Luján, hacía años, oyendo la respiración del Santiago dormido.

Se arrepentía, se arrepentía de todo lo que había pasado. O mejor dicho, de lo que *no* había pasado. Podría haberle contado a Santi que tenía depresión, que le costaba dormir, que le habían recetado pastillas para la angustia, para que le costara menos levantarse por las mañanas y enfrentarse a ese mundo de mierda en el que cada vez tenía menos sentido vivir, existir, respirar. Ahora cada vez que respiraba sentía que se hacía más viejo. Que envejecía y que se hundía más y más en la depresión, en la soledad, en la oscuridad, en la nada.

Pablo tenía novia, Santiago salía con ese tal Álvaro. Había sido un estúpido al pensar que Santi lo quería demasiado como para no acostarse con otros. Porque Santi lo seguía queriendo, ¿no? Rogaba que sí, pero no sabía a quién rogarle. Había rogado toda su infancia que su madre encontrara un hombre que la amara, un hombre que quisiera ser su padre… y en vez de eso Nora se había juntado con una mujer que la había maltratado, humillado y enfermado. Una mujer que la había apartado de lo único que tenía en el mundo. Pero él sabía

que su madre nunca había querido tenerlo… ¿Y entonces? Qué más daba. Era lo mismo.

Por eso sentía rechazo por las lesbianas, aunque sabía que solo era culpa de un prejuicio un poco absurdo y de un trauma demasiado profundo. Si a su mamá le gustaban las mujeres, ¿por qué no había podido encontrar a una chica buena que la quisiera de verdad? El amor homosexual es igual al heterosexual, él lo sabía, aunque solo conociera el homosexual. Porque Gabriel amaba a Santiago como jamás había amado a nadie. Y sospechaba que se moriría amándolo...

Se reclinó en el sofá y cerró los ojos. Extendió los brazos alrededor del respaldo y suspiró profundamente. Sus pulmones se llenaron del aroma acre del porro, de la nicotina que lo rodeaba.

Estando drogado podía recordar mejor aquellas noches, cuando todavía dormía junto a Santi. En un instante, volvió a aquel ático y se recostó al lado de ese cuerpo tibio, pálido, ese cuerpo hermoso que había querido poseer y no se había animado. Santiago abrió los ojos y Gabriel ahogó un gemido. Sus pupilas se agrandaban y Gabriel se acercaba a su rostro hasta advertir los cientos de puntos de colores de sus iris. El círculo gris que los rodeaba. Las franjas azules y celestes. Las diminutas manchas verdes y amarillas. Entonces Santiago parpadeaba y Gabriel veía sus pestañas bajar en cámara lenta, suavemente, y casi podía oír el sonido de sus párpados acariciándose.

—Te amo tanto, mi amor —le decía Gabriel al Santiago de sus fantasías.

A su alrededor, el ático era todo oscuridad, pero el cuerpo de Santi resplandecía como una joya. Su piel blanca. Sus pezones rosados. El vello dorado que le rodeaba el ombligo. Gabriel hundía la cabeza en su vientre y le lamía el vello púbico… subía y le mordisqueaba el ombligo y todo el cuerpo de Santiago se estremecía con un suspiro…

Gabriel sentía que solo tenía cabeza, que todo su cuerpo eran esos labios, esa lengua y esos dientes que mordisqueaban la piel de Santi con suavidad, que chupaban sus pezones, que lamían su cuello. Entonces, de repente, Gabriel recordó que tenía manos y piernas, y sujetó a Santi contra la cama, frotando su entrepierna con la suya. ¿Estaba desnudo? Sí, lo sentía. Estaban piel contra piel, con la humedad y el sudor de sus cuerpos volcándose en el del otro. Mezclándose.

—Santi, mi amor… ¿Sabés que te amo? ¿Sabés?

Gabriel le separaba las piernas y la blancura de los muslos de Santiago lo cegaba. No podía ver su sexo, pero no importaba... Como un sediento en medio de un oasis, se lanzó hacia esa piel y la recorrió con los labios, los dientes…

Gabriel despertó de su fantasía en medio de un relámpago de dolor. Se había mordido la lengua. De repente, volvía a estar en el bar, con

aquella música odiosa atravesándole los oídos, con las luces latiendo en sus ojos enrojecidos por culpa de la marihuana.

Una chica se había sentado a su lado.

—¿Me convidás? —le pidió, mirando el porro con una sonrisa.

Gabriel quiso decirle que no. Que era su porro. Que si quería drogarse, se consiguiera sus propias drogas. En vez de eso, le alargó el porro a la chica y suspiró. Ella dio una larga pitada y Gabriel alargó la mano de nuevo, para que se lo devolviera. La chica no hizo caso, dio otra pitada, esta vez con los ojos cerrados. Gabriel carraspeó.

—Muy bueno —dijo ella con una risita, devolviéndole el faso. Se notaba que estaba muy borracha—. Es porro de ricos.

Gabriel la miró. Era rubia y tenía el pelo corto como Evelyn, aunque Evelyn era rubia natural y a esta chica ya se le notaban las raíces castañas. Había cometido el error de teñirse las cejas y ahora tenía los vellos mitad negros mitad rubios. A Gabriel le causó gracia.

—¿De qué te reís? —preguntó ella, contagiándose de su risa.

Gabriel frunció el ceño, porque no se había dado cuenta de que se estaba riendo. De que me parecés ridícula, oxigenada, quiso decirle. No me gustan las minas, me gusta Santi, quiero cogerme a Santi, quiero que Santi me chupe la pija…

Y sin embargo, arrastró a la chica por todo el bar hasta que llegaron al fondo, donde las parejas se besuqueaban entre las cortinas iluminadas, como en una escena arrancada de *Las mil y una noches*. Oyó a la chica quejarse de dolor cuando sus cuerpos chocaron contra la pared y oyó su risa cuando le subió la pollera y le metió los dedos debajo de la tanga. En un momento, Gabriel sintió que le zumbaban los oídos, se le contraía el pecho y le ardía la cara… y se dio cuenta de que había dejado de respirar. Su cuerpo se inclinó sobre el de la chica anónima e inspiró profundamente, intentando hallar en aquella piel el aroma del desodorante masculino que usaba Santiago. Le entraron náuseas. El cuello de la chica tenía un aroma cítrico, demasiado dulce. Se le revolvía el estómago.

Sacó un preservativo del bolsillo y se lo llevó a la boca, ¿dónde estaba su boca? ¿Dónde estaba su cuerpo? ¿De quién era ese otro cuerpo caliente que estaba pegado al suyo, contra esa pared, entre la lluvia de cortinas de ese bar?

La chica le desabrochó el cinturón y él se bajó un poco los pantalones y la ropa interior. No quería que se la chupara. Solo quería metérsela. Por atrás.

—Me estoy cuidando, si no tenés nada… —dijo la chica, entre risas, y el tufo a alcohol le pegó a Gabriel en la boca.

Gabriel no le entendió. No comprendió que quería decir con eso de que se estaba cuidando, con eso de no tener nada. Cuando se dio cuenta, le entró risa. Se acordó de una frase que había escuchado

hacía tiempo: la vida es una enfermedad de transmisión sexual.

—No… —balbuceó, rompiendo con los dientes el envoltorio del forro. No quería que la piel desnuda de su pene tocara la vagina húmeda de esa mujer. No quería que la piel desnuda de su pene tocara su culo. Gabriel nunca había tenido sexo sin preservativo.

La chica se lo arrebató de un manotazo, riéndose a carcajadas. Gabriel apoyó la mano contra la pared y cerró los ojos, para soportar mejor los mareos.

—Dámelo —farfulló. Sentía el corazón en la garganta y las piernas flojas—. ¡Dámelo!

Ella se reía. En un arrebato de rabia, Gabriel la agarró del pelo y la zamarreó con fuerza. Oyó gritos, pero no supo si eran de ella o si surgían del interior de su cabeza.

Salió del bar corriendo, comprendiendo que había hecho algo malo, aunque no estaba muy seguro de qué. Había lastimado a alguien, pero ¿a quién?

Caminó sin rumbo por el centro de Buenos Aires hasta que sin saber muy bien cómo, se encontró delante de la puerta del edificio. Él no se daba cuenta, pero de sus labios seguían saliendo palabras atropelladas, una detrás de otra: puta de mierda, lesbiana hija de puta, por qué no me mataste cuando pudiste.

Se acostó vestido, con el hambre arañándole el estómago. Tampoco se daba cuenta, pero todavía tenía el preservativo en la mano.

Otra vez llueve. La lluvia para Juan Manuel era pronóstico de buenos augurios. Mientras la mayoría de la gente le pone mala cara al cielo nublado y se lamenta de tener que mojarse los zapatos o de tener que andar cargando el paraguas, el agua le parecía a Juanma el mismísimo sinónimo de la vida. El agua revivía las escasas plantas de su pequeño jardín. El agua lavaba las calles. El agua arrastraba todas sus penas hasta las alcantarillas de su alma. El agua lo ponía de buen humor, cuando llovía le entraban ganas de subirse a la bicicleta y de pedalear hasta el fin del mundo. Y sí, también. Hoy, esta lluvia de viernes, esta lluvia que le empañaba la ventana… Esta lluvia le decía que se pusiera los jeans más lindos que tenía, la mejor camisa, que se perfumara, que se pusiera gel en el pelo, que bajera corriendo hasta la calle, se metiera en el subte y se bajara en Diagonal Norte.

Tenía un poco de miedo, para qué negarlo… Esas arruguitas que tenía alrededor de los ojos no lo convencían para nada. Esa barba, tampoco. Sus dedos gordos y callosos (tan diferentes de los de Santiago, tan largos, tan gráciles) contaban las veces en que el miedo le había ganado la partida.

¿Y si Santi lo rechazaba? Si Santi lo rechazaba, la lluvia perdería su magia para siempre. Pero si eso sucedía, seguramente no sería culpa de la lluvia. Pensaba y pensaba, y Juanma no podía imaginarse de qué podría hablar con Santiago si lo invitaba a salir. Pensaba y pensaba, y tampoco lograba dar con nada que a Santi pudiera resultarle atractivo. No era alto ni delgado, tenía panza y su pene, bueno, medía quince centímetros cuando estaba erecto, era un pene normal, ¿o no?

¿Le importaría a Santi el tamaño del pene de su amante?, se encontraba pensando mientras se peinaba con los dedos frente al espejo. ¿Y el de Santi? ¿Cómo sería el pene de Santi? Juanma se mordió el labio y se imaginó un sexo pálido, con la punta rosada, un pene delgado y grácil como su dueño. Se imaginó acariciando ese pene con la lengua y metiéndoselo entero en la boca. Aunque, sinceramente, dudaba que pudiera hacerle un sexo oral satisfactorio. ¡Por Dios! ¿Cómo iba a explicarle a Santi que no sabía hacer sexo oral?

«Porque no voy a llevármelo a la cama a la primera», se respondió, serio, «él va a saber que tengo una hija y que es el primer hombre con el que me acuesto». No quería ser como todos esos hombres de los que le había hablado Pablo. Quería ser especial, porque solo así iba a lograr que Santi se fijara en él, que se interesara por él, que quisiera tener algo con él. Y Juanma se daba cuenta de que tampoco se moría por acostarse con Santiago (bueno, no mucho). Antes de llevarlo a su

cama quería poder tomarlo de la mano y volver a sentir el placer de unos dedos entrelazándose con los suyos. Luego, quería besar su boca, descubrir cómo besaban los labios masculinos, aunque no creía que hubiera diferencia. Después quería obtener el permiso para acariciarlo, para descubrir por fin si su piel era tan suave como lo era en su imaginación. Finalmente, quería poder quitarle la ropa suavemente, sin prisas, bajo la tenue luz de la lámpara de su dormitorio.

Todo eso quería hacer Juan Manuel antes de acostarse con Santiago. Claro, si es que esa noche por fin se atrevía a hablarle.

Evelyn no se había imaginado que esa noche habría tanta gente en el *Lilium*. ¡Si había llovido toda la tarde! Bueno, ya había parado, sí… pero…

—Hay mucha gente, Pau, tengo miedo —gimotéo, retorciéndose las manos.

Pablo la tomó por los hombros y le dio una pequeña sacudida.

—Eve, cortala —la retó—. Vas a estar re bien, no te preocupes, si te sabés todas las canciones de memoria desde hace años.

Evelyn vestía un discreto y elegante vestido de noche de color azul marino que le llegaba hasta los tobillos. A Pablo le sorprendía lo bien que se lucía el azul sobre su piel blanca, pero aceptaba que la carencia de escote entristecía un poco el resultado final. Y también admitía, muy en secreto, que el cabello largo la habría hecho verse mucho más distinguida. Sin embargo, nadie se habría atrevido a negar que la nueva pianista no fuese bonita, de eso estaba seguro.

—Pero es que nunca toqué delante de tanta gente, Pau, entendeme…

—Te entiendo, a ver… —Le aferró la cara con las dos manos—. Lo vas a hacer re bien, solo te tenés que sentar ahí y tocar el piano como lo hiciste siempre. Y si por alguna cosa u otra te ponés nerviosa y te equivocás, nadie se va a dar cuenta porque van a estar todos comiendo…

Evelyn no dijo nada. No estaba muy convencida. A las nueve en punto, Flavio anunció por el micrófono que esa noche tenían una nueva pianista. Que Gloria estaba delicada de salud y que un joven talento la reemplazaría desde ese fin de semana, hasta que se recuperara.

—Démosle la bienvenida a nuestra hermosa… Evelyn.

Los hombres levantaron la mirada al oír la palabra *hermosa*. Algunas mujeres se giraron, con el ceño fruncido, para ver a aquella pianista a la que no calificaban de bella, sino de más que bella. Pablo observó entre complacido y celoso que nadie parecía disentir de lo dicho por Flavio.

Evelyn hizo una breve inclinación ante el público y se sentó al piano.

Gabriel estaba drogado de nuevo. No era la primera vez que trabajaba en el *Chichilo* drogado. La marihuana le hacía sentirse relajado y que las cosas le importaran menos. O casi. Por ejemplo, no tenía ganas de escuchar lo que Álvaro le decía a Santi, o lo que Santi le gritaba en respuesta. Estaban los dos ahí, en el baño de hombres del bar,

discutiendo e insultándose, y sus palabras parecían rebotar en los oídos de Gabriel e irse volando lejos, como las palomas hambrientas que entraban al bar y que tenía que ahuyentar a escobazos. Quizá, bueno… quizá Gabriel sí quería oír lo que se decían. Tal vez sí quería saber cuántas veces Santi se había acostado con ese tipo o si ese tipo sentía algo por su amigo, o si Santi estaba tan enamorado de él como para seguirse dejando usar como un trapo viejo.

No había mucha gente en el bar. Solo una mina tomándose un café y ese otro tipo, el médico, que leía un libro y le enseñaba medicina al cappuccino que tenía enfrente. ¿Hacía cuánto tiempo había pedido ese cappuccino? ¿Todavía no se lo había terminado? Le entró risa, pero intentó disimularla. Cerró los ojos y respiró profundamente el aroma a café que lo rodeaba. Oyó la música, el *pop-folk* búlgaro que Santi ponía por la tarde, para animar a los turistas a entrar cuando escuchaban aquella música exótica, aunque el Chichilo de exótico no tuviera nada.

Gabriel abrió los ojos, sobresaltado. Álvaro pasaba frente a él como una centella, salía por la puerta y se perdía entre las luces de la peatonal. Se iba. Y dejaba a Santi solo, como tantas veces lo había hecho y lo seguiría haciendo. En ese momento, Gabriel sintió algo extraño. Una pequeña cosquilla, un recuerdo mordiéndole la consciencia, arañándole la piel. No se dio cuenta, pero lo que en realidad sentía era culpa.

¿Qué veía Santiago en ese hombre?, se preguntaba Gabriel. Era alto, sí, tenía buen cuerpo… ¿Algo más? ¿Alguna otra cosa que valiera la pena? Se vestía bien, también, pero… En medio de sus pensamientos desordenados, Gabriel se avergonzó de desdeñar aquella extraña belleza: Álvaro tenía la piel algo oscura. ¿Qué le gustará de ese negro? Y de eso sí se daba cuenta: sentía celos. Celos de un *negrito*, se dijo, mirando sus brazos blancos, delicadamente cubiertos por vellos rubios. Se miró reflejado en el metal caliente de la máquina de café, se miró reflejado en la heladera de Pepsi que tenía detrás. Soy lindo. Soy más lindo que ese negro de mierda. Soy rubio, bueno… castaño casi claro. Y tengo los ojos castaños casi claros, también. Y soy todo así, casi. En todo me quedo en el casi. Soy casi rubio, casi bueno, casi malo, casi un hijo de puta.

Barrió el bar con la mirada, no había nadie a quien atender. Salió de detrás de la barra y bajó hasta los baños. Ahí estaba Santi, sentado arriba de los lavamanos. No lloraba. Miraba un punto fijo en el techo y Gabriel quedó como hipnotizado por el efecto que las luces le daban a sus ojos azules. Los ojos de Santiago parecían transparentes.

—Me dijo que soy un pelotudo —susurró Santi, y Gabriel quedó como aturdido al oír su voz. Él no le había preguntado nada aún, ¿o sí?—. Que soy un pelotudo por querer tener una pareja estable, que

me sea fiel y yo serle fiel… Que las cosas no son así. Que en las relaciones gays no existe la infidelidad. Que la fidelidad es cosa de heterosexuales y que a ni ellos les funciona…

Santi se limpió la nariz con el dorso de la mano. No lucía triste, más bien se lo veía pensativo. Estaba meditando lo que Álvaro le había dicho.

—¿Y vos qué pensás? —susurró Gabriel.

Yo te sería fiel, Santi, aunque en estos dos años no pude serlo. Yo también necesito coger de vez en cuando, ¿sabés?

Santi se encogió de hombros y se bajó del lavamanos.

—No sé. Que depende de la pareja. Ya me da por las bolas que nos dividamos en heterosexuales y homosexuales. O sea, si querés fidelidad está bien. Y si no querés también. Hay que poner reglas en la pareja, eso es lo importante. No engañar. Qué sé yo. Me voy al salón.

Eso pensaba Santiago, y sabía que no tenía que ser tan difícil encontrar un hombre que también quisiera tener ese tipo de relación. Y mientras saboreaba un exprimido de naranja, no dejaba de pensar en Álvaro. En el resentimiento con el que masticaba la palabra *heterosexuales*, como si quisiera estrujarla entre sus dientes hasta desmembrarla por completo y escupir después los pedazos.

—Debe haber sufrido mucho. En su familia, digo —había opinado Evelyn cuando Santi le contó acerca de Álvaro.

Sí, Santiago opinaba lo mismo. Algo así se rumoreaba en la academia. Que La Venenosa no era de Buenos Aires, sino de alguna provincia argentina ubicada en el norte, donde la tierra era de otro color y donde las personas pronunciaban la letra *erre* con un silbido. Santi se había dado cuenta de eso, pero nunca se había animado a preguntarle a Álvaro dónde había nacido, ni siquiera cuando compartían la cama y se despertaba junto a él. Jamás se le habría ocurrido estropear aquellos escasos y preciosos momentos con preguntas incómodas acerca de su pasado, un pasado que el hombre parecía desdeñar, querer olvidar. En su departamento no había fotos, ni ningún tipo de recuerdo material.

—Hola, ¿cómo estás?

Santi dio un respingo. Un hombre estaba frente a él, un cliente. El médico, el tipo ese que iba casi todos los días a leer y subrayar apuntes.

—Ah, hola… Perdón, sí, decime… estaba…

El médico le sonrió.

—Estabas lejos.

Santi le devolvió la sonrisa.

—Sí, un poquito.

Se quedaron en silencio un instante, intercambiándose las sonrisas.
—Quería otro cappuccino, por favor.
—Dale.
El hombre se sentó a la barra.
—¿Sos doctor? —le preguntó Santi, mientras echaba el chocolate sobre la espuma.
El hombre asintió en silencio.
—Me estoy especializando en psiquiatría.
—Ah, mirá, qué copado…
Santi quiso decirle «yo soy bailarín», pero…
—Vos sos bailarín, ¿no? —dijo el médico.
—¿Eh? Sí, ¿cómo sabés?
El hombre apartó la mirada y pareció ponerse nervioso.
—Bueno, esas que tenés puestas son zapatillas de baile. Y siempre estás… como bailando… todo el tiempo.
Santi se rio. Sí, era cierto. Había llegado tan apurado que se había olvidado de sacarse las zapatillas de jazz. Y cuando estaba sentado detrás de la barra y no había laburo, lo único que podía hacer era mover la cabeza y los hombros al compás de Britney. A veces se sorprendía a sí mismo bailando una vieja coreografía que pensaba olvidada.
—Y además tu contextura física… —El hombre se calló y apuró el cappuccino.
—¿Eh?
—Eso… que… tenés cuerp… o sea, tenés contextura de bailarín.
—No te creas, eh. Mis compañeros tienen mucho mejor cuerpo que yo. Son más musculosos. Y bue, algunos se pasan el re tiempo en el gimnasio. La verdad, yo no quiero tener todos los músculos marcados así, no me gusta, no es el cuerpo que quiero. Pero bueno, también hay mucha presión…
—¿Te obligan a hacer ejercicio físico?
—O sea, no, no me obligan… pero tengo que hacer para mantenerme en forma. Nadie me obliga a tener todos los músculos marcados, pero si ves que el resto de tus compañeros tienen cuerpos de dioses griegos te sentís un poco… qué sé yo, disminuido, ¿no?
—Y sí, me imagino.
Santi se quedó callado. ¿Había dicho *dioses griegos*? Ay, ¿por qué todo lo que decía tenía que sonar tan gay?
Gabriel le chistó desde la cocina. Santi se volteó. Gabo le señalaba las mesas: había recién llegados.
—Uy, perdoname —le susurró al médico—. Tengo que ir a atender.
Santiago saltó del taburete.
—No, por favor… ¿A qué hora salís?
Santi se paró en seco.

—¿Qué?

El médico bajó rápidamente la mirada. Se mordió el labio inferior.

—Eso… si… si te gustaría ir a tomar algo, después, cuando salgas…

Santi se lo quedó mirando, perplejo. No se lo esperaba. Jamás, jamás en su vida se lo habría imaginado. En un instante, todo pareció cobrar sentido. Que el hombre fuese al Chichilo con tanta regularidad, que siempre ocupara la misma mesa tan cerca de la entrada incluso cuando el piso de abajo estaba vacío. *Siempre estás… como bailando… todo el tiempo*. ¿Y ese hombre se había pasado todo e*se tiempo* mirándolo? De repente, se sintió abrumado y un poco enternecido. Ya no se acordaba cuándo había sido la primera vez que le había servido su acostumbrado cappuccino. ¿Recién ahora se animaba a hablarle?

—Si no querés está bien…

—A las diez. A la diez salgo hoy. Me toca cerrar.

Y se quedaron frente a frente, sin mirarse, intentando contener la risa.

Juanma se quedó fumando un cigarrillo afuera, esperando, mientras Santiago trapeaba el piso y Gabriel limpiaba las mesas.

—¿Qué hace ese tipo ahí afuera? —preguntó Gabo, ya de vuelta de los efectos de la droga.

Santi se daba cuenta de que Gabriel fumaba demasiado seguido y no lo aprobaba. Le daba asco el olor de la marihuana, le desagradaba la cara de idiota que se le ponía cuando estaba drogado (los ojos rojos achinados, la expresión vacía) y cuando lo saludaba, aguantaba la respiración para no sentir el hedor a hierba. Sabía que Gabriel lo hacía para intentar sobrellevar sus problemas y eso era lo que no le gustaba. No lo hacía para divertirse un fin de semana, ni para escribir un poema. La usaba como antidepresivo. En vez de intentar tener una mejor calidad de vida (levantarse más temprano para no llegar tarde a los ensayos; hablar con su madre para intentar arreglar su relación; conseguir otro trabajo para poder llegar a fin de mes y dejar de tener que pedir plata prestada)… en vez de intentar ponerles fin a sus problemas, el imbécil de Gabriel iba y se gastaba en marihuana y cocaína la plata que le prestaban.

Desde que se había enterado de eso, Santiago no sabía qué hacer con Gabriel. Le había llamado la atención una vez y Gabo le había dicho que sus palabras estaban basadas en prejuicios. Prejuicios que se le irían si se fumaba un buen faso. Lo más humildemente que pudo, Santi le dijo que no necesitaba drogas para sentirse mejor, ni para divertirse más, ni para evadirse de la realidad. Que había sufrido mucho en su niñez y su adolescencia, pero lo había podido sobrellevar. Y que los fines de semana siempre era la diosa del boliche

y que para serlo ni siquiera necesitaba beber alcohol. «Bueno, qué suerte que tenés entonces», le había respondido Gabriel con evidente cinismo.

—Vamos a ir a tomar algo.

—¿Con él?

—Sí, me invitó.

—Ah… mirá vos.

—Sí, ¿no? ¡Ni me habría imaginado que le gustaba!

Y Gabo se quedó callado, porque lo venía sospechando. Se le cayó el alma al piso: ¿de verdad? O sea, ¡¿de verdad?! ¿Santi se iba a ir con ese gordo feo? Porque ese tipo no era para nada lindo. Ese Álvaro tenía buen cuerpo, aunque fuese medio negrito. Este tipo era petiso y la campera de cuero apenas le ocultaba la panza.

Gabriel volvió a mirar su reflejo. ¡Pero si él parecía un actor de cine comparado con esos hombres! ¡Y ahora hasta aparecía en revistas! Bueno, en un par de fotos de un catálogo de Wallmart, vistiendo jeans de novena marca. Ojalá lo llamaran algún día para posar para Lacoste, Kevingston, Levi's… Soñaba con verse a sí mismo aumentado por las artes de la gigantografía en alguna transitada avenida del centro de Buenos Aires... en el Alto Palermo, en Unicenter. Ya que mantenerse constante con los ensayos y los talleres de teatro a veces era tan difícil, al menos quería ser reconocido por su cara bonita. A veces, sentía que todo su ser se reducía a eso: una linda cara que había heredado de un tipo al que ni conocía y el cuerpo que había sabido conseguirse a base de gimnasio.

De vez en cuando, Juanma echaba una mirada al salón. Nada le pasaba desapercibido. Se había dado cuenta de que ese chico, el tal Gabriel, estaba drogado. Y también se daba cuenta de lo tensa que se respiraba la amistad entre esos dos jóvenes. Santiago parecía no darle importancia, ¿por qué? ¿Acaso no lo advertía? ¿Acaso no era obvio que ese muchacho se estaba muriendo por dentro? Porque Juanma no solo había mirado a Santi. De hecho, quizá hasta había pasado más tiempo analizando a Gabriel.

Sabía, por ejemplo, que la relación entre ellos estaba rota. Había un nosequé de desdén y apatía en la forma en que se trataban, aunque siempre se saludaran con un efusivo abrazo y un beso en la mejilla. Había entre ellos un abismo insalvable, un precipicio, un acantilado por el que su relación se había despeñado para ahogarse sin remedio en un mar turbulento. Por ahora, su amistad intentaba flotar, pero Juanma sabía por experiencia que, tarde o temprano, moriría. Gabriel y Santiago acabarían por alejarse el uno del otro y con eso quizá podrían poner fin al sufrimiento que ambos sentían.

¿Por qué sobrevivían esas relaciones?, solía preguntarse Juanma. Y la respuesta era siempre la misma: el terror a la soledad.

—¿Hace mucho que te dedicás a bailar? —le preguntó Juanma a Santi.

Caminaban por Lavalle, hombro con hombro, cobijados por la fría niebla del invierno y las luces de los faroles. Por aquí y por allá, algún cartonero arrastraba su carro lleno de cartón y papeles; por aquí y por allá, algún perro callejero dormía debajo del umbral de algún negocio cerrado.

—No, hace un par de años nomás. Tuve la re discusión en mi familia por eso, mi papá quería que yo fuera psicólogo.

Juan Manuel sonrió.

—Hiciste muy bien en elegir lo que te gusta. A mí me pasó algo parecido… con mi exmujer. —Santiago juntó las cejas, pensando que había escuchado mal—. Sí, tengo un pasado *hétero* —afirmó Juanma con timidez—. Y tengo una hija de cinco años también.

Santiago se asustó. ¿Qué querría con él un tipo que todavía estaba en el armario?

—Guau…

—Siempre tuve talento para la cirugía y ella me insistía para que fuera cirujano. Pero la cirugía no me gusta, me pone nervioso, me estresa. Me estoy especializando en psiquiatría.

—¿Estás divorciado?

—Separado. Nunca me casé. La verdad es que nos juntamos por Paula, nuestra hija. Si no hubiésemos tenido a Paula nos habríamos separado mucho antes. No sé cómo nos aguantamos tanto tiempo. Bueno, sí sé: aguantando.

Santi se quedó en silencio. Ya habían llegado a Esmeralda, a la esquina donde había un famoso cine porno donde se juntaban grupos de gays a tener sexo anónimo. Se preguntó si Juanma había ido a ese lugar para ventilarse las dudas acerca de su sexualidad. Cruzaron la calle.

—¿Siempre supiste que eras gay?

—No soy gay. —Santi levantó las cejas y Juan Manuel se rio, como disculpándose—. Bah, no me identifico con el ser homosexual. No sé qué soy, la verdad. Siempre me habían gustado las minas, pero no sé, como que también a veces me paraba a ver hombres… Supongo que soy bisexual.

—¿A dónde estamos yendo? —interrumpió Santi, deteniéndose de pronto.

Juanma parpadeó, extrañado.

—No sé, yo te estoy siguiendo a vos.

—Y yo a vos…

Se sonrieron, con un poco de vergüenza.

—Perdón, soy un boludo, yo te invité…

—Está bien, no pasa nada —se rio Santi, en voz baja. Qué risa ese hombre, por Dios.

—Yo vivo acá cerca, a una estación de subte. Si querés podemos ir y tomar algo. No hago capuchinos tan ricos como los que hacés vos…

Santi aceptó, no tenía ganas de ir a su casa. Porque ese hombre lo estaba invitando a pasar la noche con él, ¿no? Y Santi, ¿de verdad tenía ganas de pasar la noche con un hombre que acababa de conocer?

Cuando conocía a alguien (y esa no era la primera vez que conocía a un hombre de esa forma), Santiago sentía una pequeña mezcla de emoción y esperanza. Emoción frente a la posibilidad de una nueva aventura, esperanza frente a la posibilidad de una relación estable. Ahora, en cambio, si bien se sentía emocionado, tenía un poco de miedo. Era posible que Juan Manuel fuese el hombre más grande que había conocido y no solo eso: hasta tenía una hija. Eso no era cualquier cosa. Bueno, por lo menos no era un mentiroso, se dijo, pensando que al parecer ese tipo no era de esconder secretos grosos como el hecho de haber tenido *un pasado hétero*.

El departamento de Juan Manuel era pequeño y oscuro (aunque no tanto como el de Gabo), y apenas había muebles. Un solo ambiente hacía de sala, cocina y comedor a la vez. Los únicos adornos eran los libros y apuntes de medicina, que formaban pilas y pilas en todos los rincones visibles. Solo había una mesa de madera con dos sillas y un sofá viejo arriba de una alfombra raída.

Un poco cohibido, el dueño de casa explicó que su exmujer se había quedado con la mayor parte de las cosas, incluso con las que no necesitaba. Sin embargo, lo había obligado a llevarse la cama de dos plazas, manifestando que no quería dormir nunca más en la cama que había compartido con él durante esos años.

—Y es un estorbo, mirá —se quejó el hombre, señalándola con un dedo corto y calloso.

La enorme cama ocupaba casi todo el espacio del pequeño y único dormitorio.

Santi sonrió con verdadero pudor. De pronto, se sentía un bebé de pecho. Al fin y al cabo, tenía tanta experiencia en relaciones estables como ese hombre en relaciones gays. Y ese hombre había mantenido una relación estable de cinco años. O casi estable.

—¿Cómo? ¿Nunca trajiste a nadie acá? —bromeó Santi.

Juanma le dirigió una media sonrisa y lo invitó a sentarse.

—No.

—¿Soy el primero?

—Sí…

Y de repente, Santiago se sintió, a falta de otra palabra, superior. Entonces sería el primer hombre con el que se acostaría, ¿o no? Porque… para eso estaban ahí, ¿verdad? Para tener sexo.

—¿A vos… te gustaría que nos conociéramos?

Estuvo a punto de responder que sí, pero ¿de verdad le interesaba? ¿Le interesaba conocer a ese hombre o le interesaba conocer a un hombre, fuese quien fuese?

Juanma advirtió que algo extraño ocurría en el interior de Santiago.

—¿Qué pasa? Si no querés está todo bien. O sea, vos me gustás, pero no sé si yo te gusto a vos. Podemos ser amigos, o sea, de eso se trata, ¿no? De conocerse… —Ay, Juan Manuel. Otra vez diciendo pavadas. Era obvio: ¿Cómo iba a esperar que un chico como Santiago se fijara en él?

Entonces, Santi le dirigió una enorme y sincera sonrisa que lo hizo callar.

—Sí, me gustaría conocerte.

Se rieron, incómodos. Para salir del apuro, Juanma le ofreció algo para tomar y Santiago le dijo que solo bebía agua, aunque de vez en cuando se tomaba una Pepsi.

—Mirá, ya nos estamos conociendo.

Juan Manuel se había preguntado miles de veces de qué podría hablar con un muchacho tan joven y descubrió que era mucho más fácil de lo que esperaba. Había esperado una conversación superficial de música y películas, y en cambio, la medianoche los descubrió desnudando sus temores y sentimientos más profundos. Santiago le dijo que había pensado que Juanma solo quería tener sexo con él; y Juanma le confesó que había ido decenas de veces al Chichilo con el objetivo de hablarle y no se había atrevido. Santi le confesó que eso le causaba ternura y un poco de risa. Pero más ternura que risa. Bueno, solo ternura. Okey, risa también, que Juanma ya estaba bastante grande, eh.

—¿Te incomoda que sea más grande que vos?

Santiago lo meditó por un momento.

—No sé si es incomodidad… O sea, no, creo que no, porque estuve con un tipo grande, pero no sé… No tengo nada serio con él.

Juan Manuel advirtió que Santi había hablado en presente. Ese *tipo grande* debía ser el tipo al que se había referido Pablo. El coreógrafo.

—¿Qué tenés con él?

Y Juan Manuel también advirtió la sombra de tristeza que le nubló la mirada a Santi cuando le hizo esa pregunta. Entonces era verdad. Santiago estaba enamorado de ese tal Álvaro.

—Me usa —respondió Santi encogiéndose de hombros—. Sabe que lo quiero y se aprovecha de eso. Para él soy un bailarín más con el que

ganar plata. Y con el que coger de vez en cuando. Una vez… —soltó una risita nasal—, me quedé a dormir con él y a la mañana le pedí que me prestara una maquinita de afeitar. ¿Podés creer que no me la prestó? Le daba asco, o sea ¿lo podés creer? La noche anterior me había chupado el culo y le daba asco que usara su maquinita de afeitar. —Santi se quedó en silencio un rato—. Solo me quiere para coger.

Juanma dejó su vaso en la pila de libros que hacía de mesita y dijo:

—No sabe lo que se pierde.

Santi alzó la mirada y replicó:

—¿Y vos sí sabés?

Juan Manuel sonrió con un dejo de tristeza.

—No. Eso solo lo podés saber vos. Yo no sé, pero puedo sospecharlo.

—¿Y qué sospechás? —rebatió Santiago.

Juanma se mordió el labio.

—Que sos una persona muy valiosa para dejar ir así como así. Y que dejás una marca a quien sea que toques. No pasás desapercibido en las vidas de las personas.

Santi se quedó medio aturdido. Se esperaba una respuesta banal y absurda, que le dijera que era lindo, atractivo. Pero ¿valioso? ¿En serio? ¿Y cómo podía ese hombre saber eso?

—No se pierde nada, porque si no me quiere, no me quiere. Ese así de sencillo. Yo no puedo obligarlo a que me quiera. Además, él nunca me prometió nada. Soy yo el tarado que siempre se ilusiona con cualquier pelotudez.

Las palabras de Santi sorprendieron a Juan Manuel. ¿Cómo era posible que ese chico tuviese la autoestima tan baja? ¿Qué le había ocurrido? ¿Acaso… podía ser que ese tal Gabriel…?

—¿Alguna vez tuviste novio?

Santi admitió que no, pero que había perdido la cuenta de las veces que había tenido sexo. Al principio había empezado a contarlas, pero perdió la cuenta cuando pasó las treinta y algo.

Juan Manuel sonrió, entre divertido y enternecido. Pero, de repente, una señal de alarma se encendió en su cabeza. Algo le dijo que una relación con ese chico era peligrosa porque solo les acarrearía sufrimiento, ya que los dos estaban demasiado necesitados de amor.

Santi comentó que estaba cansado y Juan Manuel le dijo que se tirara un rato en la cama mientras preparaba algo de comer. Cuando Juanma terminó los sándwiches de pollo y mayonesa, se dio vuelta y vio a Santiago profundamente dormido.

Gabriel estaba esperando que Luna Sabini lo pasara a buscar. Luna

Sabini era la mujer que le prestaba el monoambiente donde vivía. Luna Sabini era, también, la rectora de la escuela de artes donde Gabriel solía hacer changas de modelo en las clases de dibujo con modelo vivo. Luna Sabini era, también, una mujer alta y esbelta, de unos cuarenta años, cabello negro teñido, piel blanca y ojos cristalinos como un cielo atravesado por un relámpago. Luna Sabini era, también, la única persona con la que Gabriel tenía relaciones sexuales a menudo.

Gabriel había encontrado el trabajo en un sitio de Internet donde solicitaban artistas, maquilladores y modelos que trabajaran gratis o por poco dinero. Estaban a punto de echarlo de la pensión donde vivía por deber tres meses de alquiler y estaba dispuesto a realizar cualquier tipo de trabajo. Le costó bastantes horas de preparación mental verse desnudo frente a montones de desconocidos que escrutarían su cuerpo en busca de detalles, sombras, defectos; tener que quedarse quieto mientras aquellas personas se apropiaban de su cuerpo. Pero más le molestaba saber que aquellos hombres y mujeres estaban estudiando una carrera universitaria, y que si estaban allí, entre esos muros, sosteniendo sus lápices y sus pinceles, era porque seguramente no tenían que posar en pelotas enfrente de nadie. Aquellos estudiantes debían llevar una vida cómoda, sin necesidades, tendrían familias, parejas, amigos, mascotas…

—Qué callado que estás hoy —le dijo Luna, mirándolo por el retrovisor.

Luna Sabini no solo era su amante. Se había convertido en su confidente, en su apoyo moral… casi en su madre. Gabriel sentía una especie de angustia hueca cada vez que pensaba que era posible que su madre fuese más joven que Luna. Gabriel nunca le había preguntado su edad exacta. En cambio, ella sí sabía que Gabriel tenía la edad del hijo que buscaba desde hacía casi diez años.

Luna Sabini estaba en busca de su hijo perdido y Gabriel sabía que ella veía en él algo así como su reflejo distorsionado. Por su parte, ella estaba al tanto de que su joven amante era un alma igual de descarriada y que si estaban juntos era por puro instinto de supervivencia.

—¿Tomaste las pastillas? —le preguntó Gabriel a Luna.

—Sí, ¿vos?

—También.

Y se rieron, compartiendo un breve instante de risueña complicidad. Estuviera donde estuviera, Luna les rogaba a los dioses (solía alternar santos del cristianismo con deidades celtas y aztecas), que su hijo no hubiera heredado su enfermedad. A veces, cuando Gabriel se olvidaba los antidepresivos en su casa, Luna le daba de los suyos. Tomaban exactamente la misma pastilla, con la diferencia de

que ella la tomaba dos veces al día y Gabriel solo una.

—Espero que no te hayas vuelto a drogar con mierda —lanzó ella, para cortar la risa.

Luna sabía que Gabriel consumía drogas porque sentía que le hacían mejor que los antidepresivos que le recetaba el psiquiatra. Con los médicos, ella tenía una relación de amor-odio, más de odio que de amor, porque no entendía cómo podía ser posible que ninguno de esos psiquiatras tan orgullosos tuviese la cura de su enfermedad. De hecho, Luna ni siquiera sabía el nombre de la enfermedad que padecía. Que esquizofrenia residual. Que esquizofrenia paranoide. Que trastorno de personalidad. Que psicosis crónica. Lo único que sabía era que cuando le ocurría algo que le afectaba (cuando los críticos de arte destrozaban su última exposición, por ejemplo), su cabeza se daba vuelta. Trataba mal a la gente. Hacía cosas raras, como romper en pedazos sus vestidos de fiesta. Creía que sus vecinos murmuraban a sus espaldas. Por eso, Luna Sabini no exponía hacía casi cinco años y hacía tres que no tenía pareja estable. Hasta que conoció a Gabriel.

Gabriel se recostó sobre los asientos traseros y cerró los ojos. Le dijo que estaba cansado y que solo tenía ganas de dormir con ella en su enorme cama de sábanas suaves y limpias. Que quería acariciar su piel suave y limpia, y dormirse acunado entre sus brazos.

Luna esbozó una media sonrisa. Gabriel sabía qué palabras decir, sabía con qué tono debía pronunciarlas. Gabriel sabía exactamente cómo debía arrastrar el silbido de la *ese* cuando decía *suave* y cómo debía deslizarse su aliento por el cuello de ella cuando le susurraba esas palabras al oído.

Sin embargo, Gabriel no mentía. Y Luna lo sabía. Gabriel de verdad quería sentir la firme tersura de sus pechos contra su espalda, y que sus brazos delgados se perdieran en su cintura, y que sus piernas se entrelazaran como las ramas de un árbol en medio de una tormenta.

—Dormite, mi amor. Yo te despierto cuando lleguemos.

Pero Gabriel, aunque permaneció con los ojos cerrados, no pudo dormirse.

El auto de Luna (un Citroën C4 plateado) atravesó la Avenida San Martín, cruzó la General Paz y se internó en el Partido de San Martín. Cuando llegó al centro, Luna se bajó y en una estación de servicio compró dos botellas de Coca-Cola.

Luna vivía sola en un edificio ubicado en frente de la plaza de San Martín, sobre la avenida Belgrano. Como no soportaba las paredes, las había hecho demoler y todo su departamento, menos el baño, estaba dividido por cortinas y biombos. La primera vez que Gabriel entró en aquella extravagante vivienda le dio la sensación de estar en medio de un cuento de *Las Mil y Una Noches*. Su casa estaba repleta de cuadros y artesanías hechas en todos los materiales posibles: desde arcilla y

cerámica, hasta papel. Al ver el rostro sorprendido de Gabriel, Luna le había contado por qué no exponía y por qué no daba a conocer sus obras: no soportaba la envidia y las palabras de los críticos, que relegaban su trabajo a arte de segunda por ser obra de manos de mujer. Y Luna ya había sufrido suficiente por ser mujer. Por eso, sus pinturas y sus vasijas estaban allí, amontonadas en su departamento.

—De vez en cuando las vendo —había dicho—. No puedo guardarme todo.

Gabriel bostezó y dijo que no había cenado. Luna le sonrió y le señaló la heladera con la cabeza.

—Hacete algo, no voy a cocinar a esta hora. O si querés pedí un delivery.

Luna se fue a cambiar. Un detalle de su vestimenta era que siempre se vestía de negro. Rara vez utilizaba colores. Cuando lo hacía, no pasaba del verde, el azul o el rojo. Se quitó su camisa negra, sus vaqueros ajustados, sus botas altas, y se puso un pijama de dos piezas y un deshabillé.

Esta vez, observó Gabriel por el reflejo de la heladera, Luna había elegido su conjunto negro. Eso significaba que no tenía ganas de hacer el amor. Por lo general, cuando estaba de humor para el sexo elegía el conjunto rojo o el azul. El rojo lo elegía cuando tenía la libido muy alta y Gabriel ya podía prepararse para un par de horas de sexo fuerte. Cuando elegía el azul, tenía ganas, pero significaba que deseaba un encuentro más tierno y tranquilo.

Gabriel había intentado persuadirla cuando se vestía de negro, pero nunca había dado resultado. Soltó un pequeño suspiro. Había temido que Luna se vistiera de rojo y la verdad era que esa noche Gabriel no tenía ganas de hacer el amor. En realidad, últimamente no tenía muchas ganas de tener sexo. Y Luna tampoco.

Gabriel sacó de la heladera unas empanadas y las puso a calentar en el microondas.

—Estás muy callado —dijo ella.

—Vos también —replicó él con una sonrisa—. ¿Todo bien?

—Sí, más o menos. Me ofrecieron exponer de nuevo, pero no quiero.

Gabriel apretó los dientes. Quería que Luna volviera a exponer porque deseaba que el mundo la conociera. Deseaba que las personas se estremecieran al ver sus arcángeles de alas mecánicas, sus vírgenes violadas, sus demonios de rasgos inocentes y colmillos de elefante, sus vampiros ataviados con largas capas de terciopelo. Y deseaba que supieran que Luna no caería de nuevo, porque ya no estaba sola. Que gracias a él, ella no lloraría ni destrozaría sus cuadros cuando la tacharan de poco vanguardista, poco novedosa, excesivamente tradicionalista. Y, cómo no, deseaba que supieran que era él mismo

quien había posado para aquellos arcángeles y esos demonios.

—Es tu decisión —susurró él.

Sospechaba que Luna sentía vergüenza de que la gente supiera que tenía un chico como amante. Y la entendía, claro, qué podían saber esas personas. ¿Acaso sabían que Luna había pasado su adolescencia encerrada en un psiquiátrico y que siete meses después de que la violaran por quinta vez había dado a luz un hijo que nunca había conocido? ¿Acaso sabían que Luna jamás había logrado tener períodos de estabilidad mayores a cinco años? ¿Sabían, acaso, que a ese chico con el que Luna se acostaba le ocurría exactamente lo mismo?

A Gabriel no le importaba lo que dijera la gente, pero a Luna debía importarle. Al fin y al cabo, su puesto y su reputación estaban en juego. Y Gabriel no podía permitir que Luna cayera de nuevo en una de sus crisis.

—Te queda re lindo ese pijama —le susurró Gabriel, mirándole el escote, cuando ella se sentó a su lado en la barra de la cocina.

Luna tenía pechos grandes, algo que nunca le había llamado demasiado la atención en las mujeres. Cuando besaba los pechos de Luna, siempre pensaba en su madre, que no había podido amamantarlo porque no tenía leche. Los pechos de su mamá, recordaba Gabriel, eran apenas dos botoncitos de carne que sobresalían bajo sus clavículas.

—Mirá, necesito que firmés esto —dijo ella, como si no hubiera oído el piropo—. Es el contrato del departamento. Ahí dice que te lo estoy alquilando y que te cobro mil quinientos pesos.

Gabo sonrió, porque Luna no le cobraba alquiler. Le señaló dónde debía firmar y él garabateó su nombre sin mucha parsimonia.

—Bárbaro, Gabi. Me lo pidió mi abogada, ¿viste? Por el tema del balance de mis propiedades…

Luna rehusaba llamarlo *Gabo*, pero a él no le molestaba. Le gustaba cómo sonaba su nombre en esos labios femeninos y delicados, esos labios que recibían los antidepresivos con un gesto entre pícaro y desdeñoso, esos labios que se abrían ante sus besos como las alas de una mariposa.

—Te queda re lindo ese pijama —repitió él.

—Y vos siempre estás hermoso…

Le gustaba que Luna le dijera que era hermoso. La primera vez que se lo dijo, en uno de los salones de dibujo de la escuela de artes, Gabriel se sintió entre cohibido y complacido. Raramente, no lo tomó como un piropo. Frente a esa mujer delgada y seria, de ojos celestes, de cabello negro teñido… se sintió pequeño e intimidado, se sintió como un niño. Se puso colorado y susurró un gracias bajo, tímido, tembloroso. La mujer le sonrió con franqueza y le preguntó si no le interesaba modelar para ella en privado, que le pagaría mucho mejor

y no sería tan exigente como la profesora Karablovska.

—Tenemos la maldición de la belleza.

Luna se puso seria. Sí, por ser bella los enfermeros del neuropsiquiátrico la habían hecho blanco de sus ataques sexuales. Por ser bella tenía un hijo que no conocía y que buscaba hacía diez años. Por ser bella, los hombres, esa extraña desviación de la especie humana que ella detestaba, se giraban al verla y le gritaban groserías. ¿Y acaso Gabriel no era un hombre? No, Gabriel era un chico y siempre lo sería, porque Gabriel siempre tendría la edad de su hijo desaparecido.

La maldición de la belleza en el caso de Gabriel, radicaba en que deseaba utilizarla para ganar dinero como actor y hasta ahora no le había funcionado. Últimamente pensaba que quizá el problema fuera que no tuviera talento y que con la belleza física no bastaba. Por culpa de la maldición también se le acercaban mujeres y hombres que no le interesaban.

—Estoy condenado a ser modelo.

El vaso de Luna se estrelló contra la mesada.

—Vos lo que tenés que hacer es ponerte las pilas. Juntar platita para pagarte la facultad en vez de gastártela en ropa cara y falopa. ¿A dónde vas con toda esa ropa que te comprás, si no salís a ningún lado? ¿O salís? Sí, a buscar la merca salís nomás. ¿O ahora hacen delivery?

Gabriel suspiró, molesto. A veces Luna se ponía pesada, sí. Sin embargo, para su horror y consternación, descubrió que en el fondo le gustaba cuando adoptaba esa actitud imponente y demandante. Lo excitaba. Le venían ganas de alzarla en brazos, tirarla a la cama y cogérsela bien fuerte, pero sin perder la ternura. Besar su boca, su cuello, su escote, sus pechos. Y después de acabar, acurrucarse entre sus piernas, como un bebé recién nacido.

—No me sermonees, Luni, que no me siento bien.

Eso siempre funcionaba, llamarla *Luni*. Gabriel sospechaba que el apodo le gustaba porque de alguna forma el diminutivo trazaba un puente entre los años que se llevaban. Luni y Gabi. Ella suspiró.

—No quiero que te echés a perder —susurró.

Echado a perder. Un eufemismo para referirse a la muerte. Luna no quería que Gabriel sufriera todo lo que ella había tenido que sufrir, pero él no contaba con la ventaja de tener talento para el dibujo, la pintura o la escultura. Luna había sobrevivido gracias a su arte. Gabriel estaba completamente a la deriva.

Sin embargo, Luna le había dado bastantes buenos consejos para lidiar con su adicción o simplemente para evitarse problemas. Era una consumidora con trayectoria. Lo primero que le había hecho entender era que jamás debía pensar que su transa era su amigo. Eran personas a las que solo les interesaba su dinero. Cuando se lo dijo, Gabriel

sintió un escalofrío. Su transa actual lo saludaba con una amplia sonrisa y un «¿cómo andás, amigazo?». Le dijo que no aceptara nuevas sustancias cuando el tipo le ofreciera, que no compartiera porros para evitarse gripes y que si compraba prensado lo lavara para desadulterarlo. Luna fue enumerándole consejos para cada droga, haciendo énfasis en que todas eran distintas y que sus dosis no eran equivalentes, ni siquiera en las infinitas pastillas de éxtasis que pululaban en las discotecas: que el éxtasis era una droga para consumir una vez al mes, que no mezclara cocaína con bebidas alcohólicas porque era un mito que la merca se baja con alcohol, que la bajada de la merca era peor que la de las metanfetaminas, que nunca se *stockeara* con una *pasti* desconocida… y siguió… y siguió… hasta llegar a las benzodiacepinas de venta bajo receta.

Pero el mejor consejo de todos fue:

—Las drogas son como aprender a andar en bicicleta, en algún momento te vas a dar un porrazo. Con las drogas pasa lo mismo: tarde o temprano vas a tener un mal viaje. Es inevitable.

Cuando se acostaron, Luna se colocó detrás de Gabriel y lo rodeó con su cuerpo, en la posición de la cucharita. Siempre dormían así, siempre era Gabriel el protegido. Y siempre era él quien se dormía primero, como si ella debiera permanecer en vela hasta que Gabriel cerrara los ojos.

Here I go, on my own
I don't need nobody, better off alone
Here I go, on my own now
I don't need nobody, not anybody

Stronger, Britney Spears

Los Cocó-Cliché alcanzaron los quinientos fans en Facebook en tan solo una semana. La foto de la portada la había sacado Lore, la hermana menor de la Marilyn, con la cámara que se había comprado con las ganancias de los disfraces que cosía para un cotillón. En la foto, los cinco integrantes posaban mirando al frente en una actitud indiscutiblemente provocativa. Santi vestía unos chupines de jean, una musculosa fucsia y botitas Converse negras. Se había maquillado los ojos de negro y sus pupilas azules brillaban de emoción frente a la cámara. Con las manos en la cintura, sonreía y levantaba una ceja, como animando a todos esos hombres que miraban su foto a masturbarse con su imagen. Danilo y Javier estaban de costado, tocándose las espaldas, con los brazos cruzados sobre el pecho. Danilo tenía puestos unos minishorts de jean y Javier, que siempre se vestía más masculino, llevaba unos vaqueros que colgaban peligrosamente de su fina cadera. Diego, que se había vuelto a teñir de rubio para hacer honor a su apodo, se había puesto unos chupines de leopardo que había combinado con botas militares. Luli estaba en el medio, con la panza al aire y un top recortado con el dibujo de un *muffin*. Tal como habían acordado, ella presentaría una imagen más masculina: lucía unos pantalones anchos con roturas en las rodillas. Se había rapado la mitad de la cabeza y sacaba la lengua a la cámara, mostrando su nuevo piercing.

El primer video que las Cocó-Cliché subieron a Youtube, fue una coreografía de un remix de "Up N Down", canción del octavo disco de estudio de Britney Spears*, Femme Fatale*. Lo grabaron en la peatonal Lavalle justo al mediodía, cuando el sol pegaba fuerte sobre la calle y la iluminación resultaba perfecta. Tuvieron que hacer la coreografía tres veces, porque solo tenían una cámara y Lore quería mezclar diferentes tomas para que el producto final fuera más profesional. Montones de personas se acercaron al ver bailar aquel pintoresco quinteto, sorprendidos por los sensuales movimientos de esos varones con los ojos maquillados y la soltura de aquella chica de cabeza rapada. Mucha gente aplaudió al final, pero otros siguieron de largo, asqueados, al ver que Danilo y Javier se besaban sin pudor.

—Me encantó, bailan muy lindo chicos, los felicito. —Cosas de ese estilo decían las personas que aceptaron ser entrevistadas para el *making off*.

Luego de la grabación, tuvo lugar la sesión las fotos. Los cinco integrantes se colocaron en las posiciones más atrevidas para que Lore los inmortalizara en su tarjeta de memoria. Danilo y Javier volvieron a besarse.

A eso de la una y cuarto, durante la segunda performance, llegó Juanma, que sabía del evento y quería presenciarlo. Era la primera vez que veía bailar a Santi. Se quedó a un costado, observando como hechizado ese cuerpo esbelto y pálido… Ese cuerpo que había tenido en su cama hacía tan solo tres días y que ni siquiera se había atrevido a tocar. Contempló a sus compañeros bailarines, igual de delgados, y sintió, no por primera vez, que no estaba a la altura de su belleza… Santi era, sin lugar a dudas, el mejor bailarín de los cinco. Sus movimientos eran los más marcados, los más perfectos, los más armoniosos. Parecía seducir al público no solo con su baile, sino también con sus expresiones: Santi era todo sonrisas, guiños y gestos.

Cuando Juanma llegó, Gabriel entró en el bar, de mal humor. Quería que ese tipo se alejara de Santiago, pero al mismo tiempo sabía que su amigo tenía derecho a estar con alguien, tal como él estaba con Luna. La situación lo desesperaba.

—Hola. ¿Estás atendiendo?

Gabriel se sobresaltó. Un chico le devolvía la mirada desde unos ojos verdes grandes, brillantes, quizás algo pícaros. Qué lindos ojos, pensó Gabriel, pero entonces, algo en esa cara, en esa mirada… le resultó familiar.

—¿Nos conocemos? —le preguntó.

Alguien carraspeó junto al chico. Era otro muchacho. Tenía los ojos marrones y el pelo castaño enrulado aplastado debajo de un gorro andino.

—Ah, ¿vos sos amigo de Santi, no?

Entonces Gabriel lo recordó: el chico que estaba junto a Federico y sus compañeros militantes aquella mañana… ¿Cómo era su nombre?

—Me llamo Alexis.

—Gabriel.

—Él es Daniel —dijo Alexis, presentando a su amigo y pronunciando su nombre en inglés: *Dániel*.

Daniel susurró un qué tal algo áspero, tal vez dándose cuenta de que Gabriel se había quedado mirando a Alexis más tiempo del heterosexualmente recomendado.

—¿Qué les sirvo? —preguntó Gabriel, serio. No quería quilombos amorosos con nadie, no después de su Gran Quilombo personal llamado Santiago.

—Una Pepsi.

—Dos.

Buenísimo. Nada que preparar.

—Está bárbaro el grupo de baile —comentó Alexis en voz alta. Claramente estaba incluyendo a Gabriel en la conversación.

Gabo los miró: resultaba obvio que eran gays y eran novios. Se movían y se miraban con esa tibia intimidad de los amantes, esa que Gabriel envidiaba tanto en cualquier pareja que se le cruzara por su camino.

—Sí, bailan re bien —dijo, abriéndoles las botellas y sirviéndoles la gaseosa.

—¿Cómo se *liama* el *astilo* que bailan? —preguntó Daniel, con un marcado acento yanqui.

—Street jazz —respondió Gabriel.

—Estaría re bueno que bailaran en la Marcha del Orgullo, ahora en noviembre.

Gabo no dijo nada, no sabía qué decir. Se sentía incómodo cuando estaba entre parejas homosexuales. Los gays lo ponían incómodo. Últimamente, Santiago lo incomodaba todo el tiempo… ¿Qué le había pasado? ¿Cuándo había dejado de ver a las personas como su público para empezar a verlas como amenazas potenciales?

Alexis y Daniel se dieron cuenta de que Gabriel no tenía muchas ganas de hablar y comenzaron a charlar entre ellos. Al parecer estudiaban juntos.

—¡AGUA DE LA CANILLA GRATIS PARA TODOS! —gritó Santiago, irrumpiendo en el bar con sus amigos bailarines.

Gabriel no pudo evitar que se le escapara una sonrisa.

Gabo estaba recostado sobre la cama, boca arriba. Pablo, sentado a su lado, con la espalda apoyada en la cabecera, miraba la televisión con el ceño fruncido, como si lo que veía le desagradara. Seguramente era así, porque meneó la cabeza, agarró el control remoto y la apagó. Miró a Gabriel con impaciencia.

—¿No me vas a decir qué te pasa? —le preguntó, un poco irritado. Desde que llegara, su amigo había dicho poco y nada, pero lo suficiente como para darle a entender a Pablo que no se encontraba bien.

—¿Te acordás…? —comenzó Gabriel—. ¿Te acordás de aquella vez que Santi me invitó a Luján a la casa de su abuela?

Pablo apretó los dientes. Por supuesto que lo recordaba. Los había odiado por eso, había llorado encerrado en su dormitorio, mientras el sol del verano calentaba las cortinas, y había escrito docenas y docenas de poemas trágicos y suicidas. Se había sentido traicionado,

solo, más solo que nunca. Había jurado que no vería más ni a Santiago ni a Gabriel, pero no pudo cumplir su palabra porque eran los únicos amigos que tenía. Y además, los quería. Sabía que algo ocurría entre ellos, que la amistad que compartían se había convertido en algo más, y de repente descubrió que era un tercero innecesario, un estorbo.

—Sí, me acuerdo.

Por aquellos tiempos fue cuando Pablo comenzó a visitar el sitio web de Poringa y descubrió la pasión que le inspiraban las fotos de las bellas transexuales que subían los usuarios. Pero lo que más lo entusiasmó fue darse cuenta de que no estaba solo: a los hombres les gustaban aquellas mujeres con pechos y pene, y en los comentarios se lo hacían saber a ellas, quienes les respondían con una ternura cargada de sexualidad y propuestas para pasar un buen rato.

—Me parece que Santi va a empezar a salir con ese tipo del bar, el médico. Él es diferente, no es como los demás… Y me di cuenta que… que lo sigo queriendo, Pablín.

Pablo se quedó callado. No le gustaba para nada lo que Gabriel acababa de decir, como tampoco le había gustado la extraña relación que habían mantenido hacía casi tres años y que había quedado en la nebulosa.

Gabo buscó los ojos de su amigo. Pablo se subió los anteojos con el dedo índice y frunció las cejas. Suspiró irritado.

—No entiendo, Gabo —exclamó con exasperación—. Si estabas enamorado de Santi, ¿por qué no te pusiste de novio con él? Él te quería, estaba re enamorado de vos. Y vos te alejaste… ¿Por qué? Fui yo quien lo tuvo que consolar, yo lo consolé, no sabía cómo hacer.

Gabriel se incorporó y se sentó sobre la cama. Le tocaba defenderse y hacerlo acostado le hacía sentirse vulnerable, en desventaja.

—No podía estar con él, Pablo. No tenía nada para ofrecerle.

Pablo lo miró sin comprender, como si su amigo hubiese dicho una tontería. Gabriel continuó:

—¡No tenía un departamento, ni un auto, ni un bar!

Pablo se dio cuenta de que se refería a él y le escupió en la cara:

—¿Pero qué pelotudeces estás diciendo?

El rostro de Gabriel se contrajo en una mueca de angustia.

—Estaba mal, Pablín —susurró—. Estaba muy deprimido. A veces tenía ganas de matarme. Me sentía solo, desamparado… Y era verdad, porque estaba desamparado. ¿Vos te sentiste alguna vez así, Pablo? ¿Sabés lo que es no tener papá y mamá?

—Sabés que soy adoptado…

—¡Pero te adoptaron! A vos te desearon. A mí no me adoptó nadie, no me deseó nadie… Fui a un psicólogo y me mandó a un psiquiatra. Me recetaron pastillas…

Pablo abrió los ojos hasta que le dolieron. No lo podía creer.

Cuando le preguntó a Gabriel por qué nunca le había contado, le respondió que le daba vergüenza. Pablo cedió.

—¿Por qué decís que no tenías nada para ofrecerle? Él solo quería que le correspondieras, nada más.

—Pero yo no estaba bien para tener una relación —exclamó Gabriel, desesperado—. ¡Entendeme, por favor! Yo a Santi lo quería, lo quiero, y no iba a meterme con él en ese momento que yo estaba hecho mierda… Le habría hecho mal y no se lo merecía. Yo no tenía laburo, estaba en su casa de prestado, tenía problemas para dormir… a veces no tenía plata ni para invitarlo a tomar un helado… Y yo quería que fuera feliz. ¿Sabés lo que quería? Que nos alquiláramos los dos un departamento, que él pudiera ir a clases de baile… Pero eran pavadas, eran sueños…

—No eran pavadas.

—Sí, eran. Porque él tenía casa, tenía a su familia. Y ellos no aceptaban que fuese gay, pero él tampoco hacía mucho para que lo aceptaran. Se aislaba. Y se victimizaba demasiado.

—Todavía no lo aceptaron, Gabo. Nunca lo van a hacer. Ese tipo es una basura. Tiene un hijo que es lo mejor que le pudo haber pasado y no se da cuenta.

Pablo se sacó los lentes y se frotó los ojos. De repente sentía como si Gabriel se hubiese desnudado ante él: le estaba revelando que quizá comprendía a Santiago mucho mejor que él mismo.

—Entonces lo seguís queriendo.

—Es imposible no quererlo —susurró con la voz entrecortada—. ¿No sentís eso a veces?

Pablo sonrió.

—Sí.

—Quería estar todo el tiempo con él, abrazarlo, cuidarlo, quería que fuera feliz. ¿Y cómo podía hacerlo feliz? Quería sacarlo de su casa, pero esa no era la solución. Al contrario, a la larga le habría hecho más mal que bien. Y su viejo me detestaba, no me podía ni ver. Cuando volvimos de Luján me dijo que me iba a cobrar alquiler, porque yo comía su comida, usaba su agua, que esto, que lo otro… Y yo no tenía plata para pagarle. A veces compraba helado para compartir con toda la familia, o le compraba a él un vino… pero nada era suficiente.

—Y te fuiste con tus abuelos.

—No me quedaba otra.

—¿Santi sabe eso… que el viejo te quería cobrar alquiler?

—No. Le pedí que no me echara y le dije que tenía depresión, pero ni con eso se ablandó. Al contrario, fue para peor. Como que tenía miedo de que le contagiara la depresión a Santiago. O la lepra, andá a saber. Le quise contar a Santi pero después me arrepentí, ¿qué iba a

ganar? ¿Enfrentarlos? ¿Qué iba a ganar con poner a un hijo contra el padre? Nada. Así que me fui…

Pablo se quedó en silencio. De repente, Gabriel le inspiraba un respeto incómodo. Avergonzado, advirtió que él en su lugar sí le habría contado a Santiago la forma de actuar de su padre. Habría buscado enfrentarlos. ¿Puede ser posible?, pensó, ¿que hasta Gabriel sea mejor persona que yo?

—¿Qué pensás? —le preguntó su amigo. Pablo dio un respingo.

—Nada…

—¿Y Evelyn?

—Se fue a tocar el piano al Lilium. Ya debe estar por llegar.

Pablo se levantó y fue hasta la sala. Volvió con un vaso de Gancia con hielo.

Gabriel se incorporó de nuevo y se apoyó en la cabecera, junto a su amigo.

—No tengo whisky —se disculpó Pablo—. Ni drogas.

Gabriel sonrió, dijo que no importaba y se bebió la mitad del vaso de un sorbo. Miró a su alrededor: el tapiz de lentejuelas y canutillos que había hecho Evelyn, el hornito para quemar aceites perfumados, el llamador de ángeles colgando de la ventana…

—Está cambiada tu habitación —susurró.

Pablo asintió. Sabía a lo que se refería su amigo: se notaba la presencia de un alma femenina. Si abría el placard, Gabriel se encontraría con una hilera de vestidos de colores, polleras y blusas.

De repente, Gabriel se sintió morir. Hasta Pablo, que siempre le había parecido un poco mosquito muerto, un poco asexual y sin nada de levante… hasta Pablo, el nerd de su clase, con sus anteojos cada año más gruesos… ¡hasta Pablo tenía pareja! Y no solo una pareja: ahí estaba la ropa de ella, su marca, su presencia, en cada rincón de ese dormitorio y de esa casa. Miró el espacio donde estaba sentado, encima de un acolchado peludo de color negro. ¿Estaría sentado en la parte de la cama que le pertenecía a Evelyn?

—Me mata cuando baila —dijo.

—Sí, Santi siempre bailó muy bien —declaró Pablo.

—No, no me refiero a eso. Es… otra cosa, no sé… Sus expresiones, por ahí… Parece como si fuera feliz.

Pablo lo meditó por un momento, pero Gabriel lo interrumpió:

—¿Te parece que sea feliz, Pablo?

La pregunta lo tomó por sorpresa. ¿Qué se suponía que tenía que responder?

—No sé —susurró—. Yo creo que Santi siempre es feliz cuando baila, es su forma de liberarse, pero no significa que sea feliz, ¿me entendés? Además, si ahora cortó con el Álvaro ese… ¿Tenés idea por qué cortaron?

Gabo emitió una risita nasal, un poco sarcástica, un poco divertida, quizá hasta triunfal, hasta con una pizca de mal humor.

—Por lo de siempre. La fidelidad, todo eso. Fueron a una de esas orgías porque el chabón le insistió, dos o tres veces fueron… y Santi lo pasó bien, pero hasta ahí, ¿viste? Claro, Santi le dio la mano y el tipo le quiso agarrar el codo. Le dijo que quería tener una relación abierta y qué sé yo, y Santi lo mandó al carajo…

Se oyó un chasquido de llaves en la habitación contigua. Evelyn acababa de llegar.

Si gira mi dulce bailarina
Puedo verle los lunares del cuello
Qué pelo que brilla bajo el sol
Pero suspira la luna, si llora
Me mojo
No encuentro en sus ojos
Ni uno de mis sueños
Se bifurcan
si me clavo la lengua
Con tus palabras huecas
No llores
Si gira mi dulce bailarina
¿cuánto darías por verla bailar?
Si se tuercen sus labios
Si sortean un beso
y me gano un pasaje
ida y vuelta
a sus sábanas húmedas
me mojo
me empapo
con sus lágrimas dulces
Si gira mi triste bailarina
¿qué remedio para sus ojos
Podría comprar?
Que los abra, que los seque,
Que me diga cuántos días
Tarda mi mundo en girar
Alrededor de su sombra
Si gira mi dulce bailarina
¿cuánto tardaría en verla volar?
Si me besa y me grita,
Y en el fondo de su boca
encuentro
Un ojo de gato
Si me espía mientras ato
A mi cuello
un espejo embrujado
Si beso a mi dulce bailarina
¿cuántas noches seguidas
La vería llorar?

Gabriel cerró el libro de poemas de Pablo y lo tiró contra la pared. El libro cayó al suelo, con las tapas abiertas. Gabriel lo contempló y sintió una punzada de remordimiento, el libro no tenía la culpa de que él fuera un fracasado. O de que Pablo cumpliera sus sueños y él no. O de que Pablo tuviera con quien hacer el amor y él no. Menos aún, de que Pablo fuese amado por sus padres y él no.

Los versos le daban vueltas en la cabeza… *Si gira mi dulce bailarina… Si beso a mi dulce bailarina*. ¿Acaso el poema hablaba de Santiago? ¿Era posible que a Pablo le gustara Santi? Gabriel soltó una risa seca, fría, sarcástica. ¿Era posible que Santi no le gustara a alguien? Si hasta las mujeres se enamoraban de él. Lore, la hermana del rubio oxigenado, ¿no se lo quedaba mirando como una tarada cada vez que Santi posaba para las fotos?

Gabriel suspiró y se recostó en la cama, bocarriba. Desde el suelo, el libro *El espejo desordenado*, de Pablo de Sagastizábal, lo miraba acusador. ¿Por qué me maltratás?, parecía gritar el libro… *Yo no tengo la culpa de que seas un inútil, de que no seas bueno en nada, de que solo sirvas para posar en bolas delante de una cámara.*

Por lo menos era atractivo. Tenía sus ojos miel, su pelo castaño, su piel blanca, su metro noventa y tres. Las diarias rutinas de ejercicio le habían fortalecido los músculos de los brazos y las piernas, le habían endurecido el vientre, le habían desarrollado la espalda. ¿Qué era Pablo? Un flacucho cabezón con anteojos. Por lo menos Gabriel tenía… Sí, pero ¿por cuánto tiempo? Su belleza iría desapareciendo con el paso de los años, su pelo perdería el brillo, en su piel el tiempo excavaría arrugas… la fortaleza de sus piernas y sus brazos… ¿Para qué tener dos piernas fuertes si no había nadie que corriera a su lado? Y sus brazos, ¿cuándo alzarían a Santiago y lo estrecharían contra su cuerpo hasta que su carne se fundiera en una única masa de calor incandescente? ¿Cuándo podría hundir sus dedos en sus rincones más profundos…?

Así eran las noches de Gabriel, cuando llegaba al monoambiente demasiado cansado para bañarse y salir; demasiado cansado para llamar por teléfono a Santi y contentarse con escuchar su voz; demasiado cansado hasta para meter una feta de jamón entre dos mitades de pan.

Abrió los ojos. ¿El techo siempre había sido así de bajo? Alargó un brazo, convencido de que podría tocarlo con la punta de los dedos… Sin embargo, cuando lo hizo, el techo pareció alejarse de golpe. Como Santiago. Como sus sueños.

Lo despertó el timbre. Al principio, pensó que seguía dormido, pero la realidad irrumpió en su cabeza como una explosión. ¿Quién sería a

esa hora? ¿Luna? ¿Y qué hora era? Se bajó de la cama y se le ocurrió asomarse por el balcón, pero la ventana era un rectángulo de oscuridad salpicada de rojo. Se arrastró hasta la cocina y descolgó el portero eléctrico.

—¡Gabo! ¡Soy Santi! ¡Abrime! —chilló una voz temblorosa.

Gabriel soltó el auricular y este rebotó contra la pared con un estrépito. ¿Santi? ¿Qué quería? ¿Estaba alucinando? Imposible, no estaba drogado, no todavía.

Corrió hasta la puerta y se detuvo de golpe cuando un mareo le tironeó desde el interior del cráneo y le nubló la mirada. Tenía las piernas dormidas por la mala postura y el piso de cerámica estaba demasiado frío… Ah, seguía descalzo. Corrió hasta la cama, se puso las zapatillas y se lanzó de nuevo hacia la puerta. Bajó las escaleras corriendo y cuando llegó al tercer piso pensó que quizá estuviera soñando. Que tal vez seguía dormido en su cama y que cuando bajara otro par de escaleras seguiría estando en el tercer piso y que permanecería encerrado en aquel laberinto de escaleras para siempre… hasta que una dulce bailarina lo despertara con un beso.

Pero se equivocaba. Cuando llegó a la planta baja, al final del pasillo estaba la puerta de entrada y ahí se encontraba Santiago, acurrucado contra el portero eléctrico, tocando el timbre de nuevo. Gabriel corrió hasta la puerta y sacó las llaves. Al verlo, Santi se giró y lo contempló con el rostro empapado en lágrimas.

Me mojo, me empapo con sus lágrimas dulces… Si gira mi triste bailarina, ¿qué remedio para sus ojos podría comprar?

Gabriel oyó un chasquido y se dio cuenta de que se le habían caído las llaves al suelo. ¿Qué le pasaba a Santi? Entonces vio que también tenía el pelo mojado… y la campera… y las zapatillas. Afuera llovía torrencialmente y no se había dado cuenta.

—¡Abrime, boludo! —chilló Santiago, con el rostro desencajado.

Gabriel se apresuró a agacharse para recuperar las llaves y abrió la puerta. Santi se deslizó hacia el interior, acompañado por una oleada de viento helado.

—Estás todo mojado… —susurró Gabriel, como un idiota. Sí, obvio, Santiago ya sabía que estaba mojado.

Sin siquiera saludarlo, Santi se encogió contra su pecho y escondió la cabeza en su hombro. Gabriel lo sintió estremecerse y pensó que temblaba de frío hasta que dejó caer un sollozo y comprendió que estaba llorando.

—¿Qué pasa? —exclamó Gabriel—. ¿Qué pasa, Santi…?

—¿Podemos subir?

Santiago se apartó y lo miró a los ojos.

No encuentro en sus ojos ni uno de mis sueños, se bifurcan, si me clavo la lengua con tus palabras huecas, no llores…

Subieron por el ascensor. Santiago temblaba de frío y Gabriel, confundido y preocupado, lo abrazó y le frotó la espalda. Entonces se preguntó qué diría Álvaro si lo veía abrazando a su bailarín favorito, ¿sentiría celos? Aflojó el abrazo e intentó apartarse.

Y en ese momento, como si le estuviese leyendo el pensamiento, Santi sollozó:

—Me peleé con Álvaro.

—¿Eh? ¿No habían cortado ya?

Santiago respondió hundiéndose más contra su cuerpo y llorando con más fuerza. Llegaron al séptimo piso. Lo de siempre. Se peleaban, cortaban, volvían, se peleaban, Santi lloraba, Álvaro lo convencía con una sonrisa seductora y cogiéndoselo de nuevo. La historia de nunca acabar.

—Dale, Santi, vamos…

Entraron en el departamento y Santi se lanzó a la cama. Temblando de frío, se hizo un ovillo entre las sábanas deshechas, sin siquiera sacarse la ropa mojada. Gabriel comenzaba a preocuparse en serio. ¿Qué había pasado?

Se acercó a la cama, se arrodilló en el suelo y acercó su rostro al de Santiago. Qué hermosos eran esos ojos, esa boca, esa piel mojada… ¿Había algo que pudiera hacer para recuperar su amor y que por fin pudieran estar juntos?

—¿Qué pasó, Santi? Contame… —susurró.

Santi se abrazó las rodillas y cerró los ojos con fuerza. Gabriel alargó la mano hacia su rostro y le acarició la mejilla con el dedo.

¿No te das cuenta de que te amo, de que siempre te amé, de que nunca te dejé de amar?

Cuando Santi volvió a abrir los ojos, una lágrima se desbarrancó por entre sus pestañas y se deslizó por su nariz. Gabriel ahogó un suspiro desesperado y ahí, todavía agachado junto a la cama, abrió los dedos de la mano y acunó la mejilla de Santi en su interior. Qué piel tan suave. ¿Qué se sentiría poder besarla todas las noches? Pero él la había besado en muchas ocasiones, ¿o ya se había olvidado? Sí… lo había olvidado.

—Tenés toda la ropa mojada… te vas a resfriar.

Pero Santi no respondía. Seguía sollozando, con la mirada perdida, con el pelo rubio oscurecido por el agua de lluvia… y Gabriel comenzaba a desesperarse.

—Santi, por favor… Decime qué pasó.

Rendido, se levantó y abrió el armario. Sacó una camiseta limpia, unos pantalones que le quedaban chicos y un par de medias de lana. Santiago no se movía.

—Santi, tomá, cambiate, dale… No importa qué pasó… —Mentira, sí importaba—, pero dale, por favor, que te vas a enfermar…

Santiago levantó la mirada, pero no respondió. Gabriel lo alzó por las axilas y le sacó el pullover mojado. Frunció las cejas al ver que no llevaba nada debajo. Santi quedó sentado sobre la cama, con la cabeza inclinada y el pelo chorreando agua sobre su pecho pálido. Y entonces, volvió a desplomarse.

—¡Santi! —gritó Gabriel—. ¡Santi! ¿Qué pasó, por favor? —exclamó, sacudiéndolo por los hombros con violencia.

Santiago respondió con más llanto y Gabriel se detuvo, comprendiendo que forzarlo era en vano. Le apartó el pelo de la frente y lo miró a los ojos, intentando consolarlo.

—No pasa nada —le susurró, aferrando sus mejillas frías—… Ya pasó, dale, ya está… ya pasó. —No sabía qué estaba diciendo, pero dio resultado.

Santi exhaló un suspiro tembloroso, se mordió los labios y se llevó las manos al pantalón para sacárselos. Su voz sonó como un cristal roto. Los pantalones cayeron al suelo y el celular (al parecer, la única pertenencia que traía encima) se deslizó bolsillo afuera.

—Yo no quería —soltó—… Y a él no… no le importó.

—¿Qué cosa? —replicó Gabriel.

Santi explotó en un llanto desesperado. Golpeó la cama con los puños y enterró la cabeza en la almohada.

—¡COGER! —gritó y su voz salió hueca—. ¡YO NO QUERÍA COGER!

Fue como un baldazo de agua fría. De repente, Gabriel sintió que el mundo entero se le derrumbaba sobre los hombros, que lo aplastaba y lo dejaba allí, sepultado, agonizante, pero sin dejarlo morir. Jadeó, dándose cuenta de que había dejado de respirar.

—¿Te violó? —gritó. Santi no respondió—. ¡Contestame, Santiago! ¡¿Te violó?!

—¡SÍ, ME VIOLÓ! —vociferó Santiago, desgarrándose la garganta. Agarró la almohada y se tapó el rostro con ella, como si quisiera asfixiarse. Su pecho se agitaba con el llanto.

Gabriel se puso de pie y con toda su fuerza le pegó una patada a la cama. Un dolor lacerante comenzó a serpentear por su pie y a subirle en espiral por la pierna… No le importaba. Quería lastimarse, quería sufrir, quería sentir tanto dolor como le fuera posible. Gritó. Gritó como nunca había gritado en su vida, gritó como si quisiera expulsar de su cuerpo todas sus vísceras, toda su sangre, como si quisiera que todo su interior le saliera por la boca y su cuerpo quedara hecho una masa de sangre y carne, allí, sobre el suelo de su departamento. Gritó de nuevo y le pegó un puñetazo a la pared. Algo en su mano se rompió con un crujido, la piel de sus nudillos se levantó y cuatro finas líneas de sangre se deslizaron por la pared como un estigma.

Santiago ahogó un grito y tiró de él, y ambos hombres cayeron

sobre la cama pesadamente, con un crujido seco. Gabriel gritaba, y Santiago lloraba intentando apartarle los brazos del cuerpo para evitar que siguiera haciéndose daño.

—¡Gabriel! ¡GABRIEL!

Pero Gabriel apenas oía. Parecía que sus sentidos se habían desconectado de su cuerpo, como si su espíritu se hubiese ido volando en medio de un grito. A través de sus lágrimas veía un manchón rubio borroso que tenía que ser el pelo de Santiago y sentía un ardiente dolor en las manos y en los pies. La boca de Santi se movía… ¿qué estaba diciendo?

—¡Gabriel, basta, por favor! ¡GABO!

Entonces, Gabriel volvió a escuchar. ¿Qué era todo ese ruido? Entonces, horrorizado, se dio cuenta de que era él mismo quien gritaba, quien lloraba, que era su pecho el que se agitaba convulsamente, que era su cuerpo el que sentía ese dolor insoportable… Sollozando, Santiago se acurrucó junto a su pecho y así se quedaron durante un tiempo que a Gabriel le pareció una eternidad…

—Yo estaba enamorado de vos —dijo Santiago, después de un rato —. ¿Por qué no quisiste que estuviéramos juntos?

—Yo siempre quise estar con vos, siempre… —susurró Gabo, estrechándolo contra su cuerpo—. Pero tengo depresión mayor y soy adicto. No soy un buen partido para nadie.

Santiago se incorporó, se secó el rostro y lo miró a los ojos. Una lágrima solitaria bajaba por el rostro de Gabriel.

—¿Depresión? ¿Estás enfermo?

Gabriel sorbió por la nariz y esbozó una sonrisa triste. Se irguió y se puso de pie.

—¿Querés que vayamos a una guardia? —dijo.

—¿Por mí? No… —susurró Santi, agachando la cabeza con vergüenza.

Gabriel se miró las manos ensangrentadas, suspiró y volvió a sentarse en la cama.

—Cuando vea a ese tipo lo voy a matar, Santiago —sentenció, y vio a Santi tragar saliva.

—Yo también tengo la culpa. Debería haber terminado con él hace rato, pero...

—¿Te duele? —le preguntó Gabriel sin atreverse a mirarlo.

Santiago se puso colorado.

—Sí… —dijo por fin—, pero ya se me va a pasar.

Gabriel boqueó desesperado. Quería hacer preguntas, pero no se atrevía. ¿Acaso no era la primera vez que ese hombre le hacía algo así?

—¿Hay algo que pueda hacer?

Santi cerró los ojos.

—¿Me dejás quedarme con vos? No quiero ir a mi casa.

—Obvio, Santi, sí…

Gabriel sintió que caía por un pozo oscuro y sin fondo: ¿Santi preguntándole si se podía quedar con él? ¿Cuándo… cuándo la amistad que habían compartido, esa amistad que estaba más cerca del amor… cuándo su relación se había vuelto un cordial intercambio de palabras huecas?

—Por ahí el médico te puede ayudar…

—¿Juan Manuel? No… Nos acabamos de conocer. No voy a caer en su casa… no.

Gabriel fue al baño y se limpió las manos con agua oxigenada. Se estaban hinchando, pero no le importaba. Cuando volvió al rincón del monoambiente donde estaba su cama, vio que Santi se había acurrucado contra la pared, para hacerle espacio. Tenía los grandes ojos azules abiertos, perdidos, vacíos.

—Tomá —susurró Gabriel, pasándole la remera y los pantalones limpios.

Santi se cambió y volvió a hacerse un ovillo contra la pared. Gabo se recostó a su lado con precaución.

—¿Cómo se llama? —preguntó. Gabriel no comprendió.

—¿Quién?

—¿No estás saliendo con nadie?

Gabriel se tensó. No quería que Santi ni Pablo supieran de Luna, pero ¿tenía sentido ocultarles más cosas?

—Luna.

—¿Es una chica?

—Es una mujer. Tiene… —Gabo recordó que no sabía su edad—. Cuarenta años, más o menos.

Para su sorpresa, Santiago no se mostró extrañado. De hecho, su rostro estaba totalmente desprovisto de emociones. Parecía un muñeco, un muñeco roto.

—¿Estás enamorado de ella?

—No. La quiero, pero no la amo. Para mí es como si fuera mi mamá y para ella yo soy como su hijo.

—Las madres no se acuestan con sus hijos.

Gabriel apartó la mirada. Quiso decir algo hiriente como «se supone que los profesores no se acuestan con sus alumnos», pero se dio cuenta de que no tenía sentido, porque Santiago decía la verdad.

—¿Querés algo de comer? Tengo latas de atún…

—No, tengo el estómago revuelto.

Gabo lo tapó con la frazada y suspiró.

—Una vez… —comenzó Santiago—… encontré debajo de mi cama una pastilla. No era mía.

—Alguno de mis antidepresivos —Gabriel se acercó a Santiago, dispuesto a contarlo todo. Cuando por fin se decidió a hablar, le temblaba la voz—: me diagnosticaron depresión mayor. Es una enfermedad, Santi, algo que te pasa en la cabeza, un desequilibrio químico, algo así. Y lo de mi mamá no ayudaba. Me recetaron pastillas. Yo quería estar con vos, pero tenía demasiados problemas y no podía hacerte cargar a vos con toda esa mierda. Empecé a ir al médico por vos, porque quería estar bien para estar con vos. No quería hacerte mal. Pero me di cuenta de que no alcanzaba con ir al médico, de que solo no podía. Y no pude… Y acá estoy. Vivo en este departamento prestado, no tengo un mango, tengo un laburo de mierda, mi mamá no me quiere ni ver, mis abuelos se murieron, no tengo ganas de ir a los talleres de teatro… Solo sé una cosa, Santi: que te amo, que nunca te dejé de amar. Pero también sé que estar con alguien como yo debe ser una mierda. Siempre me gustaste, siempre te quise, pero ¿cómo podía estar con vos? Si hasta cuando comía en la misma mesa tus papás estaban incómodos y me miraban mal y pensaban que yo era un vago. Y yo quería ser mejor para vos, ¿te acordás esa vez que me sacaron las fotos para la peluquería? Estaba re contento, quería que estuvieras orgulloso de mí, que tus viejos me aceptaran… Porque es horrible saber que querés a alguien y que no te lo merecés…

Santiago escuchaba en silencio. Una lágrima le brillaba entre las pestañas.

—Podrías haberme pedido ayuda… Yo habría hecho cualquier cosa por vos.

Gabriel sabía que no era el mejor momento, pero tomó aire e hizo la pregunta:

—¿Ya no me querés?

Santiago se mordió el labio.

—No sé…

Por lo menos no era un no, pensó Gabriel. Por lo menos había algo de esperanza.

—¿Estás enamorado de Álvaro?

Santiago hizo una mueca de asco.

—Ese tipo no se merece el amor de nadie.

Gabriel lo rodeó con sus brazos y lo apretó contra sí.

—Te amo tanto, mi amor…

Me desperté a las seis y media de la mañana, con el cuello partido al medio y la espalda dura. Sorprendido, me encontré enredado entre las piernas y los brazos de Gabo… y recordé de repente todo lo que había pasado la noche anterior. La pelea con Álvaro, los gritos, el empujón, el instante terrible en que el juego se volvió violento y le grité en la cara que no quería coger con él nunca más.

—¿Ah, sí? ¿No querés más de esto? —canturreó Álvaro, sobándose la verga por encima del pantalón de gimnasia—. Si te encanta, putito.

Me reí, nos reímos, me empujó a la cama, le grité que me soltara, que no tenía ganas, que me soltara, hijo de puta, ¡que me soltara!

Me desenredé de Gabo y fui hasta el baño. El departamento estaba hecho un desastre. Platos sucios sobre la mesa, ropa tirada en el piso. No entendía cómo mi amigo podía soportar vivir así. Era tan ordenado cuando vivíamos juntos…

«Está enfermo», dijo una voz en mi cabeza. Me desnudé y me metí en la ducha. Me dolía todo el cuerpo. Me dolían los ojos de tanto llorar, me dolían los brazos y las piernas de tanto forcejear con Álvaro y, por supuesto, me dolía el culo. Todavía lo sentía gelatinoso y en carne viva. Cuando caminaba sentía unas puntadas terribles y tenía miedo de tener un desgarro. Como pude, me lavé. Sentía los esfínteres flojos y me temblaban las piernas. Llorando, me senté en la bañera y dejé que el agua me azotara.

Gabriel me había dicho que me quería y eso dolía más que nada. El recuerdo de nuestro amor frustrado me horadaba el alma y de repente no entendí cómo había soportado seguir siendo su amigo durante esos casi tres años. La danza y los hombres me habían mantenido ocupado; me había obligado a mí mismo a olvidar a Gabriel, a buscar sustitutos, a intentar que esos hombres me dieran lo que él nunca me había dado. El último había sido Álvaro, ¿no era suficiente ya? ¿Ya me había cansado de sufrir?

Pero no estaba seguro de seguir amando a Gabriel. Su nombre para mí era sinónimo de tristeza, de ganas de morirme. ¿Cómo podría besarlo mientras el fantasma de esa angustia flotaba a mi alrededor?

No. No quería tener una relación con él. Quería enamorarme de un hombre bueno que me quisiera y me cuidara, que no se avergonzara de mi afeminamiento y de que fuera bailarín. Inmediatamente me acordé de Juan Manuel. Quería enamorarme de Juan Manuel… pero…

Pero la realidad, la aplastante realidad, era que seguía amando a Gabriel.

Me sequé, salí del baño, me puse mi ropa y garabateé una nota: «*por favor, dame tiempo*».

Salí del departamento y esperé a que alguien me abriera la puerta.

Gabo saltó fuera del sueño. El corazón le latía con violencia y no recordaba qué había estado soñando. Al parecer, una pesadilla. Miró a su alrededor, y los recuerdos de la noche pasada le sacudieron el cuerpo como el latigazo de un verdugo. Santi, ¿dónde estaba Santi? Por un momento pensó que se lo había imaginado todo, pero… sí, allí estaba la ropa que le había prestado a su amigo, recostada sobre una silla como una cáscara vacía.

Por favor, dame tiempo.

Y nada más. ¿Tiempo para qué?, se preguntó Gabo. Era sí o no. Se sentó sobre la cama y estrujó el papel entre sus dedos temblorosos. No era tan sencillo, se dijo, mirando a su alrededor. Su monoambiente estaba hecho un asco.

Ya eran grandes, no tenían quince años. Eran dos hombres adultos que debían hacerse responsables de sus actos. ¿Y él? ¿Estaba seguro de que podía embarcarse en una relación con Santiago? La realidad era que no estaba mucho mejor que hacía tres años. ¿Podría dejar las drogas? ¿Podría conseguir un mejor trabajo? ¿Podría ponerse las pilas con el taller de teatro? ¿Y retomar el gimnasio?

Podía, sí, pero para empezar su lucha necesitaba algo por qué luchar.

Por favor, dame tiempo.

No era un no. Sencillamente era eso, tiempo para pensar, para meditar, para imaginarse cómo sería su relación. Gabo miró nuevamente su departamento. ¿Qué se imaginaría Santi? ¿Realmente querría tener algo con un hombre tan arruinado como él?

Se puso de pie, decidido. Agarró una bolsa y tiró los vasos de yogur vacíos, las latas, los papeles. Lavó los platos, limpió la pequeña heladera, barrió el piso, hizo la cama, puso toda ropa sucia en la bolsa que llevaría a la lavandería, abrió las ventanas y dejó que el aire frío se llevara el olor a encerrado. Cuando acabó, sonrío. Le sonó el estómago, aún no había desayunado. Se preparó un café con leche y cuando se giró para volver al comedor, sus ojos se detuvieron en el calendario que tenía pegado junto al calentador. Octubre, mediados de octubre. Gabriel no necesitaba tenerlo marcado en el calendario, la fecha estaba marcada a fuego en su cerebro y lo estaría para siempre: el veintiuno de octubre era el cumpleaños de Santi.

Sonrió de nuevo y se sentó sobre la cama recién hecha. Se imaginó caminando junto a él, de la mano, quizá por Puerto Madero. Con la noche agujereada de estrellas y la luna en lo alto, resbalándose entre un par de nubes. Se imaginó cenando con él en algún restaurante y después, a la madrugada, volviendo a su casa… Solo que este

departamento era un poco más grande y había dos cepillos de dientes en el vasito del baño. Se imaginó un sendero de ropa que llevaba hasta la cama de dos plazas, como las migas de un cuento de hadas… Y se imaginó el cuerpo de Santi, más duro y fuerte que hacía tres años, totalmente desplegado sobre las sábanas.

¿Cuántos hombres habrían besado, acariciado, penetrado… el cuerpo de Santiago? Gabriel pensaba en ellos con una mezcla sentimientos encontrados: celos, tristeza, melancolía y odio. Celos porque ellos habían tenido a Santiago antes que él. Tristeza y melancolía porque por culpa de su enfermedad su relación se había quedado a medias. Y odio porque ninguno de esos hombres había sido lo suficientemente bueno como para merecerse el amor de Santiago. Todos lo habían utilizado. ¿Y Santi? ¿Qué hacía mal para que todos ellos solo quisieran utilizarlo?

Gabriel dejó la taza sucia en el lavaplatos, pero luego se arrepintió, la lavó y la guardó en la alacena. Solo le quedaba algo más por hacer. Abrió el cajón de la mesa de luz. Como nadie solía visitarlo, no se molestaba en ocultarlas: un par de pastillas de éxtasis o catinona (quién podía saberlo), un par de nevados y habría jurado que todavía le quedaba cocaína, pero al parecer se equivocaba. Agarró todas las drogas (menos los medicamentos que tomaba por prescripción médica) y con un suspiro las echó al inodoro y tiró la cadena.

Las manos le temblaban cuando finalmente volvió a la sala. Se sentía nervioso y extrañamente feliz, como si se hubiera clavado un éxtasis, pero sin el mandibuleo, el calor insoportable y los colores chillando a su alrededor.

Se pasó las manos por el pelo. Estaba sucio y pegajoso por culpa del gel. Se olió las axilas. Tenía olor a chivo. Tragó saliva y pensó que si Santi aceptaba ser su novio, nunca más volvería a pasar un día sin bañarse. Miró a su alrededor y el departamento le pareció un lugar más agradable, más acogedor. El sol centelleaba entre los altos edificios en medio de un cielo sin nubes. Sería un lindo día.

Gabriel se desnudó y se metió en la ducha. Mientras se lavaba el pelo, pensó que era sábado, así que podría llamar a los chicos del taller de teatro y preguntarles si estaban trabajando en algo nuevo. Se disculparía por haberlos dejado en banda y les explicaría, sin ahondar demasiado, que había tenido una época muy, muy difícil.

Cuando llega, su sonrisa parece iluminar todo el salón de la confitería. Más que un bailarín, Santiago Kosman parece un modelo, caminando entre las mesas y esquivando a los mozos. Sin embargo, su paso tiene un nosequé casi coreográfico, como si este joven de veintiún años (casi veintidós, dice después) anduviera por el mundo siempre efectuando una danza misteriosa y sensual. Solo pide un agua mineral sin gas y dice que está nervioso porque jamás lo habían entrevistado. Me cuenta que siempre quiso ser bailarín, pero que hace solo dos años y medio que se dedica a hacerlo. ¿Solo dos años y medio? ¿Y cómo es que ya es todo un profesional? Sonríe humilde y aclara que siempre le gustó bailar, que todavía no es profesional pero que por suerte va bien encaminado.

SO: **Santiago, contame, ¿cuándo descubriste que tu pasión era la danza?**

SK: Tenía más o menos trece años. Estaba viendo la televisión y justo pasaban el video de Shakira *Ojos así*. Era la primera canción árabe que escuchaba y el ritmo me encantó. Ahí empezó mi pasión por la danza árabe y el baile en general. Cuando tenía cinco años más o menos, había ido a clases de expresión corporal, nada en serio, y creo que ahí se empezó a desarrollar ese gusto… pero obviamente era muy chico para darme cuenta de que quería dedicar mi vida a eso.

SO: **¿Tuviste inconvenientes para poder dedicarte a lo que te gusta?**

SK: Muchísimos. Mi familia nunca aceptó que sea gay y yo jamás les dije que quería ser bailarín. Cuando mi papá se enteró de que estaba yendo a clases de danza árabe, me rompió el bastón de saidi. Él quería que yo fuera psicólogo. Para empezar a pagarme las clases, usé la plata de mi viaje de egresados. No me arrepiento y jamás me voy a arrepentir.

SO: **O sea que tu familia no te apoya…**

SK: No, jamás me apoyaron, ni con una palabra de aliento, ni con plata para pagarme los cursos. Solamente mi abuela me apoyó, con plata y animándome, y por suerte tengo dos amigos incondicionales que siempre me brindaron su apoyo en todo. A ellos les debo jamás haber bajado los brazos.

SO: **¿Amigos… o algo más?**

SK (risas): Amigos.

SO: **Decime, ¿cómo surgió la idea de crear Cocó-Cliché?**

SK: La idea fue de Álvaro García Acosta, nuestro profesor. Él quería crear un grupo solo de varones que bailaran *street jazz* con una mezcla de *femme style* y un poco de *stiletto*, pero una compañera nuestra quería dejar su grupo de árabe y sumarse, así que decidimos que el grupo sería mixto.

SO: **¿Y la imagen del grupo? ¿Cómo se les ocurrió?**

SK: A todos nos gusta mucho Kazaky, un grupo ucraniano de electrónica que bailan con tacos y hacen coreografías provocativas. Queríamos hacer algo similar, pero darle dimensión política. Eso fue idea de Diego, el intelectual del grupo. Queremos echar abajo las ideas socialmente establecidas de lo masculino y lo femenino, y reivindicar el varón afeminado y la mujer masculina.

SO: **Comenzaron a hacerse conocidos a través de las redes sociales, principalmente Youtube y Facebook, ¿qué diferentes reacciones obtuvieron de su público?**

SK: De todo, desde felicitaciones por lo bien que bailamos hasta comentarios homofóbicos diciendo que bailamos “como minas”. Pero, sinceramente, no entiendo que hace la gente homofóbica mirando videos de pibes amariconados bailando Madonna (se ríe).

SO: **Respecto de sus flashmobs en la vía pública, ¿cómo eligen los lugares en los que van a bailar? ¿Cómo convocan a su público?**

SK: Convocamos a la gente mediante eventos de Facebook un par de semanas antes de la presentación. Elegimos lugares transitados pero también que tengan un buen espacio donde podamos bailar. También a veces bailamos en lugares significativos desde un punto de vista simbólico, por ejemplo, cuando bailamos una coreo de Britney enfrente de la embajada rusa. Hasta llegó la policía y todo, pero por suerte no pasó nada.

SO: **¿Qué es lo que más les gusta bailar?**

SK: Bailamos pop. Preferimos canciones alegres, movidas, rápidas. El estilo que bailamos es el *street jazz*, es una combinación de la danza *jazz* con estilo como el *hip-hop*, el *breakdance*, el *funk*. Nos gustan mucho las canciones de Lady Gaga, Britney Spears, Madonna, entre otros artistas.

SO: **¿Quién hace las coreografías? ¿Las hacen en grupo?**

SK: La mayor parte de las coreografías las hago yo y después se las muestro a mis compañeros, quienes proponen cambios, modifican cosas o le dan el visto bueno.

SO: **Definí a Cocó-Cliché en cinco palabras.**

SK (se ríe): Homosexuales, sensuales, provocativos… soñadores e incansables.

SO: **Hablando de sueños, ¿qué sueñan para el futuro? ¿A qué se dedican aparte de la danza?**

SK: Yo laburo en un bar que se llama *Chichilo* para bancarme los estudios, así que puedo decir que me dedico enteramente a la danza. Me falta un año y medio para recibirme de profesor de danza jazz. Tengo que hacer un año más de danza clásica para poder entrar en el IUNA. Diego estudia Biología, él es el único del grupo que tiene en

mente dedicarse a otra cosa aparte de bailar. El resto de nosotros, Danilo, Javier y Lucrecia, queremos dedicarnos a la danza. Luli es profesora de danzas árabes y estamos intentando convencerla para que se anime a dar clases. Dani y Javi son instructores de pilates y acqua-gym.

SO: **¿Tienen objetivos a corto o largo plazo?**

SK: Tenemos planeado participar en algunas competencias de baile a nivel nacional, nos encantaría participar en alguna a nivel internacional, sería genial para nuestra carrera.

SO: **Santi, vos y los chicos de tu grupo no tienen ningún reparo en decir que son homosexuales. Decime, ¿estás de novio?**

SK: Actualmente no, no estoy de novio.

SO: **¿Creés en el amor para toda la vida? ¿Qué pensás del matrimonio?**

SK: Sí, creo en el amor para toda la vida, pero… no sé, pienso que a veces el matrimonio puede resultar un obstáculo. Todo depende de las personas. Hay personas que por ahí están bien estando casadas y personas que no. Creo que el error está en creer que todos debemos casarnos. Lo mismo pasa con la monogamia, hay personas que tal vez están más cómodas estando solo con una persona y otras a las que eso no les va.

SO: **¿Y a vos te va?**

SK (se ríe): Sí, creo que me va. Ya tuve bastante poligamia por ahora.

Pablo cerró los ojos y respiró profundamente el aroma del palosanto. Evelyn tenía la agradable costumbre de prender sahumerios y velas perfumadas, y de quemar aceites de fragancias. La semana pasada habían ido a pasear a una feria de San Telmo y habían comprado una bolsita llena de ramas de palosanto.

Abrió los ojos y contempló la foto de Santi. Pablo se sentía feliz de que Santiago estuviese cumpliendo su sueño. Se lo merecía. Acarició con la punta de los dedos el borde de su mejilla… ¿Había acariciado alguna vez la piel de Santi? Sí, un par de veces, con miedo, con cautela y a la vez, con una ansiosa fascinación. Recordó aquella noche que Santi había llorado en su hombro, en aquel colectivo…

Mi amor, le dijo con la mente, deslizando el dedo por entre sus labios, *ya vas a encontrar alguien que te va a amar como te lo merecés*.

Evelyn salió del baño con una toalla alrededor del cuerpo. Se acercó a Pablo por detrás y le pasó los brazos por el cuello. Pablo sonrió y echó la cabeza hacia atrás.

—¿Salió lo de Santi? —susurró ella.

—Sí, mirá, re larga la entrevista que le hicieron, le preguntaron de todo.

Evelyn se sentó junto a él en el sofá y se recostó sobre sus piernas. Pablo le acarició las rodillas tibias con las puntas de los dedos.

Álvaro García Acosta apagó el cigarrillo en la baranda del balcón y arrojó la colilla a la calle. Quería dejar el vicio, pero le resultaba difícil. Tenía en mente comprarse cigarrillos frutales. Eso, o aprovisionarse diariamente con cajas y cajas de chicles de menta.

Dejó la revista sobre la mesa de la cocina y suspiró. Las palabras de Santiago resonaban en su cabeza como un tambor ritual. ¿Habría dicho Santi todo eso? A veces los periodistas tergiversaban un poco las cosas…

Sin embargo, podía imaginárselo, sí, soñando con casarse, con que le tiraran arroz a la salida del registro civil, con que su marido lo alzara como a una mujer y lo llevara hasta un carruaje tirado por dos caballos blancos…

Mientras se calzaba las zapatillas, Álvaro soltó una risa sarcástica. Qué sueños ridículos que tenían los pibes, pensaba. Ahora, con todo eso de que los putos se podían casar, estaban todos flotando en una nube de pedos. Ya se les iba a pinchar la nube y se iban a estrellar contra el piso. Ya se darían cuenta de que casarse era toda mierda para heterosexuales conformistas con ganas de parir hijos. Para casarse había que tener experiencia, ¿qué experiencia podía tener

Santiago? Se acordó de sus gritos… *Soltame, hijo de puta, soltame*. Santiago gritaba… y Álvaro se dio cuenta demasiado tarde de que hablaba en serio y que lo estaba violando.

Salió del departamento y bajó las escaleras corriendo. Nunca utilizaba el ascensor, siempre bajaba y subía a pie los cinco pisos que lo separaban de la planta baja. Cerró la puerta de calle con un portazo. Se tanteó el bolsillo derecho, ¿había traído la billetera? ¿Y el documento? Sí, estaba todo en el bolsillo de atrás. Cambió sus pertenencias al bolsillo de adelante: tenía que acostumbrarse a dejar de usar el trasero si no quería que le robaran otra vez.

Caminó por la avenida. Esperaba que en el correo tuvieran servicio. Pasó por un local de *Vete al Diablo*. Le encantaba la ropa de esa marca, era muy metrosexual, pero no demasiado amariconada. El punto justo. Vio una campera de cuero que le gustó: mil quinientos pesos. Era mucho, si se la compraba seguramente no podría hacer el giro… Suspiró. Se imaginaba a sí mismo con esa campera. Alta facha tiraría. ¿Cuándo llegaría el momento en que pudiera gastar toda la plata que ganaba en él mismo? Chasqueó la lengua y siguió caminando derechito sin mirar las vidrieras; no quería caer en ninguna tentación.

Llegó al correo. Por suerte, el servicio de Western Union funcionaba. Le había pedido a su padre que se abriera una cuenta en un banco para poder hacerle transferencias y que no le cobraran comisiones tan altas, pero el viejo no tenía idea de cómo se hacían esas cosas y, además, Álvaro dudaba que algún banco le diera una caja de ahorros a alguien que claramente no tenía un mango que ahorrar. Hizo la fila y cuando llegó su turno, giró tres mil pesos a un caliente y lejano pueblo perdido en los campos de Corrientes.

Luna Sabini acababa de vender otro cuadro de su colección de retratos de Gabriel. Los vendía por Internet y ella misma se encargaba de envolverlos, guardarlos y despacharlos por correo. El dinero le llegaba por transferencia bancaria. Luna tenía muchas identidades y muchos estilos. Hacía ilustraciones para cualquier cosa que le ofrecieran y que la emocionara: el mes pasado había terminado doce ilustraciones para el calendario de una ONG de África, una organización que trabajaba para mejorar la calidad de vida de las mujeres africanas víctimas de violencia de género. Hacía dos meses había ilustrado las portadas de unos libros de ciencia ficción. Y hacía tres, había dibujado las imágenes de un libro que trataba de hadas y duendes. Siempre en el anonimato, siempre utilizando seudónimos diferentes para que nadie la identificara.

Mientras miraba *Los Simpsons* en Fox, Luna se descubrió a sí misma dibujando un rostro en una servilleta de papel. Era Santi, que había

salido en el suplemento de diversidad sexual de un diario de tirada nacional. Un gran paso en su carrera, se imaginaba Luna. Lindo ese Santi, pensó con una media sonrisa, imaginándose a Gabriel besando su cuello y acariciando su pelo.

Le habría encantado dibujarlos haciendo el amor, que posaran para ella. A Santiago boca arriba sobre una cama de sábanas de seda negra, con su cabello desparramado en la almohada y los ojos claros aguados por la pasión… A Gabriel encima de él, con los omóplatos fuertemente marcados mientras lo penetraba y todas las venas de sus brazos hinchándose mientras su sangre vibraba como la cuerda de un violín.

Luna emitió una risita divertida y agarró su notebook. Escribió en la barra de direcciones la URL de la página de Facebook de Cocó-Cliché que aparecía en la nota. Quería entretenerse viendo fotos de ese chico que tenía loco a Gabriel, quería conocerlo aunque fuera por foto, quería verlo bailar y quizá dibujarlo… dibujarlo… dibujarlo sensual y etéreo en medio de un salto, mientras su camiseta se levantaba y mostraba su vientre y las suaves líneas de su abdomen. O dibujarlo mirando al frente, con los ojos abiertos de sorpresa y su boca fruncida en la mueca de un beso. Lindo, sí, ese Santiago…

Luna juntó las cejas y acercó la cara a la pantalla. *Amigos de Cocó-Cliché, esos que nos bancan en todas!!!*

Esos tenían que ser los cinco miembros del grupo. Y ahí estaba Gabriel, sonriéndole a la cámara. Y a su lado había otro chico, un muchacho de pelo negro y ojos oscuros que a Luna le resultó dolorosa y terriblemente familiar.

Gabriel acababa de volver del taller de teatro. Sus excompañeros (compañeros de nuevo desde ese día) se habían alegrado al verlo otra vez y habían aceptado su regreso con una sonrisa, sin siquiera hacer muchas preguntas. Él había intentado explicarles que había tenido una mala racha, pero ellos habían desechado rápido esas excusas invitándole un vaso de jugo y pasándole el plato de sándwiches. Entonces Gabriel se dio cuenta: sus problemas no les habían pasado desapercibidos.

Cuando fue al baño, se encontró con Esteban, el chico con el que más solía hablar, y este le preguntó sin ningún tipo de inflexión en la voz (de lástima, de reproche, de preocupación) cómo iba con el tema de las drogas. Gabriel bajó la cabeza. No se había imaginado que el síndrome de abstinencia se le notara tanto. Y entonces se dio cuenta de que ellos siempre lo habían sabido y que si se alegraban no era solo por tenerlo de vuelta, sino porque lo veían luchar por estar mejor.

—Una semana y media limpio.

Esteban alzó las cejas y le sonrió, mostrándole dos hileras de

dientes perfectos.

—Buenísimo, loco —le dijo, palmeándole la espalda. Y luego preguntó—: ¿Te internaste?

Gabriel le dijo que había pensado en esa posibilidad, pero que había decidido llevar esa pelea solo. Si no le resultaba, se internaría en algún lugar donde le ofrecieran un tratamiento farmacológico que le permitiera a sus neuronas recomponerse en paz.

—¿La estás dejando de a poco o…?

—No, de golpe. Antes lo intenté así pero no pude. Estuve re mal los primeros días, casi no podía dormir, pero ahora estoy un poco mejor. Por lo menos ya no tengo ganas de matarme. —Y se rio, pero Esteban no compartió su risa.

—Che —le dijo el muchacho, luego de orinar y lavarse las manos —. ¿Vos estás con alguien? Porque, mirá… a Celeste le gustás y no sé… por ahí te hace bien salir con alguien.

Gabriel se quedó sorprendido. Celeste era una chica flaca, un poco baja, pelirroja y de ojos verdes. Era muy linda y copada, pero…

—Sí, estoy con un chico —contestó sonriendo.

Esteban le devolvió una sonrisa un poco sorprendida y le dijo que se alegraba que tuviera una persona que lo apoyara.

Eso no era del todo cierto, pensó Gabriel, todavía no estaba de novio con Santiago. Sacó la revista de la mochila y releyó la nota por quinta vez. Santi negaba estar de novio, pero decía que se sentía cansado de andar con hombres que no lo valoraban. Gabriel esperaba que eso significara algo.

Le llegó un mensaje de texto y al ver de quien era se le iluminó el rostro. Santi le decía que esa noche festejarían la entrevista en el bar y que luego saldrían a bailar.

Juan Manuel se despidió de Paula, su hija de cinco años. La nena corrió hacia los brazos de su mamá, que la alzó y se despidió de su exmarido con una sonrisa fría. Estaba de mal humor porque habían llegado una hora más tarde de lo convenido, pero últimamente Juanma extrañaba demasiado a su hija.

Sabía que no era un buen padre y amaba a Paula, pero jamás había querido tener un hijo y eso era algo que no podía olvidar. Se avergonzaba de sus sentimientos. Se avergonzaba de estar más tranquilo en su diminuto departamento que escuchando continuamente la aguda vocecita de Paula. Se sentía más tranquilo al despertarse con las bocinas de los autos que con el escándalo que su exmujer hacía todas las mañanas cuando lavaba los platos, como reprochándole que después de pasar toda la madrugada en la guardia no se dignara a limpiar la cocina.

Se avergonzaba de estar más tranquilo sin su familia. Pero entonces se dio cuenta de que jamás habían sido una familia.

Una familia era más que las apariencias y eso habían sido durante los pasados cinco años: una triste representación, títeres llevando a cabo una obra añeja, memorizada de tanto verla representada por los demás. ¿Alguna vez podría tener una familia de verdad? ¿Una pareja que lo amara y que no fuera todo quejas y reproches? ¿Y Paula? ¿Qué culpa tenía ella de que él y su mujer la hubiesen utilizado para apuntalar una relación que estaba a punto de desbarrancarse y hacerse pedazos?

Recordó las palabras de Santi: *creo en el amor para toda la vida, pero… no sé, pienso que a veces el matrimonio puede resultar un obstáculo.* Qué sabias palabras para alguien tan joven.

Se subió al colectivo. El paisaje del sábado por la noche invitaba a perderse por entre las calles de San Telmo, a gastarse el sueldo en las galerías de las peatonales, a tomarse una cerveza junto al río. Cuando se bajó, vio un hombre mayor ofreciéndoles ramos de jazmines a los autos. Juanma se le acercó y le compró uno. ¿Alguna vez habría recibido flores Santiago? ¿Sería un regalo demasiado heterosexual?

Se introdujo en la peatonal y caminó esquivando a los transeúntes hasta llegar al bar. En la barra no estaban ni Gabriel ni Santi, sino la chica hippie que trabajaba por las mañanas. Los chicos estaban en el salón de abajo. Habían juntado cinco mesas a lo largo de todo el salón y cuando Juanma bajó hasta ellos, ninguno reparó en su presencia. Se sintió algo descolocado, como un intruso en un lugar al que no fue invitado. Pero él sí había sido invitado: Santi le había dicho que viniera.

Cuando lo vio, Santi lo recibió con un abrazo y un beso en la mejilla. Le dijo que pensaba que no iba a venir. Recibió el ramo de jazmines con una expresión entre sorprendida, confundida y soñadora, y Juanma supo que jamás le habían regalado flores.

—Gracias —dijo Santi, con un hilo de voz, hundiendo la nariz en los jazmines para respirar su perfume.

El chico levantó los ojos y Juanma vio el fuerte sonrojo que le había cubierto las mejillas.

En los parlantes del bar sonaba Ke$ha y en sus vasos se servían gaseosas, jugos exprimidos, licuados de fruta y una que otra cerveza. Las risas alegres que venían del salón hacían que los paseantes voltearan sus cabezas para mirar de dónde venía el escándalo. La chica hippie no daba más del trabajo.

A las diez y media, ya todos habían llegado: Santi, Pablo, Gabriel, Evelyn, Diego y Danilo, Javier, Luli, Lorena, Alexis y Daniel, y un

grupo de cinco o seis compañeros de la academia de baile. También llegaron un par de fans de Cocó-Cliché, para sorpresa de Santi, quienes les pidieron permiso para sacarse fotos con ellos.

Las personas llegaban al *Chichilo*, se tomaban algo, y luego se iban a seguir su paseo por Buenos Aires. Por eso, nadie reparó en la alta y delgada mujer vestida de negro que entró al bar, se sentó junto a la barra y pidió un exprimido de naranja sin hielo.

—¿Festejan algo? ¿Hay un cumpleaños?—le preguntó Luna Sabini a la chica hippie, a pesar de que sabía muy bien lo que se festejaba.

—Son de un grupo de baile y salieron en una revista —contestó la chica con un encogimiento de hombros, señal de que le importaban un bledo.

Luna sonrió y le dio un sorbo a su jugo. Se había tomado dos clonazepam para lograr calmarse, pero aun así estaba nerviosa. ¿Qué iba a hacer? La verdad era que no tenía idea.

—¿No hay lugar abajo?

La hippie negó con la cabeza. Evidentemente no tenía muchas ganas de entablar conversación con nadie. Luna apoyó la cartera sobre la barra, pero luego se arrepintió y la colocó sobre su regazo. Se irguió y sonó las articulaciones de la espalda. No le gustaban los taburetes porque la hacían encorvarse.

Cuando la parejita que ocupaba una de las mesas se fue, Luna tomó su cartera y abandonó el incómodo taburete. Tenía una visión casi perfecta de todo lo que ocurría en el salón. Ahí estaba el hermoso Santiago, con su pelo rubio despeinado y vistiendo unos vaqueros que se le caían de las caderas. Luna entrecerró los ojos y se imaginó a Santiago bailando desnudo, pero a su imaginación enseguida llegó Gabriel a arrancar a su amante de sus fantasías. Ahí estaban los demás integrantes de Cocó-Cliché, algunos amigos desconocidos… y… el chico de la foto. Luna sintió un sacudón en lo más profundo de sus entrañas, como si su útero lo hubiese reconocido. ¿Sería posible?

El investigador que había contratado le había dicho que se llamaba Pablo y que estudiaba Letras en la Universidad de Buenos Aires. Escribía poesía y había sacado un libro hacía un par de meses. Vivía solo a pocas cuadras de la facultad y tenía padres, pero estos vivían en Villa Urquiza. Eran una familia bastante acomodada.

Luna se sentía desorientada y angustiada. Había pensado que cuando encontrara a su hijo le presentarían a un chico huérfano desamparado vestido con ropas viejas, pero el muchacho que estaba ahí, bebiendo Coca-Cola junto a sus amigos no tenía nada de desamparado. Había pensado que llegaría a la vida de su hijo y que él la estaría esperando, y que cuando la viera la reconocería y ambos se fundirían en un abrazo que duraría el resto de sus vidas.

Pero al parecer, Pablo llevaba una vida envidiable: tenía auto,

departamento propio, una carrera. Hasta era artista, un poeta. Al enterarse de todo eso, había decidido mantenerse al margen por un tiempo. Tenía que decidir si quería ponerse en contacto con el padre de Pablo, aunque otra voz en su interior (una de las muchas que vivían allí) le gritaba que cualquier tarde interceptara al chico cuando salía de su casa y le dijera que había posibilidades de que fuera su verdadera mamá.

Luna entrecerró los ojos de nuevo. ¿Acaso la chica rubia que estaba a su lado era su novia? Pablo le dijo algo al oído y ella se tapó la boca con la mano, riéndose. Él se rio con ella y le dio un beso en la sien…

Sí, eran novios. Luna sintió que algo caliente le mojaba las mejillas y se dio cuenta de que estaba llorando en silencio. ¿Quién era esa chica? ¿Cómo se llamaba? De repente, sintió celos. Seguramente ella conocía a Pablo mucho mejor que su propia madre. Habría dormido con él, habría acariciado su piel, su pelo, sus labios. Seguramente él le había escrito poemas enteros y se los había leído con su propia voz, esa voz que Luna jamás había escuchado.

—¿El baño está abajo? —le preguntó a la hippie. La chica la miró extrañada y asintió sin decir palabra.

Luna bajó hasta el salón como una exhalación y caminó con paso firme hasta la puerta que decía *Ladies*. Se encerró en un cubículo, le puso la tapa al inodoro y se sentó. El llanto le explotó en el pecho como si alguien la hubiese dinamitado desde su interior. Le temblaba todo el cuerpo y apenas podía escuchar el sonido de su llanto: oía sus sollozos, pero los sentía como si tuviera la cabeza metida bajo el agua… lejanos, retumbantes, a veces más cerca, otras desesperadamente lejos. Sintió que le faltaba el aire y respiró profundo por la boca: sus pulmones se llenaron del olor al desinfectante de pino y comenzó a toser, mareada, porque el olor le daba náuseas.

Un sonido la devolvió a la realidad: alguien golpeaba su puerta.

—¿Luni? ¿Luni sos vos?

Era Gabriel. Luna abrió la puerta del cubículo. Allí estaba el arcángel de sus dibujos, vestido como si cielo lo hubiese expulsado de su coro angelical, vestido como un ser tan terrenal como la desesperación que le embotaba los sentidos.

—Gabi…

—¿Luna? ¿Qué te pasa? ¿Qué…?

—Me siento mal —dijo ella, comprendiendo que sonaba estúpida porque, claro, ¿quién podía estar llorando de esa forma y sentirse bien?

Gabriel miró hacia la puerta del baño y se metió junto a ella en el cubículo.

—Pero… ¿qué…? ¿Te pasó algo? ¿Qué te pasó?

Mil frases lucharon por huir de su boca: no le pasaba nada, una crisis, había dejado la medicación, estaba dejándole de hacer efecto, no era nada, estaba acostumbrada, ya se le pasaría… pero en vez de eso boqueó para intentar decir:

—Encontré a mi hijo.

La puerta del baño se abrió de golpe y se cerró con un gemido gatuno. Luna escuchó una risa masculina y una aguda carcajada femenina, que se deslizaban por los fríos azulejos del baño como una gota de rocío por el tallo de una flor.

—¿Qué hacés, tonto? —decía la chica en voz baja, muerta de risa —. ¿Y si entra alguien?

—Shh, tengo la llave —respondía el muchacho, y Luna se estremeció al oír de esa voz, porque enseguida supo que se trataba de su hijo.

Gabriel abrió los ojos al máximo y Luna supo que había comprendido. Un lento y patético segundo pasó mientras el rostro de Gabriel se contorsionaba en una mueca de horror, mientras la parejita, totalmente ignorante de que había dos personas en el baño de mujeres, comenzaba a hacer el amor.

Luna se tapó los oídos, tomó aire por la boca y cerró los ojos con fuerza. No quería escuchar. No quería que la primera vez que oía la voz de su hijo fuera en esa situación tan íntima, tan privada, tan… Por Dios. ¡Basta!, quería gritar, porque la chica gemía como una gata herida y él jadeaba fuerte y ronco, sin preocuparse por si alguien los oía. Gabriel estaba mudo y estático frente a ella, con la boca contraída y los ojos totalmente abiertos, horrorizados… Entonces, cuando la chica gimió *mi amor*… algo suave y brillante se deslizó por los pensamientos de Luna: una pequeña luz, como la de una luciérnaga, fantástica y mágica, inexplicable y esperanzadora a la vez: su hijo estaba allí, haciendo el amor… No necesitaba nada más para saber que era feliz. Que estaba vivo y sano y que había hallado un ser humano con quien estar… un mes, un año, cinco, cincuenta, diez mil…

—Rapidito pero efectivo —dijo la chica con una risa ahogada y Luna no pudo evitar sonreír, avergonzada, temblorosa, todavía desesperada.

Los amantes se lavaban las manos o se refrescaban el cuello y luego de un par de minutos que a Luna y Gabriel les parecieron terriblemente eternos, abrieron la puerta y salieron del baño. Finalmente, Gabriel rompió el silencio:

—¿Pablo es tu hijo?

Pablo… a Luna no le gustaba ese nombre. Pensaba lo extraño que debía ser para una madre que el nombre de su propio hijo no le gustara… Si hubiese tenido la suerte de ponerle nombre, Luna lo

habría llamado Christian o Sebastián. O quizá Alejandro. Pero ¿*Pablo*?

Pablo, Pablo, Pablo… repitió mentalmente el nombre hasta que la palabra perdió su sentido por completo. ¿Quién habría elegido ese nombre?

—¿Luna? —insistió Gabriel, sacudiéndola por los hombros.

Luna Sabini entreabrió los labios, quiso decir algo… pero cuando intentó tomar aire, el rostro de Gabriel se desvaneció de sus ojos como una gota de acuarela.

Lo decidimos entre los cinco: en la Marcha del Orgullo bailaríamos *Girls Gone Wild*, de Madonna. No podía ser de otra forma, teníamos que bailar una canción de la reina del pop. Nos vestiríamos de negro con ropas ajustadas simil cuero, como los bailarines del video clip. Javi y yo, que teníamos más tiempo libre que el resto de los chicos, nos encargaríamos de la coreografía.

El jueves anterior a la marcha teníamos planeado ensayar todo el día, sin embargo, el miércoles por la noche recibí una llamada de mi abuela: Nina había tenido un infarto y estaba en el hospital. Se moría. Ninguno de mis papás podía ir: eran médicos, su deber era salvar a los que todavía podían ser salvados. Y ellos no podían hacer nada por Nina.

No lo dudé ni un instante, me tomé un tren hasta San Martín y ahí me subí al 57, que me dejaría en la estación de Luján, justo frente a la basílica, el mismo lugar donde nos habíamos bajado con Gabo hacía casi tres años.

En el colectivo, iba cabeceando. Tenía entre las manos el libro *Psicología de la Danza*, de Jim y Ceci Taylor, que tenía que leer para un examen, pero el colectivo estaba a oscuras y leer se me hacía imposible. Además, estaba cansado. Con los chicos nos habíamos pasado toda la tarde ensayando porque queríamos acostumbrarnos a movernos con la ropa que usaríamos el sábado. Con una punzada de nostalgia, recordé a Nina aquel verano, inclinada sobre su máquina de coser, concentrada en el traje de murguero que le habían encargado…

Me quedé dormido y me desperté en Morón, faltaba más de una hora. Revisé el celular: eran las 11:42 de la noche. Dentro de un rato ya sería jueves. Llamé a la abuela, pero no contestaba nadie. Todavía debía estar en el hospital. ¿Y Nina? ¿Seguiría viva?

Si Nina se moría, ¿qué sería de mi abuela? Se quedaría sola, pensé, no podría vivir sola en una casa tan grande incluso para dos personas. Últimamente no andaba bien de la memoria y le costaba caminar distancias largas. ¿Y si mis viejos la ponían en un geriátrico? Cerca de la academia había un geriátrico. Era deprimente ver a los viejitos ahí, detrás de aquella reja, mirando el mundo exterior con los ojos velados por el tiempo y los recuerdos. Con un estremecimiento, pensé en mí: que también envejecería, que también llegaría el día en que viera pasar a los jóvenes a mi lado. ¿Qué pensamientos me invadirían en esos momentos? ¿Nostalgia por esos sueños inconclusos?

Inevitablemente, pensé en Gabriel. Él era mi único sueño inconcluso. Ya era bailarín, formaba parte de un grupo, había ganado varias competencias, me habían entrevistado y sacado fotos un par de

veces. Y había salido del armario. Los hombres me miraban, ya no sentía vergüenza de ser gay.

Pero todavía no había conocido el amor. ¿Acaso lo había conocido hacía tres años, cuando viajaba junto a Gabo por aquella misma ruta? ¿Qué habría pasado si nos hubiésemos puesto de novios en aquel entonces?

Había pensado en ello un par de veces. ¿Podía el primer amor ser el último amor? ¿No querría conocer más personas, más bocas, más brazos, más camas… más hombres? Ya había conocido bastantes hombres. Y todos me habían dejado un sabor agridulce en los labios.

¿Me atrevería a volver con Gabriel ahora que él me había revelado que nunca había dejado de quererme? Yo tampoco había dejado de quererlo.

Llegué a Luján a la una de la madrugada en punto. Caía una lluvia finita, molesta, que se posaba sobre los autos como brillantina. En la esquina de la terminal, una remisería permanecía abierta. Me dijeron que a esas horas solo trabajaban con código y yo les supliqué que me llevaran al hospital, que mi abuela estaba internada (mentí) y tenía que ir a verla.

—Yo lo llevo —le dijo un hombre de ojos claros a la recepcionista, apiadándose de mí—. Vení, pibe.

La recepcionista se encogió de hombros y no dijo nada. En el auto, el hombre intentó sacarme conversación, pero yo no estaba de humor ni siquiera para responderle con monosílabos. Finalmente se dio por vencido y me dejó en la puerta del hospital.

Cuando llegué a la mesa de informes, me di cuenta de que no sabía el apellido de Nina, ¿cómo se suponía que preguntaría por ella?

—¡Santiago!

Me di la vuelta. Era mi abuela. Hacía casi dos meses que no la veía y parecía haber envejecido mucho, mucho tiempo. No me explicaba cómo podía ser posible. La abracé y sus huesos me parecieron más frágiles; su cuerpo, más delicado. O quizá era yo, que ahora era más fuerte.

Me pasó la mano por el pelo y me acarició la mejilla.

—Qué lindo que estás, mi amor —dijo, con la voz quebrada y los ojos llorosos.

—Abue… —sollocé, porque jamás la había visto llorar y su repentina vulnerabilidad me lastimaba.

Dos gruesas lágrimas le bajaron por los ojos y se perdieron por entre los surcos de su piel. Sus ojos azules, esos tan parecidos a los de mi papá y tan iguales a los míos, me miraban, por primera vez, llenos de dolor y desesperación.

—¿Cómo está Nina? —le pregunté por fin.

Mi abuela sollozó que el doctor le había dicho que no pasaría de

esa noche. Pedimos a los médicos que me dejaran pasar y mi abuela fue a comprar un café, que era el motivo por el que había salido. Nina estaba allí, recostada en una cama de sábanas blancas, con las manos sobre el pecho enroscadas alrededor de un rosario. Estaba pálida, como si la muerte ya hubiera comenzado a robarse el color de su piel.

—¿Nina? —me atreví a susurrarle. Alargué mi mano hacia las suyas. Estaban tibias—. Soy Santi…

—Santi —dijo ella. La voz le salió rasposa—. ¿Cómo estás, corazón?

—Bien… —sollocé, porque era ella quien estaba mal, era ella quien se estaba muriendo, era ella quien abandonaría este mundo dejando sola a mi abuela… y yo solo podía responder *bien* porque seguía respirando—. Te quiero, Nina, gracias por estar con mi abuela… No te vayas…

¿Podía? ¿Acaso podía pedirle eso? Me mordí la lengua.

Ella sonrió y quiso decir algo, oí el chasquido de sus labios al abrirse y cerrarse.

—¿Estás… de novio… con tu amigo?

Parpadeé, confundido. Nina tenía que referirse a Gabriel.

—Sí —respondí, porque decirle que no implicaba darle explicaciones innecesarias y no teníamos ese tiempo.

Ella sonrió.

—Decile a Ivonne… que la quiero…

—Sí, ya lo sabe, Nina…

—¡No! —interrumpió, sacudiendo la cabeza con brío. Con un gemido me incliné hacia ella para detenerla, para que no se esforzara más de lo debido—. Decile *que la quier… ro…*

Y comenzó a morir. Su boca se quedó abierta, sus manos se sacudieron cuando su corazón se detuvo y yo solté un sollozo de desesperación cuando una enfermera me sacó de la habitación de un empujón, seguida por tres doctores vestidos de blanco.

Las palabras de Nina me rebotaban en la cabeza como un trompo. Las seguía oyendo. *Decile que la quiero*. Mi abuela apareció al costado del pasillo y cuando me vio, se le cayó el café de las manos. Nos abrazamos con fuerza y lloramos, y cuando el médico salió a comunicar la noticia que ya sabíamos, me senté en el suelo y me abracé las rodillas con los brazos. No aguantaba más.

Inevitablemente, miré el reloj. Eran las tres y media de la mañana y al otro día tenía que bailar en la Marcha del Orgullo. ¿Qué haría? No podía dejar a mi abuela sola. ¿Y mis papás? ¿No vendrían a hacerle compañía en un momento tan difícil? Entonces comprendí: no, no iban a venir. Porque lo sabían.

La cabeza me daba vueltas. Cuando mi abuela se giró y me vio en el suelo, me levanté de un salto. No quería que pensara que tenía que consolarme. Yo había viajado más de tres horas para consolarla a ella.

—¿Por qué no me lo dijiste? —fue lo primero que me salió.

El jueves por la mañana llegaron Sabrina y Julieta, mis hermanas. Federico no fue. Yo no había pensado que quizá tuviera que quedarme en Luján más de un día y no tenía ropa para cambiarme. Había pensado que vería a Nina recuperarse y que tal vez compartiríamos otro verano los cuatro juntos: mi abuela, Gabo, Nina y yo. Quizá ahora invitara a Pablo y a Evelyn. Pero eso jamás sucedería.

—Dale, señor, el descanso eterno… —dijo el sacerdote.

—…Y brille sobre ella la luz perpetua —respondió mi abuela.

Ninguno de los tres (ni mis hermanas ni yo) sabíamos qué responder, porque jamás habíamos estado en una misa de réquiem.

Por fin entendía por qué Nina no tenía familia. O mejor dicho, por fin entendía por qué su familia la había abandonado.

Miré el reloj. Eran las cinco de la tarde. En veinticuatro horas, bailaría en la Marcha del Orgullo y lo haría por Nina, por mi abuela y por todas aquellas personas homosexuales que habían muerto sin declarar su amor a sus seres amados.

—Mañana es la Marcha del Orgullo, abue —le dije cuando salíamos del cementerio. Vi a Sabrina y a Julieta intercambiar miradas—. Voy a bailar con mi grupo, ¿querés venir?

Quería decirle más cosas y deseaba que Sabrina y Julieta nos dejaran solos. Mi abuela me miró como ida, como si no entendiera lo que le acababa de decir. El cielo de noviembre estaba claro y despejado, como si no se hubiera enterado de la muerte de Nina. Pero muertes hay todos los días y el cielo no tiene la culpa.

—¿Vas a bailar? —susurró ella.

—Sí, nos vamos a presentar con mi grupo, ¿te acordás de la entrevista que me hicieron? Nos contactaron para bailar en la Marcha…

Mis hermanas me miraron serias. Seguramente no podían creer que estuviese invitando a mi abuela a la Marcha del Orgullo a la salida del cementerio. Pero ellas no entendían. No comprendían el significado de mi invitación, no podían darse cuenta de que yo estaba invitando a mi abuela para que de esa forma honrara la memoria de Nina.

Pero volvimos los tres solos a Buenos Aires, porque mi abuela no quiso ir a la Marcha.

—El año que viene, si sigo viva —prometió.

Gabriel miró hacia arriba. El edificio no era como se lo había imaginado. En un primer momento, había pensado que Álvaro García Acosta vivía en una casa. En una mansión en San Isidro, tal vez, con cámaras de seguridad y perro guardián. Pero resultó que no. El número de teléfono fijo agendado en el celular de Santiago pertenecía a un edificio de cuatro pisos de Colegiales, una construcción bastante vieja para nada glamorosa. Ni siquiera tenía estacionamiento propio. No era una zona comercial, pero estaba a cinco o seis de cuadras de la avenida principal del barrio. El titular de le línea telefónica, según el sitio web de las páginas blancas, no era Álvaro García Acosta, sino Alejandra Velutti, lo cual seguramente quería decir que el tipo lo alquilaba. Otra novedad. Gabriel había escuchado los rumores. Al parecer, el hijo de puta no robaba lo suficiente como para comprarse un departamento propio.

A pesar de haber soñado noches enteras con ese momento, Gabriel no había planificado demasiado. Se había comprado un gas pimienta. Le había costado noventa pesos en un local de camping y pesca. Eso era lo único. Lo demás, lo improvisaría. Era su especialidad.

Eran las tres de la tarde, hora de la siesta, y hacía diez minutos el tipo todavía estaba en el departamento. Gabriel sacó el celular y llamó de nuevo.

—¡¿Hola?! —dijo una irritada voz masculina del otro lado de la línea.

Por tercera vez consecutiva, Gabriel cortó la llamada.

Caminó hasta la esquina y se cambió la mochila de hombro. Llevaba una remera y unos pantalones para cambiarse, además de una gorra de visera. También llevaba agua oxigenada y algodón. Muy precavido.

Se puso la gorra y se quedó en la esquina, fingiendo que miraba fotos en el celular. No levantaba la mirada cuando alguien pasaba por su lado, pero cuidaba de mantenerse bien atento para observar cuando el hombre saliera el edificio. Tenía que interceptarlo rápido, antes de que llegaran a la zona comercial.

Y no por primera vez, se preguntó si sería capaz de hacerlo. Y nuevamente, un grito en su interior le recordó que ese hombre había violado a Santiago y que se merecía lo que le iba a pasar.

Por fin, a las cuatro y diez, salió. Vestía unos jeans ajustados y una musculosa blanca que le marcaba la cintura. Tenía los brazos fuertes, aunque no tanto como Gabriel, y este, mientras se acercaba casi corriendo, se preguntó si alguna vez el tipo había estado en alguna pelea. Seguro que no, se respondió con una sonrisa burlona. ¿Una

marica como esa, en una pelea? Se meaba de la risa.

Pero él tampoco había estado nunca en ninguna pelea. Las cosas en general siempre le habían importado demasiado poco como para meterse en peleas. Claro, siempre había una primera vez.

—¡ÁLVARO! —gritó.

El hombre se dio vuelta, sobresaltado. Se detuvo y contempló a Gabriel acercarse, confundido. Gabriel intentó mantener el rostro inescrutable, que la rabia que tenía en el interior no se apoderara —aún— de sus músculos.

—Hola —saludó Gabriel cuando llegó hasta Álvaro, alargándole la mano izquierda.

Álvaro miró la mano desconcertado. Alargó la derecha, pero entonces se dio cuenta de que el desconocido le tendía la izquierda, y Gabriel aprovechó ese instante de confusión para arrojarle a la cara un chorro de gas pimienta. El hombre emitió un rugido estrangulado y se llevó las manos al rostro, perdió el equilibrio y cayó al suelo de costado.

—¡Hijo de puta! —chilló Álvaro, sin poder levantarse.

—¿Sabés por qué te estoy haciendo esto? —dijo Gabriel, sin perder la calma, agachándose junto al tipo.

—¿Qu-qué querés? —gritó Álvaro.

—Por Santiago. Santiago Kosman, ¿te suena?

El pecho de Álvaro subía y bajaba con fuerza. Lágrimas le caían por entre los párpados cerrados. Gabriel sabía que el efecto le duraría más de media hora. Como el tipo no contestaba, Gabriel lo tomó del pelo y repitió:

—¿Te suena? ¿Te acordás de lo que le hiciste a Santiago, basura?

Gabriel miró hacia los costados. Nadie. Una vieja con un perro pasó por la otra esquina, pero no se dio por enterada de la escena que tenía lugar a casi cien metros de allí.

—¡Te estoy haciendo esto…! —exclamó Gabriel, y ahora la voz le salía empapada de rabia—, ¡…porque hace tres años le prometí a Santiago que lo iba a cuidar de las basuras como vos!

Álvaro intentó forcejear, pero Gabo lo empujó hacia atrás y le pegó una patada en las costillas. El hombre gimió y gritó e intentó ponerse de pie, pero Gabriel le asestó otra patada en el rostro y volvió a desplomarse. Un chorro de sangre voló por los aires y manchó las baldosas grises de la calle.

—Tenés que aprender —dijo Gabo— que cuando alguien dice que no… ¡¡¡ES NO!!!

Álvaro soltó un terrible aullido de dolor cuando Gabriel le dio una fortísima patada en los testículos. Sintió un relámpago de morbosa satisfacción al ver a ese hombre ahí, indefenso y lloroso, tal como había llegado Santi a su casa esa noche.

—¿Y vos? ¿No tenés a nadie que te defienda? —le preguntó Gabo, pateándolo en el otro costado.

Álvaro permanecía tendido en el suelo, sin moverse. Gabriel decidió que ya era suficiente. Al tipo le sangraba la nariz, tenía la musculosa manchada y lloriqueaba como un animal agonizante.

—Me das asco —le dijo, contemplando su patética imagen desde su metro noventa y tres—. Los tipos como vos me dan asco.

Antes de dar media vuelta e irse, Gabriel le escupió en el rostro.

—Decile… que me p-perdone —sollozó Álvaro, antes de que Gabriel se alejara demasiado.

Gabo se giró apenas.

—¿Qué? —replicó sin poder creer lo que acababa de oír.

—…A Santiago. Que me perdone.

A un par de cuadras de la estación de tren había un McDonald's. A toda velocidad, Gabo subió las escaleras hasta los baños sin mirar a nadie. No supo si alguna persona había clavado los ojos en él. Por suerte, a esas horas de la tarde el lugar ya estaba lleno de adolescentes y de padres y abuelos con niños chiquitos. Al parecer, en los peloteros se celebraba un cumpleaños.

Se metió en un cubículo y se miró la ropa: tenía que cambiarse los pantalones porque estaban salpicados de sangre. A pesar de que eran negros, la sangre se había secado sobre el jean y formaba una costra de color carmesí brillante. En el camino se había detenido a limpiarse las zapatillas, que eran de color verde, pero no habían quedado del todo limpias. No había contado con tener que cambiarse las zapatillas y, por desgracia, esas eran las únicas que tenía.

Le puso la tapa al inodoro, se sacó las zapatillas y se sentó. Con el algodón y el agua oxigenada frotó con fuerza las manchas, pero solo logró esparcir más la sangre. ¿Qué iba hacer? Miró la hora: Santi bailaba a las cinco y media y ya eran las cuatro y cuarenta. No tenía tiempo para volver a cambiarse.

Podía comprarse por ahí un par de ojotas baratas. Era una opción, pero entonces se imaginó entrando en una zapatería, sacándose las zapatillas llenas de sangre ajena, y descartó la idea por completo. Tenía que limpiarlas como fuera.

Siguió frotando la sangre con el algodón mojado hasta que el rojo se transformó en un marrón rojizo desvaído que bien podía pasar por barro. Suspiró e intentó convencerse de que las manchas eran de tierra y no de sangre. De la sangre del hombre que se había acostado con Santiago infinidad de veces. De la sangre del hombre que había violado a Santiago. De la sangre del hombre que al parecer estaba arrepentido de haber violado a Santiago…

Era inútil engañarse, pensó Gabo, mientras salía del baño más tranquilo, con la gorra de visera metida en una bolsa dispuesto a tirarla al tacho de basura más cercano. No solo había atacado a ese hombre por lo que le había hecho a Santi. Gabriel sentía una rabia ciega hacia cualquier hombre que se hubiese acostado con él. Sentía celos, envidia, odio, ira.

El motivo era que ninguno de esos hombres quería a Santi más que para coger. Había analizado a algunos de ellos (los que había tenido la oportunidad de conocer) y le lastimaba observar el desdén que sentían por su amigo, por su afeminamiento, por su risa aguda, por el hecho de que fuera bailarín.

No se habría sentido así si alguno de ellos hubiese merecido siquiera un pelo de la cabeza de Santi. Si alguno de ellos hubiese mostrado el menor interés en hacerlo feliz en vez de solamente llevárselo a la cama... Ah, pero he allí el dilema: los hombres que Santiago elegía nunca pretendían hacerlo feliz. Solo se dejaban arrastrar por sus instintos egoístas.

«¿Por qué, Santi?», se preguntó Gabriel, mientras se subía al subte. «¿Por qué elegís hombres que solamente van a hacerte daño?».

Pero ahí estaba el médico. Y Gabo, al acordarse de él, sintió un estremecimiento de miedo y desdicha. Ese hombre parecía bueno, parecía muy bueno. Le había regalado flores. Con un nudo en la garganta, Gabriel recordó el rostro sonrojado de Santi y sus ojos luminosos cuando recibió el pequeño ramo de jazmines que le daba el hombre.

Además, era un tipo grande. Y profesional. Con seguridad no tendría la cabeza hecha un desastre, como el propio Gabriel. ¿Qué hombre o mujer no querría salir con un médico?

Mientras dejaba salir a las demás personas del subte, Gabo pensó que ese hombre quizá fuera un buen partido para su amigo. Quizá hasta pudiera hacerlo feliz. Se abrió pasó entre la multitud y subió por las escaleras mecánicas, rumbo a Plaza de Mayo. Se secó una lágrima que amenazaba con salir. Si eso ocurría… él no tendría más remedio que hacerse a un lado y rogar por la felicidad de Santiago.

Plaza de Mayo era un hervidero de travestis disfrazadas, gays que paseaban de la mano, lesbianas abrazadas y grupitos de amigos que revoloteaban de aquí para allá entre los puestos que vendían desde libros de temática homosexual hasta pulseras con los colores de la bandera del arcoíris. Gabo sintió una dolorosa punzada de nostalgia al recordar que allí, en la Marcha del Orgullo, se había atrevido a hablar con Santiago Kosman por primera vez.

Gabriel todavía vivía en Belgrano, junto a su madre, su pareja y sus

dos odiosos hermanastros. Acababa de cumplir diecisiete. En la estación de subte Carlos Gardel, luego de haber dejado su currículum en todos los locales de ropa masculina del Abasto Shopping, se sorprendió al observar un cuerpo largamente conocido: una cabeza rubia, unos ojos claros, un cuerpo flaco, unas manos que se retorcían nerviosas.

Sonrió con anhelo al reconocerlo. No sabía su nombre, solo sabía que iba a tercero y que tenía sonrisa hermosa. Que le habría gustado agarrarle la mano, besársela y decirle al oído que se moría por hacer el amor con él en los vestuarios del gimnasio. Que tenía la boca más linda que había visto en toda su vida. Que se derretía como hielo al sol, como en esa canción de Los auténticos decadentes, cada vez que jugaban al vóley en diferentes equipos y veía cómo en cada remate se le levantaba la remera dejándole el ombligo al aire. Que le encantaban los pelitos rubios de sus piernas. Que esa musculosa blanca le quedaba bárbara y que habría matado por sacársela de un zarpazo y poder besarle todo el cuello, el pecho, la panza, el ombligo y así seguir bajando… Pero, ay, tenía tanto miedo.

No se animaba a nada de eso, así que decidió seguirlo. Cuán grande fue sorpresa al darse cuenta de que habían llegado a la Marcha del Orgullo LGBTIQ.

Observó a Santi perderse entre la gente, maravillado con el espectáculo, y finalmente lo abordó con las palabras más vulgares que podría haber escogido de entre todo su catálogo de seducción: *Yo te conozco, ¿vas al Pirán, no?*

Y ahora, cinco años después, estaban allí de nuevo, como si el destino estuviese empeñado en burlarse de ellos…

Alguien le hacía señas desde la fuente: era Pablo, extrañamente vestido con una camiseta azul sin mangas y unos vaqueros color caqui. Qué raro, ¿hacía cuánto tiempo que Pablín había dejado atrás la ropa de velorio? En fin… Junto a él estaba Evelyn, y Gabriel tenía que aceptar que la muchachita estaba bastante linda, claro que sí. No estaba disfrazada, vestía una remera ancha hindú con un elefante que le dejaba un hombro al descubierto y una minifalda de jean que le habría quedado mejor si sus piernas no fueran tan delgadas. En fin…

—¡Viniste, boludo! ¡Pensábamos que te habías perdido! —exclamó Pablo.

Sí, pensabas que estaba en mi casa metiéndome coca, se dijo Gabo, abriéndose paso entre los desconocidos con su mejor sonrisa de afiche de moda. Junto a Evelyn y Pablo estaban aquellos dos, Alexis y Daniel, que lo saludaron con un apretón de manos amistoso y un beso en la mejilla. Gabriel frunció la nariz. Ambos hombres olían igual, usaban el mismo perfume o el mismo desodorante. «Un matrimonio feliz», pensó con un dejo de envidia y sarcasmo.

—¿*Quierés* que *che* pinte? —le preguntó Daniel, con su atravesado acento yanqui.

Entonces Gabriel miró mejor el panorama y se dio cuenta de que los tres (Pablo, Evelyn y Alexis) tenían alguna parte del cuerpo pintada. Pablo lucía una serpiente enroscada en su brazo derecho, Evelyn tenía una enredadera con flores rojas en la panza y Alexis tenía unas mariposas en el cuello y las clavículas.

—No *che* cobro por ser *amigou*… —agregó el muchacho con una sonrisa.

Gabriel se rio. Nunca le había llamado la atención el *bodypainting,* no obstante, se sacó la remera y se plantó así, con el pecho desnudo, frente a aquel exótico artista. Vio a Alexis fruncir las cejas, evidentemente molesto por su descaro. *Tranquilo, bombón,* le dijo con la mente.

¿Quién sería el pasivo de esos dos?, pensaba mientras Daniel, sentado en un banquito plegable mientras él permanecía de pie, pasaba su pincel por sus pectorales bajo la atenta y celosa mirada de Alexis, quien intentaba seguir la conversación de Evelyn y Pablo, sin mucho éxito.

—…No me gustó el lugar, demasiado esnobismo para mí gusto —decía Pablo. Se refería a un club de ambiente ubicado cerca del barrio de Almagro en el que había participado en una lectura de poesía—. Y la poesía re pedorra… ¿viste cuándo intentan hacerse los intelectuales y te citan a los panópticos foucaultianos en medio de un poema…? Te quedás con cara de qué mierda está diciendo, o sea, ¿hay necesidad?

Hablaba más que nada con Alexis, y Gabriel se enteró luego de que el muchacho también estudiaba en la Facultad de Filosofía y Letras, aunque su especialización era la Lingüística.

—Y bueno… —decía Alexis, quien intentaba vigilar a su novio sin quedar demasiado en evidencia—. El ambiente porteño gay es bastante esnob, si no mirá a tu alrededor…

Yo miro, bombón, pero vos no dejás de mirarme a mí a ver si me le tiro encima a tu novio.

—Creo que algunas personas homosexuales encuentran en la intelectualidad el respeto que creen que merecen. Bah, el que merece cualquier persona, quiero decir… —agregó.

Pablo alzó las cejas, sorprendido por tal reflexión. El rostro de Evelyn se ensombreció por un instante.

Inevitablemente, Gabriel pensó en Santiago, como siempre. Pensó en el respeto que su padre jamás le había brindado e intentó imaginarse si algo habría cambiado si Santi se hubiese doblegado a su voluntad y hubiese sacrificado su felicidad estudiando psicología. ¿Habría merecido entonces el respeto de su padre?

Apartó la mirada y halló los ojos de Alexis, que contemplaban algo

(¿qué?) en su cintura. No podía creer que Don Celoso le estuviese pispeando el paquete. Aah, qué cosas… Pero bueno, la verdad sea dicha: ese Alexis estaba lindo y ser observado por él no le significaba ninguna molestia. Más bien era un halago. Lindo. Sí, *lindo* era la palabra. *Atractivo* ya era otro escalón, al igual que *sexy*.

—¿Te lastimaste? —le preguntó Alexis, observándolo con sus centelleantes ojos verdes—. Tenés sangre en el pantalón.

Oh.

Sobresaltado, Gabriel bajó la mirada y una gruesa gota de pintura negra resbaló del pincel de Daniel y aterrizó en el suelo de la plaza.

—¿Qué? No… —Pero era cierto, allí estaba. En su rodilla izquierda había una mancha roja del tamaño de una huella digital—. Debe ser pintura…

Pero era consciente de que Daniel solo había usado pintura negra y que los demás pinceles estaban en el suelo, prolijamente colocados en un tachito de agua que se había vuelto de un color violeta enfermizo luego de que su dueño los enjuagara en ella incontables veces.

—Parece sangre —opinó Evelyn.

«¿Y qué sabrás vos de sangre, puto de mierda? ¿Estás indispuesto?», pensó Gabriel, furioso. Y luego se horrorizó porque Evelyn no le había hecho nada. Era él mismo quien había golpeado brutalmente a un hombre esa misma tarde y ahora estaba allí, como si nada, dejándose pintar por un *bodypainter* gringo.

—Ni idea, mía no es. —Y se calló, seguro de que la embarraría si decía algo más.

Para cortar la tensión, Alexis comentó que se quería hacer un tatuaje y Evelyn dijo que ella también, pero que antes quería un piercing. Alexis dijo que el piercing que tenía en la nariz le había dolido una semana entera y que había pasado más de un mes antes de que pudiera bañarse o lavarse la cara cómodamente.

—Me re gusta esta enredadera —dijo Evelyn, que se había anudado la camiseta para dejarse la panza al aire—. Por ahí me la tatúo.

—¿Por qué no te sacás la remera así lo lucís mejor? —le preguntó Gabriel.

Los cuatro se lo quedaron mirando extrañados, como si hubiese dicho una estupidez. Evelyn le devolvió una expresión confundida.

—No tengo nada abajo… tengo el corpiño nomás —explicó en voz baja, tímida, sin saber muy bien qué decir.

Entonces ella tal vez comprendió que Gabriel no la veía como a una mujer, si no como un hombre disfrazado que, según su criterio, no tenía por qué tener ningún reparo al sacarse la remera frente a otros machos de su especie. Gabriel se dio cuenta de que había metido la pata y no dijo nada más, pero Evelyn no volvió a dirigirle la palabra y hasta Pablo se notaba bastante frío.

A lo lejos, Gabriel se sorprendió de ver al médico. Estaba ahí, en medio de la multitud, con cara de querer que se lo tragara la tierra. El cigarrillo que tenía en la mano se le había convertido en un cilindro de ceniza. Miraba para todos lados e intentaba no parecer muy fuera de lugar, claro, sin mucho éxito. ¿Qué había ido a hacer a la Marcha del Orgullo? Ja, qué pregunta. Babear por Santi, como siempre.

En ese momento, Gabriel percibió el conocidísimo y repugnante olor de un nevado: alguien se estaba fumando uno. Al darse vuelta, los vio. Un grupito de chicos y chicas se lo pasaban, riéndose, totalmente ignorantes de lo que estaban fumando. ¿Sería un nevado o un *freeway*?, pensó Gabriel, y se acordó de lo que Luna le había dicho una vez: que el efecto del nevado es puro placebo, porque el clorhidrato de cocaína se desintegra por el calor antes de ser fumado, lo cual no pasa con la base. Luna era *El Libro Gordo de las drogas*, se dijo, con una sonrisa. Bueno, placebo o no placebo, a Gabo los nevados lo dejaban duro, viajado, con la boca dormida y flotando en medio de una locura extraordinaria. Pero bueno, como todos los experimentados saben, la cocaína es una droga muy, muy tramposa. Tragó saliva e intentó sonreír y pensar en cualquier otra tontería. ¿Qué estaría haciendo Luna? Desde el día anterior no contestaba el teléfono. Seguramente estaba en medio de alguna de sus rachas antisociales.

Se giró. Alexis lo contemplaba disimuladamente y se dio cuenta de que lo había estado mirando todo ese tiempo. ¿Había advertido en su rostro el nerviosismo de ver a su pálida archienemiga allí, tan cerca?

—¿Todo bien? —le preguntó Alexis con una media sonrisa. Pablo y Evelyn se sacaban fotos y Daniel le pintaba una mariposa en la espalda a una chica.

Gabriel se lamió los labios. Tenía la boca seca.

—Sí —respondió.

—¿Fumás?

Gabo tardó en contestar porque no sabía qué responder. Sí, fumaba tabaco. No, no fumaba otras cosas. Ya no. Al no obtener respuesta, Alexis alzó las cejas y Gabriel, otra vez, pensó que tenía unos ojos preciosos. Incluso más lindos que los de Santi. Ese pensamiento, sin saber muy bien por qué, lo enfureció.

—No.

Alexis se rio.

—¿Seguro? —replicó.

Gabriel apretó los dientes. ¿Qué pretendía ese pelotudo?

—¿Tenés problemas con drogas? Pusiste una cara… —Y señaló con la cabeza al grupito del nevado.

De repente se imaginó golpeando a ese chico tal como había hecho con Álvaro… pero entonces Alexis le apoyó la mano en el hombro y le dio un apretón amistoso. Tal vez el pibe solo quisiera charlar con él.

Bueno, no era muy hábil sacando temas de conversación, la verdad. ¿Acaso el flaco le estaba tirando onda? Nah, ni ahí, tenía de novio a un gringo que estaba para violarlo contra la pared, ¿qué iba a querer un estudiante de Letras con un tipo como Gabo? Ni siquiera un polvo. Gabriel ya no tenía polvos ni para él mismo. Ya basta de polvos. A unos metros había dos chicos compartiendo un *brownie* de marihuana. ¿Por qué ese lugar tenía que estar lleno de putos burgueses que podían controlar su relación con las drogas? Un momento, ¿quién decía que podían?

—Che, en serio, ¿te sentís bien? Estás re pálido…

Gabriel soltó un suspiro desesperado.

—Sí, tengo problemas con drogas —le reveló a Alexis. El chico ladeó un poquito la cabeza, curvó apenas los labios, relajó su mirada, entrecerró los ojos. En su rostro había comprensión.

—Supongo que el ambiente no ayuda, ¿no? —susurró, echando un vistazo a su alrededor.

Gabriel rio nervioso. Sacó su celular y miró la hora: eran las cinco y cuarenta y siete.

—No, la verdad que no.

—¿Querés que nos alejemos un poco de acá?

Gabriel sintió que ahora todo su cuerpo daba un profundo suspiro.

—Sí, por favor.

Se excusaron con los demás diciendo que iban a comprar algo para tomar. Pablo dijo que Santi y el grupo no deberían tardar en salir al escenario, y Alexis insistió: no se alejarían mucho, iban al kiosco de enfrente. Pablo se encogió de hombros y siguió sacando fotos.

—Gracias —le dijo Gabo a Alexis cuando estuvieron algo alejados de las fumatas. Alexis se sentó en el cordón de la vereda. Gabriel lo imitó.

—Se dio cuenta.

—¿Quién?

—Pablo se llama ¿no? Se dio cuenta de lo que te pasaba.

—¿Cómo sabés?

—Por la cara que puso. No sé, como… burlona.

Gabriel lo miró. Se mordió los labios. Después volvió a suspirar y miró el cielo celeste, despejado, sin ninguna nube. A su alrededor todo era fiesta, color y algarabía.

—Pablo está enamorado de Santiago —le reveló a Alexis.

—¿Santiago el bailarín? —Gabriel asintió—. ¿Y por qué está con la chica… Evelyn?

—Porque necesita estar con alguien, todos necesitamos a alguien a veces. No puede estar toda la vida esperando algo que no va a pasar nunca.

Alexis lucía algo sorprendido.

—Santi y yo tuvimos una historia. Bah, una historia inconclusa. Santi me quería. Yo tengo depresión mayor y no quería echarle encima a Santi mis quilombos. Él ya tenía quilombos suficientes en su casa. Esto fue hace casi tres años. No pude estar con Santi y él sufrió mucho. Eso es algo que Pablo nunca me va a perdonar.

Alexis se quedó en silencio durante unos instantes. Una extravagante travesti pasó junto a ellos vestida de dama antigua, arrastrando la cola de un vestido fucsia y llevando en la mano un enorme abanico de lentejuelas.

—Pero eso es algo que te tiene que perdonar Santiago, no Pablo.

Gabriel lo miró. Alexis era realmente un chico muy lindo. Lindo e inteligente, qué extraña combinación. Si no estuviese de novio con el gringo (y él tan enamorado de Santi), hasta le habría echado los perros. Los perros, los gatos, los conejos. Se dio cuenta de que él también lo encontraba físicamente atractivo y eso le causó un breve relampagueo de confianza. Qué bien se sentía que le subieran el ego.

—¿No me escuchaste? Pablo está enamorado de Santiago.

Alexis se le acercó con las cejas levantadas:

—¿Y vos?

Gabriel le sonrió con esa vergüenza típica de alguien que está profundamente enamorado.

—Estoy dejando la merca por él.

The beat just dropped
and the room got sexy
You're watching me
like there's no one else around.

Up N' Down, Britney Spears

Cuando anunciaron a Cocó-Cliché por los parlantes, Gabo se levantó de un salto, seguido de Alexis. De repente, las personas se habían apiñado alrededor del escenario y era imposible avanzar sin atropellar a nadie.

—Quedémonos acá —dijo Alexis, estirando el cuello—. ¿Ves bien?

Gabriel, que era más alto, respondió que sí, obvio que veía bien.

—Santi… —susurró Gabriel, saboreando el nombre como si fuera un caramelo.

Alexis esbozó una sonrisita. Gabriel se preguntó si el chico amaba a Daniel tanto como él amaba a Santiago, pero no tenía forma de saberlo.

Santiago estaba allí, en el escenario, junto a sus compañeros de Cocó-Cliché. Gabo frunció las cejas: iban encapuchados y con las manos juntas como si estuvieran rezando. Entonces, una voz femenina recitó:

Oh my God, I'm heartly sorry for having offended thee…

—¡Madonna! ¡Me encanta! —exclamó Alexis.

Entonces, cuando la reina del pop terminó de recitar su burla, los cinco bailarines se arrancaron sus túnicas y se exhibieron ante el público.

Santi vestía totalmente de negro: unos pantalones de cuero, una musculosa y sus acostumbradas zapatillas de baile. Tenía los párpados maquillados de plateado haciendo resaltar el azul de sus ojos. Gabriel sabía que había cuatro personas más sobre ese escenario, pero no le importaba.

Cuando la música comenzó, la multitud estalló en aplausos y silbidos de ovación. Santi estaba ubicado en el medio de los cinco, así que la mayoría de las miradas se habían clavado en él. Y Gabriel, por supuesto, no era la excepción.

Santi se acarició el pecho y la multitud gritó enardecida. Sonriente como pocas veces antes, parecía flotar en medio de un sueño. Al contemplarlo bailar allí, para un público tan numeroso y en un evento tan importante, Gabriel pensó no por primera vez que Santi había nacido para bailar.

En medio de una pirueta, Santiago se levantó la remera mostrando parte de su pecho y los hombres a su alrededor aplaudieron y gritaron entusiasmados.

—Está buenísimo ese rubio —Gabriel escuchó decir a un chico—. La debe tener re blanquita… —Y se oyeron risas.

Gabriel no pudo evitar dejar salir una carcajada. No se imaginaba a Santi de activo. Probablemente no sabría qué hacer. Hasta que se dio cuenta de que ese era un pensamiento estúpido…

Los cinco bailarines giraron al mismo tiempo sobre las puntas de sus pies y cayeron al suelo con las piernas abiertas. Las juntaron, se inclinaron hacia los lados con los brazos extendidos y, en menos de un segundo, volvieron a levantarse como si una extraña fuerza los hubiera propulsado hacia arriba. Más aplausos y ovaciones. Madonna cantaba *I got that burnin' hot desire and no one can put out my fire*, y todo el cuerpo de Santiago se sacudía como si realmente estuviese a punto de prenderse fuego. Sus movimientos acompañaban la música en una sincronía perfecta, como si la voz de Madonna fuera una misteriosa y perversa titiritera.

Sin lugar a dudas, Santi era el mejor de los cinco. No solo bailaba: seducía con su mirada y sus gestos, invitaba a quien lo deseara a transitar por su cuerpo al ritmo de la música; invitaba a la libertad, al olvido de los prejuicios, al autoconocimiento, a la disolución de la rutina, a expresar con piernas, brazos, cuello, músculos, caderas… los sueños y los deseos más secretos. De alguna forma, invitaba a la felicidad. Y Santi se veía tan feliz allí, sobre el escenario, bailando para esa multitud. ¿Quién se habría imaginado que tan solo dos semanas atrás había sido violado? ¿Quién podía imaginarse que había sufrido toda su vida por haber nacido en medio de una familia homófoba?

La muchedumbre estalló en aplausos y gritos. Los integrantes de Coco-Cliché se inclinaban ante el público y posaban para las fotografías. Algunos más osados se animaron a subirse al escenario pasa sacarse fotos con ellos. Otros eligieron a su favorito: querían una foto con Santi, con Javi, con Danilo, con Diego, con Luli.

Por fin, se bajaron, con unas enormes sonrisas que se les salían de la cara.

—Estuvo bárbaro —opinó Alexis.

Ah, Alexis. Gabo se había olvidado que estaba con él.

—Quiero ir a saludar a Santi —se quejó Gabriel, abriéndose paso a fuerza de codazos.

Seguido de cerca por Alexis, Gabo se fue disculpando con cada persona que iba atropellando en su camino. Saludar, no, no quería saludarlo. Quería abrazarlo y partirle la boca de un beso para que todos vieran que Santiago Kosman tenía novio y que, ja, no les sería

tan fácil competir con él.

Gabriel se detuvo de golpe. Alexis se chocó contra su espalda.

—¿Qué…?

Alexis miró más allá, hacia el sitio donde sabía que estaba Santiago, el bailarín. Sintió una punzada de lástima por el muchacho que tenía delante de él. Santiago se había arrojado a los brazos de un hombre y ahora ambos se besaban, mientras la multitud que los rodeaba aplaudía y reía…

De repente, Gabriel se sentía como en medio de una pesadilla. Se giró y empujó a Alexis para que se apartara de su camino. Quería irse de allí, quería desaparecer, se quería morir.

—¡Gabriel! —gritó Alexis.

—¡Pelotudo! —lo insultó una chica que casi tiró al suelo.

Las voces a su alrededor lo aplastaban, las risas se burlaban de él, todas esas personas sabían lo que había pasado y se reían, se reían, se reían… Ahí va Gabriel, el merquero, quería pedirle matrimonio a Santiago y Santiago ya está con otro, ¡pero no con cualquiera, eh! ¡Ahora se levantó a un médico! ¡Alto *target*! ¿De verdad pensabas que podías ser mejor que un médico, Gabito? No, no, no…

—¡Gabriel!

Vos sos un merquero, un merquero y un fumón, porque no basta con tener marcados los abdominales y la chota grande, ¿viste? También hay que tener algo que ofrecer, hay que tener una carrera, estabilidad económica, un novio no es solo besitos y una verga dura…

—¡Gabriel, pará!

Cuando Gabo se detuvo, la Plaza de Mayo giró en sus pupilas a toda velocidad. Se apoyó contra el semáforo. Había estado a punto de cruzar la calle en rojo. Alexis lo alcanzó.

—Gabriel, pará, ¿a dónde vas?

Gabo lo miró, ¿quién era ese flaco? Ah, sí… el gringo, el novio del gringo. Qué lindos ojos. Ojalá pudiera arrancarme los ojos para no ver a Santi nunca más, quizá así me olvide de él… Gabriel se encogió de hombros y miró el cielo, tan celeste que parecía mofarse de su miseria.

—No tengo nada que hacer acá.

Alexis se mordió el labio y esbozó una sonrisa triste.

—Pero no tenés por qué irte… Mirá… está lleno de chicos. Yo te puedo presentar algún ami…

Gabriel acortó el paso que los separaba, aferró Alexis del rostro con ambas manos y lo besó furiosamente en la boca. El chico gimió de la sorpresa y por un agónico instante, Gabriel se imaginó que estaba besando a Santiago. Antes de que Alexis se lo quitara de encima, Gabo se apartó, miró el semáforo y cruzó la calle. Se giró. Alexis seguía allí, con la cara roja, paralizado por el estupor. Antes de desaparecer por la boca del subte, Gabriel le guiñó un ojo.

Se metió en el mercado chino que estaba a la vuelta de su casa y agarró una botella de vodka. Ni siquiera miró el precio. Luego eligió un enorme paquete de papas fritas. Aunque faltaba un mes para las fiestas, el mercado ya tenía puesta la decoración navideña. Como en un flashback, Gabo recordó la primera vez que había entrado en ese lugar: tenían puestas luces de Navidad en pleno junio.

—Hola —saludó a la adolescente china de la caja.

—…la —respondió ella bajando la mirada con pudor.

A Gabo le causaba un poco de gracia esa chica; gracia, ternura y lástima. Ternura por la evidente vergüenza que sentía cada vez que la saludaba, lástima porque sabía que no debía tener más de quince años y estaba en un país desconocido. La chica gritó algo en voz alta, seguramente consultando si podía venderle el vodka. Una voz le respondió desde el fondo del almacén. Cuando Gabriel le pasó el billete de cien pesos, le rozó apropósito los dedos de la mano. Ella se apartó como si se hubiera quemado y se ruborizó, tal como Alexis, el chico de los ojos verdes.

Les gustás porque sos lindo, pero ¿quién querría estar con vos si te conocieran? Nadie, ni tu propia madre. ¿Quién querría estar con un merquero, con un depresivo, con un trastornado como vos? Sos eso nada más: una cara linda y buen cuerpo. Muy lindo el envoltorio, lástima lo de adentro. ¿Qué tenés para ofrecer además de coca? No me digas: faso. No me digas: ruedas. Tenés la cabeza hecha un desastre, ¿qué te hizo pensar que Santi quería estar con vos para ayudarte a arreglarla…?

Gabriel intentó meter la llave en la cerradura del edificio. Se le cayó al suelo. Nervioso, abrió la puerta y entró como una exhalación. El ascensor estaba en el octavo piso y decidió subir por las escaleras. No podía quedarse quieto…

Pero ya no consumo, hace casi un mes que estoy limpio. El otro día hice una sesión de fotos, me contrataron para una revista. No falté a los talleres de teatro, vamos a estrenar una obra de Oscar Wilde…

Llegó al séptimo piso con el corazón repiqueteándole en el pecho como un tambor. Entró en su departamento, dejó la bolsa de la compra en la cama y se metió en el baño.

¿Y te memorizaste la letra? Tenés el cerebro hecho un colador, tenés la cabeza comida por las polillas, te tiemblan las manos cuando agarrás el libreto, no jodas. ¿Y qué vas a hacer cuando se te caiga el pelo y se te arrugue la carita? ¿De qué vas a vivir…?

Sí, ese rostro no permanecería hermoso y joven para siempre. Acarició su reflejo en el espejo del baño. La canilla goteaba, pero no se había tomado la molestia de arreglarla. Se mojó la cabeza y se contempló de nuevo. Relucientes gotas resbalaban por su frente, por sus pestañas, por sus pómulos. Era un hombre atractivo. Pero la

belleza, había descubierto hacía tiempo, no era nada. Era una ilusión vacía, un espejismo de humo. Sus ojos adquirieron un brillo particular cuando se llenaron de lágrimas…

Salió del baño y se tiró en la cama. Un sollozo le salió del pecho y le subió por la garganta, y se acordó de aquel adolescente rubio y tímido al que se le levantaba la remera cuando saltaba para hacer un remate en medio del partido de vóley. Se acordó de sus miradas nerviosas, de sus ojos ansiosos llenos de amor y dulzura.

¿Dónde estaba ese adolescente? ¿Quién era ahora?

Ahora es un hombre que por tu culpa se mete con chabones que solamente le quieren hacer daño, ¿o no te das cuenta de que es tu culpa? ¿Tan tarado te dejó la blancanieves?

Llorando, Gabriel rodó por la cama y se tapó los oídos. No quería escuchar más las voces de su cabeza. Se levantó de un salto y se tropezó con una pila de ropa sucia. ¿O acaso era ropa limpia? Encendió el equipo de música y puso el volumen al máximo. Comenzó a sonar Jeffree Star, con su perturbadora canción *Get away with murder*: *I'm gonna break your heart an get away with murder,you shoulda known from the start that it wouldn't last forever.*

A alguna parte de su interior, la situación le dio risa. Una húmeda carcajada ahogada se le escapó por entre los labios. Se acordó del cantante en el videoclip, rodeado de hombres que lo manoseaban y volvió a pensar en Santiago: acariciado, besado, penetrado, utilizado, violado.

Es tu culpa, ¿te das cuenta, no?

Se arrojó de nuevo a la cama. El corazón le latía a mil por hora y hasta sentía la sangre fluir por sus venas. Parecía que se hubiera metido un tiro de coca. Abrió el vodka y tomó un largo trago.

Pensó en su madre y la odió por no haberlo abortado cuando tuvo la oportunidad. Le habría evitado mucho sufrimiento, a él mismo, a Santiago…

El volumen de la música estaba tan alto que no escuchaba su llanto, lo cual le hacía gritar más fuerte. Necesitaba oírse, le causaba un placer casi masoquista: *Words mean nothing when you're lips are blue. I love you… now that you're six feet underground.*

Se agarró la cabeza y gritó con tanta fuerza que sintió que las cuerdas vocales le quedaban en carne viva. Apuñaló la almohada con los dedos: las voces de su cabeza no se callaban y ahora Gabriel no entendía qué decían.

Abrió los ojos. De repente, algo en la habitación pareció cobrar sentido. La penumbra a su alrededor se iluminó, como si estuviera en medio de un escenario, en una obra de teatro extraña y peligrosa. Se abrió el telón. Como en un sueño, como si observara la escena desde afuera de su cuerpo, Gabriel vio su brazo abriendo el cajón de la

mesita de luz. Allí estaban los medicamentos que le recetaba el psiquiatra. Sus antidepresivos y el antipsicótico que había tomado en una ocasión. Vació el cajón sobre la cama y pensó en un niño rodeado de caramelos. Volvió a pensar en su madre, que jamás le compraba golosinas. Ni un regalo de cumpleaños, ni de Navidad, ni de Reyes, ni de nada. Pensó en los regalos que le compraba a Santi todo el tiempo: aquella musculosa blanca de encaje, el caderín árabe, el cohete. Pensó en todo lo que habría querido regalarle a Santi y sintió que ni mil vidas le habrían alcanzado para darle todo lo que se merecía.

¿Y vos? ¿Qué te merecés vos? Nada, nada de nada. Ni siquiera te merecés tener público.

Gimiendo con las manos temblorosas, Gabriel vació los blísteres de las pastillas y las juntó en su mano. ¿Cuántas serían? Cerró el puño y cuando lo abrió observó que las pastillas se le habían quedado pegadas entre los dedos por culpa del sudor. Algunas de ellas, las que eran de color rosa, le habían manchado la piel. Con un sollozo ahogado, se llevó la mano a la boca y arrastró las pastillas con la lengua. Y de su lengua, hasta el fondo de su garganta, donde las hizo bajar hasta su estómago con uno, dos, tres tragos de vodka.

Fue Neli, la señora de la limpieza, quien encontró muerta a Luna Sabini el domingo por la mañana. La sangre sobre la cama se había secado y había penetrado profundamente en el colchón dejando una costra de color rojo oscuro. La pistola estaba junto a su cuerpo y nadie dudó de la inocencia de Neli. Luna Sabini tenía antecedentes de suicidios frustrados y un vasto historial psiquiátrico. Además, el cuerpo ya mostraba claros efectos de descomposición.

Sobre la mesa de luz había tres cartas: una para su abogada, una para Gabriel Vázquez y una para alguien llamada Cecilia Cano. No había carta para Pablo de Sagastizábal.

Junto a las cartas, la policía encontró una nota con un número de teléfono que resultó ser de Lorena Mendoza Crespo, la abogada de Sabini, quien soltó un profundo suspiro cuando le comunicaron la noticia. Luego, en una rueda de prensa, la mujer afirmó que había salvado a Luna en una ocasión cuando había ingerido una caja entera de paroxetina, y que sabía que era solo cuestión de tiempo que lograra por fin quitarse la vida. Se negó a dar detalles de las identidades de Gabriel Vázquez y Cecilia Cano, aunque uno de los periodistas se atrevió a preguntarle si, dada la reputación de Sabini, era posible que el tal Gabriel o esa Cecilia fuesen dos de sus amantes. Mendoza insistió en que estaban hablando de una persona fallecida y que su memoria merecía respeto. El que pensara lo contrario podía retirarse de la sala.

El día lunes, todos los alumnos de la Escuela de Artes Visuales Antonio Berni recibieron la noticia por correo electrónico. Se declararon tres días de luto. Militantes de la escuela comenzaron a reunirse para debatir acerca de las consecuencias políticas de la muerte de la rectora.

Incluso un par de diarios hicieron eco del hecho y se habló de ello en algunos canales de noticias, sin embargo, muy poca gente conocía a Luna Sabini por causa del bajo perfil que siempre se había esforzado por mantener. Algunas personas, no obstante, confundían su retraimiento con la petulancia: Luna siempre se negaba a asistir a eventos artísticos y había rechazado impartir un taller para ilustradores en la Feria del Libro de Buenos Aires, ¿acaso se creía mejor que cualquier artista del montón?

Claro, ninguna de esas personas sabía que Luna había sido violada en numerosas ocasiones, que había dado a luz un hijo fruto de una de ellas y que las pastillas eran lo único que podía mantener su enfermedad a raya. ¿Qué podían saber aquellas personas que se llenaban la boca de veneno y lo escupían sobre su tumba, de la artista plástica Luna Sabini?

Now I know why, I feel so insecure
I never understood what its good for.
I gotta make sure the darkness won't stop me again,
I can't sit and wait anymore.

Bombastic Love, Britney Spears

Santiago siempre recordaría el mes de noviembre de ese año como uno de los peores meses de su vida. En menos de una semana habían tenido lugar dos hechos terribles: la muerte de Nina y el intento de suicidio de Gabriel. Para colmo, tenía exámenes en la academia y no se sentía con ánimos para estudiar.

Los médicos le habían dicho que Gabriel se pondría bien luego del lavaje de estómago, pero que dadas las circunstancias consideraban que era adecuado que se quedara internado un tiempo en el pabellón de salud mental. ¿Santiago creía que Gabriel aceptaría quedarse allí?

—No sé —respondió. Y levantó la mirada hacia Pablo, quien sacudió la cabeza, compartiendo su incertidumbre.

—Podrías intentar convencerlo —le dijo Pablo.

Santiago se mordió el labio, nervioso. Estaban en el consultorio de la psiquiatra que le habían asignado a Gabriel y sabía que lo aguardaba otro minucioso interrogatorio. ¿Quién era él? ¿Dónde estaba la familia de Gabriel? ¿Por qué creía que había intentado quitarse la vida?

Cuando la doctora advirtió que entre esos dos hombres, Santiago y Pablo, había una cierta tensión, como si no quisieran hablar el uno estando el otro presente, invitó educadamente a Pablo a retirarse a la sala de espera.

La puerta del consultorio se cerró y Santiago se repantigó sobre la incómoda silla. Nunca había visto un consultorio tan lúgubre. Solo había un viejo escritorio de madera, una oxidada cajonera de metal y las tres sillas de plástico en las que estaban sentados. Las paredes celestes estaban desnudas, sin ningún cuadro o adorno para animar a las tristes almas que pasaban por allí.

—Bueno, Pablo…

—Santiago.

—Sí, Santiago, perdón. Contame… —La doctora, erecta sobre su silla, anotó algo en su libreta—. Vos sos amigo de Gabriel.

—Sí, él es mi mejor amigo.

—¿Hace cuánto que se conocen?

Santiago intentó hacer el cálculo:

—Cinco años.

—Y… decime, Santiago, ¿él tiene relación con su familia?

Santiago suspiró. La doctora debía estar informada. Los médicos de la guardia seguramente le habrían contado que Gabriel no había sido visitado por ningún familiar.

—No. La madre no lo quiere. Nunca lo quiso. Lo tuvo a los quince años. Él no tiene padre, ni hermanos. Los abuelos murieron y la madre se quedó con la casa. Ellos se la querían dejar a Gabriel, pero no hicieron testamento y al final se la quedó ella. Nora se llama la madre. Es… lesbiana o bisexual o… qué sé yo. Hace unos años estaba en pareja con una mujer y la mina no lo quería a Gabriel. Ellas se pelearon y la madre le echó la culpa a Gabriel de la pelea. Entonces él se vino a vivir a mi casa….

—¿Gabriel pudo terminar el colegio?

—Sí. Él trabajaba y estudiaba. Intentó meterse en actuación, pero no pudo pagar la cuota y tuvo que dejar la carrera.

—Decime… ¿vos no tenés el teléfono de la madre de Gabriel? Porque sería bueno que ella se enterara.

—Tenía el teléfono de los abuelos, pero intenté llamar y me dice que el número no existe. Creo que la madre debe haber cambiado la línea…

Santiago percibió algo en el rostro de la doctora: sus cejas castañas, perfectamente depiladas, se fruncieron apenas sobre el puente de su nariz. Y él sabía lo que la mujer debía estar pensando: qué madre de mierda.

—¿Y no hay más familia…?

—No.

—¿Gabriel no tiene novia…?

—No…

La doctora advirtió la incomodidad de Santiago y se atrevió a preguntarle suavemente:

—¿Qué pasa?

—Gabriel es bisexual… o gay. Está enamorado de mí.

La doctora se quedó en silencio por un momento y anotó algo rápidamente en su libreta.

—¿Entonces… vos sos el novio de Gabriel?

Ya estaba. Tenía que decirlo. Si no lo decía ahora, ¿cuándo? Debía tragarse la vergüenza de hablar de su intimidad con una desconocida y revelar que era posible que Gabriel hubiese querido matarse por su culpa.

—No… yo… —Santiago tomó aire—. Él me vio el sábado con un chico y… me contaron que se fue. Estábamos en la Marcha del Orgullo. Yo… Entonces…

Y se quebró. Llorar frente a esa desconocida no era algo que tuviera

ganas de hacer, tampoco. Se había estado aguantando el llanto desde la madrugada del domingo, cuando Pablo y Alexis lo llamaron para decirle que Gabriel no contestaba ni su celular ni el teléfono del departamento, y que sospechaban que había pasado algo porque las luces del monoambiente estaban encendidas y tampoco contestaba el timbre.

—¿Pensás que él hizo lo que hizo porque te vio con este otro chico?

¡Hizo lo que hizo! ¡Qué buen eufemismo para decir que se había querido matar con más de cincuenta pastillas y un litro de vodka! Y no, no lo había hecho solo por eso. Lo había hecho porque no tenía familia, porque hacía más de un año que no veía a su madre, porque tenía un trabajo de mierda, porque vivía en un minúsculo departamento prestado, porque había tenido que dejar la facultad…

La psiquiatra le pasó un pañuelo de papel y Santiago lo aceptó agradecido.

—Él es muy impulsivo…

—¿En qué cosas es impulsivo?

Se tragó los mocos y se limpió las lágrimas con el dorso de la mano.

—Cuando se fue de la casa… Apareció en mi casa así una noche, de la nada. Después, de un día para el otro me d… se fue…

La doctora advirtió que Santiago había estado a punto de decir *me dejó*, pero no hizo ninguna aclaración. Aguardó que se recompusiera y luego siguió preguntando:

—¿Gabriel vive solo?

—Sí. Una amiga de él le… prestaba un departamento.

—¿Una amiga?

—Sí, no sé el teléfono. Luna Sabini se llama…

—¿Luna Sabini? ¿La pintora que se suicidó?

Time is precious and
It's slipping away
And I've been waiting
For you all of my life
Nobody wants to be lonely
So why,
why don't you
Let me love you?
Nobody wants to be lonely,

Christina Aguilera & Ricky Martin

Lo primero que vio Gabriel al despertar, fue el techo blanco de la habitación en la que se encontraba. La cabeza le daba vueltas y sentía todos los músculos agarrotados. Tenía la garganta completamente seca. Entonces, comprendió de pronto que seguía vivo y el corazón le saltó con violencia en el pecho. Recordó las náuseas, los mareos, los vanos intentos de vomitar y finalmente… el vacío más terrible que había experimentado en toda su vida. La nada. Había pensado que morir por sobredosis de pastillas sería una muerte indolora. Qué equivocado que estaba.

Se incorporó de golpe, tembloroso y asustado. Una aguja le atravesaba el brazo derecho. Suero. Y allí, junto a la ventana que daba al estacionamiento, de pie y de brazos cruzados… ¿Cómo se llamaba? ¿Alejandro?

Alexis le sonrió, descruzó los brazos y se acercó a él.

—Hola, bello durmiente —susurró, sentándose en el borde de la cama.

Gabriel cerró los ojos con fuerza, pero eso no evitó que se le escaparan las lágrimas. Estaba vivo. Estaba de nuevo en ese mundo donde tendría que sobrevivir sin Santiago. Sin nadie. Sin familia, sin pareja, sin trabajo, sin nada por lo que respirar, sin nada por lo que valiera la pena levantarse cada día. Quizá… ¿qué le había dicho Alexis el sábado? Que le podía presentar algún amigo… Tal vez aceptara… Sí, un buen pibe que tuviera ganas de ver qué onda, un chico de ojos tiernos y linda sonrisa… No le importaba que tuviera pluma, le gustaban los chicos así, afeminados… Quería quedarse con ese chico imaginario toda la vida.

Levantó la mirada. Alexis y sus ojos verdes lo contemplaban con precaución.

—¿Cómo te sentís?

Gabriel sintió un escalofrío. Vergüenza. Sentía tanta pero tanta vergüenza…

—Me duele todo.

—Los médicos quieren que te quedés en salud mental unos días —soltó Alexis—. Deberías quedarte…

—¿Qué día es hoy? —interrumpió Gabriel.

Alexis suspiró.

—Lunes. No te perdiste mucho.

—Tengo ensayo los lunes —susurró Gabriel, cabizbajo.

Alexis esbozó una media sonrisa y sacó el celular de su bolsillo.

—¿Querés llamar o mandarle un mensaje a alguien? —dijo, tendiéndoselo.

—No… No. —Gabriel se agarró la cabeza y miró por la ventana. El día estaba nublado—. ¿Qué pasó? ¿Cómo…? ¿Cómo me encontraron? ¿Quién…?

—Cuando volví con los chicos les dije que te habías ido. Que no te había visto bien. Pablo intentó llamarte al celular y no contestabas. Empezó la marcha y quisimos irte a buscar. Fuimos a tu casa y desde abajo vimos que estaba la luz prendida, pero no contestabas el teléfono ni el timbre. Le pedimos al portero que nos dejara entrar y… Bueno, te encontramos.

—¿Santiago me vio? —preguntó Gabriel, con la voz quebrada. Tibias lágrimas le acariciaban las mejillas.

—¿Qué?

—Si Santiago me vio.

Alexis se mordió el labio. Asintió en silencio. En ese momento, tocaron a la puerta y una cabeza se asomó apenas por el resquicio. Era Santiago.

Gabriel se quedó mudo. De repente, su mente estaba en blanco. Ahí estaba Santi y se notaba que tenía los ojos hinchados de tanto llorar. Gabriel quiso decir algo y entreabrió los labios, pero ninguna palabra salió de ellos.

Alexis se puso de pie y salió sigilosamente de la habitación. Santiago se acercó a la cama y se lanzó a sus brazos.

—¡Gabriel! —sollozó, con el rostro enterrado en su hombro—. ¿¡Qué estabas pensando?!

Gabriel lo estrechó contra sí con fuerza, con la poca fuerza que el intento de suicidio le había dejado. Le acarició la cabeza. Santi tenía el pelo grasiento, sucio, y cuando abrió los ojos, se dio cuenta de que tenía puesta la misma musculosa negra con la que había bailado el sábado en la marcha. Santi no se había movido del hospital.

—Hola… —le susurró al oído, rozándole el lóbulo de la oreja con los labios. Santi se estremeció y se quedó quieto entre sus brazos—. Tenés olor a chivo.

Santi ahogó un sollozo disfrazado de risa y se incorporó con cuidado. Contempló la sonda del suero con aprensión.

—No tengo nada con Juan Manuel, Gabo —soltó de pronto, secándose las mejillas con la mano.

—¿Eh?

—Eso. No tengo nada con él, ni lo voy a tener.

Gabriel bajó la cabeza, avergonzado. A pesar de que era obvio, no quería admitir que había querido matarse porque los había visto besarse. Oportunamente, alguien había dejado sobre la mesa de luz una jarra con agua y un vasito descartable. Una muy buena idea, porque se moría de sed.

Al ver sus intenciones, Santiago le sirvió un vaso y se lo dio. Gabriel lo vació de un sorbo.

—¿Entonces por qué lo besaste?

Santi se sentó en el borde de la cama, tal como había hecho Alexis, y comenzó a retorcerse las manos.

—No sé… ¿nunca tuviste ganas de besar a alguien… aunque no sintieras nada?

Sí, a vos, quiero besarte todo el tiempo, quiso decirle. Y a vos te amo. Pero entonces lo recordó: había besado a Alexis. Se había pasado toda la tarde con ganas de besarlo. Lo encontraba lindo, nada más. Era algo puramente estético, superficial, banal, sin sentido. Le habría gustado hacer mucho más que besarlo… Frunció las cejas. Santiago lo contemplaba en silencio.

—Sí… puede ser —respondió por fin.

Bueno, insistió Santi, había sido eso, nada más, una cosa del momento. Y había sido Juan Manuel quien lo había besado, no al revés. Le había dejado las cosas muy en claro: Santiago le había dicho que a Juan Manuel que era una persona maravillosa, pero que ya tenía alguien con quien quería estar. Que lo había tenido siempre.

Gabriel levantó la cabeza y vio, confundido, que Santi le sonreía.

—¿Eh?

Santiago se inclinó hacia él y Gabo observó que tenía los ojos húmedos de lágrimas.

—Sí —dijo. Gabriel le devolvió la mirada sin comprender. Santi se relamió los labios—. Hace un mes, esa noche, me preguntaste si te sigo queriendo. La respuesta es sí.

Sí, quería que volvieran a estar juntos. Quería que hicieran de cuenta que esos tres años jamás habían pasado, aunque fuera imposible, porque ese tiempo le había servido para crecer, para madurar, como persona y como bailarín. Quería que Gabriel dejara la droga, Santi lo ayudaría, lo acompañaría en todo momento.

Lo que Santi no se imaginaba era que Gabriel, con él a su lado, ya no la necesitaría.

Pablo había llegado tarde al trabajo, pero afortunadamente nadie se había dado cuenta. Era fin de año y ya todos andaban en la luna. Los chicos casi no iban a la biblioteca: todos tenían en su casa o celular conexión a Internet y sabían usar muy bien Wikipedia. A veces, cuando alguno se olvidaba de hacer la tarea y de buscar información de tal o cual tema, bajaba hasta la biblioteca y le pedía al bibliotecario un libro de Historia, de Geografía, de Literatura.

Cuando salió del colegio, Pablo caminó derecho hasta el estacionamiento. Usualmente almorzaba en un restaurante que estaba enfrente de la Plaza Echeverría, pero ese día no tenía ganas. Realmente, ese día no tenía ganas de nada. En un semáforo revisó el celular. Se había olvidado de cambiarlo a modo normal (el domingo entero lo había tenido en vibrador para no molestar a nadie en el hospital) y no había sentido las llamadas ni los mensajes. Tenía siete llamadas perdidas: cinco de Evelyn y dos de Santiago. Asimismo, cada uno le había mandado un mensaje. Los dos decían lo mismo: Gabriel estaba de vuelta en el mundo de los vivos.

Ni bien llegó a casa, Pablo se tiró en la cama y se largó a llorar. ¿Quién era él? ¿Quién había sido él durante todos esos años? ¿Quién se creía que era? ¿Quién le había dado potestad para juzgar a Gabriel?

Y las drogas… Ah, Gabriel tenía que odiarlo, se merecía que lo odiara. Pablo no merecía el afecto de Santi, ni su amistad, ni su compañía…

—Pau.

Pablo ahogó un gemido y se irguió de golpe. Evelyn estaba allí, en el marco de la puerta, quieta, seria. Vestía una remera ancha de varón y unos jeans que le quedaban algo sueltos.

—Eve… Pensé que no estabas…

—No fui al curso. Estaba preocupada porque no me contestabas —susurró, sentándose en la cama junto a él.

—Sí, no… No escuché el celular, estaba en vibrador.

—Gabriel se despertó. Está bien, está con Santi.

Pablo se frotó los ojos y giró el cuello hacia los lados, haciéndolo crujir.

—Qué bueno.

Pero Evelyn no dijo más.

—¿Qué pasa, Eve? ¿Pasó algo?

Ella se apresuró a tranquilizarlo. No, no había pasado nada. Era otra cosa, era ella. Quería contarle algo. En las últimas semanas había estado pensando mucho y… cuando cumpliera dieciocho quería comenzar a hacer los trámites para el cambio de documento.

—Ya sabés que cualquier cosa mi viejo nos puede ayudar.

Evelyn sonrió.

—Sí. Y… además, estuve pensando, también y… Quisiera ver si

puedo hablar con mi familia.

Pablo levantó las cejas. No se esperaba esa noticia y no sabía qué decir.

—Si querés que te acompañe…

Evelyn le dijo que cuando tuviera su documento podría terminar el secundario. Quería estudiar algo, pero todavía no sabía qué. Quizá decoración de interiores o algo similar.

Pablo le aferró la mano, tan pequeña, tan blanca. Se sentía muy afortunado de haberla conocido, aunque a veces extrañara la soledad y se sintiera abrumado por su presencia.

—Me alegro mucho, mi amor. No sabés cuánto me alegro. —Y se llevó su mano a los labios y la besó con delicadeza, con ternura.

Evelyn tomó aire.

—Sí… tengo que hacer algo por mí. No puedo quedarme toda la vida con un hombre que está enamorado de su mejor amigo.

Pablo se quedó de piedra. Suavemente, dejó la mano de Evelyn sobre la cama.

—¿Y qué hay de mí, que vivo con una chica que está enamorada de un pedófilo muerto?

Evelyn dejó caer un breve suspiro. Ninguno dijo nada por un buen rato. Pablo alargó un brazo hacia ella y le acarició el pelo, el hombro, el brazo…

—¿Qué hacemos? —dijo él por fin.

Los pálidos hombros de Evelyn se sacudieron y Pablo advirtió que estaba llorando.

—Me moría de celos, ¿sabés? —reveló ella—. Porque me daba cuenta de lo que sentís por Santi, pero también me di cuenta de que no tenía por qué estar celosa porque yo nunca dejé de querer a Uriel y… —Tomó aire—. No sé, Pau. ¿Qué querés que te diga? No sé…

Pablo se acercó y la abrazó. Ella le devolvió el abrazo y apoyó la cabeza en su pecho.

—Me costaría mucho separarme de vos…

—Y a mí de vos. Vos me sacaste de la calle, Pau.

—Creo que lo mejor va a ser que tengamos una relación abierta.

Evelyn se escurrió por entre sus brazos. Por su expresión ceñuda, Pablo dedujo que la propuesta no le gustaba.

—No estamos enamorados, Eve —insistió—. Solamente éramos dos personas que se sentían muy solas.

Evelyn le respondió que la sola idea de imaginarlo con otra persona, hombre, mujer, travesti, marciano… la sola idea le quemaba las entrañas.

Pablo se recostó sobre la cama pesadamente. En silencio, Evelyn se acurrucó a su lado. Contemplaron el techo del dormitorio, allí donde habían pegado estrellas de silicona fluorescente para imaginarse que

dormían en el espacio exterior. Pablo miró la ventana. En las largas cortinas blancas, Evelyn había enganchado flores de origami. En las mesitas de luz, velas perfumadas adornadas con cintas de colores esperaban que un fósforo encendiera su luz. Pablo cerró los ojos y comenzó a viajar por el departamento. En el balcón, las macetas con flores. La planta de orégano, de tomillo, la hierbabuena que le ponían al mate, el pequeño arbolito de tomates cherry que Evelyn cuidaba como si fuera su propio hijo… En la sala, siempre un sahumerio encendido. En la cocina, siempre un florero con margaritas recién cortadas.

—Yo tampoco te puedo imaginar con otro.

—¿Entonces qué nos pasa?

Pablo la estrechó contra su cuerpo y le besó la frente. No tenía la respuesta.

—Te quiero tanto que me duele. ¿Así se siente el amor?

El miércoles por la mañana transfirieron a Gabriel a la sala de salud mental, una construcción ubicada fuera del edificio principal del hospital rodeada de un humilde jardín y una huerta.

—Parece que tenemos que sembrar nuestra propia comida —bromeó al ver los carteles de *tomate*, *cebolla*, *morrón*.

Santiago le sonrió y le apretó la mano. La psiquiatra explicó que era parte del trabajo de los pacientes del hospital de día, aquellos que habían sido dados de alta y seguían un tratamiento ambulatorio. Los pacientes también habían pintado aquel mural que estaba en el estacionamiento y hasta hacían artesanías que vendían en el bufete o en las ferias del barrio.

Le dieron una habitación que compartiría con un anciano. En el dormitorio había cuatro camas y la doctora explicó que una de las reglas era que el familiar a cargo se quedara todo el primer día. Era una regla que se había impuesto para evitar el abandono familiar… y la mujer se mordió la lengua al recordar, seguramente, que Gabriel había sido abandonado hacía mucho tiempo atrás.

—Yo me quedo, no tengo problema —dijo Santi.

—¿No tenés que estudiar, mi amor?

—Traje el libro y los apuntes.

Gabriel fue a acomodar sus cosas en el dormitorio y Santiago siguió a la doctora hasta su diminuto despacho, donde ella le hizo firmar la constancia de acompañamiento familiar y le dio una copia de las reglas de la sala. Le dijo que tenía que llevarle a Gabriel elementos de higiene (jabón, champú, un par de toallas), pero que de ninguna manera debía darle elementos como máquinas de afeitar, tijeras o cuchillos. Los internos comían con cubiertos de plástico. Los espejos

también estaban prohibidos. Podía llevarle comida, pero nada en frascos de vidrio. Los vasos debían ser descartables o también de plástico. Por supuesto, nada de bebidas alcohólicas. Fumar sí estaba permitido, siempre que Gabriel lo hiciera en la sala de estar y no en el comedor o en su habitación. Si a Gabriel le gustaba leer, podía llevarle libros o revistas. Tampoco había problema con reproductores de música o radios. Los internos podían tener hasta tres mudas de ropa, sin contar las prendas íntimas. Y antes de entregarle cualquier cosa, debía dárselo a la enfermera o enfermero de turno para que lo revisara. Tampoco podía entregarle medicamentos, ni siquiera aspirinas ni alcohol etílico. Respecto de los objetos de valor, no era recomendable que los pacientes tuvieran en su poder joyas o dinero. Computadoras y celulares estaban prohibidos. No había horario de visita, pero se recomendaba no llegar después de las siete de la tarde, que era la hora de la cena. Cuando quisiera podría comer allí si luego se quedaba a dormir.

Santiago firmó la hoja que le extendía la doctora y le preguntó si sabía cuánto tiempo estaría Gabriel allí. Ella esbozó una tímida sonrisa y le dijo que no.

—¿Cuándo le voy a poder contar lo de Luna Sabini?

El jueves por la noche, cuando Santiago llegó a casa luego de su último examen, su padre le dijo que después de la cena quería hablar con él. Mientras Susana lavaba los platos, padre e hijo abandonaron la mesa y fueron a la sala. Se sentaron en el sofá, frente a frente. Santiago sospechaba cuál era el asunto y no se mostró sorprendido cuando Roberto le dijo que iba a poner a su madre en un geriátrico.

—No te voy a dejar que hagas eso —le reprochó Santiago, furioso.

—Santiago, la abuela ya no puede vivir más sola, necesita que la cuiden y ninguno de nosotros puede.

—Se puede venir a vivir acá. Tranquilamente podés pagarle a alguien para que la cuide. Un acompañante terapéutico.

Su padre le dijo que era un gasto que no podían afrontar, que esos profesionales cobraban demasiado. Además, la abuela misma había dicho que prefería irse a vivir a un geriátrico.

—¿Es por la casa, no? —replicó Santiago—. ¿La querés vender?

—Santiago, la abuela tiene Alzheimer, necesita que estén todo el tiempo pendientes de ella. Me contaron los vecinos que dejó la canilla del jardín abierta y se inundó toda la calle. ¿Y si hubiera sido el gas en vez del agua, Santiago?

Santi se mordió los labios y bajó la mirada. Sabía que la abuela estaba teniendo problemas de memoria, pero no se había imaginado que fueran tan graves.

Roberto entrecerró los ojos y respiró profundamente para tranquilizarse, para evitar salirse de sus casillas.

—La abuela quiere dejarte la casa a vos —susurró. Santi levantó la cabeza, estupefacto—. Sí… Por qué será, quisiera saber yo. Federico es el mayor y no le vendría mal una casa donde irse a vivir con Natalia…

—Federico no fue capaz ni de llamarla a la abuela cuando murió Nina. ¿Por qué tendría que dejarle su casa a ese forro?

Roberto se tensó y abrió los ojos al máximo. Por el rabillo del ojo Santiago vio a su padre hundir los dedos en un almohadón. Quizá se imaginaba que ese almohadón era el pecho de su hijo y jugaba a arrancarle los órganos uno por uno…

—No hablés así de tu hermano —dijo Roberto entre dientes—. Tenía que estudiar, te recuerdo que se está por recibir de profesor de historia.

—Y yo estaba con parciales y fui igual, ni lo pensé.

Roberto se relajó y una sonrisa despectiva se asomó a sus labios.

—¿Vos estudiás, Santiago? —dijo, cruzando la pierna derecha sobre la izquierda—. Mirá, me acabo de enterar…

—El año que viene me recibo de profesor de danza jazz. —En ese momento, Julieta irrumpió en la sala y agarró el teléfono inalámbrico —. Y después voy a entrar al UNA.

—¿Al UNA? —intervino ella.

—¿Qué es el UNA? —preguntó Roberto con cierto desdén.

Con las cejas levantadas y sin poder creer que su padre no lo supiera, Julieta le respondió:

—¡La Universidad Nacional de las Artes!

—¡Y mi viejo se quedó así con una cara de sorprendido que casi se le cae! —exclamó Santiago.

Gabriel lanzó una carcajada al aire.

—No sabés cuánto me alegro, mi amor —le dijo, acariciándole la mejilla con los nudillos.

Gabriel ya había pasado ocho días internado y los médicos decían que su evolución era favorable. El día anterior le habían dado permiso para salir y Santi lo había llevado a tomar un helado. Luego, habían ido a ver una obra de teatro. Como quien no quiere la cosa, Gabriel dejó entrever sus intenciones de retomar sus estudios.

Ahora estaban sentados en la cama, mirando un álbum de fotos que Santiago había llevado para rememorar viejos tiempos.

—Te tengo que contar algo —susurró Santiago, mirando hacia la puerta del dormitorio para verificar que no hubiera ninguna enfermera cerca. Por suerte, el abuelo que ocupaba la otra cama estaba de permiso.

—Ya sé lo de Luna.

Santiago dio un respingo. Solo quería contarle lo de la casa de la abuela y proponerle que se fueran a vivir juntos a Luján.

—¿Qué pasa? ¿No era eso?

Gabriel suspiró y bajó la mirada. Se miró las manos y por un momento le costó creer que ocho días atrás esos mismos dedos le hubiesen llevado a la boca un puñado de pastillas. ¿Con esas mismas manos había preparado las rayas de cocaína, también?

—Era solo cuestión de tiempo —dijo Gabo. Y Santiago recordó que la abogada de Luna Sabini había dicho lo mismo en una entrevista—. Luna era… un desastre. No sé cómo podía ser rectora de una facultad. Sufrió mucho. La violaron, tuvo un hijo… —Se mordió la lengua—, un hijo que nunca conoció. Y no podía con su talento. Era su cruz, más de lo que podía soportar. Era una genia y era demasiado para ella. Ahora está descansando.

—¿No te pone mal?

Gabriel lo meditó por un momento.

—Sí y no… Sí porque era muy buena, me ayudó mucho y nunca me pidió nada a cambio. No, nada —recalcó Gabo al ver que Santi abría la boca para objetar algo—. Me acostaba con ella porque yo quería, no porque ella me lo propusiera o me lo pidiera. Era muy desinteresada y buena persona. Pero sufría mucho, por todo. Como era tan talentosa la envidiaban mucho y le hacían daño. Vos sabés cómo es eso, también sos artista. Los críticos, los rivales. Sufría mucho y no se lo merecía. Y también sufría porque sabía que estaba enferma y sabía que cuando le agarraban las crisis se transformaba en otra persona. Como en esa novela, de Jekyll y Hyde. Y eso no lo podía soportar. Ahora está descansando, se merece descansar de tanto sufrimiento.

Santiago quiso decir que no era cierto: que estar descansando era muy diferente de estar muerto, pero prefirió quedarse callado.

—Y bueno… ¿qué era lo que me querías decir?

Gabriel se despertó a la madrugada. Había estado soñando con Luna. La verdad era que su muerte le había afectado más de lo que mostraba ante los demás, pero temía que si los médicos lo veían bajoneado, tardaran más en darle el alta. Y Gabriel quería irse de allí en ese mismo momento. Si podía irse a vivir con Santi a Luján, si podía retomar sus estudios, si la vida, después de tantos latigazos, por fin comenzaba a sonreírle, no quería pasar más tiempo en ese lugar. Quería dejar atrás el pasado.

Estaba de acuerdo en ayudar a cuidar de doña Ivonne, si eso hacía feliz a Santi. Y no se había sorprendido tanto cuando Santiago le reveló que al parecer ella y Nina habían estado enamoradas.

—Sentí que había algo entre ellas —le confesó—, algo profundo.

No quiso decirle que se había dado cuenta de que Nina miraba a Ivonne con el anhelo de alguien que sabe que su amor jamás podrá ser correspondido. No quiso decirle que él lo había mirado de esa forma (con ese amor y ese dolor insoportables) desde hacía tanto tiempo…

Miró por la ventana que desembocaba en el parque trasero del pequeño edificio, pero allí no vio más que oscuridad. La puerta del dormitorio estaba abierta y de la sala llegaba el intermitente resplandor de la televisión. El enfermero de turno estaría allí, sentado o recostado sobre el sofá, mirando el canal deportivo o dormitando en silencio.

Gabriel miró su reloj y apretó un botoncito. La pantalla se iluminó por un instante: eran las tres y veinticuatro minutos. Suspiró, malhumorado, pero entonces sintió el débil susurro de la respiración de Santi y no pudo evitar sonreír. Los doctores le habían dicho que no tenían problema con que los familiares de los pacientes se quedaran a dormir, si había alguna cama disponible. La esposa del abuelo que ocupaba la cama de enfrente se quedaba día por medio y siempre llevaba postres caseros para compartir durante el desayuno.

—¿Así que el chico rubio es tu novio? —le había preguntado una tarde.

—Sí —le respondió él, feliz de poder gritarlo a viva voz. Y en un arrebato le dijo—: me gustaría casarme con él.

La señora abrió los ojos sorprendida.

—¿Qué? —replicó Gabriel.

—Sos muy joven, corazón —replicó ella—. Antes tenés que… disfrutar de la vida.

—Pasa que ya jodí bastante, Elsa. Ya jodí y me jodieron a mí también. Santi es mi cable a tierra.

Santiago dijo algo entre sueños y Gabriel lo rodeó con un brazo para atraerlo más hacia su cuerpo. Pegó el pecho a su espalda y lo cubrió con la sábana para que no sintiera frío.

—Mngh…

—¿Estás despierto?

Santi se volteó.

—¿Qué hora es?

—Las tres y media.

—Uy, qué mierda…

Gabriel le apartó el pelo de la cara con los dedos.

—¿No querés dormir en la otra cama, mi amor?

—¿Por qué? ¿No querés dormir conmigo? —se quejó Santi con un puchero. Gabriel dejó salir una risita.

—Obvio que quiero dormir con vos, pero también quiero que estés cómodo. Tenés que dormir bien porque tenés que bailar.

Santi calló por un momento. Así era Gabriel: siempre anteponía el bienestar de Santiago a sus propios deseos. Así había sido en el pasado, así era hora y así sería siempre.

—Acá estoy muy cómodo —susurró, acurrucándose entre sus brazos.

Gabo le besó la frente y deslizó las manos por debajo de su camiseta para acariciarle la piel desnuda. Santi se estremeció, y Gabriel recordó, no por primera vez, a ese adolescente tímido y triste del que se había enamorado hacía ya más de cinco años…

—Te amo, mi amor. Te amo desde que te conocí. Siempre supe que sos el amor de mi vida.

Santiago se apartó un poco y lo miró a los ojos. Aun en medio de la penumbra, Gabo pudo ver su expresión, una combinación de asombro, curiosidad y afecto.

—Tenías diecisiete años…

Gabriel sonrió.

—Tenía quince.

Santiago frunció las cejas.

—No, tonto, tenías diecisiete… si estabas en quinto… —Se calló, comprendiendo, sin poderlo creer.

—Yo estaba en tercero y vos en primero. Siempre bajabas al recreo, ibas al quiosco y te comprabas un sándwich de jamón y queso y un juguito de naranja. Te sentabas a comer solo, en el mástil de la bandera, y te ponías a escuchar música... —Gabriel hablaba en voz muy baja y Santiago podía sentir su aliento tibio acariciándole los labios—. Te quería hablar, pero no me animaba. Quería saber qué música escuchabas… —Gabriel se inclinó apenas y sus bocas se rozaron suavemente—. *Te seguí* esa tarde. Te vi en el subte y te seguí. Era la primera vez que te veía sin el uniforme del colegio y estabas tan lindo. Me iba a acercar para hablarte, pero te bajaste justo. No sabía que ibas a la Marcha del Orgullo y pensé que te ibas a ver con alguien. Pero me di cuenta de que estabas solo y entonces me animé…

Santiago estaba demasiado conmocionado para decir nada.

—¿Por qué nunca me lo contaste? —dijo por fin.

—No sé. Nunca se presentó la oportunidad.

Santi exhaló un gemido y se acurrucó más contra el cuerpo caliente de Gabriel.

—Gabi —susurró—. Ya quiero que te den el alta. Así nos vamos a Luján…

Gabriel lo estrechó entre sus brazos y cruzó los dedos alrededor de su cintura.

—Nunca me dijiste *Gabi*.

—Siempre hay una primera vez.

Ahora fue Gabriel quien se apartó.

—Tu primera vez tendría que haber sido conmigo —dijo—. ¿Con quién fue?

Santi se mordió el labio.

—No lo conocés.

—No importa, quiero saber.

—Con un compañero de danza.

—¿Qué edad tenías?

—Diecisiete…

—¿Y él?

—¿Qué importa, amor? Ya fue todo eso… —Santi suspiró—. Veinte. —Por un momento ninguno de los dos dijo nada—. ¿Y la tuya con quién fue?

—A los dieciséis, con la hija de una vecina. Ella tenía dieciocho, me ayudaba con la tarea de inglés.

Santi se rio bajito. Al parecer Gabriel prefería a las mujeres mayores.

—¿Y te gustó?

—No. Porque me di cuenta de que el sexo con minas me aburría, de que había algo que faltaba.

—¿Y tu primera vez con un chico te gustó?

Gabriel sonrió con tristeza.

—Sí.

—¿Con…?

—En un cuarto oscuro, en un boliche. Nunca más lo volví a ver ni supe su nombre ni su edad ni nada. —No quiso agregar más, pensando que tal vez Santi podría haber sufrido por un hombre que le hubiera hecho lo mismo.

Santi se mordió los labios. Quiso preguntarle si había usado preservativo, pero prefirió quedarse callado. Cerró los ojos. Gabriel le acariciaba los hombros y el cuello con la punta de los dedos. Le besó la mejilla, el lóbulo de la oreja y de repente le dijo al oído:

—Te quiero hacer el amor.

Santiago abrió los ojos sobresaltado.

—¿Ahora acá?

—¿No querés?

—No… o sea, sí pero no tenemos forros, ni lubricante… y está el enfermero…

—Entonces dejame chuparte la pija por lo menos.

Santi sintió que el corazón le saltaba en el pecho, que algo le hacía cosquillas entre las piernas.

—¿En serio?

—Sí, obvio que es en serio.

—¿No te va a dar asco?

Gabriel emitió una risita divertida.

—¿Asco? —replicó, como si la idea la pareciera ridícula—. Santi, soy gay. Soy gay y te quiero. Y me muero de ganas de chuparte la pija.

CINCO AÑOS MÁS TARDE

Here is a little story that I made up
so let's make believe.
Four years ago I had a party
that was too much fun for me.
Boy, there's a sexy guy
He said he'd give me everything I need.

I've Just Begun (Having My Fun), Britney Spears

El hombre se bajó del 57 y miró el reloj. Eran las seis y cuarto de la tarde de un nublado día de octubre. ¿Hacía cuánto tiempo que no visitaba Luján? ¿Un año y medio? ¿Dos años?

Caminó hasta una remisería y pidió un auto. Tuvo que esperar diez minutos porque todos los coches estaban en la calle. La recepcionista le señaló un banquito destartalado donde podía sentarse a aguardar. Al ver el banquito, el hombre prefirió quedarse parado. La recepcionista le dirigió una sonrisa divertida. Nadie habría pensado que aquel hombre siempre trajeado, de porte elegante y abundante cabello blanco estaba a solo dos años de convertirse en un jubilado.

—Calle Laferrere al tres mil doscientos —le dijo Roberto al remisero.

—Frío, ¿no? —le dijo el conductor quien, casualmente, era el mismo hombre que había llevado al hijo de Roberto al hospital de Luján hacía cinco años.

—Sí, un poco…

Roberto sacó del bolsillo del abrigo la invitación que había llegado a su casa hacía tres días:

Después de diez años de conocernos y darnos cuenta de que queremos estar juntos toda la vida, decidimos dar el gran paso.

Este día tan especial, el día de nuestra boda, queremos compartirlo con esas personas que han estado con nosotros en todo momento.

Te esperamos el viernes 29 de noviembre a las 19 hs, en "Palacio Bokthersa".
Calle Miguel Ángel 6824, Luján Centro

—¿Va a una fiesta, don?

Roberto se sobresaltó y guardó la tarjeta rápidamente.

—No, no…

—Ah, como va tan pituco.

Le pagó al remisero y se bajó del auto. Tenía que ser allí. Sabía que el estudio de danza estaba ubicado en una galería comercial.

—Cierra a las siete la galería, caballero —le advirtió el guardia de seguridad.

—Voy al… gimnasio.

El guardia se hizo a un lado y lo dejó pasar. Roberto observó las tiendas. Eran locales caros, de marcas importadas. Se preguntaba cómo había hecho Santiago para pagar un lugar así. El estudio se ubicaba en el primer piso y a él se accedía subiendo una larga escalera de caracol. Al pie de la escalera, una gigantografía anunciaba:

Estudio de Danzas Claro de Luna
Jazz – Hip hop – Street jazz – Breakdance - Tap – Danza clásica – Latino – Salsa – Bachata – Axé – Tela – Yoga – Reggaeton – Flamenco – Árabe – Árabe masculino – Localizada – Teatro
Director: Santiago Kosman,
Lic. en Composición Coreográfica, UNA

Roberto se quedó de piedra. ¿Acaso Santiago impartía todas esas clases? ¿Acaso Santiago era licenciado? El mundo se había vuelto loco. Bueno, dos hombres se podían casar, ¿o no?

Azorado, subió las escaleras. Tuvo que detenerse a descansar en el entrepiso… y entonces se dio cuenta de que no sabía qué le iba a decir a su hijo cuando lo viera después de tanto tiempo. Es más, ni siquiera sabía si Santiago estaba allí en ese momento.

Sin embargo, cuando llegó a la terraza en donde estaba ubicada la escuela de danzas, y cuando se giró para observar el lugar, vio sobre el escenario, a través de los muros de vidrio, a un alto hombre rubio muy parecido a él mismo hacía cuarenta años. Su hijo menor ya tenía veintiséis.

No obstante, cuando se acercó a la puerta, este joven le pareció un desconocido: detrás de su micrófono portátil, Santiago llevaba una sonrisa que Roberto no recordaba haberle visto jamás.

—…*Battement* uno, *battement* dos y los que ya lo vienen haciendo, lo pueden ir girando. Los que no, lo hacen de frente. Hay gente que va hacer esto… Y hay gente que va a hacer uno, dos, al costado, atrás, medio giro, apoyo mi pierna para que vuelva a salir la derecha. Uno, dos, tres, cuatro, apoyo… para que salga la derecha. La pierna así, bien estirada… No hago esto… Ni tampoco esto. Y si me caigo… ¡Me caigo, pero divina!

Roberto escuchó risas. ¡Risas! ¡En una clase!

Tomó aire, hizo acopio de toda la valentía que fue capaz… y empujó la puerta de vidrio.

Lo recibió un agradable aroma a sahumerio. Si bien afuera estaba fresco, la temperatura en el interior del lugar era agradable. Hizo un cálculo mental. El sitio debía tener sus buenos quince metros por diez. Del techo colgaban unas largas cintas de tela que, Roberto se imaginó,

eran las que se utilizaban para las clases de gimnasia en tela. El brillante suelo era de color negro y en el fondo del escenario, allí donde estaba Santiago (que todavía no había advertido su presencia), podía ver reflejado todo el salón en un enorme espejo. Vio su reflejo allí, de pie en la entrada, y pensó que se veía ridículo embutido en ese traje. Ah, las viejas costumbres…

A su derecha, Roberto vio una pequeña mesita y un par de puffs. Podía sentarse y esperar que Santiago terminara de dar la clase, o lo que fuera que estuviese haciendo. Pero entonces, justo cuando estaba a punto de dejar el maletín en el suelo, advirtió que el salón tenía una barra y que un hombre joven lo miraba desde allí con el ceño fruncido y una expresión entre sorprendida, curiosa y adusta. Sin proponérselo, apartó la vista. El hombre le hizo una seña: quería que se acercara. Roberto volvió a tomar aire y caminó hasta la barra.

—Hola, Gabriel —saludó.

—Hola, Roberto. Tanto tiempo… —contestó el futuro marido de su hijo.

Rocío, no levanto la gamba así… Si querés vamos al gimnasio de acá a la vuelta y hacemos taekwondo.

—¿Les llegaron las invitaciones? Vení, sentate.

Roberto se aclaró la garganta. No estaba acostumbrado a que los jóvenes lo tutearan. Incluso sus pacientes ancianos lo trataban de usted.

—Sí, llegaron, sí.

—¿Querés un mate?

—No, no, gracias…

—Agarrá lo que quieras —le dijo Gabriel y le señaló una heladera de Coca-Cola que estaba del otro lado de la barra—. Invita la casa.

Roberto forzó una sonrisa. Gabriel tenía la *notebook* abierta, al parecer escribía algo.

—¿Qué… qué estabas haciendo?

El muchacho alzó las cejas.

—¿Yo? Corrijo exámenes.

—¿Sos profesor?

—Sí, Gestión y Planificación de Proyectos Artísticos.

Roberto meneó la cabeza en señal de aprobación.

—Suena bien.

—¿Vos? ¿Cómo está la familia?

—Bien…

No, no estaba bien y Gabriel se dio cuenta. ¿Estaba mal que no quisiera contarle? ¿Estaba mal que le diera vergüenza contarle? Le avergonzaba decirle a Gabriel que Federico se estaba divorciando y que hacía tres meses había vuelto a ocupar su vieja habitación. Le avergonzaba contarle que Julieta estaba embarazada y que no quería

saber nada con el padre de su hijo. Le avergonzaba contarle que Sabrina seguía viviendo en la casa familiar porque su sueldo no le alcanzaba para irse a vivir sola. Y le avergonzaba porque sabía que había sido un muy mal padre para Santiago y ahora su hijo estaba allí, parado en medio de su estudio de danzas, rodeado de alumnos que lo apreciaban y que en poco más de un mes iba a casarse con el hombre al que hacía diez años Roberto le había negado un plato comida en su propia mesa. Al parecer era cierto: todo vuelve.

—Está por terminar esta clase, pero ahora tiene otra seguida. Vas a tener que esperar hasta las nueve y media —dijo Gabriel.

Roberto suspiró.

—No tengo apuro.

Julissa, no te asustés, no te escapés, hoy por ser la primera clase te va a costar, porque vas a ver que yo tiro mucha mucha mucha información… Vas a salir de acá y vas a decir ¿pero qué me dijo este boludo? Y por último te digo que no le hagás caso a estas yeguas porque son malas malas...

Roberto dio un respingo. Nunca había escuchado a un profesor hablarles así a sus alumnos. ¿Cómo los había llamado su hijo? ¿Yeguas?

Gabriel, que se dio cuenta, intentó disimular su sonrisa.

¡Bueno! ¡Vamos a girar en relevé*! Julissa y Lita vienen conmigo que les enseño la técnica básica y el resto se pone a hacer diagonales, vamos, ¡vamos!*

Roberto apoyó los codos en la barra y se agarró la cabeza. La voz afeminada de Santiago le desagradaba. Que se acostara con hombres al menos no tenía que verlo… pero escucharlo hablar así. Gabriel no hablaba de esa forma, ¿por qué? ¿Por qué algunos homosexuales tenían que hacer tan evidente su condición?

—¿Te sentís bien?

—Sí, estoy cansado nomás.

Roberto levantó la cabeza… y se quedó sin habla. Santiago estaba en el medio del salón y con los brazos formando un círculo sobre su pecho, giraba a toda la velocidad sobre las puntas de sus pies. Roberto solo había visto escenas similares en las películas. Su hijo parecía un bailarín. Claro, eso es lo que era. Santiago era un bailarín, un bailarín profesional. Cuando dejó de girar, sus ojos se detuvieron en los de Gabriel. Y de los de Gabriel pasaron a los suyos.

Al ver a su padre allí, detrás de la barra, Santiago se quedó duro.

¡Qué pasa, Santi!

¡Vino muy lindo Gabi hoy!

¡Gabi, escondete que se nos desconcentra!

Santiago se recompuso al instante y siguió con la clase. Metió la mano en su bolsillo, sacó el control remoto del equipo de música y

apretó play.

¡La gente que hizo clásico... como Said… quiero que se olviden por el resto de la clase de todo lo que saben de clásico! ¡No porque esté mal, si no porque no es lo que queremos en jazz! ¡Más cabeza, Lita! Lo que se vio en tres o cuatro, no voy a ir uno por uno porque perdemos mucho tiempo... Miren acá. Si yo vengo así, ¿estoy en el eje?

—¿Te impresiona? —preguntó Gabriel.

—¿Eh?

—Lo que hace Santiago, ¿te impresiona? ¿Estás sorprendido?

¡Lita, si seguís así vas a girar una cuadra!

Roberto se sintió expuesto. No sabía que Gabriel pudiese leer tan bien a las personas. No sabía que la emoción se le notara tanto.

—Sí, la verdad que sí.

¿Nadie de ustedes hace patín? ¡Ajá! Tenemos dos patinadores acá, *David y Perla. ¿Qué pasa con los patinadores? Que están acostumbrados a girar así, no van a buscar un lugar a donde mirar. Y entonces van así van así van así. Acá es más difícil girar… Por eso usamos los brazos…*

¿Cómo podía ser que algo como la danza tuviese tanta técnica?, se preguntaba Roberto, dándose cuanta del punto hasta el cual había subestimado la vocación de su hijo.

Miró hacia afuera. Ya estaba oscuro y en la entrada había varios muchachos charlando y fumando. Seguramente eran los alumnos de la siguiente clase.

Cuando la clase de danza jazz finalizó, el grupo se acercó a Santiago. La mayoría eran mujeres y las había de todas las edades, desde chicas que acababan de despedirse de la adolescencia hasta madres e incluso una abuela. Solo había dos varones, ¿serían homosexuales como Santiago?

—Pobrecito, te lo hicimos renegar —le dijo una chica a Gabriel.

—No importa, Roci, mientras pagués está todo bien.

Los alumnos estallaron en carcajadas. Hasta Roberto se descubrió a sí mismo sonriendo. Entonces, para su sorpresa y conmoción, Santiago exclamó en voz alta:

—Muchachas y muchachos, les presento a mi señor padre.

De repente, Roberto se vio atrapado por la multitud: saludado, besado, felicitado, interrogado. Todos parecían encantados de conocerlo. Eso solo podía significar que Santiago era una persona muy querida… ¿no?

—¡Lo felicito, don! ¡Es un genio su hijo!

—Bueno, bueno, no lo asusten que no va a volver más —interrumpió Santiago, apartándolo del medio.

—¡Uy, ya debe estar asustadísimo!

Roberto vio a Santiago y a Gabriel intercambiar una mirada divertida. Entonces, una mujer le preguntó:

—¿Está contento que se le casa el nene?

La siguiente clase, le explicó Gabriel, era de hip-hop, un baile más masculino. Por eso había más varones y menos mujeres que en la clase anterior.

—¿Cuántas clase da Santiago?

—Ocho.

—¿Sabe ocho estilos de baile?

Gabriel le contestó con una sonrisa.

—Y yo doy teatro. Para el año que viene queremos dar juntos un taller de comedia musical.

Roberto observó la clase. Gabriel decía la verdad: era un estilo con movimientos duros y marcados, algunos casi robóticos. Por un largo rato, se sintió hipnotizado por esos cuerpos masculinos y femeninos que se movían al ritmo del hip-hop, y casi ahogó un grito cuando vio a Santiago pararse sobre su mano derecha con las piernas extendidas. La remera se le deslizó hasta el cuello y observó su vientre plano y su pecho marcado. No se parecía en nada al cuerpo de Federico, pensó, en el que ya se advertía una prominente panza causada por el perpetuo consumo de cerveza.

Por fin, la clase terminó a las nueve y media.

—¡Chicos, vengan que les quiero dar una cosa! —anunció Santiago.

—¡Besos para todos! —gritó un chico.

—Sí, ya quisieras vos.

Con una ancha sonrisa, Gabriel le extendió a Santiago una pila de sobres. Eran invitaciones para el casamiento. Abochornado, Roberto observó cómo los alumnos abrazaban a la pareja, emocionados por la noticia. ¿Era posible que esos desconocidos estuviesen más felices por Santiago que su propio padre?

—¡Flor de bombón que ligaste, eh! —bromeó un muchacho.

—Ay, gracias por lo de bombón.

—¡No, lo decía por Gabi!

Y otra vez, todos se abalanzaron sobre Roberto cuando Santiago reveló que ese serio hombre de traje era su padre.

—¿Vamos caminando?

—Sí, queda a tres cuadras el departamento.

Roberto se aclaró la garganta. Sabía que habían tenido que mudarse por culpa de un grupo financiero que había construido un shopping en la manzana donde había estado la casa de la abuela. El padre de Pablo les había ofrecido ayuda legal, pero finalmente tuvieron que rendirse.

Ya no había muchas personas por la calle y las tiendas estaban cerradas. Roberto miró el cielo. Se notaba la humedad en el ambiente, se iba a largar a llover en cualquier momento. ¿Volvería a Capital? ¿Se atrevería a preguntarle a su hijo si podía quedarse a dormir en su casa? ¿Le dirían que no?

Con todo su dolor y resentimiento, Santiago y Gabriel habían comprado un departamento de tres ambientes en el cuarto piso de un edificio de clase media. Ahora vivían allí y, por lo que pudo ver Roberto cuando su hijo abrió la puerta, bastante cómodamente.

Las paredes estaban pintadas de color crema y por todos lados había cuadros. Por el estilo, Roberto pensó que parecían del mismo artista.

—Ponete cómodo, pa —le dijo Santiago, dirigiéndole la palabra por primera vez en mucho rato. Le señaló un sofá y Roberto, incómodo por estar en territorio ajeno, obedeció mansamente—. Me voy a ir a duchar, que estoy todo transpirado.

Roberto asintió. Siempre se había preguntado cómo sería la casa de dos homosexuales. Se sintió algo decepcionado y confundido al observar que todo se veía bastante normal. El juego de living de color negro. La pequeña mesa en el centro, con un frutero artificial. Una fiaca con forma de pelota de fútbol. Una estantería repleta de libros: *El arte de la danza y otros escritos*, de Isadora Duncan; *Cartas a un joven bailarín*, de Maurice Béjart; *Historia de la danza desde sus orígenes*, de Artemis Markessinis. Un televisor, un reproductor de DVD… y en un costado, un pequeño espacio con un espejo de pie rodeado por almohadones. Se imagino que allí era donde Santiago enlongaba por las mañanas, como todo bailarín profesional.

—Vení que te muestro el departamento —invitó Gabriel.

Roberto quería permanecer sentado, pero el orgullo le impidió decirlo.

—Esta es la cocina.

Quizá Gabriel esperaba que Roberto observara desde afuera, pero no fue así. El padre de Santiago entró y contempló todo con minuciosa atención. La heladera llena de imanes y fotos, el microondas, la estantería de las especias, la mesa donde todavía había un par de migas del desayuno.

—Ah…

Roberto dio un respingo cuando un gato gris atigrado pasó a su lado rozándole los zapatos. El animal se detuvo en un rincón, donde se quedó sentado junto a su plato vacío. Giró la cabeza, abrió la boca y emitió un profundo y agudo maullido.

—Este es Smaug —comentó Gabriel, abriendo una alacena y sacando un tarro de comida. Se agachó junto al animal y le sirvió una porción pequeña. Luego lavó el otro recipiente y lo llenó de agua

mineral.

Debían estar bien económicamente, pensó Roberto, si le daban agua mineral al gato.

—¿Es de ustedes? —dijo, porque no sabía qué preguntar y sintiéndose estúpido porque era obvio que el gato era de ellos.

—Sí, yo se lo traje a Santi hace como tres años, ¿no, Smaug?

Desde el baño se oía el sonido de la ducha y, con un acceso de horror, Roberto pensó que seguramente su hijo se había bañado en ese lugar con Gabriel en incontables ocasiones.

—Bueno, la sala ya la viste…

—¿Y todos estos cuadros?

Podía ser su imaginación, pero Roberto creyó ver un velo de tristeza en los ojos de Gabriel.

—Son de una alumna de Santi. —Roberto no pudo saber que estaba mintiendo—. Acá está el balcón…

Roberto pensó que allí no podía haber nada interesante, hasta que Gabriel corrió las cortinas. Se trataba más bien de un patio, ya que era mucho más grande que un balcón y no tenía vista a la calle, sino a un amplio jardín perteneciente a la casa contigua. Había una mesa de plástico con cuatro sillas, algo que Roberto identificó como una pelota de gimnasia, una parrilla y…

—Cuántas plantas.

—Sí, Evelyn lo diseñó. —Roberto frunció las cejas—. La novia de Pablo —aclaró Gabriel.

—Ah, ¿sí? ¿Qué hace… ella?

—Estudia paisajismo.

Roberto meneó la cabeza, el claro gesto que indicaba que algo le parecía bien, muy bien.

—Se nota.

—Sí, ¿no? Es grosa, se re sarpó con esto. Lo hizo todo en un día, ¿sabés? Nos dijo que nos fuéramos y no nos dejó volver hasta la noche. Cuando llegamos no lo podíamos creer.

Y Roberto tampoco. El patio parecía una tarjeta postal. Canteros repletos de alegrías del hogar de todos los colores, rosales, enredaderas.

—Mirá, acá nos hizo una huerta urbana. Le encantan las huertas. Ahora está dando un curso de capacitación para personas transexuales.

—Ella es…, ¿no?

—Sí, es trans. Le costó mucho salir adelante, porque su familia nunca la aceptó. Son judíos ellos. Nunca la llaman ni nada. Por suerte los padres de Pablo la quieren mucho…

Gabriel calló, porque hablar de Evelyn era, de alguna forma, hablar también de Santiago. Sus historias tenían varias cosas en común.

Roberto siempre había querido conocer a los padres de Pablo, pero aquel serio muchacho de anteojos nunca hablaba de su familia y Roberto había dejado de insistir. Quizá su padre fuera alcohólico y su madre drogadicta. Pero no. Si Roberto no apoyaba a su hijo homosexual, ¿cómo habría tratado a Vanina al darse cuenta de que era una mujer trans? Eso, seguramente, había pensado Pablo cada vez que Susana o Roberto le preguntaban por su familia.

—…A mí me gustan mucho las huertas. Cuando estuve internado me hacían sembrar cosas. Me hacía bien. Me hacía conectarme con la naturaleza, ver las cosas de otra forma.

Gabriel no paraba de hablar. Le señaló un cantero y Roberto, incapaz de decirle que se callara, se acercó a mirar.

—Ahora no hay mucho, pero cuando empiece a hacer más calor… Mirá, eso es perejil, romero, salvia, albahaca. Teníamos frutillas pero creo que se las comieron las hormigas, le pusimos menta alrededor pero… ¿Estás bien, Roberto?

—Sí… ¿me puedo sentar? Estoy cansado.

Roberto se sentó en una silla de plástico y cuando levantó la cabeza vio que estaba sentado debajo de una parra que ya había comenzado a tener sus primeros brotes. Gabriel le sonrió y entró en la sala. En el fondo del patio, Roberto vio una caja de cartón con tarros de pintura de colores. Y allí estaba el lavarropas, el secarropas… Levantó la mirada y vio el tendedero lleno de prendas masculinas: remeras, jeans, medias, calzoncillos.

Gabriel volvió con un vaso de jugo.

—Te quedás a cenar, ¿no?

Roberto bebió el jugo y se dio cuenta de que tenía mucha, mucha hambre. Había salido de la clínica a las cuatro y había tenido su última comida a la una del mediodía.

—Si no les molesta…

Gabriel se sentó a su lado y lo miró a los ojos fijamente. Se veía ¿triste? ¿pensativo? ¿melancólico?

—¿A qué viniste, Roberto? —le preguntó con voz suave, para que no se sintiera atacado.

El padre de Santiago dejó el vaso sobre la mesa y se masajeó las sienes. Era más de lo que podía soportar. Su hijo menor, del que siempre se había sentido avergonzado, parecía el único de sus cuatro hijos que era verdaderamente feliz. ¿Y cómo no ser feliz? ¿Era posible ser desgraciado trabajando de algo que disfrutaba? ¿Estando al lado de una persona que amaba? ¿Teniendo estabilidad económica? ¿Cómo era posible?, se preguntó Roberto, ¿que la vida fuese tan injusta?

—¿Qué hacen afuera? ¿No tienen frío? ¡Entren! —exclamó Santiago, asomándose hacia el patio.

Mientras entraban, Roberto los vio intercambiar una mirada

expectante. Santiago tampoco sabía por qué su padre había irrumpido esa tarde en medio de una de sus clases.

—Te hiciste un tatuaje —susurró Roberto, mirando el pecho de Santiago.

Su hijo estaba con el torso desnudo, el cabello húmedo y unas bermudas de color azul. Se había convertido en un hombre muy bello. Cuando Santi era chico, Roberto jamás se habría imaginado que cuando fuera grande se parecería más a él que Federico. ¿En verdad no había ninguna mujer que pudiera fijarse en él? Sí, seguro que sí… El problema era que Santiago no se fijaba en las mujeres.

—Sí, hace dos años, me lo hizo un amigo —comentó Santi, tocándose con las puntas de los dedos las tres pequeñas estrellas que tenía en la clavícula izquierda.

—¿Tenés más?

—¿Tatuajes? No, es el único.

—Yo también tengo tatuajes —dijo Gabriel. Se sacó su camiseta de mangas largas, se giró y mostró su espalda ancha y fuerte. Gabriel tenía las máscaras teatrales dibujadas en negro justo en la base del cuello y una amplia hombrera de tribales totalmente hecha en tinta negra.

Pero Roberto no miraba los tatuajes, sino el cuerpo de Gabriel, que parecía el de un modelo de ropa interior. El padre de Santiago solo había visto cuerpos así en la televisión y en las revistas. Recordaba que Gabriel siempre se había preocupado mucho por su aspecto físico. Las pocas veces que Roberto se atrevía a entrar en el ático, lo encontraba haciendo abdominales o manoseándose con Santiago. Se decía a sí mismo que la belleza era lo único que ese chico tenía para sobrevivir. Ser modelo le había dado de comer en varias oportunidades.

—¿Y les dolió?

—No.

—Sí.

Ambos muchachos se rieron y Roberto sonrió, incómodo por la tibia intimidad que se respiraba entre ellos.

—Vení, Roberto —dijo Gabriel—. Vení a ver la habitación que falta.

El padre de Santiago tragó saliva al comprender que dicha habitación era el dormitorio. Con un estremecimiento, pensó que estaba a punto de entrar en la habitación de una pareja de homosexuales. La habitación donde su hijo dormía con otro hombre, donde su hijo tenía relaciones sexuales con otro hombre.

Pero cuando se paró en la puerta, lo primero que vio, en el suelo, fueron unas enormes pantuflas de peluche con forma de garra. A su lado, unas ojotas normales, de color negro, sobrias, les hacían

compañía. Sin saber por qué, se le llenaron los ojos de lágrimas. Gabriel encendió la luz.

—Ese es Pixel —dijo Gabriel.

Roberto se frotó los ojos rápido y miró la cama de dos plazas. En ese sitio dormía su hijo con Gabriel. Allí hacían el amor, allí charlaban de lo que habían hecho en el día, allí pasaban ocho horas diarias, muy juntos, compartiendo sueños, miedos y esperanzas. Roberto parpadeó. Otro gato atigrado estaba allí, acurrucado junto a un almohadón.

—¿Es el mismo…?

—No, es el hermano de Smaug. Vení, sentate que te cuento su historia.

Gabriel le apoyó la mano en el hombro y lo hizo sentarse sobre la cama. Nuevamente, Roberto cedió. Santiago estaba en la puerta, contemplando la escena con tímida atención.

—Cuando nos mudamos pensamos en tener un perro, pero como pasamos mucho tiempo afuera creímos que sería mejor un gato, que son más independientes, ¿viste?

Roberto vio el clóset, cerrado. El televisor, apagado. Sobre la cómoda vio un frasco de perfume, un potus, un sahumerio sin encender, el cargador de un celular. Quiso abrir los cajones y buscar todas esas cosas vergonzosas que supuestamente usaban los homosexuales para tener sexo entre ellos, pero las palabras de Gabriel lo trajeron de vuelta a la realidad.

—…Cuando salía pasé por la plaza de la basílica y vi unas señoras que regalaban gatitos. Me acerqué y les quedaba uno. ¿Lo querés? Me dijeron. Les dije que sí, que era para mi novio. —Gabriel se rio bajito —. Un chico se llevó el otro recién, me dijeron. Y me vine para casa… Entonces cuando llegué lo vi a Santi, ¡él se había traído el otro gato!

Casi con miedo, Roberto alargó una mano temblorosa hasta el gato dormido. El animal sacudió una oreja, se estiró y abrió sus grandes ojos verdes.

—Son hermanos —susurró, intentando que no se le quebrara la voz.

—Ajá. No sabés las que hacían cuando eran chiquitos. Te habrías muerto de la risa. Y se cagaban en todos lados también…

Al oír la palabra “muerto”, Roberto se estremeció. Gabriel frunció las cejas.

—Pa… —intervino Santiago, con un suspiro. Roberto levantó la mirada. Los ojos azules de su hijo lo atravesaban como un puñal—. ¿Vas a venir a nuestro casamiento?

Para el horror de Santiago, su padre se largó a llorar. Sentado sobre la cama donde él y Gabriel dormían todas las noches, a veces en compañía de Smaug y Pixel, Roberto Kosman apoyó los codos sobre los muslos y se cubrió el rostro con las manos.

Gabriel se hizo a un lado y Santiago se sentó junto a él.

—Pa… —le susurró—. Papá, ¿qué pasa?

Suavemente, lo aferró de las muñecas e intentó en vano apartarle las manos de la cara.

—Perdoname —sollozó Roberto, arrastrando los dedos por su frente, ya surcada por la vejez—. Estos años… que no te hablé, que no te visité… Yo… no me merezco estar en tu casamiento, hijo.

Santiago frunció las cejas y se relamió los labios con ansiedad. Gabriel estaba de pie junto al clóset, de brazos cruzados y con la cabeza gacha. A Roberto le habría gustado pedirle que se fuera, pero no se atrevía.

—¿Para eso viniste? ¿Para decirme que no vas a ir a mi casamiento? —replicó Santiago con tristeza. Roberto se secó las lágrimas y le devolvió la mirada—. Les mandamos las invitaciones. Si no quisiera que vayan no les habría mandado nada.

—¿De verdad querés que vayamos, hijo?

Santiago no recordaba la última vez que su padre lo había llamado *hijo*.

—Sí, claro que quiero. Son mi familia.

Sentado en la cocina, Roberto observaba a Santiago y a Gabriel preparar la cena. No comprendía cómo era posible que dos hombres se gustaran y quisieran estar juntos. La idea de dos varones teniendo sexo le repugnaba, pero la realidad era que no podía repugnarle la felicidad de su hijo. Santiago, que durante su temprana adolescencia no había tenido amigos ni novia, ahora estaba allí, con su pareja, preparando la comida para su padre homofóbico.

Mientras Santiago cortaba las papas, Gabriel adobaba las milanesas. Roberto se había preguntado cuál de los dos era la mujer de la relación y de a poco se estaba dando cuenta de que era una pregunta retrógrada, por no decir estúpida. Sus brazos se rozaban mientras cocinaban y en un momento Gabriel le dio un fugaz beso a Santiago en el hombro desnudo. Roberto, por un momento, pensó que lo había hecho para provocarle. Hasta que, otra vez, comprendió que era un pensamiento sin sentido alguno. ¿Por qué tenía que molestarle una muestra de cariño? Si quería recuperar a su hijo, tenía que aceptar de una vez por todas que era homosexual. ¿No era ese un buen comienzo? ¿Cenar con él y su futuro marido?

—Esperá que te pongo sábanas limpias, Roberto. Ahora te traigo ropa para que duermas.

Roberto se sentó en la pequeña cama y suspiró. Era increíble, Gabriel era un hombre increíble. Prácticamente no había tenido

familia, ¿cómo era posible que existieran personas tan buenas que jamás hubieran conocido el calor familiar? Ah, ¿y Santiago? ¿Acaso ellos habían sido una familia para él?

Miró el pequeño dormitorio. Allí solo había una cama, un ropero vacío y un ventilador viejo. Se imaginó que la habitación debía haber pertenecido a un niño, porque estaba pintada de un agresivo color naranja y las paredes estaban adornadas con figuras de animales y flores. Gabriel volvió con la ropa de cama y Roberto se puso de pie.

—Dejá, yo lo hago.

—Bueno.

Roberto frunció las cejas porque había pensado que Gabriel insistiría en hacer él mismo la cama para su invitado. Hasta que recordó que no había sido invitado. Le dio la espalda y colocó la sábana, le puso la funda a la almohada y extendió la frazada.

—¿Te sirve esta remera?

Roberto la miró. Era una camiseta normal, de color blanco. Seguramente le que quedaría grande, pero qué importaba.

—Sí, gracias.

—Bárbaro. Si te querés bañar tenés toallas limpias en el baño.

—¿Trabajan mañana?

—Yo no trabajo los sábados. Santi da clases, pero a la tarde.

Gabriel agarró el saco de Roberto y lo colgó en el ropero vacío.

—Amor, nos olvidamos de sacar la basur…

—¿Eh? Ah… La sacamos mañana, bebé, no pasa nada…

Roberto bajó la cabeza al escuchar el “amor” y el “bebé”. Se sentó sobre la cama y se dispuso a sacarse los zapatos.

—¿Todo bien, pa? —Por algún motivo, Santiago parecía contrariado.

—Sí, hijo… que duerman bien.

Roberto sonrió. Santiago tenía puestas las ridículas pantuflas de peluche.

—¿Por qué le dijiste que se quedara en *la habitación*? —le preguntó Santiago a Gabriel, luego de cerrar la puerta.

—¿Por qué? ¿Qué tiene?

Santi suspiró y se metió en la cama.

—Nada —dijo por fin.

—Es tu papá, amor —susurró Gabriel, inclinándose para apagar el velador—. Y ya es viejo. No lo ibas a hacer dormir en el sofá, ¿no?

—Te juro que no sé cómo perdonarlo.

Gabriel cubrió a ambos con la frazada y le pasó el brazo por los hombros.

—Yo ya lo perdoné. Mejor tarde que nunca, ¿no?

—Sí, definitivamente…

—¿No estás contento?

Santiago acomodó la almohada y se colocó de costado. Gabriel le dio un beso en el cuello y cerró los ojos.

—Sí, la verdad que sí.

Cuando vio a su padre detrás de la barra del estudio, Santiago se había quedado paralizado del estupor. Había disimulado bastante bien, pero sabía que algunos de sus alumnos se habían dado cuenta de la situación. Said, su estudiante venezolano, había gritado «vino muy lindo Gabi hoy» y, literalmente, le había sacado las papas del fuego. Tenía que agradecerle cuando lo viera la próxima clase.

Por suerte, su padre no había hecho muchas preguntas al respecto. Había envejecido, se le notaba. Había perdido el ardor de la mirada, el enérgico tono de voz y la imponencia del porte. Ahora, Santiago veía en su padre un anciano consumido y arrepentido de sus malas actitudes del pasado.

Roberto se despertó a las siete de la mañana, como todos los días. Al principio no recordó dónde estaba, pero entonces, las escenas de la noche pasada se derramaron sobre él como un bálsamo. Estaba en Luján, en la casa de Santiago, su hijo menor. Santiago era homosexual. Santiago iba a casarse con el hombre que amaba. El hombre que amaba era Gabriel. Iban a casarse porque estaban enamorados y no porque esperaban un hijo, como había ocurrido con Natalia y Federico. Entonces, Roberto comprendió.

Se levantó y miró por la ventana. No se había dado cuenta: el dormitorio desembocaba en el patio, a diferencia de la habitación de la pareja, que daba a la calle. Sigilosamente, se asomó hacia afuera. Gabriel estaba allí y regaba las plantas con una manguera.

Roberto lo examinó en silencio. Gabriel no era la misma persona que había conocido hacía más de diez años. Y claro que no, en aquel entonces no era más que un adolescente desorientado. Ahora era un hombre hecho y derecho que corregía exámenes, preparaba la cena, alimentaba a su gato y regaba las plantas. Gabriel tenía el pelo mojado, seguramente acababa de ducharse. Roberto advirtió que era la primera vez que veía su verdadero color. Su cabello era castaño y lacio, y la suave brisa lo iba secando y ondulando conforme pasaban los minutos. Gabriel estaba sin camiseta, tan solo con unos pantalones cortos de deporte. Una alfombrilla de pelusas doradas le cubría las fuertes piernas. Gabriel también era un hombre atractivo. ¿Cuántos años tendría ya? Hizo el cálculo. Si se llevaban dos años y medio, ya debía haber cumplido los veintiocho, veintinueve quizá.

—Ah, Roberto —exclamó Gabriel cuando lo vio—. Qué temprano

que te levantaste.

—La costumbre —dijo él, algo avergonzado por haber sido sorprendido in fraganti.

—Vení, tomate unos mates.

Gabriel hablaba así, se dio cuenta, casi exigiéndole las cosas, para que no se sintiera tentado de negarse. Y Roberto se lo agradeció, porque realmente quería sentarse a tomar mate con el futuro marido de su hijo.

—Te gustan mucho las plantas, ¿no?

—Sí, la verdad que sí. Uno se siente satisfecho cuando las ve crecer.

Gabriel arrancó unas hojas de una planta y se sentó junto a Roberto.

—Evelyn le pone hierbabuena al mate. Mirá, probá.

Roberto dio una chupada y tuvo que aceptar que le daba un sabor muy bueno.

—¿Santiago no se levantó?

—No, él siempre se levanta un poquito más tarde. Como a las diez —dijo Gabriel con una sonrisa—. Tiene mucho desgaste físico.

—Y sí, claro.

—Es lo que le gusta. Nació para eso.

Años atrás, Roberto habría lanzado una carcajada sarcástica. Ahora, las palabras de Gabriel le inspiraban respeto. Miró hacia el horizonte. Algo lejanos, se alcanzaban a ver los picos de la basílica.

—¿Quién va a llevar el apellido de quién? —preguntó de repente, tomando a Gabriel por sorpresa.

En su atrasada mentalidad, el padre de Santiago pensaba que era su hijo quien debía llevar el apellido de su marido, ya que… ya que tan solo con un simple vistazo quedaba claro cuál de los dos era la mujer de la pareja.

—Mi apellido no significa nada para mí.

Roberto pensó, con algo muy parecido al alivio, que al menos él no había sido tan mal padre como el de Gabriel, que lo había abandonado antes de nacer y ni siquiera le había dado su apellido. Y que Susana había sido mucho mejor que ¿Norma? ¿Nora?, que había echado de su casa a su hijo y no le había dirigido la palabra nunca más.

—¿No querrías llamarte Kosman?

Gabriel, que estaba masticando un bizcochito, se ahogó con una miga. Roberto se levantó y le palmeó la espalda. ¿Cuántas veces habría acariciado Santiago esa espalda? ¿Habrían hecho el amor la noche pasada? Se imaginó a Gabriel rodeando con su cuerpo a Santiago y la imagen le hizo estremecer.

Gabriel se irguió y miró a Roberto con una franca y perpleja curiosidad.

—¿No te molestaría?

Y cuando el padre de Santiago respondió, a Gabriel le costó ver en los húmedos ojos de ese anciano consumido a aquel hombre autoritario que lo contemplaba con desdén por encima del periódico del día. Gabriel se había sentido tan pequeño, tan indefenso y poca cosa bajo aquella fría mirada…

—No. Me gustaría. Mucho.

Una lágrima se asomó a los ojos de Roberto. Gabriel se inclinó hacia él y aferró una de sus manos entre las suyas. Sus dedos, antes fuertes y seguros, ahora se notaban delgados y temblorosos. Con los ojos entrecerrados muy fijos en los suyos, Gabriel le dijo:

—¿Qué pasa, Roberto?

El padre de Santiago abrió la boca y un sollozo ahogado se escapó de entre sus labios. De repente, supo que no tenía sentido intentar ocultarle algo a ese hombre. Gabriel parecía darse cuenta de todo. Ahora le tocaba a Roberto sentirse indefenso…

—Me estoy muriendo.

Gabriel le aferró la mano con fuerza, cerró los ojos, apretó los labios. En menos de un instante, ambos hombres, joven y anciano, lloraban en aquella fresca mañana de octubre.

—¿Cuánto tiempo?

—Dos años, menos… Por favor, no se lo digas a Santiago.

—Pero…

—Por favor, Gabriel. No vine acá para amargarlo, ya bastante debe tener con recibirme acá en su casa…

—No, no… Él está contento porque viniste. —Roberto puso cara de no creerle—. En serio, me lo dijo. Sos su papá, obvio que está contento aunque le cueste demostrarlo. Pasaron muchas cosas…

Gabriel y Roberto suspiraron al unísono. El sol comenzó a entibiarles los hombros, a posarse sobre las flores, a proyectar débiles sombras a través de la ventana.

—¿De quién fue la idea de casarse? —preguntó Roberto después de un rato.

—Mía.

—Pensaba que había sido idea de Santiago.

Gabriel meneó la cabeza y le cebó otro mate.

—A Santi no le van mucho esas cosas. O no le iban… Y la verdad, a mí tampoco me iban…

—¿Y entonces?

When you dance with your heart in motion
You pull me in just a little closer
Don't say a word, I wanna hear love speak
Shhhh.

Shhh (I Wanna Hear Love Speak), Tarkan

Eran los primeros días de abril y llovía a cántaros. Santi no había llevado paraguas y había corrido las tres cuadras desde el estudio hasta el departamento. Estaba completamente empapado.

—¡Amor! —le gritó Gabriel al verlo echado sobre la cama con la ropa mojada—. ¡Vas a ensuciar la colcha limpia!

Santi lo miró con reproche y en menos de tres segundos se desnudó y se tiró de nuevo a la cama, bocabajo.

—Mucho mejor —respondió Gabriel, recogiendo la ropa del suelo y metiéndola en el canasto de la ropa sucia. Luego, se acercó a su novio y comenzó a masajearle las piernas y los pies.

—Mnn, qué rico —gimió Santi—. ¿Qué vamos a cenar, bebé? —preguntó. Gabriel dejó de masajearle las piernas y se sentó en la cama, sin decir nada—. ¿Gabo?

—Estuve pensando en algo —susurró Gabriel, tomando aire—. Te quiero hacer una pregunta. —Santi lo miró con el ceño fruncido.

—¿Qué?

Gabriel se puso de pie de un salto.

—Vení, parate.

Santi se incorporó sobre los codos. No entendía nada.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Dale, parate, Santi —insistió Gabriel con impaciencia.

De mala gana y completamente desnudo, Santiago se paró. Quedaron frente a frente. Antes de arrodillarse, Gabriel le dirigió una sonrisa nerviosa.

—Santiago Kosman… —Santi abrió al máximo sus ojos azules cuando vio a Gabriel sacar del bolsillo de los jeans un pequeño estuche—. ¿Te querés casar conmigo?

Santi se quedó paralizado. La escena le parecía sacada de una comedia yanqui de bajo presupuesto. Él, completamente en bolas, y su novio, arrodillado, pidiéndole que se casara con él. Se quedó en silencio, demasiado sorprendido hasta para pensar qué responder.

—¿Santi?

—¿Por qué?

—¿Eh?

—¿Por qué querés que nos casemos? Si ya vivimos juntos…

Gabriel no pensó que fuera a ser tan complicado. Se puso de pie, se sentó en la cama y Santi lo imitó.

—Quiero que seas mi familia. Yo nunca tuve familia, Santi. Antes cuando era chico pensaba que estaba bueno ¿viste? No estar atado a nadie, nadie que me rompiera las bolas por nada… pero ahora ya no pienso así. Veo a las familias y siento envidia ¿sabés? Y si nos casamos, no sé, es como que… empezaríamos a ser una familia, ¿no te parece? ¿Soy un pelotudo?

Santi le aferró la mano. Gabriel vio que tenía los ojos húmedos y tardó un par de segundos en darse cuenta de que él también estaba a punto de llorar.

—Sí, sos un pelotudo. Porque ya sos mi familia, Gabriel. No necesitamos ningún papel que nos diga que somos una familia.

—¿No querés entonces?

Santi soltó algo intermedio entre un sollozo y una risa.

—¡Obvio que quiero!

Santiago se fue a bañar y luego acabaron haciendo el amor en presencia de Smaug y Pixel, que dormían acurrucados el uno junto al otro sobre un felpudo. Hacía ya tres años que habían decidido dejar de tener relaciones con preservativo: sus análisis habían salido perfectos, eran fieles y confiaban el uno plenamente en el otro.

—Hoy te doy el gusto —jadeó Gabriel en el oído de Santi cuando lo penetró desde atrás.

—Sí, claro…

Esa era la posición favorita de Santiago: en cuatro. Le gustaba sentir todo el cuerpo de Gabriel sobre el suyo, su pecho contra su espalda, sus piernas y brazos envolviéndolo. En cambio, la posición favorita de Gabriel era de frente porque de esa forma podía ver las expresiones de placer de Santiago, cosa que lo excitaba a morir. Le encantaba cuando Santi lo abrazaba con las piernas, empujándolo para sentirlo más profundamente en su interior.

Santiago lo tomó por sorpresa y le dijo que se acostara.

—Dale, te quiero montar…

Gabriel se echó bocarriba y separó un poco las piernas. Con una sonrisa lasciva, Santiago se inclinó hacia él y Gabriel, extasiado, lo contempló mientras se sentaba sobre su pene hasta que la penetración fue completa. Santiago era algo soez durante el sexo y Gabriel lo encontraba muy estimulante:

—Cogeme, mi amor, te quiero adentro —gemía mientras cabalgaba sobre él con pasión.

Obviamente, Gabriel evitó en su relato las partes bochornosas, aunque

Roberto no pudo evitar incomodarse al imaginárselo arrodillado a los pies de su hijo.

—Lo quiero desde que tengo quince años —finalizó Gabriel—. Santi es como un tesoro para mí. Vos sabés que yo dejé la droga por él. Él me hizo salir adelante. Y siempre voy a estar a su lado y lo voy a cuidar, si eso te preocupa. Él le da luz a mi vida.

Roberto bajó la cabeza y apretó los puños. No se imaginaba cómo un hombre podía decir eso de otro sin sentir vergüenza. Vergüenza era lo que él, Roberto, había sentido al tener que decir que su hijo menor era “coreógrafo”, como si la palabra “bailarín” sonara demasiado homosexual. Luz era, también, en lo que se había convertido Santiago durante su adolescencia: una luz encendida en el ático.

—No, no me preocupa —dijo con la voz quebrada—. Porque siempre lo cuidaste. Lo cuidaste más que yo, que soy su padre.

Gabriel acercó su silla junto a la de Roberto.

—Hiciste bien en venir, pero… ¿por qué viniste solo? ¿Susana no te quiso acompañar?

Roberto sabía que tarde o temprano alguno de los dos le haría esa pregunta y él tendría que contestar con la verdad: que Susana sentía vergüenza, mucha, muchísima vergüenza por no haber visitado a su hijo durante esos años, de no haberse atrevido a repudiar la homofobia de su marido. Él mismo, Roberto, en ese momento sentía toda la vergüenza de Susana sobre sus propios hombros…

—¿Vos cómo estás… de tu enfermedad? —preguntó, luego de un incómodo silencio.

Gabriel se relamió los labios, ansioso.

—Bien. Por suerte no tuve recaídas fuertes. Tuve una hace dos años, cuando me quedé sin laburo, pero nada grave. Ahora no estoy medicado, voy a terapia una vez por semana.

—Perdoname. Tendría que haberte ayudado, no tendría que…

—Ya está —interrumpió Gabriel, en el mejor tono conciliador que pudo lograr. Al parecer Roberto se estaba quedando sordo, porque no había oído los ruidos provenientes del dormitorio—. No te hagas más la cabeza con esas cosas.

—¿Ya se levantaron? —exclamó Santiago, saliendo al patio.

Parecía que en esa casa nadie tenía la decente costumbre de andar completamente vestido, pensó Roberto al ver a su hijo, que llevaba solo unas bermudas y el pecho desnudo.

A media mañana, Santiago y Gabriel lo acompañaron a la terminal de ómnibus. Le ofrecieron quedarse a almorzar, pero él dijo que prefería irse antes de que se le hiciera más tarde. Mientras esperaban el colectivo, Santi fue a comprar una botella de agua mineral.

—¿Quieren tener hijos? —le preguntó de golpe Roberto a Gabriel, cuando Santiago estuvo lo suficientemente lejos. Por algún motivo, descubrió que le resultaba más fácil hablar con él que con Santiago.

—¿Cómo?

—La habitación donde me quedé, la pintaron ustedes. Estaban las latas en el patio.

Gabriel relajó los hombros, rendido.

—Nos gustaría, sí, todavía es una idea loca, pero nos gustaría, por ahí dentro de unos… cuarenta años...

—¿Van a adoptar?

—¡No había agua natural! ¡La tuve que comprar fría!

—¿Y mis chicles?

—¿Qué chicles?

—Te pedí unos Topline de menta.

—¿Eh? ¡No me pediste nada!

Gabriel hizo un puchero y Santiago, derrotado, se alejó de nuevo rumbo al kiosco…

—Hay un método que consiste en mezclar el esperma de los dos hombres e inseminar así a la mujer. Así no se sabe cuál de los dos es el padre. Suena medio romántico, ¿no? —comentó Gabriel con una sonrisa, con los ojos fijos en la lejana silueta de Santiago.

—Bueno, si sale con los ojos azules…

—Pero es caro y complicado. Por ahora contamos con la adopción, aunque también sea mucho quilombo. Igual ninguno de los dos tiene capricho con el asunto de los lazos de sangre.

—Qué bueno.

Roberto miró el cielo. La lluvia no tardaría en llegar.

—¿Chicle? —le ofreció Gabriel.

Era una tarde soleada de sábado. Gabriel estaba solo en el patio del departamento, sentado junto a sus plantas, mirando fijamente la pantalla de la computadora. Tenía que escribir sus votos. Smaug y Pixel dormían a sus pies y de vez en cuando le acariciaban los tobillos con sus colas.

Cuando te conocí, enseguida supe que eras el amor de mi vida… No, era muy cursi. Gabo todavía tenía un poco de sentido del ridículo. Un poco.

Cuando te conocí, enseguida me gustaste… No, eso de gustar era muy adolescente. Ya no tenían quince años.

Cuando te conocí, tuve un presentimiento extraño. Tuve, de repente, ganas de estar con vos, de que pasáramos tiempo juntos, de escucharte hablar. Cuando empezamos a ser amigos, todo ese tiempo me parecía poco. Y entonces me di cuenta de que así se sentía el amor.

Gabriel sonrió, releyó lo que había escrito y asintió, satisfecho. Por fin llegaba la inspiración.

Terminó de escribir y guardó el documento. Miró a su alrededor. Las violetas de los Alpes todavía tenían flores, pero sabía que pronto se marchitarían y que durante el verano entrarían en reposo. Florecerían las hortensias, las petunias, las clavelinas. De repente, su memoria se elevó por encima del patio del departamento y remontó vuelo por las calles de Luján. Aterrizaron cinco años atrás, una tarde de verano, cuando llegó a la casa de la abuela Ivonne.

Ella lo estaba esperando en la cocina, con el almuerzo preparado. En cuanto le abrió la puerta, Gabriel se arrojó a sus brazos y por primera vez en mucho tiempo sintió algo muy similar al calor maternal.

—Estás muy grande, mi amor —le dijo Ivonne, apartándole el pelo de la frente.

Para que no se preocupara, no le habían contado que Gabriel tenía problemas psiquiátricos y mucho menos que había intentado quitarse la vida. Luego del almuerzo, Gabriel llevó sus cosas a la habitación del fondo, que fue su dormitorio y el de Santiago durante casi dos años, hasta que la abuela Ivonne falleció. Allí, en aquella habitación un par de días más tarde, hicieron el amor por primera vez…

Enojada porque ninguno de los dos había querido comer su lasaña casera, la abuela ya se había ido a dormir y, en la cocina, Santiago lavaba los platos. Gabo se le acercó por detrás y lo abrazó por la cintura. Santi se mordió el labio al sentir sobre su cuello la respiración de Gabriel, y este último sintió un desesperante cosquilleo en el estómago al ver que a Santi se le erizaban los pelitos de los brazos. Se quedaron así unos instantes, ansiosos, mientras el agua corría y la espuma del detergente resbalaba por entre los dedos de Santi. Suavemente, Gabriel le quitó la esponja de las manos y de esa forma, con Santiago entre su pecho y la pileta, terminó de lavar los vasos y los cubiertos…

Santi se giró y levantó la mirada:

—¿Nos damos una ducha? —susurró con una sonrisita.

Era la primera vez que se bañaban juntos. De hecho, era la primera vez que se bañaban con otra persona. Cuando Gabriel había vivido con Santi en la casa de sus padres, incontables veces los había invadido la urgencia de meterse en la ducha con el otro, sin atreverse, con el miedo de ser sorprendidos flotando sobre sus hombros como un fantasma. Pero ahora era diferente. Ahora todo era diferente.

Detrás del jardín, en el pequeño baño que estaba junto a su habitación, Gabriel desnudó a Santiago lentamente. Le quitó la

musculosa y luego le desabrochó los pantalones. Agachándose, se los bajó hasta los tobillos y mientras se levantaba fue besando todo el largo de sus piernas… Desde las pantorrillas, pasando por las rodillas, hasta llegar a los muslos. Bajo sus labios, Gabriel percibió que Santi se estremecía y ese sencillo hecho no solo lo excitó aún más, sino que lo llenó de un extraño sentimiento de nostalgia y ternura. Entones, ¿Santi todavía podía estremecerse por una caricia?

Con delicadeza, Gabriel lo hizo girarse. Acarició sus hombros desnudos y luego los besó… luego los mordió… y luego los recorrió con todo, labios, dientes y lengua… porque no podía, no, le era imposible conformarse con caricias y besos. Santiago estaba allí, entre sus brazos. Santiago estaba allí, donde todo había terminado. Y ahora los dos habían vuelto a ese final, solo que ahora era un nuevo punto de partida. Su espalda se pegó a su pecho, y Santi soltó una risita al sentir el sexo de Gabriel, duro como una piedra.

Soy todo tuyo, pensó Gabriel con desesperación, mientras Santi le desabrochaba la camisa. *Soy tuyo, hacé conmigo lo que quieras*. Cuando le bajó los bóxers, Santi parpadeó para verificar que sus ojos no lo engañaban.

—Qué grande… —susurró, casi con vergüenza, al ver el pene que tenía frente a sí.

Levantó la mirada. Gabriel lo contemplaba con los ojos entrecerrados, con la boca entreabierta, con la respiración acelerada…

—Es tuya —le dijo mordiéndose los labios, alargando la mano hacia su cabeza, revolviéndole el pelo—. Toda para vos…

Santi respondió con una ancha sonrisa, aferró el pene con la mano y le dio una larga lamida desde la base hasta la punta. Gabriel ahogó un jadeo y cerró los ojos, pero cuando quiso pedirle a Santi que siguiera, él ya se había puesto de pie y abría la canilla de la ducha.

Se lavaron el pelo mutuamente, se enjabonaron varias veces las mismas partes del cuerpo, se besaron bajo el chorro de agua fría…

Gabo acorraló a Santiago contra la pared, se agachó, y separándole las nalgas con las manos, le lamió la entrada del ano hasta que a Santi le fallaron las piernas por culpa del placer.

Entraron en el dormitorio a tropezones, completamente mojados y muertos de frío porque, en su emoción, se habían olvidado de llevar las toallas.

—Pobre la abuela —susurró Santi, echándose de espaldas sobre la cama de dos plazas que habían fabricado juntando dos camas pequeñas—. Se sintió mal porque no le comimos la lasaña.

—Doña Ivonne, no le como la lasaña porque quiero estar a full para comerme a su nieto —se burló Gabo, arrojándose sobre él.

Completamente desnudo, Santi lo rodeó con las piernas.

—Mnn, ¿me vas a comer?

—Todo, te voy a comer todo, mi amor —jadeó Gabriel, acariciándole los brazos con la punta de los dedos. Se irguió y fue besando el cuello de Santi, su pecho, su vientre… Se detuvo en el ombligo, hundió la lengua en su interior, y Santi se revolvió por culpa de las cosquillas—. Te quiero hacer el amor… me muero por hacerte el amor…

—Nunca me habían tocado así —gimió Santiago mientras Gabriel le acariciaba todo el cuerpo con la punta de los dedos: mejillas, cuello, hombros, brazos, pecho, cintura, vientre, muslos, tobillos… Y cuando Santi dijo eso, Gabriel quiso preguntarle con qué clase de idiotas se había acostado durante esos años, que ni siquiera le habían hecho experimentar el placer de una caricia.

Hizo que se diera vuelta. Santi pensó que iba a penetrarlo y estuvo a punto de protestar. Se equivocaba… Nuevamente, no pudo tragarse los gemidos cuando Gabriel comenzó a besarle la espalda: cuello, hombros, omóplatos… Sintió que el mundo a su alrededor giraba a toda velocidad cuando la lengua de Gabo le lamió todo el largo de la espalda, desde las nalgas hasta la última vértebra del cuello.

—Ay… no puedo más —se quejó, exhausto de placer. Quería sentir a Gabriel en su interior ya mismo.

Y cuando Gabriel se echó sobre su espalda y lo besó en la boca, supo que él también quería estar adentro suyo hacía mucho, mucho tiempo… Pero que deseaba, antes que nada, mostrarle cómo era hacer el amor, cómo le haría el amor desde ese día en adelante y cómo había querido hacerle el amor durante todos esos años. Gabriel quería que Santiago jamás olvidara esa primera vez. Quería darle la mejor noche de sexo de su vida hasta ese momento, pero, antes que eso, quería darle una noche de amor.

Santiago siempre había sentido vergüenza cuando lo penetraban con los dedos para dilatarlo. Se preguntaba por qué Dios o quien fuera no había hecho que el ano pudiera mojarse como lo hacían las vaginas, se preguntaba si por ese sencillo motivo el sexo entre hombres no era natural. Pero cuando Gabriel se inclinó hasta su mochila y sacó un tubo de lubricante, dejó de preguntarse tonterías. «Si él compra el lubricante, casate», le había dicho una vez la Marilyn en broma. Esa noche, Santiago ni se imaginaba que cinco años más tarde se casaría con el hombre que en ese momento lo penetraba con sus dedos mojados de lubricante…

—¿Te gusta? —le preguntó ese hombre, Gabriel, hundiéndose más en su interior—. ¿Te gusta, mi amor?

Santiago, que tenía los ojos cerrados, los abrió de golpe, arrancado de sus pensamientos.

—Sí… —respondió sin moverse, sin respirar siquiera, para lograr concentrarse en el placer.

Santi vio que Gabriel sonreía y se preguntó si era cierto: ¿acaso Gabriel lo estaba disfrutando tanto como él? Tuvo ganas de llorar a gritos y de reír a carcajadas, todo a la vez. Sí, Gabriel lo estaba disfrutando, Gabriel estaba disfrutando eso que para muchos hombres era un trámite sucio y aburrido…

Cuando lo penetró, Gabriel sintió que el tiempo se detenía. El corazón le latía a mil por hora y ¡Dios! ¡Estaba tan nervioso! Había tenido tanto miedo de que no se le parara por culpa de los nervios… Pero allí estaban, sí, y con cada centímetro que se iba adentrando en el interior de Santi, un año de sus vidas retrocedía en ese laberinto incongruente que era el tiempo. Con los brazos a los costados del cuerpo de Santiago, con los sentidos embotados por el placer, Gabriel pensó que entonces ya no eran dos cuerpos: eran dos almas intangibles fundiéndose la una en la otra en medio de la oscuridad. Y, ¿acaso era normal esa tristeza lacerante que gritaba en sus entrañas que seguían teniendo veintidós y veinticuatro años, y que si la vida no hubiese sido tan caprichosa, esta primera vez debería haber ocurrido hacía mil días, mil noches…?

Santiago tenía los ojos entrecerrados (o entreabiertos, pensó Gabriel) y fijos, atentos, en los suyos. Gabo empujó suavemente las caderas hacia adelante, y el rostro de Santi (sus ojos azules, su boca húmeda por los besos, sus cejas temblorosas)… el rostro de Santiago se crispó al sentirse total y maravillosamente lleno. Gabriel se inclinó hacia él y se recostó sobre su pecho con cuidado.

—¿Nos podemos quedar un poquito así? —le preguntó Santi, y Gabriel quiso decirle que no, por favor, que había esperado nueve años ese momento, que quería entrar y salir de su cuerpo una y otra vez, cada vez más rápido, cada vez más fuerte… pero, por supuesto, le dijo que…

—Sí…

Y besó sus labios, su cuello mojado por el sudor, chupó sus tetillas… y cuando escuchó a Santi comenzar a gemir, empezó a moverse con delicadeza, calculando la fuerza, la velocidad… hasta que fueron esos gemidos los que le dieron permiso para perder el control.

A mitad de camino, antes de que Gabriel pudiera cansarse mucho, Santiago lo detuvo y le pidió cambiar de posición. Gabriel temió perder la erección, pero nuevamente, cedió. Se echó bocarriba, con su miembro erecto apuntando al techo, y Santi, con los ojos cerrados, se sentó sobre él hasta que lo tuvo completamente adentro.

Si Gabriel le hubiese preguntado a Santi por qué cerraba los ojos, Santi habría respondido que para sentir mejor el placer de la penetración.

No era del todo cierto.

Porque años después de las últimas caricias adolescentes, Santiago se sentía nervioso por el hombre con el que estaba haciendo el amor por primera vez. Y si Gabriel le hubiese preguntado a Santi por qué tenía los ojos cerrados, y si Santi hubiese respondido con la verdad… Gabriel se habría enternecido al descubrir que Santiago no podía evitar sentir una inexplicable vergüenza al estar allí, en la cama, teniendo sexo con el hombre que le había hecho descubrir el amor. Y comprendió que esa vergüenza no tenía nada que ver con la desnudez de su cuerpo, sino con la desnudez de su alma, de sus sentimientos, de los deseos más profundos que albergaba su corazón.

El cuerpo de Gabriel era como un terreno conocido y desconocido a la vez. Y el repentino desconocimiento provocaba en Santiago esa dulce incomodidad de quien descubre cómo es el ser amado en la intimidad: desde los lunares y manchas de su espalda, el color del vello que esconde su ropa interior, el tamaño y color de su sexo en plenitud… hasta las expresiones de placer de su rostro y las palabras o interjecciones que murmuran sus labios durante el orgasmo…

Santiago había pensado que conocía el cuerpo de Gabriel, pero se sorprendió al encontrarse por primera vez con su miembro, se sorprendió al ver los músculos de su espalda, las venas hinchadas de sus brazos… y se sorprendía ahora, al apoyar las manos sobre su pecho y hallar allí una superficie perfectamente sólida; al mirarlo a los ojos y ver en ellos una confusión de placer, desesperación y ternura. Entonces, mientras cabalgaba sobre él, Gabriel le sonrió y Santiago no pudo evitar deslizarse sobre él hasta su boca…

—Te amo, ¿sabés que te amo, no? —jadeó Gabriel, rodeando su cintura con los brazos y enterrándose con fuerza en su interior—. Mi amor, no sabés… cuánto… te amo…

—Yo también… te amo…

De alguna forma, Gabriel estaba igual. Pero él no sentía vergüenza, sino una profunda y violenta sensación de embriaguez. Nunca había visto a Santiago de esa manera: con el rostro totalmente ruborizado, al igual que cuello y su pecho; las gotas de sudor brillando sobre su frente y resbalando por el puente de su nariz; su pecho subiendo y bajando acelerado…

Gabriel jadeó que no aguantaba más, que necesitaba venirse ya. Santiago rio que también, que vamos, que intentaran venirse juntos, y pensó que si no lo lograban no importaba, porque tendrían toda la vida para seguir intentándolo.

Gabriel se quedó tieso sobre la cama, bocarriba, aún temblando el orgasmo. Estremecido y agotado, Santiago se acurrucó contra él.

Gabriel recordó aquella mañana, mucho más lejana, cuando le había

dicho a una nena en la basílica que se casaría con Santiago y que la invitaría a la boda. Se estiró y echó la cabeza hacia atrás. Respiró profundamente y sus pulmones se llenaron del suave aroma de la albahaca.

En la casa de al lado, unos niños jugaban en el jardín con unos autos y unos trencitos. Gabo los contempló con un vago sentimiento de ternura, anhelo y temor. ¿Qué se sentiría ser padre? Se imaginó una nena rubia como Santiago, pero con los ojos del color de la miel. Se imaginó un nene de pelo castaño, pero con los ojos azules de Santiago. Y pronto tuvo que deshacerse de esos pensamientos, porque sabía que esos niños solo podían existir en su imaginación.

Desde ese primer viernes en que Roberto Kosman entró por las puertas del estudio, no dejó de ir ni un solo viernes durante un mes y medio.

Sin embargo, el que sería el séptimo viernes, no apareció. Santiago estaba distraído durante las clases. A cada rato, la mirada se le escapaba hasta la puerta en busca de la delgada silueta de su padre.

Gabriel temió lo peor y tampoco pudo concentrarse en los trabajos prácticos que debía corregir. A las ocho en punto, se escabulló hacia la pequeña cocina del estudio y desde su celular marcó el número de la casa de los padres Santiago. Contestó Susana y, antes de pensar qué decir, Gabriel cortó. *Qué tarado,* se dijo. Podría haber saludado a su suegra, preguntarle cómo estaba, decirle que olvidara la culpa que sentía y que acompañara a su marido el próximo viernes…

—¿Por qué no habrá venido hoy? —le preguntó Santiago cuando se fueron a dormir esa noche.

Con un nudo en la garganta, Gabo contestó que seguramente estaba cansado. Susana había sonado calmada. Si su marido se había muerto, ese no habría sido el tono que hubiese usado para contestar el teléfono.

—¿Y Santi? —le preguntaron los chicos a Gabriel ese sábado por la tarde, cuando lo vieron llegar solo.

Los chicos eran un grupo de hombres heterosexuales de entre veinte y treinta años con quienes Santiago y Gabriel jugaban al básquet los domingos en la plaza que estaba frente a la galería del estudio. Varios ya estaban casados y con hijos. Como uno de ellos, Damián, viajaba el otro día a Rosario, el grupo había decidido reunirse el sábado.

—Da clases hoy —explicó Gabo, alzando la mirada hasta las ventanas del estudio.

Todos sabían que Santiago y Gabriel eran gays y que iban a casarse

pronto. Se sorprendieron al descubrirlo, quizá extrañados por que les gustara el deporte y fueran (en el caso de Gabriel, Santiago siempre había preferido el voleibol) muy buenos jugadores.

El partido transcurrió normalmente hasta que Gabriel advirtió la presencia de una persona conocida en la vereda de enfrente: un hombre de más o menos un metro ochenta, delgado, de paso lento y escaso cabello blanco.

—¿Qué pasa, loco? —le dijo Nahuel, al verlo ido.

—Mi suegro —susurró Gabriel.

—¡Eh, el suegro! —corearon los hombres, divertidos.

—¡Shh, callensé, boludos! —se quejó Gabriel—. Chau, me tengo que ir. —Saludó a todos rápidamente, tomó su botella de agua y corrió hasta la otra vereda.

—¡Roberto! —gritó.

El padre de Santiago se giró. Se veía bien sin el acostumbrado traje: vestía una remera celeste y unos vaqueros azules. Gabriel pensó que el color de su ropa hacía resaltar mucho el azul de sus ojos, y de repente sintió un relámpago de afecto por ese anciano. Al fin de cuentas, era el padre de Santi.

—Gabriel —Roberto le sonrió sorprendido y lo saludó con un beso en la mejilla y un breve abrazo—. ¿Dónde estabas?

—En la canchita de ahí de la plaza, jugando al básquet con unos amigos… Qué raro que viniste hoy.

Comenzaron a caminar hacia la galería. Gabriel se preguntaba por qué justo se le había ocurrido ir el sábado. El domingo podría tener a Santiago solo para él para hablar de todo lo que quisiera.

Bueno, estaba claro. Todavía Roberto no sabía bien de qué hablar con Santiago. Todavía sentía culpa. Se conformaba con verlo bailar y a eso iba, todos los viernes, al estudio.

No había nada de malo con los sábados… excepto que los días sábado no eran como los demás días. En la semana, el estudio era un sitio medianamente respetable donde se bailaba jazz, salsa, hip hop, árabe… Los sábados eran un poco diferentes. Solo un poquito. Por las tardes, Santiago se reunía con su grupo de reggaeton coreográfico, con el que participaba en competencias y shows. Era como un nuevo Cocó-Cliché.

Mientras subían las escaleras, Gabriel se preguntó si Roberto estaba preparado para ver lo que vería a continuación.

—Hoy hay ensayo de reggaeton —le explicó a su futuro suegro—. Están solo los pibes hoy.

Las canciones de reggaeton que bailaba el grupo no eran del mismo estilo que se bailaba en las clases de la semana. El grupo estaba formado, en su mayoría, por jóvenes bailarines profesionales y a las clases acudían mujeres de todas edades y profesiones. Una de ellas,

Julia, que era abogada, no bailaba cuando Santiago filmaba las coreografías. Gabriel le decía en broma que era una bailarina de clóset. Al principio, a Santiago le había molestado su actitud. ¿Qué tenía que importarles a los demás lo que Julia hacía en su tiempo libre? ¿Acaso ser bailarín no era tan respetable como ser abogado? Con suaves palabras, Gabriel lo tranquilizó y le dijo que no le diera mayor importancia.

Las canciones que bailaba el grupo solían ser más groseras, con más alusiones sexuales. A Santiago le gustaban esas canciones, aunque se esforzaba en aclarar que no era por la letra, sino porque, casualmente, siempre eran las más bailables, las más movidas.

Roberto esbozó una pequeña sonrisa y miró hacia el interior del estudio. Lo que vio allí no le extrañó: tan solo seis muchachos moviéndose al ritmo de la música.

—¿No podemos entrar? —susurró, al ver que Gabriel no entraba.

—Sí, sí…

Cuando vio a su padre, Santiago se quedó duro. Detrás de Roberto, Gabriel se encogió de hombros como diciendo *y yo qué culpa tengo.*

—Pa, ¿cómo andás? —saludó Santiago. Se secó el rostro con la musculosa, detuvo la música y se acercó a su padre—. ¿Todo bien?

—Hola, hijo.

—¡Hola, don Roberto! —saludó Ezequiel, dándole un abrazo que Roberto se vio en la obligación de corresponder.

Los demás muchachos, si bien advirtieron la incomodidad de Santiago, se aproximaron a su padre y le estrecharon la mano con educación.

El chico debía tener unos dieciocho años, se imaginaba Santi. Todas las tardes se sentaba en alguno de los bancos que estaban afuera del estudio y se fumaba un cigarrillo mientras miraba las clases. Trabajaba en el local de tatuajes y bodypiercing que estaba en la planta baja de la galería. A veces entraba al estudio y se compraba una gaseosa o un agua mineral.

Al principio, Santiago pensó que lo hacía para mirar a las chicas. Hasta que Gabriel le dijo, con una sonrisa, que se había dado cuenta de que el muchacho siempre buscaba con la mirada el pelo rojo de Ezequiel. Y que cuando no lo veía, bajaba las escaleras y volvía a su local.

Ezequiel tenía dieciséis años y Santiago sentía un especial afecto por él. Le recordaba a él mismo cuando tenía su edad. Por suerte, Ezequiel tenía dos hermanos que también gustaban de bailar: Lorena, que lo acompañaba en las clases de reggaeton y latino; y Matías, que practicaba breakdance. En invierno, cuando anochecía temprano, lo

iban a buscar y los tres hermanos volvían juntos a casa.

Ahora, mientras el grupo ensayaba la coreografía de la muestra de fin de año, y Santiago, detrás de la barra, intentaba en vano concentrarse para escribir sus votos, el chico estaba allí afuera, como todas las tardes, fumándose un cigarrillo y siguiendo con sus ojos tímidos la inquieta silueta de Ezequiel.

No era el novio que habría elegido para su hija o hijo, pensó Santi con una sonrisa divertida. El chico iba siempre vestido de negro, con pulseras llenas de tachas y tenía el brazo derecho completamente tatuado. Sus ojos eran grandes y oscuros, tenía las pestañas largas, y el cabello negro cortado al rape. Haría una pareja muy pintoresca con el Colo. Ezequiel tenía la piel muy blanca, las mejillas llenas de pecas, los ojos de color avellana y un cuerpo extremadamente delgado por culpa del hipertiroidismo. Se lo habían diagnosticado hacía un año y había tenido que abandonar la danza por casi tres meses hasta que su endocrinóloga logró poner la enfermedad a raya. Santiago fue feliz la tarde en que vio a el Colo entrar por las puertas del estudio. Siempre vestía ropa de colores chillones, pantalones ajustados y llevaba montones de pulseras de cuentas en las muñecas.

—Me recuerda tanto a vos cuando recién te conocí —solía decir Gabriel.

—¿Tan afeminado era?

Gabo se mordía lo labios para no reírse.

—Y lo seguís siendo, mi amor.

En el salón sonaba *Grown Woman*, de Beyoncé. Alexis estaba a cargo del control remoto del equipo y Daniel, su novio, estaba sentado en un rincón, enfrascado en uno de sus dibujos, como siempre. Santiago quiso acercarse y mirarlo dibujar por detrás de su hombro, pero Daniel estaba sentado contra la pared y se veía demasiado concentrado en su trabajo.

Santi suspiró y miró la pantalla de la netbook:

Gabriel me regaló mi primer caderín de danzas árabes, cuando yo tenía dieciséis años. Estábamos en Once y él entró en un negocio y me lo compró, así, sin preguntarme nada. Yo todavía no había empezado a bailar y no sabía si algún día lo haría. Todas las mañanas, cuando me despertaba, veía el caderín en el ropero y me acordaba de mi sueño de ser bailarín…

Eso era lo único que tenía. Entre Beyoncé (la música a todo volumen), el chico de los tatuajes (quería acercarse a él y decirle que se animara a hablar con Ezequiel) y Daniel (quería preguntarle qué estaba dibujando y exigirle que se lo mostrara)… entre todo lo que ocurría a su alrededor (o lo que no ocurría, en todo caso), Santiago no se podía concentrar.

Suspiró y miró a sus alumnos. La coreografía salía bien, pero

todavía se veían algunos problemas de coordinación. Normalmente, lo solucionaba filmándolos y señalándole a cada uno los errores que cometían. Algunos hacían el *passé* con la pierna equivocada, otros levantaban la mano derecha en vez de la izquierda, a otros aún les costaba un poco girar en *relevé*. Nada que no se pudiera remediar con práctica. En un momento, Ezequiel miró hacia afuera y sus ojos se encontraron con los del chico de los tatuajes. El chico le sostuvo la mirada, pero Ezequiel, avergonzado, apartó la suya enseguida.

Santiago sonrió. Estaba seguro de que el Colo nunca había tenido novio. Quizá jamás hubiera besado a un chico. Cuando recién había comenzado a ir a sus clases, contemplaba a Gabriel y a Santiago con timidez y casi no les hablaba. Fue Gabriel quien se dio cuenta y quien comenzó a sacarle charla para que lentamente dejara atrás su vergüenza.

Santiago guardó lo que había escrito, bordeó la barra y salió del estudio. El sábado se respiraba tibio y agradable y en el cielo no había ni una sola nube. Se sentó junto al chico de los tatuajes y estiró las piernas.

—Hola —lo saludó con una sonrisa.

—Hola… —respondió el chico con timidez.

—Siempre te sentás acá a mirar las clases. ¿Te gusta alguna de mis alumnas… o alumnos?

—¿Qué? No… —se apresuró a negar el chico, sobresaltado.

Santi ensanchó la sonrisa. Tenía que ir con cuidado, había olvidado lo que se sentía ser adolescente.

—No pasa nada, no te tiene por qué dar vergüenza —aseguró, dándole una palmada amistosa en el hombro. Le miró los tatuajes. Eran, en su mayoría, motivos tribales todos dibujados con tinta negra. Por experiencia, Santiago sabía que los tatuajes en negro eran los más dolorosos.

Santiago siguió a Ezequiel con la mirada. Se sentía un poco extraño hacer de celestina, más aún tratándose de un alumno. Se preguntó si era éticamente correcto. Eze se equivocó en un paso y miró hacia afuera, quizá avergonzado de que su admirador hubiera visto su error. Santiago suspiró. Eran dos adolescentes tímidos, necesitaban un empujoncito.

—El pelirrojo se llama Ezequiel —dijo como si nada.

El chico de los tatuajes se puso colorado. Luego de un incómodo rato de silencio, se animó a preguntar:

—¿Tanto se me nota?

Santi se encogió de hombros.

—Mi novio se dio cuenta. Él se da cuenta de todo.

—¿El grandote?

—Sí. Gabriel.

El chico le dio una calada al cigarrillo.

—¿Cuántos años tiene?

—¿Eze? Cumplió dieciséis hace dos semanas.

El chico lo miró sorprendido.

—Parece más grande.

—¿Vos qué edad tenés?

—Dieciocho.

Santiago sonrió.

—¿Por qué no le hablás? Me parece que vos también le gustás a él.

El chico le dijo que se llamaba Emiliano. Acongojado, reveló que si no se había animado a hablarle antes, menos se iba a animar ahora, al saber que era más chico. Santiago se puso serio.

—Una vez leí algo. Un cuento. Trataba de un hombre que no comprendía que era homosexual hasta que cumplía los veintitrés años. Había pasado su adolescencia besando chicas y estando con chicas porque así le habían dicho que tenían que ser las cosas, pero él sentía que algo le faltaba. Y entonces el personaje dijo una frase que nunca me pude sacar de la cabeza: «de todas las cosas de la vida que nos prohibieron a los gays, la adolescencia es la más injusta. Quiero que me la devuelvan». —Un avión atravesó el cielo, acallando por un momento la voz de Beyoncé—. ¿Pensás que Eze es muy chico para tener novio? ¿Pensarías lo mismo si fuera una chica? —Emiliano se quedó callado, pensativo—. En realidad no es chico, te parece chico porque todavía pensás que la homosexualidad es cosa de grandes. Y no es así, la homosexualidad es como la heterosexualidad. ¿No creés que tenemos derecho a besarnos a la misma edad, tener novio a la misma edad, tener relaciones a la misma edad…? Eze tiene dieciséis años y nunca tuvo novio. Ya se le pasó la mitad de la adolescencia.

—Yo tampoco tuve novio nunca.

—¿Y entonces qué estás esperando?

En ese momento, Alexis se asomó por la puerta del estudio:

—¡Santi, teléfono!

Era Evelyn, quien llamaba para preguntarle si prefería rosas blancas o rojas en las mesas. A Santiago, realmente, le importaba un bledo y sabía que a Gabriel le importaría menos aún.

—Qué sé yo, boluda, ¿por qué no ponemos rosas con los colores del arcoíris?

Evelyn le dijo que lo había tenido en cuenta, pero que le habían pasado un presupuesto y eran muy caras. Además, en su humilde opinión, le parecía que quedaban muy colorinche.

—Bueno, blancas entonces.

Cuando cortó el teléfono, vio que Ezequiel salía del estudio y se sentaba junto a Emiliano. Se quedaban en silencio un momento. Luego de unos instantes que le parecieron eternos, Emiliano alargó la mano.

Con una sonrisa tímida, Ezequiel la tomó. Se devolvieron la mirada. Sus manos tardaron en separarse, como si quisieran permanecer juntas por más tiempo. Emiliano dijo algo… y entonces, Ezequiel bajó la cabeza, sonrojado.

El jueves 28 de noviembre, Pablo se despertó mucho antes de lo que hubiese querido. Ya comenzaba a amanecer más temprano y su horario empezaba a sufrir leves alteraciones. Sin embargo, dudaba que ese vago sentimiento de vacío que flotaba en su interior tuviese que ver con la pronta llegada del verano…

Pablo quería a Evelyn, sí, estaba seguro, pero todavía guardaba en su interior sentimientos por Santiago. Se había acostumbrado a llevarlos siempre consigo, se había resignado a morir con ellos porque sabía que jamás podría concretarlos. Un recuerdo que pensaba olvidado vino a posarse entre sus pensamientos, como una hoja de aquellos otoños que había pasado en compañía de Santi y Gabo, en aquel ático oscuro: una noche en el colectivo 140, cuando Santi había llorado entre sus brazos y Pablo había estado a punto de besarlo…

Se giró sobre la cama. Evelyn estaba en Luján desde el martes, ultimando los detalles para la boda. Pablo sabía que para ella, que Santiago se casara con Gabriel resultaba un alivio. Y, cómo negarlo, de alguna forma para él también lo era.

Por enésima vez en esos años, se preguntó por qué seguía con Evelyn. Y por qué ella seguía con él. No se amaban con el fervor de Santiago y Gabriel, y Pablo se daba cuenta de que él tampoco amaba a Santiago con ese amor tan puro y sin egoísmo que sentía Gabo. ¿Acaso las personas tenían formas diferentes de amar?

Se había acostumbrado a Evelyn y no podía imaginar una vida sin ella. Le gustaba acunarla dormida en medio de la noche, le gustaba oler su piel cuando recién salía de la ducha, le gustaba abrazarla por detrás cuando estaba en la cocina preparando galletitas. A veces se sentía plena y felizmente enamorado de ella. Y a veces no. Sin embargo, Pablo había aprendido a enterrar esos sentimientos muy en su interior, a restarles importancia. La mayoría del tiempo, se sentía afortunado por estar junto a ella. Le gustaba besar el interior de sus muslos blancos y mordisquearlos, le gustaba meterle la lengua en el ombligo para hacerle cosquillas, le gustaba lamerle la espalda mientras hacían el amor…

Habían conocido personas interesantes en esos años, habían besado otros labios y acariciado otros cuerpos. Sin embargo, siempre regresaban a los brazos del otro, como dos ciegos perdidos en medio de una tormenta. Se dieron cuenta que la relación abierta no funcionaba y hacía un año y medio habían vuelto a la monogamia,

llenos de alivio, como quien regresa al hogar luego de mucho tiempo en un país remoto, intentando en vano aprender un idioma desconocido.

—¿Será que realmente somos el uno para el otro? —dijo Pablo en voz alta.

No todos tenían la suerte de estar tan seguros como Gabriel.

Pablo se levantó, se tomó un café con leche con galletitas (había desistido del veganismo para quedarse en el vegetarianismo) y se dio una ducha rápida. Luego salió de casa y se fue a la peluquería. Un hombre de mediana edad le cortó el pelo y Pablo, al ver a los modelos de las fotos que adornaban el local, no pudo evitar acordarse de cuando Gabriel era modelo de peluquerías. Siempre había envidiado la belleza de Gabriel: sus ojos claros, sus rasgos a la vez bellos y varoniles, su metro noventa y tres, su espalda ancha. También envidiaba su cuerpo musculoso y el rigor con el que practicaba ejercicio a diario. Pablo había intentado acudir al gimnasio al menos dos veces por semana, pero siempre encontraba una excusa para dejarlo para el día siguiente.

Cuando salió de la peluquería, fue a un local de comidas y compró una tortilla de papas. La comió en el departamento, mirando una película que trataba de un romance entre un psicólogo palestino y un abogado israelí. Más tarde, sacó del portafolio la pila de exámenes que había tomado la pasada semana, aunque ya todos estaban corregidos. Los hojeó un poco, subió un par de notas, bajó algunas, corrigió errores de ortografía, hizo anotaciones en los márgenes…

A la noche, pidió una pizza y finalmente se quedó dormido con un libro en el regazo. Se despertó a la madrugada, sobresaltado, pensando que se le había hecho tarde. Aliviado, programó el celular para que sonara a las cinco de la mañana, se lavó los dientes y se acostó de nuevo.

Cuando sonó el celular, Pablo se quedó un par de minutos mirando el techo antes de levantarse. Por fin, el día. Se dio una ducha, se puso unos pantalones de vestir grises y una camisa verde oscuro, se calzó unos elegantes mocasines negros y sacó del armario el traje que se pondría para la fiesta. Había preparado un pequeño bolso con las cosas que necesitaría: una muda de ropa para dormir, desodorante, peine, el líquido para sus lentes de contacto.

Salió del departamento y bajó hasta el estacionamiento. Cuando lo paró el primer semáforo, en plena avenida Rivadavia, le mandó un mensaje a Alexis y otro a su padre: *ya salgo para allá*.

Alexis y Daniel lo esperaban en un café ubicado al lado de su casa, un alto edificio de clase media en pleno barrio de Boedo. No tenían auto, de manera que Pablo los llevaría hasta Luján y los traería de vuelta al día siguiente.

—¿Traés todo, amor? —le preguntó Alexis a Daniel. El yanqui sonrió y respondió que sí.

Pablo guardó el bolso de Daniel en el baúl y emprendieron camino rumbo a Villa Urquiza. Era la primera vez que Alexis y Daniel veían a los padres de Pablo, pero estaban al tanto de que Vanina era una mujer trans.

—Están en la estación de tren —dijo Pablo, cuando el nombre de Luli apareció en la pantalla de su celular.

Vanina y José Luis llevarían en su auto a Lucrecia, Javier y Juan Manuel.

Ezequiel se revolvió entre las sábanas, adormilado. No le gustaba levantarse temprano, pero ese era un día especial. Su profesor se casaba. A su lado, ya despierto, Emiliano estudiaba para el parcial que tendría el lunes.

—Buen día —ronroneó el Colo, acurrucándose contra él. Emiliano dejó el libro y lo besó en la boca—. Mnn, tengo mal aliento.

Emiliano se rio y entrelazó los dedos en su cabello rojo, lacio, suave. Como siempre había llevado el pelo muy corto, la sensación de sus dedos resbalando por entre las mechas pelirrojas de Ezequiel le resultaba nueva, fascinante, misteriosa.

Emiliano vivía con su hermano, que era la única persona de su familia que conocía su homosexualidad. Sus padres estaban en San Luis, en el campo, y ellos habían decidido dejar su provincia para ir a Buenos Aires a estudiar. Un amigo de su padre les alquilaba el departamento a mitad de precio. Emiliano estudiaba Diseño de Modas y Lucas, su hermano mayor, ya estaba en su segundo año del conservatorio de música.

—Qué rico que hicimos el amor anoche —susurró el Colo, cerrando los ojos y desplegando los brazos como un ave en medio del vuelo.

Emiliano asintió con una sonrisa, dándole la razón. Al principio, todavía subyugado por esa absurda timidez que había sido su cruz durante sus escasos dieciocho años, Emiliano no había sabido cómo pedírselo. Su absoluta ignorancia en todo lo referido a las relaciones gays no era de mucha ayuda. Y cuando el Colo le pidió, a bocajarro y sin indirectas, que lo dejara penetrarlo, no lo pudo creer. El Colo, chico de ciudad, le reveló que eso llamaba ser versátil.

—¿Santiago será versátil? —preguntó Emiliano, dejando el libro a un lado.

El Colo se rio y se encogió de hombros.

—En teoría tooodos somos versátiles —le contestó—, pero si me dijeran que esta es la última cogida de mi vida, yo sería pasivo sin dudarlo —le dijo, echándose suavemente sobre su cuerpo.

Emiliano le bajó los slips con la punta de los dedos. Lucas, su hermano, le había contado que para él, el sexo anal era muchísimo más satisfactorio que el vaginal. Emiliano no tenía experiencias heterosexuales para comparar la maravillosa sensación de estar adentro de el Colo, pero no le importaba…

—¡Boludo, se nos hace tarde! —gritó, quitándose el preservativo sucio y arrojándolo al suelo.

Se ducharon rápido, se vistieron lo mejor que pudieron (Emiliano dejó en su mesa de luz sus pulseras y cinturones con tachas) y salieron corriendo del edificio rumbo al registro civil.

El cielo estaba algo nublado, ¿se iba a largar a llover? ¿Justo ese día que su profesor se casaba? ¡Ojalá que no! ¡Qué mala suerte! Emiliano y Ezequiel corrieron por las calles del centro esquivando señoras con sus carritos de la compra, paseadores de perros, jubilados con el diario del día bajo el brazo. Cruzaron calles en rojo, calles a mitad de cuadra… y se detuvieron en un almacén.

—Un paquete de arroz —pidió Ezequiel, revolviendo sus bolsillos en busca del dinero—. Boludo, me dejé la billetera en tu casa.

Emiliano pagó el arroz y nuevamente emprendieron la marcha.

Cuando llegaron al registro civil, se decepcionaron al ver el panorama: había gente en la sala de espera con papeles en la mano; los administrativos entregaban números para personas que querían denunciar documentos perdidos; y en las mesas, más allá del mostrador, se llenaban formularios y se estampaban sellos. Parecía que no estuviese sucediendo nada importante.

«¿Sabés que al renovar tu DNI podés expresar tu voluntad de ser donante de órganos?» decía un afiche pegado en uno de los muros. No, Ezequiel no lo sabía. Entonces, se dio cuenta de algo: allí, detrás de la puerta que llevaba el cartel de «Sala de ceremonias», solo estaba teniendo lugar un trámite más. Al fin y al cabo, eso era el matrimonio…

¡No! Santiago y Gabriel estaban enamorados, por eso se casaban, ¿no era así?

—¡Chicos! —era Alexis—. Vengan, salen por el otro lado.

El Colo se quedó sin habla. Santiago, al que siempre veía con ropa deportiva y transpirado luego de las clases de hip hop y street jazz, lucía unos impecables pantalones negros y una camisa azul marino que hacía resaltar el color de sus ojos. Su pelo rubio lucía brillante y bien peinado, y en su rostro, como siempre, llevaba esa sonrisa arrebatadora que le había hecho temblar las piernas durante las primeras clases de danza. Gabriel por su parte, tenía puestos unos pantalones marrones y una camisa verde botella. Una pequeña flor blanca le adornaba el pecho de la camisa.

Una multitud se arremolinaba a su alrededor. Daniel, el yanqui,

rodeaba la escena cargando una cámara de fotos profesional. Al verlos, les sonrió y les hizo un gesto para que se acercaran.

—*Cheers!*—saludó, cegándolos por un instante con el flash de su canon.

Ezequiel y Emiliano se introdujeron en la multitud. El Colo advirtió que no conocía a todas las personas presentes. Seguramente eran los amigos que la pareja había dejado en Buenos Aires. Y allí… (El Colo dio un respingo al advertir sus presencias)… apartados un poco del resto y sin atreverse a acercarse del todo, estaba la familia de Santiago.

Le habían llegado rumores de que su profesor no tenía buena relación con sus padres. Santiago nunca hablaba de ellos y en su casa no había fotos familiares. Pero allí estaban, sin embargo. Por el rabillo del ojo, observó a ese anciano alto y de cabello blanco, de ojos azules y expresión ida. Y su madre no se veía mejor: enfundada en un sencillo vestido color lavanda, contemplaba a la pareja como si estuviese mirando un paisaje hermoso, pero levemente extraño. El Colo tardó en darse cuenta de que la mujer tenía los ojos llenos de lágrimas, pero que una diminuta sonrisa le colgaba de sus labios apenas pintados. Dos mujeres jóvenes, ambas de largo cabello rubio, acompañaban a la anciana pareja. Las hermanas, seguramente, cuya incomodidad podía casi respirarse en el aire.

—¡Que tire el ramo! —dijo Perla, una alumna de Santiago.

—¿Qué ramo, tonta? —gritó Santi, elevando una carcajada al aire.

—¡Ese! —replicó la chica, señalando la flor que Gabo llevaba prendida en la pechera.

Los novios se miraron risueñamente sorprendidos y Gabriel arrancó con la punta de sus dedos el adorno de su camisa. Santiago le rodeó la cintura con los brazos y ambos se besaron, bajo los aplausos de los presentes y los flashes de las cámaras. Algunos curiosos que pasaban por la calle se quedaban contemplando con una sonrisa la escena de los dos hombres recién casados. Otros se cruzaban de vereda.

Gabriel se giró y quedó de espaldas a la multitud. Elevando el brazo derecho, arrojó la flor por encima de su cabeza. Hubo un momento de agitada confusión. Entonces, El Colo se giró: Alexis con la mano extendida a la altura de su pecho y la pequeña flor descansando sobre su palma, miraba a su alrededor con una pequeña sonrisa de sorpresa.

Gabriel me regaló mi primer caderín de danzas árabes, cuando yo tenía dieciséis años. Estábamos en Once y él entró en un negocio y me lo compró, así, sin preguntarme nada. Yo todavía no había empezado a bailar y no sabía si algún día lo haría. Todas las mañanas, cuando me despertaba, veía el caderín en el ropero y me acordaba de mi sueño de ser bailarín…

Pasaron muchas cosas en estos trece años. Cosas lindas, cosas feas,

cosas buenas y malas… Y sin embargo, Gabriel siempre estuvo ahí para mí. Incluso cuando yo no lo sabía. Siempre me cuidó, me protegió, me respetó, me defendió de quienes me hicieron daño. ¿Cómo no amarte, Gabriel? En el tiempo que estuvimos separados, cuando éramos más jóvenes, me di cuenta de eso: de que no podía dejar de amarte. Y lo sé, estoy seguro, de que no voy a dejar de amarte jamás.

Prometo apoyarte, acompañarte, estar a tu lado, defenderte de quienes te quieran dañar, consolarte en los momentos tristes, celebrar con vos tus victorias y, por supuesto, amarte incondicionalmente para siempre, pase lo que pase.

Cuando te conocí, tuve un presentimiento extraño. Yo tenía quince años. Vos tenías trece. Tuve, de repente, ganas de estar con vos, de que pasáramos tiempo juntos, de escucharte hablar. Cuando empezamos a ser amigos, todo ese tiempo me parecía poco. Y entonces me di cuenta de que así se sentía el amor.

Hice muchas cosas locas por vos. Algunas de las que ahora no me siento para nada orgulloso. Sin embargo, me siento muy afortunado de poder amarte así, locamente, porque sé que es algo que no le pasa a todo el mundo, algo único en la vida. Cuando me despierto a tu lado me siento afortunado de tenerte, porque me acuerdo de cuando me despertaba solo y pensaba que nunca podríamos estar así. Cuando nos vamos a dormir me siento afortunado, porque sé que estás soñando a mi lado y estoy seguro de que estoy con vos en esos sueños. Vos siempre estás conmigo en los míos.

Prometo soñar con vos siempre, Santiago, luchar incansablemente por nuestros sueños (que todavía nos quedan varios), velar por tu felicidad todos los días de mi vida porque desde que te conocí (y les juro no me importa que estos votos ya se estén volviendo muy cursis), cuando eras un adolescente tímido que andaba todo el tiempo con los auriculares en las orejas… Desde que te conocí que sueño con hacerte feliz.

Los alumnos de Santi habían juntado dinero entre todos para comprarle a su profesor la hamaca de jardín en donde estaba sentado su esposo. Distraído, Gabriel giraba con el pulgar el anillo que ahora llevaba en el dedo anular de la mano izquierda. Nunca había llevado anillos y al principio le había costado acostumbrarse.

Gabo suspiró y miró el cielo nocturno, repleto de estrellas. Se había levantado porque no podía dormir. Pateó el suelo para tomar envión y la hamaca comenzó a mecerse hacia adelante y hacia atrás. Era un regalo muy original y había sido idea de el Colo. Les contaron que querían regalarles algo que pudieran disfrutar los dos, algo especial, pero tampoco algo como una multiprocesadora o un televisor.

Habían elegido muy bien, pensó Gabriel, meciéndose cada vez más rápido. Entonces, a lo lejos, de alguna casa o departamento cercano, le llegó el llanto de un bebé. Apoyó los pies en el suelo y la hamaca se detuvo de golpe. Alargó el brazo hasta la mesa, agarró la botella de

Coca-Cola y bebió del pico. La sensación del gas atravesándole la garganta le causó un placer extraño, casi *gulesco*. No solían comprar gaseosas por todos los motivos por los cuales la gente que lleva una vida sana no compra gaseosas. En su momento, Pablo los había espantado con sus discursos acerca de enfermedades como la diabetes y la descalcificación de los huesos. La botella de la que Gabriel estaba bebiendo era la última que había sobrado de la fiesta.

El llanto del bebé volvió a escucharse, más fuerte, más desesperado. Gabriel miró las casas, los edificios, las luces encendidas de los departamentos. ¿Sería una niña o un niño? ¿O tal vez una niña en el cuerpo de un niño, como Evelyn?

—¿Amor…? ¿Qué hacés?

Santiago estaba de pie junto al jazmín. Se frotó los ojos, se pasó la mano por la melena despeinada y se sentó junto a Gabriel. Gabo le pasó la botella de Coca y él dio un sorbito tímido.

—No podía dormir.

Santi le apoyó la mano en el hombro.

—¿Por qué?

En respuesta, el bebé lanzó otro fuerte sollozo. Gabriel se estremeció y Santi, sin comprender, frunció el ceño y lo rodeó con los brazos, quizá pensando que tenía frío.

—Tengo miedo, Santi —reveló Gabo por fin.

Santiago, más confundido aún, se inclinó para mirar su expresión, pero Gabriel tenía los ojos clavados en el suelo del patio y en sus oídos retumbaba el llanto de aquel bebé anónimo.

—¿Miedo de qué? —preguntó Santi, que también, sin saber el motivo había comenzado a tener miedo.

Santiago esperaba que Gabriel le respondiera que no se sentía bien, que estaba deprimido, que el psiquiatra lo había medicado de nuevo. No se esperaba, de ninguna manera, la respuesta que Gabo le dio:

—Tengo miedo de no poder ser un buen padre.

Lentamente, el rostro de Santiago se fue relajando. El nudo de sus cejas se aflojó, la preocupación de sus ojos se esfumó, y una pequeña sonrisa se posó en sus labios.

—Vas a ser un padre genial —le dijo, sacudiéndolo por los hombros —. Cuando estemos preparados y seguros, yo sé que vas a ser el mejor papá del mundo.

Gabriel dejó caer los brazos sobre sus rodillas desnudas.

—¿Pero cómo? Si yo no tuve papá, yo no sé qué es ser padre…

Santi apretó los labios. La preocupación de Gabriel le causaba un sentimiento extraño, algo como risa, algo como ternura, como preocupación también por él mismo, porque su propio padre tampoco había sido, precisamente, un ejemplo a seguir.

Santiago habló y cuando lo hizo, no solo le contestó a Gabriel,

también se contestó a sí mismo:

—Yo creo que todos sabemos cómo ser padres. Bueno, no todos… —se acordó del suyo—, pero sí sé y sé que vos también. Me parece que solo hace falta amor. Y eso es lo que nos sobra.

Gabriel lo miró a los ojos. Lentamente, asintió, dándole la razón. Esbozó una pequeña sonrisa.

—*Amor* es una palabra muy amplia —prosiguió Santiago—. Incluye respeto, comprensión, incluye librarse del egoísmo, pensar en el otro a veces antes que en uno… Y todo eso lo aprendí con vos, Gabriel—. Y sonriendo ampliamente, finalizó—: Así que no me digas que no sabés cómo ser padre… solamente tenés miedo porque no estamos preparados todavía. ¿Te acordás cuando se enfermó Pixel?

Gabo miró a Santi con el ceño fruncido.

—¡Pero Pixel es un gato!

Santi soltó una risita.

—Sí, obvio, ya sé que es un gato… ¿Pero te acordás cómo nos pusimos cuando lo vimos así con la pata rota? ¿Y que eran como las doce de la noche y nos pasamos toda la madrugada ahí en la guardia de la veterinaria?

Sí, Gabriel se acordaba, cómo no. Había manejado como un loco buscando una clínica veterinaria abierta a esas horas, con Santi en el asiento de atrás llevando el gato herido envuelto en una manta. Lo más loco: había manejado el auto sin haber sacado aún el registro. Santiago llevaba una remera blanca y cuando ingresaron a Pixel a la sala de operaciones, miró la sangre que le manchaba el pecho y se largó a llorar. Se quedaron en la sala de espera, sentados muy juntos, y en un momento la cabeza de Santi cayó rendida sobre el hombro de Gabriel. Gabo extendió el brazo derecho y empujó suavemente el cuerpo de Santiago sobre el suyo.

—Pero…

—Pero nada, tonto. Al otro día tenías que trabajar e igual te quedaste ahí. Fuiste sin dormir al teatro… Eso no lo hace alguien que no sabe ser padre.

Como llamado por las voces de sus padres humanos, Pixel apareció por entre las macetas. Caminó hasta las piernas de Santiago, se frotó contra sus tobillos y luego saltó al regazo de Gabriel.

—Así que sos mi hijo —le dijo Gabo al gato—. Estábamos medio borrachos cuando te hicimos. ¿En quién estabas pensando, Santi, en la pantera rosa?

Santiago soltó una carcajada y se levantó de la hamaca. Se apoyó contra la baranda del patio y miró hacia la noche.

Gabriel alzó a Pixel y lo dejó en el suelo con cuidado. Sigilosamente se acercó a Santiago por detrás y lo abrazó por la cintura.

—Me vas a putear por lo que te voy a decir… pero a veces te

imagino embarazado.

Santiago dio un respingo.

—¿Quéeee? —chilló—. ¡Dame las drogas, Gabo!

Gabriel sonrió. Las drogas. Al principio, era un tema del que no se hablaba. Ahora, lentamente, ya habían comenzado a superarlo juntos.

—En serio… —Gabriel lo apretó contra sí y le acarició el vientre con las manos—. Te verías re lindo con una pancita, re tierno… —le susurró al oído.

Santiago sacudió la cabeza, sin poder creer lo que estaba oyendo.

—¿Te gustaría tener un hijo propio? —preguntó, dándose cuenta de que la broma tenía un trasfondo más profundo.

Gabriel suspiró.

—Ya sabés que estaría de acuerdo en adoptar… Pero, no sé, a veces me imagino una nena rubia con mis ojos. O con mi pelo y con tus ojos. Y no solo eso… es que… ella tendría que saber que no somos sus padres verdaderos. Bueno, obvio que lo va a saber, ¿no? ¿Y si quiere conocer a sus padres? No me imagino todo eso, Santi. O sea, me imagino criar a un hijo, pero no puedo imaginarme todos los quilombos que puede haber por que sea adoptada.

—*Ella*.

—¿Qué?

Santi se giró entre sus brazos y lo miró de frente, con los ojos azules brillando.

—Dijiste *ella*, ¿te gustaría tener una hija?

—Santiago, ¿escuchaste algo de lo que te acabo de decir?

—Sí, escuché. ¿Sabés? Nuestro mejor amigo es adoptado, por si no te acordás.

—Claro que me acuerdo… —susurró Gabriel, con un nudo en la garganta. El nudo le decía que probablemente era la única persona que sabía la identidad de la madre de Pablo. Que se había acostado con la madre de Pablo. Que todo lo que tenían se lo debían a la madre de Pablo. Gabriel sabía que algún día tendría que deshacerse de ese secreto, pero todavía no estaba preparado.

—Deberíamos informarnos, nada más. Saber cómo es el asunto de las adopciones, conocer más gente que haya sido adoptada…

—Sí, estoy de acuerdo.

—Pero ahora… —le dijo Santiago, tomándolo de las manos—. Vamos a dormir, que es retarde.

Se metieron en la cama, apagaron la luz… y justo cuando Santi estaba a punto de dormirse, la voz de Gabriel lo arrancó del mundo de los sueños:

—¿Cómo nos va a decir?

—¿Qué?

—¿Que cómo nos va a decir para llamarnos? *¿Papá* a los dos? No

vamos a saber a quién le habla.

—Ay, no sé, Gabo… qué sé yo. Papi, papito, papu, papo…

—¿*Papo*? ¡Pappo está muerto!

—Ay, Gabriel, basta, dejame dormir.

EPÍLOGO
Diez años más tarde

Llueve copiosamente en Buenos Aires. Sabían que iba a llover todo el fin de semana, pero aun así decidieron viajar: tienen que aprovechar las vacaciones de invierno porque cuando terminen, van a tener que volver al trabajo y a las tareas de todos los días. Gabriel se pasa la mano por la nariz, está un poco resfriado.

El cementerio de la Chacarita está desierto, nadie visita a sus difuntos cuando hay mal tiempo. Al fin y al cabo, no se van a ir de allí. Gabriel se estremece y recuerda el día en que se despertó de la muerte. Los ojos de Alexis, la mirada desesperada de Santiago. No ha dejado de preguntarse, ni un día de su vida, cómo sería la vida de Santi si él hubiese logrado quitarse la vida. Con un suspiro, piensa que tienen casi tantas personas vivas que visitar que personas muertas. Así que eso es, sí, eso es volverse viejo. Ver morir a la gente a su alrededor: sus abuelos, su amante y madre sustituta, su suegro. Ver morir a los demás e intentar vivir de la mejor manera posible hasta que le llegue su turno.

—Luna ya pasó a primer grado —dice en voz alta—. Le gusta pintar y dibujar, creo que vamos a ser toda una familia de artistas… —Se pasa de nuevo la mano por la nariz—. El otro día me llamaron de un museo, Luna. Quieren exponer tus obras. No sé qué hacer, no sé qué decirles. Y no, no sé cómo consiguieron mi número. A vos nunca te gustó exponer, pero creo que la gente se merece conocerte y vos también te merecés que te conozcan. En el estudio siempre preguntan de quién son los cuadros. El estudio va muy bien. Sigo dando el taller de teatro en el Hospital Alvear. Y en el estudio Santi da gratis danzas árabes para chicos, para varones. Hay dos nomás. Son novios. Cuando los veo pienso que te gustaría dibujarlos. ¿Se te pasó lo vieja verde, como vos decías…?

A Gabriel le tiemblan los labios y no es por el frío. Le está hablando a Luna y no sabe si ella lo está escuchando. A sus pies solo hay una lápida con un nombre y bajo esa tierra no hay más que polvo, polvo y gusanos. Pero entonces, cuando desvía la mirada, ve que unos metros más allá hay un árbol. ¿Creció ese árbol gracias a ella?

—Amor. —Es Santiago. Detrás de sus anteojos, sus ojos azules lo miran con cautela—. Luni tiene frío...

Gabriel baja la mirada. Desde su escasa altura, su pequeña hija lo mira con curiosidad. Sabe que su papá Gabriel (a quien llama *papi*, mientras que Santiago es *papu*) está hablando con una persona, también sabe que esa persona no está viva y no comprende muy bien cómo es eso de hablar con alguien que no puede responder. También sabe que ella se llama Luna por esa persona aunque, obviamente, aún es muy chica para enterarse de ciertas cosas. Sin embargo, sabe que

esa tal Luna fue muy importante, porque el estudio de danzas lleva su nombre.

—Sí, perdón… Vamos.

El padre y la abuela de Santiago, no obstante, no fueron sepultados en tierra, sino en el panteón familiar de los Kosman: una construcción pequeña y sencilla en cuyo interior descansan las cenizas de los bisabuelos y abuelos de Santiago. Y ahora, de su padre.

A pesar de aquel pedido de Roberto, Gabriel no pudo cumplir su promesa de no contarle a Santiago que su padre estaba enfermo. De hecho, desde el primer momento no tuvo ninguna intención de cumplirla. ¿Cómo hacerlo? ¿Cómo dejar que Santiago se enterara demasiado tarde de que su padre se estaba muriendo? Y no se arrepentía. Durante sus últimos meses de vida, Roberto pasó tardes enteras en el estudio, contemplando bailar a su hijo, tomando mate con Gabriel y sus alumnos. En esos meses, Gabriel pudo, finalmente, perdonarlo del todo: había mentido un poco aquella noche de octubre, cuando Roberto apareció de nuevo en sus vidas. Había mentido un poco y fingido bastante, siempre por el bien de Santi, siempre por la felicidad de Santi. Y perdonar de un momento a otro a un hombre que le había hecho tanto daño a la persona que más amaba en el mundo, no fue tarea fácil. «Te lo merecés», fue lo que pensó cuando Roberto le dijo que le quedaban dos años. Pero entonces pensó que ese anciano era el padre de Santiago, que era el hombre que le había dado la vida, que cuando muriera, Santi iba a sufrir muchísimo… Y al imaginarse a Santi sufriendo, el rencor de su corazón se derritió y no pudo hacer más que abrazar a Roberto y llorar con él.

Roberto conoció a Alexis, a Daniel, a Evelyn, a Ezequiel, a Emiliano, a Perla… le dio un par de consejos a Ezequiel respecto de su hipertiroidismo, atendió a Lita cuando le bajó la presión en una tarde de mucho calor. Murió un miércoles por la tarde, junto a su familia, y lo último que tocaron sus manos fueron los pequeños dedos de Luna.

No obstante, Gabriel sí cumplió la promesa que le había hecho a Luna Sabini: nunca le reveló a Pablo la identidad de su verdadera madre. Saber una verdad tan terrible solo le traería sufrimiento y, como padre, Gabriel sabía que no existía dolor más terrible que ver sufrir a un hijo. ¿Y con qué objeto además? Luna estaba muerta.

—Acá está el abuelito, Luni —susurra Santiago—. Vos no te acordás de él porque eras muy chiquitita, pero él sí te conoció a vos. Ahora está en el cielo con los bisabuelitos.

Luna no conoció a los abuelos de Gabriel y se esconde detrás del abrigo de su padre, como asustada. Luego de los saludos, ambos consideran que es mejor irse antes de que la lluvia se transforme en granizo.

Creo que todos los padres están, de alguna forma, enamorados de sus hijos. El amor de un padre a un hijo es el más puro del mundo. Y el dolor de un hijo duele más que cualquier otro dolor. Las tardes enteras que pasé viendo bailar a Santiago me hicieron enamorarme de nuevo de él.

Esas tardes, las primeras, lo miraba y me invadían unas profundas ganas de ponerme a llorar. Porque lo miraba y sentía que estaba viendo a un desconocido. Y ese desconocido era mi hijo, sangre de mi sangre, carne de mi carne, mi mismo pelo a mis veintisiete años, mis ojos, y creo que hasta mi sonrisa.

Sentía ganas de llorar porque no había advertido cuándo Santiago se había convertido en el hombre que era. Y mi tiempo se estaba acabando y necesitaba saberlo, necesitaba quitarme ese dolor, esa culpa… y no sabía cómo.

Te amo, hijo, quería decirle cuando lo veía girar sobre las puntas de sus pies en las clases de jazz, cuando lo veía alzar las manos hacia el cielo como si quisiera arrancar una estrella, cuando su pecho se contraía una y otra vez al compás del reggaeton. Te amo, hijo, y no sé cómo recuperarte.

Ahora entiendo por qué Gabriel ama tanto a Santiago. Al principio (cuando Gabriel cayó sobre el ático de la casa como un meteorito para refregarme esa verdad que me negaba a aceptar desde que Santiago era chico)… al principio pensé que Gabriel solo quería acostarse con él. Pensaba que Gabriel solo se acostaba con él.

Se me encogía el corazón cuando miraba a Gabriel y lo descubría contemplando a Santiago. Me pregunto si siempre lo miró de esa forma y cómo es posible que no me haya dado cuenta. ¿Cómo lo miraba? No hallo las palabras. Se sentaba en un taburete detrás de la barra, intentaba escribir, planificar sus clases, pero no podía concentrarse. Se le escapaban los ojos. Y me pregunto cómo es posible mirar de esa forma a la misma persona durante tantos años, los catorce años que llevaban juntos: primero amigos, luego novios, finalmente compañeros de vida. Me resultaba (me resulta) psicológicamente enigmático.

Sí, ya sé, todavía no dije cómo lo miraba.

Rebobinemos.

Gabriel tiene las manos sobre el teclado de su computadora portátil. Teclea apresuradamente. En el salón suena una canción, un reggaeton, y Santiago está de pie frente a la barra. En medio de él y Gabriel, una veintena de mujeres y un chico (ese a quien apodan el Colo) imitan sus movimientos. Gabriel deja de teclear y alza la vista.

Se queda mirando a Santiago, serio, sin parpadear… Luego, parpadea… y una pequeña sonrisa comienza a dibujarse en sus labios. Lentamente, ladea la cabeza hacia la derecha. Por fin, rendido frente a los encantos de Santiago (el movimiento de su cadera, pecho, piernas, brazos)… rendido, y sin parecer lamentar su derrota, se lo queda mirando con esa sonrisa inexplicable, maravillosa, esa sonrisa de no poder creer que están ahí, juntos los dos, compartiendo sus vidas. Esa sonrisa de amor… y de deseo.

Una semana después de aquella primera tarde en que me atreví, por fin, a irrumpir en la vida de mi hijo, me atreví a hacerlo de nuevo. Tenía menos miedo al rechazo, pero el miedo seguía presente. La primera vez había salido muy bien y temía que la segunda pudiera arruinarlo todo, como suele suceder con las segundas veces. Pero no fue así.

Esa tarde llovía y no llevé paraguas. Subí las escaleras que llevaban al estudio bajo una débil lluvia tibia que se posaba sobre mi ropa como brillantina húmeda. Era más temprano y allí, en medio del salón, solo estaba mi hijo bailando con la música a todo volumen.

Me detuve en la escalera a observarlo. Vestía una especie de babucha negra y una musculosa verde. Estaba descalzo. Desde afuera, y a pesar de mi progresiva sordera, podía escuchar la canción perfectamente. Era en inglés y la cantaba una voz femenina muy aguda y bella, casi irreal. Como casi todas las canciones pop, esta hablaba del amor, de alguien que deja ir a otra persona pero que sufre porque la sigue amando. Y aunque seguramente se refería a dos amantes, pensé que también podía hablar de nosotros, de Santiago y yo, de una relación de padre e hijo…

Me acerqué a la puerta y quise entrar, pero estaba cerrado con llave. Santiago no advirtió mi presencia y cuando miré hacia el interior, vi que Gabriel no estaba. Dudé. Era Gabriel quien se había encargado de que la vez anterior no fuera un fracaso. Ahora debía asumir yo toda la responsabilidad y no sabía si tendría éxito.

Me acobardé.

Tan sigilosamente como había llegado, di media vuelta, caminé hacia las escaleras y comencé a bajar. Cada paso que daba me pesaba más…

Y entonces, su voz me detuvo:

—¡Papá!

Me volvió el alma al cuerpo. Me giré y miré hacia arriba. Ahí estaba él. Tenía las mejillas rojas por el esfuerzo físico y gotas de lluvia en pelo.

—¿Te vas?

Vacilé. No supe qué decir. Y no dije nada. Y él se dio cuenta:

—Vení, subí.

Obedecí. Santiago abrió la puerta del estudio, me dejó pasar primero y me dijo que estaba preparando una nueva coreografía. Era para el Colo, uno de sus alumnos. Su curso haría un desfile para comenzar a juntar dinero para la fiesta de egresados y querían bailar un par de canciones.

Me sentí incómodo. Por mi culpa, Santiago no había ido al viaje de egresados. Él me vio bajar la mirada, pero no dijo nada.

—Sentate, ¿querés tomar algo?

—No… bueno… un agua, ¿la agarro?

—Sí, agarrá.

A diferencia de Gabriel, Santiago no me preguntó qué hacía allí, para qué había ido. Ya lo sabía. Simplemente me sonrió, me dejó sentarme detrás de la barra, puso la música y siguió bailando.

En un momento, miré los objetos que estaban arriba de la barra: el teléfono, una planta de interior, el micrófono portátil, la pequeña escultura de una bailarina, volantes del estudio y una foto. Santiago y Gabriel abrazados con las montañas del norte argentino de fondo y un cielo inexorablemente celeste cerniéndose sobre ellos. Gabriel estaba detrás de Santiago y lo abrazaba por la cintura.

De repente, me sorprendí sintiendo celos. Esos celos que un padre siente al conocer al primer novio de su hija, el hombre que la apartará de los brazos paternales y le hará conocer otro tipo de amor, le hará experimentar otros sentimientos. Sentimientos que un padre no puede inspirar. El hombre que quizá la hará sufrir…

Pero Santiago no es mi hija, Santiago es un hombre y creo que por mi culpa sufrió más que por Gabriel. Y si sufrió por él, yo no estuve allí para consolarlo. Tampoco estuve allí para darle la educación sexual que en su momento habría necesitado y no quisiera saber si sus primeras relaciones fueron dolorosas o si tuvo relaciones de riesgo porque me sentiría demasiado culpable. Como padre y como médico. A veces quisiera regresar el tiempo atrás, pero sería demasiado egoísta.

Santiago no es mi hija, pero invariablemente hay algo femenino en él. Supongo que por eso los celos. Y en muchas ocasiones deseé poder abandonar mi cuerpo para meterme en el de Gabriel, acercarme a mi hijo con los brazos abiertos y que él me devolviera el abrazo con el mismo amor. Deseé tener la fuerza de Gabriel para poder alzarlo del suelo como hacía cuando era chico, porque estos brazos ancianos ya no podrían hacerlo. Deseé tener la voz de Gabriel para decirle que lo amo y que él me respondiera «yo también». Pero, por sobre todas las cosas, deseé que Gabriel pudiera regalarme un año de su vida para poder disfrutar de un año más junto a mi hijo. Y estoy seguro de que él lo hubiera hecho, porque sé que no hay nada que Gabriel no haría por Santiago.

La lluvia paró y a las cinco comenzaron a llegar los alumnos. Más mujeres que hombres, más chicas que chicos. Una mujer llegó con su hijo pequeño y el nene corrió hasta los brazos de Santiago y se le colgó del cuello. Santiago lo subió sobre sus hombros y con él allí dio vueltas y vueltas hasta que se marearon. Y de nuevo sentí ganas de llorar, porque sabía que algún día Gabriel y él querrían ser padres y la naturaleza se lo había negado.

—Mirá, vos te vas a quedar acá con el abuelo Roberto, ¿okey? —le dijo Santiago al niño, y me lo pasó por encima de la barra como a un paquete de arroz.

Me quedé sin habla. ¿Abuelo Roberto? Claro, era una forma de decir. Yo era un abuelo para ese niño, un anciano. Pero la palabra no me molestó, sino que me llenó de nuevas fuerzas.

—¿Vienen con los hijos? —le pregunté cuando pasó por detrás de mí y se agachó para buscar un desodorante en un mueble que estaba junto a la barra.

—A veces, si no tienen donde dejarlos…

Cuando se inclinó, se le levantó la musculosa y se le vio el elástico del slip. Era rosa. Me dio risa, pero disimulé.

—Yo prefiero que si los traen se prendan a la clase. No me jode, más me jode que anden por ahí hinchando o que salgan y se lastimen. Igual Gabriel los tiene cagando, eh. —Y agregó, besándole la cabeza al niño y hablándole con tono infantil—: Pero vos sos muy enano todavía para bailar, muy enano…

Pero más tarde llegó Gabriel y cuando vio al nene a mis pies, jugando con unos autos, también lo levantó en el aire y lo puso cabeza abajo.

—¡No me lo vayas a romper! —gritó la madre.

—¡Si te lo rompo te compro uno nuevo! —le respondió Gabriel.

Sin embargo, cuando adoptaron, se decidieron por una niña, no por un niño. La llamaron Luna. Cuando me enteré, lo primero que me pregunté fue cómo harían dos hombres para, llegada la adolescencia, conservar intacta la relación con esa futura mujer. Porque hay temas que las hijas prefieren hablar con sus madres y Luna tendría dos padres hombres…

Se suele decir que siempre hay un padre que ocupa el lugar de la madre. No sé si es cierto porque ellos son los únicos padres gays que llegué a conocer.

AGRADECIMIENTOS

Quisiera agradecer a mi amigo Abel por su invaluable ayuda respecto de todo lo referido al judaísmo y confiarme fragmentos de la historia de su familia. Cualquier error o incongruencia es absolutamente culpa mía.

A Lita, por ser esa primera lectora que dio sus opiniones acerca de la historia.

A Jan, por ser el segundo lector.

Y a todas las hermosas personas que apoyaron esta novela desde que anuncié que estaba escribiendo una nueva historia.